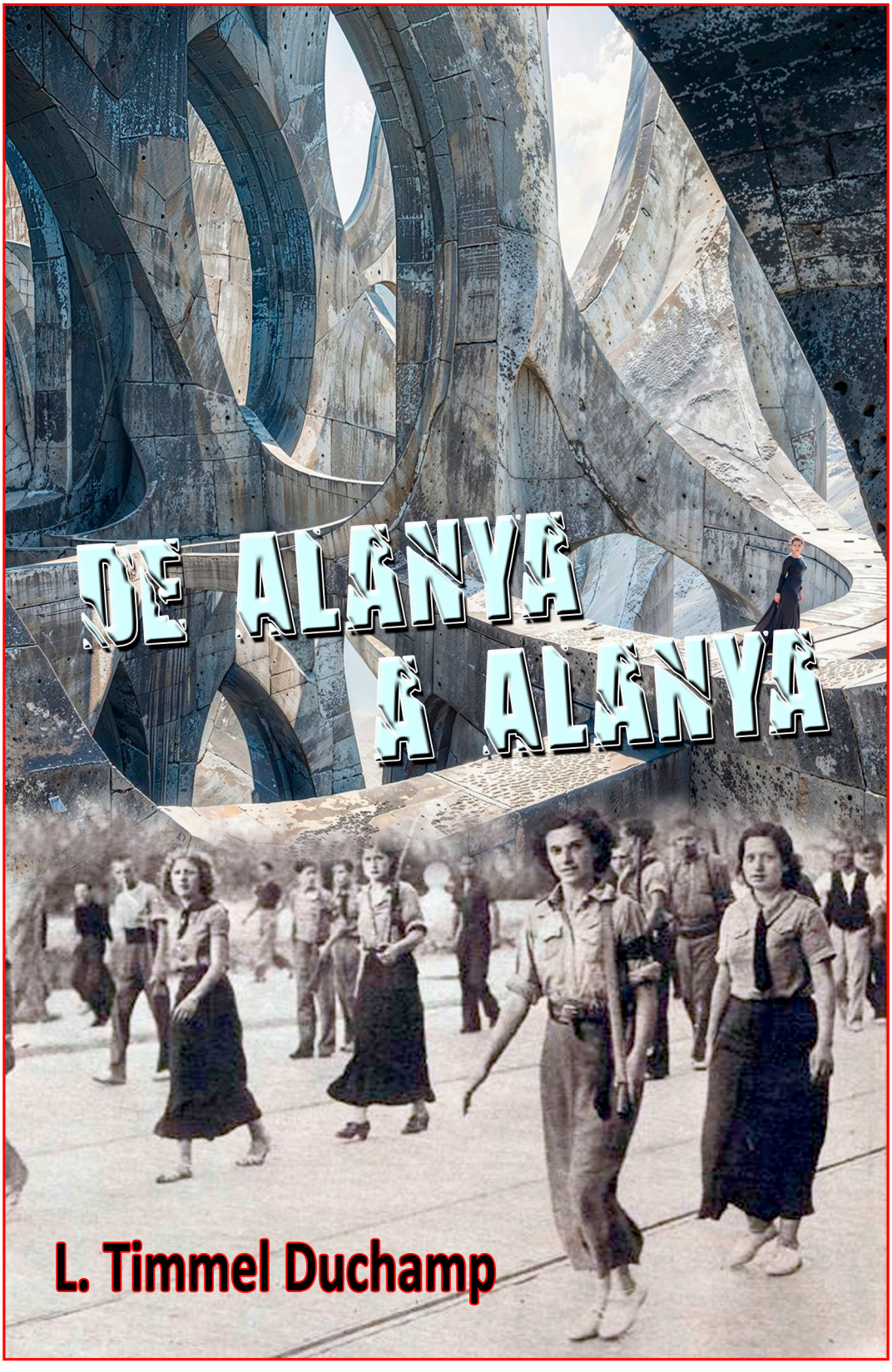
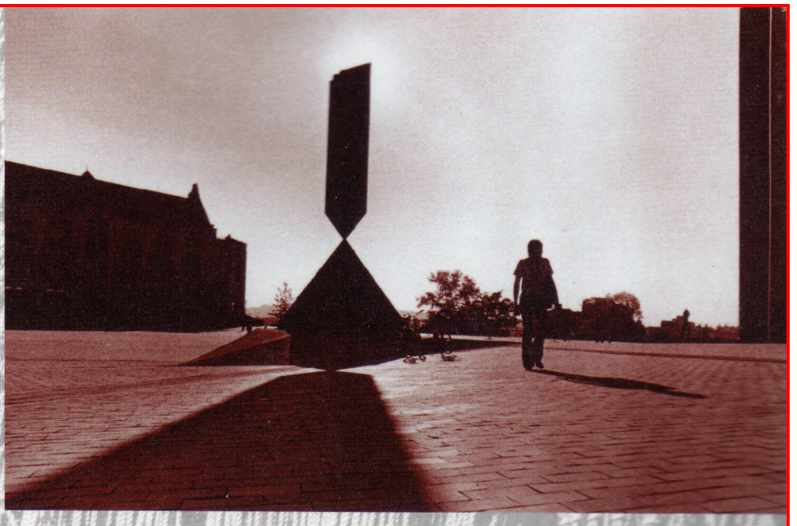

DE ALANYÁ
Á ALANYÁ
L. Timmel Duchamp

La combinación de profunda reflexión y emoción desbordante es tan rara en la ciencia ficción como en cualquier otro género. Pero aquí, en «Alanya to Alanya», se entrelazan en la historia de invasión alienígena más emocionante —¡y sin duda la más inteligente!— que he leído en décadas. Su verosimilitud la hace fascinante. Kay Zeldin ofrece un retrato extraordinariamente eficaz de una heroína política.

—Samuel R. Delany, autor de *Dhalgren*

"La visión de ciencia ficción de L. Timmel Duchamp, 'Alanya to Alanya', la primera novela del Ciclo Marq'ssan, es a la vez un relato apasionante de extraterrestres, espionaje y revolución, y una intrigante reflexión sobre la política contemporánea (sexual y global)."

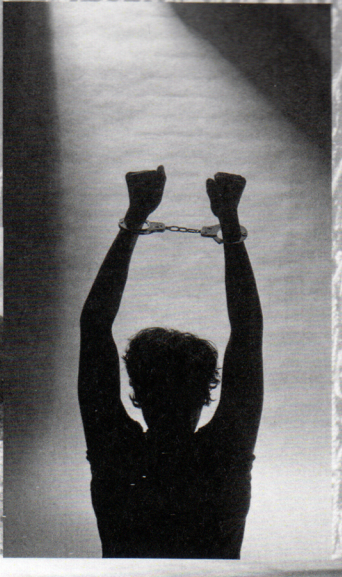
—Jeff Ford, autor de *La fisonomía*
y *El asistente del escritor de fantasía.*



ALANYA TO ALANYA



BOOK ONE
OF THE
MARQ'SSAN
CYCLE





L. TIMMEL DUCHAMP



"[Duchamp] is simply and unarguably among the best."
—Samuel R. Delany, author of *Dhalgren* and *Nova*

L. Timmel Duchamp

DE ALANYA A ALANYA

Libro uno del ciclo Marq´ssan

Título original: *Alanya to Alanya*

© 2005, L. Timmel Duchamp

Libro uno del ciclo Marq´ssan

Primera edición, junio de 2005

Diseño de cubierta original: Lynne Jensen Lampe

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Un mundo jerarquizado asediado por extraterrestres. Rebecca Taylor

Al descubierto...

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Post Scriptum

Agradecimientos

Acerca de la autora

Este libro es ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Crear no es comunicar, sino resistir.

—Gilles Deleuze

UN MUNDO JERARQUIZADO ASEDIADO POR EXTRATERRESTRES

Rebecca Taylor

Cuando la pantalla de vídeo (una versión futura de la televisión e Internet) de la profesora de historia Kay Zeldin se queda en blanco en Seattle, Kay sale al pasillo de su despacho para ver qué ocurre. Kay está tranquila, acostumbrada a los atentados terroristas y los apagones que azotan la Tierra en un futuro no muy lejano.

A medida que se desarrolla la historia de «De Alanya a Alanya», nos damos cuenta de que el apagón es mundial y que las Marq'ssan, el grupo alienígena exclusivamente

femenino responsable del apagón o la «Manta», tienen requisitos específicos para la cooperación de la Tierra con sus planes. Si bien la novela del autor de Seattle L. Timmel Duchamp (Libro uno del Ciclo de las Marq'ssan) narra el impacto de una presencia alienígena en nuestro planeta, también explora la dinámica entre clases y sexos, cómo esas divisiones se desmoronan bajo presión y, en última instancia, cómo definen una cultura.

En el escenario futurista de Duchamp, los gobiernos de la Tierra han desarrollado una forma más poderosa de controlar sus súbditos: segregándolas en distintos grupos: técnicos, profesionales y ejecutivos. Los miembros del Ejecutivo gobiernan una sociedad «civilizada» donde la división de clases es extrema. Los técnicos constituyen la mayoría controlada, proporcionando el apoyo necesario para perpetuar el sistema. Si bien los profesionales se encuentran en un nivel superior al de los técnicos, están lejos de alcanzar el estatus de un Ejecutivo.

Los miembros del poder ejecutivo valoran el control y el orden por encima de las emociones, y los hijos son concebidos por designio. Por ello, quienes integran el poder ejecutivo rara vez establecen una conexión emocional con sus parejas; el matrimonio es un contrato temporal cuyo único fin es procrear y mantener un hogar.

La división entre los sexos también es radical. Se considera a las mujeres histéricas e incapaces de tomar decisiones

racionales. Los hombres son sensatos y utilizan a las mujeres para la intimidad, pero no reconocen la validez del punto de vista femenino. Los pocos personajes femeninos que forman parte del Ejecutivo son convertidos en seres serviles, creados por los hombres a quienes rinden cuentas.

Llegan los alienígenas, que cubren el planeta con un apagón eléctromagnético, una «manta», dejando inutilizados el vídeo, las comunicaciones y la electricidad. Resulta que los humanos no son lo suficientemente avanzados como para representar una amenaza para los Marq'ssan ahora, pero tienen el potencial de convertirse en una fuerza galáctica formidable y suponer una amenaza futura. Insisten en que los humanos aprendan a negociar a nivel global. Exigen que solo representantes femeninas de cada gobierno se reúnan en la nave espacial Marq'ssan para aprender sus técnicas de negociación.

«De Alanya a Alanya» no explora tanto la respuesta de la humanidad ante una presencia alienígena, sino que ilustra cómo un mundo asediado por sus propios gobiernos finalmente se rebela; los invasores son simplemente el catalizador del cambio. El énfasis principal recae en la mayoría silenciosa que encuentra su fuerza, y aún más en la revolución anarcofeminista dentro de esa mayoría.

Una de las ideas más interesantes que se presentan en «Alanya a Alanya» es que los Marq´ssan se están contaminando con la humanidad, y que cuanto más tiempo

permanecen en la Tierra, más disminuye su capacidad para resistir sus instintos más básicos. El simple hecho de vivir en presencia de nuestra sociedad les hace perder su capacidad de negociación.

1 de julio de 2005

Extraído de The Seattle Times

https://www.seattletimes.com/entertainment/books/alanya-to-alanya-a-stratified-world-under-siege-by-aliens/

Al descubierto...

Kay se quedó mirando a la mujer que estaba a su lado, inmóvil con los ojos cerrados. De repente, abrió los ojos y de su boca salieron una extraña serie de chasquidos, pausas glotales, ruidos de soplido y succión.

A Kay se le erizó la piel.

—Acordamos que solo se admiten lenguas humanas, Pendrine —dijo la mujer de la terminal—. Repítelo. La lengua materna de esta mujer es el inglés. ¿Aquellos sonidos eran un idioma? El corazón de Kay empezó a latir con fuerza, con un dolor insoportable.

Pendrine dijo: “Escanea a esta, Sorben. Es un escuadrón de la muerte andante”.

Kay, presa del pánico, comenzó a hiperventilar. ¡La habían descubierto! Pero, ¿cómo podía saber esa mujer sobre sus

armas? ¿Alguna otra suposición? ¿Y qué quiso decir con "escanear"?

Sorben cerró los ojos. Medio minuto después los abrió y miró a Kay. —¿En serio? —miró la pantalla— ¿En serio, Kay? ¿No sientes ni un *ápice* de resentimiento por tener que llevar sustancias químicas letales *dentro* del cuerpo? —Negó con la cabeza y miró a Pendrine—. ¿Hasta dónde puede llegar su locura, más allá de llenarse literalmente de instrumentos de muerte? —Le dijo a Kay—: Los objetos de tu vagina tendrán que salir. Y tendremos que quitarte esos botones y pendientes, y también tu ropa interior.

Capítulo uno

[i]

Ese día de febrero de 2076, SeaTac y todos los demás aeropuertos civiles del mundo se convirtieron en un cementerio para los gigantescos restos de máquinas muertas.

Kay Zeldin solía trabajar en su libro los martes y jueves, los días que no daba clases. Aquella tarde de martes de febrero, el día en que todo cambió, estaba escribiendo la conclusión. Llevaba trabajando desde las nueve y se había saltado el almuerzo porque, al resumir, había comprendido de repente un importante subtexto que no había captado conscientemente mientras escribía los capítulos principales del libro; en consecuencia, había perdido la noción del tiempo. Pero su trabajo se detuvo de forma abrupta y

repentina cuando un collage de imágenes empezó a desfilar por su pantalla y una voz suave y fría, que supuso que debía ser femenina, dijo:

Nosotros, desde Marqeuei, un planeta a años luz, saludamos a los habitantes de la Tierra. Les aconsejamos aterrizar todas las aeronaves y detener de inmediato el funcionamiento de todos los equipos controlados electrónicamente, ya que, poco después de entregar este mensaje, cubriremos la Tierra y sus satélites artificiales con un pulso electromagnético. Marq'ssan pretende liberar, no dominar la Tierra. El gobierno más poderoso de la Tierra ha declarado durante décadas que prefiere la aniquilación de la especie humana a la pérdida de su propio poder. Para hacer imposible tal destrucción, nuestra Mancha inhabilitará las redes de comunicaciones electrónicas de ese y otros gobiernos opresores, así como sus sistemas de armas más devastadores. Marq'ssan espera que la Mancha conduzca a los humanos más poderosos a comprender la importancia de comunicarse y cooperar con nosotros.

Mientras la voz tranquila y melodiosa hablaba, imágenes de aviones, satélites, ojivas nucleares y bases militares se proyectaban en la pantalla. Furiosa, Kay intentó cortar la conexión a internet de su terminal. Pero la voz y las imágenes continuaban inexorablemente.

Para facilitar la comunicación y la cooperación con Marq'ssan, instamos a todos los gobiernos del mundo, incluidos aquellos que no son miembros de las Naciones Unidas, a que cumplan con las siguientes instrucciones:

En primer lugar, que cada país constituya una delegación facultada para negociar.

Segundo, que esta delegación esté compuesta por tres mujeres.

En tercer lugar, que los gobiernos estén preparados para transportar a sus delegados a los lugares que designaremos para su recogida en un plazo de 48 horas.

La falta de cooperación con Marq'ssan resultará en la destrucción de bienes valiosos para aquellos cuyos intereses son los que sus gobiernos defienden más directamente.

Tras repetirse varias veces el mensaje verbal acompañado del flujo constante del mismo collage de imágenes en una docena de idiomas, la terminal se apagó. *Liberar, dominar, sí, sí, sí.* Los malditos políticos siempre prometían acabar con el sabotaje del sistema y las intrusiones.

—¡Enciende la terminal! —ordenó Kay con voz firme, pero el monitor no mostraba señales de vida. Segura de que algún nuevo virus informático había sido liberado por un ciberdelincuente que había pirateado el sistema de la universidad, Kay repitió mecánicamente la orden una y otra vez. Finalmente, tomó su teléfono y dijo: —Tono de marcado. Pero el teléfono también se había quedado sin batería. Disgustada, recogió sus cosas en su bolso y se puso su impermeable.

El pasillo fuera de su oficina estaba oscuro; al parecer, las luces se habían apagado. La puerta al otro lado del pasillo se abrió. —Mike, hola —dijo Kay, reconociendo la silueta a contraluz en la puerta—. Mi teléfono y mi terminal no funcionan.

—Los míos tampoco—dijo.

Kay oyó que se abría otra puerta. "¿Dios mío, también se apagaron las luces?"

—Paul, ¿tu teléfono y tu terminal están muertos, como los de Kay y los míos? —preguntó Mike.

—Supongo que eso significa que los ascensores no funcionan. —Kay miró hacia el pasillo, donde al menos algo de luz entraba por la esquina gracias a las ventanas del codo. No había ventanas en el otro extremo, donde se encontraba la escalera de hormigón. —¿Alguien tiene una linterna a mano?

Kay tuvo que usar los pies y los codos con fuerza para abrirse paso entre la densa y calurosa masa de cuerpos en la escalera. —¿Alguien sufre de claustrofobia? —preguntó Mike con sarcasmo. Confiada en que nadie la vería, Kay puso los ojos en blanco. ¿A quién le importaba que estuviera oscuro y lleno? Lo que importaba era que, por alguna razón, las escaleras estaban tan atascadas que bajar por ellas era increíblemente lento. —¿Qué demonios pasa? —dijo en voz

baja. Al fin y al cabo, solo quedaban cuatro tramos hasta la planta principal. Aunque todos en el ala estuvieran saliendo, no deberían tardar *tanto.*

"En cualquier momento volverán a encenderse las luces", dijo Mike. "Quiero decir, ¿cuánto tiempo puede tardar la universidad en poner en marcha su generador de respaldo?"

«Claramente, quienes redactaron el código contra incendios sabían que no estarían presentes cuando ocurriera algo así», dijo alguien con ironía. «Un estudiante de posgrado, pensó Kay, tratando de identificar la voz. Otro caso de unos ineptos en matemáticas que lo arruinan todo. Pero uno pensaría que al menos los ingenieros se habrían dado cuenta de que no hay suficientes escaleras en este edificio. Supongo que *habrían* sabido sumar, restar y multiplicar. Lo que significa, amigos, que ahora estamos sufriendo las consecuencias de otro ejemplo más de la famosa mentalidad de ahorro del siglo XX».

—Si no te gustan las escaleras, ¿por qué no te bajas de ellas? —dijo Paul bruscamente.

"Sí, cuanta menos gente haya en esta escalera, mejor", dijo Mike.

"¡Ustedes son un verdadero desastre!", dijo el listillo. "¡Scotty, teletranspórtame!"

Cuando Kay salió al exterior, estaba sudorosa e irritada. La suave y fina bruma la refrescó, pero pronto le empapó el cabello.

Una gran multitud se había congregado en la entrada del Kane Hall, en el hueco de la escalera del aparcamiento subterráneo. Una mujer, cargada con media docena de volúmenes de la biblioteca, anunció que la iluminación del hueco de la escalera estaba apagada y el sistema automático fuera de servicio.

“Lo que significa”, dijo otra persona, “que no solo la red eléctrica de la universidad está caída, sino también la de la ciudad”.

—Oye —dijo un joven con el pelo uniformemente corto—, ¿eso significa que hay extraterrestres atacando la Tierra?

“Lo más probable es que sean terroristas de la URI saboteando la infraestructura de la ciudad”, dijo una mujer con el peinado y el maquillaje de Marilyn Monroe. “No es la primera vez que hacen algo así”.

Sería una caminata larga hasta Queen Anne, pero Kay no tenía ganas de quedarse sentada esperando a que volviera la luz. Cruzó la calle Decimoquinta NE por el paso elevado peatonal, caminó la corta cuadra hasta la avenida y se desvió hacia el norte, hacia la librería universitaria, donde sabía que vendían paraguas. Si el apagón había sido causado por un

sabotaje terrorista, ¿por qué los terroristas no se habían atribuido la responsabilidad? Normalmente, los terroristas estaban ansiosos por ser reconocidos como responsables de la devastación.

Autos averiados y abandonados por sus conductores llenaban la calle. Las tiendas por las que pasaba estaban oscuras por dentro, y la mayoría tenían las puertas cerradas y las persianas bajadas. La manzana frente a la librería, ocupada principalmente por salones recreativos y locales de comida rápida asiática, estaba repleta de ruidosas multitudes de técnicos de servicio y adolescentes. Alrededor de media docena de técnicos bloqueaban la acera, hablando en voz alta y frenéticamente sobre lo que parecían ser problemas con sus pantallas de retina. La voz más fuerte, la de una mujer, rompió el estruendo de demasiada gente hablando y gesticulando a la vez. "Fue espeluznante, ¿sabes?, como si, después de esa interrupción, de repente no hubiera *nada,* hombre, absolutamente *nada..."* Kay se sentía incómoda al adentrarse en semejante escena, pero lo hizo con determinación, repitiendo una y otra vez: "Disculpen, por favor, disculpen, si me dejan pasar, por favor..."

El esfuerzo que le suponía abrirse paso hacia el norte contra la multitud, sobre todo teniendo en cuenta que creía cada vez más que encontraría la librería cerrada, empezó a parecerle un sueño. Llegó a la mitad de la manzana cuando se dio cuenta de que se dirigía hacia una pelea. «Esta sala de

juegos está cerrada, y voy a chapar», gritó una voz áspera y furiosa. «Así que lárguense de aquí ahora mismo, antes de que les dé a ustedes, a ustedes y a ustedes, los problemas que parecen estar buscando. ¿Me oyen, mocosos? ¡Les dije *que se muevan!»*

La multitud se agitó y se sacudió en una ola de movimiento violenta e inesperada, arrastrando a Kay consigo. Se oyeron muchos gritos, y luego tres disparos. La gente gritaba y se empujaba presa del pánico. "¡Maldito asesino!", chilló la voz de un niño. "¡Asesino chupasangre!"

Se oyeron más gritos y luego el sonido de cristales rompiéndose. Kay apenas oyó la segunda ráfaga de disparos entre la creciente cacofonía de voces. La multitud se movió de repente y la acorraló contra el lateral de un coche abandonado. Kay luchó por liberarse, pero quienes la empujaban también eran empujados. Le pareció oír una voz amplificada por un megáfono, pero sus palabras se perdieron entre el estruendo de la multitud. Unos segundos después oyó una serie de fuertes estallidos. «¡Nos están gaseando!», gritó alguien cerca.

El último pensamiento de Kay antes de perder el conocimiento fue que, aunque nunca antes había estado en un disturbio, sabía que el aerosol no podía ser gas lacrimógeno, ya que no presentaba ninguno de los síntomas que había visto provocar en las películas.

[ii]

El Departamento de Policía de Seattle detuvo a todos a los que había acorralado y gaseado en esa cuadra de la avenida. Kay protestó diciendo que la habían arrastrado al disturbio sin motivo alguno, algo que, según ella, deberían haber podido deducir por su condición y apariencia, ya que casi todos los demás arrestados eran técnicos de servicio o estudiantes. Pero los agentes que escribían a mano su número de identificación, nombre, dirección y nombre del empleador no estaban dispuestos a aceptar excepciones. Estaban estresados por no tener acceso a su sistema de datos ni un lector que funcionara para procesar las bandas magnéticas de las identificaciones de los detenidos. Y les preocupaba que se produjeran más disturbios y saqueos al caer la noche, si continuaba el apagón. Kay lo entendió todo sin que se lo dijeran. Pero aun así se sintió indignada y ansiosa, especialmente cuando le confiscaron su bolso, dejándole solo su identificación de plástico y una botella.

Los tranquilizantes que les administraban a los detenidos (con una alta penalización por negarse) atenuaron, por supuesto, sus reacciones. Para cuando la llevaron a una sala de conferencias con gradas empinadas en Kane Hall y la sentaron en la penumbra, ya no le importaba nada. A pesar de su aparente tranquilidad, la experiencia no fue agradable. Se le dormían las piernas, sentía una incómoda sensación de

incontinencia y se le acabó el agua. La pantalla de su reloj se había apagado, así que no sabía la hora. Pensó en susurrarle al técnico de servicio a su izquierda, de quien estaba segura que llevaba un implante, para preguntarle, pero decidió que sería mejor no entablar conversación para no llamar la atención de los oficiales.

Cuando la Guardia Nacional llegó para reemplazar a los policías, trajeron más linternas y un contingente de guardias más numeroso y amenazadoramente armado. Así, pudieron llevar a los detenidos al baño por turnos. Aunque Kay sintió alivio al poder orinar y estirar las piernas y la espalda, no consideró que la presencia de la Guardia en lugar de la policía fuera algo positivo. «Tenían la costumbre de encender las linternas al azar sobre los detenidos para vigilarlos más de cerca. Y el mero hecho de que los hubieran llamado planteaba un sinfín de interrogantes». Una y otra vez, Kay repasó la secuencia de los hechos, desde la interrupción de su trabajo hasta su arresto. La presencia de la Guardia implicaba que debía haber un gran desorden en las calles, lo que a su vez sugería que no podía esperar ser acusada formalmente y puesta en libertad bajo palabra en un futuro próximo.

A medida que el tranquilizante comenzaba a perder efecto, Kay se sentía frustrada e impaciente. Percibió inquietud en los jóvenes detenidos a su alrededor y se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que les administraran otra dosis de medicación, cuando se desató una pelea al fondo de la sala,

a pocos pasos de la puerta, en una zona relativamente bien iluminada. El guardia había estado eligiendo al azar a algunos jóvenes para que fueran al baño, alumbrándolos con su linternas y diciéndoles: «Tú, ahí, sal al pasillo». Hasta ahora, nadie había desafiado lo más mínimo su control. Kay tenía una vista clara del escenario y del final del pasillo que llevaba a la puerta, pero la trifulca ocurrió tan rápido que no se dio cuenta de cómo empezó. Un chico empezó a forcejear con un guardia; ambos se enzarzaron en un intercambio de empujones y forcejeos, y entonces el chico lanzó un puñetazo. Kay pensó: los adolescentes son unos idiotas. Especialmente los varones, cuya sangre bullía de testosterona y otros andrógenos. Y más (especialmente aquellos que, independientemente de los tranquilizantes que les habían administrado, se habían visto obligados a permanecer sentados quietos y en silencio durante horas, mientras que cada uno de ellos probablemente escuchaba la música más agresiva disponible a través de sus implantes neuronales, lo que los ponía emocionalmente nerviosos, los preparaba para la acción, sin importar el costo.

Además, la mayoría de los miembros de la Guardia eran hombres jóvenes.

“¡Quítame las manos de encima, cerebro de zombi!”, estaba segura de que había gritado el chico; palabras provocadoras para los guardias, sin duda, ridiculizando la excepcional mejora neuronal de la que los soldados y los agentes del orden decían sentirse orgullosos.

La situación se agravó cuando varios chicos de las primeras filas se lanzaron hacia adelante para unirse a sus compañeros. Kay, esperando que todos los guardias presentes abandonaran sus puestos y se precipitaran a la refriega al frente de la sala, calculó los posibles efectos y consecuencias de tal acción y si podría haber una oportunidad para ella. Pero ninguno de los guardias abandonó su puesto. Supuso que debían haber recibido órdenes de no hacerlo a través de sus implantes auditivos. En cambio, el oficial al mando, apostado en el escenario, levantó su rifle y disparó a quemarropa contra un detenido que en ese momento trepaba por encima de la primera fila de asientos. El detenido cayó. Solo entonces el oficial al mando gritó: «¡Todos quietos! ¡Quien se mueva siquiera será carne de cañón!».

La sala se sumió en un horror surrealista cuando cada detenido implicado en la trifulca fue esposado con las manos a la espalda, llevado al escenario y, bajo un torrente de luces para que todos lo vieran, brutalmente golpeado con las culatas de los rifles hasta dejarlo ensangrentado, para luego ser atado a una de las rígidas sillas de plástico que los guardias colocaron en fila a lo largo de la pared del fondo del escenario. Kay no tenía ni idea de cuánto tiempo duró todo. Para cuando terminaron las palizas, tenía la vejiga llena de nuevo, los nervios a flor de piel y un fuerte dolor de cabeza. Solo cuando vio a un par de guardias arrastrando su cuerpo inerte y ensangrentado hacia la salida se dio cuenta de que

se había olvidado del chico al que el oficial al mando había disparado.

Kay cayó en una especie de aturdimiento, alternando entre el deseo desesperado de ir al baño y la idea de cómo, una vez liberada, describiría por escrito con exactitud lo que había visto y comprendido del altercado entre los detenidos y la represalia de la Guardia. Pero, al parecer, los descansos para ir al baño se habían suspendido. Y pronto, lo único en lo que podía pensar era en orinar.

—¡Profesora Kay Zeldin! ¡Levántese, por favor! —gritó el oficial al mando. El sonido de su nombre la sacó de su ensimismamiento. Con cautela, se puso de pie con dificultad. —Profesora Zeldin, ¿podría acercarse al frente de la sala?

Profesora. Por favor. La cortesía se notó. Por fin, Kay se regocijó, ¡por fin alguien les había hecho darse cuenta de que habían cometido un error al detenerla! Pasó arrastrando los pies junto a los dos detenidos que la separaban del pasillo y bajó las escaleras cojeando. Tenía el pie derecho medio dormido. Qué alivio. Por fin se libraría de la pesadilla. La situación en la habitación probablemente empeoraría antes de terminar, pensó fugazmente, sin saber cómo podría empeorar, pero con la certeza de que lo haría. Todo había sido un error. Después de recuperar su bolso, exigiría que le dieran una botella de agua bien sellada y luego correría (no, caminaría) al baño más cercano. Los muy cabrones se lo debían.

El oficial al mando la recibió al pie de la escalera. —¿Es usted la profesora Zeldin? —susurró—. Lamento mucho las molestias. Por supuesto, no teníamos forma de saber que la policía de Seattle había cometido semejante error.

Kay estrechó a regañadientes la mano que había disparado al chico.

—Por favor, si quiere, venga por aquí —dijo el oficial, indicándole que pasara delante. Aún algo aturdida, Kay caminó por el pasillo que conducía a la salida, donde un guardia le abría la puerta.

La luz del pasillo era tenue, pero no tuvo problemas para reconocerlo. Aunque aparecía con frecuencia en los medios de comunicación, hacía veinte años que no lo veía en persona. Su espeso cabello negro, peinado al estilo ejecutivo actual —muy por encima de las orejas y largo por detrás sobre el cuello— ahora tenía mechones plateados, y llevaba más joyas de las que recordaba que solía usar. Pero cuando sus miradas se cruzaron, sintió el reconocimiento hasta lo más profundo de su ser.

“¿Zeldin?”, dijo, con una voz tan tranquila y baja como siempre.

—Sedgewick. —Tenía la garganta tan reseca que la voz le salió ronca. Mientras estrechaba la mano seca y anillada que

él le tendía, lo único que podía pensar era en el aspecto desaliñado que debía tener.

«Me alegra haberte encontrado», dijo. «Cuando descubrí que no habías llegado a casa, inicié una búsqueda prioritaria y la Guardia Nacional logró localizarte con una rapidez y eficacia encomiables. Dada la enorme confusión y la interrupción de todos los sistemas de procesamiento y comunicación, me complace enormemente el buen desempeño de nuestros servicios de seguridad en estas circunstancias».

Esto es increíble. "¿Me buscaste?"

Inclinó la cabeza. —Pero me imagino que tienes hambre y sed después de tantas horas detenida. —Su mirada se dirigió al oficial al mando, que seguía junto a Kay—. Muchas gracias, teniente, por su ayuda. Zeldin, ¿te confiscaron algún objeto personal?

Kay, al recordar la presencia del oficial al mando, sintió una punzada de malestar al rememorar el tiroteo. «Un impermeable y una mochila», dijo rápidamente. Nerviosa, jugueteó con su botella vacía. ¿Debía hablar del tiroteo ahora o después de salir de Kane Hall? «Y me gustaría usar el baño», añadió.

Un miembro del séquito de Sedgewick (todos con un aspecto sospechosamente parecido al de guardaespaldas

con superpoderes) la acompañó hasta la puerta del baño, que estaba tan oscuro como una cueva subterránea. A tientas, primero se dirigió al inodoro y luego al dispensador de toallitas húmedas. Deseó tener su bolso para al menos poder peinarse. No necesitaba mirarse al espejo para saber que era un desastre sudoroso, arrugado y desaliñado.

Sintiéndose un poco mejor, Kay se apresuró a regresar a lo que ahora parecía una luz brillante. Uno de los robustos técnicos de Sedgewick le devolvió su bolso y su parka. Sedgewick la tomó del codo y le dijo que, dado que el transporte terrestre era complicado por el momento, se desplazaría en un helicóptero militar blindado y resistente a pulsos electromagnéticos, que los esperaba afuera en la Plaza Roja. Uno de los técnicos, que portaba una linterna a pilas, les abrió el camino. «He estado dando clases en este edificio durante años», dijo Kay. «Y muchas veces en esa sala en particular. Jamás imaginé que pudiera usarse como cárcel».

Sedgewick dijo: «Estamos en un caos, Zeldin. Aunque es terrible haber perdido todos nuestros satélites, debo decir que es una bendición que todos los mercados estuvieran cerrados. Si los terroristas se hubieran dado cuenta de lo mucho peor que podrían haber hecho si hubieran dejado intactos los satélites de comunicaciones...»

Salieron a la noche fresca y húmeda y les golpeó el remolino de las hélices del helicóptero. Las nubes se habían

disipado. El enorme helicóptero verde oliva que ocupaba el centro de la Plaza Roja brillaba a la luz de la luna. Kay jamás había visto tantas estrellas en un cielo urbano.

Una vez sentada y con el cinturón abrochado, un técnico le entregó una botella de agua fresca. Como el ruido era insoportable para conversar, Kay pasó el trayecto mirando la oscura ciudad que se extendía a sus pies y el cielo, tan bellamente salpicado de estrellas. Sintió que Sedgewick la observaba. Habían pasado veinte años, y su separación no había sido precisamente amistosa. Su relación había sido emocionalmente inútil y mutuamente destructiva. Recordó cómo, cuando él fue nombrado Jefe de Servicios de Seguridad, ella se sintió furiosa y amargada por su éxito. Tan solo verlo en los medios de comunicación la hacía rechinar los dientes. Más tarde, cuando su resentimiento se desvaneció, sintió una especie de diversión distante al recordar haber conocido tan íntimamente a una persona tan poderosa.

Nunca le había mencionado la aventura a Scott ni a ninguno de sus colegas o amigos. No era una relación que ella quisiera reconocer.

Kay se dio cuenta de que estaban volando sobre Puget Sound. Había muy poca luz ambiental para orientarse. ¿Adónde demonios la llevaba Sedgewick? ¿*Y por qué*?

El helicóptero aterrizó en un tejado bien iluminado en lo que claramente era una base militar. «Marina», pensó, a juzgar por la cantidad de grandes embarcaciones en el puerto. Segura de que no habían cruzado a la península Olímpica y de que su dirección había sido principalmente hacia el norte, supuso que se trataba del puerto base de Everett.

Un ejecutivo de aspecto juvenil los recibió en la azotea. Sedgewick lo presentó simplemente como «Torricelli». Bajaron un tramo de escaleras hasta una suite de oficinas lujosamente alfombradas y amuebladas, y Sedgewick la condujo a un pequeño comedor. «Primero café y algo de comer, Torricelli», dijo Sedgewick, haciendo que el ejecutivo saliera corriendo. Sedgewick le indicó que se sentara en una silla de la mesa. «Todo es un poco rústico, claro, pero probablemente estés tan hambrienta que no te importe en absoluto».

Kay dijo: "Me sentiría mucho mejor si pudiera lavarme las manos y la cara".

Sedgewick la señaló hacia el baño. Kay se alegró muchísimo al encontrar agua caliente en el grifo, jabón perfumado y toallas. Se quitó el maquillaje viejo de la cara y se aplicó uno nuevo, luego se peinó durante un minuto. Se miró en el espejo y frunció el ceño. Su túnica estaba completamente arrugada, por supuesto. Aparte de eso, pensó, para Sedgewick su apariencia debía parecerle casi inalterada. Un

cierto grado de envejecimiento visible era útil para los hombres, pero nunca lo había sido y probablemente nunca lo sería para las mujeres. Él podría dejar que su cabello negro azabache se volviera plateado, dejar que su rostro adquiriera algunas arrugas maduras alrededor de los ojos, pero como para cualquier ejecutiva o profesional normal, la sola idea de mostrar la edad era impensable para ella. Solo las mujeres del sector de servicios, incapaces de costearse tratamientos de longevidad o cirugía estética, dejaban que su edad se notara en sus rostros y cuerpos.

Kay regresó al comedor justo cuando Torricelli, con tazas de café y un termo en una bandeja de plata, entró por la puerta del otro extremo de la habitación. —¿Café, Zeldin? —preguntó Sedgewick.

“Sí, por favor. Me dieron un tranquilizante cuando me arrestaron, pero aunque ya se me pasó el efecto, estoy tan cansada que estoy a punto de quedarme dormida.”

Mientras Torricelli les servía café a ambos, Sedgewick metió la mano en el bolsillo y le lanzó a Kay una pastilla envuelta en papel de aluminio. «Tómala por vía oral. No podemos permitirnos estar atontados esta noche».

Cuánto tiempo ha pasado, pensó Kay. Habría sabido que era mejor no hacer un comentario tan estúpido e innecesario. Intentó sonreírle a Sedgewick, pero él la miraba fijamente, de una manera que la incomodaba demasiado

como para mirarlo a los ojos. —Gracias, pero estoy segura de que el café me hará bien. Prometo no quedarme dormida.

—Te quiero despierta y alerta, Zeldin. No discutas conmigo. Toma la maldita pastilla. —Su voz, aunque baja, tenía ese tono cortante que ella recordaba tan bien. La afectó como una vieja señal de comportamiento. Consciente de la intensidad con la que la observaba, desechó cualquier intento de discutir y se metió la pastilla en la boca. —Supongo que estás dividida entre alegrarte de que te hayan rescatado del castigo y preguntarte si estoy loco por venir a verte.

Sus ojos brillaban, como ella recordaba que solían hacerlo durante el sexo. Apartó la mirada.

Estoy seguro de que solo tú puedes comprender lo contento que me puse al saber que tendría que rescatarte. Imaginé que te alegraría —o al menos *te sentirías agradecida*— al verme. Créeme, no he olvidado tus últimas palabras.

Kay apretó la taza de café que Torricelli le había servido. —El oficial al mando disparó a alguien poco antes de que llegaras —dijo con voz ronca.

Me alegra saber que están al tanto de todo. Los han entrenado para no andarse con rodeos en este tipo de

situaciones. Así que dime, Zeldin, ¿sigues sintiendo deseos de matarme?

Kay levantó la cabeza de golpe. ¿Hablaba en serio? (¿Acaso Sedgewick bromeaba alguna vez?) Dijo: «Hubo cierta *acritud* cuando me fui. Lamento haber sentido resentimiento. Pero, en serio, decir que tenía ganas *de matar* es una exageración».

La miró fijamente. Después de unos diez segundos, dijo: "Me has engañado por completo".

Kay pasó la punta del dedo por el borde de su taza. —Me alegro de que me hayas rescatado —dijo con voz débil—. Me repito a mí misma que me dirás por qué cuando estés listo.

Torricelli entró con una bandeja de comida, la sirvió torpemente y se marchó. «Recarga energías, Zeldin», dijo Sedgewick. Kay miró con pesar el plato de salmón, patatas fritas y huevos escalfados. Rara vez tenía la oportunidad de comer salmón, que le encantaba. Pero se le había quitado el apetito. Recordaba ahora que las conversaciones con Sedgewick solían tener ese efecto en ella. Comer era una tarea pesada, pero como Sedgewick la observaba, hacía el esfuerzo.

Comieron en silencio hasta que Sedgewick, clavando el tenedor en una yema de huevo, dijo: «Entonces, háblame, Zeldin. Dime qué sientes al verme. Necesito saber si estoy en

lo cierto al pensar que puedo contar contigo para una operación importante».

Kay dejó el tenedor. Aun con comida dentro, le ardía el estómago. «Sabes cuánto tiempo hace que no trabajo para la Compañía», dijo. «No puedo serte útil en ningún trabajo importante. Probablemente he olvidado todo lo que sabía sobre el oficio».

“Da igual. No me interesa reclutarte para algo que cualquier oficial de campo podría hacer. Pero estás evadiendo mi pregunta.”

Kay apartó el plato y cogió el agua. —Muy bien —dijo con cautela—. Me siento sorprendida, no con ganas de matar. Me siento recelosa. Y me incomoda que me hayas elegido para una operación, porque no estoy acostumbrada a trabajar con ejecutivos y me gusta ser mi propia jefa.

«Obviamente, en algunas cosas no has cambiado», dijo Sedgewick. «Y *no* lo tomes como un cumplido. Pero lo dejaremos pasar por ahora. Tus veinte años fuera del juego son muy beneficiosos para esta operación. Eres una académica genuina sin vínculos actuales con la comunidad de inteligencia. Veinte años es tiempo suficiente para que sea casi imposible rastrear la conexión».

Kay dijo: “Siento que hayas perdido el tiempo, Sedgewick. Pero de verdad creo que deberías elegir otro puesto académico. No necesito emociones fuertes”.

—No necesitas emociones fuertes —dijo Sedgewick con sarcasmo—. Pues qué bien por ti. El mundo en el que vivimos se está desmoronando. Después de veinte años de comodidad, ¿no crees que le debes algo al sistema?

Kay se contuvo de replicar sobre el estilo de vida y los privilegios de los ejecutivos. Era típico de él afirmar que ella era la que llevaba una vida *de lujos.* —¿Así que este trabajo tiene algo que ver con el apagón? —preguntó con calma.

¿Apagón? ¿Así lo llamas? Dios mío, mujer, cada pizca de silicio desprotegido en la superficie de la Tierra ha sido saboteada con un pulso electromagnético global, y no solo en la superficie terrestre, sino también en nuestros satélites. La única tecnología que nos queda es la que estaba bajo tierra o específicamente protegida contra un pulso electromagnético, no porque lo esperáramos, sino porque los pulsos electromagnéticos son efectos secundarios de las explosiones nucleares.

Kay lo miró con asombro. —No tenía ni idea —dijo—. Pensé... pensé, hasta que llegó la Guardia Nacional, que se trataba de un apagón muy localizado. Y entonces supuse que era en toda la ciudad... y luego, cuando apareciste tú, supuse que era una especie de coincidencia... Recordó que él había

dicho algo sobre un caos total y mercados cerrados. La información se le había pasado completamente por alto, probablemente porque estaba demasiado nerviosa como para prestar la debida atención.

“El estimulante debería empezar a hacer efecto en cualquier momento”, dijo Sedgewick. “Quizás entonces consigas un poco más”.

Kay se sonrojó. De forma compulsiva, se bebió otro vaso de agua.

Sedgewick preguntó: "¿Escuchaste el mensaje de los terroristas antes de que lanzaran el pulso electromagnético?".

“Sí. Supuse que era uno de esos chiflados de Internet.”

—¿Oíste su exigencia de que enviaran a tres mujeres como negociadoras? —Kay lo miró fijamente—. No estarás pensando… —Ah, *no, no.* Tragó saliva e intentó de nuevo: —No estarás pensando en negociar con ellos, ¿verdad?

“Por supuesto que no. Aunque definitivamente estamos pensando en enviar mujeres para que se hagan pasar por negociadoras.”

Kay se percató de la sequedad en su boca, el sudor frío y el hormigueo en su piel. Todos los sonidos, incluso las palabras más bajas que Sedgewick pronunciaba, resonaban de

repente nítidos y claros en sus oídos. La droga debía de estar empezando a hacer efecto.

“Me gustaría enviarte.” Sedgewick deslizó en su boca el último y tembloroso bocado rosado del salmón que le habían servido.

Kay observó cómo los músculos de su boca discretamente cerrada se contraían mientras masticaba, y sintió un nudo en el estómago. *Estaba furioso cuando lo dejé. Quizás* guardó *rencor todos estos años y le agrada la idea de sacrificarme.*

"¿Sin comentarios?"

Kay apartó la silla de la mesa y se ajustó el cuello de la camisa lo más que pudo. "Si no planeas negociar, puedes enviar a cualquiera", dijo. "Decenas de miles de mujeres ya trabajan para el gobierno. Cualquiera de ellas podría hacerlo".

Sea cual sea el trabajo sucio que tengas planeado, no se me ocurre ni una sola razón por la que vendrías hasta Seattle para que yo lo hiciera.

“Ya te lo dije antes, necesito tu perspicacia y tu audacia, Zeldin.”

—El viejo truco de la adulación —murmuró Kay, consciente de lo ingenua que debía de pensar él que era ella.

¿Es posible? ¿De verdad es posible? —El tono de Sedgewick era de incredulidad—. Y yo que pensaba que el único obstáculo para reclutarte sería la animosidad personal que aún persiste. Pero resulta que es algo que jamás habría imaginado de *ti.* ¡Zeldin, Zeldin, Zeldin! —Sacudió la cabeza—. Lo único que nunca pensé de ti fue que fueras una cobarde.

Eso dolió. Kay lo miró a los ojos; sus manos se retorcían en su regazo. «Seguro que si es tan importante, querrás enviar a los mejores. No tengo entrenamiento en armas, ni habilidades de defensa personal, y no recuerdo nada de técnicas de espionaje, como ya te dije».

La mirada de Sedgewick se clavó en la de ella. «Lo que quiero, Zeldin, son tus habilidades analíticas, tu capacidad de observación y tu memoria eidética a corto plazo. Quiero enviarte a recopilar información para que luego puedas volver y podamos recuperarla. ¿Entiendes ahora?»

Torricelli entró con otra bandeja. Retiró los platos y les sirvió cuencos de fruta; luego colocó una botella envuelta en papel de regalo y dos copas de cristal de tallo corto, escarchadas con hielo, a la derecha de Sedgewick. Kay miró la fruta: uvas peladas, bolitas de melón, melocotones y kiwi en rodajas, fresas diminutas y trocitos de mango. Un manjar para cualquier época del año.

“Vamos, Zeldin. La falsa modestia nunca fue tu problema. Sabes que sé que eres extraordinariamente buena improvisando, estableciendo conexiones y uniendo datos dispares. Habrías terminado trabajando en una oficina en Washington si no hubieras renunciado, aunque tu combinación de talentos te convirtió en un excelente oficial de campo.”

Kay jugueteó con la cuchara de postre. Una vez que se había librado de Sedgewick y la Compañía, ese tipo de conversaciones se habían borrado de su memoria. Pero la sensación de familiaridad era abrumadora. Esas conversaciones tenían un ritmo propio, repleto de ciertas fórmulas, clichés y jerga que hacían que el desenlace pareciera inevitable. Lo miró. «*Ahora dices* que era buena. Pero siempre creí que tu único interés en convertirme en oficial era por pura conveniencia personal».

—Si eso hubiera sido cierto, te habría puesto en un trabajo de oficina sin futuro —dijo Sedgewick, entrecerrando los ojos—. Pero volvamos al tema, ¿de acuerdo? Y dime ahora, de una vez por todas: ¿De verdad te has convertido en una cobarde tan blanda y débil?

Kay temblaba. Un efecto secundario de la droga, pensó. "¿Sabes quiénes son esos terroristas?"

Nuestra primera suposición es que probablemente se trate de un grupo disidente escindido de alguno de los grupos

criminales habituales: brazos de URI, la República Popular China, GOAS o SFS. O posiblemente el Frente Verde Global, Mujeres Militantes Unidas del Mundo o Personas Contra la Tecnología Nuclear; aunque cualquiera de estas últimas opciones es muy improbable, dada la sofisticación de la tecnología involucrada. Una de tus tareas será ayudarnos a identificarlos.

"¿Fue atacada la República Popular China? ¿O el Islam, África o alguno de los miembros de SFS?"

"¿Te refieres a que podríamos descartar a URI, la República Popular China, GOAS o SFS? Por lo que sabemos de los sobrevuelos tripulados, todos fueron alcanzados. ¿Qué tienen que ver tus preguntas con tu decisión? ¿O debo dar por hecho que estás dentro?"

En el juego, lo que quería decir era —Kay se mordió el labio— que todo parecía tan inevitable. «Me gusta mi vida como ha sido», dijo. No soportaba que la tomaran por cobarde. Él lo sabía. Y hacía que el reclutamiento sonara como un desafío. «Si acepto el trabajo, sería con la condición de que no interfiera con mis responsabilidades profesionales. De hecho, estoy terminando un libro. Y…» Tragó saliva. Sus ojos eran intensos, expectantes, y completamente seguros de su decisión, el muy cabrón. «Pero supongo que mientras todo esté cerrado, todo eso está en suspenso de todos modos. Así que… a corto plazo, sí, acepto».

Sedgewick cogió la botella termoenvasada y sirvió chupitos en las copas de cristal.

Kay se preguntaba a quién intentaba engañar. Una vez dentro, sería imposible salir sin su aprobación. ¿Por qué decía que sí sin siquiera pensarlo una noche? ¿Qué le pasaba para darle tanto poder sobre ella?

—Toma —dijo Sedgewick, acercándole uno de los vasos. Antes te gustaba muchísimo esto.

Kay tomó el vaso y lo olió. Vodka ruso, congelado hasta convertirse en jarabe. «No debería», dijo. «No después de haber tomado el estimulante». Sin mencionar el tranquilizante que la policía de Seattle le había impuesto.

—Oh, pero debes hacerlo —dijo Sedgewick. Levantó su copa—. Por la lealtad.

A Kay se le hizo un nudo en la garganta. Él la observaba, la esperaba y la desafiaba. Otra vez. Temblorosa, tomó el vaso y lo alzó. «Por la lealtad», repitió, se bebió el contenido de un trago y se llevó un poco de fruta a la boca con una cuchara.

—¡Torricelli! —gritó Sedgewick. Kay apretó con fuerza la servilleta contra sus labios para detener el temblor. Sedgewick casi nunca hablaba más allá de su habitual murmullo. Siempre había que esforzarse para oírlo. Sus

gritos intensificaron la tensión que la situación ya le provocaba.

Torricelli entró corriendo. "¿Señor?"

“Consígueme copias del contrato de campo estándar y del juramento de lealtad. Zeldin ha decidido unirse.”

Sería una agente contratada. Por supuesto. No habría forma de escapar de su preciada cadena de mando.

—¿Otro trago mientras esperamos? —dijo Sedgewick, extendiendo la mano hacia su vaso.

“Realmente no debería”, dijo Kay mientras Sedgewick servía la segunda ronda.

—Tonterías. Siempre me has acompañado a la perfección. —Sedgewick le devolvió la copa—. Ahora te toca a ti hacer el brindis —dijo.

Ella nunca lo había visto beber vodka ruso a sorbos o de un trago. Siempre había tenido la manía de brindar mientras se bebía la botella, como si estuviera recitando una liturgia en la iglesia de su elección. Kay se humedeció los labios. «Por la confusión del enemigo», dijo, pensando que estaba siendo bastante impersonal.

Después de que Kay firmara el juramento de lealtad (que no había cambiado apreciablemente en los veintiséis años

transcurridos desde que firmó el anterior), Sedgewick rellenó el contrato por triplicado, lo firmó y le hizo firmarlo a ella. Kay no se sorprendió cuando Torricelli se llevó las tres copias.

Los agentes subcontratados podrían convertirse en un problema para la empresa. Cuanta menos documentación tuvieran los agentes, más seguro sería para la empresa.

—Dime, Zeldin —dijo Sedgewick cuando estuvieron solos. Sus ojos volvieron a brillar—. ¿Sigues encontrando casi imposible decir «señor»?

¿Qué estás diciendo? ¿Que quieres que te llame "señor"?

Sus ojos brillaban con intensidad. "¿No crees que si eso es lo que quiero ya lo estarías haciendo?"

Con cada segundo que pasaba, Kay recordaba más de cómo Sedgewick solía obtener placer de maneras perversas. Dijo: "¿Es demasiado tarde para echarme atrás ahora?".

—Te decepcionarías si te lo permitiera —dijo Sedgewick, sirviendo otra ronda de vodka—. De eso estoy seguro.

Kay sabía que beber con él era peligroso. Le dijo: «Si solo tenemos dos días, ¿de verdad deberías mantenerme despierta toda la noche emborrachándote?».

Sedgewick le devolvió el vaso. "Oh, pero debes brindar por la buena vida".

Ya había pasado bastante tiempo desde los dos primeros tragos. Todo parecía un sueño, increíblemente irreal. Sedgewick, el pulso electromagnético global, ser arrestada y ver a un niño recibir un disparo de un hombre uniformado. Todo un sueño. Y ahora se estaba emborrachando con un hombre al que había odiado profundamente y al que acababa de entregarle su vida. En realidad, era más bien una pesadilla.

Capítulo dos

[i]

Se sumerge profundamente en el agua verde y cálida, nadando con facilidad y alegría en busca de algo que reconocerá al instante, buscando, no con ansiedad, sino como una niña que cava en el jardín en busca de un tesoro que le han dicho que yace enterrado allí. Pero el agua se enfría y se oscurece; otro nadador acecha en algún lugar detrás de ella. Puede sentir su presencia, pero tiene demasiado miedo para mirar; solo sabe que debe huir. Ahora la natación la cansa. Se mueve con dificultad, desesperadamente, consciente de que pronto necesitará aire, notando por primera vez que está nadando con lo que ha estado en sus pulmones durante mucho tiempo; teme asfixiarse, siente que sus pulmones van a estallar... Él viene por detrás y la rodea; y mientras la rodea una y

otra vez, se da cuenta de que tiene que escapar para poder respirar... Reconoce a Sedgewick, y con el poco aire que le queda grita y comienza a perder el conocimiento, con las piernas y los brazos pesados, flácidos, cansados. Sedgewick se acerca a ella cuando ya no puede moverse, y sabe que está muriendo. Su rostro huesudo se acerca cada vez más hasta quedar pegado al suyo. No puede gritar, no puede moverse mientras él abre la boca y ve que es un enorme tiburón cuervo con una boca serrada y voraz que se abre hasta ser más grande que su cuerpo. Sus huesos se clavan en su rostro, sabe que la va a devorar...

¡Dios mío, qué sueño!

"¡Zeldin!" El metal resonó con fuerza contra el metal. "Zeldin, son las 9:00. Ya has dormido lo suficiente."

Era Torricelli, gritándole como un sargento instructor, golpeando la puerta de metal.

—Vale, vale —gritó ella—. Quince minutos. Necesito ducharme. Había bebido tanta agua que no debería tener resaca. Pero lo triste era que se sentía un poco mareada, como si aún estuviera borracha. Sedgewick se había marchado a las 3:00 (que, según él mismo señaló, eran las

6:00 en Washington D.C.). Y entre los dos se habían bebido más de una botella de vodka; una idea descabellada.

De alguna manera tenía que ponerse en contacto con Scott, para informarle... ¿qué? ¿Qué podía informarle? Que estaba "bien", claro, pero ¿qué podía decirle que estaba haciendo, corriendo de un lado para otro con ex ejecutivos a todas horas del día y de la noche? Tenía estrictamente prohibido decir que trabajaba para los Servicios de Seguridad. Supuso que podría decir que la habían elegido como negociadora, ya que, de hecho, esa era su tapadera. Conociendo los entresijos del gobierno, él sería escéptico, por supuesto. Hacía tiempo que había rechazado ser incluida en la agenda de contactos de los medios y había evitado asiduamente pasar sus vacaciones en centros de estudios o formar parte de comisiones gubernamentales.

No había ninguna posibilidad de volver a casa.

Antes de abordar el veloz y robusto avión de la Armada, Sedgewick simplemente le había dicho que Torricelli le buscaría alojamiento en la base. Estaba demasiado borracha para pensar en un argumento que justificara su traslado en helicóptero. Ahora, bajo la ducha de agua caliente, deliciosamente sin tratar, dejó que el recuerdo de su conversación en estado de ebriedad la invadiera. Desearía poder borrar gran parte de ella. Tan inmersa en su propio mundo, había olvidado por completo los tonos, las actitudes y los estilos de conversación de ese mundo. Había expresado

horror de una manera ingenuamente irreflexiva cuando Sedgewick, al esbozar las estimaciones iniciales de los daños económicos, señaló que las hambrunas a gran escala eran una certeza absoluta. En su mundo, un interlocutor habría compartido ese horror con ella, y por eso, estúpidamente, había asumido que así sería. Pero él había dicho —con irritación—: «Por el amor de Dios, no te pongas a lloriquear sobre *eso,* Zeldin. Los sectores civilizados del mundo sobrevivirán. Es más constructivo —y honesto— aceptar ese efecto secundario a cambio de una ganancia inesperada malthusiana, sobre todo con la economía global por los suelos y en un momento en que no estaremos malditos con la cobertura constante de vídeo de lo que sucede». Ella se había quedado tan sorprendida por su insensibilidad —y tan borracha— que, fuera de la inesperada conversación, no había podido hacer más que protestar por la inmoralidad de su postura. «¿Y cuándo te convertiste en una liberal débil, Zeldin?», la había ridiculizado. Al recordarlo, se sintió como una idiota por no haber podido responderle de forma contundente.

Y entonces tuvo la desgracia de verse envuelta en una discusión sobre feminismo con él. Intentó descartarlo como un movimiento de mero interés histórico y basó su argumento en la orientación de clase del MMWU[1], la única "organización de mujeres" existente con cierta repercusión

1 Mentoring Men Women United. Mentoría de «Hombres y Mujeres Unidos». [N. T.]

política. De nuevo, él la tachó de ingenua y se lanzó a una diatriba sobre la deslealtad entre las mujeres ejecutivas asignadas para infiltrarse en organizaciones disidentes nacionales de carácter claramente feminista. Eso no habría sido malo, pero le dio pie para hablar de la supuesta "inestabilidad" y "debilidad" de las mujeres y su incapacidad para ocupar puestos de liderazgo importantes. Kay argumentó imprudentemente que las mujeres ejecutivas habían dado mala fama a todas las mujeres, que simplemente eran unas malcriadas insatisfechas, y que si nunca alcanzaban los puestos ejecutivos más altos, lo contrario ocurría con las mujeres profesionales, que eran responsables y razonables y compartían los puestos más altos de sus respectivos ámbitos con los hombres profesionales.

Sedgewick se había reído de ella y le había dicho que no sabía de qué hablaba, que su experiencia del mundo era tan limitada que no tenía fundamento para hacer tales juicios. Aunque no compartía su conclusión sobre su experiencia, simplemente *había* estado hablando sin pensar, intentando impresionarlo (y a sí misma). Borracha como estaba, había intuido vagamente que él la había incitado a ello, tendiéndole una trampa psicológica deliberada.

Kay se sonrojó al recordarlo.

Apenas había terminado de vestirse cuando Torricelli volvió a golpear la puerta. —Zeldin —gritó bruscamente—. ¡Sal de ahí! ¡Tienes trabajo que hacer!

Torricelli daba todas las señales de ser un auténtico cretino, pero ella estaba atrapada con él por un tiempo. Como había dicho Sedgewick, necesitaba a alguien que la controlara, y a menos que volviera a Washington D.C. con él, Torricelli era la única opción. «Ten un poco de paciencia con él, Zeldin, ¿quieres? Es joven, muy joven. No está acostumbrado a mujeres como tú. Y a cambio, te prometo que te conseguiremos a alguien más adecuado lo antes posible». Pero claro, la esencia de su actitud era que él sabía, y ella sabía que él sabía, que ella tenía un historial de problemas con el control y que, por favor, intentara ser razonable por una vez.

Torricelli la llevó casi corriendo de vuelta al edificio donde tenía su oficina, la metió a la fuerza en un cubículo y le señaló una pila de informes. «Alguien traerá café y desayuno. Puedes comer mientras trabajas». Y la encerró. Kay acarició con nostalgia el ratón que estaba sobre el escritorio junto a la terminal muerta. Al igual que el teléfono personalizado en su bolso, estaba, por supuesto, muerto, muerto, muerto. Supuso que debía estar agradecida de que Sedgewick le hubiera traído a Torricelli una docena de portátiles viejos que habían estado guardados en un almacén blindado precisamente para una ocasión como esta.

La comida y el café finalmente llegaron, pero Kay, absorta en la lectura de informes sobre alimentos, agua y estimaciones de distribución, apenas se dio cuenta. Para cuando Torricelli llegó para llevarla al comedor ejecutivo de los Servicios de Seguridad para un almuerzo tardío, ya había leído la mayoría de los informes y, en consecuencia, se encontraba de un humor bastante sombrío. Si Sedgewick hubiera estado disponible, le habría preguntado por qué el Ejecutivo había decidido declarar un toque de queda de 24 horas en las principales ciudades. Parecía absurdo —e inaplicable— a simple vista. Suponía que el Ejecutivo creía que necesitaban a la población completamente acobardada para cuando la situación de la comida y el agua se volviera desesperada, y que la obediencia a un toque de queda total y el castigo drástico y sumario de todo aquel que lo infringiera anularían la frustración acumulada que causaría.

Torricelli la trató con un tono tan brusco que ella decidió ni siquiera intentar discutir la política con él. De todos modos, era la política de Sedgewick: Torricelli podría ser importante, pero sin duda actuaba bajo órdenes superiores. Una vez sentados, mientras esperaban a que los atendieran, ella le preguntó si había organizado algún transporte terrestre para que pudiera pasar la noche en su casa.

Estoy sorprendida. —Sedgewick no dijo nada al respecto. Francamente, no es posible, Zeldin. Tienes demasiado que hacer antes de tu vuelo a San Diego. Desde luego, no es necesario. Según tengo entendido, te están preparando un

kit de ropa especial. Y si necesitas algo más para esta noche, seguro que podemos proporcionártelo aquí.

Kay lo observó. Era joven, «muy joven», como había dicho Sedgewick. Tenía cara de niño, así que era difícil saberlo con certeza, pero supuso que acababa de salir de la universidad. Lo cual, pensándolo bien, le pareció peculiar, dada la importancia de su cargo. ¿Se suponía que debía creer que era una especie de niño prodigio? ¿O simplemente era cuestión de quién era hijo?

"Lo que necesito esta noche es pasar tiempo con mi esposo", dijo Kay sin rodeos. "No lo he visto desde antes de que desplegaran la Operación Blanket, y francamente, ni siquiera sé si sabe dónde estoy, y mucho menos si estoy a salvo. No entiendo por qué tanto alboroto por mantenerme aquí. Con el toque de queda, es poco probable que me escape y pierda mi avión, ¿verdad?".

Su intento de humor pasó completamente desapercibido para él. Su mirada se clavó fríamente en la de ella. «No voy a explicártelo otra vez, Zeldin. No vas a salir de esta base, excepto en avión. Normalmente te pondría al teléfono con Sedgewick para que te lo explicara, pero, por desgracia, el tan cacareado y costoso sistema de comunicaciones de emergencia terrestre del ejército aún no funciona. Y me pondría en aprietos si intentara mencionar algo de esto en una comunicación oficial».

El camarero llegó con una ensalada de marisco para Kay y una hamburguesa con patatas fritas para Torricelli. Kay miró la ensalada y luego a Torricelli. Parecía uno de esos engreídos ejecutivos pijos que iban a la Universidad de Washington porque, por una razón u otra, no valoraban la educación en las universidades de la Ivy League. Siempre había considerado necesario poner a esos mocosos en su sitio de inmediato.

Cuando el camarero se retiró, Kay dijo: «Me parece el colmo de la mojigatería que un mocoso inexperto como tú insista con estas tonterías sin sentido. ¿Qué te importa si me quedo a dormir en casa? Joder, Torricelli. Normalmente se necesitan años de poder para llegar a ser tan insensible. ¿Acaso naciste así?».

Los ojos de Torricelli, llameantes, casi se le salieron de las órbitas de la rabia. «¡Maldita insubordinada!». De un violento movimiento de brazo, tiró el plato y los cubiertos de la mesa. Kay lo miró boquiabierta, incrédula. «¿Quién *te* crees que eres?», gritó. «¿Acaso *piensas* que el *honor* de haber sido la última zorra con la que se acostó Sedgewick te da privilegios especiales? Si vuelves a hablarme así, pasarás la noche en la celda*».*

Kay se habría alegrado de que fueran los únicos clientes en el comedor si la impresión que le daba él no hubiera sido tan violenta que pensó que podría estar dispuesto a agredirla físicamente. El chico estaba claramente fuera de sí. Con una

calma forzada, dejó el tenedor y dio un largo trago de agua. «Muy bien, *señor* Torricelli. Adelante. Reaccione de forma exagerada. Métame en la celda. Es una operación de alto riesgo. Francamente, me alegra pensar que me sacarán de ella».

Los labios de Torricelli se volvieron de un blanco ceniciento. Sacó un teléfono de campaña del bolsillo, extendió la antena, informó de su ubicación y solicitó el envío de dos policías militares y la reserva de una celda de detención. El teléfono de campaña, uno de los muchos que habían sido almacenados en búnkeres subterráneos y, por lo tanto, preservados del pulso electromagnético, se parecía tanto a un teléfono común que Kay sintió la necesidad de sacar el suyo de la bolsa y probarlo de nuevo.

Torricelli golpeó el teléfono contra la mesa donde había estado su plato. Kay, esforzándose por parecer indiferente, dio un segundo bocado a su ensalada. Estaba segura de que Torricelli estaba fanfarroneando, esperando intimidarla para que cediera. Pero aunque había evitado deliberadamente pensar en el riesgo de la operación, era cierto que se sentiría aliviada de salir de ella. El castigo, sin duda, no sería agradable, pero no esperaba que durara. Sedgewick podría, por supuesto, decidir castigarla manteniéndola confinada un tiempo. Pero la sensación de haber comprendido la verdad llenó a Kay de la determinación de llevar su desafío hasta el final, del mismo modo que la sensación de haber tomado una decisión la tranquilizó. Y así, mientras Torricelli se

encolerizaba y la miraba con furia, Kay comió plácidamente su ensalada, esperando tener tiempo de terminarla antes de que llegaran los parlamentarios.

Torricelli no lo soportaba. Su almuerzo yacía en la alfombra a metro y medio de distancia, y ardía de furia contenida. «Sin duda estás disfrutando de tu comida, Zeldin, ¿verdad?». Ahora el chico la miraba con desprecio. «Pero ¿con qué frecuencia comes marisco? Para alguien como tú, que se conforma con comida envasada para casi la mitad de su dieta, debe ser un verdadero placer recibir incluso semejante bazofia como la que ahora te estás engullendo con tanto gusto».

Kay lo miró fijamente. ¿Cómo demonios *sabía* que ella comía comida en tubo?

«Ustedes, los profesionales, no son más que técnicos de servicio con aires de grandeza», continuó. «Se creen superiores porque no les implantan hardware en el cerebro, pero ese es un aspecto relativamente menor de la vida de un técnico de servicio. Sus estilos de vida son igual de degradados. Siempre están pensando y hablando de sexo, sexo, sexo. Así que supongo que no debería sorprenderme que, incluso en esta crisis, lo único en lo que piensen sea en llegar a casa con sus maridos para tener sexo. ¡Qué asco dan!»

El cangrejo y los camarones en el estómago de Kay parecían haber vuelto a la vida, reptando y arañando sus órganos, luchando por abrirse paso fuera de su tracto digestivo. Sedgewick le había preguntado si sentía deseos de matarlo. Ella no los sentía, pero sin duda sentía deseos de matar a este pequeño imbécil. Le costó todo su autocontrol no arrojarle los restos de su ensalada a su rostro burlón y lleno de odio.

Llegaron los parlamentarios y Kay se alegró. Fue un placer librarse de la compañía de aquel odioso muchacho, por mucho que Sedgewick le hiciera pagar por ello.

[ii]

En menos de veinticuatro horas había pasado de un centro de detención a otro, pensó Kay mientras la metían en la celda de 2,4 x 3 metros. Le dejaron una botella de agua de dos litros, pero nada de comida. Aparte de dar vueltas, no tenía nada que hacer más que estirarse en la estrecha plataforma rígida de plástico e intentar dormir. No había ventanas y la tenue luz azul permanecía inmutable.

Al principio, el aislamiento le pareció excesivo a Kay; supuso que se lo habían impuesto simplemente porque Torricelli estaba furioso, pero luego se dio cuenta de que tal vez había decidido que ella sabía demasiado como para

permitirle el contacto físico con otros detenidos (suponiendo que la base tuviera alguno, lo cual, dado el estado de emergencia vigente, ella asumió que sí). *Había* firmado el juramento de lealtad. Seguramente, cuando Sedgewick se enterara de su detención, confirmaría que no era necesario mantenerla incomunicada.

Aunque se quedó dormida enseguida, Kay solo logró dormir a ratos. Estaba cabeceando cuando por fin se abrió la puerta. Kay levantó la cabeza y se incorporó apoyándose en un codo. La figura que bloqueaba la brillante luz del pasillo en la puerta no tenía la forma ni la postura de un policía militar. ¿Podría ser Torricelli, con la intención de manipularla con más astucia para someterla?

"Te patearía el trasero desde aquí hasta el aeropuerto Boeing si no estuviera tan jodidamente cansado". Era Sedgewick. Entró en la celda, y quienquiera que estuviera con él cerró la puerta tras él con un golpe sordo y contundente, bloqueando el brillante rectángulo de luz.

Kay sintió miedo de repente. Jamás se le había ocurrido que Sedgewick tuviera tiempo (y mucho menos ganas) de tratar con ella personalmente. Había dado por hecho que, en el peor de los casos, lo haría más adelante, mucho después de que ella hubiera abandonado ya no tuviera importancia.

Avanzó dos o tres escalones hasta el borde de la plataforma. «Te pedí que hicieras un esfuerzo por llevarte

bien con él. ¿No pudiste soportarlo ni siquiera veinticuatro malditas horas, Zeldin? ¿Cuál es tu problema? Jamás imaginé que te comportarías como una diva, no con lo que está en juego». Su voz era baja, pero mordaz. Ella notó que sus ojos, que la escrutaban como cuchillas heladas, se habían vuelto ojivales, un efecto que la fría luz azul acentuaba.

Kay abrió la boca para hablar, pero se dio cuenta de que no tenía nada que quisiera decirle a Sedgewick.

"Supongo que, como sabías que yo había decidido que tenías que ser tú quien ocupara este puesto, pensaste que podías salirte con la tuya desafiándolo. ¿Es eso? ¿Creías que podías controlarlo tú, en lugar de al revés?"

Kay se aclaró la garganta. —Te equivocas, Sedgewick. Lo único que hice fue decirle que quería ver a Scott —señalándole lo arriesgada que era la operación y asumiendo, sí, que tenía razón— y ¿qué hace el muy cabrón sino comportarse como un idiota? —Kay se tambaleó bajo una nueva oleada de ira al recordar la referencia de Torricelli a su relación sexual pasada con Sedgewick—. Puede que me controle, pero ese odioso cretino no tiene derecho a opinar sobre mi vida sexual ni mis hábitos alimenticios. Imagínate, nunca se le pasó por la cabeza que pudiera tener otras motivaciones además del deseo sexual para querer ver a Scott.

Sedgewick se apoyó pesadamente en la plataforma. —Imagínate —dijo, burlándose de ella—. Pensé que bastaba con decirle que no se enfadara si no le llamabas «señor» y pedirte que te comportaras. Teniendo en cuenta lo crítica que es esta operación, no puedo creer que ustedes dos no hayan podido comunicarse como personas maduras. Pero parece que era demasiado pedir. —Le acarició la mejilla con la palma de la mano—. ¿Qué quieres, Zeldin? ¿Que te acaricie constantemente?

Kay respiró con dificultad. —¿Hay alguna razón por la que no me dejen ir a casa? —Le disgustó oír un tono tembloroso en su voz. Si iba a estar cerca de Sedgewick mucho tiempo, necesitaba una buena protección. Ese hombre tenía la costumbre de atacar a la menor señal de debilidad.

Sedgewick suspiró y bajó la mano. —Haré los arreglos necesarios para que lo traigan mañana por la mañana para que puedas pasar media hora con él. Pero si lo hago, espero que dejes de desafiar a quien te cuida. ¿Entendido?

Habían pasado tantos años que la antigua fórmula resultaba incluso extraña. —Entendido —dijo con voz temblorosa.

“¿Basta de tonterías? ¿Y aceptarás levantarte a las cinco para intentar recuperar parte del tiempo que perdiste con tu rabieta de hoy?”

—Sí —dijo Kay, casi inaudiblemente.

Sedgewick se inclinó hacia adelante hasta quedar justo frente a ella. —¿Te importaría decirme, Zeldin, solo entre nosotros dos, qué carajo dijiste *que* logró sacarlo de quicio de esa manera?

Kay, retrocediendo poco a poco, se sorprendió a sí misma soltando una risita temblorosa. "Si de verdad quieres saberlo, lo llamé mocoso inexperto ".

Sedgewick parecía atónito. «¡Ay, Dios mío, Zeldin! Me sorprende que no te haya molido el cerebro a golpes y lo haya esparcido por las paredes. Casi cualquiera en su lugar lo habría hecho. No me extraña que se pusiera furioso. Si no te das cuenta con solo mirarlo, al menos deberías haber tenido en cuenta que te dije que es muy joven. Es *un novato* en esto, Zeldin».

¿Nuevo en esto? ¿Nuevo en *qué?*

Las cejas de Sedgewick se arquearon y luego se fruncieron en un gesto de disgusto. "Parece que no lo entiendes", dijo.

—No —dijo Kay—. Todo esto me parece una muestra de histeria masculina de lo más ridícula. ¡Y encima dices que las mujeres son inestables!

Sedgewick frunció el ceño. —Espero sinceramente que todo este sueño te ayude a aclarar tus ideas, Zeldin. Espero

de todo corazón no tener que preocuparme de que mañana no estés del todo lúcida.

Obviamente, ella no había recibido algo que él pensaba que debería haber recibido.

Sedgewick se acercó a la puerta y llamó. «Si no tienes nada que decirme ahora que tienes la oportunidad, me voy. Llevo como treinta horas sin dormir. Y hasta los ejecutivos necesitan dormir alguna vez».

—¿No puedo salir de esta celda ahora? —dijo Kay, presa del pánico ante su aparente intención de dejarla allí.

La puerta se abrió con un crujido. —Puedes pasar la noche aquí. Será más fácil así. Si quieres, les diré que apaguen las luces. Que tengas dulces sueños, Zeldin.

La puerta se cerró. El estómago de Kay rugió de hambre voraz. En el frío y vacío silencio, rió amargamente. *Sedgewick dos, Zeldin cero.*

Capítulo tres

[i]

Media hora antes de su vuelo, Kay fue conducida a una pequeña sala donde Scott había estado esperando. Enseguida notó que él había estado inquieto y muy ansioso. Ella, por su parte, estaba alegre con un ánimo casi eufórico.

Tras la visita de Sedgewick, estaba tan agotada que, en cuanto apagaron las luces de su celda, se desplomó en un sueño profundo y no despertó hasta que alguien vino a buscarla a las tres de la madrugada. Al principio se sintió humillada al pensar que probablemente toda la comisaría sabía que Sedgewick la había castigado obligándola a pasar la noche en la celda, pero al comenzar la segunda fase de su preparación y al saber que era el primer día de la operación, se sumió en un estado de excitación y concentración total.

Sus escasos contactos con Torricelli fueron dolorosamente formales y correctos. Aunque él no se disculpó, su cortesía fue tan evidente que supo que Sedgewick lo había tratado fatal. Supuso que no era digno de ella, pero su satisfacción crecía con cada contacto posterior con él.

***

Scott solo sabía que lo habían llevado a la base porque ella estaba allí. Cuando la vio, la agarró, la abrazó con fuerza y le susurró al oído: "¿Qué demonios está pasando, Kay? ¿Por qué te han secuestrado?".

Kay rió nerviosamente y lo apartó un poco. —No me han *secuestrado,* Scott. No estoy arrestada. ¿Oíste el mensaje de los terroristas?

Frunció el ceño. “Sí, por supuesto. Todo el mundo debe tenerlo”.

“¿Recuerdas su exigencia de que cada gobierno enviara tres representantes mujeres?”

Parecía confundido. “No, claro que no lo recuerdo. Estaba tan cabreado por el accidente que no presté mucha atención”.

“Bueno, el acuerdo es que cada gobierno debe enviar a tres mujeres para que lo representen. He sido elegida para ser una de las representantes de Estados Unidos.”

Él la miró fijamente.

Ha sido elegida. Haciéndolo sonar como si hubiera ganado algún tipo de concurso o sorteo.

Susurró: "¿Como si hubieras sido elegida para ser un rehén?"

Como los jóvenes elegidos para ser devorados por el Minotauro, pensó Kay. «No, por supuesto que no», dijo. «Es cierto que hay cierto riesgo. Pero lo cierto es que necesitan a alguien con mis habilidades conceptuales. Ya sabes lo valiosas que el gobierno...» (léase *servicios de inteligencia)* —pensó Kay— «siempre ha considerado valiosas las habilidades de los historiadores».

Scott negó con la cabeza como si no pudiera creer lo que oía. "¿Estás aquí parada y me dices que te eligieron porque eres *brillante?* Dios mío, Kay. *Dios mío.* Debe haber cientos de mujeres ejecutivas tan inteligentes como tú, o incluso más. Pero eligen a una persona ajena al círculo directivo y que no ocupa un puesto ejecutivo. ¿Se te pasa por la cabeza que quieren a alguien a quien consideran *prescindible?*"

Kay lo fulminó con la mirada. «Para variar, voy a hacer historia en lugar de escribirla. ¿Cuántos historiadores tienen la oportunidad de ser protagonistas en la historia del mundo? Nunca ha habido nada como este ataque terrorista. ¡Por *supuesto* que quiero participar, si tengo la oportunidad!

Así que sí, significa arriesgar mi vida. Pero Scott, jamás me lo perdonaría si no tuviera el valor de hacerlo. ¿No lo ves? Esto es *importante».*

Dio un par de pasos hacia atrás; la expresión de su mirada la hizo sentir la distancia en kilómetros, no en metros. "¿Gloria? ¿Poder? ¿Crees que se trata de eso? Dios mío, Kay. Te han engañado. Nunca pensé que fueras tan egocéntrica como para dejarte engañar así. ¿Acaso no sabes que los terroristas matan, cariño? Y aunque no seas rehén, debes darte cuenta de que, en el mejor de los casos, serás una simple mensajera."

—Estás malinterpretando mis motivos —dijo Kay con enojo. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Por Dios, Scott, no sé cuándo te volveré a ver!

¿Por qué tenemos que discutir sobre esto? ¿Por qué no puedes simplemente *abrazarme?*

Se miraron fijamente con expresión sombría. Llamaron a la puerta. —Cinco minutos, doctor Zeldin —dijo la voz de Torricelli desde el otro lado de la puerta.

Scott abrió los brazos. A Kay le costaba contener las lágrimas mientras se abrazaban en silencio. Sentía un profundo dolor interior que la hacía temer una pérdida indefinida e irrecuperable.

[ii]

Desde el momento en que su avión aterrizó en Miramar, Kay recibió un trato de primera clase. James Leland, el jefe de la estación de Southwest, la esperaba al pie de la escalera. Se presentó amablemente, le estrechó la mano y luego le presentó a Lisa Mott, su asistente personal. "Tenemos unos coches magníficos para desplazarnos", dijo Leland, señalando una vieja limusina de combustión interna aparcada cerca. "¡Qué recuerdos!". Kay no podía creerlo. Nunca había visto a un ejecutivo tan visiblemente envejecido. Parecía que ya había superado los cien años. ¿Sería alérgico a la nanotecnología, tal vez? ¿O tendría intolerancia física o aversión religiosa a la cirugía estética?

Mott, sentada frente a ella, leyó la agenda de Kay de un portapapeles apoyado en sus rodillas. «Tendrás una hora para revisar rápidamente un nuevo lote de informes», dijo. «Estos tratan principalmente sobre lo que nuestros contactos nos dicen acerca de los delegados enviados por otros países. A las 11:00 horas llegará el Sr. Sedgewick. Tienes programada una reunión informativa extensa con él».

Leland dijo: «Entre otras cosas, hablaremos de su informe, del cual, por cierto, tanto el señor Sedgewick como yo recibimos copias». Sus labios finos y arrugados se curvaron en una sonrisa a lo Jimmy Carter. Kay disimuló una extraña

fascinación al mirarlo. Aunque sus arrugas y manchas de la edad eran espantosamente desagradables, encontraba un encanto particular en sus brillantes ojos verdes y gracia en sus gestos. Sin duda, prefería su humor seco a la actitud hosca y autoritaria de Torricelli.

Mott le entregó a Kay un CD con una nueva tanda de informes. El trayecto hasta la sede de la estación fue corto, pero Kay insertó el CD en la computadora portátil y aprovechó para empezar a leerlos. Los informes sobre los representantes de otros países le parecieron superficiales y poco interesantes. Pero entonces pensó: ¿qué tipo de informes estaría enviando la Dirección Ejecutiva sobre los representantes de Estados Unidos? Desde luego, no revelarían que uno de ellos había sido reclutado por la Compañía. ¿Debería simplemente asumir que todos los países enviarían especialistas en inteligencia?

Plantearse esa pregunta la hizo detenerse a pensar. De hecho, ya daba por sentado que solo habría mujeres. Pero imaginar a cientos de mujeres agentes de inteligencia reunidas por una impresionante acción terrorista le pareció de lo más extraño. ¿Qué querrían esas personas con tantas mujeres? Si les interesaban los rehenes, seguramente les habría bastado con exigir representación únicamente de los principales gobiernos.

Tras echar un vistazo a casi una docena de informes, Kay se dio cuenta de que la mayoría de los países enviaban mujeres

de la élite. Estados Unidos enviaba a una exvicepresidenta y a la embajadora en funciones en Islandia. Aunque, ¿vicepresidenta? ¿Qué tan elitista era eso, considerando que el presidente era una figura cuya principal tarea era realizar los viejos y tranquilizadores rituales y ceremonias? En cuanto a la embajadora, Islandia era poca cosa, ¿cuánto poder podía tener realmente? ¿*Existía* algo así como una "mujer de la élite"? Kay se sorprendió al preguntárselo.

El coche entró en un recinto amurallado de adobe y se detuvo frente a uno de los varios edificios de adobe con tejados de tejas rojas. Mientras los tres salían del coche, Kay olió el mar y creyó oír el rugido de las olas. Cuando le preguntó al respecto, Leland le explicó que la playa estaba justo detrás de la casa y, para su deleite, la condujo a una terraza con vistas a ella. Probablemente por su voladizo frondoso, la terraza le recordó a Kay los frescos patios sombreados que muchos restaurantes en Italia ofrecían a su clientela extranjera. Confirmó que no era solo el viento que azotaba las palmeras y los pinos Torrey[2] lo que oía, sino el auténtico sonido de las olas del océano.

Sentada allí en una mesa con café, revisó rápidamente una veintena de informes más. De vez en cuando, vislumbraba el agua brillante que se extendía debajo y sentía el aire cálido

2 Pinus torreyana, el pino de Torrey, también llamado "Del Mar pine" y "soledad pine," es un pino de copa ancha y abierta que se desarrolla hasta alcanzar de 8 a 15 m de altura. Llamado así en honor de John Torrey (1796-1873), es el pino más escaso de los Estados Unidos. [N. T.]

que acariciaba su piel. Rodeada de tanta belleza apacible, a Kay le costaba creer que el mundo estuviera sumido en una crisis desesperada y que su vida pronto correría peligro. Sin embargo, a pesar del placer sensual que le producía el entorno, una conciencia irracional de la proximidad del peligro ya había comenzado a acelerar su pulso, a perturbarle el estómago y a tensarle los músculos.

Sedgewick y Leland se unieron a ella puntualmente a las once. Extendieron sus copias del informe de Kay, se pusieron las gafas de lectura y consultaron gruesos blocs de papel amarillo rayado tamaño legal cubiertos de notas. Un recuerdo de su examen final de doctorado cruzó por la mente de ella, quizás debido a la disposición de los papeles, los blocs amarillos y las tazas de café sobre la mesa.

—Empiezas con una *explicación del texto* —dijo Sedgewick—. Propones tres posibles interpretaciones de las dos primeras frases relacionadas con lo de Marq'ssan. O las tomamos al pie de la letra, y las consideramos como si fueran unos lunáticos que creen venir de un planeta lejano, o bien interpretamos lo de Marq'ssan como una excusa cínica y poco convincente. ¿Quizás casi como una broma? —Sedgewick se volvió hacia Leland—. ¿Los terroristas tienen sentido del humor, Leland? No recuerdo ningún caso en el pasado.

Leland sonrió. “No. Los terroristas no pueden tener sentido del humor. Hay una ley que lo prohíbe. Son, básicamente, seres humanos sombríos. Es genético, según dicen.”

“Entonces, tal vez deberíamos fabricar un gen del humor y asegurarnos de que todos lo porten”, dijo Sedgewick. “Estoy de acuerdo, Zeldin, con tu decisión de descartar el tema del espacio exterior y ni siquiera considerarlo en tu informe. Como dices, en primer lugar, las probabilidades están en contra de un millón a uno, y si son extraterrestres, no tenemos forma de siquiera especular sobre sus intenciones. Luego analizas el lenguaje que usan y sus demandas. Planteas que las armas y la tecnología satelital son su principal preocupación, y que su lenguaje es antimascullino y antiejecutivo, debido a la estructura de la delegación que proponen. Estoy de acuerdo con eso, Zeldin, pero me pregunto qué opinas de que exijan *tres* delegadas de cada gobierno”.

Kay tomó un sorbo de café. «He pensado mucho en eso. Claro, una se imagina una escena caótica: cientos de mujeres hablando distintos idiomas, todas reunidas en un mismo lugar; una especie de Torre de Babel, por así decirlo. ¿Rehenes? Quizás, aunque cuesta creer que quisieran tantas. Supongo que la convocatoria de tantas delegadas pretende disimular sus intenciones». A Kay le asombraba poder hablar con tanta calma sobre la toma de rehenes. Si se tomaran rehenes, las representantes estadounidenses serían los principales objetivos.

Sedgewick golpeó suavemente el extremo tapado de su pluma Montblanc contra sus dientes. "¿Quiénes crees que son estas personas?"

Kay dijo: “Cuanto más lo pienso, más probable me parece que estemos ante algún tipo de grupo fanático impulsado por una ideología. Quizás un grupo antinuclear con tintes feministas. Sin embargo, el tono feminista *podría* ser fingido, por un grupo ecologista, antinuclear o contrario al libre mercado que intente hacer plausible la composición de la delegación exclusivamente femenina. Me doy cuenta de que no hay nada de religión. Si hubieran sido una secta religiosa, creo que al menos habríamos percibido algún indicio”.

«Cuando se trata de villanos», dijo Leland, «prefiero mil veces lidiar con neandertales anti libre mercado que con una secta religiosa. La mayoría de las sectas bien podrían vivir permanentemente bajo los efectos de alucinógenos. Es imposible predecir sus movimientos o razonar con ellos de ninguna manera, ni mucho menos infiltrarse en ellas».

“El lenguaje espacial podría interpretarse como proveniente de un contexto sectario”, dijo Kay. “Ya sabes a qué me refiero”.

“Pero ese tipo de personas suelen ser soñadores inofensivos”, dijo Leland. “O si no son inofensivos, el daño que se causan suele ser a sí mismos”.

Sedgewick golpeó su bolígrafo contra su bloc amarillo. “Ahora pasemos a la segunda parte del informe: objetivos y estrategias. Primero, lo que usted llama objetivos ‘imposibles’. Esto incluye recabar información sobre cómo lograron exactamente llevar a cabo la «Manta», y sobre cómo privarles del poder de imponerla. obre cómo desarmarlos de su poder y, finalmente, sobre cómo podríamos capturar o eliminar a los miembros del grupo”. Sedgewick hizo una pausa para mirar fijamente a Kay a los ojos. “Déjame ser explícito, Zeldin. Queremos extremar las precauciones con esta gente. Hablan con una confianza extraordinaria, y dado lo que ya han hecho, es muy probable que puedan causar más y mayor daño, incluso si su amenaza de destrucción total es hiperbólica. Ahora bien, no descarto el uso de la fuerza. Si ves una oportunidad y crees que vale la pena arriesgarse solo, aprovéchala, siempre y cuando estés completamente segura de que puedes manejar las consecuencias de la situación. En esta etapa, dejaré esa iniciativa en particular a tu criterio. En cuanto a averiguar cómo funcionaba la “Manta”, dado que no tienes ninguna formación científica, tal esfuerzo sería una pérdida inequívoca de tu tiempo y recursos.” Sedgewick miró sus notas. “En cuanto a tu segunda lista de deseos, 'lo posible': averiguar quiénes son, con quién están aliados, qué quieren, etc. Eso es bastante sencillo. No tengo comentarios. ¿Jim?” Leland negó con la cabeza. Sedgewick continuó. “En la sección de estrategias, usted pregunta qué tipo de cebo puede ofrecer si llega el punto en que la negociación con

ellos sea inevitable. Por ejemplo, quiere saber si puede ofrecer la destrucción de tantos Tridents, misiles terrestres, etc. Francamente, Zeldin, no estamos dispuestos a darle ese tipo de poder". Sedgewick se bajó las gafas y la miró por encima de ellas. "Si realmente nos obligan a negociar, usted insistirá en que nos envíen a alguien. Nuestra postura es que bajo ninguna circunstancia ninguna de nuestras representantes femeninas estará autorizada a negociar sobre asuntos tan delicados de seguridad nacional". La mirada de Sedgewick se clavó en la de ella. "¿Claro?"

—Entendido —respondió Kay.

—En general —dijo Sedgewick—, espero que tus colegas sean quienes hablen más, mientras tú te dedicas a escuchar, analizar y observar a los representantes de los demás países. Tus sugerencias sobre estrategias para lograrlo fueron lo que más me impresionó de todo tu informe. Sigue rigurosamente esa división del trabajo, Zeldin, porque no serás muy buena recabando información si estás ocupada llamando la atención sobre ti misma. Prioriza mantener un perfil bajo. —Sedgewick revisó su bloc amarillo—. En cuanto a tu pregunta sobre si sería ventajoso ocultar tu dominio del idioma, te sugiero que no te preocupes. Con varios cientos de mujeres reunidas —si es que están todas juntas, o si realmente pretenden tener representantes de cada entidad nacional existente—, podría ser posible llegar a algún tipo de acuerdo con otros delegados, aunque Dios sabe que es improbable con solo mujeres involucradas en este lío... —Sedgewick se

quitó las gafas y se frotó los ojos. «Me imagino una habitación llena de mujeres hablando a la vez en una docena de idiomas diferentes, sobre nada. ¿Qué creen que van a conseguir los terroristas? ¿Una distracción?». Negó con la cabeza. «Todo esto es una locura, como una broma macabra orquestada por una camarilla de científicos dementes».

Una mezcla heterogénea de voces impotentes y parlanchinas. Además de los terroristas. *Era* como una broma de mal gusto, pensó Kay. Y la broma era a costa de todos, pero sobre todo de ella, que estaría entre los impotentes parlanchines. El resto de la reunión le pareció desalentadora, tediosa, casi inútil. Por primera vez, Kay se dio cuenta de lo descontentos que estaban los ejecutivos con la exigencia de que solo hubiera mujeres. Leyendo entre líneas lo que Sedgewick no dijo, parecía que el Ejecutivo temía verse *obligado* a negociar. En tales circunstancias, la exigencia de que solo hubiera mujeres adquiría mayor relevancia.

Hacia el final de la sesión informativa, Sedgewick se refirió a una serie de informes técnicos que habían comenzado a llegar, los cuales indicaban que, según los científicos de todo el mundo, el pulso se había ejecutado simultáneamente en todos los puntos del planeta; razón por la cual los científicos seguían utilizando el término "Manta" para describir el evento. "El consenso entre los científicos que el Ejecutivo está consultando", dijo Sedgewick con gravedad, "es que quien posee tal capacidad comprende infinitamente más

sobre electromagnetismo que los mejores físicos e ingenieros eléctricos conocidos por la comunidad científica. En otras palabras, creen que hay un noventa por ciento de probabilidades de que los terroristas cumplan su amenaza". Sedgewick se quitó las gafas y miró a Kay. "Es decir, para los malos que impusieron la Manta, tomar rehenes sería una nimiedad. Como señaló el Secretario de Ciencia y Tecnología en la reunión de emergencia que celebramos una hora después de la Manta, si tienen como rehén nuestra supervivencia económica y política, ¿qué necesidad tienen de rehenes humanos?".

Kay asintió, pues Sedgewick parecía exigirle una respuesta, y luego apartó la mirada rápidamente. Supuso que quería tranquilizarla, y hasta cierto punto su argumento parecía razonable. Sin embargo, ¿por qué la invadía una sensación desagradable, la sospecha de que el análisis de Scott era el correcto?

La discusión volvió brevemente a su informe, que Sedgewick calificó de "de primera categoría" (una valoración secundada por Leland), luego pasaron a hablar del tipo de sustancias químicas que habían dispuesto que llevara consigo. Kay reflexionaba con inquietud sobre la rotunda declaración de los terroristas de que los delegados no debían ir armados, pero no hizo más que recordárselo. Esos hombres la considerarían cobarde y afeminada si se oponía. Y sabía que, incluso si se oponía, no la escucharían: al fin y al cabo, ellos dirigían la operación, no ella.

En cuanto a dar marcha atrás, ya no era una opción. En algún momento de su conversación con Sedgewick en la celda de detención, había cambiado de opinión sin saber por qué. Puede que se sintiera incómoda con algunos aspectos de su cargo, pero ya estaba profundamente apegada a él.

[iii]

El almuerzo resultó tan insoportable que, durante casi toda la comida, Kay estuvo a punto de retirarse de la mesa. La comida era excepcional, el servicio discreto, atento y respetuoso. La nieta de Leland tocaba sonatas de Mozart con una habilidad deslumbrante al piano en la habitación contigua. Leland y Sedgewick le aseguraron que una copa de chardonnay le vendría bien, y Kay la bebió a sorbos pequeños y lentos. Pero los pocos bocados que probó del primer plato, una rica sopa de aguacate y camarones al curry, adornada con tortillas de harina con mantequilla, le resultaron pesados como el plomo. Tenía poca experiencia socializando con ejecutivos, y aunque se había sentido cómoda con Leland y Sedgewick durante la reunión informativa, su desenvoltura en ese entorno se debía principalmente a su confianza en su propia competencia.

Durante la sopa, hablaron de los disturbios en la gran ciudad. «Quítales sus circos y los zombis despiertan», dijo Mott. «Hay algo espeluznante en ellos, saber que si no reciben su dosis diaria de vídeo, su dosis diaria de manipulación, se volverán locos. Peor aún es su dependencia de la conexión constante a Internet a través de sus implantes. Puede que se los hayan puesto originalmente porque los necesitan para sus trabajos, pero los usan constantemente para descargar música, noticias y mensajería instantánea sin parar. Pero ahora, por culpa de la Manta, solo hay un silencio en sus cabezas. Un silencio que los hace sentir aislados del resto del mundo. ¿Piensas en *eso?* Se estremeció visiblemente. «¿No ves cómo ese silencio amenaza con convertirlos a todos en frankensteins, solitarios y aislados, totalmente fuera de control, intocables porque la voz mágica no está ahí para llenar sus cabezas de compañía?»

Leland asintió. «Me temo que tienes toda la razón, Lisa. Uno de los aspectos más difíciles de esta situación es la pérdida generalizada de nuestra capacidad de comunicación, tanto la suya como la nuestra. No tenemos forma de ayudar al público a comprender lo sucedido, y mucho menos de llenar el vacío que se ha creado repentinamente. Distribuir literatura, por ejemplo, sería de poca utilidad, porque no pueden comprender ni prestar atención a nada a menos que se les presente en ese formato atractivo y visualmente impactante que requieren.

Esperemos que la radiodifusión pueda restablecerse tan pronto como nuestros técnicos nos dicen que es posible».

Sedgewick esbozó una media sonrisa. «Pan y circo, circo y pan. Creo que estaríamos mejor si hubiéramos perdido su pan antes que sus circos».

—No es que el pan vaya a durar mucho —dijo Leland con sequedad.

Kay miró fijamente su sopa. No sabía cómo participar en esa conversación. Tenía la impresión de que metían a todos los empleados no ejecutivos en el mismo saco, tal como Torricelli le había dicho que *hacía.* Deseaba señalar que muchos profesionales no veían vídeos, al igual que muchos otros —como ella— rechazaban los implantes neuronales; pero no lo hizo, por temor a que pensaran que estaba «protestando demasiado».

Mientras que una parte de la mente de Kay seguía la conversación sin fijarse en las diferencias entre ella y ellos, otra parte reflexionaba sobre su insistencia en convertirla en un arsenal andante. Cuando le retiraron su tazón de sopa, casi lleno, intentó encontrar una excusa para no comer el siguiente plato.

Leland dijo: "Veo que está hiperactiva en el preoperatorio, Dr. Zeldin".

Kay lo miró fijamente. ¿Acaso era una crítica a su silencio?

“Yo mismo nunca podía comer antes de comenzar una operación de campo”, confesó con un suspiro. “¿Puedes creer que han pasado cincuenta y ocho años desde la última vez que estuve en el campo?”

Kay se quedó atónita. ¿Qué edad *tenía?*

“Mi última operación de campo fue en 2018, en un lugar que entonces se llamaba Libia, que ahora está en el sector africano de la URL”. Los camareros trajeron el siguiente plato: cordero asado con guisantes frescos y salsa soubise. Con gran animación, Leland describió su última operación y relató numerosas anécdotas sobre colegas que participaron en ella, y luego pasó a hablar sobre el ambiente general de los círculos de inteligencia en los días previos al Ejecutivo y a la Seguridad. Kay apenas escuchaba y comía poco. Sentía que Sedgewick la observaba. Tantas cosas se agolpaban en su mente que sus pensamientos se fragmentaban en intensos destellos de conciencia: la rica decoración de la habitación, las joyas que llevaban los ejecutivos, la forma de sus dedos, el color de sus ojos. ¿Por qué Leland no se había sometido a cirugía estética? ¿Cómo lograba Mott comer con él con regularidad? Cada vez que Kay se obligaba a mirarlo directamente, sus ojos se dirigían inmediatamente a los de él porque eran lo único tolerable en su rostro. Kay se dio cuenta de que entendía poco sobre los ejecutivos. Pero antes de la Manta, para ella no habían sido más que abstracciones.

[iv]

Después del almuerzo, Mott llevó a Kay a una habitación al otro extremo del edificio. —Te he preparado una pequeña bolsa —dijo—. Una bolsa diseñada para ocultar armas. Hemos colocado explosivos plásticos bajo el forro. ¿Ves esta costura? Está sujeta con algo parecido al velcro, pero un poco más discreto. Si rocías un poco de esto... —Mott levantó un pequeño atomizador de colonia— sobre la costura, podrás abrirla. Por supuesto, no habrá ningún equipo de comunicaciones especial, ya que sería inútil. Ah, sí, y en este bolsillo de la bolsa encontrarás una docena de gotas de estimulante y una docena tranquilizante. Ahora, hablemos de la ropa. Estos pendientes son, de hecho, explosivos altamente concentrados. La mecha se activa extrayendo este pasador muy fino; explotarán en diez segundos. Disculpas de parte de los técnicos que prepararon este paquete: no pudieron dar más margen de maniobra debido a la necesidad de evitar el uso de cualquier componente electrónico. Funcionan exclusivamente mediante reacción química.

Mott se dirigió a una caja baja y recogió cuatro bolitas de goma en la palma de su mano. «Estas contienen venenos de acción rápida. Debajo de la goma, que deberás retirar si tienes la oportunidad de usarlas contra los malos y lo consideras apropiado, hay una capa protectora que rodea

los venenos. Ten mucho cuidado de que tu piel no las toque. Usa los guantes que te he preparado para retirar la goma. El veneno es letal incluso por contacto externo. Solo tienes que perforar la goma y luego la capa protectora. Un imperdible servirá; he sujetado uno al forro de la bolsa». Mott cogió una quinta bolita, de forma diferente a las demás, y la blandió. «Y aquí tienes otro imperdible envuelto en goma. Llevarás todas las bolitas en tu vagina. Pero ten cuidado: si te registran las cavidades corporales, es posible que las encuentren, dependiendo de lo minuciosos que sean».

A Kay se le revolvió el estómago. Deseó no haber comido. Tomó los cinco gránulos de la mano extendida de Mott.

—Desnúdate por completo —dijo Mott con brusquedad. Tenemos ropa especial para ti. Kay se desnudó. —Ya que estamos, puedes insertarte las pastillas. Con la boca seca, Kay aceptó las pastillas. Mientras Mott le explicaba las características letales de la ropa interior que llevaría, Kay se agachó, colocó las pastillas de goma sobre el suelo de madera pulida y se las insertó una tras otra. Se preguntó brevemente si estaba loca por asumir ese riesgo, pero sabía que no quería discutir con Sedgewick al respecto. A continuación, Mott le entregó un sujetador y unas bragas, cuyas costuras contenían cristales explosivos finamente molidos, y señaló que los dos pares de repuesto que guardaba en la bolsa también contenían los cristales. Mientras Kay se los ponía, Mott alzó una túnica de seda roja y le señaló varias falsificaciones entre los botones que la

adornaban desde el cuello hasta los hombros y las muñecas. Kay se puso la túnica y se abrochó los botones de los hombros. —¿Ves este? —dijo Mott, señalando uno de los botones del hombro derecho—. A ver si puedes alcanzarlo con los dientes.

Inclinando la cabeza, Kay dejó que sus dientes rozaran el botón en el punto donde su hombro se unía a su brazo. "Fácilmente", dijo.

«Bien. Ese botón está relleno de cianuro de potasio; su cubierta es de plástico fino y quebradizo. Un buen mordisco bastará si te encuentras en una situación en la que sea preferible morir rápidamente. La muerte por cianuro es indolora e instantánea.»

“Empiezo a pensar que será casi un milagro si logro regresar”, dijo Kay con ironía mientras se peinaba.

—Oh, lo lograrás —dijo Mott—. Pero desde luego no me gustaría estar en tu lugar si cometes algún error.

Kay miró el ojo dorado de Mott en el espejo. "¿Qué significa?"

Mott se envolvió en un abrazo. «Si fueras una empleada normal de la Compañía, no tendría que decírtelo. Pero lo siento por ti, y si sabes lo que te espera, tal vez puedas afrontarlo mejor cuando suceda».

“¿Saber qué?”

Sobre las expectativas del hombre. Cuando los favoritos de Sedgewick no resultan perfectos —como inevitablemente sucede, ya que la perfección es manifiestamente imposible—, Sedgewick se vuelve contra ellos, los castiga *severamente.* Y, por supuesto, quien esté presente en ese momento sufre las consecuencias. Mott negó con la cabeza, con su suave cabellera castaña. «Puede que hoy seas su adorada rubia, pero…» Se encogió de hombros. «Lo pagarás. Tarde o temprano, lo pagarás. Todos lo pagan.»

Kay se giró bruscamente. ¿Sabían *todos* que ella había sido su amante? —¿Estás diciendo que... que Sedgewick...? No. Estás completamente equivocado. No hay nada sexual entre nosotros.

Las cejas de Mott se alzaron sorprendidas. «Ustedes, subdirectores ejecutivos, tienen el mismo problema, ¿no?, creen que el sexo lo es todo», dijo, haciéndose eco de Torricelli. «No entienden nada si piensan que eso es lo que le pasa a Sedgewick. Es mucho más simple —y controlado— que eso. No, sus favoritos suelen ser oficiales jóvenes de campo a quienes imagina que se parecen a él cuando era joven. Da por sentado que son brillantes y, por supuesto, les exige la perfección. Siempre, inevitablemente, la cagan». Mott frunció el ceño. «Eres la primera mujer de la que *he* oído hablar».

Kay la fulminó con la mirada. «Está siendo muy discreta conmigo porque tiene algún motivo oculto para querer que haga este trabajo. Como gerente eficiente, sabe que la persuasión es más efectiva que el acoso burdo que usa ese patán de Torricelli».

Mott soltó una carcajada. *"¿Persuasión?* ¿Estás bromeando? Es como si te imaginaras a Sedgewick pidiendo *disculpas* a alguien. Hay un chiste en la Compañía, Dr. Zeldin, que dice así: si alguien le pusiera una pistola en la cabeza y supiera que lo único que tendría que hacer para no morir sería decir con su monótono tono habitual: 'Por favor, no me dispare', Sedgewick preferiría morir. 'Por favor' simplemente no existe en su vocabulario". Cerró la bolsa con velcro. "Y claro, todo el mundo está hablando de la caída en desgracia de Torricelli. Nadie siente lástima por *él.* Como dijo Leland cuando nos enteramos ayer: 'El pecado de Torricelli no fue antagonizar a Zeldin. El pecado de Torricelli fue no reconocer a la nueva favorita de Sedgewick'". Lo que sugiere que Torricelli debe ser un completo idiota. Siempre es tan obvio. Durante sus enamoramientos, Sedgewick de repente muestra signos de vida. ¡Vaya, el hombre sonrió cinco veces en el almuerzo! Créame, las conté. Sus ojos han perdido su mirada vacía y, por fin, parecen estar conectando con personas reales. ¡Y su voz! ¡Casi ha dejado de ser monótona! En resumen, Sedgewick parece haberse unido a los vivos. —Resopló—. Incluso si Torricelli no se hubiera dado cuenta, una pensaría que alguien de su gente se lo habría señalado.

Pero quizás a su gente ni le cae bien ni depende de él. Es posible. No sé nada de lo que pasa allá arriba.

—¿Por qué me cuentas esto? —Kay se preguntó si iba a vomitar el almuerzo—. Si todo esto es cierto, ¿no temes que se *lo cuente*?

Mott alisó una de las muchas cintas de seda que ondeaban en capas siempre susurrantes a lo largo de su túnica. «Te lo digo porque me das lástima y porque saberlo de antemano puede ayudarte cuando caigas en desgracia. No me importa mucho si se lo dices. Como mucho, se irritaría conmigo, lo que podría valerme cinco minutos muy desagradables de su atención. Pero probablemente no se molestaría, a menos que hicieras algo precipitado y me culparas maliciosamente. En segundo lugar, han pasado cinco años desde que hice trabajo de campo. Como Leland no podría hacer nada sin mí, estoy a salvo. Sedgewick tendría que estar dispuesto a deshacerse del viejo para contratarme, y Sedgewick no piensa deshacerse de él. Leland ha sobrevivido a todos los jefes que ha tenido Seguridad. Sobrevivió al cambio al Ejecutivo. Sobrevivió a los viejos tiempos de la CIA. Y también sobrevivirá a Sedgewick».

Kay tenía que alejarse de ella. Señaló una de las dos puertas en la pared interior de la habitación. "¿Es ese el baño?"

Sí. Sírvete tú misma. Pero si usas agua del grifo, utiliza el bidé y el lavabo, y no vacíes el lavabo. En esta casa aprovechamos hasta la última gota de agua. El agua usada del lavado servirá para regar el jardín.

¿Agua de la pradera que se pudiera usar para regar el jardín? Entonces debe ser *potable.* El exuberante jardín que produjo los aguacates para la sopa, los guisantes frescos que acompañaron al cordero, las cebollas de la salsa soubise, las naranjas y los pomelos de postre, debe consumir mucha agua, especialmente aquí en el desierto. De repente, Kay sintió sed. Probablemente debería haber bebido más agua durante el almuerzo. Pero le daba vergüenza parecer glotona.

En el baño, Kay sostuvo la jarra de porcelana azul floreada bajo el grifo y la llenó parcialmente —sí, con agua pura y sin color— y luego vertió el agua en el lavabo a juego. Se enjabonó bien las manos antes de sumergirlas en el agua. Reflexionó sobre la palabra que Mott había usado —*sub–ejecutivo*— y se sintió avergonzada al darse cuenta de que los ejecutivos tenían una palabra que englobaba a todos los no ejecutivos, como si fueran todos iguales, como si los profesionales no fueran tan humanos como los ejecutivos, como si los profesionales pertenecieran al mismo grupo que los zombis tan dependientes de los videojuegos.

¿Por qué Mott había dicho todo eso de Sedgewick? Sedgewick, un burócrata por excelencia, jamás se

comportaría de forma tan irracional. ¿O sí? Kay se esforzó por recordar más detalles de su relación laboral con él, pero solo pudo recuperar recuerdos fugaces de lugares donde habían estado juntos, y *el* recuerdo fugaz que siempre le venía a la mente cuando, a lo largo de los años, pensaba en esa etapa de su vida: una imagen vívida de Sedgewick desnudo en la cama junto a ella, diciéndole algo importante, algo que veinte años después ya no recordaba...

Kay se miró por última vez en los espejos del baño y admiró el atuendo que Mott le había dado. Nunca antes se había puesto un traje de ejecutiva. La túnica era la prenda más hermosa que jamás había usado. Y la que mejor le sentaba. Lástima que no fuera simplemente una prenda de vestir.

La voz de Mott resonó a través de la puerta: «Solo falta media hora para que llegue el transporte, doctor Zeldin. La tengo anotada para una breve reunión informativa con el señor Sedgewick. Un minuto más y llegaremos tarde».

Kay sonrió al imaginar cómo lo habría expresado Torricelli y abrió la puerta. «No hay problema, estoy lista», dijo con despreocupación, decidida a dejar de lado sus emociones hasta tener el tiempo y la privacidad necesarios para lidiar con ellas.

Cuando Mott y Kay se unieron a Sedgewick y Leland en la terraza y Sedgewick miró a Kay, ella apartó la mirada de la suya con una repentina timidez. Fijó la vista en el océano y

se esforzó por recomponerse. —¿Qué te parece dar un paseo por la playa, Zeldin? —preguntó Sedgewick.

—No has mantenido al día tus habilidades de defensa personal —dijo mientras bajaban las escaleras hacia la playa.

“Lo siento, no. Han pasado años; nunca he tenido tiempo para tomar clases.”

«Deberías haber hecho al menos un entrenamiento en Seattle. Tus reflejos estarán lentos». Kay pensó, aunque no lo dijo, que sus reflejos probablemente eran inexistentes. Caminaron por la orilla sobre arena húmeda y firme. La niebla se había disipado, el horizonte se hacía visible y las olas eran lentas y tranquilas. Kay sintió que se relajaba. «Creo que te hemos dado demasiado tiempo para pensar», dijo Sedgewick.

El hecho de que su voz pudiera oírse por encima del oleaje impresionó de repente a Kay; el tono y la entonación de su voz no eran simplemente una cuestión de indiferencia: utilizaba su voz para demostrar control.

—¿A menos que esa zorra de Mott haya dicho algo que te haya molestado? —añadió, como si lo hubiera pensado después.

¿Qué había dicho Mott sobre que Kay lo había "manoseado"? Pero Kay sabía que jamás sería capaz de describirle a Sedgewick lo que la ejecutiva había dicho sobre

su favoritismo. "Supongo que estoy bastante nerviosa", dijo Kay. "Francamente, la idea de entrar en la operación tan fuertemente armada cuando los terroristas han estipulado que lleguemos desarmadas me asusta un poco".

Después de aproximadamente un minuto, Sedgewick se detuvo; Kay también se detuvo, y quedaron frente a frente. Bajo la intensa luz blanca, Kay buscó en su rostro señales de lo que era, de lo que pensaba. Solo vio la suavidad de la piel finamente extendida sobre los afilados huesos de su rostro y el brillo de la luz del sol que hacía resplandecer con intensidad y calidez su pendiente de rubí; mientras que en sus ojos hundidos y de color ambiguo no encontró nada más que su propia conciencia de su poder. "¿Espero que no estés sugiriendo que alteremos la operación ahora?", dijo, con ese tono un tanto áspero que solía emplear para advertir e intimidar a sus subordinados.

Cuando los productos favoritos de Sedgewick no resultan perfectos...

Kay tragó saliva. “No. En absoluto.”

—Bien —dijo Sedgewick, mirando al cielo y señalando—. Nuestro transporte —añadió, refiriéndose al helicóptero militar que sobrevolaba a baja altura.

Se detuvieron en la casa solo para que Kay usara el baño antes de abordar. El helicóptero era más pequeño y cómodo

que el que Sedgewick había usado en Seattle. También era considerablemente más silencioso por dentro. Al despegar, los ejecutivos sacaron los informes que habían llegado por mensajero mientras Kay caminaba con Sedgewick. Mirando de reojo, Kay vio a Sedgewick sacar de su maletín un bloc de notas con el membrete impreso de *Robert Sedgewick, Jefe de Servicios de Seguridad,* y lo vio marcar una de las casillas junto a la lista de agencias bajo su autoridad. Haciendo un esfuerzo, logró distinguir "ODS". Estaba enviando un memorándum al máximo ejecutivo de ODS. Con solo escribir en ese bloc de notas, Sedgewick podía enviar órdenes a cualquiera de las agencias listadas. Su poder era así de simple, y así su amplio alcance.

El helicóptero se balanceó y dio tumbos, y por encima del rugido de los rotores oyó el sonido de metal contra metal. «¡Un francotirador!», gritó Leland.

El copiloto miró por encima del hombro. —Lo detuvimos, señor. Aunque gritaba, Kay apenas pudo entender sus palabras por encima del estruendo. —Desde uno de los complejos residenciales de la zona de Hillcrest.

Sedgewick miró a Leland. Sus ojos eran fríos y penetrantes. “Ocúpate de ello, Leland. A mi manera”. Kay tembló. *A mi manera.* Habían hablado de “su manera” durante el almuerzo. Por cada incidente como este, incluso cuando había pocos daños materiales y ningún herido, escuadrones de “justicia” de la Guardia enmascarada debían elegir

personas al azar de la zona afectada, un profesional y dos técnicos de servicio, para ser ejecutados sumariamente, sin juicio. Y por cada muerte de un burócrata, la pena se duplicaría. Sedgewick llamaba a esta política "justicia semioficial". "Si hubiéramos empezado con ese método cuando aparecieron los primeros indicios de contrariedades, no estaríamos teniendo los problemas que tenemos ahora en las grandes ciudades", había dicho Sedgewick con frialdad. Había afirmado que las comunidades afectadas tomarían medidas drásticas por su cuenta si supieran que habría una represalia aleatoria después de cada incidente. «Ellos se controlarán mejor de lo que nosotros podemos controlarlos. ¿Y por qué deberíamos gastar nuestros limitados recursos en buscar a los alborotadores y lidiar con ellos?». A Kay le recordó los métodos que los antiguos romanos habían utilizado para gobernar las provincias subyugadas.

Sedgewick y Leland retomaron sus informes como si nada hubiera pasado. A Kay se le llenaron los ojos de lágrimas, sin saber por qué. Quizás porque personas inocentes —incluidos profesionales, que podrían haber sido ella, Scott o cualquiera de sus amigos si hubieran vivido allí— serían asesinadas sin siquiera saber el motivo. Su pesadilla se intensificó. Pero la amenaza de las lágrimas la devolvió a la realidad, y miró rápidamente a los demás para ver si se habían dado cuenta. Los ojos de Sedgewick y Leland estaban fijos en sus informes. Pero Mott la observaba. Las miradas

de las mujeres se cruzaron, hasta que, temerosa de lo que la ejecutiva estuviera pensando, Kay apartó la vista.

Mientras se acercaban a su destino, Kay divisó lo que parecía un campamento militar. Mirando hacia abajo, al color marrón y verde apagado que salpicaba el desierto, se convenció de que iba a morir. Un dolor intenso le recorrió la ingle. ¿La habían elegido simplemente porque esperaban que ella, la única armada de los tres, fuera la más propensa a morir? ¿*Por qué desperdiciar a una buena mujer de la Compañía cuando había otra disponible?* ¿Se suponía que debía entender tácitamente que, dado que probablemente la matarían, debía eliminar a tantos enemigos como pudiera antes de irse? ¿Estaba en una misión suicida no declarada? ¡Incluso podría ser posible que la hubieran infectado con un virus aeróbico! Pero toda esa información, toda esa redacción de informes. Y Sedgewick. ¿Por qué invertir tiempo en ella cuando... ah. Eso era. *Ese* debía ser el propósito de Sedgewick, persuadirla para que desempeñara un papel que nadie más querría desempeñar. Pero si no le habían *dicho nada, nada explícito...*

El helicóptero descendió y los ejecutivos dejaron sus trabajos. Kay miró con desánimo las áridas montañas marrones que los rodeaban, el destello plateado del Mar de Salton en el horizonte. Odiaba a esa gente. Ellos vivirían y ella moriría. Y eran arrogantes y superiores. No lo haría, no usaría su armamento contra los terroristas en un suicidio deliberado. Kay recordó que Mott había dicho con

indiferencia que era una lástima que las mechas de los explosivos fueran tan cortas, y la implicación se hizo evidente. Incluso si no se suicidara deliberadamente para matar a los terroristas, ¿y si le hubieran colocado algo encima, o en su bolso "especialmente diseñado", programado para explotar más tarde ese mismo día?

Los ejecutivos, que ya se habían levantado de sus asientos, la esperaban de pie. Muy lentamente, ella se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso de pie con las piernas temblorosas.

—¿Quiere un tranquilizante? —preguntó Sedgewick.

Kay notó que sus ojos entrecerrados la observaban atentamente. —No —dijo con dificultad—, pero me vendría bien un poco de agua. Tengo la boca muy seca.

Mott se dirigió al casillero del fondo y sacó una botella para Kay. "Creo que deberías tomar un tranquilizante con el agua", dijo Sedgewick.

“No es necesario”, dijo Kay. “Me tranquilizaré en cuanto las cosas se pongan en marcha”.

«No servirás para nada si te derrumbas», dijo Sedgewick. «Mott, dale una pastilla que pueda llevar en el bolsillo. No toleraré ninguna tontería sobre no tomar medicamentos por principio, Zeldin. La mayoría de la gente los toma durante operaciones de alto estrés. Es una realidad».

Kay aceptó dócilmente la gragea y se la guardó en el bolsillo. Luego rompió el precinto de la botella de agua y bebió. Deseaba que la esperaran afuera. ¿Por qué estaban allí mirándola?

Al bajar a la arena, una escolta de diez hombres los rodeó. El oficial al mando saludó a Sedgewick. «Todos los preparativos han concluido, señor».

—Este helicóptero despegará en breve, coronel, de regreso a la ciudad con un mensajero. Asegúrese de que reciba autorización inmediata. ¿Han llegado todos los contingentes no estadounidenses?

“Todos menos las Bahamas, señor.”

Sedgewick asintió. "¿Y el contingente del Secretario de Estado?"

“Todos presentes, señor.”

—Excelente. Nos uniremos a ellos. Sedgewick caminaba al lado del oficial, Leland con Mott y Kay junto a uno de los robustos miembros del séquito de Sedgewick. Observó, aturdida, la majestuosidad de las crestas que se alzaban en el horizonte. Arriba, el cielo se extendía en una brillante bóveda azul de luz casi centelleante. Qué hermoso, pensó Kay con melancolía.

Al llegar a la enorme carpa, abierta por tres lados, se encontraron con una escena que recordaba a una merienda de decano. Pero no había pasteles ni jerez dispuestos con delicadas servilletas, ni grandes jarrones de flores adornando la carpa; solo muchas mujeres bien vestidas y docenas de hombres de aspecto importante, y soldados, por supuesto.

Sedgewick la tomó del codo. “Vamos a presentarte al Secretario de Estado”.

Otro miembro del gabinete, y solo ejecutivos por dondequiera que miraba: esto no era lo que esperaba. Quizás debería haber pagado la cuenta después de todo.

[v]

“¿Tienes todo lo que necesitas, Kelly?”, preguntó Magyyt l' Fenst san Bol.

El humano levantó la vista del equipo de mezcla y sonrió. «Nunca antes había tenido un equipo tan fantástico para trabajar. Si fracasamos, no será por razones técnicas. ¿Entendido, Sal?»

La mujer que cargaba la película en la cámara no levantó la vista. "El sueño de cualquier creador de contenido audiovisual", murmuró.

Kelly le lanzó a Magyyt una mirada pícara. «No me explico cómo lograste difundir esto. Sé que las cadenas de televisión no descuidan la seguridad».

—Te contaré mi secreto algún día —dijo Magyyt, y se dio cuenta de que Kelly pensaba que le estaba mintiendo—. Los demás responsables de los medios deberían llegar en cualquier momento. Tendrás la oportunidad de hablar con ellos antes de que empiecen a llegar los delegados. Magyyt miró a la otra mujer. —Sal, pareces desconcertada.

Sal alzó la vista; su mirada se posó en el rostro de Magyyt y luego se apartó rápidamente. Sus grandes manos se apretaron en sus caderas. «¿Esta fuente de energía... dices que es portátil? ¿Qué es, algún tipo de batería?». Su mirada se dirigió al pequeño «paquete de energía» que Magyyt había improvisado para la ocasión.

Magyyt se acercó a Sal. "¿Qué pasa? ¿Hay algún problema? ¿Los enchufes no están bien conectados?"

“No, todo parece estar bien. Solo me pregunto cómo funciona.”

—No es que no quiera hablar contigo, Sal, pero ahora mismo no tengo tiempo. El primer grupo de delegados

debería llegar en una hora. Pero te prometo que te lo explicaré cuando tenga más tiempo. —Sonó el timbre de tres tonos—. Deben ser tus colegas. Vlohr te dio dispositivos de traducción, ¿no?

Las dos mujeres asintieron y se miraron fijamente durante un buen rato.

Era natural que se sintieran incómodas allí, pensó Magyyt mientras se apresuraba hacia el compartimento de la cápsula. Pero Kelly y Sal estarían tan concentradas en el proceso de filmación y edición que pronto olvidarían todo lo demás. Cuando se dieran cuenta de que las mujeres de los medios tendrían un monopolio virtual sobre todo el vídeo en su mundo, en un mundo ávido de "noticias", su sensación de poder las abrumaría. Kelly, como las demás, estaba aterrorizada por el poder. Se veía a sí misma solo como una luchadora *contra* el poder, no como una que lo ejerciera. La esperanza de Magyyt era que cuando Kelly se diera cuenta de su propio poder, estaría demasiado absorta en sus proyectos como para dejar que esa constatación la destruyera. Eso era lo que esperaban de todos los humanos con los que habían elegido trabajar.

El cambio les estaba ocurriendo de forma traumática, a diferencia de a los Marq'ssan. Los Marq'ssan se habían transformado gradualmente. Esta diferencia, incluso más que las diferencias estructurales básicas entre los Marq'ssan y los humanos, era el aspecto más incalculable de la

Intervención. «Se hará, los nutriremos y guiaremos para que encuentren su propio camino», se dijo Magyyt en voz alta. Una parte considerable de su vida la había dedicado a llegar precisamente a este momento. No temblaría al haber llegado a este antiguo destino, a este nuevo punto de partida. Todo sucedería tan rápido ahora que no tendrían más tiempo para reflexionar. «Se hará», repitió Magyyt, y se dirigió a saludar a las dos docenas de mujeres que entraban en la sala de mediación.

Capítulo cuatro

Al observar la presencia masiva y visible del ejército extendida por el valle, Kay concluyó que los terroristas tendrían que ser audaces y confiados para llevar a cabo el plan. No había pensado conscientemente en qué tipo de nave aterrizarían en el desierto. Por lo tanto, la sorprendió ver, sin previo aviso, que apareció como una ráfaga de luz que blanqueó la austera y humeante cresta azul y marrón. Kay miró de reojo a los ejecutivos que estaban a su lado. Todos estaban absortos por lo que parecía ser la materialización más que el aterrizaje del objeto. Imperceptiblemente, la nave dejó de ser una bola de luz incandescente y se convirtió en un objeto plateado opaco: lo que Kay distinguió como una brillante configuración de pétalos de margarita de tubos largos unidos a un centro invisible. Aunque ahora era claramente visible, la nave proyectaba reflejos de luz solar tan cegadores que era

imposible, como comentó Sedgewick —el primero en la tienda en recuperar la voz—, calcular a simple vista su tamaño, o incluso distinguir su estructura externa.

Kay sintió que un miedo completamente nuevo se despertaba en ella, un miedo cargado de sospechas que no podía articular del todo, ni para sí misma ni para Sedgewick.

En la zona infestada de cactus entre la carpa y la aeronave, apareció un enorme holograma del icono estándar que las aerolíneas utilizaban para representar la función de su agente de servicio. El representante levantó en alto el icono genérico con forma de reloj de arena que sostenía en la mano, y una voz amplificada informó a los asistentes, sucesivamente en inglés, español y francés, de que las delegaciones embarcarían por orden alfabético según su entidad nacional, de una en una y en intervalos de diez minutos. Se indicó a los delegados de Antigua que se presentaran primero.

«Terroristas con un agudo sentido del espectáculo», le dijo Sedgewick a Kay. «Supongo que deberíamos haber esperado este tipo de uso de efectos especiales, considerando que afirman ser extraterrestres».

Los ejecutivos estallaron en una discusión. Las mujeres de Antigua dudaron en acercarse a la extraña embarcación, mientras que el Secretario de Estado arremetió contra la

humillación implícita de que Estados Unidos, por orden alfabético, se presentara bastante después.

Ante el comentario contrario de Sedgewick, Kay se acobardó. *¿Y si... y si... y si se estuvieran equivocando?* Esa vaga pregunta fue lo único que pudo formular. Kay sentía la necesidad de encontrar consuelo, algo que sabía que solo hallaría al expresarlo todo con palabras, e intentó llamar la atención de Sedgewick. Pero este, cuya mirada había estado tan atentamente fija en su rostro poco antes, la ignoró o no se percató de su deseo de hablar con él en privado.

Mientras las mujeres de Antigua aún embarcaban, llegó un mensajero y le entregó un sobre morado a Leland. Mott se interpuso entre Leland y el embajador Grausch, aislando así al contingente de Seguridad del resto de la tienda, pues Sedgewick estaba a un lado de Leland, Kay al lado de Sedgewick, y hombres de la Compañía los rodeaban. Kay se asombró de la tensión y posterior hinchazón del rostro de Leland mientras leía (lo que hacía que los estragos visibles de su edad parecieran aún más grotescos y repulsivos). Leland se acercó a Sedgewick y le susurró al oído. Kay creyó oír las palabras «LA», «estirado al límite» y «represión». Sedgewick respondió en voz demasiado baja para que Kay lo entendiera. Leland le dijo al mensajero: "Regreso a la ciudad inmediatamente en su transporte", luego se dirigió al Secretario de Estado y le ofreció sus disculpas: "Asuntos locales urgentes me llaman...", y salió de la tienda seguido

de Mott y dos de los hombres silenciosos de la Compañía que habían llegado en el helicóptero con ellos.

Kay se volvió hacia Sedgewick para preguntarle qué opinaba de la nave. "Me preguntaba…", dijo, y luego se detuvo en seco, sobresaltada por un sonido de furia que más tarde identificó como un gruñido.

—¿Vas a darme más problemas ahora, Zeldin? —dijo en voz lo suficientemente baja como para que solo ella pudiera oír sus palabras.

Tragó saliva y negó con la cabeza.

—Me alegra oírlo —dijo, haciendo un gesto a uno de sus hombres para que se acercara—. Prepárame una mesa de trabajo —añadió—. Es absurdo que esté aquí esperando esta idiotez. El hombre de la Compañía salió corriendo y le susurró algo al oído al oficial al mando. Este, a su vez, le hizo un gesto a otro oficial para que se acercara y habló al oído de su subordinado. El oficial salió de la tienda. Cuando la cadena de mando (descendente) dejó de ser visible, los pensamientos de Kay volvieron a la extrañeza de la nave. Palpó la tablet envuelta en papel de aluminio que llevaba en el bolsillo. Quería cogerla, pero no a la vista de toda la compañía reunida.

Kay observó cómo una mujer se acercaba a la nave, la puerta se abría, una plataforma descendía hasta el suelo y la

mujer subía a ella para ser engullida por el interior. Quizás sería de las últimas en abordar, pero su turno llegaría. Ella también tendría que hacerlo, sola. La angustia la invadió.

Tres oficiales trajeron una mesa y una silla plegables y las colocaron en un rincón de la tienda. Los ejecutivos voltearon a mirarlo. Kay se recordó a sí misma que Sedgewick tenía un papel que ahora se había convertido quizás en el más importante del país: mantener a la población bajo control cuando en todas partes la gente carecía de su sustento, cuando la vida cotidiana se había paralizado, cuando las tácticas habituales para garantizar la tranquilidad doméstica eran inaccesibles o inútiles. Los demás podrían resentir su trato privilegiado, pero no se atreverían a cuestionarlo.

Sin pronunciar palabra, Sedgewick y todo su séquito, a excepción de Kay y un hombre —cuyo propósito al quedarse era, obviamente, vigilarla— se trasladaron a la esquina donde Sedgewick, con su "mesa de trabajo" casi fuera de la tienda, podía trabajar a solas y, al mismo tiempo, tener una vista privilegiada de la nave. Kay se sintió abandonada y aún más alienada, vulnerable a las críticas y ataques que los burócratas a su alrededor pudieran lanzarle. Recordó los comentarios de Mott sobre el favoritismo de Sedgewick y se preguntó si no habrían sido más que una sarta de mentiras para asegurarse de que se entregara voluntariamente al matadero.

A medida que avanzaba la tarde, la mente de Kay se nubló y se entumeció por la espera. Después de quizás una hora, una furgoneta del ejército se detuvo con sillas plegables que media docena de soldados descargaron y colocaron. El comandante hizo un discurso sobre hacer todo lo posible para que los dignatarios se sintieran cómodos, prometiendo un bar en funcionamiento en la próxima hora. Sin embargo, a medida que la gente tomaba asiento, se mostraban cada vez más abiertamente descontentos con la situación. Kay escuchó varios comentarios en el sentido de que había sido una estupidez que tantos diplomáticos hubieran venido hasta allí, que podrían haberse reunido fácilmente en circunstancias más cómodas en Washington D.C., que en realidad se habían limitado a estar de pie sosteniendo las manos de los delegados, que todo debería haberse dejado en manos de los militares, que allí no había nada para los políticos ni para los diplomáticos... De vez en cuando, Kay miraba a Sedgewick y se dejaba llevar por el amargo pensamiento de que *él* ciertamente no había venido "a tomarle la mano".

Cuando, finalmente, llegó el turno de la delegación estadounidense, el Secretario de Estado ordenó a Kay que subiera primero al avión. Kay miró a Sedgewick, pero él parecía no darse cuenta de que habían llamado a su delegación. Con la boca demasiado seca para hablar, asintió a Crannock y salió de la carpa con las piernas temblorosas. Al acercarse a la aeronave, se extrañó de que la hubieran

llamado «avión». Cuanto más se acercaba, más grande parecía, hasta que finalmente ocultó el cielo y las montañas.

La plataforma vacía la esperaba. Quería correr, huir tanto de aquella monstruosidad como de la gente de la tienda de campaña de la que era consciente que la observaba. Sacó el tranquilizante del bolsillo, le arrancó el envoltorio y se lo metió en la boca. Solo entonces subió a la plataforma. Esta la elevó silenciosamente y luego la introdujo en el interior. En contraste con el resplandor del desierto (intensificado por el exterior reflectante de la nave), el interior era una negrura absoluta. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Kay se encontró en un extremo de una larga cámara tubular cerca de dos mujeres: una sentada en una terminal y la otra, bastante alta, de pie a su izquierda. Kay se aclaró la garganta e hizo contacto visual con la mujer que estaba a su lado. Con voz ronca, dijo: «Soy representante de Estados Unidos».

La mujer sentada en la terminal miró a Kay y le preguntó su nombre, edad y los idiomas que hablaba. Mientras Kay respondía, los dedos de la mujer volaban sobre el teclado.

Entonces la mujer alta dijo: “Tiene la presión arterial un poco alta, pero debería bajar porque ha tomado un medicamento de liberación prolongada que ahora está haciendo efecto. Su corazón está fuerte. No debería haber ningún riesgo de estrés por el vuelo”.

Kay se quedó mirando a la mujer que estaba a su lado, inmóvil con los ojos cerrados. De repente, abrió los ojos y de su boca salieron una extraña serie de chasquidos, pausas glotales, ruidos de soplido y succión.

A Kay se le erizó la piel.

—Acordamos que solo se admiten lenguas humanas, Pendrine —dijo la mujer de la terminal—. Repítelo. La lengua materna de esta mujer es el inglés. ¿Aquellos sonidos era un idioma? El corazón de Kay empezó a latir con fuerza, con un dolor insoportable.

Pendrine dijo: “Escanea a esta, Sorben. Es un escuadrón de la muerte andante”.

Kay, presa del pánico, comenzó a hiperventilar. ¡La habían descubierto! Pero, ¿cómo podía saber esa mujer sobre sus armas? ¿Alguna otra suposición? ¿Y qué quiso decir con "escanear"?

Sorben cerró los ojos. Medio minuto después los abrió y miró a Kay. —¿En serio? —miró la pantalla— ¿En serio, Kay? ¿No sientes ni un *poco* de resentimiento por tener que llevar sustancias químicas letales *dentro* de tu cuerpo? Negó con la cabeza y miró a Pendrine. —¿Hasta dónde puede llegar su locura para atiborrarse literalmente de instrumentos de muerte? —Le dijo a Kay—: Los objetos de tu vagina tendrán

que salir. Y tendremos que quitarte esos botones y pendientes y llevarte la ropa interior.

Kay estaba atónita. ¿Cómo podían saber esas cosas? No había máquinas de rayos X a la vista, y además, la mayoría de su armamento no se vería en las radiografías.

—La bolsa también, Sorben —dijo Pendrine—. Hay explosivos en el forro. Sorben pareció molesta—. Esto sin duda nos retrasará. Pendrine giró y tiró del botón de cianuro hasta que se desprendió de la túnica. Luego le quitó los pendientes a Kay y los botones explosivos. —No tenemos un lugar privado donde puedas quitarte la ropa interior y los químicos de tu vagina. Tendrás que hacerlo aquí. Observó a Kay desvestirse. —No deberías haber permitido que esto sucediera, Kay. ¿Es que no tienes dignidad?

Kay dejó caer sus pantalones al suelo y se quitó la ropa interior. Aunque asustada por haber sido descubierta, también se sentía desconcertada por su actitud. Desde donde estaba Pendrine, no podía ver la pantalla. La mente de Kay bullía con conjeturas descabelladas. Las miró con recelo. El frescor del aire rozó su piel desnuda y se estremeció. Se puso en cuclillas y se quitó las pastillas.

Kay, vestida *sin* ropa interior, acompañó a Pendrine al otro extremo de la habitación tubular. La pared se abrió y entraron en otra habitación tubular más grande, repleta de sillones reclinables similares a los que se usan para cirugías

menores. Una mujer con el pelo corto y negro con algunas canas los recibió. «Señorita, esta es Kay, de la delegación estadounidense», le dijo Pendrine. «Kay, te presento a la señora Merr san Fehln. Ella te ayudará a ponerte cómoda y responderá a cualquier pregunta que tengas». Pendrine se marchó y la pared se cerró tras ella.

Kay siguió a Dghatd pasando junto a docenas de sillas ocupadas hasta que llegaron a una vacía. Dghatd le mostró los controles que movían la silla a varias posiciones, desde camilla hasta silla, y luego le entregó un pendiente. «Póntelo en el lóbulo de la oreja, Kay. Es un dispositivo de traducción. Te ayudará a entender idiomas que no conoces. No te sorprendas si a veces no logra hacer una traducción uno a uno; descubrirás que hay muchas expresiones para las que no existen codificaciones equivalentes en inglés. Eso será frustrante, pero esperamos que no sea una dificultad de comunicación demasiado grave». Dghatd fue a un armario en la pared y sacó una botella de agua, que le llevó a Kay. «Pareces tener sed», dijo, con su mirada gris fija en la de Kay.

Kay aceptó la botella con agradecimiento. Intuía que darle agua era un gesto significativo para Dghatd, pero no lograba adivinar cuál era.

Dghatd dijo: «A tu derecha, Kay, está una delegada de Barbados. Alena, te presento a Kay, delegada de Estados Unidos». Se saludaron con un gesto de cabeza, y Kay sufrió una repentina desorientación, sintiéndose por un instante

como si estuviera en el gimnasio, siendo presentada a la mujer que se ejercitaba en la máquina de pesas de al lado. Esta intrusión de lo absurdo la hizo darse cuenta de que había perdido sus armas. ¿Debería haber hecho algo mientras aún estaba armada? ¿Debería haber actuado una vez que supo que habían descubierto sus armas? Kay evaluó su comportamiento, y le pareció que la conmoción de su «escaneo» había hecho que lo que debería haber sido prioritario se le escapara temporalmente de la cabeza. Sabía que Sedgewick no se habría dejado distraer tan fácilmente. Si Sedgewick hubiera estado en su lugar, bien podría haber tomado el control de la nave para entonces. Pero ese no era su objetivo, ¿verdad? Si querían que se hiciera algo así con esta nave, se podría haber ordenado al ejército que hiciera lo necesario. Su trabajo consistía en ir a donde estaban los cabecillas, averiguar quiénes eran... *y pasar desapercibida.*

—Kay —dijo Dghatd, y Kay dio un salto—. Déjame mostrarte cómo asegurarte para el despegue. —Explicó las correas del sofá y luego señaló los cinco centímetros de endebles procesadores que había colocado en el reposabrazos de Kay—. Quizás quieras echar un vistazo a esta colección de textos —dijo—. Te dirá algo sobre Marq'ssan y su intervención en tu planeta. Kay observó a Dghatd avanzar y ponerse en posición de espera mientras la pared se abría y Pendrine conducía a Carol Grausch a la cabina. O la extrañeza de estas mujeres o el tranquilizante le habían provocado una sensación de desarticulación.

Parecían *normales.* Entonces, ¿qué tenían de tan peculiar, tan intangible?

Kay echó un vistazo a la endeble portada, titulada "Una breve historia de Marq'ssan", y miró de reojo a Alena. Los ojos de Alena estaban fijos en unos papeles que, al parecer, Dghatd también le había dejado a ella. «Se han tomado muchas molestias para mantener esta historia de Marq’ssan», dijo Kay.

Alena levantó la vista. —No tenemos forma de saber quiénes son ni cuáles podrían ser sus motivos, ¿verdad? —dijo con frialdad.

Kay se encogió de hombros. «Ya que obviamente habrá que esperar mucho, bien podría leer su propaganda. Quién sabe, tal vez aprenda algo útil». Kay acomodó el sofá hasta quedar en una posición reclinada y cómoda, solo para caer dormida antes de haber leído siquiera el primer párrafo. Cuando, un rato después, despertó sobresaltada, se dio cuenta de que el tranquilizante había empezado a hacer efecto. Ya no sentía pánico, a pesar de haber sido despojada de sus armas. Claro que, para empezar, no las había querido. Y mientras los terroristas no la castigaran por haber desafiado su exigencia, a ella realmente le daba igual su pérdida.

[ii]

El timbre de tres tonos de S'sbeyl sonó, anunciando la llegada de la segunda de las naves múltiples que estaban recogiendo a las delegaciones nacionales. Magyyt se apresuró a llegar a la sala de mediación para estar allí cuando el multicápsulas comenzara a descargar un vagón a la vez. Segundos después de su llegada, la esclusa del vagón se abrió. Sorben I Sorben san Priusq— entró, sola.

"¿Todo va bien?", preguntó Magyyt en boldení.

"He traído a todas los que van a venir."

"¿Algunas no van a venir?"

"Al parecer, no."

Magyyt estaba de pie junto a la terminal al fondo de la sala e introducía las instrucciones en el procesador. «Leleynl I Absq descubrió lo mismo en su viaje. O bien porque no envían mujeres, o porque nos tachan de "terroristas" y dicen que, por lo tanto, no se puede negociar con nosotros, que es lo que creen que queremos». Magyyt miró a Sorben. «Debemos tener paciencia, Sorben I Sorben».

"Estás casi despreocupada, Magyyt. Ojalá *yo* tuviera tanta confianza. Dudo que podamos influir siquiera en las mujeres que tenemos aquí en estas circunstancias especiales."

“Necesitas dormir, Sorben. ¿Por qué no descansas un rato? Vlohr I Alya, Leleynl y Senhlis I Fenst llegarán en cualquier momento. Yo misma descansé hace poco. ¿Cómo están Pendrine y Dghatd?”

—Tendrás que preguntarles —dijo Sorben secamente—. No tenía tiempo ni energía para fijarme. Con entre trescientos y cuatrocientos pasajeros, no teníamos tiempo para ser buenas anfitrionas Marq'ssan.

El sarcasmo de Sorben quedó claro. —Vete a dormir —dijo Magyyt—. O nuestras huéspedes te provocarán a una confrontación abierta. Tendremos que *darles de comer* cuando todas hayan desembarcado, ¿sabes?

Sorben levantó las manos con fingida consternación humana. «Sí, sí, ya me voy. Siéntate en mis brazos», dijo con tono cómico, y huyó.

La impresora emitió un pitido y Magyyt retiró las etiquetas con los nombres de las delegadas. Ella estaba dando instrucciones al procesador sobre los programas que debían imprimirse cuando la cerradura de la cápsula se abrió y Pendrine entró, guiando a las primeras cien pasajeras de la multicápsula. Magyyt saludó a Pendrine y luego, al oír a alguien detrás de sí, miró por encima del hombro para ver a Vlohr y Leleynl entrando en la sala de mediación. Los humanos, con aspecto aturdido y apiñados en un extremo de la sala, se detuvieron y observaron —con aprensión,

pensó Magyyt— al Marq'ssan que se acercaba a grandes zancadas.

Magyyt dio un paso al frente. “Soy Magyyt I Fenst san Bol. Bienvenidos a *S’sbeyl”,* dijo con un tono fuerte y resonante que los humanos encontraban tranquilizador. “Por el momento, hay ciertos aspectos prácticos que resolver. Aunque en general no insistiremos en identificarlas estrictamente por su delegación nacional, por ahora es útil. Tenemos etiquetas con nombres para todas y las distribuiremos delegación por delegación. Por favor, usen la suya; notarán que cada una está impresa en cinco alfabetos para que sus colegas no tengan problemas para identificarlas. Todos los Marq'ssan también llevan etiquetas con nombres”. Magyyt tocó la etiqueta que llevaba sobre el pecho izquierdo. “En una reunión de este tamaño, es difícil, si no imposible, que la mayoría de la gente recuerde el nombre de todos los demás. Sería ridículo dejar que eso sea un gran obstáculo para la comunicación”. Magyyt señaló a Vlohr. Les presento a Vlohr I Alya san Bol. Vlohr es miembro del cuerpo de la Flota Estelar y tripulante de *S’sbeyl.* Les guiará en un recorrido por las instalaciones *de S’sbeyl* que tendrán a su disposición durante su estancia a bordo y les explicará el programa que hemos preparado provisionalmente.

Magyyt le entregó a Vlohr la tolva de etiquetas con nombres y se hizo a un lado mientras Vlohr comenzaba a nombrar a las entidades nacionales. Senhlis I Fenst san Bol

llegó y se unió a Magyyt en silencio. Las humanas parecían desconcertadas y confundidas, al igual que la primera carga del multipod. Magyyt intentó imaginar qué estarían pensando de todo aquello. ¿Entendían lo que estaba sucediendo? ¿Qué esperaban? Seguramente no esto. La mente humana parecía empeñada en un rango tan estrecho de posibles interpretaciones de cualquier evento o circunstancia que Magyyt dudaba que esta escena hubiera sido anticipada de alguna manera. ¿Acaso todas pensaban que eran ovejas destinadas al matadero, enviadas por sus hombres como rehenes a una fuerza que había desactivado su tecnología y amenazado su poder?

Vlohr terminó de repartir las etiquetas y se llevó al grupo. Magyyt habló con la terminal, y el cierre de la cápsula se abrió y otro grupo de mujeres entró con cautela en la sala de mediación. Esta vez Leleynl habló, repartió las etiquetas con los nombres y se llevó a las mujeres. Magyyt tomó los programas y dejó a Senhlis con Pendrine y Dghatd para que guiaran al resto de los pasajeros de las cápsulas múltiples. Ella quería ver cómo Kelly y las demás mujeres se las arreglaban con la primera carga de delegadas de las multicápsulas, que a estas alturas debían haber empezado a llegar a la Sala de Asambleas después de haber explorado sus habitaciones y baños, y comido.

[iii]

¡Qué engaño tan increíblemente elaborado!, pensó Kay mientras recorría los pasillos. Las "pantallas" que Senhlis afirmaba que daban directamente a lo que ella llamaba *"S'sbeyl"* podrían haberse construido y las escenas simulado fácilmente: Vid llevaba años ofreciendo esas vistas. Pero las instalaciones, tan extensas, tan espaciosas, tan *lujosas* (¡toda esa agua sin regular!), sugerían una riqueza que Kay jamás imaginó que pudieran poseer unos terroristas. ¿Podrían ser una élite adinerada, se preguntó, intentando una toma de control global? El lujo, así como el absurdo avión, la maqueta de la "Historia de Marq'ssan" y el glosario de los "conceptos" clave de Marq'ssan, etc., debían tener como objetivo desorientarlas y confundirlas.

La ausencia de hombres era lo que más desconcertaba a Kay. El ambiente le resultaba extrañamente inquietante, y creía que esa extrañeza tenía que ver con la aparente ausencia de varones. La probabilidad de que este grupo estuviera compuesto solo por mujeres era tan remota como la de que fueran extraterrestres. Kay no consideró ninguna de las dos posibilidades como probable ni por un segundo. ¿Por qué tanto secretismo sobre la composición de su organización? Había una falta de gravedad en todo aquello que casi la mareaba, como si estuviera a punto de flotar y mecerse sin la seguridad que le proporcionaba un peso considerable.

Kay se detuvo frente a la puerta abierta de una de las habitaciones a las que Magyyt se había referido como "dormitorios", habitaciones cuyas puertas mostraban el símbolo internacional de alojamiento. Las tres mujeres que estaban dentro, de pie en posturas vacilantes e incómodas y susurrando, la miraron fijamente. Kay reconoció a Alena, de la delegación de Barbados, y la saludó con un gesto de cabeza. Alena asintió de vuelta. "¿Les importa que me quede aquí con ustedes?", preguntó Kay.

Me preguntaba si "compartir cama" era la forma correcta de hacerlo. "¿O los otros espacios ya están ocupados?"

—En absoluto —dijo Alena con cortesía—. Permítame presentarle a una vieja amiga y a una nueva conocida.

Kay se alegró de que las mujeres presentes no pertenecieran todas a la misma delegación. Se había separado deliberadamente de Fenton y Grausch para tener mayor libertad para curiosear, aunque, por supuesto, dado que no la querían y la hacían sentir incómoda, las habría evitado en lo posible.

“Kay Zeldin, te presento a Coralina Valderas de Colombia. Pertenece a una antigua y distinguida familia, es cuñada del presidente Napoleón Valderas y una querida amiga mía.”

Kay le tendió la mano a la menuda y extravagantemente bella rubia, profusamente adornada con oro y piedras

preciosas. Valderas dudó un instante antes de estrecharle la mano. Kay vio que era una aristócrata y supo que eso significaba que, por lo tanto, sería más difícil que la mayoría de los ejecutivos. «tanto gusto», dijo cuando sus manos se tocaron.

Valderas arqueó las cejas y le preguntó a Kay si hablaba español con fluidez. Cuando Kay respondió que lo dominaba lo suficiente como para mantener conversaciones sencillas, Valderas dijo (en inglés): «Qué interesante».

“Y esta, Kay, es Simona Santos de Belice. Creo que es médica.”

Santos le sonrió a Kay. —Me complace conocerla, señorita Zeldin. La mano de Santos se extendió rápidamente y se encontró a medio camino con la de Kay.

Mientras guardaba su maletín en uno de los armarios con cerradura de pulgar, Kay observó lo suficiente de las interacciones de los demás como para suponer que Valderas también había congelado a Santos. ¿Qué hacía allí la cuñada de un presidente? Era una locura. ¡Y con todas esas joyas! A Kay le costaba imaginar que esta Valderas, tan impecablemente arreglada, pudiera sobrevivir sin asistentes personales que se ocuparan de su magnífico aseo. ¿Acaso los presidentes solían ofrecer a sus familiares como rehenes? Valderas, con sus poderes dictatoriales, no tendría ninguna dificultad en coaccionar a voluntarios reacios. Pero quizás los

colombianos estaban tan confundidos como todos los demás sobre lo que hacían los terroristas, lo que querían y quiénes eran.

Simona Santos propuso que fueran en busca de los “servicios de comida”. Kay no tenía hambre, pero aceptó acompañarla de inmediato. Valderas dijo fríamente que deseaba descansar, y Alena dijo que se quedaría con ella.

A salvo de los oídos de su "dormitorio", Kay y Simona giraron por el siguiente pasillo, cruzaron miradas y soltaron una risita. "Esa sí que reconoce a los campesinos cuando los ve", susurró Simona.

—No me puedo imaginar por qué la enviaron —susurró Kay.

Simona puso los ojos en blanco. «Quizás su cuñado tenga malas intenciones. El presidente Valderas no es precisamente de una familia de sangre pura, si no mienten los tabloides».

Kay desconocía por completo los detalles escandalosos sobre el presidente de Colombia. Se consideraba a Colombia un aliado estable y confiable, firmemente bajo el control de su gobierno ejecutivo autoritario, apoyado por Estados Unidos, desde que este último había erradicado a la oposición armada décadas atrás. Eso siempre había parecido suficiente para saber sobre Colombia.

Se detuvieron a estudiar un plano de planta grande y plano, y siguiendo la ruta que trazaron en él, localizaron fácilmente las instalaciones de comida, una enorme sala con equipo de cocina, mesas y mostradores en un extremo de un vasto espacio salpicado de cojines. Esquivando a las mujeres sentadas en el suelo con platos en sus regazos, Simona y Kay se dirigieron a las mesas del fondo, donde encontraron docenas de barras de pan y quesos, cientos de tubos de proteína y una docena de cuencos de fruta fresca entera. Kay miró el dispensador de agua y luego a Simona. "¿Crees que es seguro beberla?"

Simona se encogió de hombros. “Probablemente. Se han esforzado mucho para traernos hasta aquí”.

Aunque le incomodaba beber agua desconocida, Kay tenía mucha sed. Confianza, pensó, era cuestión de confianza. Pero, claro, el simple hecho de ponerse en sus manos ya requería cierto grado de confianza. Tomó un vaso de agua y una naranja. No iba a desaprovechar la oportunidad de comer fruta fresca. Probablemente se acabaría pronto.

Mientras recorrían la habitación, Kay miró a su alrededor como buscando rostros conocidos. Al darse cuenta de lo que hacía, se echó a reír. «Este es un buen sitio para sentarse», dijo, y se dejaron caer al suelo, tomaron los cojines que estaban libres y se presentaron a las mujeres que estaban sentadas cerca.

“Es como una especie de convención”, dijo Kay.

“Sin hombres y bastante informal”, dijo Hilde Timmerman, delegada de Alemania, “pero con un aire similar a una gran conferencia académica”.

“¿Eres académica, Hilde?”

“Anteriormente me dedicaba a la docencia. He trabajado en un instituto gubernamental durante los últimos quince años.”

Se adaptaron sin esfuerzo a las convenciones de la conversación entre desconocidas que habían tenido el privilegio de contar con cierta formación académica. A Kay le asombró darse cuenta de la facilidad con la que charlaba con estas mujeres, como si no hubieran participado en uno de los acontecimientos más terribles de la historia. Se enteró de que Hilde Timmerman era física de formación, había sido profesora en Gotinga y ocupaba un cargo administrativo en uno de los institutos de investigación multinacionales de Alemania. Kay estaba convencida de que el gobierno alemán había enviado a Hilde como investigadora experta para desentrañar el secreto de la Manta y se preguntó por qué el Ejecutivo no había elegido al menos a uno de sus representantes con la misma idea.

Después de comer, llevaron sus platos de vuelta al extremo de la habitación donde se preparaban los alimentos para

desecharlos. —¿Qué crees que querían decir con que esperaban que nos hiciéramos cargo de la preparación de la comida? —preguntó Hilde.

“Quizás planean que nos quedemos aquí mucho tiempo”, dijo Simona.

—¿A alguien más le pareció extraño la forma en que hablaban de ello? —preguntó Hilde.

Preparación de alimentos... instalaciones para alimentos... a Kay le parecieron términos particularmente extraños, considerando el nivel general de sofisticación del discurso de los terroristas. ¿Acaso su secta tenía rituales extraños de cocina y alimentación?

Recorrieron los pasillos en dirección a la Sala de Asambleas, donde uno de los terroristas iba a dar una importante charla a las 9 de la mañana, hora del meridiano de Greenwich. Observaron una de las "salas de mediación", de las cuales había docenas, que, según había dicho Dghatd, se usarían para "negociaciones". Hilde se detuvo en una terminal y preguntó a Kay y Simona si tenían intención de registrarse y llevar un busca, como les había sugerido Magyyt.

Kay comentó: “Podría ser ventajoso para nosotros poder contactarnos rápidamente. Este lugar es un laberinto; podría llevar horas encontrar a alguien en particular”.

Hilde dijo: «Estoy de acuerdo. Creo que tenemos más que ganar que perder si aprovechamos este aspecto de sus instalaciones». Escribió CONTACTO, luego su nombre, y le dieron un PIN y le informaron que su nombre se había añadido al directorio de CONTACTOS. Una pequeña tarjeta de plástico —probablemente un buscapersonas— salió de la ranura de salida, seguida de una tira de papel endeble con una copia de su PIN. Simona y Kay repitieron el proceso. Era casi imposible, pensó Kay, que sus colegas estadounidenses quisieran contactarla. En cuanto a los terroristas, supuso que, aunque al principio les costara encontrarla, si querían encontrarla, lo harían.

Qué extraño que las dejaran vagando así, pensó Kay de nuevo. ¿Cuál podría ser el propósito de los terroristas?

El enorme Salón de Actos, que se extendía a lo largo de un vasto espacio salpicado de cojines y terminales ocasionales, contaba con una plataforma circular en el centro, elevada unos sesenta centímetros del suelo. Por dondequiera que Kay mirara, cuerpos femeninos descansaban y se extendían; muchas mujeres conversaban como si se conocieran de toda la vida.

Kay se volvió hacia Hilde. "No me gusta esta situación".

Hilde frunció los labios. "Parece una sesión de encuentros masivos".

Simona soltó una risita. "O la escena de una orgía en una vieja película de Hollywood".

Las mujeres seguían entrando en la habitación. El murmullo de las voces aumentaba y la densidad de cuerpos por metro cuadrado crecía, poniendo a Kay tan nerviosa que empezó a desear otro tranquilizante. «No creo que pueda soportar esto», dijo. «¿Qué podría ser más tortuoso que estar atrapada en un espacio pequeño con cientos de mujeres, todas parloteando a gritos, riendo entre dientes... ¿Quizás ese sea su plan? ¿Hartarnos tanto de las mujeres que cuando lleguen los hombres seamos más receptivas a cualquier propuesta que tengan?».

Lo dijo en broma, pero sus acompañantes ni rieron ni sonrieron. Avergonzada, Kay recorrió la habitación con la mirada, buscando una alternativa al suelo. «Voy a ponerme de pie al fondo, contra la pared», dijo. «Si me canso, puedo sentarme ahí. Pero por ahora, creo que me quedaré de pie. No veo cómo mi cerebro puede funcionar correctamente si mi cuerpo está extendido... » Señaló a una mujer cercana que estaba tumbada de cuerpo entero con un cojín detrás de la cabeza.

Hilde dijo: “Yo también te acompañaré, Kay. A mí tampoco me gusta la idea de aceptar lo que venga sin oponer resistencia”.

Abriéndose paso entre la multitud de mujeres, inevitablemente miraban al suelo y no se percataron de las mujeres con videocámaras hasta que casi chocaron con ellas. Una mujer negra, alta y delgada, a la que apuntaba una de las cámaras, decía por el micrófono: «...solo faltan unos minutos para que Marq'ssan pronuncie su primer discurso importante ante nosotros, los humanos. Disculpen, señoras», se interrumpió para llamar a Kay, Hilde y Simona. «He notado que llevan insignias que las identifican como delegadas de Estados Unidos, Alemania y Belice. ¿Les importaría compartir sus reflexiones sobre esta ocasión histórica?».

—¿Quién eres? —preguntó Kay bruscamente.

“Kelly Forrest, una mujer libre de los EE. UU. Y según su botón, usted es Kay Zeldin, también de los EE. UU., no una mujer libre, sino una delegada oficial.”

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Kay con severidad—. ¿Estás con estos terroristas? ¿O te secuestraron?

“¿Terroristas? ¿Eso es lo que piensas de tus anfitriones, Kay Zeldin?”, preguntó Kelly Forrest.

“Supongo que aceptas su historia del espacio exterior, ¿no? ¿O les estás ayudando a inventarla y difundirla?”

«¡Qué cínicos se han vuelto los habitantes de nuestro mundo!», dijo Forrest con tristeza. «Y tú, Hilde Timmerman,

¿tienes algo que decir? Esto se está transmitiendo instantáneamente a todo el mundo». Ella sonrió. «Estoy segura de que en Alemania agradecerían oírte».

¿Transmisión instantánea? La cámara volvió a enfocar a Kay. Rápidamente le dio la espalda y buscó otro camino hacia la pared que había elegido. Increíble. La transmisión y recepción de video, había dicho Sedgewick, era ahora imposible. Todos los equipos de video del mundo estaban inservibles. Aun así, suponiendo que fuera cierto que los terroristas hubieran encontrado alguna forma de restaurar el video, entonces cualquier cosa que se dijera allí podría tener un efecto inmediato y pernicioso en las masas, en los zombis, pensó Kay mientras las palabras de Mott le venían a la mente. Esa mujer, Kelly Forrest, una radical evidente, probablemente miembro de este grupo terrorista, parecía tener vía libre para seleccionar la propaganda que estaban difundiendo. ¡Esto podría ser la peor pesadilla de Sedgewick!

Kay, Simona e Hilde permanecieron de espaldas a la pared mientras sonaban dos largas campanadas, la señal de que los terroristas comenzarían a hablar en un minuto. La plataforma circular elevada en el centro de la sala se llenó de mujeres. Kay, contando veinticuatro de ellas, reconoció a Magyyt, Pendrine, Sorben y Dghatd. Aunque siguió buscando, aún no había visto a un solo hombre en la sala. A menos que sus hombres estuvieran disfrazados de mujer, no estaban dispuestos a mostrarse.

Una de las mujeres en la plataforma se puso de pie y alzó la mano. La sala quedó en silencio. «Soy Leleynl I Absq san Phrglu», dijo la pequeña mujer morena. «He sido elegida para hablar porque, de todos los Marq'ssan, soy la que más tiempo ha vivido entre los humanos. Empecé a visitar la Tierra poco después del período de destrucción global que los humanos suelen llamar la Primera Guerra Mundial. Hablo inglés —aunque, por supuesto, los dispositivos de traducción traducen mis palabras a sus lenguas nativas— porque el inglés es el idioma más común entre todos los presentes». La oradora giró la cabeza, e incluso desde el fondo de la sala, Kay sintió el poder de esos brillantes ojos negros mientras los percibía rozándola. “No deseo que mi discurso en inglés se interprete como una señal de nuestra posición en el contexto de su geopolítica norte–sur. Por el contrario, a Marq'ssan no le interesan sus disputas ideológicas. Tendemos a ver a todos sus gobiernos como similares en la falta de imaginación y la opresión de sus estructuras. Por lo tanto, para reiterar, debo enfatizar que mi discurso en inglés no debe interpretarse como una manifestación de cualquier tendencia definida dentro de los límites del contexto político dominante de la Tierra.

Su intención era arrastrar al mundo entero a su propia pesadilla. «Había que detenerlos», pensó Kay. «A cualquier precio, había que detenerlos antes de que su locura infectara a todo el planeta».

“Antes de comenzar, debo dejarles claro las medidas que hemos tomado y que estamos dispuestas a tomar siempre que lo consideremos necesario en el futuro. Estipulamos específicamente que quienes decidieran asistir a esta reunión debían venir desarmadas. Lamentablemente, varias delegadas abordaron nuestros vehículos multipropósito armadas con suficientes dispositivos letales como para habernos matado a todas en esta sala cientos de veces. La presencia de tales dispositivos letales no será tolerada. A juicio de Marq'ssan, las delegadas no deben ser consideradas responsables de haber estado armadas; más bien, responsabilizamos a los gobiernos que les exigieron esto. De hecho, las delegadas que vinieron armadas están tan desquiciadas que dos de ellas portaban sustancias químicas letales en sus vaginas.”

Las mejillas de Kay se enrojecieron; y un instante después, apretó los puños.

“No creemos que una mujer cuerda o libre elija abusar de su cuerpo. Que las mujeres permitan que sus cuerpos sean abusados de esta manera solo podemos interpretarlo como una señal de opresión y locura. Por consiguiente, nuestra represalia es contra los propios gobiernos. Seleccionamos objetivos de gran valor para los gobiernos que desobedecieron nuestra estipulación y les dimos una hora de aviso para evacuar a todo el personal de las instalaciones. Hace dos horas, desmantelamos debidamente los objetivos. Esta será la forma que adoptará cualquier represalia futura:

la destrucción de la propiedad y las instalaciones de los objetivos que conocemos. No destruiremos deliberadamente vidas humanas. Como lo demuestran todas las guerras pasadas en su planeta, la vida humana siempre se ha tenido a bajo precio, mientras que la propiedad ha sido la causa de dichas guerras. Si resulta que estamos en guerra con los gobiernos de la Tierra, será una guerra en la que la propiedad, no la vida humana, será el precio a pagar."

A Kay se le revolvió el estómago. ¿Podrían estas personas estar preparándose para luchar contra todos los gobiernos del mundo a la vez? Habían paralizado el mundo, matando e hiriendo a miles de personas en el proceso. Afirmaban tener la capacidad de destruir "objetivos conocidos". Y ahora obligaban al mundo entero a escuchar su propaganda. Sin escrúpulos a la hora de sumir al mundo en un caos incontrolable, claramente...

Capítulo cinco

La mirada de Magyyt recorrió lentamente los rostros de las humanas mientras Leleynl hablaba de la enfermedad de una especie que, aunque autoconsciente, es incapaz de romper un patrón de violencia y autodestrucción y dirige el desarrollo de su conciencia únicamente a aumentar el alcance de esa destrucción. Leleynl ofreció el ejemplo de un niño esquizofrénico autodestructivo al que hay que impedir que ataque/destruya varias partes de su cuerpo o psique bajo el delirio de que son excrecencias malvadas, insanas o traidoras que deben ser destruidas. “La mayoría de las sociedades humanas reconocen el comportamiento autodestructivo en los individuos como una enfermedad. Sin embargo, cuando algunos humanos reconocen esta misma enfermedad en el comportamiento colectivo que caracteriza a su especie como un todo, el resto de ustedes lo niega

inmediatamente y suprime la parte de ustedes que dice la verdad.

"Vuestra autodestrucción adopta múltiples formas. La más obvia es el saturamiento de vuestros cielos y mares con armas capaces de destruir a todos los seres vivos de la Tierra miles de veces. Además de la destrucción potencial de estas armas, el gasto de esfuerzos y recursos destinados a su producción es responsable de la muerte de millones de habitantes de la Tierra cada año y del trágicamente atrofiado estado de las sociedades y los pueblos humanos. Otras formas de autodestrucción se manifiestan a un nivel más mundano, en forma de ataques de los gobiernos contra sus ciudadanos, algo que he visto en prácticamente todos los estados de la Tierra. No hay gobierno que no oprima y reprima a sus propios ciudadanos. Vosotros, los delegados aquí presentes, representáis a gobiernos que matan, torturan, encarcelan, privan de bienes y acosan a las personas que gobiernan, que no solo sancionan sino que incluso fomentan la opresión de una raza o grupo étnico por otro. Vuestra autodestrucción adopta habitualmente la forma de violencia diaria constante contra mujeres, niños y ancianos. Durante los setenta y cinco años que he vivido acumulativamente en la Tierra, me ha repugnado el uso habitual e irreflexivo de esta violencia personal que sus gobernantes sancionan y, en la práctica, fomentan debido al poderoso papel que desempeña en el mantenimiento de su poder. Quizás lo más trágico de todo, por ser regresivo e

incapacitante, es la forma que adopta esta autodestrucción en el implacable esfuerzo por erradicar el pensamiento imaginativo, el cuestionamiento y el razonamiento, todo en nombre de preservar el orden y mantener la realidad, pero únicamente con el propósito de preservar la santidad de la autoridad y la opresión implícita en la jerarquía.

“Recientemente, la Tierra apenas sobrevivió a una crisis amenazantemente terminal, una crisis de la que la mayoría de sus habitantes ni siquiera eran conscientes y que aún hoy siguen sin serlo, como ocurre con gran parte de la historia de la humanidad. Nosotros, los Marq'ssan, observamos atentamente, preguntándonos si tal vez esta crisis sacudiría a los humanos y les haría tomar conciencia de su enfermedad y de su necesidad de curarse. Sin embargo, en lugar de afrontar su perturbación autodestructiva, los gobernantes de la Tierra tomaron un control aún más firme sobre el organismo que es la humanidad, eliminando partes antes aceptables de su ser en un esfuerzo por adaptarse a las nuevas circunstancias. En muchos países, esto tomó la forma de la imposición de un nuevo conjunto de estructuras que en todo el mundo se denominan vagamente 'dirección ejecutiva'”. La mirada de Leleynl recorrió irónicamente la habitación. “La mayoría de ustedes en esta sala probablemente tienen un conocimiento más detallado que yo de cómo nació esta nueva era, de cómo los más codiciosos y poderosos lograron llegar a un acuerdo por el cual arriesgarían perder mucho a cambio de la posibilidad de

ganar mucho más. Aquellos que llegaron a ese acuerdo sobrevivieron y fueron recompensados convirtiéndose en lo que la Tierra llama 'ejecutivos'. La gente de aquellos países que no se adaptaron o aún no se han adaptado a este sistema son prácticamente esclavos de los países dirigidos por ejecutivos burócratas, con excepción de las Repúblicas Unidas del Islam, que viven en un aislamiento casi total de la comunidad mundial. Enfrentados a la catástrofe ambiental, los humanos han comenzado tardíamente a aceptar su anterior destrucción de las estructuras naturales del planeta, pero a un precio. Han optado por eliminar 'ejércitos' de lo que ustedes llaman desempleados, el resultado de su antiguo sistema económico, mediante su programa de limitación de la natalidad implementado con dureza. Sin embargo, el panorama mundial y el futuro son vistos cada vez más sombríos por Marq'ssan a medida que la violencia de su autoritarismo se internaliza cada vez más, se vuelve cada vez más omnipresente e invasiva para su psicología y estructuras sociales e intelectuales.

“Pero la mayor preocupación de Marq'ssan surgió directamente del proyecto que varios gobiernos terrestres han puesto en marcha de forma conjunta: un proyecto de explotación espacial. Lo que pocos humanos saben aún es que vuestros gobernantes han decidido que el espacio será la nueva frontera. Las estructuras económicas de vuestros gobernantes requieren una expansión continua con el correspondiente agotamiento de los recursos. Los insumos

de la Tierra son limitados y sus fronteras más evidentes ya han sido conquistadas. Aunque Marq'ssan lleva dos siglos preocupado por la trayectoria de la tecnología terrestre, la puesta en marcha de este proyecto hace cinco años hizo urgente la necesidad de detener el expansionismo humano antes de que preparara inexorablemente el terreno para un futuro enfrentamiento entre humanos y Marq'ssan.”

Ella está hablando con un *alariya* severo*,* pensó Magyyt. Por las expresiones de los rostros y el lenguaje corporal, vio que la mayoría de ellas resentían las palabras de Leleynl. Magyyt lo vio en el encorvamiento de sus hombros, el sobresalir de sus barbillas, el apretar sus puños, el cambio de sus cuerpos a posiciones desde las que parecían preparadas para saltar al ataque.

“No es que insistamos en que la Tierra adopte las estructuras que, los Marq'ssan, hemos creado para nosotros. Las diferencias en nuestras tecnologías y biologías, por sí solas, sugieren que sería un error de etnoarrogancia imponerles nuestras estructuras. Lo que exigimos es que ustedes mismos cambien, con nuestra ayuda, de tal manera que pongan fin a los ciclos aparentemente infinitos de conquista, dominación y violencia que caracterizan la historia humana. Como ejemplo relativamente reciente, permítanme recordarles la vergonzosa destrucción de las civilizaciones y sociedades de dos continentes de la Tierra cuando un pequeño grupo de hombres de otro continente 'descubrió' —como ustedes dicen— las Américas. Marq'ssan

ha elegido no esperar pasivamente hasta que los humanos hayan traído su sed de dominación y destrucción a Marqeuei.

Si bien Marq'ssan no les dictará a los humanos cómo crear su mundo de nuevo, insistimos en que aprendan a negociar. No hay alternativa a la negociación. La negociación, aprendida lentamente, ha sido clave para la supervivencia de Marq'ssan. La ruptura de la jerarquía de poder en Marq'ssan salvó incidentalmente a la Tierra de la conquista y la explotación, que se habrían consumado hace más de un siglo terrestre si un gran grupo de Marq'ssan no hubiera transformado su mundo. La tecnología de la que Marq'ssan ahora disfruta plenamente fue comprendida originalmente solo de forma accidental y parcial, y hasta que los Marq'ssan subordinados no transformaron nuestro mundo, se utilizó únicamente por su capacidad destructiva. Dicha capacidad destructiva superaba con creces todo lo que la mayoría de los humanos pueden comprender. Que los Marq'ssan subordinados hayan sido capaces de transformar tal jerarquía de poder debería bastar para asegurar a cualquiera que dude que los humanos también pueden transformar su mundo, su realidad.

Aunque no les imponemos estructuras, les ofrecemos de buena fe nuestro conocimiento, instrucción, asesoramiento y los frutos de nuestra tecnología. Los ponemos a su disposición en el contexto de la negociación. Les corresponde a ustedes, los humanos, tomar la iniciativa, ya

que Marq'ssan no se considera con derecho ni autoridad para imponer. Por ejemplo, contribuiremos en el marco de sus negociaciones con recursos como baterías y asistencia sanitaria. Sin embargo, no les ofreceremos el conocimiento de nuestra tecnología en sí. Ofrecerles tal conocimiento sería como conferirle el poder de la destrucción nuclear global a un niño con problemas mentales.

Dado que los más perjudicados por la Manta son y serán los desposeídos e ignorantes, Marq'ssan advierte que no tolerará demoras por parte de los gobiernos en las negociaciones y tomará represalias por tales demoras mediante la destrucción de objetivos físicos de gran valor e importancia estratégica para los gobernantes de la Tierra. A partir de una semana después de la imposición de la Manta, Marq'ssan tomará represalias diariamente contra aquellos gobiernos que no negocien con la debida diligencia, diligencia y buena fe.

Me sorprendería que alguna de ustedes en esta sala no conociera la Corporación Dowsanto. De hecho, es posible que algunas posean acciones de la misma. Debido a que el Gobierno de EE. UU. envió a una de sus delegadas armada, desafiando nuestra condición, hace dos horas todas las estructuras físicas de Dowsanto con sede en EE. UU. —todas las oficinas, centros de producción, laboratorios, instalaciones de pruebas y almacenes— quedaron reducidas a escombros. Siempre que ustedes o sus gobiernos duden de la seriedad de nuestras palabras, recuerden la destrucción

de Dowsanto. Asimismo, hemos tomado represalias proporcionales contra todos los demás gobiernos que enviaron delegados armados.

Las transcripciones de lo que acabo de decir estarán disponibles en nuestras terminales previa solicitud, en el idioma de su elección. Los productores de medios que transmitan esta reunión en vivo leerán mis palabras en todos los idiomas para que todos los habitantes de la Tierra con acceso a video tengan la oportunidad de escuchar la intención de Marq'ssan.

“Una vez más, les invito a que hagan preguntas, negocien y comenten. Ahora pueden hablar por turnos. Hay micrófonos disponibles en la sala. Cualquiera de nosotras, Marq'ssan, responderá a sus preguntas. Y, por supuesto, esperamos que hagan buen uso de las salas de meditación que hemos puesto a su disposición. Este es su encuentro, mujeres de la Tierra.”

Leleynl se dejó caer sobre sus rodillas.

La sala quedó sumida en un silencio atónito. Tras unos veinte segundos, una mujer se puso de pie y exclamó en voz alta, con un marcado acento inglés: «¿Qué es lo que quiere de nosotros, Marq'ssan? Sus exigencias son vagas. ¿Y cómo vamos a negociar? ¿Acaso debemos concertar una cita con sus líderes?».

“¿Y quiénes *son* vuestros líderes? ¿Dónde están?”, preguntó una voz no identificada que hablaba en polaco.

Sorben se puso de pie para responder: «No tenemos líderes. ¿Nos está pidiendo sugerencias sobre posibles estructuras de negociación?».

La mujer, aún de pie, dijo: “Entre otras cosas”.

Sorben dijo: «Les sugiero que se formen en grupos pequeños. Grupos lo suficientemente pequeños como para que cada persona en ellos pueda participar plenamente en la negociación, pero cuya composición dependerá de su intención. Quizás para empezar, lo mejor sería que los grupos incluyeran a una de nosotras, Marq'ssan —o en otros grupos a ninguna, ya que querrán hablar entre ustedes sin la presencia de Marq'ssan— y diversas voces humanas, tanto mujeres libres como mujeres que representen a diferentes gobiernos».

Marq'ssan cree que la diversidad de voces es esencial, ya que los humanos hasta hace poco creían que su propia evolución biológica se beneficiaba de un acervo genético lo más diverso posible. Si lo desea, dichos grupos podrían ser establecidos por el procesador, aunque no recomiendo que dicha formalidad continúe por mucho tiempo”. Sorben volvió a sentarse.

Una mujer que estaba de pie junto a la pared del fondo gritó: «Quisiera usar los micrófonos que mencionas». Tyln I Khnor san Engst, quien se había ofrecido voluntaria para encargarse de los aspectos técnicos de esta primera gran reunión, saltó de la plataforma y se acercó a la mujer, sujetándole un pequeño micrófono al cuello de su túnica. Los brillantes ojos azules de la mujer recorrieron la sala con confianza, observando a las demás humanas e ignorando al Marq'ssan en la plataforma. «Me llamo Kay Zeldin». Su voz transmitía la calidez y la seguridad de alguien que confía en sus palabras, sin rastro de actitud defensiva. “Soy historiadora y represento a los Estados Unidos. Quisiera señalar que nunca en la historia de la Tierra un conquistador ha podido eludir las estructuras políticas existentes de los pueblos conquistados, excepto en los casos en que el pueblo y la cultura fueron completamente aniquilados, como sucedió con Cartago. Una conquista exitosa depende de la adaptación exitosa de las estructuras existentes por parte de los conquistadores. Ya sean nuestros captores extraterrestres o simplemente sofisticados terroristas nacidos en la Tierra, el hecho es que se proponen destruir las únicas fuentes de orden que los humanos tienen a su disposición. Su Manto está destruyendo la economía mundial y sus palabras incitan a la violencia y la anarquía. Dicen que no tienen estructuras con las que deseen específicamente reemplazar las que preservaron al mundo del caos antes de perpetrar su acto criminalmente catastrófico hace poco más de dos días. Hablan con rectitud

sobre la conquista y la destrucción. Pero han emprendido la destrucción del mundo y ya han causado la muerte de miles de personas inocentes. Quienes representamos a los gobiernos no tomamos a la ligera la amenaza de la anarquía, ni toleramos esta destrucción masiva del mundo. Seamos claros sobre quién está loco y quién está sano. Es fácil hablar de idealismo, pero peligroso intentarlo. Y ahora estamos presenciando un ejemplo de manual de esta verdad.

Las delegadas se pusieron de pie de un salto, aplaudieron y gritaron su apoyo. A Magyyt se le encogió el corazón; al mirar a Sorben, captó una mirada que decía: *¿Qué esperabas?*

Tyln distribuyó otro micrófono, esta vez a Beatrice Sweetwater. Beatrice comenzó contando la historia de la larga relación de Magyyt con la comunidad de Sweetwater, del acoso que sufrieron por parte de ODS, y del día en que Magyyt vino a decirles que no era "Maggie", una mujer que creían que era latina, sino Magyyt, una Marq'ssan... Beatrice describió su conmoción inicial, su repulsión y su indignación, y luego contó la comprensión que ella y las demás mujeres de Sweetwater empezaron a tener de lo que era Magyyt, de cómo, como la admirable e inspiradora "Maggie", siempre les había mostrado una experiencia y un carácter en total consonancia con lo que los Marq'ssan estaban diciendo ahora al mundo.

Magyyt sintió un gran alivio: al menos algo se había logrado, si Beatriz hablaba así. Ella había tenido razón al insistir en que las mujeres libres estuvieran presentes en esta primera reunión.

Pero la siguiente oradora, una delegada de uno de los gobiernos, inmediatamente puso freno a las cosas, ridiculizando a Beatrice como una lunática marginal: "¿Quiénes, excepto las viejas y las chifladas, se llaman a sí mismas feministas?", se burló, provocando risas y risitas de las demás delegadas. Sorben guiñó a Magyyt un ojo; Magyyt se encogió de hombros como diciendo "es pronto". Tal vez lo *estaban* haciendo de la manera equivocada. Pero ya que habían elegido este camino, debían trabajar duro en él, porque por el momento era el único camino.

[ii]

Kay despertó de un sueño en el desierto con los labios, la lengua y la garganta resecos, ansiosa de agua. Luchó por volver a la realidad. Hablar. Había estado hablando y hablando y hablando, estaba aturdida por el sonido embriagador de su propia voz. Debe ser por eso que tengo tanta sed, pensó. Toda la tarde en esa supuesta Sala de Asambleas, casi toda la noche en una de las salas del

"comedor", con grupos cambiantes de mujeres, ella había sido la que más había hablado, ella liderando, ella rebosante del poder de su propia articulación y análisis... Kay abrió los ojos y miró alrededor del dormitorio.

Estaba sola. Debía de ser tarde. Se levantó, usó sus lujosas instalaciones de baño y averiguó qué sucedía. Levantó la muñeca: el reloj se había detenido. El maldito mecanismo no funcionaba si uno olvidaba darle cuerda. Le habían advertido sobre eso, pero en el fragor de la batalla había olvidado un detalle tan insignificante.

Al incorporarse, recordó otras cosas importantes y se dio cuenta de que Sedgewick estaría furioso con ella. Una oleada de ansiedad la invadió. Kay volvió a acostarse y cerró los ojos. Había arruinado su misión. Y si, como afirmaban, su vídeo se estaba transmitiendo en directo por toda la Tierra, lo había arruinado de forma espectacular. Se había convertido en la voz y líder de la oposición de las delegadas. Se había negado a permitir que la astucia de esa bruja les trastornara la mente a esas cobardes. Kay se estremeció. Esa mujercita morena, Leleynl, *sí* que parecía una bruja. Esos ojos le daban escalofríos; casi podía creer que Leleynl no era humana. Y el poder con el que hablaba Leleynl la señalaba como una demagoga de primera categoría. Una mujer así podía fomentar una revolución sin ningún problema. Y, de hecho, eso era lo que estaba ocurriendo. Esa mujer estaba haciendo todo lo posible por destruir la actual distribución del poder en el mundo. Leleynl era la líder, Kay estaba segura de ello.

Había algo en ella que carecía de sensualidad. Poseía una autoridad que mantenía a todos en silencio en aquella habitación cada vez que decidía hablar. Pero sus ojos... sus ojos eran inquietantes. Una podría imaginarla como una sacerdotisa vudú. Estos terroristas podrían ser mucho más que revolucionarios. Quizás realmente *creían* en las historias extraterrestres que pregonaban. Podrían ser una secta que poseía mentes. Leleynl parecía devorar mentes para el desayuno.

Pero Sedgewick... Una cosa que no había olvidado de sus primeros días en la Compañía era la regla más elemental y fundamental de todas: en el trabajo de campo, uno seguía las órdenes del controlador, no tomaba iniciativas propias sin autorización superior... Pero ¿por qué todas esas malditas ejecutivas —cientos de ellas— se habían quedado calladas como ovejas? ¡Vacas pasivas! ¿Qué les pasaba? Los ejecutivos estaban entrenados para el control, incluso las mujeres. Kay pensó en las ejecutivas que había tenido en sus clases. No se había fijado antes, pero ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que nunca participaban mucho en las discusiones de clase. Todas escribían bien, pero no hablaban mucho. En conversaciones individuales eran lo suficientemente elocuentes y autoritarias. ¿Pero quizás no sabían hablar en público?

Aquellas llamadas "mujeres libres" *se* expresaban con bastante elocuencia. De forma estridente. Habían hablado con suficiente convicción —especialmente aquella abogada

negra de Boston— como para que se hubiera formado un grupo de apoyo entre ciertas delegadas, la mayoría procedentes de países no precisamente amistosos con Estados Unidos. La abogada era una profesional de pies a cabeza, pero con suficientes conexiones con los terroristas como para presentarse en este lugar y decir disparates sobre los supuestos beneficios del Manto, disparates que convencieron a delegadas como aquella mujer Hodges de Australia, que parecía una especie de tipo técnico de servicios un tanto peculiar, pero claro, Australia...

¿Y ahora qué? No podía pasar desapercibida y dedicarse tranquilamente a recopilar datos. Tendría que continuar con lo que había empezado. La rebeldía la invadió: *alguien* tenía que hacerlo. Hoy trabajaría para detener la transmisión en directo, quizás la acción más perjudicial de los terroristas hasta el momento. De hecho, saber que las masas podrían estar escuchando la propaganda de Leleynl había sido el estímulo para levantarse y luchar. El problema era que los terroristas tenían cartas poderosas. Si realmente habían destruido Dowsanto y pretendían destruir más "objetivos" similares, el Ejecutivo se vería obligado (como temían) a negociar con ellos. La transmisión en directo constituía otro factor de influencia, al menos tan importante como el propio Manto. Aún no estaba claro cuántas otras cartas tenían. También debía intentar obligar a los terroristas a ser más explícitos sobre los términos que les interesaban. A pesar de todo su discurso sobre no "dictar", era obvio que tenían

cosas específicas en mente. Kay sospechaba que nunca estarían satisfechos hasta que el mundo cayera en la locura y la anarquía totales, lo que presumiblemente les permitiría entrar y hacer lo que quisieran. Debía obtener al menos parte de la información que el Ejecutivo necesitaría para negociar, además de hacer que las demás delegadas comprendieran que la verdadera agenda de los terroristas aún no se había revelado.

¿Quiénes eran, entonces, los terroristas? ¿De qué etnia podrían ser? Los tipos raciales de las Marq'ssan sentadas en la plataforma eran diversos, aunque de esas cincuenta, solo Sorben podía identificarse inequívocamente como de piel blanca. ¿Podrían ser una amalgama unida únicamente por una religión o ideología común? El recuerdo de los sonidos escalofriantes que la mujer Pendrine había hecho en la "multicápsula" afloró, pero Kay lo reprimió. Si los tipos raciales dentro del grupo diferían, entonces sus idiomas probablemente también variarían, así como sus objetivos y valores particulares. Aún no había forma de determinar quiénes eran. Pero hacerlo era de suma importancia. Un grupo tan poderoso no podría haber surgido espontáneamente. Debía haber algún hilo conductor que pudiera encontrar para fomentar la disensión dentro de sus filas.

Kay se levantó de la cama y se puso la túnica de seda roja. La entrepierna de los pantalones, que había lavado antes de acostarse, estaba visiblemente arrugada. Recordando, sacó

el busca del bolsillo y lo encontró encendido. Después de bañarse, pasaría por una terminal para recoger sus mensajes.

Kay recordó con culpa el placer que había sentido al tener el poder. Tomar el control había borrado, durante unas horas, dos días de frustración y humillación asfixiante. Sedgewick, cuando ella lo viera, sin duda también lo sabría y optaría por interpretar su desobediencia a las órdenes como un capricho. Tendría razón en parte, aunque solo en parte. Pero con eso bastaría.

[iii]

—Sí, entiendo lo que dices sobre ser directos, pero todo iría mucho mejor si no se dieran cuenta del resultado final que tienes en mente —le dijo Jo Josepha a Magyyt—. Si los guiáramos paso a paso, pronto estarían en una posición en la que no podrían dar marcha atrás. Pero ahora probablemente se resistirán desde el principio y harán que sea lo más sangriento y salvaje posible.

—Puede que lo que dices sea cierto —dijo Magyyt—, pero hay una ventaja que no estás teniendo en cuenta: al ser tan directas en vídeo, en directo, la *gente* lo sabrá. Y luchará. Magyyt se estremeció al oír el verbo que acababa de

pronunciar. —Espero que no con sangre, sino que sea con toda vuestra sensatez y en consonancia con lo que tú y las demás mujeres libres negociéis.

Jo dijo: “*Entiendo tu punto de* vista. Aunque creo que tendremos que establecer un sistema de enlace sólido entre lo que sucede aquí arriba y las acciones en la Tierra”.

Magyyt sonrió levemente. «Así que al menos crees que estás "aquí arriba". Debo decir que me desconcierta la insistencia de la mayoría de las delegadas en que somos una especie de secta terrorista terrestre. Eso era algo que jamás hubiéramos imaginado».

Jo miró el reloj de la pared. —Los demás deberían llegar en unos quince minutos. Si es que aparecen. —Sonrió—. Creo que sí.

“Sí. Yo también lo creo.”

“Ojalá tuviéramos a esa mujer Zeldin de *nuestro* lado.” Jo suspiró. “He hablado con algunas de las otras mujeres libres, y hemos acordado que deberíamos involucrarla en discusiones paralelas tanto como sea posible, para mantenerla fuera de las sesiones de prenegociación. «Será mucho más fácil lidiar con Fenton»

“Quizás puedas cambiar la perspectiva de Zeldin”, dijo Magyyt.

“¡Ah, sí! ¡Tan pronto como podamos convertir al Gabinete en antiautoritarios!”

«Ya sabes lo que pasa con muchas de las infiltradas de ODS en grupos feministas», dijo Magyyt. «Ninguna mujer es un caso perdido. Ella proviene de tu clase; ¿quizás tengas alguna idea de en qué momentos es probable que su lealtad al sistema se vea comprometida?»

“Si ella fuera ejecutiva, sería más fácil”, dijo Jo. “¿Cuántos activistas anti–ejecutivos conoces que hayan sido profesionales?”

Magyyt sonrió. "Ahí estás tú."

Jo puso los ojos en blanco. «Ah, sí. Ahí estoy yo. Pero no soy blanca. Y la extendida falsa conciencia de lo contrario tiene algo que ver con la rareza de que sea a la vez profesional y activista».

La puerta se deslizó hacia afuera. Magyyt miró por encima del hombro y vio a una mujer robusta y de aspecto competente de pie en el umbral. —¿Es una conversación privada? —preguntó la mujer en alemán.

“No, si quieres unirte a nosotros. Soy Jo Josepha.”

La mujer entró en la habitación. «Hilde Timmerman», dijo en inglés. «Esperaba unirme a la charla que has organizado

para las 11:15». Hilde se sentó en el suelo a pocos metros de Jo.

“Y yo soy Magyyt I Fenst san Bol”, dijo Magyyt.

—Magyyt —dijo Hilde, casi pronunciando bien la palabra. Tengo curiosidad, Magyyt, por saber por qué tu grupo se niega a reunirse con hombres.

“Lo explicamos en los folletos que se entregaron a los delegados en la mesa redonda”, dijo Magyyt. “¿Es posible que no hayas recibido una copia?”

—Me dieron una copia. Pero no comparto tu historia de Marq'ssan —dijo Hilde con frialdad—. Se podría suponer que sois un grupo exclusivamente femenino y que odiáis a los hombres. Pero lo dudo, pues no creo que seáis solo mujeres. Lo más probable es que os resulte desventajoso tratar directamente con las personas en el poder y que prefiráis usar intermediarios. Pero creo que, a la larga, esto podría ser una desventaja en lugar de una ventaja.

Jo cambió de posición, pasando de estar de rodillas a sentarse con las piernas cruzadas. —¿Y por qué, Hilde? —preguntó Jo mostrando los dientes.

Hilde miró fijamente a Jo. —Creo que debería ser obvio —dijo—. Todo irá muy despacio. Verás, dudo mucho que alguna de las mujeres que representan a los gobiernos tenga autoridad para negociar. ¿Cómo esperas que avancen las

negociaciones cuando tratas con intermediarios sin autoridad para hablar en nombre de sus gobiernos y sin acceso a la comunicación con ellos? Puedes destruir "objetivos" cuando quieras, pero lo cierto es que hablar directamente con quienes tienen el poder de negociar es mucho más rápido que este sinsentido de intermediarios. Hilde hizo una pausa. —A menos que no tengáis intención de negociar en absoluto, salvo aparentar —dijo, observando el rostro de Magyyt—. Quizás vuestra intención sea dejar que todo se vaya al traste. No tardará mucho, ¿sabes? No en un mundo tan dependiente de la tecnología que habéis saboteado. Creo que en una semana podemos esperar que se agote el suministro de agua potable. Supongo que lo habéis pensado, ¿no?

Esta mujer era astuta, tan astuta que podría darse cuenta de que Marq'ssan podría ser chantajeado al proponer dejar morir a millones. Magyyt se encogió de hombros con indiferencia. «La gente lo sabrá —porque quedará claro en las transmisiones de vídeo— que sus gobiernos pueden impedir que eso suceda. ¿Cuánta fuerza crees que se necesita para evitar que la gente que va a morir de todos modos ejerza una presión irresistible sobre sus gobiernos para que negocien?». «¿Habrá sido demasiado grosero?», se preguntó Magyyt.

Antes de que Hilde pudiera responder, la puerta se abrió de nuevo. Por un momento, Magyyt recordó las primeras negociaciones del siglo de lucha de Marq'ssan. Esto era casi

igual de malo, pensó, excepto que entonces Magyyt sabía que las consecuencias de las negociaciones serían personalmente inevitables. Esta vez, aunque el fracaso sería terrible, siempre podría volver con Marqeuei. ¿Era la falta de consecuencias personales permanentes la razón por la que era tan optimista sobre el éxito de la Intervención? Esto era una reflexión que la hizo pensar.

[iv]

Tras la revitalizante ducha, Kay regresó al dormitorio para dejar su maleta. Justo cuando iba a salir al pasillo, la puerta se abrió. —Bueno —dijo Carol Grausch—, espero que hayas dormido bien, Zeldin.

—Buenos días, señora embajadora —dijo Kay cortésmente—. He visto que me ha dejado un mensaje.

“Le agradezco que haya respondido con tanta prontitud.”

Qué voz tan fea y desagradable. —Tenía veintitrés mensajes en total, señora —dijo Kay con voz firme—. Y pensaba buscarla a usted antes de contestar a cualquiera de los demás.

“Es muy generoso de su parte tomarse un tiempo de su apretada agenda.”

Kay se apoyó en el marco de la puerta. —¿Qué querías ver conmigo? —Recordó tardíamente que Grausch, como ejecutiva, debía tener el control y que, por lo tanto, su pregunta era inapropiada.

"Me parece necesario recordarte, Zeldin, que estamos trabajando en *equipo.* No son actuaciones individuales. ¿Qué demonios creías que estabas haciendo hablando así?"

Kay miraba al suelo mientras luchaba por contener su ira. Si esta arrogante bruja *hubiera* estado al mando ayer, ella, Kay, no habría dicho ni una palabra. ¡Qué típico de una ejecutiva como Grausch tomar la iniciativa en la reunión de Kay *por sus* responsabilidades desatendidas!

—Estoy segura de que el Gabinete tendrá algo que decirte al respecto —añadió Grausch. A Kay se le revolvió el estómago. *Sedgewick.* Sedgewick tendría mucho más que decirle. —Hay dos cosas que quería comentarte —dijo Grausch. Kay notó un atisbo de complacencia en el rostro de la otra mujer—. Primero, quiero que vengas a una reunión en la Sala de Mediación n.° 23 en cuanto terminemos de hablar. Segundo, he hablado con una de las terroristas sobre la posibilidad de contactar con el Gabinete. Dijo que se encargaría de que una de nosotras regresara mañana. Suponiendo que cumpla su palabra, irás, Zeldin, e informarás sobre la situación aquí y sobre las exigencias que se hagan en la reunión de la Sala n.° 23. La vicepresidenta Fenton estará en esa reunión; ella hablará, Zeldin. Tú escucharás.

—¿Me estás diciendo que no debo participar? —preguntó Kay con cautela.

Grausch sonrió con una frialdad propia de un ejecutivo. «Por supuesto, puedes intervenir cuando te convenga. Pero no te interpongas en el camino de Fenton».

Claro, pensó Kay con amargura mientras se dirigía a la Sala de Mediación n.° 23, saben perfectamente que mi bocaza les resulta útil. Sin embargo, esa bruja se regodea con la idea de que vuelva y me castiguen. Puede que le sea útil, pero está encantada con la idea de no volver a verme jamás.

Cuando Kay entró en la sala, algunas miradas reconocieron su presencia, pero la conversación continuó sin interrupción mientras se sentaba entre las otras ocho mujeres. La mirada de Fenton se posó brevemente en ella —sin llegar a tocarla— para luego volver al rostro de la oradora, a quien Kay reconoció como la abogada que había debatido con ella tan eficazmente la noche anterior.

«...y la mayoría de las sociedades humanas están altamente orientadas hacia el derecho, lo que significa que los humanos no confiamos los unos en los otros. Necesitamos fuentes de legitimidad externas a los individuos para imponer respeto, obediencia o adhesión a cualquier acuerdo entre individuos. Por esta razón, sugiero que la "negociación" que Marq'ssan alega que es su objetivo para los humanos no puede implementarse a menos que se

refuerce contractualmente. En este caso, Marq'ssan tendría que actuar como la parte que impone el cumplimiento, mientras que las negociaciones se realizan realmente entre humanos. En resumen, sugiero que fortalezcamos nuestras negociaciones dándoles fuerza de ley, que redactemos contratos para cada punto negociado, por insignificante que parezca». Los ojos duros y brillantes de Jo Josepha se fijaron en el rostro de Kay. «Señorita Zeldin, usted es historiadora. Sin duda, puede respaldar mi afirmación de que los humanos requieren fuentes externas de legitimidad en sus relaciones entre sí».

Incómodamente consciente de la mirada de Fenton, Kay dijo: “Sí, por supuesto. De lo contrario, la sociedad caería en la anarquía o casi la anarquía, donde los matones se arrogarían el derecho a conseguir lo que quisieran gracias a su poder coercitivo”.

—Por fin nos ponemos de acuerdo en algo —dijo Josepha con una sonrisa fría—. ¡Menudo progreso! —Miró a Magyyt—. ¿Acaso los contratos escritos perturban tu sensibilidad Marq’ssan, Magyyt?

—No me entusiasma la idea de convertir las negociaciones en instrumentos legales —dijo Magyyt lentamente—. Es posible que sea la única manera de empezar, lo reconozco. Pero, en definitiva, no sería bueno redactar contratos en lugar de llegar a un consenso.

“No creo que sea razonable imaginar que sea posible llegar a ningún tipo de consenso con los hombres de los que estamos hablando”, dijo Josepha.

“Pero aquí todas ustedes son mujeres negociando.”

«¿De qué están hablando?», se preguntó Kay. «¿Y negociar qué?»

“Pero son los hombres quienes tendrán que ser controlados, y dudo que las mujeres que negocian en nombre de los gobiernos tengan el control suficiente sobre ellos para asegurar el cumplimiento de los términos acordados. Y *eso* suponiendo que mujeres como Zeldin, Timmerman y Fenton —la abogada las miró— puedan aprender a negociar, ¡lo cual es suponer demasiado!”.

«Eso sí que es un comentario condescendiente, ¿no crees?», dijo una mujer con acento francés. Kay miró su identificación: Annette Ducette, delegada de Francia. ¿Sería acaso la psicoanalista mencionada en uno de los informes que había leído en casa de Leland?

Josefa se encogió de hombros.

Ducette no se dio por vencida. «Pero admítelo, Jo Josepha. Los Marq´ssan escribieron en su interesante folleto que cualquiera criada como mujer en una sociedad humana es capaz de aprender a negociar, sea lo que sea que quieran decir con eso. Y que los hombres criados en sociedades

humanas tendrán mayor dificultad para aprender debido a su supuesta excesiva separación sujeto–objeto». Ducette le sonrió a Magyyt. «A diferencia de las mujeres que criamos. ¿Lo he entendido bien, Magyyt?».

—Esa es una forma muy terrenal de decirlo —respondió Magyyt—. Nuestra comprensión no es tan sencilla. Pero tuvimos que usar conceptos terrestres para transmitir la idea.

“Conceptos terrestres”, dijo Ducette pensativa.

“¿Debo entender”, dijo Fenton, hablando por primera vez desde que Kay había entrado en la sala, “que en efecto se espera que los gobiernos lleguen a acuerdos con personas como la Sra. Josepha?” Fenton parecía y sonaba incrédula.

Magyyt frunció el ceño. «De nuevo, no es tan sencillo como decir que Marq'ssan insiste en que los gobiernos negocien con los grupos que se les oponen. Marq'ssan desea mucha negociación, pero no solo entre esos dos extremos, debéis entenderlo. Deseamos que haya la mayor participación posible en las negociaciones. Es decir, cualquiera que desee negociar con su gobierno puede solicitar nuestra ayuda para hacerlo».

Fenton miró a Magyyt boquiabierta. “¡No puedo creerlo! ¿Hablas en serio?” Miró a su alrededor, a las otras mujeres.

Ursula Hodges, la mujer australiana que había ocupado el puesto la noche anterior, parecía liderar a los pocos delegados que se regocijaban con "las posibilidades de la situación". "Me gustaría describir una sesión a la que asistí esta mañana, si me lo permiten", dijo. Dos mujeres libres de Brasil estuvieron presentes, al igual que una delegada oficial. Las mujeres libres propusieron que las asociaciones vecinales no oficiales de mujeres, que han sido tan importantes para las mujeres y los niños de las ciudades brasileñas, asumieran la responsabilidad de la seguridad, el racionamiento y la distribución de alimentos y agua en sus barrios mientras dure la crisis actual. La Marq'ssan, presente en el lugar, afirmó que si el gobierno brasileño aceptaba la propuesta, ella aportaría fuentes de energía para que todas las plantas potabilizadoras y embotelladoras de agua de Brasil pudieran funcionar. Las delegadas brasileñas, conscientes de la importancia de poner en marcha estas plantas cuanto antes, decidieron presentar la propuesta a su gobierno. Aunque no les *agrada* hacerlo, comprenden el valor de este acuerdo. La reacción de sus gobiernos es otra cuestión. Esta tarde, las mujeres libres brasileñas presentarán su propuesta a los medios de comunicación en directo. El pueblo de Brasil estará al tanto de la situación.

La mente de Kay trazaba conexiones y concebía implicaciones de forma descontrolada y frenética; se dio cuenta de que no solo la enviarían de vuelta para enfrentarse a la ira de Sedgewick por haber fallado en su misión, sino que

además tendría que soportar exigencias que alguien como Jo Josepha revelaría en directo por vídeo. *Todo el mundo* sabría lo que eso conllevaba para el Ejecutivo. Todo el asunto se haría público.

En medio de un silencio atónito, Ursula Hodges dijo con orgullo: «No esperaré a que las mujeres libres me hagan una propuesta para que la lleve a mi gobierno. Propongo que, a cambio del mismo suministro de fuentes de energía, mi gobierno transfiera la responsabilidad de la seguridad a un grupo de ciudadanos compuesto por igual de hombres y mujeres civiles, y por igual de disidentes y partidarios del sistema».

“Eso tendría que planificarse cuidadosamente”, dijo Magyyt. “Necesitaríamos algún tipo de control independiente de su gobierno”.

Hodges dijo: “Por supuesto. He visto aquí a algunas mujeres libres de Australia, la mayoría trabajando en los medios de comunicación. Estaría encantada de consultar con ellas”.

El rostro de Magyyt resplandecía radiante. Algo importante acababa de suceder, algo muy favorable para los terroristas y perjudicial para las delegadas. Aun así, Kay estaba dispuesta a apostar a que, una vez que Hodges regresara a Australia, la destituirían de su cargo. «Que disfrute de su momento de gloria», pensó Kay mientras observaba a

Hodges sonrojarse de placer ante las expresiones de entusiasmo de Magyyt y Josepha. Por muy socialista que fuera Australia, al estar dirigida por ejecutivos, se podía estar segura de que los superiores de Hodges no tolerarían la traición, al igual que Sedgewick.

 **[v]**

Memorando para todos los participantes presenciales en el grupo de trabajo para la intervención en la Tierra:

Se recomienda que solo aquellas personalidades que no dependan en gran medida de relaciones primarias cercanas participen en proyectos de Intervención en la Tierra en funciones que requieran exposición a estructuras humanas. Si bien la tendencia de esta recomendación puede ser concentrar ciertos tipos de personalidad en el Grupo de Trabajo, la preocupación por la estabilidad de los participantes del Grupo de Trabajo y la comprensión incompleta de los posibles efectos de dicha participación y de la exposición xénica en sí misma superan la preocupación por el perfil del Grupo de Trabajo. (Se puede presumir que el propio Grupo de Trabajo, consciente de dicho perfil, está preparado para buscar y afrontar cualquier problema que pueda surgir). Las personalidades que han vivido en culturas humanas durante extensos períodos de observación (Leleynl I Absq san Phrglu, 3

períodos, para un total de 80 años terrestres; Magyyt I Fenst san Bol, *2* períodos para un total de 63 años terrestres; y Sorben I Sorben san Priusq, 2 períodos para un total de 43 años terrestres) han reportado efectos graves, relacionados con diferentes fases de contacto, que amenazan la estabilidad básica de la personalidad. En cada caso, los observadores regresaron a Marqeuei para periodos de recuperación y sanación entre sus estancias. Las tres fases se repitieron cíclicamente durante cada estancia y reaparecieron en las sucesivas. Durante la primera fase, las diferencias en ciertas estructuras culturales que organizan las funciones biológicas, especialmente las relacionadas con la preparación y el consumo de alimentos, la sexualidad y la eliminación de desechos, provocan un profundo disgusto y repulsión física, que los observadores deben reprimir para cualquier contacto prolongado con seres terrestres. [Véase el Primer Informe Completo al Primer Consejo sobre la Observación de la Tierra; 2077, datación de la Tierra.]

Sin embargo, una vez que se ha inhibido el xenodisgusto inicial, en todos los casos se ha iniciado una segunda fase, derivada de una creciente conciencia de las diferencias de las estructuras sociales humanas, que evoca un conflicto interno extremo y enojo en los observadores. Aquellas estructuras sociales particularmente significativas para los observadores pueden organizarse vagamente según las siguientes categorías: crianza de los hijos, violencia física y psíquica, y jerarquismo extremo. [Para más detalles, véase la Primera Enciclopedia de Historia Natural]

[Informe al Primer Consejo sobre la Observación de la Tierra; 2027, datación de la Tierra.] Estas tres categorías aproximadas son altamente interactivas. Cada una está arraigada y estructurada en torno a una

premisa básica de cognición binaria rígida, que prevalece en todas las culturas terrestres, aunque en menor medida en algunas que en otras. La adquisición de lenguas humanas requiere una confrontación violenta con esta cognición binaria, y en varios casos, los observadores que superaron con éxito los síntomas de la primera fase no pudieron tolerar el estrés de la inmersión y la conciencia acumulativas durante la segunda fase.

Los conflictos de la tercera fase parecen girar en torno a un problema generalizado de identidad. Es en esta etapa cuando las adaptaciones físicas de los observadores —la supresión de sus glándulas s'gohr, por ejemplo— comienzan a causarles molestias; tras años viviendo en estructuras culturales ajenas con escaso apoyo marq'ssan, los observadores descubren en sí mismos focos definidos, puntos en los que se han adaptado inconscientemente a las estructuras ajenas a pesar de sus años de vigilancia. Sus contactos esporádicos con otros marq'ssan durante sus estancias en la tercera fase se convierten más en una fuente de ansiedad que de consuelo y apoyo: se encuentran alienados no solo de las culturas extrañas en las que han vivido, sino también de la propia cultura marq'ssan. Las personalidades más aisladas han superado mejor esta fase; en los casos de los tres observadores más experimentados mencionados anteriormente, se ha logrado con éxito la estabilidad y el equilibrio en cada ocasión, aunque se desconoce si alguna vez volverán a adaptarse cómodamente a una vida marq'ssan permanente. Aquellos observadores con una dependencia habitual de sus relaciones primarias han tenido serias dificultades para retomarlas y, en consecuencia, han sufrido trastornos de identidad y estabilidad, cuya única comparación posible es la

adolescencia Marq’ssan. Podría describirse como una especie de adolescencia prolongada, pero una adolescencia en la que el proceso de curación nunca llega a la fase de recomposición.

La mayoría de los observadores no han tenido mayores dificultades para adaptarse físicamente a la atmósfera terrestre. Quienes posean una capacidad quiásmica normal no deberían preocuparse por ese aspecto de la adaptación.

Se recomienda encarecidamente que las personalidades que no se ajusten al perfil de "aislado" no participen en el Grupo de Trabajo para la Intervención en la Tierra.

Capítulo seis

[i]

Kay se recostó en el asiento y cerró los ojos, apenas consciente de las quejas del conductor a sus acompañantes sobre la falta de habilidad de muchos conductores para manejar los grandes automóviles de combustión interna. Había trabajado quince horas en los dos informes, uno para Sedgewick y el otro para el Gabinete, desde que llegó a Leland's a altas horas de la madrugada del día anterior hasta la madrugada del día siguiente, transcribiendo textualmente por teclado los relatos y sus análisis, siempre pendiente del mensajero que esperaba para enviar rápidamente los informes a Washington (como si Sedgewick no pudiera esperar las pocas horas adicionales antes de su propia llegada).

Extenuada tras una noche casi sin dormir, agotada por la obsesión de sus pensamientos con las ansiedades que no se habían disipado con el amanecer, Kay repasaba sin cesar las dos posibles maneras en que podría ser tratada. Si consideraban su desacato a la misión un error de juicio, probablemente Sedgewick la reprendería y la enviaría a casa... a Seattle, con Scott. Eso sería soportable, aunque extremadamente humillante. Pero si optaban por considerar su iniciativa como un acto de desobediencia y desacato a las órdenes, todo sería diferente. La Compañía tenía su propia versión de consejo de guerra. A los empleados en operaciones no se les permitía crear innovaciones fuera de la supervisión jerárquica del controlador. En su caso, la innovación había sido flagrante. Sedgewick bien podría considerar esto como un desafío a su autoridad y convertirla en un ejemplo.

Cuando los favoritos de Sedgewick no resultan perfectos...

Kay nunca en su vida se había mareado en un avión. Sin embargo, tres veces durante el vuelo desde San Diego agarró la bolsa de plástico y la sostuvo lista. Deseaba poder ir a algún lugar tranquilo, tomar una pastilla y dormir durante días.

El coche se detuvo frente a lo que el conductor llamó "Central de Seguridad". A Kay le pareció apropiado, pues el edificio, de la década de 2030, era sin duda una fortaleza, fuertemente custodiada y sin ventanas, salvo en los dos

pisos superiores. Un marine le abrió la puerta a Kay. Su cuerpo se movió rígidamente, como un autómata, llevándola obedientemente a través del vestíbulo hasta la escalera, con un hombre de la Compañía delante y otro detrás. Su corazón latía tan fuerte que sentía las vibraciones en el abdomen y oía el murmullo de la sangre en los oídos. Casi sin aliento al comenzar el ascenso, se sentía cada vez más incómoda con cada tramo que subía. Así es como se siente la gente cuando se enfrenta a pruebas inimaginables, pensó Kay. No miró a los ojos fríos e inexpresivos de los marines apostados a intervalos a lo largo de la escalera; sus ojos se fijaron en las armas automáticas que sostenían en sus manos y en las tiras fluorescentes, obviamente provisionales, aparentemente alimentadas por un generador.

Los pasillos del último piso estaban fuertemente vigilados y custodiados. Un escolta la condujo a través de un laberinto de recovecos y subió otro tramo de escaleras hasta un par de puertas de caoba con detalles de latón. Una placa de latón en la puerta de la derecha decía, simplemente, «Robert Sedgewick». El infante de marina de rostro adusto que hacía guardia abrió la puerta de la izquierda y la sostuvo para que ella pasara.

La habitación exterior, alfombrada con espeso material, tenía muebles típicos de sala de espera: sofás, mesitas auxiliares, revistas brillantes, un termo con lo que probablemente era café; podría haber sido la recepción de un salón de belleza de lujo. Al fondo, una joven con el pelo

al estilo *moppetta* estaba sentada detrás de un escritorio que bloqueaba parcialmente una puerta. «No necesito tu opinión, Gallagher», le decía con voz chillona a un chico de unos doce años. «Lo único que espero de ti es que lleves el maldito mensaje».

"¿No te parece un poco absurdo", dijo la voz aguda y pija, rebosante de una condescendencia insoportable, "que tenga que pasarme toda la maldita tarde llevando mensajes para concertar una —¡sí, una!— cita?"

Kay se acercó al escritorio. La joven lo miró fijamente. —Vamos, Gallagher —dijo—. Llévalo a la oficina del Secretario de Defensa. ¡O tardaremos *toda* la tarde!

El chico se encogió de hombros, se giró e hizo una mueca burlona hacia la mujer mientras pasaba junto a Kay camino a las puertas dobles.

La mujer miró a Kay con expresión distraída. —¿Puedo ayudarte? —preguntó.

"Kay Zeldin. Para ver a Sedgewick."

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par. —Oh, doctor Zeldin. Por favor, espere aquí. —Se apresuró a cruzar la puerta—. La doctor Zeldin está aquí, Lizzie —la oyó decir Kay.

Una mujer alta, hermosa y magníficamente vestida apareció en la puerta. Sonrió a Kay y le ofreció la mano.

«¿Cómo está, doctor Zeldin? Soy Elizabeth Weatherall, la asistente personal del señor Sedgewick. La recibirá en cuanto termine la reunión en la que se encuentra. Mientras tanto, siéntase como en casa en mi despacho».

El sol que entraba a raudales por el gran ventanal era deslumbrante tras la penumbra de la oficina exterior. Weatherall le indicó que se acercara a la larga mesa junto a la ventana y, mientras Kay se sentaba, dispuso una botella de agua y un vaso, una taza de café y un termo sobre la mesa, y le trajo varios archivos. «Aquí tiene algunas cosas que el señor Sedgewick pensó que le interesarían mientras espera».

Kay observó cómo Weatherall se sentaba en un enorme escritorio lleno de papeles, luego se sirvió un vaso de agua y lo bebió lentamente. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, abrió el primer archivo. Contenía fotografías sin texto explicativo, aunque en el reverso se habían anotado fechas y nombres de lugares. Todas mostraban montones de lo que parecía polvo. Por las anotaciones en el reverso, dedujo que se trataba de fotografías de lo que habían sido instalaciones de Dowsanto. Las imágenes eran extrañamente inquietantes. Kay cerró rápidamente el archivo y lo apartó. Así que realmente habían hecho lo que decían haber hecho. ¿Pero cómo lo habían hecho? Seguramente los explosivos no producían ese tipo de escombros.

Kay abrió el siguiente archivo, miró fijamente una pila de periódicos antiguos, con tinta espesa, y se dio cuenta de que estaba viendo el intento del *New York Times* de publicar un periódico en circunstancias extraordinarias. De reojo, vio a Weatherall salir apresuradamente a la sala de recepción y notó que la única trenza de cabello rubio y sedoso de la ejecutiva le llegaba bastante más abajo de la cintura. Podría haber sido producto de la industria del entretenimiento, pensó Kay. La estructura ósea de su rostro era tan exquisita, sus ojos azul verdosos tan brillantes, que llevar el cabello recogido hacia atrás resaltaba su belleza de manera impresionante.

El archivo del *New York Times* contenía varios artículos sobre la transmisión en vivo. El primero mencionaba la misteriosa y omnipresente aparición de objetos brillantes del tamaño de guijarros que combinaban receptores y proyectores 3D, y su amplia disponibilidad a pesar del toque de queda. Según se informaba, estos dispositivos habían "llovido del cielo" en ciudades de todo el mundo. Un segundo artículo estimaba que "se puede suponer que hay aproximadamente mil millones de ellos esparcidos por la faz de la tierra". Un tercer artículo trataba sobre las "mujeres libres", mientras que otros dos artículos cubrían la asamblea inaugural y citaban extensamente los discursos de Kay ante la asamblea de delegadas. Se removió incómoda en su asiento. No tenía ninguna duda de por qué Sedgewick quería que viera ese archivo.

Demasiado distraída, demasiado alterada para mantener la disciplina, Kay escuchó a escondidas el drama que se desarrollaba en la oficina contigua. Parecía que la joven de pelo alborotado estaba sollozando. Kay apenas reconoció la voz baja y cariñosa como la de Weatherall. «Mimi, cariño», dijo la voz arrastrando las palabras como una madre a un niño que acaba de despertar de una pesadilla. «¿Qué te pasa, amor?».

—No puedo más —dijo Mimi. Los sollozos se hicieron más fuertes—. Ya no lo aguanto más, Lizzie. Todo es un desastre, me odia y sé que me despedirá tarde o temprano, y de todas formas, no puedo con *esto.*

"Shhh, Mimi, *cariño,* shhh... nada de eso es cierto, mi amor, ni un poquito. Sé que el portátil es una bestia, ya que no estás acostumbrada a escribir con teclado, pero cariño, eres tan lista y manejas tan bien el procesador de textos que estoy *segura* de que enseguida le cogerás el truco, y entonces no será tan malo, y casi no cometerás errores... Créeme, cariño, no te *va a despedir.* Te *lo prometo.* ¿Acaso rompo mis promesas, Mimi?"

—No —dijo la otra entre lágrimas—, pero para cuando lo entienda será demasiado tarde. Lizzie, me *odia,* no lo entiendes, sé que sí. Todo el tiempo que estuve aquí anoche, después de que te fuiste, tratando de obtener toda esa información de texto, lo único que podía pensar era cómo...

—Rompió a llorar de nuevo, y Kay no pudo entender sus palabras.

"Shhh, vamos, cariño, ¿eres tú la experta en él o lo soy yo? ¿En serio? *No te* tomes nada de lo que diga *personalmente.* Lo único que le importa es el trabajo. Te prometo que no te odia. ¡Y nadie puede hacer el trabajo como tú, cariño! Si supieras la presión a la que está sometido... intenta comprenderlo, mi amor... Pero ya sabes, como te he dicho muchas, muchísimas veces, que lo *irritas* cuando lo llamas 'Jefe'. De verdad, tienes que dejar de hacerlo, cariño, lo saca de quicio."

"Pero todo el mundo dice 'Jefe', Lizzie."

"No, cariño, le *llaman* 'el jefe', pero no le dicen 'Jefe' en su cara. De verdad, cielo, es de muy mal *gusto* llamarlo 'Jefe'... ay, qué niña tan pequeña eres, ahí, ahí, mírate, qué tonta eres...".

"Y luego está todo este ir y venir entre aquí y Langley, y sé que se irrita cada vez más con todos los retrasos, ¡y encima de todo eso ni siquiera puedo poner en orden sus citas! Y ese chico no para de insultarme, ha ido y venido entre aquí y el Pentágono seis *veces* desde el almuerzo y todavía no lo hemos resuelto, y *dice* que quiere una cita con Stevens con prioridad número uno y que la horrible Eleanor de abajo dice que Stevens no tiene tiempo para citas y Lizzie, ¡ya no puedo con su agenda! ¡Está cancelando todo el *tiempo!* ¡Por eso

hay este problema con Defensa! ¡No puedo manejarlo sin una terminal o un teléfono, Lizzie! ¡Es imposible!”

—Shhh, cariño, no te preocupes tanto. Pronto tendremos teléfonos de campaña funcionando, no hay duda. En cuanto a la cita con Stevens, yo me encargo. El problema, verás, es que Stevens está intentando evitarlo, porque hay mucho trabajo ahora mismo y ODS nos está retrasando. Ahora bien, esto es lo que haremos. Primero, lávate los ojos y retoca tu maquillaje. ¡Deberías ver tu cara, cariño! Y luego, cuando estés lista y con tu habitual calma y eficiencia, volverás aquí y te concentrarás por completo en teclear. Mientras tanto, bajaré corriendo a ODS y les daré un buen susto. Eleanor no te molestará más. Y en cuanto a Defensa, nos importan un bledo. Cariño, pueden esperar. La seguridad es la prioridad número uno en DC estos días. ¡Y no lo olvides! ¿Mejor ahora, cariño?

Sus voces se silenciaron, y Kay solo oyó el susurro de la seda, que se prolongó una y otra vez. Tras unos treinta segundos, a Kay se le ocurrió una idea descabellada e imposible sobre aquel silencio de seda susurrante. «Mimi traviesa», arrulló Weatherall. «No en la oficina, cariño... Listo. Ahora ve a arreglarte».

“¿Lizzie? ¿Crees que llamará mientras estés abajo?”

¡Qué llorona eres! Si lo hace, será por Zeldin. Ya te lo expliqué. Ahora vete. ¡Tú y yo tenemos trabajo que hacer!

Kay estaba inclinada sobre el archivo cuando Mimi entró en la oficina de Weatherall y pasó al pasillo interior que se extendía desde la oficina de Weatherall por varios metros alfombrados. Al final del pasillo colgaba un espejo antiguo sobre una mesa de biblioteca de caoba. El espejo le permitía a Kay ver con claridad el pasillo, así que no tuvo problemas para observar cómo Mimi abría una pesada puerta de caoba a la izquierda. Estaba fascinada. Obviamente, entre aquella ejecutiva elegante y sofisticada y la joven y torpe técnica de servicio había algo más serio.

Cuando Mimi pasó de camino a su escritorio, Kay estaba leyendo, palabra por palabra, la misma página por cuarta vez. «Así está mucho mejor, mi tonta», oyó decir a Weatherall.

—No sé por qué eres tan buena conmigo, Lizzie —dijo Mimi.

—¿Cómo podría ser de otra manera con alguien tan guapa e inteligente? —Mimi rió entre dientes—. ¿No tardarás? —preguntó con ansiedad.

“¡Yo no! Simplemente le pondré las cosas claras a mi buena amiga Eleanor, los obligaré a cumplir con su cita y me retiraré con toda mi dignidad ejecutiva. Todos sabrán que sé que a Stevens le encantaría escabullirse de la reunión.”

Kay oyó que la puerta exterior se abría y se cerraba. Se dejó caer contra el respaldo de la silla. ¿Una mujer como Weatherall con una técnica de servicio tan despistada como Mimi? Y todo ese lenguaje infantil...

Kay hojeó el resto del archivo del *Times.* Estaba revisando el siguiente archivo cuando se abrió una puerta a la derecha del pasillo y salieron tres hombres. Kay los vio pasar a la oficina contigua y oyó a Mimi decir: «Que tenga una buena tarde, señor secretario». Sonó una campanilla a lo lejos, y Mimi se apresuró a regresar a la oficina de donde habían salido los hombres. Regresó segundos después y le pidió a Kay que la siguiera.

A Kay le temblaban las rodillas al levantarse y seguir a Mimi. Ya está, se dijo a sí misma. Ahora sí que estás en apuros.

Kay entró y Mimi cerró la puerta tras ella. La figura oscura y delgada de Sedgewick se alzaba imponente en medio de la enorme sala, cerca de una larga mesa de conferencias junto a las ventanas. Kay, mirando fijamente a la luz, no pudo ver su rostro. Se detuvo con incertidumbre a unos pasos de él. —¿Y bien, Zeldin? —preguntó—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa? Kay había olvidado lo baja que era su voz.

“Hice lo que sentí que tenía que hacer”, dijo, consciente de lo ridículo que sonaba.

“El Secretario de Estado está furioso, Zeldin, absolutamente furioso.” Como Kay no dijo nada, Sedgewick continuó: “¿Y sabes exactamente *por qué* está furioso, Zeldin?”

Kay tragó saliva. Cualquier cosa que dijera estaría mal. Pensó en decir: «Estoy segura de que me lo aclararás», pero no tuvo el valor suficiente para hacer otra cosa que guardar silencio.

Sedgewick se acercó. —Déjame aclararte las cosas, Zeldin. —Kay casi se desmaya del susto—. El Secretario de Estado está furioso, Zeldin, porque su protegida elegida a dedo, la Embajadora Grausch, no rindió. Mientras que tú sí lo hiciste, Zeldin. Mientras que tú sí lo hiciste. —Kay se quedó paralizada, incapaz de pensar—. Le prometí al Secretario de Estado que te iba a dar una buena reprimenda. Hazme un favor y no dejes que cambie de opinión.

Para la perplejidad de Kay, Sedgewick estalló en carcajadas. ¡Sedgewick, riendo! ¡Sedgewick, *riendo* a carcajadas! ¿Se había vuelto loco? Aún riendo, Sedgewick cruzó la habitación hasta su escritorio, agarró la campanilla de latón y la hizo sonar con gran pompa. Sedgewick seguía riendo cuando Mimi entró con una bandeja, que, según vio Kay, contenía una botella de vodka ruso. Mimi dejó la bandeja sobre el escritorio y se fue. Sedgewick sirvió vodka en los dos vasos, los cogió y volvió junto a Kay. Le entregó uno y, alzando su vaso en alto, declaró: «Un brindis, Zeldin,

por la mayor inteligencia e iniciativa de Seguridad. Viz, la Compañía. Después de todo, la Compañía es el brazo más inteligente que tiene la Seguridad.

Kay, haciendo una mueca ante el viejo chiste manido, levantó su vaso y bebió al mismo tiempo que él. El vodka le quemó el estómago vacío. Armándose de valor, preguntó: "¿Quieres decir que no me vas a regañar?", omitiendo el "señor" que quería añadir al final de su pregunta.

—Te equivocaste por completo, Zeldin, y fuiste muy traviesa. Pero no se puede negar que salvaste el día. —Se alegró de que *ella* hubiera dejado en evidencia a Grausch. Ella se preguntó si él habría sido tan indulgente si Grausch no hubiera estado involucrada. Sedgewick sonrió—. Aparte de mí, se me ocurren dos personas de la Compañía —como mucho— que habrían hecho lo que tú hiciste. Pero al ver que Grausch no daba la talla, decidiste que la situación era demasiado crítica como para preocuparte por seguir órdenes y salvar tu propio pellejo. Has fallado en tu misión. No hay vuelta de hoja. Pero para bien.

Kay exhaló un tembloroso suspiro de alivio. Era increíble. Sedgewick estaba complacido con ella, sumamente complacido.

—No tienes buen aspecto, Zeldin —dijo Sedgewick, apartando una silla de la mesa de conferencias—. Siéntate.

Kay se dejó caer en la silla y se esforzó por calmar su respiración; a pesar del aparente desenlace feliz, se sentía angustiada hasta las lágrimas. La exuberancia de Sedgewick, el intercambio entre Weatherall y su subordinada, toda la escena ejecutiva de Washington, parecían distantes, fingidas, ilusorias. Un zumbido resonaba en sus oídos; la habitación se oscureció. «Pon la cabeza entre las rodillas», creyó oír la voz de Sedgewick en su oído antes de perder el conocimiento.

La consciencia fue regresando poco a poco y se encontró con la cabeza apoyada sobre las rodillas. Lentamente se incorporó.

“¿Es esto un síntoma de estrés y agotamiento, o necesita atención médica?”

Kay se giró para mirarlo. —Ninguno de las dos cosas, supongo —dijo con timidez—. Probablemente se deba simplemente a que no he comido nada hoy. Y porque no me gustan las sorpresas —añadió Kay para sí misma.

«Vaya chica prodigio», dijo Sedgewick. Se dirigió a su escritorio y tocó el timbre. «Espero que tengas la resistencia necesaria para la cantidad de trabajo que te tengo preparada, Zeldin. El tiempo es algo que no nos sobra. Quiero llenarte de datos y estrategias antes de que regreses al grupo Marq'ssan. Y en algún momento, tengo que reunirte con ODS y la Oficina para analizar fotografías».

El corazón de Kay dio un vuelco. "¿Me vas a mandar de vuelta?"

Sedgewick dijo: “Primero tenemos que convencer al Ejecutivo. Trabajaremos en algunas votaciones clave esta noche, pero tendrán que causar una muy buena impresión durante la audiencia de mañana por la tarde”.

¡Él quería devolverla!

La puerta se abrió y entró Weatherall. Curiosa, Kay observó el rostro de Weatherall mientras Sedgewick le daba instrucciones sobre una comida para Kay y más archivos que quería que viera. No detectó el menor rastro de vergüenza, aunque sabía que Weatherall debía ser consciente de que ella, Kay, había escuchado toda la conversación entre ella y Mimi.

Mientras cogía la bandeja de vodka, Weatherall le preguntó a Sedgewick si le vendría bien una reunión con Stevens a las 6 de la mañana.

—Se han demorado, supongo —dijo Sedgewick con sequedad—. Las seis me parece bien; de todas formas, empezaré a las cinco de la mañana. Weatherall se dio la vuelta para marcharse. —¿Cómo va tu chica con el formateo y la impresión de copias del informe del Gabinete de Weldin, Weatherall?

Weatherall se detuvo en el umbral y miró por encima del hombro. —Estará listo para las seis, señor.

—Asegúrate de que así sea —dijo Sedgewick—. La reunión del Gabinete es a las 14:00. Weatherall salió. —Voy a distribuir tu informe del Gabinete tal cual, Zeldin.

“¿Entonces debo comparecer ante el Gabinete?”

“Espero tener la votación asegurada antes de que aparezcas, pero si no, mucho dependerá de tu desempeño.” Sedgewick se sentó a la cabecera de la mesa, justo a la izquierda de Kay. “Sabes, ahora estoy más convencido que nunca de que deberías haber sido ejecutivo, Zeldin. Si te hubieras quedado en la Compañía…”

Kay se rió. “Los ejecutivos nacen, no se hacen”.

“No siempre. Como bien sabes, no *es así*.”

“¿En serio? Siempre me diste la impresión de que lo creías.”

Sedgewick arqueó las cejas. "Qué memoria tan extrañamente selectiva tienes, Zeldin."

Kay tragó saliva. —Ya eras supervisor y no eras mucho mayor que yo... —La intensidad de su mirada incomodó a Kay.

“Realmente *no* te acuerdas, ¿verdad? Bueno, quizás eso sea algo bueno.”

El rubor le subió a las mejillas; desvió la mirada. Por suerte, Weatherall regresó justo en ese momento empujando un carrito metálico de ruedas grandes del que sacó una bandeja de comida, que colocó sobre la mesa frente a Kay, y cuatro grandes pilas de archivos, que dividió en varios montones al otro extremo de la mesa. «Café recién hecho en cinco minutos», dijo, y se marchó.

Kay extendió la servilleta de lino sobre su regazo y contempló el plato de comida. Era asombroso cómo vivían los ejecutivos, incluso en tiempos de catástrofe. Untó mantequilla, mostaza y paté en un panecillo francés crujiente y le dio un mordisco. Se le hizo agua la boca de placer: le habían dado auténtico paté horneado, auténtica mantequilla, auténtico pan francés.

Sedgewick se levantó, fue al otro extremo de la mesa, revisó los archivos y luego regresó con un montón de ellos a su lugar en la cabecera. "Antes de comenzar con las sesiones informativas y de análisis, Zeldin, te daré un resumen de tu agenda para las próximas veinticuatro horas". Sedgewick se puso las gafas de lectura y abrió uno de los archivos; sacó un sobre, una hoja de papel fino y una credencial de seguridad con foto. "Toma", dijo, empujando la credencial hacia ti. "Póntela en tu túnica y olvídate de ella. Aunque la banda magnética está estropeada, la necesitarás no solo dentro de

este edificio, sino en cualquier lugar fuera; hay toque de queda, ¿recuerdas?". Kay asintió. "Y esto", dijo, deslizando el sobre hacia su plato, "es tu estipendio por el trabajo realizado hasta ahora. Si lo endosas y escribes tu banco y número de cuenta, podemos depositarlo por ti". ¿Su banco? ¿Podría siquiera estar operativo? Había oído que los bancos guardaban copias de todas las transacciones del día en bóvedas subterráneas, pero aun así... —En cuanto a tu agenda —dijo Sedgewick—, como tenemos poco tiempo debido al plazo fijado por los terroristas, tendremos que trabajar de forma ineficiente, lo que significa que tendrás que sacrificar algunas horas de sueño, Zeldin. No tenemos otra opción.

Kay, ocupada masticando pan y paté, reflexionó que sin duda tendría que recurrir a las drogas para salir adelante.

“Pasarás la mayor parte de esta tarde en reuniones informativas conmigo. A las 4:30 irás de compras con Weatherall; ella ya ha hecho arreglos con los dueños de las tiendas para que abran especialmente para nosotros. Es fundamental que estés presentable tanto esta noche como mañana para la reunión del Gabinete. No puedes ir con *ese aspecto.”* Asintió señalando los pantalones de pana grises de aspecto académico que ella había vuelto a usar en San Diego. “Los gastos correrán a cargo de Seguridad. Luego volverás aquí para otra reunión informativa conmigo.”

A las siete saldremos de aquí hacia mi casa, que está en Georgetown. He organizado una cena con el único propósito de conseguir votos para la reunión de mañana. Tendrás que estar atenta, Zeldin. Todavía no habrán leído tu informe, aunque, por supuesto, ya han hablado mucho de tu vídeo en directo. Antes de la reunión informativa de esta tarde, te daré algunos datos sobre los hombres a los que tendrás que impresionar esta noche. Recuerda, si no conseguimos los votos, la reunión informativa no tendrá sentido.

Ejecutivos. Iba a tener que lidiar con burócratas ejecutivos en una situación social. Prefería enfrentarse a la gente de Marq'ssan —lo que sabía de ellos— antes que a los ejecutivos. ¿Por qué no podía resolverlo él mismo? Pero claro, Kay se dio cuenta de que, a sus ojos, ella era el problema, no la solución. Se suponía que Sedgewick debía estar furioso con ella. Aunque debían saber que no lo estaba... Qué juegos más extraños jugaba esta gente.

“Después de que termine la fiesta”, dijo Sedgewick, “volveremos aquí para otra reunión informativa. Y luego a casa a dormir”.

Weatherall trajo un termo, dos vasos y otro archivo. «Pensé que querrías ver esto de inmediato». Le entregó el archivo a Sedgewick.

—¿Has recibido confirmación de Chastain o Booth? —preguntó Sedgewick mientras abría el archivo. Kay pudo ver

que la mayoría de las páginas tenían bordes morados, y las que vislumbró mientras Sedgewick las hojeaba tenían notas adhesivas.

“La oficina de la senadora Chastain confirmó que el desayuno sería a las 7:15. Seguimos esperando al Sr. Booth.”

“¿Hay algo interesante aquí?”

“Una de las delegadas de Australia sufrió un ataque al corazón tras su regreso, durante su, eh, sesión informativa.”

Sedgewick levantó la vista. "¿Australia?"

Ursula Hodges. Debían referirse a ella. Ursula Hodges, la que había estado en aquella primera negociación, la que había estado tan segura de que su gobierno llegaría a un acuerdo con los terroristas. El pan y el paté le parecieron un peso muerto a Kay.

Se sospecha que la mujer estaba relacionada con los terroristas o que había llegado a algún tipo de acuerdo con ellos en secreto. Pero, por el tono de lo que le dijeron a nuestro contacto en Sídney, su personal de seguridad no obtuvo mucha información sobre ella antes de su muerte.

—¿Quieres decir que lo estropearon? —preguntó Sedgewick, recorriendo con la mirada las páginas con bordes morados—. Si recibes alguna noticia de Com e Irán sobre el asunto del vídeo, avísame inmediatamente, Weatherall.

—Sí, señor —dijo Weatherall, apartando los restos de la comida de Kay y marchándose.

«No creo que Hodges, la negociadora australiana, tuviera aliados entre los terroristas», dijo Kay. «Estuve presente en esa sesión donde empezó a ofrecer concesiones voluntariamente; me pareció tremendamente entusiasta, como si estuviera fascinada con la ideología de los terroristas».

Sedgewick frunció el ceño. "¿Fascinación por su ideología? Por lo que he podido ver, es simplemente una nueva versión del comunismo. ¿Por qué debería entusiasmar eso a alguien a estas alturas?"

«No estoy segura de que lo describiría como una forma de comunismo; no había ningún discurso sobre la propiedad, el capitalismo, los medios de producción ni ninguna de las polémicas habituales sobre los derechos de los trabajadores». Kay negó con la cabeza. «Están llenos de propaganda, como ya oíste, pero no hay nada sistemáticamente ideológico en su lenguaje que yo pueda identificar. Sospecho que un estudio de los folletos que te envié desde San Diego podría darte algunas pistas sobre cuál es su ideología».

Sedgewick dijo: “Tenemos varios expertos de diversas especialidades trabajando en ello. Me interesa mucho saber qué opinan los psicólogos. Pero no diremos nada hasta

mañana como muy pronto". Le acerqué el papelito endeble. "Termina de repasar tu agenda mientras le echo un vistazo a esto", dijo.

Justo cuando Kay comenzaba a leer que la recogerían en casa de Sedgewick a las 7:30, Weatherall irrumpió en la habitación. «Estado crítico, de ODS», dijo mientras se dirigía rápidamente a la mesa. Le entregó a Sedgewick una hoja morada salpicada con una enorme franja diagonal roja. Sedgewick le arrebató el papel y lo examinó con la mirada. Maldijo. «Voy para allá ahora mismo. Consigue un enlace de Com y Tran, urgentemente. Y presiónalos para que se reúnan con Goodwin. Si no consigues nada antes de las cuatro, escribe un memorándum a Booth de mi parte, pidiéndole que ejerza presión». Sedgewick salió de la habitación, Weatherall un paso detrás de él, luego se detuvo medio segundo y añadió: «Y haz que Zeldin empiece con los archivos de Dowsanto».

Tras lo que pareció una explosión de acontecimientos, la sala quedó sumida en un silencio absoluto. Era evidente que la ODS y el Secretario de Comunicaciones y Transporte estaban involucrados, pero ¿cuál podría ser la causa de la crisis? ¿Una insurrección en una gran ciudad?

Weatherall regresó, revisó los archivos esparcidos sobre la mesa y recogió cinco. «Quiere que empieces a revisarlos», dijo. «No te molestes en leer cada palabra. Cada informe tiene un resumen escrito en los recuadros de notas adjuntos.

Creo que el archivo que considera más importante que revises es este...» —dio un golpecito al archivo superior, que estaba marcado como FBI—. Al archivo de Tecnología, por ejemplo, solo necesitas echarle un vistazo. Si necesitas algo, toca el timbre del escritorio.»

Kay se sirvió una taza de café y abrió el archivo de la Oficina. Para cada informe, leyó primero el resumen y luego hojeó el texto para obtener una elaboración de los puntos mencionados en el resumen. Cuando terminó el archivo de la Oficina, solo echó un vistazo a los archivos de Comercio y Tecnología antes de trabajar cuidadosamente en el archivo de ODS. El resultado de todos los informes era que (a) cada centímetro cúbico de propiedad de Dowsanto había sido destruido; (b) el residuo de la destrucción era de una estructura molecular no identificable, y que no se podía entender *cómo* se había hecho, ya que ninguno de los edificios había explotado; (c) solo cuatro personas —dos miembros de la junta de Dowsanto más el Secretario de Defensa Turpin y el Jefe de Seguridad Sedgewick— tenían acceso al conocimiento de todas las ubicaciones de las propiedades de Dowsanto en los EE. UU., ya que muchas de las instalaciones de alta seguridad eran conocidas solo por quienes trabajaban en ellas; (d) al no haber ninguna razón para esperar que los terroristas tuvieran conocimiento de las ubicaciones de más alta seguridad, catorce guardias de seguridad habían muerto en la destrucción; y (e) el costo para el Ejecutivo y para la economía era incalculable. Los

materiales químicos y genéticos de Dowsanto eran esenciales para el funcionamiento básico de la Defensa, la Salud y la Agricultura. La implementación de la limitación de la natalidad en recién nacidos cesaría si Dowsanto no se reactivara de inmediato, y la disponibilidad de medicamentos para la longevidad para la población general se reduciría drásticamente.

¿Cómo conocía el Marq'ssan la ubicación de todos los yacimientos de Dowsanto? Según los informes de la Oficina, ni siquiera los asistentes personales de los cuatro hombres tenían acceso a esa información. ¿Y qué tipo de tecnología le permitía al Marq'ssan realizar tantas cosas diferentes? ¿Acaso disponían de un *sistema tecnológico completo,* un sistema que superaba todo lo conocido hasta entonces por la ciencia?

¿Quiénes son esas mujeres?, se preguntó Kay por centésima vez. ¿Cómo podrían estar haciendo todo esto? ¿Cuántas había visto? ¿Quizás cincuenta en total? Obviamente había más en algún lugar, y *debía* haber hombres que estuvieran realizando estas proezas tecnológicas, pues su división del trabajo parecía clara: las mujeres se encargaban de las relaciones públicas y las "negociaciones", mientras que los hombres hacían movimientos estratégicos entre bastidores.

Desesperada por ir al baño, Kay miró el timbre del escritorio de Sedgewick. Se sintió ridícula incluso al pensar

en llamar a Weatherall por algo tan trivial. Recordando que Mimi había usado la puerta que estaba en diagonal a la izquierda, al otro lado del pasillo, Kay salió, probó esa puerta y comprobó que había recordado correctamente.

Kay salía del baño cuando Weatherall salió disparada de la oficina de Sedgewick, seguida de cerca por un hombre. Al ver a Kay, se detuvo tan bruscamente que el hombre la golpeó. «¡Doctor Zeldin!», exclamó. «¡Dios mío, ¿qué hace usted deambulando sola?!» La voz de Weatherall temblaba y su rostro estaba pálido.

“Solo estaba usando el baño”, dijo Kay.

Weatherall acompañó a Kay de vuelta a la oficina de Sedgewick. —Por favor, no andes sola por aquí. ¡Dios mío, ni siquiera llevas puesta tu credencial de seguridad! ¿Qué pretendes, que te disparen? ¿Tienes alguna idea...? — Weatherall se interrumpió, cerró los ojos y respiró hondo. Tras unos instantes, los abrió y le entregó con calma la credencial a Kay; la ejecutiva observó cómo Kay se la prendía en la túnica—. Gracias —dijo—. Por favor, si necesitas ir al baño, usa el del Sr. Sedgewick. —Señaló la puerta de la izquierda de las dos que había en la pared cerca del escritorio—. Y si por algún motivo crees que necesitas salir de esta oficina, toca el timbre. Alguien vendrá enseguida. — El rostro de Weatherall había recuperado su habitual tono melocotón y crema—. Por favor, Dr. Zeldin, prométame que no saldrá de esta habitación sola.

—No me había dado cuenta —dijo Kay—. Pero claro, si es tan importante, no voy a salir de esta habitación sola.

Weatherall siguió mirando a Kay con la misma expresión seria. «Bien. Ahora bien, traje a Robards de ODS para que la viera mientras el señor Sedgewick está ocupado. Robards tiene algunas fotos que quiere que vea».

El profesional se acercó con un montón de archivos en los brazos. Weatherall despejó un espacio en la mesa y dejó a Kay a solas con él.

«Esperamos que pueda identificar a algunas de las villanas de nuestra galería de criminales», dijo Robards mientras abría el primer archivo. «Si alguna de las imágenes le recuerda a alguien que haya visto en relación con este asunto de Marq'ssan, avísenme. Aunque el parecido no sea total, o si no logra identificar qué es lo que le resulta familiar, no dude en decírmelo».

Kay se sentó junto a Robards y estudió cada fotografía que él le entregaba. En menos de quince minutos había reconocido más de una docena de rostros e incluso les había puesto nombre a algunos.

Satisfecho, Robards le dijo a Kay que todas esas personas eran conocidas por causar problemas y que todas tenían extensos expedientes en la ODS. Se frotó las manos

regordetas y la miró. «¿Pero dices que no crees que estas personas formen parte del grupo Marq'ssan?».

Kay se encogió de hombros. «Todas ellas son personas a las que la gente identificada como Marq'ssan se refiere como "mujeres libres". Obviamente, hay alguna conexión entre ellas».

Robards se acarició el bigote. «Obviamente. Pero hasta ahora nunca habíamos tenido motivos para creer que tantos grupos diferentes estuvieran conectados. El Colectivo de Boston, por ejemplo, nunca ha tenido vínculos —y mucho menos algo en común, aparte de su comportamiento generalmente anti–ejecutivo— con el Acuerdo de Sweetwater. Ni con la Coalición contra la Limitación de la Natalidad. ¿Crees que es posible que este grupo de Marq'ssan sea una especie de coalición anti–ejecutiva?»

“Está claro que son anti–ejecutivos y también claramente transnacionales”, dijo Kay. “Pero más allá de eso, simplemente no lo sé. Todavía no”.

—Bueno, sus identificaciones serán de gran ayuda —dijo Robards, recogiendo sus archivos—. Otra cosa, Dr. Zeldin: tenemos algunos bocetos de estos Marq'ssan, realizados a partir de grabaciones de vídeo. Esperamos que pueda reunirse con nuestros artistas y ofrecer sugerencias para que los bocetos sean más precisos. Me temo que, hasta ahora, no hemos podido identificar a ninguno de los Marq'ssan con

nuestros activistas conocidos. Lo cual, como comprenderá, es bastante extraño.

Kay accedió a ayudar, aunque no creía que encontrarían los rostros de los Marq'ssan en sus registros. Quienesquiera que fueran los Marq'ssan, no eran una coalición de anti–ejecutivos ya conocidos. ¿Cuál era la conexión entre las "mujeres libres" y los Marq'ssan? Si lo supiera, pensó Kay, sabría algo importante. Estaba segura de que esa conexión era clave para comprender quiénes eran estas personas y qué planeaban hacerle al mundo. Cuando volviera con los terroristas, buscaría a las "mujeres libres". Probablemente serían más comunicativas que los cuadros de los Marq'ssan. Los ojos de Kay se abrieron de par en par. Cuadros: *eso era* lo que eran los Marq'ssan. *Cuadros.* Pero su entusiasmo se desvaneció, pues no lograba comprender del todo lo que había creído entender en el momento de pronunciar la palabra.

«Déjalo en paz», se dijo a sí misma. Si se dejaba a su suerte, la idea volvería a surgir, y entonces comprendería algo importante.

[ii]

Magyyt encontró a Tyln I Khnor san Engst y Sbina I Sellyyn san Bol esperando cuando emergió del bloqueo de la cápsula *de S'sbeyl´s*, les susurró Magyyt en Boldeni, consciente de los humanos que estaban detrás de ella.

«Un problema grave», dijo Tyln, también en Boldeni. «Dghatd I Merr san Fehln, mientras mediaba entre un grupo de humanos, sufrió un agotamiento y comenzó a fibrilar, levemente, pero lo suficiente como para desestabilizar su control. Nos alertó mientras aún podía. Ya se ha recuperado, pero las mujeres están alteradas y preocupadas. Las hemos aislado por el momento, pero debemos decidir qué hacer. Tres de ellas son mujeres libres, todas tus contactos, Magyyt. Tú sabrás mejor cómo hablar con ellas».

—¿Dónde está Dghatd ahora? —preguntó Magyyt.

"En nuestra parte de *S'sbeyl,* con todo el Marq'ssan que pudimos ofrecer."

—Entonces vayamos a Dghadt —dijo Magyyt, volviéndose hacia los humanos que estaban agrupados, observándolos con los ojos muy abiertos—. Lo siento —dijo en español— por nuestra descortesía. Pero ha ocurrido algo que nosotros, los Marq'ssan, debemos discutir a solas. Discúlpennos. Tras un minuto de confusión, los humanos se dirigieron a su parte de la nave.

Los tres Marq'ssan abrieron la pared del otro lado de la cámara de meditación y pasaron a su parte de *S'sbeyl.* —¿Tu tarea de abajo salió bien? —preguntó Tyln.

"Sí. Solo espero que no maten a los participantes. Lamentablemente, no podemos poner a salvo a todos aquí arriba". Claro, pensó Magyyt, si no manejaban bien esta crisis, ningún humano querría *venir.* "¿Cuánto duró?"

"¿Qué, la fibrilación?"

"La exposición. ¿Y cuánto se desvaneció el campo de ese yo?"

"Fue suficiente para enfadarlos. No está claro cuánto tiempo pasó antes de que llegaran Flhan I Leleynl y Senhlis I Fenst. Una vez allí, por supuesto, ayudaron a corregir la gestión del campo de Dghatd."

"¿Alguien ha hablado con las humanas desde que sucedió?"

"¿Con el grupo de mediación o con toda la asamblea?"

"El grupo de mediación."

"Sí. Sorben está con ellas. No queríamos molestar a Leleynl durante su período de sueño."

Magyyt dijo: “Quiero preguntarle algunas cosas a Dghatd y luego hablar con los humanos antes de discutir qué debemos hacer. Necesitamos toda la información posible antes de tomar cualquier decisión”.

Tyln dijo: "Podrían tener un alcance muy amplio".

Sí. Toda la intervención podría verse comprometida o su rumbo podría cambiar. Pero deben actuar con la prudencia habitual, no con pánico. Siempre hay tiempo para la reflexión, incluso en tiempos de crisis.

Capítulo siete

[i]

Sedgewick la tenía de nuevo agarrada del codo. Como si no tuviera suficiente autocontrol para dirigir sus propios movimientos, Kay se enfurecía en silencio mientras ella y Sedgewick —precedidos por sus hombres y seguidos por su "escolta" asignada, el matón, obviamente mejorado, Anderson— bajaban las escaleras. En cada rellano, un marine con un arma automática montaba guardia, irradiando amenaza bajo el resplandor fluorescente. Aunque su jornada apenas había llegado a la mitad, Kay estaba agotada. El traje de noche ejecutivo y las nuevas botas suaves que llevaba, el cheque por lo que para ella era el salario de todo un año, el nivel de su autorización de seguridad, todo significaba sorprendentemente poco para ella. Estaba demasiado cansada, demasiado abrumada por la

perspectiva de las agotadoras horas que le esperaban. Sin embargo, Sedgewick, aunque había pasado la mayor parte de la tarde lidiando con una nueva crisis, parecía incansable.

—Haremos una parada en el camino para tomar algo con el Secretario de Comunicaciones y Transportes —le decía Sedgewick—. ¿Te informó Weatherall sobre él?

Por la descripción que Weatherall hizo de la política del Gabinete, Kay dedujo que el Ejecutivo era tan malo como los peores departamentos académicos. Ciertamente, no esperaba que estuvieran haciendo política en esta situación. El problema fundamental parecía ser los Secretarios de Salud, Defensa y Estado. Defensa quería desobedecer a Seguridad porque esta había tomado el mando de varias divisiones militares, ya que en ese momento las fuerzas militares eran más necesarias para mantener el orden interno que para estar preparadas para el combate en el extranjero. El éxito de Kay y el mal desempeño de Grausch habían irritado a Estado. Y Salud siempre buscaba oportunidades para desobedecer a Seguridad, dada su antigua disputa territorial sobre la aplicación de las leyes de limitación de la natalidad, así como el fracaso perpetuo de Seguridad para proteger al personal del Departamento de Salud del acoso de extremistas religiosos. Además, el Secretario del Interior y Medio Ambiente era un fuerte aliado y amigo cercano del Secretario de Defensa, lo que significaba que, en algunos casos, Interior y Medio Ambiente podían ser influenciados por Defensa. Sedgewick necesitaría

siete votos, incluido el suyo. Estaba seguro de contar con los votos de Justicia, Comercio, Energía y Tecnología. Lo que significaba que tenía que conseguir al menos otros tres votos antes de la reunión del día siguiente.

Salieron del edificio en la oscuridad de la noche, y Kay sintió un escalofrío al sentir el frío calarle la ropa. Una larga limusina, adornada con cromo y líneas curvas y elegantes, esperaba en la acera. «Este coche es tan, tan…» Kay no encontraba las palabras adecuadas.

—Sí —asintió Sedgewick, indicándole que pasara primero—. Todos los miembros del Gabinete los están usando ahora; son muy fáciles de reconocer en la calle, lo cual es muy conveniente en estos momentos.

Se refiere a la ocupación militar de las calles, pensó Kay. Se deslizó hacia la puerta del fondo, aliviada de haberse librado de su mano. Al ponerse en marcha, notó con sorpresa que las calles estaban bastante iluminadas. —¿Cómo han conseguido instalar tantas luces, y con llamas tan brillantes? —preguntó Kay.

“En y Tech idearon una sustancia química de gran intensidad, y Com y Tran enviaron un pequeño ejército para colgarla en los estándares originales. Tuvimos varios accidentes de tráfico mortales las dos primeras noches del evento Blanket.”

“Es como volver a la época preindustrial.”

Sedgewick resopló.

Kay alimentó su mirada curiosa con lo que podía ver en las calles.

“Después de presentarles a Goodwin”, dijo Sedgewick tras aproximadamente un minuto, “quiero que nos dejen hablar a nosotros, a menos que solicitemos específicamente su presencia en la conversación”.

"Comprendido."

“¿Weatherall te contó algo sobre nuestra última crisis?”

“Absolutamente nada.”

“Una parte de mi conversación con Goodwin tratará sobre eso. El uso del vídeo por parte de los terroristas para su propaganda está demostrando ser sumamente incendiario, como usted misma temía cuando se enteró. Esta mañana, un grupo de personas que se autodenominaban 'mujeres libres' apareció con equipos de vídeo en varios barrios de Los Ángeles y Seattle. Evitaron las calles principales, quién sabe cómo, y abriéndose paso por la parte trasera de los solares transmitieron en directo escenas de personas firmando lo que ellos llamaron un 'referéndum' a favor de ciertos términos de negociación para obtener ayuda de los terroristas para reactivar las plantas potabilizadoras”.

Sedgewick hizo una pausa. “Antes de que los terroristas atacaran, tenía plena confianza en Torricelli y Leland. Ahora me quedo con dudas. No puedo viajar a la Costa Oeste para ocuparme personalmente del asunto. Y con las comunicaciones en tan difícil estado, es imposible dar instrucciones precisas a distancia”.

Es evidente que Sedgewick estaba frustrado. Kay sintió cierta compasión por él. Pero entonces el coche se detuvo junto a la acera y Sedgewick dijo: «Recuerda, Zeldin. No te interpongas en el camino», y la compasión de Kay se desvaneció.

Subieron cinco escalones de mármol, pasando junto a un centinela uniformado que mantenía la puerta abierta, hacia un vestíbulo de roble tallado con techos altos. Kay decidió que las velas encendidas en los apliques de la pared —probablemente por razones prácticas— realzaban la opulencia del interior. Miró por encima del hombro para ver si Anderson los había seguido y vio que él y uno de los hombres de Sedgewick los seguían de cerca. Kay aún no había decidido qué función debía cumplir Anderson. Una vez que supiera cuál era su lugar en el plan general de Sedgewick, lo comprendería. Por el momento, él era solo una de tantas incógnitas.

Un hombre delgado y calvo, vestido con una chaqueta de etiqueta anticuada, los condujo por una escalera alfombrada y a través de un pasillo iluminado con velas hasta una

habitación elegantemente amueblada con muebles de estilo Regencia, cálida e íntima gracias a una chimenea de mármol blanco y dorado con una chimenea de leña. Un hombre, a quien Kay reconoció como Edwin Goodwin, Secretario de Comunicaciones y Transporte, estaba sentado junto al fuego bebiendo vino. De aspecto más juvenil en persona de lo que Kay había imaginado por lo que había visto en vídeo, Goodwin presentaba una apariencia elegante, delgada y juvenil, con el pelo rubio ceniza ligeramente más largo que el estándar ejecutivo, recogido con un broche dorado que hacía juego con los pendientes que perforaban su lóbulo derecho. «Esta es la Dr. Zeldin, Ed», dijo Sedgewick, y se sentó en el sofá más cercano a Goodwin. A un gesto de Sedgewick, Kay se sentó en el otro extremo.

Observó que habían dejado ir a Anderson y a su colega en algún punto del camino.

El hombre del esmoquin sacó dos copas de tallo en las que vertió un líquido de color rubí oscuro de una botella envuelta en una servilleta. Coloquó una copa sobre la mesa, junto al codo de Sedgewick, y la otra sobre la mesa, al lado de Kay.

«Incluso sin teléfono, esa bruja tuya sigue aterrorizando a la mayor parte de Washington D.C.», dijo Goodwin. Sedgewick agitó el vino en su copa, aspiró el aroma y luego dio un sorbo. «¿Qué te parece?», preguntó.

“Robusto, como debe ser un Syrah. Con un peculiar toque de enebro. Me gusta. ¿Puedo ver la etiqueta?”

Goodwin se inclinó hacia adelante y deslizó la servilleta de lino blanco de la botella.

—Mmm. Sí. —Sedgewick volvió a beber—. Solo aterroriza a la gente que le da largas, ¿sabes? Es su trabajo.

Goodwin resopló. —Algún día, Robert, alguien encontrará la manera de sacarla de tu oficina. Por las buenas o por las malas. Ese día habrá fiesta en las calles.

—Ni hablar. La lealtad de Weatherall va más allá de lo que puedas imaginar, amigo mío. No creas que no lo han intentado. —Las comisuras de los labios de Sedgewick se curvaron ligeramente al alzar su copa. Era la primera vez que Kay veía a Sedgewick socializando con un compañero.

—¿Consideraste enviar a este dechado de virtudes a los terroristas? —preguntó Goodwin.

Sedgewick suspiró. —Vamos, Ed, eso no es más que una ilusión.

“Hablo en serio, Robert. Piensa en lo despiadada que sería con ellos.”

“He dedicado años a perfeccionar a Weatherall. No voy a empezar a entrenar a alguien nuevo en un momento como

este”. Sedgewick dejó su vaso sobre la mesa. “Permítame decirlo de esta manera. Nosotros, los ejecutivos del Gabinete, somos como maestros artesanos. Los resultados que obtenemos dependen del diseño del plan con el que trabajamos, de las herramientas con las que trabajamos y de nuestra habilidad para usarlas. Y de los materiales con los que contamos, por supuesto. Si tuviera que definir mi fortaleza particular, Ed, diría que es mi capacidad para elegir mi herramienta apropiadamente. Weatherall es magnífica en lo que hace. La he perfeccionado hasta convertirla en un instrumento de precisión. Pero precisión, hecha a medida, en instrumentos altamente especializados. Weatherall podría aterrorizar a los terroristas como intimida a los subordinados de mis colegas, aunque lo dudo. Pero eso no nos llevaría muy lejos. Y mientras tanto, no podría usar ese instrumento para hacer lo que mejor sabe hacer. Por otro lado, Zeldin es completamente diferente a Weatherall. Weatherall, por ejemplo, no es apta para tomar decisiones, aunque es formidable para llevar a cabo las que yo tomo. Ese es también el problema con Grausch, como bien sabes. Ella no tiene Tampoco la iniciativa de Zeldin. Ni Weatherall jamás podría haber realizado el tipo de análisis —sobre todo con tantas limitaciones de tiempo— que leerás en el informe de Zeldin. El maestro artesano debe tener en cuenta no solo las herramientas que ya tiene sobre su mesa de trabajo, sino también las que guardó hace mucho tiempo en un armario que rara vez abre. Te aseguro, Ed, que he elegido bien.

Kay casi se atragantó de rabia ante esta extensión de la metáfora de Sedgewick. Podía admitir que su manera de presentar el caso a Goodwin probablemente había sido efectiva, pero decir esas cosas en su presencia era intolerable, como si ella no estuviera allí, como si ser llamada *herramienta* de esa manera arrogante no fuera un insulto.

Pero él tiene derecho, se recordó rápidamente. Le ardían las mejillas. ¿Quién era ella para tomárselo como algo personal? De todos modos, los ejecutivos no se tomaban las cosas a pecho, y menos aún Sedgewick, la personificación de la excelencia burocrática ejecutiva: impersonal, calculador, desinteresado, racional... y alguien que acababa de pagarle el equivalente a un año de sueldo por unos pocos días de trabajo.

Aparentemente satisfecho con la respuesta de Goodwin a su insistencia en las capacidades de Kay como negociadora, Sedgewick cambió de rumbo abruptamente. Dijo con un tono de franca irritación: "¿Por qué diablos esa gente de la red no llamó al FBI cuando se dieron cuenta de que habían robado tanto equipo? Hay una alta probabilidad de que al menos parte del equipo de video utilizado en la demostración propagandística de hoy sea precisamente el que ustedes reportaron tardíamente como desaparecido de las redes".

Goodwin hizo una mueca y un gesto de desdén. «La mayor parte de lo robado quedó arruinado, de todos modos, por la

Manta. Y entonces la gente de la red supuso que lo habían hecho profesionales, entusiasmados por las posibilidades que ofrecía la anulación de todos los sistemas electrónicos. Pensaban que recibirían una nota de rescate en cualquier momento, pero nunca llegó. Discutieron bastante entre ellos y finalmente acordaron contactar con la Oficina a través de mi despacho, ya que, al parecer, la Oficina solo se ocupa de asuntos prioritarios últimamente, y no parecía probable que el hurto fuera una prioridad».

—Sí, ya veo. Y no está claro si alguien en el FBI se habría dado cuenta de las posibilidades, puesto que la propia Manta haría que ese equipo pareciera irrelevante para cualquier operación terrorista. —Sedgewick terminó el vino de su copa—. ¿Qué opinas de mi propuesta, Ed?

Goodwin se alisó el pelo rubio y brillante con la mano, cubierta de anillos. «Es tan condenadamente poco práctica, Robert. ¿Cómo piensas implementarla? No puedes cortar la señal, ya que no sabes qué es ni de dónde viene, y no tienes ningún medio electrónico a tu disposición para localizarla o interferirla. La única posibilidad es entrar en las casas y retirar físicamente cada unidad de recepción, que, como sabes, es lo suficientemente pequeña como para caber en la palma de la mano y, por lo tanto, fácil de ocultar. ¿Estás dispuesto a invertir los enormes recursos que se necesitarían para lograrlo?».

Sedgewick volvió a cruzar las piernas. "Me gustaría probarlo en un lugar discreto".

“¿Qué sentido tendría?”

«Llámalo un experimento», dijo Sedgewick. «¿Tienes alguna idea mejor? Este monopolio del vídeo bien podría ser nuestro problema más grave. Podría ser incluso más grave que el ataque a nuestro complejo industrial».

“¿Más vino?”

Sedgewick miró su reloj. “No. Tengo que irme de aquí ahora o llegaré tarde a mi propia cena”.

“Es su decisión. No tiene nada que ver con Com y Tran si confiscan o no equipos de comunicaciones durante un estado de ley marcial. Aunque debo decir que estos métodos violentos de control me parecen arriesgados e ineficientes. ¿Ya decidieron dónde?”

—Tengo algunas ideas. Recibirás un informe mañana al mediodía. —Sedgewick se puso de pie, al igual que Kay—. ¿Estás satisfecho con la decisión de que Zeldin continúe? —preguntó Sedgewick con naturalidad.

—No me opondré a ti, Hoberl. —Y Goodwin suspiró con cansancio mientras se servía otra copa de vino.

Sedgewick tomó a Kay del codo y regresaron al auto (que seguía parado junto a la acera). —¿Weatherall te informó sobre Booth? —preguntó Sedgewick mientras el auto salía a la calle.

—Sí, Sedgewick, lo hizo —dijo Kay, sin molestarse en disimular la hostilidad en su voz. Booth, ni miembro del gabinete ni senadora, una especie de hacedora de reyes del Ejecutivo, ejercía un poder enorme, siempre entre bastidores.

Tras aproximadamente un minuto, Sedgewick volvió a hablar. —Déjame darte un consejo, Zeldin. Al oír su tono, Kay agradeció la oscuridad y el cristal que los separaba del chófer y sus escoltas. —No intentes desafiar el control de ninguno de los hombres que cenan con nosotros. Eres una jugadora. Ya te ha salido bien dos veces. Pero no creas que puedes enfrentarte a ninguno de ellos, como tampoco puedes enfrentarte a mí. Como mínimo, pondrás en peligro nuestros planes. Torricelli no está ni de lejos a mi nivel, ni al de mis colegas.

“¿Así es como interpretas lo que pasó con...?”

—Tú y yo nos parecemos mucho, Zeldin —dijo Sedgewick—. Lo cual no me preocupa en absoluto, ya que eres demasiado inteligente como para que ese parecido se convierta en un problema.

—¡No! —exclamó sin pensarlo, demasiado furiosa para ser cautelosa—. ¡No soy para nada como tú! ¡Somos mundos aparte! Cuando Kay se dio cuenta de lo que había dicho, sintió un nudo en la garganta. Y luego se preocupó por su silencio. El frío, que la hizo apretar los dientes, le tensó los músculos con escalofríos.

Tras lo que parecieron minutos y minutos, Sedgewick dijo: «O te estás engañando a ti misma o me estás mintiendo deliberadamente». Hizo una pausa. «Más vale que no sea lo segundo».

Kay cerró los ojos con fuerza. —No entiendo nada de lo que dices —dijo—. Ni de Torricelli ni de los demás.

«Ah, esa mentalidad profesional y moralista», dijo con desdén. «Te funciona en tu entorno académico, Zeldin. Pero aquí no necesitamos esas apariencias de mojigatería. Así que ahórrate tus aburridas protestas».

Kay parpadeó con fuerza para contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. No se parecía en nada a ese hombre, *en nada* a él. *«Mis herramientas»,* había dicho. Ella jamás podría ser tan arrogante ni tan insensible a los sentimientos ajenos.

El coche se detuvo. Anderson abrió la puerta y Kay y Sedgewick salieron. Su mano en su codo era tan insoportable que ella apartó el brazo bruscamente. Pero a mitad de los

escalones de la entrada, Sedgewick la rodeó con el brazo por el hombro y la detuvo, obligándola a ponerse hombro con hombro con él. Ella se puso rígida cuando Sedgewick giró la cabeza y le habló con los labios a escasos centímetros de su oído, tan cerca que percibió el sutil aroma de un jabón con aroma a madera. «Estás teniendo problemas de control otra vez, Zeldin. Créeme, recuerdo tu temperamento con especial claridad. Pero en este momento, en esta situación, perder el control es absolutamente inaceptable. Te lo advierto». Le quitó el brazo del hombro y volvió a tomarle el codo; juntos se acercaron a la puerta de su casa, custodiada por marines.

Después de todo lo que había visto del ejecutivo, a Kay no le sorprendió la elegancia de la casa de Sedgewick, decorada con una mezcla de estilos del siglo XVIII. La buena vida, sin duda. Ahora tenía una idea de lo que los ejecutivos y profesionales pensaban de las diferentes cosas.

Mientras el mensajero que esperaba en el vestíbulo iluminado por velas le entregaba a Sedgewick un sobre morado, una mujer vestida de etiqueta, sin duda una ejecutiva, pero de un tipo que Kay jamás había visto, entró sigilosamente en el vestíbulo. Sedgewick se apartó un poco y abrió el sobre morado. La mujer le sonrió a Kay y le tendió la mano. «¿Kay Zeldin, supongo? Bienvenida. Soy Felice Raines».

Kay le estrechó la mano y se preguntó qué papel desempeñaba aquella mujer menuda, de aspecto dulce y vivaz, en la casa de Sedgewick. Una niña, de unos seis años, se asomó por la esquina. —¿Y ahora, mamá? —susurró la niña con voz teatral.

Felice Raines sonrió y le hizo una seña con el dedo, y la niña se acercó y se detuvo junto a ella. —Esta es Alexandra —dijo Felice Raines—. Alexandra, saluda a la doctor Zeldin.

"Bon soir, Madame le Professeur", dijo la niña.

Kay le sonrió. "*Bon soir, mademoiselle. ¿Parles–tu français?"*

"Toujours, toujours", gimió Alexandra.

"Pas du tout" puntualizó Felice Raines. "Tu *es une menteuse!"*

"Qui est une menteuse?" preguntó Sedgewick al unirse a ellos.

"Bon soir, papá", Alexandra sonrió hacia Sedgewick.

"Buenas tardes, ma fille." Sedgewick pasó sus dedos por el cabello de la niña. *"¿Comment vas–tu?"*

"Je suis une ennuyeuse, et une imbécile, suivant mon frère" [Según mi hermano, soy una pesada y una tonta].

—¡Qué vergüenza, Alexandra! —dijo Felice—. No vas a volver a empezar ese juego. Sube arriba.

Alexandra se sonrojó y murmuró *"Au revoir".* y subió las escaleras con aire altivo.

—¿La lista de invitados? —preguntó Sedgewick.

“Todos menos Chastain.”

—Enséñale a Zeldin su habitación —dijo, y se marchó a grandes zancadas. Kay lo siguió con la mirada.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Felice Raines—. No queda mucho tiempo antes de que lleguen. Empezaron a subir las escaleras. A Kay le gustaba el efecto de la luz de las velas; aquí también parecía apropiada para la decoración. —¿Te importa si te llamo Kay? Y por favor, llámame Felice.

Al llegar al rellano del segundo piso, encontraron a Alexandra sentada en las escaleras que subían al tercer piso. —¿Dónde está Daniel? —le preguntó Felice.

“Viendo el vídeo.”

Felice suspiró. —Recuerdo perfectamente haberles dicho a ambos que dejaran ese juguete en paz. Estoy segura de que su padre no quiere que ninguno de los dos lo use.

“A Daniel le parece *divertido”,* dijo Alexandra.

Los ojos verdes de Felice brillaron. —Sube a tu habitación, Alexandra. Hablaremos en cuanto tenga un minuto libre. Anda.

La niña se puso de pie lentamente y comenzó a subir las escaleras.

—Por aquí, Kay. Te he dejado en este piso, al frente de la casa. Felice la guió por el pasillo hasta un dormitorio, donde encendió tres candelabros estratégicamente colocados. —Ahí está tu bolso; lo trajeron esta tarde. El baño está al otro lado de esa puerta. Que yo sepa, el agua de los grifos del baño todavía es potable. Para beber, hay botellas en la mesita de noche. No tardes, Kay. Seguro que te espera abajo enseguida. Felice salió. Kay abrió su bolso, sacó el peine y el neceser, y llevó uno de los candelabros al baño. Mientras se lavaba los ojos, que le ardían, se preguntaba sobre la familia de Sedgewick. La niña había llamado a Sedgewick «Papá» y a Felice «Mamá», y se refería a un niño, Daniel, como su hermano. ¿Sería posible que Felice fuera la esposa de Sedgewick y que les hubieran permitido tener dos hijos? Kay nunca había oído hablar de nadie que tuviera dos. Presumiblemente, el Departamento de Salud jamás permitiría algo así. ¿O sí? ¿A alguien como Sedgewick? Pero tal vez Daniel era hijo de Felice y la hija lo era de Alexandre Sedgewick, y Felice cuidaba de ambos y Alexandra la llamaba "Mamá". Kay casi podría jurar que Felice era empleada de Sedgewick. Y sin embargo, su ropa cara, su actitud relajada ante la brusquedad de Sedgewick...

Unos golpes en la puerta interrumpieron las reflexiones de Kay. Salió al dormitorio con un peine en la mano. —¿Quién es? —preguntó.

“Marie, señora. Felice me pidió que la llevara hasta donde está el señor Sedgewick.”

¿Más francés? Pero esta persona hablaba inglés, con un fuerte acento francés. Kay abrió la puerta. —Ya casi termino —le dijo a la joven técnica. —Pasa. —Kay regresó al baño—. ¿Eres francesa? —preguntó Kay, preguntándose si podría ayudarla.

“Sí. He venido aquí a estudiar. Vivo con Felice, les enseño francés a los niños y ayudo con las tareas de la casa.”

Kay se observó en el espejo. Su ropa nueva era tan poco profesional que se sentía ajena a sí misma cada vez que veía su reflejo. Las botas de tela, aunque elegantes y cómodas, solo durarían unos pocos usos y le daban una extraña sensación de ligereza al caminar, como si estuviera demasiado cerca del suelo, demasiado desprotegida, demasiado expuesta. Y el efecto collage de la túnica de sarga de seda —los bordados, los retazos frívolos que flotaban y fluían de forma compleja desde diversos lugares, los encabezados, los pequeños espejos, las extrañas yuxtaposiciones de telas y colores—, todo esto, a menos que se cuidara con esmero, se desintegraría en circunstancias normales. La ropa de ejecutiva era para ejecutivas, no para

profesionales. Por muy encantador que fuera el conjunto, Kay prefería sus prácticos pantalones de pana.

—¿Así que les das clase a Alexandra y a Daniel? —preguntó Kay.

—Sí. Alexandra lo hace bien; es inteligente y lo suficientemente joven como para que le resulte fácil; pero ese Daniel es un *enfant terrible,* si me lo preguntas. Kay apagó las velas y se movieron en la oscuridad hacia la puerta. —Estos muchachos, ellos… —Marie se interrumpió cuando Kay abrió la puerta y entró en el pasillo. —Debemos darnos prisa —dijo Marie, como si de repente recordara la necesidad de apresurarse. No volvieron a hablar. Marie la apresuró escaleras abajo y luego la condujo a través de un pasillo hasta otro, a una puerta de roble oscuro con un pomo dorado ricamente trabajado. —Entra. Te está esperando. —Marie la dejó. ¿Llamo a la puerta? —se preguntó Kay. Llamó a la puerta, giró el pomo y entró en una conversación que ya había comenzado.

"... nos estamos quedando sin existencias", decía Felice.

Sedgewick, sentado tras un escritorio de caoba de estilo claramente victoriano, garabateaba furiosamente en su bloc de notas con borde morado. Habló sin levantar la vista: «Tendrás que encontrar la manera de solucionarlo tú misma, Raines. Se supone que tú eres quien manda en esta casa. Seguramente estarás de acuerdo en que ya tengo suficiente

con lo que tengo que hacer sin tener que preocuparme por asuntos de los que tú eres responsable por contrato».

Felice se mordió el labio. —Aunque conseguimos encontrar una estufa que funciona, no hago milagros, Sedgewick —dijo con calma—. Tenlo en cuenta cuando planees tu próxima cena.

Sedgewick arrancó la página en la que estaba escribiendo y abrió un cajón del escritorio. —¿Puedes devolverlo al mensajero, Raines? —Sacó un sobre morado del cajón, dobló la página y la metió dentro.

Felice se marchó sin decir una palabra más.

Sedgewick escribió la dirección en el sobre, lo selló y lo añadió a una pila de otros tres. Inmediatamente comenzó a escribir en una hoja nueva con borde morado. Kay seguía de pie junto a la puerta. Nerviosa, recorrió la habitación con la mirada y resistió la tentación de acercarse a la pared de libros para leer sus títulos. «Es una costumbre de académico», pensó con desdén.

—¿Te has calmado, Zeldin? —La voz de Sedgewick en el silencio la sobresaltó.

Ella lo miró, con la cabeza ligeramente inclinada sobre su bloc de notas, y su resentimiento resurgió. —No hay ningún problema —dijo con frialdad.

—Bien —dijo Sedgewick, cogiendo otro sobre—. Si tienes tanto frío como yo, te apetecerá un poco de coñac para entrar en calor. Sírvete. Está en la mesa.

En un rincón de la habitación, una pesada mesa cuadrada se encontraba entre dos sillones enormes enfrentados. La decoración recargada y ostentosa de la habitación, pensó Kay, parecía casi diseñada para contrastar con el resto de la casa. Se sentía incómoda de pie junto a la puerta sin nada que hacer, así que se acercó a la mesa y sirvió el licor en una de las grandes copas que estaban junto a la botella.

—Sírveme uno a mí también —dijo Sedgewick mientras escribía la dirección en el sobre.

Llamaron a la puerta y entró el mensajero. Sedgewick rodeó el escritorio con los cuatro sobres morados en la mano.

Mientras Kay lo escuchaba dar órdenes, se dio cuenta de que para él dar órdenes era tan natural como respirar. Su resentimiento se desvaneció, pues parecía mezquino y egoísta al considerar la gravedad de la situación y su pequeño papel en ella. Sí que tenía problemas de autocontrol; Sedgewick tenía razón en eso.

—¿Tienen refuerzos aquí? —preguntó Sedgewick.

El mensajero asintió. “Esperando en esa habitación contigua a la cocina”.

—Bien. Tu suplente llevará este sobre a Turpin —intentando primero en su domicilio— y luego regresará aquí, con o sin respuesta. Supongo que volveré a necesitar sus servicios esta noche. Tú mismo llevarás estos... —Sedgewick le entregó dos gruesos sobres de papel manila— a la costa oeste. Este va a Seattle y este a San Diego. Pídele a alguien que lleve el de San Diego. Cuando llegues a Seattle, supongo que Torricelli tendrá algo que enviarme, algo que necesitaré cuanto antes. ¿Entendido?

"Entendido." Y el mensajero se marchó.

Kay le entregó a Sedgewick el coñac que le había servido. —Me pregunto —dijo Sedgewick— si nos quedaremos sin material antidisturbios antes de que logremos estabilizar la situación. Solo disponemos de una cantidad limitada de químicos y de munición. No parecía preocupado ante la idea.

"Me imagino que nos quedaremos sin comida y agua antes de quedarnos sin armas", dijo Kay.

"Por lo visto, eso es lo que piensa la gente de Portland también. Si no fuera por la campaña de vídeo de los malos, ninguno de estos brotes estaría ocurriendo tan pronto."

Kay probó el coñac; sin duda, era el mejor que había probado jamás. No podía ni imaginar su precio. «Si supiéramos cómo lo hacen», dijo.

“Tengo la intención de dejar que En y Tech se encarguen de ese problema; entra dentro de sus competencias. Seguridad simplemente trabaja con los recursos que tiene. Y veremos cuántos de estos receptores de contrabando se pueden confiscar en un plazo razonable.”

¿De qué serviría eso?, se preguntó Kay. Los terroristas probablemente podrían reemplazarlos. Y la gente no era tan estúpida como Sedgewick parecía creer. El daño ya debía estar hecho. ¿No era un poco tarde para silenciar la propaganda? Sin implementar su propia propaganda —para suplantar la propaganda Marq’ssan—, este despliegue de fuerza carecía de sentido. Poca gente tenía algo que hacer, incapaces de salir a trabajar, a comprar o a divertirse. Atrapados en sus casas, ¿no se limitarían a rumiar, enfurecerse y sentirse frustrados por el aburrimiento y la impotencia?

Marie abrió la puerta. —El señor Booth y el secretario de Salud están aquí —dijo.

—Bebe, Zeldin —ordenó Sedgewick—. Ha llegado la hora.

[ii]

Magyyt habló inglés. "¿Quieres decir que nunca creíste realmente que no éramos humanos?"

Beatrice Sweetwater se encogió de hombros con una expresión de impotencia e incomprensión. —No lo sé —dijo—. No sé qué pensé.

“Pero nunca me dijiste que no creías lo que te dije.”

“Te creí cuando me lo dijiste. Pero, de alguna manera, una vez que todo empezó aquí con las demás mujeres, dejé de pensar en ello de esa forma. Estaban pasando todas esas cosas, y tú eras simplemente Maggie, a quien conocía desde hacía años, y las demás parecían y hablaban igual que otras feministas que conocía. Supongo que, de alguna manera, lo *olvidé.* No puedo explicártelo, Maggie. Nunca dejé de creerte, no *conscientemente.* Nunca lo pensé conscientemente, nunca decidí conscientemente que me habías mentido. Las cosas estaban cambiando y sacudiéndose mucho, y en eso me centré.”

Magyyt suspiró. «Nosotros, los marq'ssan, hemos hecho todo lo posible por adaptarnos, tanto nosotros como nuestra nave, para vuestra comodidad, Beatrice. Creíamos que ya había suficientes obstáculos sin añadir el grave estrés psicológico de dar cuenta de nuestra condición de extraterrestres». Magyyt señaló con la cabeza la puerta de la

Sala de Mediación n.º 17. «Y las delegadas de allí nunca creyeron que fuéramos de Marqeuei, ¿verdad?».

—No, no creo que lo hayan hecho —dijo Beatrice.

“Aunque les resulte perturbador a ustedes, a los humanos, quizás también les sea útil. Después de hablar una vez más con las mujeres que están dentro, voy a llamar mujeres de los medios de comunicación. Nunca tuvimos la intención de engañar a los humanos. No les impediremos que se desengañen a sí mismos.”

“¡Algunas de esas mujeres son histéricas, Magyyt! ¡Asustarán a casi todo el mundo!”

—Eso les corresponde a ustedes, los humanos —dijo Magyyt—. No tenemos intención de controlar sus transmisiones. Desde el principio, les dejamos eso a ustedes, mujeres libres. Y ustedes, mujeres libres, tendrán que resolverlo con los demás humanos. Nosotros, los Marq'ssan, hemos hablado de esto y sabemos que debemos seguir como empezamos. No las controlaremos de esa manera. Ya hay suficiente control en nuestra propia existencia. La discusión había sido acalorada, larga y amarga. Pero al final llegaron a un consenso. La exposición a los humanos aún no había afectado su capacidad de negociación.

“¿Pero qué nos recomienda que hagamos?”

«Beatrice, no tenemos vídeo ni nada parecido en Marqueei. No soy la persona más indicada para aconsejarte sobre cómo manejarlo. Mi consejo es que hables con Kelly, Dolores y Grete. Por lo que veo, son las más expertas y hábiles entre ustedes en lo que llaman habilidades de comunicación. Debes aprender a buscar estas cosas en otros humanos, no en mí. Soy una extraña en tu mundo.»

Beatrice se estremeció. "Si estás harta de nosotros, Maggie, ya verás".

Magyyt se llevó el dorso de la mano a la frente. «No. No, lo siento. No estoy harta. Pero siento que siempre me repito. No quiero que pienses que somos superhumanas, Beatrice. No somos humanas, es cierto, pero no somos diosas —uso el sentido patriarcal de la palabra, no el de Sweetwater—, no somos diosas, somos criaturas que luchamos por abrirnos camino, por vivir, por aprender. Lo que significa que no somos tan diferentes de ti. Pero, sobre todo, debes entender que no podemos darte respuestas; no podemos ofrecerte nuestras estructuras, salvo la de la negociación. Por favor, no esperes más».

Guardaron silencio.

Entonces: —¿Sientes las vibraciones de la nave, Beatriz? —preguntó Magyyt en voz baja—. ¿Las sientes ahora? Beatriz cerró los ojos un instante y asintió. —Cuando empieces a dudar de que no somos humanos, quédate quieta y

permítete sentirlas. Recuerda que están ahí y que no podrían estarlo si te hubiéramos llevado a algún lugar de la Tierra.

—¿Tienes rasgos externos como los que vimos en Dghatd? —susurró Beatriz.

“A simple vista, sí. Dudo que pudieras distinguirnos si nos vieras como estamos en Marqueei, aunque entre nosotros todos parecemos estar muy bien diferenciados.”

“Me cuesta creerlo, Maggie, cuando te veo aquí a mi lado. Me cuesta creer que si tú también tuvieras una de esas convulsiones o lo que sea que le pasó a Dghatd, te vería convertida en alguien diferente a la mujer que he conocido y amado. Ahora te veo tan distante, Maggie.”

Magyyt se apoyó contra la pared. «Quizás eso también cambie. Pero aún nos queda mucho camino por recorrer, a ti ya mi».

Beatrice tragó saliva. —Voy a buscar a Kelly y a los demás ahora mismo. Tengo una idea de cómo hacerlo; no hay razón para que no podamos grabar y editar para lograr la mejor presentación posible.

—Es tu médium, Beatriz. Ahora debo unirme a Sorben y a las mujeres que están ahí dentro —dijo ella, señalando la puerta de la sala de mediación—. No se consolarán tan fácilmente como tú.

Beatriz simplemente dijo: "No te conocen en absoluto".

Magyyt sonrió levemente. Beatrice siempre había tenido predilección por la ironía. Quizás ese sentido del humor le sería útil ahora. Magyyt abrió la puerta y entró.

[iii]

El precio de todo esto, pensó Kay mientras miraba alrededor de la mesa... solo los músicos... Y pensar que le había impresionado el estilo de vida de Leland.

Al otro lado de la mesa, el Secretario de Salud, Gibson, advirtió sobre los efectos de la contaminación adicional en el aire proveniente de todos los motores de combustión interna que funcionan en Washington D.C. «Mis expertos me aseguran que, bajo tal presión, nuestros nanofiltros requieren una cantidad de agua considerablemente mayor».

Kay, siempre un poco preocupada por beber suficiente agua en circunstancias normales, se preguntó si su reciente fatiga, aparentemente crónica, podría deberse a una leve deficiencia en su sistema digestivo. Después de todo, últimamente había estado ingiriendo cantidades anormales de drogas y alcohol... —Me alegra tener esta oportunidad de hablar contigo, Zeldin —dijo Devito, Secretario de Energía y

Tecnología, sentado a su izquierda—. Leí tu informe justo antes de venir y quería hacerte algunas preguntas. Tomó su vaso de agua y bebió casi la mitad. —Ahora —dijo mientras dejaba el vaso y tomaba el tenedor—. ¿Estás al tanto de los informes que llegan de los astrónomos?

Kay observó con inquietud la temblorosa ostra en la que había clavado el tenedor. —¿De los astrónomos? No, no sé nada de eso. Kay logró llevarse la ostra a la boca, aunque por un instante estuvo segura de que se le resbalaría del tenedor y salpicaría vergonzosamente su plato.

“Para ser francos, todos sus informes coinciden en que hay tres objetos desconocidos, objetos considerablemente más grandes que cualquier satélite que se supone que está ahí fuera, orbitando la Tierra. ¿Qué opinas de eso, Zeldin?”

Kay jugueteó con su copa de vino. —Me temo que la astronomía está lejos de ser mi especialidad, señor.

Las cejas de Devito se arquearon. “Entonces permítame preguntarle esto. ¿Cómo explica que esas dos mujeres descubrieran las armas que llevaba encima?”

El resto de la mesa se quedó en silencio. Los demás miembros del Gabinete y Booth la miraban fijamente. «Debían de tener algún tipo de instrumentación que no pude reconocer», dijo.

“Ah. Otra vez su fantástica tecnología. Repasemos las hazañas tecnológicas de nuestro enemigo, ¿de acuerdo, Zeldin? Primero, el pulso electromagnético global. Luego, su extraña nave, que, considerando su forma tal como me la describieron, sería imposible de hacer despegar. Y según tu descripción del viaje, que dijiste que fue perfectamente cómodo, incluso durante un despegue a alta velocidad, también imposible. La gravedad, Zeldin, es la gravedad. Y luego, su capacidad para detectar venenos y explosivos ocultos en tu cuerpo. Después, su inexplicablemente no explosiva destrucción de Dowsanto, que dejó escombros cuyas moléculas tienen a nuestros físicos discutiendo. Luego, sus dispositivos de traducción, que tú misma llevabas en el lóbulo de la oreja y con los que podías entender chino y portugués, dos idiomas que dices desconocer. Y luego, sus transmisiones de vídeo holográficas en directo y su distribución masiva de pequeños y ligeros instrumentos que reciben señales en frecuencias que cambian constantemente y proyectan imágenes. ¿Me sigues, Zeldin?”

—Señor —dijo Kay, consciente de que todos en la mesa estaban de acuerdo con él.

“Ahora permítanme referirme nuevamente a los informes de los astrónomos sobre tres objetos inusualmente grandes y no identificados que orbitan la Tierra. ¿Se les ocurre alguna explicación global para estos hechos tan diversos?”

¿Por qué Sedgewick no habló? —Tal vez —dijo Kay con cautela— exista una tecnología clandestina muy avanzada de la que no sabemos nada. Y estas personas que se hacen llamar Marq'ssan dominan esa tecnología.

Devito se recostó en su silla. —¿De dónde proviene esta misteriosa e insondable tecnología, Zeldin? ¿Puedes decírmelo?

“Si supiéramos la respuesta a eso”, espetó bruscamente Larson, Secretario de Comercio, “entonces no estaríamos perdiendo a Dowsanto ni a ninguna otra industria que esta gente pretenda arrasar”.

Devito miró a Larson, sentado a la izquierda de Gibson y a la derecha de Felice, que estaba sentada a los pies de la mesa. «Genial, John. Absolutamente genial. Veo que usas la palabra *"arrasar".* Supongo que la elegiste porque no tenías a mano un verbo capaz de describir exactamente lo que le hicieron a Dowsanto».

Larson se encogió de hombros. "¿Y qué?"

“Así que buscaste y encontraste algo con connotaciones de convención de ciencia ficción de cómics. Y con razón.”

Larson derramó su vaso de agua. Felice le hizo una señal a un técnico para que limpiara el desastre. «¡No me digas que compras esas cosas extraterrestres!», dijo Larson. «¿Puedes ser tan ingenuo?».

—Entonces díganme (a) dónde se inventó o descubrió esta misteriosa tecnología y (b) por qué el enemigo nos dio una historia completa de Marq'ssan —dijo Devito. Su mirada recorrió la mesa, deteniéndose brevemente en el rostro de cada uno de sus colegas. —¿Por qué diablos estamos haciendo el avestruz? —Su voz se elevó—. Puede que no tengamos nuestra instrumentación básica a nuestra disposición. Pero los hechos son obvios, claros e indiscutibles. ¿Qué diablos nos pasa? —gritó.

Los demás intercambiaron miradas, y Kay pudo ver que todos pensaban lo vergonzoso que era que su compañero hubiera perdido el control.

Hablando con una voz lo suficientemente alta como para oírse alrededor de la mesa, Sedgewick acaparó toda la atención. «Paul, da igual si son terroristas terrestres o extraterrestres». La palabra «extraterrestres» en la entonación de Sedgewick sonaba humorística, incluso exagerada. «Las pruebas, o los hechos concretos, como tú dices, pueden respaldar cualquiera de las dos teorías. No sabemos de dónde proviene esta misteriosa tecnología. Pero, ¿cuánto importa realmente su procedencia? En mi opinión, lo que importa es restablecer el control. Que se trate de terroristas terrestres o celestiales ni siquiera parece relevante. Sean quienes sean, quieren destruir el nivel básico de ley, orden y prosperidad que la gente civilizada ha alcanzado. No le veo sentido a discutir sobre esto».

“¿No te preguntas hasta dónde pretenden llegar estas personas, Robert?”

“Hasta donde les permitan llegar, supongo.”

“¿Pero con qué fin?”, gritó Devito.

Sedgewick suspiró. —Ilumínanos, Paul. ¿A qué te refieres?

“Si *son* extraterrestres, podrían tener propósitos que van mucho más allá de lo que podemos imaginar. Tratar con humanos es algo que podemos controlar razonablemente. La experiencia colectiva del Ejecutivo es considerable para ello. Pero cuando hablamos de extraterrestres, estamos completamente a ciegas. No tenemos forma de saber qué buscan, ni siquiera qué podrían *buscar,* ya que solo conocemos las motivaciones humanas. Sugiero que ampliemos nuestra perspectiva, señores. Antes de que nos llevemos una desagradable sorpresa. Y antes de que sea demasiado tarde para maniobrar. Cuanto más se prolongue esta situación, menor será nuestra influencia. ¡Hay que acabar con esta tontería de los terroristas!”

Kay terminó el vino de su copa. Ya no tenía ganas de comer. Otra cena elegante, arruinada.

«Díganos, a modo de ejemplo», invitó Sedgewick, «qué cree que podríamos hacer si el enemigo fueran los extraterrestres que usted cree que son. Si son inescrutables, ¿cómo propondría que los enfrentáramos?»

Felice le hizo una señal a un técnico, quien se acercó para rellenar la copa de Kay. Kay se percató de la mirada de Gibson. Felice, la única otra mujer en la mesa, bebía exclusivamente agua. Kay se dio cuenta de que su facilidad para beber vino debía de dejar claro a esos hombres que no ocupaba un puesto directivo.

“Para empezar, propongo que los tomemos en serio.”

—¡En serio! —exclamó Mott, secretario del Interior y del Medio Ambiente, sentado a la derecha de Sedgewick y, por lo tanto, fuera del campo de visión de Kay—. ¿Qué crees que estamos haciendo ahora?

“Desde luego, no los tratamos como a un gobierno extranjero. No nos hemos tomado en serio su solicitud de una delegación, del mismo modo que no nos tomaríamos en serio a un grupo de terroristas, ni a la ONU, por cierto. Si supiéramos que la República Popular China o la URI están involucradas, sin duda lo manejaríamos de otra manera. Para empezar, no habríamos enviado a Grausch y Fenton”, dijo Devito. “Grausch es un don nadie, y Fenton, peor aún, ¡un chiste! Exvicepresidente”. Se burló.

“Por si lo habéis olvidado”, dijo Mott, *“¡*fueron ellos quienes exigieron solo mujeres!”.

¿Y qué clase de excusa es esa? ¿Vas a dejar que el mundo entero se descontrole solo porque insistieron en que

enviáramos únicamente mujeres? ¿Estás loco, Michael? —Devito se volvió hacia Kay—. Dime, Zeldin, ¿en algún momento, cuando estabas con el enemigo, percibiste algo extraño? ¿Sentiste que ciertas cosas —quizás imperceptibles— no cuadraban? ¿Viste u oíste algo que te resultara *extraño?*

Kay levantó la vista hacia Sedgewick, que estaba al otro lado de la mesa. ¿Cómo debía responder a esas preguntas? Dijera lo que dijera, la atacarían. Podía despedirse de su regreso a las negociaciones. —No estoy segura de a qué te refieres —dijo con cautela.

La mirada de Devito recorrió su rostro. «Estás siendo evasiva, Zeldin. ¿Cómo te sentiste al subir a esa nave? Mencionaste haber tomado un tranquilizante segundos antes de abordar. Seguramente tenías una razón para tomarlo en ese momento».

Los dedos de Kay arrugaron la servilleta que tenía en el regazo. "Ver el avión fue un poco impactante", dijo.

“Un poco sorprendente. Quieres decir, más bien, *inquietante,* ¿no, Zeldin?”

La boca se le secó. "Tal vez."

“Y entonces, cuando los dos te estaban observando, Zeldin, ¿qué sentiste?”

“¿Te refieres a cuando me dijeron que sabían que tenía armas?”

“Sí. Dijiste que después de que una comentara que eras un «escuadrón de la muerte andante», la otra cerró los ojos y *luego* estuvo de acuerdo con lo que había dicho la primera. ¿Lo he entendido bien, Zeldin?”

Kay asintió.

«Y en tu informe dijiste que estabas sorprendida y que te preguntabas si te habían visto tomar el tranquilizante, ya que la primera mujer informó que acababas de tomarlo y que pronto haría efecto. ¿No te quedaste más que atónita, Zeldin? ¿O es que de verdad no tienes imaginación?»

“¿Qué es lo que intentas que diga el testigo, Paul?”, preguntó Sedgewick. “¿Qué es lo que no puede esperar hasta la audiencia de mañana?”

Devito giró la cabeza para mirar a Sedgewick. —¿Qué es lo que no quieres que diga tu protegida, Robert?

La boca de Sedgewick se torció en una media sonrisa. —No soy yo quien mueve los hilos aquí, Paul. Me pregunto por qué la interrogas con tanta dureza. Supongamos que Zeldin te convence y dice que las mujeres le resultaron inquietantes. ¿Qué harás entonces? —Sedgewick miró a Kay—. Diles tu impresión general de la reunión, Zeldin.

Kay esbozó una leve sonrisa. «Era una mezcla entre una reunión académica nacional anual y un enorme balneario: por todas partes se oía el parloteo de voces femeninas. Como una torre de Babel femenina».

—¿Y eso te inquietó, Zeldin? —preguntó Sedgewick.

Kay mantuvo su sonrisa forzada con rigidez. «Para nada. De hecho, era difícil tomarlo en serio por su aparente trivialidad. Pero las transmisiones de vídeo en directo exigían que uno lo tomara en serio. El uso de los medios de comunicación era lo que más me inquietaba, mucho más que viajar en sus extrañas naves o que descubrieran que llevaba armas».

Sedgewick dijo: “Repítenos, Paul, ¿cómo crees que deberíamos responder a todo esto de que sean solo mujeres? ¿Qué es específicamente lo que quieres que hagamos que no estemos haciendo ya?”

Los técnicos se adelantaron para retirar los platos de ostras. Kay se recostó en su silla y se dejó envolver por los sonidos y el esplendor de la escena. La audiencia sería agotadora. Estaba segura de que esto era solo un anticipo de lo que tendría que afrontar. Ahora que volver parecía tan incierto, se dio cuenta de lo importante que era para ella. No había deseado algo con tanta intensidad en años.

Capítulo ocho

[i]

No creo que sea una buena idea, Grete —dijo Magyyt en alemán.

“Solo veo dos posibles resultados, ambos negativos. Por un lado, los humanos que me observan, si son escépticos desde el principio, asumirían que el cambio en mi apariencia se logró mediante simulación por computadora, con la complicidad de usted y las demás mujeres de los medios. Así que verme en un estado sin forma no convencería a quienes consideran a Marq'ssan un fraude. Pero para aquellos que ya nos aceptan por lo que decimos ser —y empiezo a preguntarme si existen tales personas en la Tierra— habría repulsión, y lo que les estaríamos ofreciendo *sería* un espectáculo de fenómenos. Beatrice Sweetwater dijo que lo

que vio de Dghatd le pareció reptiliano; no sé si todos tendrían esa impresión en particular. Pero ¿puede imaginar el tipo de etiquetas y objetivaciones que resultarían de tal exposición? ¿Y con qué fin? ¿Por qué es necesario que Marq'ssan les muestre nuestro orígen? Quien niega siempre encontrará una nueva forma de negar cada prueba más grande y más fuerte. Me temo, Grete, que Hemos descubierto otra faceta más de la necesidad y la capacidad humana para el autoengaño.

Grete juntó sus manos nudosas; sus ojos azules apagados reflejaban tristeza. «Puede que tengas razón. Pero parece que es nuestra única alternativa».

Magyyt arqueó las cejas. «¡Qué manera tan tonta de hablar: "la única alternativa"! Tenemos infinidad de alternativas. ¿Por qué insistes en seguir jugando cuando te parece inútil, o las reglas fútiles, degradantes o sin sentido? Hay algo de los humanos que no entiendo. Es cierto que a veces los Marq'ssan se ponen a prueba de esa manera. Pero hemos descubierto que es la forma más segura de impedir que se produzca cualquier cambio. ¿Acaso le temes al cambio real, Grete?»

El rostro de Grete se iluminó con una sonrisa. «¿Quién no teme en lo más profundo de su corazón al cambio *real?* Uno inevitablemente teme a lo desconocido, inevitablemente teme a lo que no es necesariamente controlable».

“Ah, control.”

“Es más que una obsesión con los ejecutivos, Magyyt.”

“Sé poco sobre ejecutivos.”

«Si has vivido tanto tiempo en este planeta como dices, entonces, por supuesto, sabes mucho sobre ellos». Magyyt no respondió. Grete se acomodó sobre sus talones. «Seguiremos tu consejo, Magyyt. Seguiremos entrevistando a las mujeres. Pero algunas podrían describir algo totalmente escandaloso. Dos de ellas estaban histéricas, ¿sabes?».

Pero en ningún lugar de vuestro mundo se considera a las mujeres histéricas como testigos fiables.”

“Ni mujeres en ningún estado mental.”

“Si eso es así, lo que estamos intentando hacer debe ser doloroso. ¿Cuándo creen que sus gobiernos tomarán en serio a las mujeres?”

Grete dijo: «Ya se ha destruido una gran cantidad de propiedades y se pierden sumas astronómicas de dinero cada día. Quizás los ejecutivos nunca tomen en serio a las mujeres. Quizás prefieran que la gente pase hambre y sed». Magyyt se puso de pie, y Grete también. «Sal y Lucy grabarán las entrevistas. Kelly comenzará en inglés, describiendo la sala de mediación y el entorno. Después entrevistarán a

Beatrice y Fenton; y luego Dolores continuará en español entrevistando a Valderas y Bonita. Yo concluiré entrevistando a todos los demás, en alemán».

Magyyt hizo un gesto de irritación. «Creo que deberías organizar una reunión aparte, Grete. En el Salón de Actos. Que las mujeres digan públicamente lo que piensan y sienten. Sin la presencia de ningún Marq'ssan». Ella se dirigió a la puerta, luego se giró hacia Grete y se marchó.

Grete se miró a sí misma, frunciendo el ceño y apretando los labios. «Tal vez tengas razón. Hablaré con otras y veré qué opinan. Podría volverse muy raro si esto generara una paranoia generalizada».

Magyyt prácticamente huyó a la sección Marq'ssan de la nave. Ya era hora de su descanso nocturno y hacía mucho que había pasado la hora de su meditación previa al sueño.

Yo ya había tenido suficiente de los humanos por el momento, y sabía que yo también sería vulnerable al agotamiento si no tenía cuidado.

[ii]

Kay apoyó la cabeza en el respaldo alto de la silla y cerró los ojos. Sentía los músculos pesados por el cansancio y estaba a punto de dormirse.

¿Necesitas una pastilla, Zeldin?

Kay no lo había oído regresar. Abrió los ojos. —Sí —dijo. Sin ellas, no tenía ninguna posibilidad de mantenerse alerta.

Él se marchó, y ella volvió a cerrar los ojos y escuchó a los músicos de la habitación contigua recoger sus instrumentos. ¿Qué pensarían de tocar en una sala diferente a la de su público? Probablemente nada. Sin duda, cobrarían una buena suma por sus tres horas de trabajo.

Sedgewick regresó. “Arriba, Zeldin. El coche te está esperando.”

Kay abrió los ojos y él le lanzó una pastilla envuelta en papel de aluminio. Se puso de pie a duras penas, buscó una botella de agua fresca y se bebió la pastilla de un trago. Luego, se llevó la botella para terminar de beber en el coche. Alcohol, drogas, contaminación del aire: vivía peligrosamente. Soltó una risita mientras subía al coche.

“¿Qué es tan gracioso, Zeldin?”

“Oh, acabo de tener un pensamiento absurdo. Sobre lo peligrosamente que estaba viviendo, consumiendo tanto alcohol y drogas y expuesta a la contaminación del aire. Y entonces recordé lo peligrosamente que vivo de todos modos últimamente.”

“No creo que debas preocuparte —todavía— por los terroristas que matan a los negociadores. Parecen más interesados en destruir propiedades.”

—No estaba pensando en los terroristas —dijo Kay con ironía.

Hubo un silencio de unos cinco segundos.

—Tal vez serías tan amable de decirme en qué *estabas* pensando —dijo Sedgewick con calma.

Kay se bebió el resto del agua de la botella de medio litro. ¿Qué le pasaba para hablar con tanta desfachatez? Sedgewick era la última persona con la que debería desahogarse sin pensar. Estoy cansada, pensó, y algo borracha. Y muy, muy tonta.

“¿Zeldin?”

"¿Sí?"

“¿Estás ignorando mi pregunta?”

Suspiró. “Ursula Hodges está muerta. ¿Acaso eso no es suficiente indicio del peligro que conlleva este trabajo?”

“¿Ursula Hodges?”

“La australiana.”

“¿Crees que podrías llegar a compartir su entusiasmo por los terroristas?”

Kay apoyó la cabeza en el asiento. Se había tomado la pastilla con el estómago lleno. Tardaría al menos diez minutos más en hacer efecto. «No, Sedgewick. No espero entusiasmarme con los terroristas».

“¿Te estás impacientando conmigo, Zeldin?”

Antes de poder evitarlo, Kay comenzó a reír. Y luego le costó contenerse. Cuando finalmente logró reprimir sus risitas, notó el ominoso silencio de Sedgewick. Intentó pensar en cómo disculparse o cómo responder a su pregunta, pero su esfuerzo solo la llevó a otra carcajada.

Fue el frío húmedo lo que finalmente la hizo entrar en razón. Se ajustó más el manto de Felice y se acurrucó contra la puerta del fondo. No vio pasar ningún coche. Solo estaban los centinelas en casi todas las esquinas, y los tanques y furgonetas de la Guardia. Los enormes edificios se alzaban sombríos en la oscuridad. Sintió un hormigueo en la cara y

los brazos, y su vista, oído y olfato se agudizaron. La droga había empezado a circular por su torrente sanguíneo.

El coche se detuvo en una de las entradas laterales de la Central de Seguridad. Alguien abrió la puerta de Sedgewick. Aún en silencio, salió. Kay, deslizándose por el asiento para salir por la misma puerta, se puso nerviosa.

Alzó la vista hacia las estrellas, tan espectaculares en el cielo. El viento le abrió la capa, enviando ráfagas de aire frío por sus mangas y bajo el dobladillo de su túnica. Temblando, se aferró a la capa y corrió tras Sedgewick, que ya pasaba junto al marine de la puerta y entraba al edificio.

Un presentimiento la invadió, extendiéndose por sus pantorrillas, intestinos, vientre y secándole la garganta. Siguió a Sedgewick adentro. Sus oídos registraban con una agudeza antinatural cada paso discreto que Anderson y el otro hombre de la Compañía daban detrás de ella. Había suficiente luz en el pasillo como para que temiera el momento en que vería el rostro de Sedgewick. Una parte de ella se burlaba de su nerviosismo, se burlaba de su vulnerabilidad ante la ira de Sedgewick: ¿qué importaba, después de todo? Pero sí importaba. Deseaba con todas sus fuerzas volver como negociadora de Estados Unidos. Era *su* trabajo, ella era la indicada para hacerlo. Sabía que eso era lo que quería. Pero a pesar de todo, lo había echado a perder como una niña.

Sedgewick esperaba de pie junto a la puerta de la escalera. Kay aceleró el paso y, en cuanto lo alcanzó, Sedgewick comenzó a subir las escaleras, iluminadas con una luz chillona. Kay subió tras él, y Anderson tras ella. En las escaleras solo había aproximadamente una cuarta parte de los marines que había durante el día.

Sedgewick desbloqueó los complejos mecanismos de las puertas dobles mientras un marine observaba, y luego recorrió la oscura oficina exterior. La puerta se cerró tras Kay, apagando la luz del pasillo y sumiendo la habitación en la oscuridad hasta que una luz comenzó a brillar en la oficina de Weatherall, ofreciéndole a Kay una guía para orientarse.

Sin aliento, Kay siguió a Sedgewick con paso pesado, presa del temor ante la escena que se avecinaba. Entraron en su despacho y Sedgewick encendió varias lámparas en la zona de trabajo. Con su capa bien ajustada, Kay permaneció cerca de la puerta, observando cómo la habitación se iluminaba. Sedgewick le indicó que se acercara a la mesa. En silencio, se sentaron en las mismas sillas que habían ocupado antes.

Sedgewick apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos entrelazadas. No parecía enfadado; su expresión era seria, atenta y cansada, pero no enfadada. «Quizás lo hayas notado», dijo, con una voz que apenas rompió el silencio de la sala, «que me levanté de la mesa tres veces durante la cena. Parece que los ciudadanos que respetan la ley durante el día se vuelven violentos por la noche. Cada noche se

producen más manifestaciones de este tipo». Sedgewick se recostó y dejó caer las manos sobre la mesa. «Lo que quiero decir es que, incluso sin la operación de Marq'ssan, tengo suficiente trabajo para mantenerme aquí toda la noche. Por lo tanto, es más que inconveniente que tengamos que dedicar parte de nuestro escaso tiempo a hablar de tu estado psicológico».

Kay miró fijamente sus manos sobre la mesa, unas, cuadradas, lisas y con dedos espatulados; los suyos, lisos, de dedos largos, con venas prominentes y morados por el frío.

“¿Tengo tu atención, Zeldin?”

Kay levantó la vista y se obligó a mirarlo a los ojos. "Completamente".

“Entonces, tal vez puedas decirme cuál es el problema. Para ser sincero, estoy perplejo. La histeria es, por supuesto, lo primero que me viene a la mente. Tal vez seas simplemente otra mujer que se derrumba bajo la presión de responsabilidades demasiado pesadas para una mujer. Sin embargo, manejaste la cena bastante bien. Estoy segura de que Booth convencerá a los demás, me lo dijo antes de irse, y Devito me dijo que pensaba que eras lo único que teníamos a nuestro favor en este momento. Si no puedes con el trabajo, estoy en una posición un tanto embarazosa. Estoy seguro de que puedes verlo. Les he asegurado a mis colegas que eres fuerte, que puedes manejar la responsabilidad, que

eres confiable y leal. ¿Entiendes que, naturalmente, no les entusiasma una mujer y además profesional? He invertido mucho en ti, Zeldin. A nadie, y menos a mí, le gusta pensar que ha cometido un grave error de juicio. ¿Es posible que tengas otra explicación para tu arrebato? ¿Es posible que simplemente estuvieras complaciendo a otro de tus ¿Chistes privados poco graciosos?

Las palabras brotaron de sus labios, un torrente interminable, pero Kay se recordó a sí misma que la droga seguía en su organismo, que debía pensar con detenimiento antes de responder. «Un pequeño arrebato no es señal de que esté perdiendo la cabeza», dijo. «Admito que perdí el control, pero no por la presión de la responsabilidad. El estrés tiene otra causa». Miró a Sedgewick para ver cómo reaccionaba.

“Otra fuente. ¿Hay algún asunto personal que te preocupe? ¿No creías que tenías la obligación de contármelo antes de aceptar el trabajo?”

Kay se removió en su silla y miró fijamente las pesadas cortinas que cubrían la ventana. Había tomado el camino equivocado. Él no estaría satisfecho hasta que ella dijera algo específico, y entonces se enfadaría. Intentó desviar la conversación: «Nada de esto tiene que ver con mi capacidad para hacer este trabajo», dijo. Lo miró a los ojos. "Confío en que puedo manejarlo. Mi arrebato fue simplemente una forma de desahogarme".

“Te pregunté cuál era el problema, Zeldin.”

Sintió un nudo en el estómago por la aprensión. Necesitaba agua, pues la droga la había deshidratado. «Me resulta agotador estar cerca de ejecutivos», dijo finalmente. «Estoy acostumbrada a ser mi propia jefa. Me dijiste que pensabas que estaba jugando una especie de competencia de poder con Torricelli. Pues no era así. Sinceramente, las restricciones que insistía en imponerme me resultaban intolerables. Me cuesta lidiar con que la autoridad de otro me sea impuesta constantemente. Me produce claustrofobia. Y no he tenido un respiro en todo el día. Soy una provinciana, Sedgewick. Una rana grande en un estanque pequeño. Aquí estoy, empujada, presionada, confinada, perpetuamente insultada y humillada. Mi arrebato no tuvo nada que ver con las tensiones del trabajo. Sé que puedo con él. Está hecho para mí. Mi arrebato fue solo una explosión de frustración contenida». La aprensión de Kay se intensificó. Ella sabía que él debía estar considerando su declaración de incomodidad como un desafío a su control.

“Sea cual sea la forma en que describa su confrontación con Torricelli, Zeldin, permítame señalar que me he esforzado por que mi gente sea respetuosa con sus sensibilidades. Eso formaba parte de nuestro acuerdo.” Sedgewick hizo una pausa. “Aun así, incluso si por alguna razón se siente insultada —y me gustaría que me lo aclarara—, no habla bien de su autocontrol que este

problema de estar cerca de ejecutivos, que a lo sumo es una molestia, provoque un ataque de histeria. Supongamos que su sensibilidad se vea heridas por los terroristas o por otras delegadas. ¿Cómo manejará las negociaciones si no puede controlar sus emociones?”

¿Tenía razón? Pero no podía imaginarse perdiendo el control durante la negociación. «No es lo mismo», dijo tras un minuto de reflexión. «Verás, yo tengo mi propia autoridad habitual cuando estoy con esa gente. Y además, no parecen interesados en ese tipo de juegos. Ellas…»

Sedgewick intervino: "¿Ese tipo de juegos? ¿A qué te refieres, Zeldin? ¿Estás insinuando que te resulta atractivo su lenguaje antijerárquico y antiautoritario?"

En el terrible silencio de la habitación, Kay oía el latido de su sangre en los oídos. Había tropezado en terreno peligroso. «No es eso», dijo en voz baja. «No es eso en absoluto. Es... es que no puedo imaginarme afectada por el tipo de cosas que surgen de esa situación. Cuando estoy en esa situación, no estoy allí como Kay Zeldin, la persona, sino como algo más, como una voz de Estados Unidos, por decirlo en términos un tanto grandilocuentes».

Los ojos de Sedgewick se entrecerraron. —Veamos esto desde otra perspectiva —dijo—. Trabajaste para la Compañía durante seis años. Aunque nunca te entusiasmó la autoridad, sí aceptaste la necesidad de respetar sus normas.

Y desde entonces has formado parte de un entorno muy ordenado y has logrado lidiar con éxito con todas las restricciones que se te impusieron. Y no me digas que no ha habido restricciones. El mundo académico dista mucho de ser un paraíso anarquista. Por lo tanto, seguramente comprendes la necesidad de una cadena de mando. ¿Qué pasaría con las operaciones en las que la gente simplemente hiciera lo que quisiera? ¿Qué pasaría con el funcionamiento del Ejecutivo si no hubiera respeto por la autoridad? ¿Entiendes a qué me refiero, Zeldin? —Se inclinó hacia adelante y le tomó la muñeca—. ¿Admites la necesidad de la jerarquía?

“¡Por supuesto que sí! ¿Me estás acusando de simpatizar con el dogma de los terroristas?”

Soltó su muñeca y se recostó en su silla. "Tú has dicho que tienes problemas para aceptar la autoridad".

“Sin duda reconozco la necesidad de las estructuras de autoridad”, dijo Kay, sintiéndose presionada.

“Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Cómo es exactamente que te sientes insultada y humillada?”

—No creo que tenga sentido hablar de ello —dijo Kay, poniéndose de pie para alcanzar una de las botellas de agua amontonadas en el centro de la mesa.

Sedgewick resopló. «¿Ves? Lo estás haciendo otra vez. Yo estoy al mando de esta operación, y aun así te sientas ahí y me dices qué debemos o no debemos discutir. Lo creas o no, Zeldin, ninguno de mis colaboradores, ni siquiera los directores, desafía mi control de esta manera. Estoy intentando decidir si te mantengo en esta operación, y me lo impides diciéndome que no crees que tenga sentido discutirlo. ¿Acaso no admites que yo estoy al mando de esta operación?».

Kay se sonrojó. El agujero se abría cada vez más. Rompió el sello de la botella y murmuró que, por supuesto, entendía que él estaba al mando.

¿Entonces qué demonios pretendes hacer? Con mi alto cargo en la jerarquía, Zeldin, incluso yo tengo que acatar las órdenes del Gabinete; si mis colegas votan en tu contra mañana, tendré que respetar su decisión. Puede que me moleste, pero no me hará montar en cólera.

“No estoy intentando dirigir esta operación. No creo que sea justo decir que lo estoy haciendo. Me están interrogando como si no confiaran en mí, y me parece que las preguntas personales que no tienen nada que ver con la operación están sujetas a negativa.”

“¿Personales? ¿Estamos hablando de lo mismo, Zeldin?”

“Tu pregunta era sobre mis sentimientos. ¿De qué sirve ser tan específica al respecto?” Y además, ¿cómo *podía* ser específica? ¿Qué era lo que tanto la molestaba? Kay intentó recordar. La forma en que se había comportado con Felice se le quedó grabada, la forma en que había hablado de ella y de Weatherall con Goodwin, cuando le dijo que era como él e insistió en que lo sabía todo al respecto, la forma en que la agarró del codo... Pero ¿a qué venía todo eso? ¿Qué le importaba que fuera tan desagradable? ¿Y qué tenía que ver eso con la autoridad, de todos modos? ¿Por qué era un problema de autoridad, que era lo que él decía que ella tenía? Tal vez estaba *desequilibrada,* obsesionada con pequeñas irritaciones. *“¿*Vas a invitarme a salir?” preguntó Kay.

Estoy tratando de decidir. Lo he apostado todo a una sola carta. Tomé un riesgo calculado; nunca imaginé que fueras tan inestable. Tienes una capacidad demostrada para tomar el control, pero pareces estar al borde de perderlo tú misma. Es un dilema, y personalmente me juego mucho en el resultado.

—Qué lástima que no hayas dedicado años a perfeccionarme —*dijo* Kay, y acto seguido se mordió la lengua.

Esa maldita droga.

—¿Eso es lo qué te preocupa? —preguntó Sedgewick con incredulidad.

Kay tragó saliva convulsivamente.

Sedgewick movió la cabeza. “Pobre Zeldin, sí que tienes un problema. ¿Cómo es posible que seas tan susceptible? ¿De verdad el mundo académico es un refugio de delicadeza? *¿Eso* te enfadó?” Parecía desconcertado. “Eso te provocó *claustrofobia,* creo que dijiste?” Suspiró. “No lo sé, Zeldin. ¿Y si te da un ataque durante la audiencia del Gabinete? ¿Y si se lo toman como algo *personal?”*

—No hay peligro de que me dé un ataque de histeria —dijo Kay bruscamente—. A menos que me retengan allí toda la tarde y la noche. Puedo tener mi ataque de histeria *después* de la audiencia. Se suponía que era una broma, pero Sedgewick no se rió.

“Espero que tengas razón, Zeldin. Porque si te derrumbas durante la audiencia, todo se vendrá abajo y enviarán a alguien del Departamento de Estado.”

Kay miró a Sedgewick. "¿Eso significa que has decidido que conserve mi puesto?"

Sus ojos brillaron mientras la miraba fijamente durante un largo instante antes de hablar. —Por el momento. En período de prueba, Zeldin. Muy bien, pongámonos manos a la obra. Quiero repasar la lista de propuestas que estamos

dispuestos a negociar. Sedgewick se puso de pie, buscó los archivos que necesitaba, regresó a su silla y se puso las gafas de lectura. —Repasaremos las sugerencias departamento por departamento. Empezando por Agricultura.

Kay encontró un bloc de notas amarillo y un bolígrafo para tomar apuntes, y su entusiasmo regresó. Quizás no la quisieran, pero la usarían de todos modos. Eso era suficiente.

[iii]

Horas después, Sedgewick cerró el archivo y se quitó las gafas. Kay se levantó para estirarse. Tenía los músculos entumecidos por el frío y las largas horas sentada a la mesa.

“Un punto más en nuestra agenda de esta noche, y luego podrás irte a dormir”, dijo Sedgewick.

Daba igual, aún no tenía sueño. Kay hizo algunos estiramientos. «Todo listo», dijo y volvió a la mesa.

“¿Has pensado en alguna idea sobre cómo podríamos capturar a algunos de los enemigos, preferiblemente a los líderes?”

“No podemos pasarles las armas”, dijo Kay. “Y no sé cómo podríamos pilotar sus cápsulas, suponiendo que pudiéramos entrar por la fuerza. Un asesinato podría ser posible, pero dudo que podamos capturarlos”.

“El asesinato no es una opción, Zeldin. No en las circunstancias actuales. Eso solo sería un último recurso.”

Kay asintió. “Y para eso se necesitan expertos en artes marciales de primer nivel. No me sorprendería que estas personas también sean buenas en eso”.

“Me pregunto si alguien más está pensando en adquirirlos mientras recoge o entrega a los delegados.”

“¿Existe algún plan para capturar a los que vengan a recogerme?”

“Lo estamos investigando. Creo, Zeldin, que sería buena idea que vieras si puedes conseguir que permitan la entrada de más delegados estadounidenses.”

Kay arqueó las cejas. "¿Gente de la Compañía?"

“Tal vez”. Así que sí, tenía algo más entre manos. Kay estaba dispuesta a apostar a que había otras mujeres entrenando para esta operación, ahora mismo. No para hacer lo que ella hizo, sino con fines más agresivos.

¿Qué tal si envías a algunos de tus activistas infiltrados? Al parecer, los activistas son bienvenidos.

“Esa lista que te di de activistas encarceladas, Zeldin, incluye a todas las infiltradas feministas que tenemos. ¿O debería decir que teníamos? Todas y cada una de ellas, como habíamos sospechado en varios casos, estaban trabajando para el enemigo.”

“Oh.” Eso quedó suspendido en el aire durante aproximadamente medio minuto.

—Esta Leleynl —dijo Sedgewick—. Pareces convencida de que ella es la líder. ¿Eso significa que crees que la organización es exclusivamente femenina? ¿O una mezcla, pero con esta tal Leleynl como suma sacerdotisa o algo así?

“¿La viste en el vídeo?”

"Sí."

“Irradia poder, y de una forma muy inquietante. No puedo creer que sea simplemente la portavoz elegida para el grupo, sea cual sea su composición. Creo que toma decisiones, creo que sabe todo lo que ocurre en la operación. Si se trata de un asesinato, ella debe ser el objetivo principal.”

“¿Crees que se quedarían dormidas si se matara a esa persona?”

Kay se recostó y reflexionó. Ninguna de las Marq'ssan había hablado en referencia a ningún superior. Todas hablaban, cuando alguien las interrogaba, por su propia cuenta, pero sin mencionar la necesidad de consultar primero con un superior. Y nunca dudaban antes de tomar la iniciativa. Miró a Sedgewick. «Creo que podría dañar su moral, pero no creo que tengan una cadena de mando estricta. Varias veces, las mujeres con las que hablé respondieron o actuaron sin consultar a ninguna autoridad superior. Sin dudarlo, con plena confianza en su propio juicio e iniciativa. Intenté discernir su orden jerárquico, pero no distinguí nada más allá de este poder evidente en Leleynl».

"Entonces se desmoronarán", dijo Sedgewick. "Tendremos que idear una estrategia para socavar su organización explotando precisamente esa debilidad. ¿Qué tal si conseguimos o fabricamos un arma en el lugar al que nos lleven?"

Kay frunció el ceño. "No vi armas reconocibles en todo el tiempo que estuve con ellas. En cuanto a fabricar armas... ¿qué tienes en mente? ¿Usar un tenedor? ¿Un objeto contundente? ¿Una bufanda?"

"¿Algo físicamente pequeño?"

"Sí. Pero..."

"¿Pero?"

“No creo que pudiera hacerlo.”

“¿Razones morales?”

Kay se encogió de hombros. —No lo sé. Quizás. Pero... es más bien que no creo que tuviera lo que hace falta para matarla. Me miró una vez cuando hablé aquel primer día, y me quedé sin palabras. No sabría explicarlo.

—¿Esto tiene algo que ver con lo que Devito estaba diciendo? —preguntó Sedgewick con recelo.

Kay rió nerviosamente. “No lo sé. Supongo que hay gente que da bastante miedo”.

—Siempre te he considerado quizás demasiado intrépida, no una cobarde. ¿Qué tal si conseguimos que algunas de ellas vengan aquí a hablar con el Ejecutivo?

Kay se rió. “Olvídalo. Ese es el escenario más improbable. No quieren tener nada que ver con negociaciones directas con hombres”.

“Habla con ellos sobre eso.”

“Si quieres. Aunque me sorprendería mucho que cedieran en eso.”

“Es exasperante que tengan esta ventaja.”

—Sí —dijo Kay—. Siempre es exasperante estar bajo el control de otra persona.

“¿Otra broma, Zeldin?”

“Es muy tarde.”

Sedgewick miró su reloj. —Será mejor que te vayas. Y tengo que idear algún plan para lidiar con su monopolio propagandístico. Quizás debería consultar con algunos especialistas en religión. O contratar actores para que actúen en las calles. O dar charlas informativas.

“Me gusta eso. Sesiones informativas para ejecutivos sobre la verdad acerca de la Manta”. Kay apartó su silla de la mesa. “Intentaré grabarme en vídeo tan a menudo como sea posible”.

“Sí, hazlo.”

Durante el viaje de regreso, Kay, en un intento por relajarse, se estiró en el asiento y miró al cielo. Qué tonta había sido, desperdiciando la total confianza que él tenía en ella. Tenía la sensación de que realmente la había perdido. Él había decidido que ella era una mujer intocable. Y ahora sospechaba. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpida? Ninguno de esos intercambios con él importaba mientras ella pudiera hacer lo que quisiera. Era como mantener la boca cerrada siendo estudiante de posgrado y profesora de bajo nivel. Hacías lo que tenías que hacer, pagabas tus deudas y luego

podías hacer lo que quisieras. Era demasiado mayor, demasiado acostumbrada a salirse con la suya como para ser lo suficientemente flexible como para participar en esos juegos ejecutivos. Sin embargo, era precisamente su edad y experiencia lo que la convertía en la persona adecuada para negociar en esta situación. ¿Por qué Sedgewick no podía entenderlo? Era inteligente, incluso perspicaz (cuando se molestaba en prestar atención). ¿Para qué armar toda esa histeria? Las ideas sobre las mujeres y la histeria habían quedado obsoletas en los últimos años del siglo XX. ¿Por qué los ejecutivos estaban tan entusiasmados con ello?

Un destello cruzó el cielo, pensó Kay, y luego, cuando otro lo siguió, supo que no era un rayo, sino algún tipo de explosión. Se incorporó y apoyó la frente contra la ventana. El destello había sido lejano, en algún lugar al otro lado de Washington D.C.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa de Sedgewick y Anderson abrió la puerta, Kay le preguntó por los destellos. «Balas trazadoras. Supongo que se trata de una violación del toque de queda», fue todo lo que dijo. Juntos subieron los escalones de la entrada; Kay, consciente de que el marine los observaba, usó las llaves que Felice le había dado. Anderson entró con ella. «¿Te quedas a dormir aquí?», le susurró mientras volvía a activar las cerraduras mecánicas.

“Sí. En la habitación de enfrente de la tuya.”

Subieron las escaleras sigilosamente, los pasos de Kay eran silenciosos, los de Anderson un roce amortiguado sobre la alfombra. Anderson la vio entrar en su habitación. Buscó a tientas los fósforos en la cómoda, luego forcejeó con ellos hasta que logró encender uno. La vela brilló, iluminando un pequeño radio de la habitación, y por un instante todo pareció nítido en la luz, pero a la vez suave. El estimulante aún hacía efecto, y el recuerdo de los ojos de Leleynl, ojos perspicaces que la miraban fijamente como si estuvieran allí con ella en la habitación, la atormentaba. Iría a buscar algo de beber. Quizás los whiskies y el coñac aún estarían en el salón contiguo al comedor donde se habían sentado después de cenar.

Kay entreabrió la puerta y miró hacia el pasillo. No había rastro de Anderson. Tomó el candelabro, cerró la puerta sigilosamente y se deslizó por el pasillo hasta las escaleras. Miró por encima del hombro y luego hacia el vestíbulo. Las escaleras estaban iluminadas por dos velas en apliques de pared. Alcanzó a ver la tenue luz de una linterna y los muebles en penumbra abajo. Vio que nadie la esperaba, nadie la observaba, y bajó.

Qué fácil era caminar en silencio con esas botas suaves, pensó Kay, complacida. Encontró el desvío correcto hacia el comedor y se deslizó junto a la inmensa mesa —ahora reducida a la madera desnuda— hacia la habitación que buscaba. El licor aún no estaba servido. Kay dejó el candelabro sobre la mesa, entre las botellas y decantadores,

y vertió una buena cantidad de coñac en una pequeña copa que sería fácil de llevar de vuelta arriba. Tomó el candelabro y salió por la segunda puerta que daba a otro pasillo. Momentáneamente desorientada, Kay se detuvo a mirar a su alrededor. Para su sorpresa, vio un resplandor de luz que emanaba de la habitación al otro lado del pasillo. Quizás, pensó, podría encontrar a Felice despierta hasta tan tarde; seguramente hablar con ella aunque solo fueran unos minutos sería como quitarle un mal sabor de boca. Kay cruzó el pasillo, se detuvo en el umbral y echó un vistazo. Un enorme tronco ardía en la chimenea. Su mirada se apartó del fuego y se quedó fija. Una mujer —Marie, se dio cuenta Kay— yacía desnuda en el suelo frente a la chimenea, con el cabello brillante y amontonado alrededor de su cabeza; Felice, también desnuda, estaba agachada con la cabeza gacha entre los muslos de Marie. Kay perdió el equilibrio y chocó contra la puerta. Pensó en huir, pero debido a la vela encendida y la copa de coñac que sostenía en las manos, dudó.

Felice alzó la cabeza. —¿Alexandra? —la llamó suavemente, y luego dijo en voz más baja—: Será mejor que vaya a verla. Debe de estar sonámbula otra vez. Felice se puso de pie y se vistió con una bata.

Kay retrocedió hacia el pasillo y esperó. Aunque corriera, Felice la vería. Cuando Felice entró en el pasillo, con el rostro sonrojado y los ojos brillantes, Kay, muy avergonzada, dijo: «Lo siento. No quise ser grosera contigo. Bajé a tomar algo

para poder dormir, vi la luz del fuego y pensé que podrías estar despierta...»

Felice sonrió. «Es algo perfectamente normal. Me alegra que no fuera Alexandra la que andara deambulando dormida. Dejó de hacerlo hace unos meses, pero con todos los problemas recientes pensé que tal vez había vuelto a empezar».

Kay intentó sonreír. "Será mejor que me vaya..."

“¿Estás bien, Kay? Te veo bastante temblorosa. ¿Quizás te gustaría sentarte un minuto? Has tenido un día largo.”

“Yo, bueno, yo…”

Felice rodeó con el brazo los hombros de Kay y la hizo entrar en la habitación. —Ven, siéntate un minuto o dos. Kay evitó mirar hacia la chimenea, pero Marie se había levantado, se había puesto la bata y se dirigía hacia la puerta.

Kay se detuvo. “No, debería ser yo quien…”

“Es tarde y tengo que levantarme temprano”, dijo Marie. “*Buenas noches”.*

Sin saber qué hacer, Kay dejó que Felice la guiara hasta una silla cerca del fuego y tomara el candelabro y lo colocara sobre una mesa. "Estoy un poco nerviosa", dijo Kay, queriendo explicarse. "He estado todo el día, de hecho, no

dormí bien anoche, estuve despierta hasta tarde escribiendo informes, y todavía tengo una pastilla que tomé después de cenar para que se me pase..."

—Y has pasado el día con Sedgewick —dijo Felice chasqueando la lengua—. Por no hablar de esas encantadoras dos horas y media con la mitad del Gabinete.

Kay intentó descifrar su expresión, pero le resultaba difícil ver más allá de la llama de la vela sobre la mesa que las separaba. Dio un sorbo a la copa. —¿De verdad no bebes? —preguntó con curiosidad.

“Nunca lo he hecho. Me desanimaron. Y, de alguna manera, nunca pareció importar mucho.”

Kay se preguntó sobre "ellos". "Sé muy poco sobre ejecutivos", dijo. "Pero he oído que las mujeres ejecutivas nunca beben".

Felice se rió. “Eso es cierto para algunas de nosotras. Pero no siempre es así. Es como decir que todas las mujeres ejecutivas son lesbianas”.

Kay se atragantó con el coñac.

“Eso pensé. Te inquieta haberme visto con Marie, ¿verdad?”

Kay buscó algo que decir. —Bueno —dijo—, admito que estoy un poco confundida con respecto a esta casa.

—¿De verdad? —Felice parecía sorprendida—. ¿Qué es lo que no entiendes?

“¿Eres la madre de Alexandra?”

“Sí, y la de Daniel también. Daniel tiene doce años, Alexandra seis.”

Kay vaciló. "¿Y su padre...?"

“¿Seguro que sabes que son de Sedgewick?”

—Yo, bueno, no estaba segura. No eres muy, ah, familiar —dijo Kay con torpeza.

“¿Familiar? Qué palabra más curiosa.” Felice soltó una risita. “Seguro que cuando hay personas emparentadas biológicamente que viven juntas, son familiares, ¿no?”

“Pero tú y Marie…” Kay no sabía cómo expresar lo que pensaba.

“¿Sí? ¿Crees que perturba la vida familiar, que mi amante viva aquí?”

—No lo sé —dijo Kay con impotencia—. No sé mucho de familias. Pero ¿y si no hubiera sido yo quien entró, qué habría pasado...?

—Ah, ya veo. Te imaginas que esto es algo clandestino —dijo Felice riendo—. Seguro que no estaríamos haciendo el amor en esta habitación si no fuéramos amantes declaradas, ¿verdad?

Kay dio un trago enorme y ardiente al licor. «No es asunto mío», dijo. ¿De verdad era posible que Sedgewick...?

“Las relaciones sexuales entre los profesionales son muy diferentes, ¿verdad?”, dijo Felice. “A veces intento imaginar cómo serán, pero la verdad es que no puedo. Uno elige vivir con su pareja por motivos románticos, sin contratos… y la heterosexualidad por placer. Eso me resulta muy extraño. ¿Estás casada, Kay?”.

Kay se aclaró la garganta. "Sí."

“¿Para romance, sexo, compañía?”

“Supongo que sí. No he pensado mucho en el porqué. Disfrutábamos de la compañía del otro y nos casamos. Tenemos nuestros trabajos, pero preferimos vivir juntos.”

Felice se rió. «Yo, en cambio, no me imagino viviendo con un hombre. Lo hago porque quería tener hijos. Y por la propiedad y los ingresos que obtendré cuando sean adultos. Creo que estás sorprendida, Kay. Quizás yo también me sorprendería si entrara en un hogar de profesionales. La idea de que hombres y mujeres duerman juntos todas las noches me resulta un poco obscena».

"¡Obsceno!"

Lo siento, no quise ofender. Es una conversación extraña. Pero ya son casi las tres. Deberías irte a dormir, Kay. Se supone que debes salir de aquí a las siete y media, ¿sabes?

Kay gimió. —Lo sé, lo sé. —Dejó el vaso vacío sobre la mesa, se puso de pie y cogió el candelabro—. Buenas noches, Felice. Y gracias.

"¿Por qué?"

«Por ser amable». Una profunda sensación de cansancio invadió a Kay, como si el efecto de la droga hubiera cesado en ese instante. Estaba tan cansada que pensó que podría acurrucarse en la alfombra y dormirse al instante.

Capítulo nueve

[i]

Kay se subió la camisa blanca de algodón por encima de la cabeza. Su desempeño en su primer entrenamiento de defensa personal había sido pésimo. No recordaba casi nada sobre la respiración y sus reflejos eran lamentables. Tenía programadas más sesiones en Washington D.C., pero ¿cuánto podría lograr en tan poco tiempo?

Kay entró con cuidado en la ducha de agua fría y se enjabonó y lavó el pelo lo más rápido posible. El encargado le había dicho que aún estaban trabajando para conseguir agua caliente y le había comentado la suerte que tenían de tener siquiera agua fría, que habían tardado días en restablecer la presión del agua en la zona e incluso más en instalar la fontanería sin control de procesador en el edificio.

El agua fría y su rápido secado con la toalla le dieron un subidón de energía, y disfrutó de la sensación de limpieza y brillo en su piel. Pero cuando cogió su túnica de lana y lino, la placa de seguridad prendida al pecho le llamó la atención. Hasta ese momento, lo único que había notado era la prestigiosa autorización de seguridad que le habían concedido, que se mostraba de forma destacada. Solo ahora se percató de la foto en sí. Había comprado el abrigo y los pendientes de la foto en octubre, después de haber recibido el primer sueldo del trimestre de otoño. Sabía que nunca había posado para ella, porque lo recordaría si lo hubiera hecho. Entonces, ¿cómo la habían conseguido?

Kay se maquilló y se peinó. No podían saber que la llamarían para esta misión. Así que no habría razón para que tuvieran una foto reciente suya en sus archivos, ¿verdad? ¿Podrían haberla conseguido de alguien en Seattle, alguien que le hubiera tomado una foto sin su conocimiento?

Anderson la esperaba en el salón contiguo al vestuario femenino. La condujo por el laberinto de pasillos del tercer piso hasta la escalera, y comenzaron a subir. —¿Adónde vamos? —preguntó ella.

“A la oficina del jefe.”

Por supuesto.

Esta mañana, Mimi presidía la recepción con tal serenidad que Kay casi dudó de que fuera la misma persona que se había sentado en ese escritorio el día anterior. «Buenos días, doctor Zeldin», dijo alegremente. «La señora Weatherall la está esperando».

¡Qué formalidad!, pensó Kay con ironía. Si Weatherall era como Felice... ¿Eran todas así?, se preguntó al entrar en la oficina de Weatherall. Los hombres se lo permitían, se dio cuenta. A los hombres, al parecer, no les importaba...

—Buenos días, doctor Zeldin —dijo Weatherall con frialdad.

—Buenos días —dijo Kay, prestando media atención a la charla de Anderson con Mimi.

«Robards está aquí con los dibujantes. Síganme, por favor». ¿Era su imaginación o la ejecutiva se había mostrado menos amable que el día anterior? Kay siguió a Weatherall (y Anderson siguió a Kay) pasando la puerta de Sedgewick, casi hasta el final del pasillo, donde Weatherall se detuvo para abrir la puerta contigua al baño. Le hizo un gesto a Kay para que entrara y, cuando Kay entró, cerró la puerta tras ella.

—Buenos días, doctor Zeldin —dijo Robards—. Estos son los dibujantes que le mencioné, Bender y Mason. Kay les

estrechó la mano, y Robards y Kay tomaron sillas frente a los retratos de Bender y Mason.

Durante dos horas, Kay hizo sugerencias para corregir los bocetos realizados a partir de vídeos de varios miembros de la tripulación del Marq'ssan y de muchas mujeres libres, una tarea que le resultó considerablemente más fácil que la sesión de dos horas que había soportado en San Diego a manos de un par de ingenieros aeronáuticos que intentaban reconstruir la nave Marq'ssan. Cuando Kay (y Anderson) regresaron a la oficina de Weatherall, esta les dijo: «Querrá veros muy pronto».

Kay dijo: “Tengo curiosidad. ¿De dónde sacaste la foto para mi credencial de seguridad?”

Weatherall arqueó las cejas y dijo: «Seguí el procedimiento habitual, Dr. Zeldin. Utilicé la más reciente de su archivo».

“¿De mi archivo?”, dijo Kay. “Pero… ¿cómo llegó *esa* foto a mi archivo?”

Un velo cubrió el rostro de Weatherall. Su voz se volvió aún más fría. «Si quieres saber la respuesta, pregúntale al señor Sedgewick. Seguro que mejorará el humor en el que ya lo has puesto».

Weatherall volvió a su papeleo.

Kay se sirvió una taza de café y miró por la ventana. Sedgewick estaba de mal humor. Weatherall la culpaba. Si estaba de peor humor que en todas las demás ocasiones en que lo había visto, entonces sería insoportable estar cerca de él. Kay tomó un sorbo de café. Estaba perdiendo la imagen relativamente clara que tenía de las cosas antes de llegar a Washington D.C. Apenas podía recordar cómo había sido —y qué había estado pensando— durante la "reunión" de los terroristas.

Sonó el timbre de Sedgewick. —Sígame, doctor Zeldin —dijo Weatherall y se dirigió rápidamente al pasillo.

Sedgewick estaba sentado detrás de su escritorio, escribiendo. —Siéntate, Zeldin —dijo sin levantar la vista. Kay se sentó en uno de los sillones dispuestos frente al escritorio—. Weatherall, haz que lo transcriban y lo envíen a todos los responsables territoriales de la ODS. Y una copia abajo, por supuesto.

Kay se preguntaba cómo le habría ido a Stevens con Sedgewick en su reunión de primera hora de la mañana.

Weatherall tomó las dos hojas de papel amarillo que Sedgewick le entregó y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Sedgewick se recostó en su silla, se quitó las gafas y la observó. «Creo que conviene hacer algunas preguntas de práctica antes de la reunión, Zeldin. ¿Estás nerviosa?».

—No estoy nerviosa, pero no estoy en mi mejor momento —dijo Kay en voz baja—. Un poco tensa.

Sedgewick suspiró. —Qué lástima que nunca hayas aprendido a vivir sin dormir tanto. Es de lo más incómodo.

La puerta se abrió. —Un mensaje de la sala de transcripción —dijo Weatherall desde el umbral—. Algo importante en vídeo.

Sedgewick se puso de pie de un salto. —Estás conmigo, Zeldin —dijo mientras rodeaba su escritorio y se dirigía a la puerta.

Weatherall, Sedgewick, Kay, Anderson y la escolta habitual de Sedgewick se apresuraron a una gran sala dos pisos más abajo, donde varias personas, viendo la transmisión holográfica de Marq'ssan, estaban sentadas garabateando y dibujando frenéticamente. La exvicepresidenta Erica Fenton estaba hablando.

“No cabe duda de que estas criaturas son extraterrestres. Hace cinco horas, mientras estábamos sentados en esta misma habitación, una de ellas —una de las Marq'ssan— estaba con nosotros. Sufrió una especie de ataque, y de repente su aspecto cambió, y ya no era el ser humano que creíamos que era, sino una criatura extraña, repugnante, horriblemente reptiliana, totalmente alienígena, totalmente bestial, con colores fosforescentes que brotaban en

destellos de su piel o escamas o lo que sea que cubriera su cuerpo. Fue horrible, asqueroso, espantoso. Y entonces llegaron dos más, y su aspecto volvió a parecer humano.

El mundo debe saber que hemos sido invadidos por criaturas extraterrestres muy diferentes a los humanos, bestias horribles con propósitos nefastos contra la especie humana. Debemos alzarnos y resistir antes de que sea demasiado tarde. Es un error pensar que se parecen en algo a los humanos, pues son algo inimaginable para un ser humano. Solo quien las ha visto puede comprender su carácter repugnante y aterrador.

—¡Estúpida histérica! —dijo Sedgewick en voz muy baja, entre dientes—. Deberían haberla fusilado al nacer. Escúchenla, delirando como una lunática. ¿Y esto es lo que nos representa ante el mundo en vídeo en directo? «¡Levántense!». ¿Es una ejecutiva la que está hablando? —Sedgewick se volvió hacia el supervisor—. Quiero una transcripción de todo lo relacionado con esto. Tráiganmela cuanto antes. Vengan, Zeldin, Weatherall —dijo Sedgewick, ya de camino a la puerta.

Weatherall, Kay y el resto del séquito siguieron a Sedgewick a toda prisa. Absorta en el alivio de no estar en el lugar de Fenton, Kay ni siquiera se preguntó qué habría visto Fenton, si es que había visto algo, y si aquello era importante.

[ii]

—¿Estás segura, Leleynl? —preguntó Tyln I Khnor san Engst—. ¡Quizás solo fue un rumor!

Leleynl negó con la cabeza. «No es un rumor. Les pregunté si tenían más personas a las que quisieran ver mientras yo me ocupaba de mis asuntos, aceptaron y fijamos una nueva hora para que los recogiera. Luego fui a Sídney, aparqué la cápsula en la azotea de su Complejo de Seguridad y bajé a investigar por mi cuenta. Leí sus documentos y escuché a escondidas varias conversaciones sobre Ursula Hodges. No vi el cuerpo; ya se lo habían llevado para la cremación. No hay duda, Tyln».

“¡Entonces desmantelaremos ese edificio de arriba abajo!”, gritó Tyln.

Magyyt se inclinó hacia adelante. «Sería apropiado», dijo. Que existieran tales lugares era una barbarie. «Reforzaría nuestra postura, además de hacer retroceder a esas fuerzas». Ursula Hodges había estado tan llena de entusiasmo, esperanza y expectativas que Magyyt, a su vez, se había contagiado de una nueva esperanza. Y ahora Ursula Hodges ya no existía.

Los ojos de Leleynl brillaron. «Es imposible. Hay personas confinadas en celdas en el sótano. Es un edificio con tanto sótano como estructura sobre el nivel del suelo. Si les avisáramos, no creo que los responsables necesariamente sacaran a los prisioneros. Podrían hacerlo. Pero no es un riesgo *que quiera* correr».

“Entonces, desmantelaremos el interior, habitación por habitación, incluso si tenemos que dejar el edificio en pie”, dijo Tyln.

“¡Pero eso llevaría horas!”, dijo Sbina I Sellyn san Bol. “¡Hacerlo pieza por pieza, clasificando cuidadosamente todo el edificio!”

«El edificio es como una boca abierta», reflexionó Leleynl. «Como una boca abierta que espera para devorar y engullir, que siempre quiere más y más y más. Devora a sus víctimas sin disculpas, sin gracia, esta boca oscura y abierta».

Magyyt se estremeció.

—Sería peligroso —dijo Sorben en voz baja.

Leleynl asintió.

“Quizás deberíamos ir dos de nosotras.”

Sbina levantó la cabeza de golpe. "Pensé que no debíamos arriesgar a más de uno de nosotros a la vez", dijo.

—Iré —dijo Sorben.

“Yo también iría”, dijo Tyln.

“Tyln, sabes muy poco de la Tierra.”

“Hagámoslo juntas, Sorben I Sorben.”

Sorben miró a su alrededor en la sala de mediación. "¿Hay acuerdo?"

“Esto no me gusta”, dijo Sbina.

Magyyt se acercó a Sbina, hasta que sus campos casi se tocaron. —Sbina —dijo—, debemos asegurarnos de que todos entiendan que no pueden hacerles eso a quienes negocian con nosotras. Si creen que pueden hacerlo y que solo sufrirán represalias que no los afecten directamente, entonces todas las mujeres estarán demasiado aterrorizadas de los hombres como para negociar como lo harían. Dudo que entiendas qué clase de lugar es este Complejo de Seguridad.

—Es cierto, Sbina —dijo Leleynl—. Estos lugares son horribles. Ya los teníamos en Marqeuei, antes de que todo cambiara. No mataremos a nadie, pero destruiremos los instrumentos de muerte y dolor, y sus documentos. Son indefensos sin sus instrumentos y papeles. Dependen por completo de sus estructuras físicas. Leleynl se acercó a Sbina desde el otro lado.

“Iremos durante su noche”, dijo Sorben. “Ahora que tienen poca energía disponible, no trabajan tanto en ese edificio por la noche como durante el día”.

Finalmente, llegaron a un consenso.

[iii]

Kay habló con autoridad natural durante toda su comparecencia ante el Gabinete, impresionándolos sobre todo, según pudo observar, con su prodigiosa memoria. «Podemos estar seguros», dijo Kay, «de que jamás habrían permitido que los delegados hablaran en directo por vídeo sobre esto si no tuvieran un motivo para querer que el mundo entero lo supiera. Los Marq’ssan controlan el vídeo. Quieren que *creamos* a Fenton y a los demás».

“Entonces, señora Zeldin, ¿está diciendo que, para respaldar su historia del espacio exterior, el enemigo preparó algunos efectos especiales para las mujeres en esa habitación, sabiendo que se pondrían histéricas y le contarían al mundo todas esas tonterías sobre extraterrestres?”, dijo el secretario del Interior y del Medio Ambiente, Mott.

“Así es como yo lo interpreto.”

Kay se preguntó si finalmente la despedirían. Pero Devito volvió a hablar. «Dígame, doctor Zeldin. ¿Cómo investigaría si realmente hubo efectos especiales o si estaba viendo una manifestación de algo que no comprende?».

La mayoría de los hombres sentados a la mesa gimieron. "¿Es esto necesario, Paul?", susurró alguien entre bastidores.

A Kay le dolían las plantas de los pies de tanto estar de pie. ¿Cuánto tiempo llevaba la reunión informativa? Sin duda, más que una conferencia. «Si yo hubiera estado en esa habitación, señor Devito, habría insistido en que Marq´ssan desmontara literalmente la habitación, techo y paredes, para demostrarme que no había ningún equipo oculto. Y habría insistido en ir a un lugar neutral para que me demostraran lo que ellos afirmaban que era un accidente. Pero aparte de eso, señor, me habría asegurado de que las demás mujeres presentes mantuvieran un sano sentido del escepticismo y la practicidad. Incluso si solo se controla a una persona en una situación así, el efecto puede ser estimulante».

“Nunca he visto posible que un solo hombre pueda detener la histeria de un grupo de mujeres”, dijo el secretario de Defensa Turpin.

Sus compañeros se rieron entre dientes.

Kay esbozó una leve sonrisa de sabiduría. «A veces, una mujer sensata puede hacer mucho más con un grupo de histéricas que un solo hombre. Hay algo en esa racionalidad y fortaleza absolutas que, a veces, parece empujar a las mujeres ya histéricas a una mayor irracionalidad».

Para su alivio, todos se rieron de eso, todos excepto Devito, que fruncía el ceño, y Sedgewick.

—Creo, Zeldin —dijo Sedgewick—, que puedes irte. ¿A menos que tengas más preguntas, Paul?

Devito, aparentemente resignado, negó con la cabeza.

Anderson acompañó a Kay hasta el coche. A pesar del dolor y el cansancio, debía asistir a su segunda clase de defensa personal. Nadie sabía cuánto duraría la reunión del Gabinete. Le habían dicho que, al terminar, había algo planeado que Sedgewick no le contaría. Esperaba que la reunión se prolongara durante horas. Quizás podría echarse una siesta si eso sucedía.

[iv]

—Aquí —dijo Boltmann al abrir la puerta. Kay apretó los dientes intentando controlar sus temblores. Sintió y olió

para qué servía esa parte del edificio. Le dieron ganas de correr y correr hasta escapar de la pesada y húmeda fealdad que la oprimía, implacable y asfixiante. Al entrar en una habitación casi oscura, vio inmediatamente la habitación que había detrás del cristal que cubría casi toda una pared. Iban a obligarla a ver algo. Apartó la mirada de aquella habitación cegadoramente iluminada. ¿Cuánta energía del generador consumía semejante brillantez? —¿Qué está pasando? —le preguntó a Boltmann, esforzándose por que la tensión de sus nervios no alterara su voz.

—Un interrogatorio —susurró Boltmann, señalando significativamente la reja bajo la ventana que permitía el paso del sonido entre las habitaciones—. El jefe Sedgewick quiere que observe desde aquí, y si se le ocurre alguna pregunta, debe anotarla en la libreta de allí... —Boltmann señaló con el pulgar la libreta amarilla y el bolígrafo que había sobre la mesa—, y yo la enviaré. Ha decidido que observe desde aquí en lugar de allá, por si acaso liberan a Hoffman. Boltmann frunció el ceño. —Me revuelve el estómago pensar que puedan dejar en libertad a una traidora como ella. Pero el jefe siempre tiene sus razones. Boltmann hizo un gesto con la mano. —¿Por qué no se sienta, profesora, y se relaja? Hay café y agua si quiere.

Kay se dejó caer débilmente en una de las sillas de la mesa. Intentó no mirar a la mujer al otro lado del cristal. Sin quererlo, imaginó lo que aquella mujer estaría viendo con la cabeza erguida frente al cristal, que para ella sería un espejo

que le mostraría su cuerpo desnudo, casi irreconocible, atado a aquella camilla de exploración anticuada.

—Ya la han ablandado bastante —susurró Boltmann—. Claro, las drogas no sirven de nada en este tipo de interrogatorio. Y además, la muy perra lo tiene todo a su favor.

Kay miró de reojo a Boltmann. ¿De dónde habían sacado semejante ser? Boltmann no se parecía a ningún técnico que hubiera conocido. Parecía indiferente a cualquier desdén. Se preguntó si odiaba a las mujeres.

La puerta de la otra habitación se abrió y entraron siete hombres. Uno llevaba una bata blanca y un estetoscopio. Otro era Sedgewick. Y a uno de ellos lo reconoció como Stevens, director de la ODS.

Los hombres tomaron posiciones alrededor de la mesa, con cuidado de no obstruir el espejo. Kay se preguntó si esto era para su beneficio o para el de la examinada. Uno de los ejecutivos, a quien Kay no reconoció, puso la mano sobre la frente de la mujer, el único lugar de su cuerpo que no presentaba decoloración, contusiones ni hinchazón. «El Dr. Gordon nos asistirá. El Sr. Sedgewick espera que colabores, Susan, y que respondas algunas preguntas».

Kay observó cómo el Dr. Gordon se ponía guantes de plástico en las manos. Sus escalofríos se convirtieron en un violento ataque de temblores.

—Te diré todo lo que quieras saber. Te lo juro —dijo la mujer con voz débil.

“Habla más alto, Susan, y habla con claridad. Nada de murmurar.”

"Sí, señor."

Mientras Gordon le colocaba un espéculo a Susan Hoffman, Kay se levantó y, con paso ligero, fue a buscar una botella de agua al armario de cristal de la pared. Sus dedos tantearon el precinto de la botella. Boltmann se giró y susurró: «Por alguna razón, a la gente siempre le molesta más cuando se trata de sus genitales, incluso cuando no es electrochoque». Kay le dio la espalda a la ventana mientras se humedecía la garganta seca.

—Siéntese, profesora —siseó Boltmann.

Las piernas de Kay temblaban demasiado como para mantenerse en pie. Se desplomó de nuevo en la silla.

—Quiero que observes atentamente este boceto, Susan. Queremos saber todo lo que puedas contarnos sobre esta mujer. Uno de los hombres desenrolló el dibujo de Leleynl

en el que Kay había ayudado esa mañana. Un dolor comenzó a aparecer detrás de los ojos de Kay.

Susan Hoffman comenzó a sollozar. “No sé quién es. ¡Nunca la había visto antes!”

El doctor Gordon escogió el más fino de los muchos alambres y barras de plástico dispuestos en la bandeja cerca de la ventana y lo alzó en alto.

—Ahora bien, Susan —dijo el interrogador—, ya deberías saber que no tiene sentido mentirnos. Ya nos mentiste antes, ¿y qué pasó?

“¡No miento! ¡Nunca la he visto!”

Negó con la cabeza. —Eso mismo dijiste de tu contacto mexicano, Maggie. Estoy decepcionado contigo, Susan. —Levantó la vista. —Comience la dilatación, doctor.

Una bilis hirviente le subió por la garganta a Kay y le dio arcadas. Intentó levantarse, pero Boltmann se levantó de un salto antes de que pudiera salir de la silla y le bloqueó el paso. Kay cerró los ojos; deseó poder taparse los oídos. Recordó haber leído el resumen del otro interrogatorio, sobre Magyyt. Susan Hoffman había sido una infiltrada en el asentamiento de Sweetwater; había empezado a transformarse en un personaje doble algún tiempo después de la infiltración. Magyyt había visitado Sweetwater con frecuencia. Sin embargo, Hoffman apenas había conseguido

sacarle información sobre Magyyt. Kay creía que no sabía nada de Leleynl, y pensaba que probablemente todos los hombres de la sala tampoco.

Tras lo que pareció una eternidad, Kay se percató de que Sedgewick le hablaba al oído a un técnico al otro lado de la línea. El técnico salió de la habitación y poco después entró en la que ocupaban Kay y Boltmann. Se inclinó y le susurró al oído a Kay: «El señor Sedgewick quiere saber si tiene alguna pregunta que considere importante hacer».

Kay negó con la cabeza.

"¿Está segura?"

—Sí, estoy segura —respondió ella con un siseo.

Se marchó, llevándose a Boltmann consigo. Kay observó cómo el técnico de servicio regresaba a la habitación al otro lado del cristal y hablaba con Sedgewick. Sedgewick echó un vistazo al cristal unidireccional y luego salió de la habitación. «La dilatación, los gemidos, los gritos roncos nunca cesaron».

Finalmente, la puerta detrás de Kay se abrió. —Vámonos, Zeldin —dijo Sedgewick en voz muy baja—. Esto podría durar toda la noche.

Toda la noche. Sí, probablemente duraría toda la noche.

Se puso de pie con las piernas temblorosas y se dirigió a la puerta. Sedgewick la tomó del codo y condujo al séquito habitual a través del feo laberinto de hormigón hasta la escalera.

Subieron, subieron desde el segundo sótano, Kay temblaba, sin aliento, deseando detenerse y apoyarse contra la pared, mientras la mano de Sedgewick la obligaba a seguir su ritmo.

—Tengo muchísima hambre —dijo al pasar junto al marine en el rellano del cuarto piso—. Les dije que nos esperaran para cenar en casa.

La sola idea de comer le repugnaba a Kay. "No tengo mucho apetito ", dijo sin aliento.

Antes de que comprendiera lo que sucedía, Sedgewick la había arrinconado contra la pared, manipulándola hasta que su espalda quedó pegada al frío hormigón, con él muy cerca, frente a ella. Una de sus manos seguía sobre su codo izquierdo y la otra presionada contra el hormigón a la derecha de su cabeza, agarrándole un mechón de pelo. Por el rabillo del ojo vio a Anderson y a los demás retroceder, y el miedo la invadió. Su corazón latía con fuerza; apenas podía respirar.

—¿Qué te pasa, Zeldin? ¿Te molestó ese pequeño ejercicio? —Su voz era apenas audible; su rostro estaba tan

cerca que ella podía ver los poros de su piel bajo la intensa luz fluorescente del rellano. Bajó la mirada hacia el lóbulo de su oreja y se quedó mirando el sencillo pendiente de oro.

—No sacaste nada de ella —susurró Kay, esforzándose por recuperar el aliento para poder hablar—. Era obvio que no sabía nada.

"¿Quizás el ejercicio fue inútil?"

—No es inútil —exclamó, sin aliento.

“¿Le encontraste algún sentido a eso, Zeldin?”

"Sí."

¿Me estás prestando atención, Zeldin?

—Completamente —dijo rápidamente, esforzándose por contener el sollozo. Su cuerpo temblaba con tanta violencia que agradeció tener la pared a sus espaldas.

—Me pregunto, Zeldin. Nunca me miras cuando te hablo. —La mirada de Kay se encontró con la suya—. ¿Cómo puedo confiar en ti si ni siquiera me miras a los ojos? —Kay se obligó a sostener su mirada aterradora—. Dime, Zeldin. ¿Qué pensabas que era el propósito?

—Fue una demostración —susurró Kay—. Una demostración de lo que les sucede a los traidores. No añadió

que sabía que el hecho de que la obligara a mirar también era un castigo por sus quejas y rebeldías de la noche anterior.

La mano de Sedgewick se deslizó por su brazo, pasando por su hombro, hasta que sus dedos presionaron su cuello. «Dime tu interpretación del motivo por el que estabas allí».

Kay tragó saliva. —Querías que viera lo que les pasa a los traidores. Porque no confías en mí.

—Oh, pero sí confío en ti, Zeldin, de verdad. De lo contrario, ¿por qué te habría asignado un nivel de seguridad tan alto? —Sus dedos se deslizaron por su mandíbula—. La gente elige ser desleal, Zeldin, solo cuando es estúpida o intrépida. Ambos sabemos que no eres estúpida. ¿Pero qué tan intrépida eres? —Kay cerró los ojos e intentó controlar su cuerpo—. ¿Me estás ignorando, Zeldin?

Kay abrió los ojos.

“¿Me estoy volviendo demasiado personal para ti, Zeldin?”

—Eso lo decides tú —susurró Kay.

—Boltmann cree que sentiste lástima por Hoffman. ¿Es cierto, Zeldin? —Sus ojos se clavaron en los de ella.

“Yo, yo... ¡Me dio asco!”

“Se lo merecía, Zeldin. Era una agente doble. Eso la convierte en mi enemiga, y también en la tuya.”

"Sí."

Sus dedos se deslizaron por su cabello. «Qué sensibilidad tan tierna, Zeldin. Te has vuelto blanda». *Ya se había ablandado bastante...* «Es casi inquietante, Zeldin. Excepto por un peinado y una forma de vestir diferentes, te ves exactamente igual que hace veinte años. Incluso tus gestos y expresiones faciales son los mismos. Pero eras mucho más dura entonces, Zeldin». Se estremeció cuando sus dedos se movieron de su cabello a la nuca. «Tendremos que endurecerte. Me pregunto hasta qué punto te has vuelto blanda. Tú misma te habrías hecho esas preguntas entonces. Y ahora estás celosa. Mírate».

—No —susurró Kay—. Yo no.

“¡Dios mío, Zeldin! ¿Es posible que lo hayas olvidado?”

Kay luchaba por recuperar el aliento.

“No te acuerdas, ¿verdad? ¿Qué *recuerdas,* Zeldin?”

“No mucho.” Estaba tan cerca que ella sabía que debía sentir su temblor.

—No mucho —repitió Sedgewick. Se quedaron mirándose fijamente durante medio minuto antes de que Sedgewick dijera: —Vamos a cenar.

Con las extremidades flácidas y debilitada por la hiperventilación, Kay estuvo a punto de desmayarse cuando Sedgewick la apartó de la pared. Mientras subían las escaleras, con el séquito nuevamente espaciado con precisión delante y detrás de ellos, Sedgewick dijo que quería pasar por la oficina antes de irse.

Weatherall se reunió con Sedgewick para informarle que un avión de mensajería se había estrellado al intentar aterrizar en Memphis. «Los accidentes son inevitables», dijo, «en las circunstancias actuales. ¿De quién era el avión de mensajería?».

“Stevens.”

—¿Cuándo demonios va a poner en marcha el ejército ese sistema de transmisión de emergencia terrestre? —Sedgewick frunció el ceño—. Espero que Stevens haya enviado sus órdenes de nuevo por otro mensajero. Ese es otro tema delicado después del anochecer. Consulta con el ODS, Weatherall.

"Sí, señor."

—Y dile a Leland que Zeldin volverá a ir al desierto. —Sedgewick se volvió hacia Kay—. ¿Veinticuatro horas, dijiste?

El transmisor que Mark´saan le había dado, una vez activado, los llevaría a recogerla al desierto de Anza–Borrego en exactamente veinticuatro horas. —Sí —dijo Kay.

Sedgewick se volvió hacia Weatherall. —Dile que Zeldin llegará mañana por la tarde. Que salga mañana por la noche. —Sedgewick tomó a Kay del codo—. Activarás la señal esta noche. El coche está esperando, ¿Weatherall?

"Sí, señor."

“Entonces vámonos de aquí, Zeldin.”

En el coche, Kay se acurrucó contra la puerta del fondo, abrazándose a sí misma y apoyando la barbilla en el hombro. No podía pensar con claridad, pues lo único que le rondaba por la cabeza era el deseo de alejarse de Sedgewick. Mañana, pensó. Mañana se habría ido. Mañana estaría a salvo.

“Tuviste una actuación mucho mejor con el Gabinete de lo que esperaba”, dijo Sedgewick. “Bien hecho, Zeldin”.

—Gracias —dijo Kay. Tenía la boca seca como una lija. Estaba empapada en sudor, aunque el frío la hacía temblar.

“Después de que te fuiste, hablamos sobre qué hacer con Fenton. Llevarás un documento para entregárselo cuando la veas. Debe ser llamada de vuelta inmediatamente. Queremos que hables con los terroristas sobre quién la reemplazará.”

“Sí, Sedgewick.”

“Si logra enderezar su vida, Fenton podría ser útil para viajar y dar conferencias; los fundamentalistas están fuera de control y ella siempre ha tenido cierto atractivo para ellos. Estamos considerando organizar reuniones públicas cuidadosamente controladas. Parece que hay pocas otras maneras de difundir información a las masas.”

Kay dijo con cansancio: “Para contrarrestar la propaganda que se difunde en vídeo. Sí, creo que es una buena idea”.

“Es el único que tenemos en funcionamiento. El último informe sobre el intento de retirar las unidades de video fue desalentador. Es una operación larga y que requiere mucha intervención militar. Los ciudadanos no están cooperando para entregarlas.”

“El vid es sagrado para la mayoría de ellos”, dijo Kay.

“Incluso en vídeos de propaganda. Uno pensaría que se aburrirían viendo a mujeres charlando, especialmente en idiomas que no entienden.”

Kay bostezó. Estaba agotada, cansada, al borde del colapso. Deseaba saltarse la cena y meterse directamente en la cama.

“Para ti, Zeldin, a la cama temprano, te alegrará oírlo”, dijo Sedgewick, tal vez en respuesta a su bostezo. “Yo también voy a tomarme un buen descanso esta noche. Desde lo de la Manta, lo que más he echado de menos, personalmente, es la sauna. Solía ir a una todas las noches después de cenar en la oficina antes de volver del trabajo. Por suerte, mi club tiene saunas antiguas de hierro fundido que queman leña; de cedro, de hecho. Creo que también te vendría bien, Zeldin. Tenemos que ponerte en forma para las negociaciones. Y ahora mismo estás hecha un desastre, ¿verdad?

A Kay se le revolvió el estómago. ¿Planeaba llevarla a una sauna con él? «Creo que dormir me reanimará mejor que nada. No me importaría saltarme la cena e irme directamente a la cama», dijo con sinceridad.

“No es buena idea después de tus entrenamientos a los que no estás acostumbrada, Zeldin. Primero come algo —he notado que no has estado comiendo bien— y luego relájate. Así dormirás mejor.”

Kay se mordió el labio y miró con resentimiento la calle tenuemente iluminada. ¿Por qué hacía esto? Tenía que saber que ella solo quería alejarse de él. No era tan

insensible. ¿Por qué no la dejaba en paz? Ya había dejado claro su punto. Y lo sabía.

Felice los recibió en la puerta. —¿Dónde está Daniel? —preguntó Sedgewick de inmediato.

“Arriba.” Felice miró de Sedgewick a Kay y luego de vuelta a Sedgewick.

“Hasta nuevo aviso, permanecerá confinado en sus aposentos. He empezado a hacer los preparativos para enviarlo a Wilton. Están a punto de expulsarlo del programa de becarios. Hoy Larson me regañó duramente.”

¡Wilton!

“Es insoportable e incontrolable. Has sido demasiado permisivo con él.” “Enviarlo a Wilton no solucionará nada. ¡Solo lo endurecerá!”

“¿Estás cuestionando mi criterio, Raines?”

Felice miró al suelo. “No, Sedgewick.”

—Voy a subir a hablar con él ahora. Zeldin y yo cenaremos en el estudio. —Sedgewick se dio la vuelta y subió las escaleras.

Lo vieron ascender. Cuando lo perdieron de vista, Felice se volvió hacia Kay. —Necesitas un trago, Kay. Veo que has tenido un día terrible. Ven conmigo a mi sala de estar.

Primero fueron a la cocina para transmitir las órdenes de Sedgewick al personal, y luego a la habitación donde Kay había encontrado a Felice y Marie la noche anterior. Kay se quedó junto al fuego y se frotó las manos.

Mientras Felice iba a buscarle algo de beber. Mañana, mañana, mañana, se prometió Kay a sí misma.

—Toma, Kay —dijo Felice, entregándole una copa grande de coñac.

Kay dio un sorbo y sonrió temblorosamente. "Se está bien en esta habitación", dijo.

Felice se dejó caer sobre los cojines del suelo, cerca de la chimenea. «Daniel siempre ha tenido un pésimo sentido de la oportunidad. El problema fundamental del puesto de paje es que desprecia tanto a las mujeres que no se deja convencer de que tiene que ser cortés con las asistentes personales de los funcionarios del Gabinete».

Kay se dejó caer al suelo. «¡Ay, ya estoy rígida!», dijo. «No estoy acostumbrada a hacer ejercicio ni siquiera una vez al día, mucho menos dos». Kay dio un gran trago y casi se atragantó; le escocieron los ojos y tosió. «Aunque eso no es nada», dijo, pensando en Susan Hoffman, sabiendo que

probablemente aún la tenían atada a esa mesa. Ella, Kay, tenía suerte. Estaba sentada allí, frente a esa cálida chimenea, saboreando un buen coñac, mientras esa encantadora y elegante mujer estaba sentada a su lado hablando de un ungüento para los músculos acalambrados... Las lágrimas le llenaron los ojos y le resbalaron por las mejillas.

—Kay, ¿estás bien? —Felice se acercó a Kay y le pasó el brazo por el hombro.

Kay se giró y se aferró a ella. —Estoy muy cansada —susurró.

La mano de Felice acarició rítmicamente la espalda de Kay, y los sollozos que iban en aumento amainaron. «Está bien, cariño, está bien llorar», dijo suavemente, y Kay se calmó, se sintió menos abrumada y más consciente de la comodidad de la habitación, de la amabilidad de Felice.

—Quítale las manos de encima, Raines —dijo Sedgewick desde la puerta. Felice se apartó.

Kay miró fijamente al fuego e intentó serenarse antes de enfrentarse a Sedgewick.

—No es lo que piensas, Sedgewick —dijo Felice en voz baja.

"Sal."

Felice se puso de pie. “Esta es mi habitación.”

“Fuera. Ahora mismo.”

Kay escuchó a Felice alejarse con un susurro. Luego, la habitación quedó en silencio, salvo por el crepitar y el silbido de las llamas lamiendo el tronco en la chimenea. Sedgewick se acercó y se interpuso entre ella y el fuego. Kay lo miró fijamente a los pantalones y lo odió. Al cabo de un minuto, Sedgewick le extendió la mano. Ella la tomó a regañadientes y se puso de pie.

“Puedo organizarte algo para esta noche, Zeldin, si eso es lo que quieres. Hombre o mujer. Nunca imaginé que te interesaran las mujeres.”

El rostro de Kay se enrojeció. "¿Eso es lo que piensas? 'Todos ustedes, subdirectores ejecutivos burócratas, tienen el mismo problema: creen que el sexo lo es todo'", repitió Kay las palabras de Mott. "¡Muchas gracias, Sedgewick!"

“¿Quién te sugirió esa frase tan atroz?”

“¿Qué, está fuera del alcance de mi autorización de seguridad?”, dijo Kay burlonamente, solo para retroceder al ver la expresión en su rostro.

«Me estás desafiando de nuevo, Zeldin. ¿Qué tengo que hacer para dejarte claro mi punto de vista? Lo he intentado con sutilezas cada vez más desagradables. ¿Tengo que

recurrir a la insolencia abierta? Quizás debería agredirte físicamente, Zeldin: ¿te serviría de algo?»

Kay miró fijamente la copa de coñac que había dejado en el suelo, cerca de los cojines. —No quería provocarte —dijo.

“Sabías que había dado órdenes a mi gente sobre el respeto. Obviamente alguien desobedeció esas órdenes. ¿Quién, Zeldin?”

“No lo recuerdo.”

“¿Así que ahora me vas a mentir, Zeldin?”

Kay se obligó a mirarlo a los ojos. —No lo dijo con la intención de insultarme.

“No puede ser Torricelli, o me lo habrías dicho a la primera oportunidad. ¿Quién? ¿Leland? ¿Esa zorra de Mott? ¿Alguien de Washington D.C.”

¿Qué había dicho Mott sobre "tocarla"? "El contexto", empezó Kay, y se detuvo.

"¿Sí?"

Ella iba a decir que el contexto era personal. Pero no le daría otra oportunidad. Él solo lo hacía para restregárselo en la cara. O porque estaba de mal humor. No podía creer que ella lo estuviera desafiando, ¿verdad?

“¿Vas a responderme, Zeldin?”

Los nervios de Kay se le erizaron. No podía soportar mucho más con él. «Era Mott. Pero ella no tenía intención…»

Sedgewick la interrumpió. "¿Por qué tienes tanta prisa por protegerla?"

Marie habló desde el umbral. —¿Debo pedirles que preparen la cena o servirla aquí, señor Sedgewick?

Sedgewick se dirigió hacia la puerta. —Sírvela en el estudio, ahora mismo. Kay lo siguió. Sabía que no podría probar ni un bocado.

[v]

Durante la cena, Sedgewick, con un tono casi afable, dejó de molestar a Kay y, tras tomar un coñac, se puso de buen humor y empezó a contar anécdotas maliciosas sobre Turpin, Fenton, Crannock y varias personas del Departamento de Estado que Kay no conocía. Dos mensajeros interrumpieron la conversación, pero en ambas ocasiones Sedgewick leyó los memorandos y los apartó sin enviar respuesta. Para cuando habían bebido dos copas, Kay estaba lo suficientemente relajada como para que, cuando

él le dijo que era hora de irse, ella intentara sugerir que no fueran a la sauna y que se fuera directamente a la cama.

—Ni hablar, Zeldin. Primero irás a la sauna y luego te darán un buen masaje. Después, caerás rendida en la cama y dormirás como un tronco. Si no fuera por el masaje y la sauna, mañana te despertarías casi sin poder caminar. Créeme.

Kay sabía que insistir no le serviría de nada.

El coche los llevó al mismo lugar donde se habían encontrado con Goodwin el día anterior. Sedgewick condujo a Kay por un pasillo de la planta baja hasta un complejo de gimnasio y piscina. A su alrededor solo veía hombres con poca ropa. Todos los que se cruzaban saludaban a Sedgewick, pero ignoraban a Kay, incluso los que habían estado en la cena la noche anterior. Empezó a sentirse invisible.

Un técnico de servicio acompañó a Kay a un pequeño vestuario y le entregó una toalla con cierres de velcro para que se la pusiera. Maravilloso, esto es maravilloso. ¿Qué demonios hago aquí?, se preguntó. ¿Qué estará tramando Sedgewick ahora? ¿Otra lección?

Cuando salió del vestuario, apareció el encargado, la condujo a una de las pequeñas cabinas escondidas en la pared de un largo y estrecho pasillo y le abrió la puerta. El

calor seco de la cabina la golpeó al entrar. A través de la rejilla de la estufa de hierro en la pared del fondo, vislumbró el resplandor de una chimenea de leña. A lo largo de dos de las paredes se extendían largos bancos a un metro del suelo; en uno de ellos, Sedgewick tenía la toalla estirada hasta la cabeza. «Pensé que sudaríamos un poco primero», dijo, «luego recibiríamos un masaje y después volveríamos adentro para sudar un poco más. El masaje se disfruta más cuando uno está relajado desde el principio».

Kay se sentó en el banco, levantó las piernas del suelo y se estiró; no se quitó la toalla para usarla como almohada. La visión del cuerpo desnudo, velludo y musculoso de Sedgewick perturbó su tranquila embriaguez, así que cerró los ojos. «Moriremos de deshidratación, Sedgewick».

“Sudar es bueno para ti, Zeldin. Purifica el cuerpo de toxinas. No te preocupes, puedes beber toda el agua que quieras cuando salgamos. No tienes que preocuparte por que falle el filtro. Yo hago esto varias veces por semana.”

Kay abrió los ojos y se quedó mirando el techo bajo de cedro. Gotas de sudor resbalaban y rodaban, gota a gota, por su cuerpo, deslizándose entre sus pechos y sobre su caja torácica, rodando por su cuello y acumulándose en su ombligo.

—Sabes, estoy desconcertado contigo —dijo.

El calor la oprimía.

Jamás me habría imaginado que te sintieras satisfecha en el ámbito académico, llevando la vida de los profesionales. Eras tan ambiciosa y te gustaba vivir bien. Ansiabas tanto la emoción que no podías soportar los trabajos aburridos con los que la empresa te empleó. Sin embargo, durante años has vivido sin sobresaltos. Casada con un ingeniero. Como si hubieras sufrido un cambio radical de personalidad. ¿Cómo has logrado no subirte por las paredes, no escapar? ¡Veinte años de aburrida respetabilidad, por Dios! ¡Veinte años!

—Cómo desprecias eso de provinciano y profesional —murmuró Kay.

“Y ahora estás jugando al juego de mi hija.”

“No aguanto más este calor. Me estoy derritiendo, Sedgewick.”

“Eres blanda.”

“Mis alumnos no opinan lo mismo.”

“Este es el mundo real, Zeldin.”

Kay cerró los ojos.

“Cuando dices que somos mundos aparte, en realidad te refieres a la distancia entre la vida profesional en Seattle y la

vida en el centro del poder. Has ocultado tu verdadera personalidad con una fachada, pero es pura apariencia."

Kay no respondió. Le haría creer que se había quedado dormida.

Al cabo de un minuto, más o menos, oyó el crujido de su banco y, para su horror, sintió que se agachaba a su lado. Agotada por el calor, no hizo el esfuerzo de incorporarse. Una alarma estridente la instaba a salir de allí cuanto antes. Sintió que la miraba fijamente y luego notó sus dedos rozando su mejilla empapada de sudor. Abrió los ojos justo a tiempo para ver su rostro enrojecido y cubierto de gotas de sudor acercándose al suyo, y giró la cabeza hacia la pared para evitar su boca. «Me das asco, Sedgewick», dijo en voz baja mirando a la pared.

Se rió suavemente. "Siempre has oscilado entre la repulsión y la atracción hacia mí".

"Déjame en paz. ¿Acaso no te importa al menos que pueda funcionar en tu empresa? No puedo soportarlo más, Sedgewick."

Le apartó el cabello empapado de la frente. «Quizás con un beso la Bella Durmiente despierte y lo recuerde todo».

"Te has equivocado de cuento. Ni tú mismo podrías creer que eres el Príncipe Azul. Prueba con *La Bella y la Bestia*."

“¿Qué soy? ¿La Bella? ¿O la Bestia?”

Kay no respondió.

“¿Acaso recuerdas que fuimos amantes?”

Kay giró la cabeza para mirarlo. —No tengo el más mínimo interés sexual en ti ahora mismo, Sedgewick.

Sedgewick sonrió. —Mi interés no es sexual. Como ella no respondió, añadió: —Mira mi pene. Kay puso los ojos en blanco. —No, adelante. Mira.

Se obligó a mirar y vio que colgaba fláccido sobre su escroto. "No entiendo qué quieres de mí", dijo.

Se puso de pie. —Tienes la cara tan roja que casi parece morada. Será mejor que te enjuagues con una ducha fría, Zeldin.

Salieron tambaleándose, se ducharon y se dejaron caer sobre dos camillas de masaje colocadas una al lado de la otra. Mientras dos hombres enormes les golpeaban y amasaban la carne, llegó la noticia de que la residencia del Secretario de Salud Gibson había sido destruida por una bomba. Se informó que él y todos los miembros de su familia habían muerto.

Capítulo diez

[i]

“Item Seis”, dijo Andrea Ellison. “Más de cincuenta comunidades en Estados Unidos están sufriendo inundaciones porque sus bombas extractoras han fallado. Millones de personas se ven afectadas. Sin embargo, el Ejecutivo ni siquiera ha insinuado la posibilidad de evacuar a su población.

Kay levantó la vista de la endeble. “Los Marq´ssan provocaron ese problema. Que lo resuelvan ellos”. Se aseguraba de recordarles a todos —a los espectadores, a los delegados y a las “mujeres libres” por igual— que la apariencia de benevolencia del Marq´ssan al ayudarlos prácticamente habría sido superflua si no lo hubieran arruinado todo en primer lugar.

«Jo Joseph» dijo: «Ese punto no es negociable. Del mismo modo que no es negociable lograr que el Ejecutivo deje de rociar gas sobre Los Ángeles y Nueva York. No vamos a negociar para que cumplan con las normas básicas de decencia. Estamos negociando para compartir el poder. Todos estos puntos son condiciones previas».

Kay suspiró. Esta mujer interfería constantemente con su gestión de los demás. "Arregla algo con el Marq'ssan para que se encargue del bombeo", dijo. "No hay nada que el Ejecutivo pueda hacer al respecto. ¿Y adónde quieres que evacuen a las poblaciones, de todos modos? Debido a la Manta, no tenemos la escala de transporte disponible". Pocos vehículos no militares tenían motores de combustión interna, y los pocos que los tenían generalmente dependían de procesadores dedicados para su funcionamiento, como este abogado sabía muy bien. Kay miró a Morghuas I Sber san Imu, el Marq'ssan involucrado en este conjunto de negociaciones. Morghuas había dicho poco en las seis horas que llevaban hablando. "Sugiero que si el Marq'ssan suministra energía para las estaciones de bombeo, el Ejecutivo se asegurará de que se pongan en marcha de nuevo". Incluso *eso* sería difícil. Era menos una cuestión de energía que de improvisar nuevos sistemas fuera de los procesadores (inactivos) que las controlaban. “¿De qué manera consigues que se cumpla tu demanda gratis? Ya que en este caso lo arreglo de tal forma que el Ejecutivo no exija nada a cambio.”

Josepha fulminó con la mirada a Kay. «¡Qué descaro tienes, mujer! Hablas como si conseguir electricidad para las bombas fuera un favor no para el Ejecutivo, sino para nosotras. Como si al Ejecutivo le importara un bledo si las cosas vuelven a funcionar. ¿Cuánto crees que pierden esos desgraciados al día por culpa del Manto?». Los Países Bajos habían hecho arreglos para que sus bombas funcionaran dos días antes. Pero claro, dependían mucho más de ellas que Estados Unidos.

—Cállate, Jo —dijo Andrea con cansancio—. Simplemente incluye ese punto en el contrato. Es más importante que las bombas vuelvan a funcionar que defender una postura de principios.

Los ojos castaño rojizos de Josepha brillaban con intensidad. "¿En el contrato principal o en uno de los contratos secundarios?"

“Inclúyelo en el contrato principal. No genera controversia. ¿Verdad, Kay?”

Kay asintió. “No veo qué podrían objetar de ese punto. Simplemente no lo redactes con un lenguaje provocador”.

—Séptimo punto —dijo Andrea—. Presos políticos. Queremos la liberación inmediata de todos los activistas encarcelados, con o sin el debido proceso.

Kay sonrió. —Esa es fácil, chicas. Pero les costará caro. Sedgewick le había mostrado la lista del registro de ODS y le había dicho que la usara bien.

—Sea más específica —dijo Julia Jehanna.

“Finalizar tu transmisión de video a los EE. UU.”

—De ninguna manera —dijo Josepha rotundamente.

Kay se encogió de hombros. "Qué lástima".

—Vamos, Zeldin —dijo Josepha—. Sabes que no vamos a hacer ese intercambio. Seguro que hay algo más que quieres.

“Tendré que pensarlo. Ahora mismo estoy cansada y hambrienta. ¿Podemos tomar un descanso? ¿Un par de horas, por ejemplo?”

“Reanudemos a las diez”, dijo Andrea.

Kay se levantó y se estiró. Primero fue al baño, luego a comer. ¿Por qué Sedgewick no la había puesto al tanto de la situación general del país? ¿Por qué dejar que se enterara por ellos? ¿A menos que pensara que esta reunión estaba aislada del mundo o que las comunicaciones eran deficientes? Pero estas personas parecían estar al tanto de todo lo que sucedía en el país. Su furia por los aviones militares que arrojaban gas al anochecer la había tomado por sorpresa, y mientras una cámara de video la grababa.

Temblaba cada vez que pensaba en cómo podría haberlo arruinado frente a la cámara y cuáles habrían sido las consecuencias *personales.*

Al entrar en el local de comida más cercano, Kay apenas lo reconoció por su ambiente festivo. Carteles, tapices y brillantes serpentinas cubrían las paredes y colgaban del techo, y telas de colores vivos remendaban el suelo; una variedad de olores y vistas exóticas le abrieron el apetito, y en un rincón tocaban músicos. Las «mujeres libres» superaban en número a las representantes del gobierno. «Así que has vuelto, Kay».

Kay se giró. “¡Hilde Timmerman!”. Era una locura, pero Kay estaba tan contenta de ver a Hilde que casi la abrazó.

Se sonrieron mutuamente durante unos segundos. Hilde dijo: "¿Vienes a comer?".

Se acercaron a las mesas de comida y colocaron vasos y cuencos biodegradables en sus bandejas. —¿Has estado en casa, Hilde? —Kay sirvió arroz en el cuenco grande que había cogido.

Hilde la miró de reojo con extrañeza. «En Berlín, pero no en casa, Kay. Supongo que tú tampoco has estado en casa, ¿verdad?».

Kay soltó una risita. «Ni siquiera pregunté si podía pasarme. Es extraño pensar que lo único que mi pareja sabe

de mí ahora es a través de mis apariciones ocasionales en vídeos». Sirvió dal sobre el arroz y espolvoreó encurtido de lima por encima.

Hilde parecía divertida. «Oh, no solo ahora, Kay. También hablan de ti en vídeo, ¿sabes? Nuestras supuestas mujeres libres no pueden resistirse a ofrecer debates y análisis sobre lo que traman las "principales negociadoras del gobierno". Y tú estás entre ellas».

“Estupendo. Esta poca visibilidad seguramente le gustará al Ejecutivo”. Kay sirvió raita en el tazón pequeño y luego sacó cerveza del barril para su vaso.

Encontraron un sitio en el suelo y se sentaron. —Sí. A nuestros gobiernos no les gusta ese aspecto, y yo también lo he notado en el mío —dijo Hilde en voz baja.

Kay no apartaba la vista de su comida. "Casi no podía creerlo cuando oí hablar de Ursula Hodges".

Hilde no respondió, y comieron en silencio. Casi habían terminado de comer cuando Hilde rompió el silencio. "¿Cómo está afrontando la situación la población estadounidense?"

Kay dio un trago a la cerveza. “No con tranquilidad. ¿Y el alemán?”

Sus miradas se cruzaron. «Solo tenemos toque de queda nocturno, pero no ha habido ni saqueos ni disturbios. Los jóvenes están muy controlados. Esperan pacientemente, aunque están molestos por el fallo de sus implantes. Son los ancianos los que causan problemas. Principalmente los mayores de setenta. Y eso supone un problema para el gobierno. Se teme que haya una fuerte indignación ante la represión contra los ancianos disidentes. Verá, nuestras comunidades no están tan aisladas ni son tan susceptibles de ser aisladas como la suya. La mayoría de los estadounidenses probablemente desconocen lo que ocurre en otras partes de su país. Eso no sucede en Alemania, ni siquiera ahora».

"Oh, el vídeo gratuito para mujeres está contribuyendo en cierta medida a solucionar eso", dijo Kay con amargura. "Ya he intentado tres veces negociar el fin de la transmisión de vídeo en Estados Unidos".

"Estás soñando, Kay. Probablemente sea lo último a lo que renunciarían."

"El Marq´ssanpresente en las negociaciones dijo que la transmisión de vídeo no tiene nada que ver con ellas."

Hilde resopló. «¡Qué típico! Este es el espectáculo Marq'ssan. Y aunque la mayoría de las activistas aquí presentes no pertenezcan al grupo Marq'ssan, seguramente trabajan en connivencia en algún tipo de organización». Hilde se inclinó hacia ella. «Debemos esforzarnos por crear

fricción entre estas activistas», susurró. «Esta mañana logré provocar una buena discusión en mi grupo de mediación. Estas divisiones podrían ser la clave para desmantelar su organización».

“Sí, pero también podrían obstaculizar nuestra capacidad para conseguir lo que necesitamos para que todo vuelva a funcionar”, dijo Kay. Ella había pensado en esa misma táctica, pero había decidido que solo empeoraría las cosas.

“Quizás a corto plazo empeore las cosas, pero tal vez sea más prudente no negociar con ellas en absoluto. El hecho de que negociemos les otorga cierta legitimidad y reconoce su pretensión de poder.”

“No creo que tengamos muchas opciones, Hilde. Si las tuviéramos, los Ejecutivos jamás habrían accedido a negociar.”

—Tal vez —dijo Hilde evasivamente mientras recogía los platos—. Nos entendemos, pensó Kay. Y eso la reconfortó enormemente.

[ii]

Kay consideraba que las habitaciones privadas eran la característica más destacada del alojamiento que le proporcionaba el enemigo. Cuando se las mostraron y explicaron por primera vez, segura de que todas las acapararían y limitarían su uso solo a aquellos dispuestos a hacer cola, no estaba convencida de que funcionaran. Pero nunca tuvo ningún problema para conseguir una, («incluso cuando estaban todas reservadas. Siempre había alguien dispuesto a cederle el uso de una habitación cuando la deseaba tanto como para introducir una solicitud en el sistema de datos para que alguien se la concediera».

Durante una hora, Kay permaneció tumbada en la cama, caminando de un lado a otro o sentada en la silla, pensando en qué podría conseguir a cambio de los prisioneros. Sabía que, al usar una baza tan importante, tendría que obtener algo sustancial o el Ejecutivo (en particular, Sedgewick) se disgustaría. Quería usarla para cambiar la situación de la transmisión de vídeo, el punto en el que era menos probable que el enemigo cediera. Si no lograba que detuvieran la transmisión por completo, ¿quizás podría conseguirle a Estados Unidos un canal propio?

Kay echó un vistazo a su reloj. Quedaban quince minutos. Y su buscapersonas brillaba.

En el baño, Kay se miró fijamente en el espejo. Los pantalones de pana eran suyos: se alegró de haberlos metido en su bolso. Se los había puesto casi nada más llegar esa mañana y al instante se había sentido más fuerte, más competente. DC se había desvanecido... seguía ahí, pero no tan vívida. Kay apartó la vista del espejo. Deseaba dejar de tener visiones del interrogatorio de Susan Hoffman. Esos recuerdos la asaltaban en los momentos menos oportunos, acechando en las esquinas, detrás de los espejos, esperando siempre en la oscuridad. Sedgewick tenía razón: según sus criterios, era blanda.

¿Pero acaso no lo había sido siempre?

Cuando Kay consultó el sistema de datos, encontró mensajes de siete mujeres, cada una solicitando una reunión. Al revisar sus nombres en el directorio, descubrió que todas eran mujeres libres: dos de Costa Rica, una de Guatemala —ese ejemplo latinoamericano de una sociedad dirigida por el Ejecutivo— y cuatro de Panamá. ¿Qué querrían de *ella?* Kay les dejó mensajes indicándoles que podían contactarla en el comedor cerca de su residencia estudiantil a las ocho de la mañana siguiente.

Al llegar a la sala de mediación justo a la hora convenida, Kay encontró a las mujeres libres enfrascadas en una acalorada discusión. Pensó con ironía en la estrategia de Hilde y observó en silencio que no era necesario provocar la discordia. Como había señalado Sedgewick, entre este tipo

de personas era inevitable. La falta de jerarquía siempre conllevaba desorden y desventajas.

"¡Maldita sea, Andrea, no voy a aceptarlo! ¡No voy a darle al Ejecutivo el poder para bombear gratis! Si el Ejecutivo quiere ver cómo la ciudad de Nueva Orleans se hunde en los pantanos o Manhattan en el océano, ese es su problema. Hasta ahora no es una situación que ponga en peligro la vida. Es terriblemente incómodo para la gente que vive allí, estoy de acuerdo. ¡Pero es estúpido regalar nuestras cartas de negociación por nada!" Josepha vio a Kay y la fulminó con la mirada. "Creíste que eras una zorra muy lista cuando se te escapó eso, ¿verdad, Zeldin? Bueno, retiro mi consentimiento al Punto Seis. Tendrás que darnos algo a cambio."

Las demás mujeres miraron a la Marq'ssan. —¿Qué hacemos ahora, Morghuas? —preguntó Lee Sweetwater—. No hay consenso, y coincidimos en que los principios democráticos no funcionan bien en estas situaciones. El punto seis parece demasiado importante como para dejarlo pasar.

Morghuas miró a Kay. "Puedes resolver este problema, Kay. Ofréceles algo."

Kay se dejó caer al suelo. —No veo por qué debería hacerlo —dijo—. Lo quieren. Mucho.

—No tan mal —dijo Josepha—. Como ya mencioné, al Ejecutivo no le hará ninguna gracia perder Wall Street, y mucho menos la ciudad de Nueva Orleans. Ni tampoco ninguna de esas ricas bases de explotación de gas natural a lo largo de la costa del Golfo. ¿Te das cuenta de que el Ejecutivo sufriría una pérdida enorme si esos lugares se hundieran en un pantano?

Kay se quitó las botas y cruzó las piernas. —¿Qué tal si concedo algo más que también beneficie a ambas partes? Dicen que el Ejecutivo se beneficia de ello. Creo que ustedes, las mujeres, lo desean más que el Ejecutivo. Andrea, en particular, parece preocupada. Y permítanme señalar que lo plantearon no como moneda de cambio, sino como una exigencia.

—Tonterías —dijo Josepha—. Es una moneda de cambio, y no te hagas ilusiones. No sé a qué te refieres con "mutuamente beneficioso". Dame un ejemplo.

Kay miró a Andrea y a Lee. “Muy bien. Aquí tienen un ejemplo: en las comunidades donde las estaciones de bombeo vuelven a estar operativas, creamos un comité de enlace entre ODS y la comunidad. Ustedes eligen a ciertos representantes de cada comunidad, y nosotros elegimos a ciertas personas de ODS, y ellos hablan entre sí sobre el orden, la paz y la tranquilidad, y así se obtiene información de ODS y ODS puede obtener cooperación de las comunidades”.

Por un instante, Kay dudó si se ajustaba a los límites de lo aceptable para Sedgewick; asaltada por un repentino y agudo temor, estuvo a punto de retirar la oferta. Pero la inmediata desconfianza de Jo Josepha la convenció de que sería aceptable: «Parece que quieres darle a ODS un oleoducto para controlar mejor a la gente», dijo Josepha. «Eso no es precisamente una concesión».

Kay se encogió de hombros. —Si tú lo crees, no me importa mucho. Es tu decisión. La situación era tan incierta para ella que casi esperaba que Josepha rechazara el trato.

—Quiero pensarlo —dijo Josepha. Miró a las demás mujeres de la sala—. ¿Podemos hablar de esto más tarde?

Todas estuvieron de acuerdo en aplazar el punto seis. "¿Podemos retomar el punto siete?", preguntó Andrea.

“Lo he pensado un poco”, dijo Kay, “y esta es mi oferta: el ejecutivo tendrá acceso a un segundo canal de vídeo”.

Josepha y Brodsky, periodista, intercambiaron miradas. Pero fue Morghuas quien habló: “Eso no es posible con la tecnología que tenemos configurada. Mientras transmitamos en este modo, no puede haber más de un canal. No solo tendríamos que distribuir un segundo conjunto de receptores, sino que también tendríamos que modificar la configuración de la base, y eso sería un gran problema. Un *gran* problema”.

Kay se encogió de hombros. «De acuerdo. Aquí tienes una oferta alternativa. Y este es mi punto final en lo que respecta a negociar la liberación de los prisioneros». Kay miró incómodamente a Hoffman. Incapaz de resistir la tentación, le lanzó una mirada furtiva a Lee Sweetwater. «Seis horas de transmisión de video cada veinticuatro horas».

Josepha negó con la cabeza. “De ninguna manera. Seis horas es demasiado tiempo”.

Andrea miró a Morghuas. "¿Se puede gestionar técnicamente la posibilidad de compartir el vídeo, Morghuas?"

Morghuas asintió.

“Cuatro horas, entonces, de siete a once de la noche, hora estándar del este”, ofreció Kay.

—Una hora, a nuestra discreción —dijo Josepha, mirando a las demás. Andrea, Brodsky y Lee asintieron.

“Dos horas, de nueve a once de la noche, hora estándar del este”, dijo Kay. “Y esa es mi oferta final”.

—Tendremos que hablarlo, Kay —dijo Andrea—. Es una gran concesión. Kay se encogió de hombros. —Habla todo lo que quieras. ¿Quieres que salga? —No es necesario —respondió Andrea.

Lo discutieron durante quince minutos y finalmente llegaron a un acuerdo. Cuando le preguntaron si podían pasar al punto ocho, Kay asintió y ocultó su sonrisa triunfal. Este era su propio gran logro. Incluso Sedgewick estaría complacido.

***

Una vez acoplado, el bípode fue retraído hacia la bahía de cápsulas. La nave se selló y Magyyt desembarcó con sus pasajeros a través del cierre de cápsulas. La visión de Tyln I Khnor san Engst esperando llenó a Magyyt de alarma. "¿Ha ocurrido algo?", susurró en Boldeni.

“No a bordo *del S’sbeyl.* Pero llevas tres horas de retraso. Peor aún, Sorben todavía no ha vuelto; lleva seis horas de retraso. Estoy empezando a preocuparme. ¿Tuviste algún problema?”

Magyyt observó a los humanos pasar. «No pude encontrar los lugares de almacenamiento. Habrá que excavar. No estoy segura de que estén documentados en ningún sitio. Puede que solo se conozcan de boca en boca».

“Pero no podemos permitir que estos ataques aéreos contra civiles queden impunes. Sería perjudicial para la moral general si lo hiciéramos.”

“A este ritmo, se les acabarán los productos químicos”, dijo Magyyt.

“¿Cuándo? ¿El mes que viene? ¿El año que viene? ¿Dentro de cinco años?”

“Estoy agotada, Tyln. Esto de llevar a la gente de un lado a otro consume mucha energía.”

“Pero es necesario. Las negociaciones nunca serían posibles en apariencia.”

—Sí —dijo Magyyt—. Lo sé.

“Veo que necesitas dormir un poco”, dijo Tyln. “¿Alguna noticia importante?”

“Más de lo mismo. Las noticias de Sorben podrían ser más interesantes. Y las de Pendrine también.”

“Pendrine regresó según lo previsto y está durmiendo”, dijo Tyln.

“No sé cómo vamos a poder celebrar *el S’sbeylassan* mañana por la noche si tenemos que pasar el día desestructurando en países donde los gobiernos no han logrado ninguna negociación exitosa”. Magyyt *estaba* cansada y temía *el S’sbeylassan,* que no había celebrado como es debido desde la última vez en Marqeuei. Los observadores de la Tierra casi siempre lo habían omitido, aunque se suponía que debían encontrar la manera de celebrarlo cada mes. Magyyt siempre había sentido un ligero desagrado por *el S’sbeylassan* desde la primera vez que

participó, aunque comprendía que ahora más que nunca la práctica del *S'sbeylassan* era esencial.

"Nos las arreglaremos", dijo Tyln. "Es impensable que no participemos".

"Y es impensable que no cumplamos nuestras amenazas contra los gobiernos", dijo Magyyt.

Ella y Tyln cruzaron miradas. —Sbina I Sellyn se sentiría perturbada por esta conversación, Magyyt.

—Lo sé —dijo Magyyt—. Pero las cosas son como son.

"¿Es eso un proverbio terrestre?"

"Que yo sepa, no. Me lo acabo de inventar."

"Suena fatalista."

"Entonces no lo volveré a decir."

[iv]

Las negociaciones se interrumpieron alrededor de las dos. Jo Josepha dijo que tendría los contratos listos por la mañana para que Kay pudiera «regresar a la Tierra» —como insistían

en decir las mujeres libres— ese mismo día. Alguien del Ejecutivo estaría en el desierto esperando el regreso de Kay, para que al menos uno de los contratos se firmara y así se cumpliera el plazo de Marq'ssan.

Ansiosa por dormir, Kay se dirigió a su dormitorio. Pero antes de que hubiera avanzado más de unos pocos metros desde la sala de mediación, Lee Sweetwater se acercó a ella. "¿Has estado en el Salón de Actos desde que regresaste, Kay?"

Kay dirigió una mirada de reojo a la "mujer libre". "No he tenido tiempo". Su principal razón había sido evitar a los medios. A pesar de haberle asegurado a Sedgewick que conseguiría toda la cobertura televisiva posible, cada vez que Kay hablaba ante la cámara, se retorcía al darse cuenta de que cada palabra suya que se transmitiera sería transcrita por uno de los equipos de la Compañía, sentados con sus libretas y lápices las veinticuatro horas del día, vigilando la transmisión de los terroristas.

“Bueno, puede que te resulte interesante. Hay un festival de arte. Mucho repertorio feminista, además de algunas novedades.”

¿Repertorio feminista?

Lee asintió. “Se remonta al siglo XVII, aunque la mayor parte se realizó en el último cuarto del siglo pasado”.

Kay suspiró. "Me suena aburrido".

“Podrías venir a echar un vistazo. Hay varios grupos de teatro aquí ahora mismo. Y muchas de las actuaciones se están grabando en vídeo.”

Una alarma sonó en la cabeza de Kay: entretenimiento... circos... no solo el "charlatán de las mujeres" y la propaganda aburrida... "Está bien, Lee. Le echaré un vistazo."

Lee sonrió. "Yo también voy para allá".

El salón de actos estaba abarrotado; la plataforma central se utilizaba como escenario circular donde se representaba una obra en inglés. Kay se inclinó y le susurró al oído a Lee: "¿Cómo pueden representar una obra sin hombres? ¿Acaso las mujeres interpretan los papeles masculinos?".

Lee sonrió y susurró: "En esta obra solo actúan mujeres".

Propaganda. ¿Cómo podía ser interesante una obra de teatro sin hombres? Susurró: «Tengo que irme a la cama. Mañana tengo otra reunión, además de la de nuestro grupo. Nos vemos entonces».

“Espera, Kay. Cuando esto termine, habrá una lectura de un fascinante relato de ciencia ficción del siglo XX, escrito por James Tiptree, Jr., también conocido como…”

Kay se abrió paso a empujones para salir del Salón de Actos. Una historia de ciencia ficción. Justo lo que necesitaba en ese momento. Esta gente solo pensaba en ciencia ficción.

 **[v]**

Memorando dirigido a todos los participantes del Grupo de Trabajo para la Intervención en la Tierra, relativo a S'sbeylassan.

A pesar de las dificultades que supone organizar la celebración de *S'sbeylassan* y la artificialidad inherente a la elección arbitraria de un día del calendario terrestre/lunar, existe consenso general en que el Grupo de Trabajo no debe descuidar *S'sbeylassan.* Quienes discrepan (entre ellos dos observadores) argumentan que las dificultades y la artificialidad del evento —trasplantar una estructura de Marq'ssan a un entorno ajeno— distorsionan los efectos fundamentales del *S'sbeylassan* y posiblemente se centran demasiado en ciertos aspectos negativos implícitos en *esta celebración.* Los disidentes, además, conjeturan que un *S'sbeylassan determinado artificialmente* podría debilitar, en lugar de fortalecer, la cohesión y la resistencia del Grupo de Trabajo.

Sin embargo, la generalidad argumenta que sin *S'sbeylassan Un Grupo de Trabajo* Marq'ssan del puede: (1) perder su sincronicidad

S’sbeylassan; (2) alienarse unos de otros; y (3) olvidar (como ha sucedido en la historia de Marq'ssan) aspectos verdaderos y significativos de la existencia de Marq'ssan, especialmente durante la exposición a características de los humanos a las que Marq'ssan es susceptible de considerar no solo con odio sino con desprecio.

En resumen, el Primer Consejo insta a la Fuerza de Tarea a celebrar *el S’sbeylassan* a bordo de una nave de la Flota Estelar durante la Intervención. Si la Fuerza de Tarea en su conjunto o algunos de sus miembros deciden no hacerlo, deben considerar cuidadosamente los riesgos que implica tal omisión e intentar encontrar una estructura compensatoria que satisfaga las necesidades que *el S’sbeylassan* suele cubrir para Marq'ssan.

Capítulo once

[i]

Dos guardias pasaron a menos de un metro de ella. Aunque ni siquiera miraron la oscura puerta empotrada, Martha se quedó inmóvil, pegada a la pared, hasta que el sonido de sus botas se apagó.

Regularizó su respiración, luego respiró hondo y corrió ágilmente a lo largo de la vieja fachada de ladrillo rojo hasta llegar al borde del edificio. Se detuvo para observar la intersección y las calles sombrías que se extendían en cuatro direcciones. No se veía ningún guardia. Levantó los talones y volvió a correr hasta llegar a la sombra de la siguiente manzana. Estaba a una cuadra del estudio y solo le quedaba cruzar una calle.

La tensión en el pecho de Martha disminuyó al divisar su destino. Los edificios estaban a oscuras, sus ventanas

reflejaban el brillo de un cristal negro que apenas iluminaba la luna menguante. Elliott Bay permanecía oscura y silenciosa. El estudio nunca se había usado para reuniones, le había dicho Louise, para asegurarle que ODS no estaría vigilando el lugar. Pero podrían estar siguiendo a alguno de *ellos.* Martha miró compulsivamente por encima del hombro, aunque estaba segura de que nadie podía estar siguiéndola sin que ella lo supiera. No desde Capitol Hill.

Martha rascó con la uña la vieja ranura de latón del buzón, siguiendo la señal previamente acordada, y la puerta se abrió hacia adentro con suavidad y sin hacer ruido. «Soy Martha», murmuró.

—Sube, Martha —indicó una voz femenina con suavidad. Quince escalones, luego un rellano y vuelta, ocho más arriba.

Martha apoyó el pie derecho en el primer escalón y comenzó a subir, tanteando cada peldaño con la punta del pie calzado con lona. Solo oía su propia respiración, el sonido de sus pasos.

Encontró el amplio y abierto estudio sin dificultad. Sus ojos, bien adaptados a la oscuridad, distinguieron fácilmente a otras dos mujeres. «Soy Martha», dijo en voz baja y se sentó con ellas.

—Martha, esta es Vee —dijo Louise—. Vee ha estado trabajando en la clandestinidad durante los últimos cinco años, con ALA.

Martha nunca había conocido a nadie del Ejército para la Liberación de América. No eran el tipo de activistas con los que se juntaban los anarquistas no violentos. «Louise te habrá dicho Vee, que soy una anarquista no violenta», dijo Martha.

—Oh, sí —dijo Vee—. Me contó todo sobre ti.

Martha lo dudaba. En primer lugar, Louise sabía poco sobre la PCFW. Hasta la semana pasada, Louise rara vez había tenido relación con grupos activistas mixtos. En segundo lugar, Martha tenía la impresión de que Louise era generalmente reservada con la información.

“He oído que has estado en algunas de esas reuniones de alto nivel que se están celebrando. Donde sea.” La voz de Vee se burló de Martha.

“¿No crees que los Marq'ssan sean extraterrestres?”

“Hay una especie de lucha de poder en el Ejecutivo”, dijo Vee. “Lo de Marq'ssan es su tapadera. Van a usar esta situación para que todo quede aún más claro, Martha. Cualquiera puede verlo. Y mientras tanto, todas las ratas están saliendo a la luz, o mejor dicho, cuando no salen a la luz, las están tentando con un cebo jugoso. No me lo creo.

Llevo demasiado tiempo aquí como para creerme todo lo que me dicen".

Martha dijo: "Vine a informarme, Louise, sobre lo que está pasando en los alrededores. No a discutir sobre quién se está metiendo con quién".

"Vee acaba de llegar de Portland", dijo Louise.

¿Cómo demonios había llegado hasta aquí desde Portland? "¿Viniste en bicicleta, Vee?"

Vee soltó una risita. "Hice autostop".

"¿Enganchada? ¿Cómo? ¿Con el ODS, tal vez?"

"En parte del trayecto me agarré a la parte trasera de una furgoneta militar. La mayor parte del camino fui a pie. Decidí que no valía la pena llamar la atención por robar uno de sus vehículos. La verdad es que son presa fácil, pero también es fácil detectarte una vez que los robas."

"Dime, Vee, ¿qué opinas de la destrucción causada a Dowsanto?"

Vee resopló. "Todo un montaje. No hubo destrucción de Dowsanto. ¿Quién ha visto realmente las plantas y los laboratorios?"

“Hay uno en Tacoma, y conozco a alguien de confianza que lo revisó”, dijo Louise. “Es un montón de partículas diminutas, más suaves que la ceniza o la arena fina. Algo muy extraño”.

Se oían pasos subiendo las escaleras. Martha tensó las piernas y los brazos, preparándose para saltar.

—Es Perette —dijo una voz.

“Y Ginebra”, dijo otra.

Dos figuras sombrías se acercaron; una se puso en cuclillas entre Louise y Martha, y la otra se arrodilló entre Martha y Vee. «Ginebra es de la Asociación para la Abolición de la Limitación de la Natalidad», dijo Louise. Martha se estremeció. Eso podía significar cualquier cosa. Algunos miembros de ese grupo eran fanáticos religiosos. Otros, feministas. Y algunos, conservadores de la era pre–ejecutiva. «Y Perette es de la Liga para la Restitución de la Democracia, sección de Bellingham», dijo Louise. Una liberal, pensó Martha, intentando no mostrarse demasiado desdeñosa. «Vino en bicicleta ayer. Empieza tú, Perette».

«Parece que están siendo más indulgentes con las ciudades más pequeñas», dijo Perette. Martha reconoció su voz desde la planta baja. «Son permisivos con el toque de queda durante el día, siempre y cuando no te reúnas abiertamente en la calle; se considera reunión a tres o más

personas juntas. Eso significa que durante el día puedes salir y reunirte en casa de vecinos y amigos. A menos que seas un miembro conocido de un grupo activista. Yo no lo soy. Pero los agentes del Distrito Regional de Bellingham tienen una Guardia Especial asignada. Nadie del Distrito Regional ha sido arrestado, aunque he oído que la ODS ha estado haciendo redadas en otros grupos. Principalmente grupos feministas y anarquistas. Parece que a los demás los dejan en paz».

«No entiendo por qué a los ejecutivos les importaría la LRD», dijo Vee. «Al fin y al cabo, la LRD les resulta muy útil. Les da a las personas la ilusión de que existe libertad de expresión en este gran país».

—¿Quién está hablando? —preguntó Perette con frialdad.

—Esa es Vee, Perette. —Louise se quitó la mochila de la espalda y sacó una botella de agua caliente de un litro—. He oído que han dejado de distribuir agua potable en Rainier Beach y Georgetown. La gente de allí está bebiendo su agua del grifo azul y maloliente, o al menos los que tienen *agua* corriente. Lo digo porque he oído que todavía no han restablecido el agua corriente en todas partes. —Martha se estremeció—. ¿Cuánto tiempo aguantarían los filtros? —Louise rompió el sello de la botella y bebió—. ¿Puedo sugerir que dejemos de lado nuestras diferencias y nos pongamos manos a la obra con lo que vinimos a hacer? —Le pasó la botella a Perette.

“Vine esta noche por dos razones”, dijo Vee. “Primero, para avisarles que están rociando una especie de gas tranquilizante potente después del anochecer en Portland. Y segundo, para advertirles que mantengan a la gente alejada del Parque Industrial Sea–Tac durante la próxima semana”.

Louise rompió el denso silencio. "¿Están fumigando todo Portland?"

“No. Barrios seleccionados. ¿Crees que van a fumigar sus propios barrios?”

“¿Hay mucha resistencia en Portland?”

“Incluso con los disparos, siguen pasando muchas cosas”, dijo Vee. “Hace cuatro noches hubo un gran enfrentamiento en las calles. Murieron cinco ejecutivos y quince guardias. Es fácil conseguir armas de fuego, y cada vez es más difícil conseguir munición”.

—¿Cuántos civiles murieron? —preguntó Martha con énfasis.

“No sé cuántos murieron durante la operación; no suelen dar ese tipo de cifras. Pero después, sus supuestos ‘escuadrones de la justicia’ mataron a cincuenta personas que, supuestamente, eligieron al azar entre la población.”

“¡Jesucristo! ¿Crees *que eso* sirvió de algo?” Martha se sintió mal. “¿Crees que cincuenta ‘vidas al azar’ valieron la

pena, Vee? ¿Esa es tu revolución?” La botella llegó a Martha. Dio un largo trago.

Vee se puso de pie de un salto. "Me largo. ¡Que alguien me deje salir!"

Louise se puso de pie. "Lo haré yo."

Escucharon a Vee y Louise bajar las escaleras sigilosamente. «No sé por qué Louise se molestó con ella. Y, de todos modos, ¿por qué nos daría la ubicación de su próximo objetivo así como así? ¿Cómo sabe que ninguna de nosotras avisará a ODS?», se preguntó Martha.

“¿Por qué haríamos eso?”, preguntó Perette. “Ginebra es la única de nosotros que tiene alguna posibilidad de querer salvar al objetivo, y allí hay un Centro de Limitación de la Natalidad”.

—¿Y tú, Perette? —preguntó Martha—. Tu gente defiende la inviolabilidad de la propiedad privada.

“Tal vez en lo que respecta a la propiedad privada, pero parece que ha estallado la revolución y no estamos preparados para tomar partido por el Ejecutivo... al menos no todavía. Y no creo que vaya a incitar a nadie a usar la tecnología de eliminación de opio.”

“Tal vez era una trampa”, dijo Ginebra. “Tal vez no sea un objetivo, y quieren *que* alguno de nosotros lo delate a ODS como distracción”.

Louise regresó. «Podría ser una ejecutiva, considerando su visión sobre los medios y los fines», dijo Martha. ¡Cincuenta muertes! Le costaba creer que incluso la ODS matara con tanta indiferencia y a tal escala.

—Conocí a Vee hace quince años —dijo Louise—. Solía ser una mujer radical. Pero se impacientó. Louise tomó la botella y bebió.

—¿Cómo se las arregla para sobrevivir sin cirugía plástica oficial? —preguntó Perette.

—Hay maneras —dijo Martha—. Pero volviendo al tema, Perette, decías que las cosas son algo más fáciles en Bellingham. ¿Estás trabajando en algo para subvertir a la Guardia Nacional?

“¿Subvertir a la Guardia?”

Sí. La mayoría de los que están en la calle no son ejecutivos, ¿sabes? Creo que se puede trabajar con ellos, especialmente en lo que respecta a la comida y el agua. En lugares donde hay cierta flexibilidad, incluso podría ser posible confraternizar.

—Supongo que no te refieres a violación —dijo Louise con sequedad.

“La Guardia Nacional no ha hecho nada parecido en Bellingham”, dijo Perette lentamente. “Todos están muy controlados por sus oficiales”.

“Ellos también están aquí”, dijo Louise. “Y ese es mi punto”.

—¿Crees que reciben *órdenes* de violar? —preguntó Perette con voz incrédula.

Louise dijo: “Por lo que sabemos, no están molestando a la mayoría de las mujeres ni irrumpiendo en sus casas en cualquier parte de la ciudad. Hay un patrón. Primero, solo atacan a mujeres que trabajan en el sector de servicios técnicos, y segundo, se limitan a zonas geográficas muy específicas: no se dispersan por barrios enteros, sino que se concentran en zonas específicas dentro de las comunidades. La noticia de este tipo de acciones concentradas se difunde rápidamente. Ah, y hay un detalle más. Afirman que las víctimas son feministas o simpatizantes del feminismo, y por lo tanto, traidoras. Esto suele generar ambivalencia entre los testigos. Y advierten a todos los que estén cerca para que controlen a las víctimas”.

El silencio que siguió al hablar Louise fue ensordecedor.

—Escuché algo parecido en el Distrito Central esta tarde —susurró Martha durante el largo silencio—. No es una descripción muy coherente de un patrón. Pero lo que oí encaja. No me gusta cómo suena. Se avecina algo aterrador, una especie de culpabilización de las mujeres por todo este lío. Si logran convencer a la gente, tendremos problemas.

—Quema de brujas —susurró Ginebra. Martha sintió cierta simpatía por Ginebra. No creía que Ginebra hubiera dicho eso si fuera una fundamentalista religiosa.

“Vamos a tener que poner en marcha un proyecto educativo”, dijo Louise. “Y crear una red de resistencia contra la violación. Si la Guardia Nacional viola a las mujeres de forma sistemática, no escucharán a las mujeres hablarles, y mucho menos ellas estarán dispuestas a colaborar en la subversión pacífica”.

“Puedo conseguirte cobertura mediática si quieres”, dijo Martha. “Tú decides cómo quieres presentar lo que está sucediendo y nosotros nos encargamos de la producción”.

“¿Cuándo será tu próximo contacto con el Marq´ssan?”

"Mañana por la noche."

“De acuerdo. Dígales que me gustaría reunirme con su equipo de prensa. Pero será mejor que nos demos prisa. Todo parece estar empeorando día tras día, noche tras noche.”

“Conozco a algunas mujeres que querrán formar parte de tu red de resistencia”, dijo Ginebra.

“Bien. Tendrá que organizarse a nivel de barrio.”

“¿Acaso no pasa eso con todo hoy en día?”, dijo Ginebra.

“Es la única esperanza.”

“Eso y el Marq'ssan”, dijo Martha.

Las dos mujeres la miraron y negaron con la cabeza. Louise dijo: "¿Crees que las cosas han mejorado, Martha?".

—Lo harán —dijo Martha—. Los Marq’ssan saben lo que hacen. Con gente como Leleynl y Magyyt al mando, y los fabulosos poderes de los Marq’ssan, ¿cómo podrían perder?

[ii]

Arropada en una suave manta de lana en una tumbona en la terraza de Leland, Kay contemplaba el océano, atenta a los fugaces destellos de las olas que se filtraban a la luz de la luna, mientras sus oídos resonaban con los complejos ritmos del oleaje. Se bebió un trago de Jack Daniels puro, casi a grandes tragos, para difuminar los bordes afilados que la acechaban. El aire puro le rozaba la cara, el pelo, salado,

suave. Allí, casi podía fundirse en un lugar aparte de todos, aparte del caos.

Por una vez la habían dejado sola: todos demasiado absortos para darse cuenta: Mott, sola en algún lugar de la parte trasera de la casa, trabajando; Leland, en Los Ángeles supervisando alguna operación prioritaria; y Sedgewick, Booth y Crannock, encerrados en algún lugar del complejo, tras puertas cerradas con llave, discutiendo algo demasiado secreto para que alguien más en un radio de tres mil millas lo oyera, asuntos que debían concluir antes de que Booth y Crannock fueran llevados a la casa del primero cerca de Oceanside. Quizás esa fuera su recompensa, el estar sola, pues habían estado encantados con el acuerdo de compartir videos: Booth, Crannock y Sedgewick, esperándola en el desierto porque habían tenido que firmar al menos un documento para la protección del objetivo que el enemigo hubiera elegido para una posible represalia si no cumplían con el plazo.

Al verlos firmar el documento, Kay quedó impactada por lo insólito de aquellos hombres ricamente ataviados que aparecían en el desierto para esperar una extraña nave de diseño indeterminado, en marcado contraste con la surrealidad de aquella sala llena de mujeres que negociaban punto por punto con mezquindad, mientras el mundo se sumía en el caos y la posibilidad de que millones murieran en cuestión de días acechaba en los márgenes de la conciencia de todos. Kay fantaseó con pasar doce años negociando

entre esas mismas mujeres, resolviendo el punto un millón trescientos mil cuatrocientos veintiocho... Fue un momento de desmoronamiento. Después, Kay no logró alcanzar una sensación de realidad completamente natural. Se sentía como si estuviera mirando a través de una ventana desde el exterior, observando hacia adentro, poco convencida, dubitativa, esperando que el mundo volviera a transformarse en lo que siempre había considerado normal... especialmente mientras observaba a los tres ejecutivos discutiendo con regocijo la aparentemente exitosa revuelta de Hong Kong contra la República Popular China (y con menos entusiasmo el estado general del mundo según la información que les traían sus mensajeros).

Le habían quitado todos los papeles: los contratos y quince páginas de demandas ideadas por varios activistas. Cuando el helicóptero aterrizó en la propiedad de Leland, Sedgewick le dijo que pasarían la noche allí. Nadie quería arriesgarse a un vuelo nocturno ahora, no después de tres accidentes en las últimas cuarenta y ocho horas.

Kay bebió más whisky y reflexionó sobre su decisión de no revelar la información clave del viaje. A menos que la drogara, Sedgewick no tendría forma de sonsacársela. Usaría esa información en las negociaciones. Si el Ejecutivo lo supiera, tal vez podrían usarlo ellos mismos. Necesitaba una ventaja, necesitaba influencia para proteger su posición. El Ejecutivo no tendría motivos para sospechar de ese punto débil a menos que otro negociador lo descubriera y lo

revelara. Pero nadie dogmático —del tipo que sin duda seguirían enviando— estaría buscando tal punto débil.

Suave.

'No. Ella no pensaría en eso.

Y luego estaba la irrealidad de la cena. Lo único realmente real había sido la presencia de Mott al otro lado de la mesa, aunque nunca miró a Kay. Mott había dirigido el servicio de mesa con discreción, como Felice había hecho para la fiesta de Sedgewick. Había dicho: «Doctor Zeldin, ¿le apetece un café?», con una cortesía impecable, pero una fría hostilidad había helado el ambiente entre ellas. Kay se había sentido como carne ensangrentada nadando entre tiburones. Y entonces se dio cuenta de que la frialdad de Mott era obra de Sedgewick. Incluso mientras hablaba con Booth, Sedgewick las observaba a ella y a Mott con especial atención.

Seattle —es decir, Scott, su libro, su docencia, su trabajo en comités— se había convertido en un lugar remoto e inaccesible. El Jack Daniels y el sonido de las olas la tranquilizaban.

¿Por qué el Ejecutivo permitía que el Marq'ssan dictara las condiciones? Esto la desconcertaba. La Manta parecía haberlos paralizado. Kay empezaba a sospechar que no tenían ningún plan. Lo único que parecía jugar a su favor

eran las negociaciones, y estas, lo admitieran o no, los desangrarían poco a poco. ¿Por qué eran tan pasivos? ¿Tan indefensos? ¿Y por qué no habían logrado averiguar dónde, exactamente, celebraban las reuniones los Marq'ssan? Seguramente la Marina tendría los recursos para rastrear el transporte. Supuso que era muy probable que, si lo sabían y tenían un plan que implicara el uso de la fuerza, ella sería de las últimas en enterarse.

"Aquí estás, Zeldin."

Kay se sobresaltó. No había oído que la puerta francesa se abriera detrás de ella.

"¿Qué estás bebiendo?"

"Jack Daniels. Tengo la botella aquí, pero no tengo vaso extra."

"Traje mi propia bebida. Supongo que ya estás pensando en dormir."

"Hay nueve horas de diferencia entre la hora estándar del Pacífico y la hora del meridiano de Greenwich, Sedgewick."

"Con más razón deberías volver a DC, Zeldin. No hay mucha diferencia. Ahora que te han dado la opción de que te recojan allí, nos ahorrará mucho tiempo y molestias."

“¿No te importa que aterricen sus naves en el tejado de Security Central?”

“Tienen agallas, eso hay que reconocerlo. Están convencidos de que no les haremos nada.”

“¿Qué diferencia hay entre el centro de seguridad y el desierto lleno de militares con todas sus cámaras y armas?”

Sedgewick se sentó en la silla junto a la tumbona de Kay. «Has estado inusualmente callada desde que regresaste».

“Tengo la impresión de que, entre los ejecutivos, se supone que las mujeres no deben ser escuchadas, incluso si por alguna razón se requiere que sean vistas.”

“¿Has vuelto a ser la misma de antes, Zeldin, sin miedo a nada? ¿Es porque estás eufórica después de tu golpe de estado o por la bebida?”

“Sedgewick, anoche mi principal oponente me dijo que era una zorra dura.”

“Te estaba halagando. Es una buena táctica. Podrías intentar usarla tú misma alguna vez.”

¿Adulación? ¿Halagos para ti o para el enemigo? Kay se inclinó y agarró el cuello de la botella. La mano de Sedgewick se cerró sobre la suya, impidiéndole levantarla. Suéltala, Sedgewick.

“Mañana te espera un día largo, Zeldin.”

“Así que tomaré una pastilla al día siguiente.”

“No voy a discutir contigo, Zeldin. Te digo que ya has tenido suficiente.”

Kay soltó la botella y se zafó del agarre de Sedgewick. No estaba lo suficientemente borracha como para olvidar la escena en la sauna. —Dime mi horario —dijo.

“Salimos hacia Washington D.C. al amanecer. Tendrás que estar presente durante la reunión del Gabinete. Probablemente te llamemos en algún momento de la reunión. Más allá de eso, no sé. ¿Dónde está ese equipo tecnológico que dijiste que trajiste?”

“Está en mi maletín. Dijeron que si alguien intenta manipularlo, se desintegraría. Creo que eso significa que se convertiría en esas extrañas partículas a las que se redujo Downsanto. Dijeron que la fuente de alimentación y la interfaz de transmisión están diseñadas precisamente para encajar con el equipo de vídeo estándar.”

“Quizás podamos averiguar cómo funciona”, dijo Sedgewick.

“No sé qué pensar al respecto. Si yo fuera el Ejecutivo, no se lo daría a un ingeniero eléctrico para que lo desmontara. Si hicieras eso, podrías quedarte sin tu parte de las dos horas.

Y estoy seguro de que no nos darán otro sin exigirnos algo más a cambio."

"¿Has leído su lista de exigencias, Zeldin?"

"Sí. Las quince páginas. Supongo que es solo la punta del iceberg."

"Quieren lo que ellos llaman una 'zona libre de seguridad', Zeldin. Un lugar sin ningún tipo de presencia policial. No son comunistas, son anarquistas."

"Las mujeres con las que estoy negociando son de todo tipo. Discuten constantemente entre ellas. Sus principios y objetivos son muy diferentes. Pronto empezarán a intrigar entre sí. Me mantengo al margen, sin provocarlas, esperando a que eso suceda. Si espero pacientemente, tarde o temprano algunas empezarán a acercarse a mí en secreto para negociar. Entonces la cosa se pondrá interesante. Para entonces, me habré ganado su confianza. Y entonces, que me hagan ofertas."

Sedgewick la miraba fijamente. "Tienes algún plan en mente, Zeldin."

"Veo una forma. Pero necesito comprender mejor la relación entre los Marq'ssan —la gente con toda la tecnología sofisticada— y estas activistas fragmentadas. Tengo la sensación de que a los Marq'ssan no les hizo ninguna gracia compartir ese vídeo, pero tampoco iban a

decir nada al respecto. Esas feministas querían la liberación de los presos a toda costa.”

“Y ni siquiera los pidieron todos.”

“No. Ya me di cuenta. Pero entonces no hay razón para que sepan de todos los activistas que ODS ha detenido. ¿Cuántos grupos anti–Ejecutivos operan en este país, de todos modos?”

“Al menos mil. La mayoría solo hacen ruido.”

“Pero volviendo a la dinámica de la situación, la mayoría de las activistas me parecen un poco ingenuas, y el Marq´ssan algo menos ingenuo, pero por alguna razón reacio a intervenir. Por lo que veo, solo dan consejos cuando se les piden.”

“Sigo sin entenderlo, Zeldin. Dices que cierras tratos con las activistas, con una de las terroristas presente en las negociaciones, sin decir mucho pero proporcionando la información para que las activistas negocien. Es evidente que la gente de Marq'ssan tiene el control. ¿Por qué no estás negociando con ellas?”

“No lo sé. Cuando intento negociar con ellas, me dicen que hable con las mujeres libres. Lo único que tratan directamente conmigo son cuestiones logísticas, como recogidas y entregas, o darme la batería, o reemplazar a

Grausch y Fenton. Todavía no lo he resuelto. Esa relación es clave.”

“Qué lástima que no hayas podido ver las audiencias de Grausch y Fenton. Grausch estaba llena de retórica sobre terroristas sucias que no conocen su lugar y tampoco quieren que nadie más conozca el suyo, y Fenton divagó sobre monstruos del espacio exterior hasta que incluso Devito ya había tenido suficiente, creo que Devito te prefiere a ti antes que a Fenton, Zeldin.

Kay se arropó mejor con la manta. Tenía frío. — ¿Descubriste quién bombardeó la casa de Gibson?

“Un grupo caribeño con un nombre largo que incluye la palabra ‘liberación’ se atribuyó la responsabilidad. Los tenemos localizados. Estamos preparando la documentación para un plan de racionamiento. Cuando lo tengamos listo, podremos identificar a los responsables con mayor facilidad. Todos tienen que comer y beber.”

“¿Se puede hacer eso sin ordenadores?”

“No será fácil. Pero encontraremos la manera. Quizás podamos recuperar algo de capacidad de procesamiento de los terroristas, Zeldin. ¿Qué te parece?”

“Yo no contaría con ello.”

“Tienes el vídeo para compartir.”

Kay se rió. "Estoy segura de que cuando se den cuenta de lo que han hecho, recapacitarán y no volveré a tener esa ventaja".

“Ponte a ello, Zeldin.”

“Te das cuenta de que me lo pones más difícil cuando me mandas allí sin tener todas las cartas a mano.”

“¿Qué demonios se supone que significa eso?”

Un matiz en su voz la hizo elegir sus palabras con cuidado. «En el momento en que puse un pie en el lugar, me rodearon los de vídeo, me pusieron un micrófono en la cara y me interrogaron sobre las diversas medidas de seguridad adoptadas para controlar a la población civil. Estaban especialmente alterados por un gas que tu gente ha estado lanzando sobre Portland y Los Ángeles todas las noches. Ni siquiera había oído hablar de eso, Sedgewick. Luego entré en la sala de mediación y me bombardearon con más preguntas. El triaje en la distribución de agua potable en Boston, Nueva York y Miami. Etcétera, etcétera. Me ayudaría estar tan informada como mis oponentes».

Sedgewick parecía molesto. "¿Cómo se enteran de todo eso? No tienen un sistema de mensajería; lo sabríamos si lo tuvieran. Excepto por los ridículos aviones que los transportan, somos dueños del espacio aéreo. Y de todos los vehículos terrestres. ¿Cómo demonios se comunican?

¿Crees que tienen algún tipo de sistema de comunicaciones privado?"

—Estoy muy atenta, Sedgewick. Con el tiempo, lograré entender cómo lo hacen. Pero lo que quiero decir es que una mejor preparación me ayudaría. Kay estaba segura de que Sedgewick había considerado innecesario contarle casi nada sobre las operaciones de Seguridad, que en realidad no era asunto suyo. —¿Por qué mantenerme en la ignorancia si ellos no lo están?

La puerta tras ellos se abrió. —Disculpe, señor —dijo Mott—. Acaba de llegar un mensajero para usted.

Sedgewick entró en la casa. —Señorita Mott —dijo Kay, impidiendo que siguiera a Sedgewick de vuelta a la casa.

“¿Hay algo que pueda conseguirle, Dr. Zeldin?”

Kay se estremeció al oír su tono de voz: inexpresivo, cauteloso, sutilmente hostil. Kay conocía perfectamente los sentimientos que se escondían tras ese tono; últimamente se le habían hecho muy familiares. «No te traicioné a propósito», dijo. «Lo siento».

¿Hay algo más, doctor Zeldin?

—No, nada más. Kay reprimió un suspiro. No tenía sentido dar una explicación elaborada. Obviamente, su disculpa no había hecho sentir mejor a Mott (ni a ella misma).

Lisa Mott regresó a la casa y Kay contempló el océano y consideró servirse otra copa. No, mejor irse a la cama, incluso tan temprano. Si Sedgewick regresaba, podría hablar demasiado.

Probablemente esta sería la última vez que se sentaría allí a contemplar el océano. Le dolía profundamente pensar que en el futuro la sacarían de allí y la entregarían directamente a los servicios de seguridad, sin la transición gradual que ofrecía el desierto. Pero al menos ya no la tendrían que someter a Mott de nuevo.

[iii]

Magyyt extendió la lona, luego puso su saco de dormir sobre ella y se acurrucó. Era un capricho venir a los Andes. Pero tal vez era necesario. Iba a la deriva, a la deriva, sin saber si peligrosamente necesitaba encontrar un rumbo. ¿Por qué no aquí, sola, mientras las demás seguían con su farsa? Esta era una «estructura compensatoria». Magyyt odiaba esa frase. El Primer Consejo está desarrollando un tono y un estilo, pensó. ¿Se daban cuenta?

Ella se encontraba fuera de MatqNimn esta noche, aislada. Pero ¿qué pensaba hacer con su *S'sbeylassari simulado?* No existía una quintaesencia ritual de Marq'ssan que pudiera

falsificarse para evocar la apariencia de lo que temían que estuviera ausente. Tampoco necesitaba *S'sbeylassan* para sincronizarse. Eso era solo un pretexto. En cuanto a preocuparse por el desprecio hacia los humanos, ¿quién, a estas alturas, podría tener la osadía de despreciarlos estando ellos mismos en tal desorden?

En cambio, deberían estar hablando de los problemas con la Intervención. ¿Cómo lo había expresado Morghuas? Las mujeres libres seguían en un estado de enamoramiento y no prestaban atención a sus relaciones entre sí, y las mujeres libres de EE. UU. actuaban como si el resto del mundo no existiera. Acababan de ceder una doceava parte del control del vid a un solo gobierno sin consultarlo primero con las demás mujeres libres. Bueno, ya aprenderían. Los dos días siguientes verían el fin de esa arrogancia.

Magyyt miró al cielo, deseando poder contemplar la luz de Marqeuei. Habían subestimado tanto la psicología humana que ahora no debían dar nada por sentado. Este hábito de negación... Los humanos estaban perfectamente dispuestos a otorgar poderes extraordinarios de realidad a cosas imaginarias y abstractas, pero se negaban a conceder realismo a lo obvio. Incluso ahora, después del incidente con la pérdida de la gestión de campo de Dghatd, las mujeres libres estaban volviendo a caer en la negación de pensar en los Marq'ssan tal como se presentaban. Incluso Beatrice mantuvo el tema a distancia, excepto durante las pocas horas posteriores a haber visto a Dghatd, mientras que las

que habían presenciado el desliz de Dghatd se mostraban cautelosas a su alrededor, temiéndole personalmente, como si Dghatd fuera atípica y diferente a las demás Marq'ssan.

Morghuas aconsejó prestar especial atención a Kay Zeldin, pues había indicios de que ella podría sospechar de la debilidad de su posición. Las mujeres libres eran descuidadas con lo que revelaban a los delegados del gobierno y no se sinceraban entre sí. No parecían comprender que Kay no era simplemente una figura decorativa para el Ejecutivo, sino que su poder para influir en los acontecimientos era igual al de ellas, a pesar de la cantidad de recursos que el Marq'ssan ponía a su disposición.

Quizás debieron haberlo hecho de otra manera. Quizás debieron haber reunido primero a las mujeres libres y enseñarles mediación. Pero eso ya no era una opción y, por lo tanto, era inútil pensarlo. Lo que Magyyt más necesitaba considerar era su propia posición. Quizás era el trauma del cambio en sus relaciones con las mujeres libres que conocía desde hacía años. O quizás era el rumbo que estaba tomando la Intervención. Fuera lo que fuese, Magyyt sentía que se alejaba cada vez más de los demás, más de lo que jamás había estado.

Ella había elegido tumbarse en la cima de una montaña en lugar de comer con su propia gente. Algo andaba muy mal.

Capítulo doce

[i]

La resaca de Kay no fue grave, y la mañana siguiente alivió rápidamente todos los síntomas, excepto la persistente depresión que solía atormentarla tras un exceso de alcohol. Se recordó a sí misma que cualquier efecto secundario de la borrachera de la noche anterior valía la pena, ya que, por lo que sabía, su plan había funcionado. Tras soltar sus inhibiciones, había alardeado como el propio Sedgewick se permitía con ella, y él se lo había perdonado, probablemente porque estaba visiblemente ebria y él estaba muy complacido con su golpe. Por un lado, pensaría que había presumido imprudentemente de su astucia en sus estrategias y su comprensión de las negociaciones, mientras que, por otro lado, vería que el Ejecutivo dependía especialmente de ella. Tenía una buena posición frente al Marq´ssan, sí, pero él no sabía cuán buena, ya que había

escondido el as bajo la manga. Sin saber que el as venía con la mano, apreciaría aún más la necesidad de una estrategia astuta y una perspicacia psicológica. Él jamás sospecharía que ella le había ocultado algo, pues creía que, en su despreocupación, se había jactado de todo. Ella también sentía que había conseguido cierta ventaja sobre él.

Cuando salió sola de la sala donde se reunía el Gabinete, tuvo la sensación de haber sorteado un estrecho canal, sorteando rocas y tocones sin tropezar ni una sola vez, hasta llegar a aguas claras (aunque agitadas). «Ya terminé aquí, Anderson. ¿Adónde vamos?»

"Vuelva al despacho del jefe Sedgewick, profesora. Weatherall tiene montones de cosas para que lea."

Kay sonrió. "Estupendo. Siempre me ha resultado más fácil conectar con las palabras en la página que con las personas. Probablemente por eso soy una erudita. ¡Vamos!"

Cuando Kay entró en el despacho de Weatherall y le sonrió, Weatherall dijo con frialdad: «Antes de que se ponga a leer, por favor, sugiera qué acuerdo desea alcanzar al respecto, Dr. Zeldin». Weatherall le entregó un sobre a Kay.

Era otro cupón, esta vez para una bonificación. Lo firmó sin decir nada y escribió su número de tarjeta. ¿Alguna vez vería algo de ese dinero que le estaban dando? En esas circunstancias, su existencia parecía totalmente hipotética.

Preguntó: "¿Sería posible enviarle una nota a mi esposo por el mismo servicio de mensajería?".

La sonrisa de Weatherall se burló de Kay. “Pregúntale tú misma. Yo no soy tu intermediaria”.

Kay se sonrojó. Sin darse cuenta, al parecer había ofendido a Weatherall. Deseaba saber cómo. En el fondo, la actitud de Weatherall hacia ella probablemente importaba.

Dos mujeres estaban limpiando la oficina de Sedgewick bajo la atenta mirada de un empleado de la Compañía. Weatherall las echó y les dijo que volvieran a la hora de la cena.

Kay se sentó en su sitio habitual a la mesa y observó a Weatherall abrir varios cajones y armarios, de donde sacó carpetas, sobres de papel manila y una gruesa carpeta de anillas. Weatherall los dejó caer sobre la mesa, abrió la carpeta y hojeó varias hojas finas hasta encontrar un juego de hojas rayadas con letra cursiva y temblorosa; la de Sedgewick, supuso Kay. Weatherall retiró las hojas manuscritas y volvió a guardar la carpeta en el armario, que cerró con llave. «Debo recalcar, doctor Zeldin, que todo lo que está a punto de ver es estrictamente confidencial. Bajo ninguna circunstancia tiene permitido hablar de esto con nadie que no sea el señor Sedgewick. ¿Entendido?»

"Comprendido."

“Estas hojas son un registro de los pedidos que el Sr. Sedgewick envía personalmente. En la columna de la izquierda está el nombre y la ubicación del destinatario de los pedidos, en la columna central observaciones de referencia sobre el contenido de los pedidos, y en la columna de la derecha la hora y la fecha de envío, y la anotación del estado. El Sr. Sedgewick me indicó que esto debería solucionar cualquier deficiencia que usted pudiera tener con respecto a operaciones que probablemente mencionará la oposición durante las negociaciones. Los archivos contienen informes elaborados por supervisores y controladores territoriales sobre las operaciones ordenadas por el Sr. Sedgewick. Weatherall miró a Kay con severidad. ¿Le molestaba que Kay tuviera acceso a este material tan restringido? «Debo recalcar, Dr. Zeldin, que no abandone esta habitación hasta que me llame con el timbre y yo haya acudido. Ninguno de estos documentos debe quedar desatendido ni un segundo. De hecho, prefiero que se quede encerrada en esta oficina; así, si necesita ir al baño, podrá ir al del Sr. Sedgewick sin preocuparse por dejar los documentos sin vigilancia. ¿Tiene alguna pregunta?»

“No ahora mismo.”

“Toque el timbre si necesita algo.”

Kay escuchó el giro de las llaves en la cerradura; miró con curiosidad a su alrededor. Se sentía extraña estando allí sin Sedgewick, como tampoco lo había estado aquella primera

tarde que la dejaron sola leyendo. Ahora podía sentir los rastros persistentes del poder de Sedgewick, algo de su presencia, en la habitación. Y sentía curiosidad por la parte de la habitación en la que nunca había puesto un pie. Pero sentía aún más curiosidad por el registro y los archivos. Echó un vistazo a las hojas rayadas y vio que comenzaban con el inicio de la Manta.

Kay comenzó con el registro. Casi de inmediato, su propio nombre llamó su atención. Impulsada por la curiosidad, recorrió con la mirada la columna central buscando a todos los "Zeldins" y "KZs" en el registro. Preguntándose si los archivos sobre la mesa incluían un informe de Torricelli sobre ella, Kay revisó las carpetas y encontró varias. Aunque sabía que era una pérdida de tiempo, no pudo evitar leerlas. Leland también la había mencionado en algunos de sus informes. También encontró informes sobre sus lecciones de defensa personal. Incluso había un informe de Boltmann que detallaba el tiempo que había pasado con ella durante el interrogatorio de Susan Hoffman.

A continuación, Kay centró su atención en las órdenes para mantener el control que Sedgewick había enviado. El panorama era sombrío. En una semana, la cantidad de fuerza y las medidas violentas de represión habían aumentado a un ritmo exponencial, desde órdenes de arresto de personas activistas conocidas y escuadrones de la muerte hasta la fumigación aérea con productos químicos en barrios de la ciudad. Pero los últimos cuatro días del registro marcaron un

cambio que sumió a Kay en un estado de tensión tan intenso que la obligó a refugiarse en el baño de Sedgewick para aliviar un ataque intestinal.

Mientras estaba sentada en el inodoro, sus ojos recorrieron la habitación, pasando de la bañera hundida a la profusión de plantas y arbustos en macetas, los grifos de oro y cristal, la ducha, la pequeña sauna, apartando la mirada de su propio rostro pálido y tenso en los múltiples espejos que la rodeaban. Sedgewick había formulado un plan. Había organizado una estrategia a gran escala. Sin embargo, ella buscaba otra manera de explicar lo que había leído, una manera de evitar enfrentarse a lo que se desprendía claramente de las anotaciones en el registro. A Kay le costaba aceptar que incluso *él* pudiera inventar un plan así con tanta libertad, que pudiera dar órdenes de forma tan consciente... ¿Era Sedgewick realmente capaz de algo así?

Pero, por supuesto que lo era. Pensó en lo que había encargado para Susan Hoffman, y en gran parte, Kay supuso, simplemente como una lección para ella misma.

Kay apretó los dientes para que no le castañetearan. Estaba loca por haberse involucrado. De repente, añoró su hogar. Aunque la actitud de Scott resultara poco comprensiva, Scott, incluso en su peor momento, era cálido, decente y humano. Mientras que Sedgewick, en su mejor momento... Sedgewick, en su mejor momento, era un tiburón acechante.

Kay tiró de la cadena y se lavó las manos con el agua clara y sin perfume que salía directamente del grifo. Se fijó en la puerta al otro lado de la habitación y se preguntó distraídamente a dónde conduciría.

Regresó a los archivos con reticencia y temor.

Aproximadamente media hora después, Kay oyó cómo se abrían los cerrojos y la puerta; se le erizó la piel al oírlo acercarse por detrás. Se apoyó en el respaldo de su silla y le puso las manos en los hombros. «Entonces, Zeldin, ¿te sientes suficientemente informada ahora?»

Kay imaginó soltar las manos de los brazos de seda cruda de la silla, agarrarse al borde de la mesa y empujar hacia atrás. Pero por razones que ella misma desconocía, había perdido el equilibrio. Miró fijamente uno de los informes mecanografiados de Torricelli que yacía expuesto ante ella. «No puedo creer que estés haciendo esto, Sedgewick», dijo finalmente. «No solo es una estupidez, sino que no va a funcionar». Para disgusto de Kay, su voz salió aguda y temblorosa.

—¡Qué cretina! —dijo Sedgewick—. Supongo que eso significa que te estás identificando de nuevo con el otro bando, ¿no?

“Esas persons a las que se ataca no son el enemigo”.

Le masajeó los hombros. «Tal vez no las personas en sí mismas, Zeldin. Pero como tú y todos los demás llegarán a comprender, *representan* al enemigo... ¿Acaso se te ha escapado que el enemigo ha declarado una guerra sexual?»

El pulgar de Kay rozó la tela áspera hasta que la piel se volvió insensible. «¿Quieres decir que vas a *convertirlo* en una guerra sexual? A las masas no se les ocurriría por sí solas. En cuanto a la Guardia, te estás buscando problemas. ¿Crees que podrás mantenerlos bajo control una vez que los inicies? No lo creo».

“Olvidaste dos cosas. Primero, ahora tenemos dos horas de vídeo. Que se integrarán a la perfección en esta operación psicológica. ¡Bien hecho, Zeldin! Segundo, sus oficiales son Ejecutivos.”

Kay ardía en deseos de decirle que la soltara, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

“Teniendo en cuenta las frustraciones del servicio de la Guardia, así como los temores por el agua y la comida y la aparente invisibilidad de este enemigo, al crear un símbolo tangible del enemigo, al menos estoy elevando la moral de la Guardia. Es una táctica históricamente probada, Zeldin. Por eso la violación siempre ha formado parte de todas las guerras.”

—Es una estupidez —dijo Kay con voz ronca.

—Querías jugar con nosotros, Zeldin. Pero nosotros jugamos con reglas de chicos. ¿Crees que la guerra es cosa de niñitas civilizadas? —Los dedos de Sedgewick se enredaron en su cabello y le echaron la cabeza hacia atrás. Tenías razón en una cosa. Tendrás que estar preparada para sacarle el máximo provecho. —La soltó y se sentó en su silla a la cabecera de la mesa—. Tu táctica es obvia: cuando saquen el tema, señala la discreción de los incidentes, la aleatoriedad de las víctimas y afirma que son "casos aislados" generados por el desorden y la frustración generalizados de la situación. Y recalca que las masas —perdón, el pueblo— están muy molestas porque las feministas están arruinando el país, porque las feministas le dictan al Ejecutivo... ¿Lo ves, Zeldin?

“Veo que su intención es convertir a las mujeres en general en chivos expiatorios, desviando así la ira y la culpa del Ejecutivo.”

—No me refiero a las mujeres en general —dijo Sedgewick—. A las mujeres del sector de servicios técnicos. Y a las feministas. Las mujeres en general no son un objetivo fácil, y no estoy seguro de que queramos atacarlas. Desde luego, no a las profesionales ni a las ejecutivas; eso sería demasiado peligroso. No queremos dar pie a lo que las feministas solían llamar concienciación. Sedgewick esbozó una de sus raras sonrisas. —He estado leyendo sobre las feministas, Zeldin, y se me han ocurrido muchas ideas. El problema con las mujeres del sector de servicios técnicos es

que son inarticuladas, están aisladas y ya son los objetos sexuales naturales de nuestra sociedad. ¿Seguro que no te has dado cuenta?

“La búsqueda de chivos expiatorios siempre se sale de control, Sedgewick. Los hombres empezarán a matar mujeres, y no van a hacer las distinciones que pareces creer que puedes preservar. Además, las mujeres que trabajan en el sector de servicios técnicos no son el enemigo. Al menos son inocentes de todo lo que está pasando.”

Sedgewick resopló. "Hay más mujeres feministas en el sector de servicios técnicos que profesionales".

“Esto es una locura. Una locura absoluta. Hay que detenerlo.”

“Cada vez eres más ambiciosa, Zeldin. Al principio solo querías decirme cómo dirigir la operación Marq'ssan. Te dejé leer mis archivos y ahora estás dispuesta a decirme cómo dirigir ODS. Quizás te lleve conmigo a la próxima reunión del Gabinete y te deje que nos digas cómo dirigir el Ejecutivo.”

Kay apartó la silla de la mesa y se puso de pie para caminar de un lado a otro. Deseaba tanto salir de allí que fantaseaba con salir directamente de la oficina sin mirar atrás. Pero no podía hacerlo ahora, como tampoco lo había podido hacer en la base de Everett. Por unos segundos, la verdad sobre por qué había dejado que Sedgewick la convenciera de

volver al trabajo la sacudió: siempre lo había sabido, aunque no se lo había admitido a sí misma, que llegado cierto punto no tendría otra opción. Sabía, mientras yacía en la oscura celda donde Torricelli la había confinado, que ese era el tipo de trabajo del que no se podía escapar. Estaba allí para siempre, o de lo contrario se enfrentaría a consecuencias impensables.

—Será mejor que lo tengas claro antes de volver, Zeldin —decía Sedgewick—. Nada de titubeos ni vacilaciones al tratar con el enemigo.

Recorrió la mesa de un lado a otro, ajena a la mirada de Sedgewick. Por un instante, se preguntó si estaría loco, completamente demente. Pero desechó la idea, pues era una locura en sí misma. «Reglas de chicos», había dicho. Lo estaba simplificando hasta convertirlo en algo que no era. ¿Para sí mismo o para las masas? ¿Para sí mismo o para la Guardia? ¿Qué creía realmente que estaba pasando? ¿*Era* esto una «guerra sexual»? ¿Y qué era una «guerra sexual», al fin y al cabo?

—Va en contra de mi naturaleza, Sedgewick, tener que hacerme la hipócrita. Jamás volverán a confiar en mí después de que les diga algo así. Todo se echará a perder. —Solo podía apelar a él por razones prácticas.

“Eso no es tan importante como ganar la guerra. Estas negociaciones son solo una parte de la estrategia general. Yo

nunca juego, Zeldin, excepto para ganar fortalezas. Juego para ganar. Y casi siempre gano."

¿Esto fue una advertencia?

"Siéntate, por favor. Conozco tu estilo de dar conferencias. No te servirá de nada aquí."

Se quedó paralizada. ¿Reconocía su estilo de dar clase? Lo miró fijamente y descubrió que sonreía. Apartó la mirada, hacia la ventana.

"¿No me vas a preguntar nada, Zeldin? Sabes, he estado esperando que *me preguntes* sobre la foto de tu placa."

A Kay se le revolvió el estómago. "¿Weatherall te dijo que yo había preguntado?"

¿Qué sentido tendría Weatherall si ella y yo nos guardáramos secretos?

Le temblaban las rodillas. Volvió a sentarse en su silla.

"Tu capacidad de autoengaño realmente me asombra, Zeldin. Es una de esas ironías de la vida que hayas elegido ser historiadora. Otra cosa sobre la que no me has preguntado es sobre Mott."

Kay negó con la cabeza. "No quiero saberlo". Odiaba la súplica que oía en su propia voz.

“Oh, pero te lo voy a contar de todas formas. Y luego te daré un consejo que solo te daré una vez.”

¿Qué había pasado para su beneficio? ¿Acaso le había vuelto a jugar una mala pasada? Deseaba poder taparse los oídos, poder salir corriendo de la habitación. Iba a decirle algo terrible. Y estaba prolongando el silencio deliberadamente para extender su momento de miedo. Dejó caer las manos sobre su regazo, donde se retorcían y desaparecían de su vista.

“¿Quizás usted sabe que Mott siente una gran repulsión física hacia los hombres?”

Lo ha estado guardando, pensó Kay. Ha estado esperando el momento oportuno para desahogármelo.

“¿No? ¿No lo sabías? Es el caso de la mayoría de las mujeres ejecutivas, Zeldin. No sabes mucho de ejecutivas. Eso podría meterte en problemas.” Hizo una pausa, y ella miró fijamente por la ventana. “Considerando la naturaleza de su comentario, pensé que un castigo apropiado sería ordenarle que dejara que Lamont la follara.” A Kay se le revolvió el estómago. Cerró los ojos, para aislarse de la habitación. Lamont. Lamont era uno de los técnicos de servicio de la Compañía que se usaban para reforzar el séquito de Sedgewick cuando salían de la Central de Seguridad. Primero Hoffman, ahora esto. Lastimándolos para castigarla. Se preguntó si simplemente les estaba

haciendo lo que le gustaría hacerle a ella pero no podía, porque la necesitaba. Reprimió el vómito caliente y acre que le subía por la garganta y tragó repetidamente.

Kay imaginó ir al pedestal en la esquina junto a su escritorio, agarrar el Giacometti, acercarse sigilosamente por detrás y estampárselo en la nuca. Pero sabía que, en realidad, incluso si lograba matarlo, más le valía tener preparada una forma de suicidarse al instante. Sin duda, el regicidio sería la mayor traición ante los ojos de quienes ocupaban el edificio. Y jamás lograría salir con vida.

—Eso sí que te molesta, ¿verdad? —dijo Sedgewick—. Me pregunto qué te apasiona de todas estas mujeres, Zeldin. ¿Por qué te importa tanto Mott? ¡Ni siquiera la conoces! —Sacudió la cabeza, como si no la entendiera—. ¿Ningún comentario? —preguntó Sedgewick al ver que ella permanecía en silencio—. ¿Ni siquiera sobre lo estúpidos que te parecen mis métodos?

—Dijiste que tenías algún consejo que darme. Kay se alegró de haber dicho eso. Le dio una ligera sensación de control.

De reojo vio a Sedgewick recostarse en su silla y frotarse la barbilla con los dedos. «Es así de simple. No entiendes nada de mujeres ejecutivas. Es obvio. Sería prudente que en el futuro te mantuvieras alejada de ellas. De Mott, Raines, de cualquier otra persona con la que te encuentres. Tu contacto

con ellas se limita estrictamente a tu trabajo para mí. Limítate a los límites de ese trabajo».

Eso estaba bastante claro: debía evitar a Felice o también le haría algo a ella. Apretó los puños contra su regazo. Cretino, monstruo, tiburón, vampiro. No tenía nada de humano.

“Ahora ve corriendo a ver a Weatherall. Tú y ella tenéis cosas que hacer.”

Kay salió de la habitación sin decir palabra: no había nada que quisiera decir que pudiera decir. Él le había arrebatado su triunfo y lo había convertido en cenizas, había tomado lo que ella había ganado y lo había convertido en algo obsceno.

[ii]

Martha, agazapada entre los arbustos del parque Royer, se preguntaba si otros, invisibles, la esperaban en la oscuridad. A pocos metros, el lago Washington bañaba su orilla. El viento silbaba entre los árboles y una fina bruma le rozaba la cara. Martha oía una furgoneta de la Guardia Nacional, cuyo megáfono anunciaba a viva voz que no se podía circular por las calles, pasando por el barrio al oeste del parque.

Hace apenas una semana trabajaba como técnica gráfica para *Win!,* un tabloide deportivo en línea. Pero durante los últimos días había estado merodeando por las calles prohibidas al anochecer para asistir a reuniones, y ahora, esta noche, estaba aquí, esperando su segundo viaje a la nave espacial Marq'ssan, trayendo noticias de atrocidades, de resistencia, de guerra abierta y encubierta a una escala que nunca antes (en el fondo de su corazón) había creído posible. Todo estaba destrozado. El Ejecutivo se estaba volviendo impopular, ya no cumplía su parte del "trato", como muchos insistían en describir el gobierno del Ejecutivo. Que todo se derrumbe, exclamó Martha. Que suceda, y entonces la gente demostrará lo fuertes e inteligentes que son en realidad. Cuando llegue el momento decisivo, se recompondrán. No aceptarían toda esta violencia. Rechazarían el gobierno del Ejecutivo, llegarían a reconocer su propia autoridad. Cuando los tiempos se vuelven extraordinarios, la gente se vuelve extraordinaria.

Martha oyó el suave roce de las ramas al moverse. «Martha, soy yo, Pendrine». Martha salió sigilosamente de entre los arbustos. ¿Cómo habían aterrizado su nave tan silenciosamente, tan invisiblemente? Martha se estremeció. Había perdido el calor que había acumulado al salir del Distrito Central.

Otras tres mujeres acompañaban a Pendrine. La Marq´ssan abrió el camino y, de repente, las escaleras y la puerta de la nave aparecieron ante sus ojos. Martha siguió a Pendrine

escaleras arriba y, sin que nadie se lo indicara, encontró un sofá de vuelo libre y se abrochó el cinturón. Las dos docenas de mujeres que ya ocupaban los sofás intercambiaban noticias. Martha, mientras escuchaba, sintió náuseas: muchas de las cosas que contaban las demás eran similares a las suyas.

La luz amarilla parpadeó. Todas guardaron silencio mientras la nave se elevaba. Martha, sintiendo la fuerza que la impulsaba, se concentró en relajarse. Estaba segura de que habría varias paradas antes de que ascendieran a *S'sbeyl.* Era como viajar en autobús. Un autobús especial. Un autobús especial hacia las estrellas.

[iii]

Weatherall ajustó la túnica a la forma deseada y se apartó. Ambas examinaron la apariencia de Kay: Weatherall rodeándola y Kay mirándose en el espejo. Kay no estaba contenta con su nuevo peinado. En una semana se desharía y, sin cuidados, se vería decente como mucho dos semanas. Jamás podría permitirse ese tipo de cuidados, y el corte era sin duda demasiado complicado para un peluquero común. Además, le daba un aspecto andrógino. Intentaban que pareciera una ejecutiva. Y, por supuesto, la ropa, toda ella,

era ejecutiva y, en consecuencia, restaba importancia a su sexualidad. Empezaba a notar algo extraño en esa estética de ejecutiva femenina, algo que aún no lograba identificar.

Weatherall la había llevado a que le arreglaran el pelo y las uñas, a que le hicieran un extenso guardarropa y a que le colgaran joyas. Cuando Kay le preguntó por qué, Weatherall respondió con lo que solía decir ahora cuando Kay le pedía razones: «Si quieres saberlo, pregúntale a él».

Aparentemente satisfecha con la apariencia de Kay, Weatherall la condujo por el pasillo hasta la oficina de Sedgewick para la inspección. Sedgewick levantó la vista de su escritura y se quitó las gafas de lectura. «Lo hiciste bien, Weatherall», dijo. Kay vio en el rostro de Weatherall que esas palabras habían sido el objetivo de sus esfuerzos.

Sedgewick le sugirió a Kay que se sentara al otro lado de la habitación mientras él terminaba, y luego le recordó a Weatherall que estuviera lista para salir en media hora. ¿Así que los tres saldrían juntos a algún sitio? Puede que pareciera raro, pero sin duda sería mejor que llevar a Sedgewick solo.

Kay se adentró en la otra parte de la sala, donde el mobiliario y las obras de arte pertenecían a la corriente hipermoderna: algunas sillas colgaban del techo, otras presentaban estructuras y formas poco convencionales, y los dos sofás eran de tipo extensible. Kay supuso que,

normalmente, la masa retorcida de vidrio sobre la plataforma circular giraba y se veía atravesada por patrones de luz en constante cambio. Había visto algo similar en el Instituto de Arte Moderno de Pitt.

Antes de sentarse, Kay intentó evaluar en qué silla se sentiría más cómoda, por si Sedgewick tenía en mente otra conversación íntima. Buscaba algo que le permitiera mantener los pies en el suelo, algo estable y con buen soporte para la espalda. Solo los sofás cumplían con los tres requisitos, pero Kay no quería un sofá.

Ella eligió una de las sillas colgantes.

Mientras Kay observaba cómo el cielo se oscurecía, reflexionó sobre lo equivocada que había estado respecto a los ejecutivos. Los había considerado guardianes del orden. Pero al considerar cómo Sedgewick usaba su poder —ordenando ejecuciones sumarias, torturas, violaciones— no encontró nada racional ni ordenado a lo que aferrarse. Las ejecuciones habían parecido al principio duras pero necesarias, ejemplares por naturaleza, profilácticas. Pero la violencia no había cesado por ellas. Quizás habían evitado incluso mayores niveles de desorden y violencia. Casi podía creerlo. ¿Pero la violación, y este plan para convertir en chivos expiatorios a un grupo de personas inocentes? Parecía la antítesis de la racionalidad y el orden, pues prometía desatar una tormenta de violencia que, una vez iniciada, podría ser imposible de detener o controlar. Había

algo tan cruel, tan *demencial* en ello, que tuvo que cuestionar la idoneidad de Sedgewick. En cuanto a su trato hacia Mott: por eso lo odiaba, pero también le temía aún más. Parecía estar más allá de toda restricción. ¿*Podría* estar loco? ¿O simplemente estaba demasiado involucrada emocionalmente —como mujer y por culpa de Mott— como para ser objetiva?

Kay ardía de ganas de detenerlo. Pero, ¿acaso la muerte de un solo hombre haría algo más que empeorar las cosas? No sabía nada de quiénes podrían suceder a Sedgewick. Sin duda, habría otro como él, esperando pacientemente su momento, como seguramente lo había hecho Sedgewick en su día. Y Sedgewick llevaba trece años como jefe. Pero ella misma estaba loca incluso por fantasear con matarlo. Puede que lo odiara, pero jamás se pondría en el lugar de Susan Hoffman. De alguna manera, aceptaría la situación y haría lo mejor posible en las negociaciones. Y esperaba que, de alguna forma, las cosas volvieran a la normalidad y que el propio Sedgewick reconociera su error y lograra afrontar las consecuencias.

Sedgewick tocó el timbre de su escritorio, se quitó las gafas y le entregó instrucciones y sobres a Weatherall cuando ella entró en la oficina. Hecho esto, desapareció en su baño. Reapareció quince minutos después vestido con un elegante traje de noche (que ella nunca le había visto usar). Sin decir palabra, sacó una botella y unas copas de un armario y sirvió dos copas de jerez.

Sedgewick le ofreció una de ellas.

Kay negó con la cabeza. "No, gracias, para mí nada". Su voz tenía un control férreo.

Dejó el vaso sobre la mesa junto a ella y se sentó en un sofá cercano, de lado. —¿Sigues enfadada, Zeldin? —Ella no respondió—. ¿Voy a perderte por culpa de las feministas anarquistas?

Kay resopló. "Ni de broma".

Pareces muy molesta por esto. No te quejaste de las ejecuciones sumarias arbitrarias. No hay mucha diferencia, salvo que *estas* víctimas propiciatorias no darán su vida. Quizás te estás identificando como mujer. ¿Qué habría pasado si hubiera sido Torricelli en lugar de Mott? ¿Te habría importado? Claro que no. Incluso podrías haberte alegrado.

“¡Eso es una tontería!”

Sedgewick se puso de pie y se movió por la habitación encendiendo algunas lámparas. «Es un error dejarse llevar tanto por las emociones, Zeldin. Debes distanciarte... Es esta tendencia tuya a identificarte erróneamente lo que me preocupa... Es algo que no tenías cuando eras más joven... Desconfío de ello... Ese tipo de sentimentalismo nunca ha resuelto ningún problema». Sedgewick volvió a sentarse.

Kay se inclinó hacia adelante. —Dime algo, Sedgewick. ¿Hay alguien —aparte de ti— que sea real para ti? ¿Son algo más que marionetas que puedes manipular para tus propios fines?

Sedgewick suspiró. «Estás exagerando. Si preguntas si empatizo con la gente, la respuesta es que, por lo general, no. ¿Cómo podría mantener este puesto si lo hiciera? Me volvería loco enseguida y, sin duda, arruinaría todo lo que tocara. Pero si te quejas de mi trato hacia ti o hacia Mott, entonces debo decir que te aferras a una metáfora. Primero actúo como Jefe de Seguridad y luego como Robert Sedgewick. Si crees que alguien vive de forma más que solipsista, estás equivocada. Lo que es real para ti fuera de Kay Zeldin solo lo es porque influye decisivamente en tu existencia. Imagino que soy muy real para ti, más real que cualquier estudiante, más real que cualquiera de tus colegas, porque estoy moldeando tu existencia ahora mismo. Pero para ti, Kay Zeldin es la realidad suprema».

“Según tu metafísica, los terroristas deberían ser ahora mismo más reales que casi cualquier otra cosa, ya que han destrozado nuestra realidad cotidiana, obligándonos a cambiar incluso los aspectos más ordinarios y que dábamos por sentados de nuestras vidas”, dijo Kay.

“Curiosamente, no percibo su realidad. Son sombras para mí. Quizás porque no me confrontan directamente. No de la misma manera que yo te confronto directamente a ti.”

“Tu perspectiva se reduce a muñecas bailarinas y a quién las hace bailar.”

¿Te sentirías mejor si te asegurara que una marioneta sería inútil para mí y terriblemente aburrida?

Kay apenas pudo contenerse para no agarrar el vaso y arrojarle el jerez a la cara.

—Ah, ahí estás, Weatherall —dijo Sedgewick tras un largo silencio. Kay giró la cabeza y observó cómo Weatherall, con los brazos cargados de lana negra ondeante, se acercaba—. Te acabas de perder la primera conversación filosófica que he tenido en años. Zeldin y yo estábamos debatiendo un tema peculiar que abarca la fenomenología, la psicología y la naturaleza del poder.

Weatherall extendió la vaporosa lana sobre el otro extremo del sofá de Sedgewick y, girándose, le dirigió a Kay una mirada extraña. «Quizás sea mejor que me lo haya perdido», dijo. «No soy una persona muy reflexiva».

Sedgewick sonrió. —Yo tampoco. Pero Zeldin sí. ¿Verdad, Zeldin? Pero claro, Zeldin tiene un doctorado. Se supone que, en principio, debe ser reflexiva.

Kay se vio obligado a admitir que Sedgewick, en combinación con Weatherall, podría ser incluso peor que Sedgewick por sí solo.

La lana negra resultó ser una especie de capa, necesaria para cubrir sus ropas de noche, que estaban llenas de corrientes de aire; Sedgewick colocó la de Kay sobre sus hombros, y luego Weatherall colocó la de Sedgewick sobre los suyos y la de ella sobre los suyos. Es como si estuviéramos realizando una danza ritual bárbara, pensó Kay mientras el séquito, engrosado por varios hombres de la Compañía de servicio técnico que debían acompañarlos, descendía por las escaleras estridentemente iluminadas. ¿Y qué pensarán los marines, inmóviles como estatuas, de todo esto?, se preguntó. La irrealidad la envolvía mientras pensaba en la construcción de la realidad de Sedgewick y en las muñecas y marionetas vestidas con uniformes de marine. Pero sus armas automáticas, que eran lo que notaba cada vez que pasaba junto a ellos, eran reales. Nunca había logrado hacer contacto visual con ninguno de esos centinelas. Podrían ser robots, o siempre los mismos, o siempre un grupo nuevo, y ella nunca lo sabría. Sus armas eran reales, aunque inanimadas. ¿Sedgewick distinguía entre lo animado y lo inanimado en su esquema ontológico?

En el coche, Weatherall tomó asiento frente a ella sin que se lo pidieran. Kay reflexionó sobre la aparente armonía de la relación de Weatherall con Sedgewick. Ni una sola vez había detectado fallo alguno en la aparente sintonía entre ellos, ni una sola vez había percibido resentimiento o obsequiosidad en la obediencia o anticipación de Weatherall a las órdenes de Sedgewick. ¿Era eso lo que años de haber

"perfeccionado" a Weatherall habían producido? ¿O existía algún vínculo más profundo entre ellos que consolidaba la identificación de Weatherall con Sedgewick y la aparente facilidad de Sedgewick con Weatherall? (Él la deja en paz, se dio cuenta Kay). Weatherall, si bien era un ejemplo perfecto de la metáfora de la herramienta de Sedgewick, no podía ser imaginada como una muñeca o una marioneta. Weatherall ejercía un poder considerable, en parte para los propósitos de Sedgewick, en parte para los suyos propios. Pero ¿cómo había sido su relación antes? ¿Y qué sentimientos y pensamientos tácitos, si los había, bullían tras la impecable perfección de Weatherall? Sedgewick había afirmado que él y Weatherall no se guardaban secretos. ¿Cómo, entonces, podía existir tal perfección?

—Crannock nos ofrece esta noche los *Conciertos de Brandenburgo*, Zeldin —decía Sedgewick—. Sé que Beethoven es tu mayor pasión, pero creo recordar que también te gusta Bach.

Kay no había empezado a escuchar música clásica tradicional hasta hacía quince años, y, además, había descubierto a Beethoven bastante tarde. —¿Vamos a un concierto? —preguntó con voz apenas firme.

“No es un concierto en el sentido habitual. El Secretario de Estado organiza un acto social —con la participación de la comunidad diplomática— y ofrece a Bach, pero el objetivo principal de este tipo de actos es que los asistentes recaben

información y cierren acuerdos. Creo que también funciona así en el ámbito académico, ¿verdad, Zeldin?"

"A veces organizamos fiestas por el simple placer de socializar", dijo Kay.

"Sí, bueno, esta noche habrá gente que venga a escuchar a Bach o a lucir sus plumas. Nosotros —los tres, Zeldin— trabajaremos duro esta noche. Weatherall, quizás, más que nadie."

El coche se detuvo y bajaron a pocos metros de la entrada de un restaurante cuya placa de latón decía: «La Cucina Freschetta». Kay se preguntó qué hacía un restaurante abierto durante el toque de queda. Al entrar, los condujeron inmediatamente a una mesa en un rincón y lo entendió: el local estaba repleto de ejecutivos. ¿Cuántos ejecutivos vivían en Washington D.C.? En Seattle, rara vez había visto alguno. Parecían abundar en Washington D.C. Pero quizás eso se debía simplemente a que a pocos residentes de la ciudad se les permitía legalmente salir a la calle.

No les dieron menús ni pidieron nada; Kay dedujo, por los comentarios de los camareros, que todo estaba preparado con antelación. Casi de inmediato les sirvieron una interesante sopa de marisco y chardonnay. (Weatherall bebió agua mineral). Sedgewick y Weatherall cotillearon sobre la gente sentada al otro lado de la sala y luego se lanzaron a una diatriba a dúo contra el Secretario de Estado.

«En realidad, todo se reduce a lo siguiente», dijo Sedgewick, «que el Departamento de Estado está lleno de incompetentes, y todo porque Crannock no es capaz de controlar a subordinados inteligentes. Es patético. Pero aun así, de alguna manera, sigue teniendo la confianza de Booth».

"Y luego está el aspecto ostentoso que busca el Departamento de Estado", dijo Weatherall. "Están empezando a rozar lo ornamental en lugar de lo funcional, cuando deberían esforzarse por combinar funcionalidad y ornamentación. ¿Qué sentido tiene la diplomacia si no es gestionar esa mezcla?"

"Mientras que Seguridad es puramente funcional, según mi preferencia, el Departamento de Estado se está perjudicando a sí mismo, convirtiéndose en algo superficial. Si Crannock no lo controla, pronto será otro Wayne Stoddard."

"Hablando del Presidente, estará presente esta noche", dijo Weatherall.

Sedgewick levantó la vista de su sopa para mirar fijamente a Weatherall. —¿Stoddard? ¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿Sabes si Goodwin tiene algo planeado?

Weatherall se encogió de hombros. “No lo sé. No he oído nada sobre la cobertura mediática. Quizás sea solo publicidad para los internacionales”.

“¿Hay alguien del Departamento de Estado en esta sala a quien puedas ponerle el brazo, Weatherall?”

Weatherall asintió.

“¿Alguien que pueda saber algo?”

“Sí. ¿Quiere que investigue un poco?”

“Si quisieras…”

Weatherall abrió uno de los bolsillos cosidos a su túnica y sacó una pequeña libreta y un bolígrafo. Rápidamente anotó algo en la libreta, luego echó un vistazo a su alrededor y se encontró con la mirada de un camarero. Cuando el camarero se acercó, le entregó la nota doblada y le susurró algo al oído. Observando al camarero en los espejos que cubrían las paredes, Kay notó que no se dirigió inmediatamente a ninguna de las otras mesas. ¿Le habría indicado Weatherall que la entregara discretamente? Curiosa, Kay no le quitó ojo al camarero. Nunca llegó a verlo entregar la nota, pero justo después de que les sirvieran un plato de tortellini, Weatherall se disculpó y se dirigió rápidamente a la sala contigua, donde Kay la perdió de vista. Tenía que admirar su técnica.

Kay y Sedgewick casi habían terminado su pasta cuando la Ejecutiva regresó. Weatherall tomó su tenedor y se comió uno de sus tortellini. "Se está armando un buen revuelo", dijo.

Sedgewick bebió vino. "¿Sí?"

Los ojos de Weatherall brillaban a la luz de las velas. «Después de la reunión del Gabinete de hoy, Crannock pasó aproximadamente una hora a solas con Goodwin, y parece que hubo algunos gritos».

Sedgewick parecía incrédulo. "¿Gritaron?"

“Principalmente Goodwin.”

Las cejas de Sedgewick se crisparon. "Continúa, por favor."

“En resumen, Crannock tiene un plan descabellado para grabar a Stoddard en la recepción de esta noche, para que Stoddard divague sobre terrorismo internacional, sobre cómo la gente civilizada debe permanecer unida, sobre cómo el orden no se ha perdido ni se perderá, y sobre cómo pronto todo volverá a la normalidad. De alguna manera, logró que Goodwin accediera a grabarlo y planea incluirlo en el programa de dos horas que quieren producir para el estreno del vídeo compartido mañana por la noche.”

Sedgewick dejó el tenedor. «No puedo creer que ni siquiera Crannock sea tan estúpido», dijo. «¿Cómo

demonios consiguió que Goodwin llegara hasta aquí? Eso es todo lo que necesitamos en vídeo: la imagen de la buena vida continua para que todas nuestras masas frustradas y propensas a la violencia se queden boquiabiertas. Veo que voy a tener que meter mano en esto yo mismo».

Weatherall le hizo una señal al camarero y pidió un plato nuevo de pasta para reemplazar la ración que se había enfriado. El camarero, nervioso, preguntó si debía pedirle a la cocina que retuviera el vitello.

“No hace falta. Ya me pondré al día”, dijo Weatherall.

Sedgewick sirvió más merlot en sus copas y en las de Kay, y comenzó: «Uno se pregunta…», pero no terminó la frase. Una explosión sacudió el edificio, lanzando trozos de pared y techo a su alrededor y arrojando a la gente al suelo. Kay, golpeada violentamente contra algo duro, vio cómo la habitación contigua se derrumbaba. Y entonces perdió el conocimiento.

[iv]

Magyyt apoyó la barbilla en la mano. Estaba exhausta. Pero al menos los lamentos, los llantos y el desahogo de ira y angustia habían terminado. Tyln intentaba pacientemente

construir una imagen más amplia de la que las mujeres libres parecían dispuestas a comprender. «Pero ¿no lo ves?», dijo Tyln, «que con este patrón repetido en tantos lugares diferentes, debe haber alguna organización central. Ya has visto que no es aleatorio. Así que ahora debes ir más allá y preguntarte quiénes planearon esto y ordenaron su implementación».

«¿De qué nos serviría, de todos modos, incluso si existiera una planificación centralizada?», dijo Martha. «No podemos hacer nada más que a nivel vecinal».

“La resistencia a nivel vecinal es necesaria, sí, estoy de acuerdo”, dijo Tyln. “Pero también debemos trabajar en otros niveles. ¿Quién está dirigiendo esto?”

“Si hay una conspiración, tiene que ser alguien de muy alto rango. Probablemente en ODS”, dijo Ariadne.

Tyln dijo: “De acuerdo. ¿Quién está en la cima?”

“¿En ODS? ¿O en el gobierno?”

“En ambos.”

“Bueno, en el gobierno, primero el Presidente, luego probablemente alguien del Gabinete, el jefe de Seguridad, supongo, y luego en el Senado el presidente del Comité de Seguridad Nacional.”

“Muy bien. Entonces, por ahí tenemos que empezar.”

“¿Empezar qué?”

“Comencemos nuestra investigación”, dijo Tyln.

Martha y Ariadne se miraron. —¿Nuestra investigación? —dijeron al unísono.

Magyyt habló: “Tenemos que identificar a la persona que planeó esto y obtener pruebas de que existe *un* plan. De lo contrario, se verán divididas. Miren lo que pasó en la reunión de esta noche. Y eso es solo el principio. Perderán a muchas mujeres de base, y la hostilidad contra las mujeres irá en aumento a medida que esto se prolongue. Para superar esto, no solo necesitan resistencia local contra la violación en sí, sino también una forma de exponer exactamente lo que está sucediendo”.

Ariadna y Marta la miraron con incredulidad. —¿Pero cómo podríamos hacer algo a ese nivel? —preguntó Marta. No tenemos contactos en el gobierno, no sabemos nada al respecto. Es una idea bonita, pero prácticamente imposible.

“No hay lugar al que no podamos ir”, dijo Tyln. “¿Quién crees que entró en el Complejo de Seguridad de Sídney y destruyó archivos y equipos?”

Martha tragó saliva. “No soy una espía. Y siempre soy pacífica.”

Ariadne la miró con desprecio y se volvió hacia Magyyt y Tyln. «Si me pueden decir cómo llevar a cabo esta investigación, no soy una cobarde».

—Yo tampoco soy una cobarde —dijo Martha con vehemencia—. Si no implica violencia, también ayudaré.

Magyyt dijo: “Debemos investigar en todos los niveles. En el nivel de la Guardia, en el nivel de los oficiales de la Guardia, en el nivel de los funcionarios locales de la ODS y en los niveles superiores de los que estábamos hablando”.

—¿Pero cómo? —preguntó Ariadna.

“Miren, todas estamos cansadas. Creo que deberíamos continuar esta conversación mañana por la mañana”, dijo Magyyt. “Ahora mismo todo parecerá una tarea titánica”.

—Sobre todo las tareas hercúleas —dijo Ariadna mientras todas se ponían de pie. Ella y Martha salieron, dejando a Tyln y Magyyt solas.

Magyyt era consciente de la mirada escrutadora de Tyln. «Me miras como a una *alanya,* Tyln», dijo Magyyt con irritación. «Y eso es totalmente inapropiado».

“Me preocupas, Magyyt.” Tyln dijo esto en Omauo.

Magyyt se alejó de Tyln. «No pido tu preocupación», respondió en Immeni. «Soy mi propia responsabilidad».

Tyln sostuvo la palma de su ser extendida hacia Magyyt. "¿Qué es esta ira, Magyyt?"

Magyyt extendió lentamente su mano y la encajó en la de Tyln. «Enojo, sí. No contigo en particular. No con nadie en particular».

“Esta lejanía. ¿Es una respuesta xeno de tercera fase?”

“No lo sé, Tyln. Es algo nuevo, creo. Hay un cambio en mí.”

“¿Por eso no estuviste con nosotras anoche?”

“No pude participar de *S’sbeylassan.* No tiene nada que ver con evitar Marq'ssan.”

“Me alegro por eso, Magyyt.”

Salieron al pasillo y se dirigieron a su parte de la nave. Magyyt ansiaba dormir.

Capítulo trece

La enfermera abrió las cortinas. Kay gimió. —Lo siento, profesora, pero es hora de revisarle los ojos otra vez.

La luz era insoportable, pero había que aguantarla porque la tecnología del hospital, con los procesadores averiados, era inútil, lo que hacía imposible diagnosticar la gravedad de su conmoción cerebral. Por lo tanto, no le permitieron tomar ningún medicamento para aliviar los diversos dolores que la aquejaban. Lo único que podía hacer era permanecer quieta en la habitación a oscuras, intentando moverse lo menos posible. Al menos, por fin le permitían dormir.

La enfermera giró la cabeza de Kay hacia la luz y le abrió los párpados con el pulgar, uno a la vez, y luego garabateó en la ficha. Después le tomó la muñeca para contarle el pulso. Y

volvió a garabatear. En el hospital sería peor, se recordó Kay. La sala de urgencias había sido un caos.

Kay volvió a dormirse, solo para despertar jadeando a causa de una pesadilla.

“¿Kay? ¿Ya estás despierta?”

Abrió los ojos. —Felice. —Sonrió—. ¿Me podrías dar un poco de agua? —Entonces Kay recordó la advertencia de Sedgewick sobre Felice—. No deberías estar aquí —dijo con ansiedad.

Felice sonrió. —Shhh, no hables. Estás un poco confundida, cariño. Estás en mi casa. Te trajeron aquí esta mañana temprano. ¿Lo recuerdas?

“Lo recuerdo. Pero…”

Felice le dio una palmadita en la mano. —No pienses en nada. Lo mejor que puedes hacer es relajarte. Cierra los ojos y piensa en algo agradable. Un lago o una montaña que te guste, si tienes alguno.

“Pero Felice, Sedgewick…”

“Shhh, te dije que pensaras en algo *agradable,* Kay. Sé que puedes hacerlo.”

Kay cerró los ojos porque le dolía demasiado mantenerlos abiertos. Volvió a dormirse.

[ii]

«Protestamos», declaró Teresa Holtman, delegada del gobierno argentino. «Ustedes afirman ser neutrales con respecto al Norte y al Sur, pero muestran un favoritismo extremo hacia el gobierno de Estados Unidos. Exigimos una distribución equitativa».

La mirada de Magyyt recorrió los rostros de las personas presentes en la sala. «Y nosotras», dijo Selena Corissan, «nos preguntamos por qué algo tan importante, un recurso tan escaso, se le asignó al gobierno estadounidense sin consultar con otras mujeres libres. Hay tantos presos políticos en todos los demás países del mundo juntos como en Estados Unidos. ¿Qué ayuda recibirá *nuestra* gente?».

Las mujeres libres estadounidenses se angustiaron. Jamás se les ocurrió que debían haber consultado a otras. Primero ofrecieron disculpas por sentirse culpables. Luego se pusieron a la defensiva y dieron excusas. Y finalmente dijeron: "¿Qué quieren que hagamos, que incumplamos

nuestro contrato?", según Jo Josepha. Las demás mujeres libres señalaron la arrogancia de las mujeres libres estadounidenses y su falta de interés en colaborar con ellas cuando dijeron que querían ayuda para que Estados Unidos desmantelara y abandonara sus bases militares en el extranjero y dejara de vender armas a sus ejércitos, mientras que muchos delegados gubernamentales del Sur exigían la equivalencia, aunque no se ofrecieron a negociar con *sus* prisioneros políticos.

Cuatro horas más tarde, Magyyt observó cómo las mujeres libres aceptaban nuevas "reglas básicas" que exigían representación del "tercer mundo" durante cualquier negociación del "primer mundo".

Cuando se separaron, los humanos se marcharon en grupos compactos, la mayoría recelosos, algunos con remordimientos, todos desanimados. Magyyt intercambió una mirada con Sorben, quien se encogió de hombros. La luna de miel, como decía el dicho, definitivamente había terminado.

[iii]

Cuando Kay despertó de una de sus muchas siestas, descubrió que era de noche y que Sedgewick estaba sentado

en la silla que habían acercado a la cama, mirando fijamente su copa de vino. Kay cerró los ojos rápidamente. Había recordado tantas cosas en las últimas veinticuatro horas, incluso las mismas cosas que él le había estado reprochando que había olvidado. Sin duda, *él quería* que ella recordara. Pero ella sabía, incluso aturdida y adormilada como estaba, que en el momento en que el pasado quedara al descubierto entre ellos, todo cambiaría drásticamente.

Quizás si fingiera una conmoción cerebral grave podría correr.

Correr.

La palabra la dejó helada. Le trajo a la memoria su agotadora lucha con el equipaje en Calais, esforzándose al máximo para llevar sus maletas del tren al ferry, solo para *encontrarlo* esperándola.

No podía simplemente salir de casa. Estaba Anderson, el toque de queda y quién sabe qué más. Desde el incidente del Manto, no había aviones, trenes ni autobuses que tomar. Y no se encontraba precisamente en su mejor momento. Estaba confundida sobre lo que él tramaba, pero ahora no tenía ninguna duda de que, incluso si la consideraban demasiado gravemente conmocionada, demasiado desorientada o demasiado enferma para trabajar, él jamás la dejaría volver a casa.

Tendría que encontrar la manera de que los terroristas la dejaran en algún lugar donde Sedgewick no la esperara. No en Seattle, por supuesto. No debía poner en peligro a Scott ni a ninguno de sus amigos.

¿Su juego? Ella tenía una idea de cuál podría ser. Como mínimo, pretendía manipularla para que le pidiera explicaciones, para que le suplicara que completara los vacíos en su memoria. Weatherall conocía el juego. Weatherall debía saberlo todo.

Había juegos peores, y él los había jugado con ella.

“¿Te sientes con ánimos para hablar, Zeldin?”

Se le había olvidado regular su respiración. Kay abrió los ojos. "¿Me podrías dar un poco de agua?"

Dejó su vaso y sirvió agua en una taza. Aunque le dolía mover la cabeza, se incorporó para beber. Tenía que convencerlos de que estaba lo suficientemente bien como para retomar las negociaciones. Él la observó beber. Ella vio que no tenía cicatrices. Había pensado que le habían dejado una cara marcada de por vida. Pero claro, habría recibido la mejor atención médica posible. Le entregó el vaso vacío y con cuidado volvió a recostarse. Cerró los ojos. Los cortes, las abrasiones, los moretones le dolían al moverse. —¿Está bien Weatherall? —preguntó, recordando de repente que Weatherall había estado allí con ellos.

«Weatherall tiene algunos cortes leves, pero por lo demás salió ilesa. Si hubiera regresado a la mesa tan solo unos minutos después…» Sedgewick sorbió su vino. «Quizás le interese saber que tengo buenas razones para creer que nosotros —probablemente yo en particular— éramos el objetivo del atentado. Pensaban que estaríamos sentados en la otra habitación.»

“¿Sabes *eso*?”

“Es casi indudable que el culpable es alguien de mi plantilla, Zeldin.”

Kay abrió los ojos de golpe. "¿Uno de *los tuyos*? ¿Por qué piensas eso? ¿Sabes quién?". ¿Cuántas personas trabajaban para Sedgewick? Cientos de miles. Pero seguramente lo decía en un sentido más estricto.

“Estoy reuniendo las pruebas. Es muy posible que se trate de una conspiración a nivel ministerial. Pero casi con toda seguridad, los explosivos procedían de los almacenes que guardamos en uno de los depósitos de Seguridad en Washington D.C.”

—Eso es increíble —murmuró Kay.

“Fueron negligentes con las pruebas; estaban esparcidas por todas partes. Obviamente, si hubieran tenido éxito, habrían podido ocultarlas ellos mismos. La mayoría de las personas que cenaban en la otra sala han fallecido. Sin la

tecnología actual de internet, es imposible salvar a los que sufrieron quemaduras graves."

"Tengo que retomar las negociaciones cuanto antes", dijo Kay, "y hacer algo con respecto a los hospitales. Estoy segura de que puedo llegar a un acuerdo con ellas".

Tranquila, Zeldin. No te irás a ninguna parte hasta que los médicos digan que estás en condiciones. No esperé tanto tiempo para perderte.

Su tono y sus palabras la helaron hasta los huesos. No sería fácil engañarlo. Cada vez que decía algo así, la observaba esperando una reacción. —Mira, Sedgewick, sé que estoy bien —dijo ella—. Creo que puedo conseguir que nos ayuden con los hospitales sin tener que dar mucho a cambio. Verás, tengo la sensación de que...

Sedgewick interrumpió: "Puede esperar, Zeldin. En cualquier caso, tenemos otra negociadora trabajando en esto, y pronto habrá una tercera, ¿recuerdas? No eres la única negociadora, ¿sabes?".

"Una vez que mis heridas sanen, estaré perfectamente bien."

—Lo que está en duda es tu cráneo. —Sedgewick se dirigió a la cómoda para servirse más vino. La habitación se oscureció momentáneamente cuando bloqueó la llama de la

vela y su reflejo en el espejo, las únicas fuentes de luz en la habitación—. Raines dijo que estabas desorientada antes.

"Nos estábamos entendiendo, Sedgewick. Yo estaba perfectamente lúcida."

"¿Te interesa ver el estreno de nuestro video esta noche?"

"¿Oh, ya está empezando?"

Sedgewick volvió a sentarse en su silla. «Liberamos a los prisioneros esta mañana y entregamos nuestra primera cinta esta tarde, tal como habíamos acordado».

"Sí. Me gustaría verlo. ¿Han arrestado al responsable del atentado?"

Sedgewick sonrió mostrando los dientes. Desvió la mirada. —No. Está huyendo. No llegará muy lejos. Y entonces descubriremos cuán extensa es esta conspiración.

Kay pensaba que el traidor probablemente se suicidaría si creía que lo atraparían. Eso es lo que ella haría en su lugar.

Sedgewick había esperado mucho tiempo para vengarse. Debía saber con exactitud dónde había estado durante al menos el último año. Estaba la foto de la placa. Y los comentarios sobre Beethoven y su estilo de dar conferencias. Ella se estremeció. Debió de haber usado a Torricelli para vigilarla. Probablemente la había localizado

hacía mucho tiempo, al menos desde que se convirtió en jefe, ya que la Compañía siempre mantenía una vigilancia informal sobre los exoficiales y agentes.

Se había arriesgado al no matarlo, adivinando correctamente que no enviaría a los gendarmes tras ella. Verla en una prisión francesa difícilmente habría satisfecho su sed de venganza. Si lo *hubiera* matado, habría acabado en una prisión francesa. De por vida. Pero ¿por qué había esperado tantos años? Con su mente tan enrevesada, sería imposible adivinarlo.

Ella había querido arañarle la garganta con aquel trozo afilado de botella de vino, de una oreja a la otra. Lo había deseado muerto.

La ironía la impactó profundamente: durante seis horribles horas la noche anterior, le habían extraído fragmentos y gránulos de vidrio de su carne partícula a partícula. Sedgewick había estado allí parte del tiempo, observando. ¿Había *comprendido* la ironía?

La enfermera entró con una linterna y la historia clínica. —¿Así que ya está despierta, profesora? ¿Cómo se siente?

—Pésima —dijo Kay—. Los médicos siempre hacían preguntas estúpidas.

—Pareces tener un poco más de energía —dijo la enfermera, imperturbable—. ¿Te apetece tomar un poco de sopa? —Tomó la muñeca de Kay y miró su reloj.

—Nada de comida —dijo Kay—. Tengo náuseas.

"¿Ah, de verdad?"

¿Quién no sentiría náuseas estando sentado en la misma habitación que Sedgewick?

“¿Algún otro síntoma?”

“¿Para qué se considera la náusea un síntoma?”

“¿Cómo está tu dolor de cabeza?”

—No está tan mal —mintió Kay. Tenía que empezar a sentar las bases para poder marcharse.

—Veamos tus ojos —dijo la enfermera. Sosteniendo la linterna con una mano mientras levantaba el párpado izquierdo de Kay con la otra, examinó fijamente el ojo izquierdo, repitió el procedimiento con el derecho y luego anotó algo en la ficha. —Ahora, no hables mucho —añadió. Le diré a la cocina que te prepare algo ligero y fácil de digerir.

—No quiero… —empezó a decir Kay, pero la enfermera salió por la puerta sin detenerse.

—Bueno, me alegra verte tan gruñona como siempre, Zeldin —dijo Sedgewick.

“La gente como ella me irrita, no necesito ninguna razón para seguirle el juego con todas sus divagaciones.”

Sedgewick se levantó y dejó su vaso vacío sobre la cómoda. —Voy a cenar ahora, Zeldin. Traeré a uno de esos receptores a las nueve. Tengo curiosidad por ver qué han conseguido reunir Goodwin y su gente.

Kay cerró los ojos y Sedgewick se marchó. Necesitaba pensar un poco más en cómo convencerlos para que la dejaran volver pronto. Mañana, si era posible.

[iv]

Martha llegó al estudio sin contratiempos. Deseaba que pudieran encontrar un lugar más conveniente para reunirse. Seguro que había otro sitio igual de seguro. Pero entonces Ginebra tendría que recorrer una mayor distancia. Aun así, no podrían contar con el estudio como un lugar seguro por mucho tiempo.

Louise abrió la puerta y ambas subieron sigilosamente las escaleras, caminando de puntillas en la oscuridad hasta

donde estaba sentada Ginebra. Con la luna menguante, había menos luz que en su encuentro anterior.

Martha sacó una botella de agua de su mochila, rompió el precinto, dio un trago y se la pasó a Louise. —Hablé con Magyyt —dijo en voz baja—. Le conté sobre el patrón de violaciones.

“Ha habido más incidentes desde que te fuiste, Martha”, dijo Louise. “Las Mujeres Radicales están elaborando material informativo que estamos repartiendo en los barrios donde sabemos que ha habido incidentes, además de preparar un volante para pegar en farolas y paradas de autobús”.

“Y algunos de mis amigos”, dijo Ginebra, “están organizando unidades de defensa”.

“¿Has oído lo que han estado haciendo en Madison durante años?” “¿Madison, Wisconsin?”, preguntó Martha.

—Sí —dijo Louise—. Allí tienen lo que llaman una «Patrulla Nocturna». Grupos de mujeres forman patrullas para acompañar a mujeres preocupadas por salir solas de noche y para evitar problemas en las calles. Claro que estos incidentes con la Guardia Nacional no solo ocurren de noche. Pero pensamos que sería buena idea intentar que algo así se pusiera en marcha aquí.

Martha se estremeció. —Eso no suena muy bien. Es decir, suena a confrontación. ¿Y si se topan con una unidad de la Guardia Nacional o algo así? Hoy en día disparan a la gente solo por estar en la calle, en grupos.

"Nos movemos por las calles sin que nos atrapen", dijo Ginebra.

"Sí, ¿pero por cuánto tiempo? Y siempre estamos solas, Louise."

"No podemos quedarnos de brazos cruzados. La situación se va a poner difícil —incluso mortal, Martha— hagamos lo que hagamos. Tenemos que pasar a la ofensiva. Me gusta la idea de una patrulla femenina. Puede ser tanto educativa como protectora."

"No estoy diciendo que debamos quedarnos de brazos cruzados", dijo Martha. "Magyyt dice que tenemos que ir al origen del asunto y exponerlo como una conspiración nacional".

"¿Una conspiración nacional?", preguntó Ginebra con incredulidad.

"No ocurre solo en Seattle o Ginebra. Está sucediendo en todo el país. Mucha gente reportaba lo mismo que yo. Magyyt cree que debe tener su origen en el Ejecutivo. O, al menos, en las altas esferas de ODS."

“¿Cómo se *supone* que vamos a ‘ir a la fuente’ y exponerlo? ¡No somos espías, por Dios!”

“Sabemos dónde está la oficina de ODS en esta ciudad, ¿verdad?”

“En Lower Queen Anne, en Second West. Pero no veo cómo nos ayuda saber eso. Cualquiera que haya sido detenido por la ODS sabe que está ahí.”

“Bueno, podemos ir allí e investigar. Como ningún equipo electrónico funciona, tenemos una oportunidad.”

“¿Estás loca, mujer? ¿Entrar en una oficina de la ODS? ¡Ese lugar probablemente esté tan bien custodiado como la Casa Blanca!”

“Contaremos con la ayuda de Magyyt. Recuerden que entraron al Complejo de Seguridad de Sídney y destruyeron gran parte de él.”

—¿Nosotras? —dijo Louise—. ¿Pensabas involucrarnos en esto?

“Necesitamos al menos a otras dos personas. Además de Magyyt y yo.”

“¿Y qué hay de tus compañeras anarquistas, Martha? ¿Y de tu novio, por ejemplo?

“Dice que no se va a meter en ningún asunto de mujeres”, dijo Martha. “No le gusta el tono feminista de nuestra resistencia”.

«Típicas tonterías de hombres», dijo Louise. «Llamar "cosa de mujeres" a algo que afecta a toda la comunidad. Todo porque las mujeres son los objetivos más visibles y porque son ellas quienes negocian».

“Eso no es justo, Louise. Dice que a las feministas no les gusta que los hombres se entrometan, y nunca se agradece que un hombre se arriesgue por las cosas de las mujeres.”

«Él dice, él dice, escúchate a ti misma, mujer».

Martha tomó la botella de Ginebra y bebió. «Bueno, no lo culpo. Todo está en juego. Y es *arriesgado*».

“Es como entrar en la guarida de los leones y decir: 'Bueno, chicos, aquí estoy'”.

Martha dijo: “Es algo que hay que hacer. Hay demasiado en juego”.

En otro momento, se pasaron la botella de mano en mano.

“Conozco a alguien que ha estado en la oficina de ODS”, dijo Ginebra. “La llevaron una vez para interrogarla. Conocerá la distribución general. Hablaré con ella e intentaré conseguir algún tipo de plano”.

Louise suspiró. —Sí, sí. Hablaré con algunas de las otras hermanas y veré qué opinan. No me incluyas todavía, Martha, pero tampoco me descartes.

Ginebra dijo: "Solo puedo hablar por mí misma sobre esto, pero definitivamente pueden contar conmigo".

La sola mención de la sustancia que agota la capa de ozono bastaba para infundir terror en los corazones de los activistas. Y ninguno de ellos había hecho jamás algo así. Su activismo se limitaba principalmente a escribir, hablar y manifestarse. Pero eso ya no era suficiente. El mundo había cambiado, pensó Martha, y tendrían que cambiar con él, o corrían el riesgo de quedarse atrás, o peor aún, de ser pisoteados.

Martha oyó, más que vio, a Ginebra deslizarse con su mochila. «Oye, Louise, si no te unes a la incursión, ¿estarías dispuesta al menos a transmitir un mensaje de Martha sobre cuándo se llevará a cabo?»

“Sí, puedo hacerlo sin duda. Aunque lo más probable es que quiera participar en la incursión. Es solo que no me gusta pasar por alto a las hermanas en asuntos importantes.”

“Y si no recibo más noticias, ¿daré por hecho que nos veremos a la misma hora, en el mismo lugar, dentro de tres noches?”

Martha apuró las pocas gotas de agua que quedaban en la botella y la guardó de nuevo en su mochila.

Louise dijo: “Bien. ¿Te gustaría salir, Ginebra? Hay algo más de lo que quería hablar con Martha”.

“No hay problema. Excepto que mi casco parece haberse marchado solo a algún sitio...”

—Aquí está —dijo Louise, entregándoselo—. Eres muy atrevida, la verdad, al pasear en bicicleta por el centro de la ciudad.

“Eso me convierte en un blanco más fácil de alcanzar que si fuera a pie”, replicó Ginebra.

Martha se estremeció. Ginebra y Louise habían creado un humor negro muy particular respecto al toque de queda. No sabía cómo lo hacían. A veces pensaba que Louise, sobre todo, disfrutaba de la situación extrema. Como si por fin estuviera en su salsa.

—¿De qué querías hablar conmigo? —preguntó Martha cuando Ginebra se hubo marchado.

—No es para tanto —dijo Louise—. Solo quería disculparme por haberte dicho eso de tu novio. Me pasé de la raya. No sé, pero supongo que es que oír a una mujer decir que *él dice* eso me saca de quicio. Y en este caso, mi reacción no fue necesaria, algo que me di cuenta justo después de

abalanzarme sobre ti. —Se rió un poco—. Por lo que sé, tu novio es un tipo estupendo, aunque sigo pensando que se equivoca al decir que esto de la violación solo afecta a las mujeres.

Martha sintió que se le ruborizaba la cara y se alegró de que estuviera demasiado oscuro para que Louise la viera. “Obviamente, yo tampoco estoy de acuerdo con eso. Estaba transmitiendo lo que dijo para explicar por qué el PCFW no quiere involucrarse en esto. Y por supuesto, el tema feminista... Bueno, la verdad es que él ve el feminismo como un interés particular, una cuestión de identidad, y algo que genera división entre las activistas. Él piensa que las mujeres no están más oprimidas que nadie. Y, bueno, para ser honesto, esa no es solo la actitud de Walt, sino la actitud general de nuestro grupo. Y supongo que yo mismo he adoptado esa postura en gran medida. Es solo que lo que está sucediendo a causa del Marq'ssan me está haciendo replantearme la idea de que la mujer sea un caso especial.

Louise suspiró. "¿Y qué? ¿Crees que seguirías viendo todo como lo ve Walt si tu amiga feminista anarquista no te hubiera invitado a esa nave espacial?"

A Martha se le revolvió el estómago. «Supongo que eso es lo que Walt pensaría si creyera que existe una nave espacial que tuve la oportunidad de visitar. Supongo que piensa que debo tener un amante o algo así. O, como él *afirma,* que me junto con mujeres que se pasan el día inventando fantasías

grupales sobre extraterrestres y naves espaciales porque la vida se ha vuelto insoportable últimamente».

Louise resopló. —Será mejor que termine esta conversación antes de que sea demasiado tarde. Un minuto más y probablemente diría algo realmente desagradable que te haría enojar de verdad. Martha oyó el crujido de Louise al ponerse la mochila y el roce de su parka al subirse la cremallera. —¿Entonces te veré mañana, tal vez? ¿En casa de Shoshana? Probablemente estaré allí a primera hora de la tarde.

«A menos que suba de repente, sí». Le encantaba hablar de subir. Era una frase que las mujeres libres que iban y venían cada pocos días habían empezado a usar.

Louise extendió la mano, le tocó la manga y le estrechó la mano. «Me alegra que hayamos tenido esta oportunidad de conocernos mejor. Tienes un buen corazón, Martha. Mucho mejor que el mío, sin duda».

En un repentino arrebato de emoción, Martha la abrazó impulsivamente, y Louise le devolvió el abrazo. —Yo también me alegro —dijo Martha, de repente muy consciente de la piel suave y cálida del cuello de Louise contra su mejilla. Por un instante, quiso besarla. Rápidamente se apartó. —Creo que será mejor que me vaya —dijo—. Ya será muy tarde cuando llegue a casa.

—Solo ten cuidado —dijo Louise.

—Puedes contar con eso —dijo Martha. Pero aunque Martha tenía que recorrer una mayor distancia, era Louise, que tenía que pasar por el centro de la ciudad, quien tenía la ruta más peligrosa.

[v]

Alrededor de las 8:45, Marie trajo el receptor/proyector y lo colocó de manera que la proyección holográfica se mostrara donde Kay pudiera verla. Varias mujeres libres estaban sentadas en círculo, hablando en inglés, con subtítulos en español que se proyectaban a la altura de sus rodillas. Estaban explicando el acuerdo de intercambio de videos. Kay negó con la cabeza con incredulidad. ¿Por qué insistían en discutir las cosas tan públicamente? Esa discusión seguramente no ayudaría a popularizar su causa. A las 8:50, entrevistaron a una ingeniera civil que estaba trabajando con paquetes de energía Marq'ssan para poner en funcionamiento plantas de purificación de agua. Incluso con la energía suministrada, dijo, había dificultades, ya que todo había funcionado con procesadores.

Sedgewick entró en el último minuto de la entrevista y colocó el sillón junto a la cama de manera que quedara frente a la imagen holográfica.

Los últimos cinco minutos antes de las nueve presentaron un reportaje, ilustrado con fotografías fijas, sobre el asesinato de cinco guardias nacionales en Madison, Wisconsin. Habían sido fotografiados muertos en un parque, despojados de su ropa y armas, con carteles alrededor del cuello que decían "Muerte a los violadores".

“Un grupo que se hace llamar ‘Nueva Patrulla Nocturna’ es el responsable ”, dijo Sedgewick. “Lo que no entiendo es cómo los terroristas obtienen este tipo de información y cómo manejan toda esta cobertura. Yo diría que en la mayoría de los lugares —excepto Los Ángeles, Portland y Newark— las calles están tan estrictamente controladas que ni un ratón podría pasar sin autorización. Hay órdenes de que cualquier mujer que se vea en la calle en Madison debe ser entregada de inmediato a la oficina de la ODS más cercana. Sin embargo, nadie sabe nada, nadie ve nada”.

A las nueve, la transmisión bidimensional del Ejecutivo comenzó con una toma del presidente Wayne Stoddard sentado en su escritorio en el Despacho Oval, acompañada por varios compases de "*Hail to the Chief*" [Saludo al jefe]. "Compatriotas estadounidenses", entonó, y Kay bostezó. En todo el país, millones de personas se incorporarían y pensarían que estaban escuchando algo directamente del

líder del mes, del hombre que habían elegido para "liderarlos". "Ahora enfrentamos la crisis más grave en la historia de nuestra gran nación. Quienes pretenden destruirnos no solo han agotado la savia vital de nuestra nación con su ataque a nuestra tecnología, sino que también amenazan nuestras vidas con la extinción, amenazan el tejido mismo de nuestra sociedad con el caos, la anarquía y el desorden". Kay notó que, mientras el presidente hablaba, aparecieron subtítulos en español en la parte inferior de la pantalla. Obviamente, habían aprendido algo de los métodos de los terroristas. “Me presento ante ustedes esta noche para instarlos a unirse a mí en la lucha contra su mayor anhelo: destruirnos. Insto a todos los estadounidenses a unir fuerzas para preservar lo que ha hecho grande a Estados Unidos: nuestro orden público, nuestro ingenio estadounidense, nuestra decencia, nuestra fuerza indomable ante la adversidad infligida por quienes no aprecian la libertad, la democracia y la buena vida.”

La imagen del Despacho Oval fue reemplazada por una de hombres y mujeres trabajando, recolectando verduras a mano en un campo, y un quinteto de trompas comenzó a tocar "America the Beautiful". La voz de Stoddard continuó: "En todo Estados Unidos, la gente se está esforzando por asegurar su propia supervivencia, la de sus compatriotas y la del estilo de vida estadounidense. Solo trabajando juntos podremos sobrevivir. Quienes solo piensan en salvarse a sí mismos solo pondrán en peligro la supervivencia de nuestra

sociedad en general". Decenas de fotografías de violencia callejera aparecieron en un montaje de imágenes ingeniosamente cambiante.

Tras quince minutos de describir las diversas formas constructivas y destructivas en que la gente respondía a «la crisis», Stoddard empezó a hablar del «enemigo interno», que «trabajaba codo con codo con quienes nos amenazan desde fuera», es decir, las feministas anarquistas. Habían recuperado cintas de archivos de décadas atrás y habían recopilado una breve historia de la destructividad e insidiosidad del feminismo, a la que habían añadido fotografías y bocetos de algunas de las «mujeres libres» involucradas en las negociaciones. «Por difícil que parezca creerlo, estas mujeres son el enemigo. Parecen cualquiera que tú o yo conozcamos, cualquier vecino o amigo, cualquier transeúnte, cualquier compañero de trabajo. Pero no os equivoquéis. Estas mujeres se han unido en una terrible y malvada conspiración para derribar las estructuras más básicas de nuestra sociedad». Una mujer maquillada para parecerse a Leleynl declamó con un tono estridente y vehemente fragmentos del discurso que Leleynl había pronunciado durante la primera noche de Kay con el Marq'ssan. La mujer no se parecía en nada a Leleynl, carecía por completo de su aura de liderazgo. Sin embargo, Kay estaba segura de que los espectadores recordarían a Leleynl y su discurso, y creerían que se trataba de una grabación; claro que esta vez lo escucharían de forma muy distinta,

editado y presentado tal cual. El Ejecutivo lo había reinterpretado, modificando sutilmente el tono para enfatizar la determinación del enemigo de romper las estructuras tradicionales.

«Esto es un ataque», dijo Wayne Stoddard, «contra todos los valores y tradiciones que consideramos sagrados. No debemos permitir que esta subversión destruya nuestro mundo. No hay esperanza en un mundo sin orden: no podemos regresar a la Edad de Piedra, no podemos aspirar a la utopía en la que estas idealistas destructivas pretenden hacernos creer. Del desorden solo puede surgir la debilidad: ¡la unión hace la fuerza! ¡Seremos fuertes! ¡Derrotaremos a este enemigo! ¡Lucharemos contra el enemigo interno y contra el enemigo externo! ¡Y prevaleceremos!»

La segunda hora contó con el equipo de presentadores más popular de la televisión por cable, que ofrecieron las "noticias" del día, y un editorial que instaba a la gente a mantener el orden, obedecer el toque de queda, soportar con paciencia el período de ley marcial y privaciones, y a denunciar a "las autoridades" a cualquier subversivo o posible subversivo, específicamente feministas, que conocieran.

Marie apareció puntualmente a las once y se llevó el receptor/proyector. Sedgewick giró su sillón. «Muy ingenioso», dijo Kay. «Algunas partes fueron bastante sutiles».

Sedgewick asintió. «La gente de Goodwin sin duda domina su oficio. Y considerando las dificultades con las que trabajan —la mayor parte de su archivo de cintas no está disponible, como comprenderás—, uno no puede evitar sentirse impresionado. No hay otro gobierno en la Tierra capaz de lograr esa calidad de propaganda. Por suerte, Goodwin no permitió que Crannock llevara a cabo su brillante idea».

“Y toda esa música conmovedora... la utilizan muy bien.”

“No todo se destruyó, ¿sabes? Siempre hemos tenido cuidado de guardar copias de seguridad de ciertas cosas en un almacén subterráneo reforzado.”

Pero en lo que respecta a los elementos más petroleros de baja prioridad, la mayor parte de la base de datos audiovisual ha desaparecido.

Kay se dio cuenta de que lo que había sobrevivido y lo que no, era algo en lo que no había pensado mucho.

“Por supuesto, no tienes por qué saber nada de esto”, dijo Sedgewick. “Lo que te acabo de decir no debe repetirse. ¿Entendido?”

Kay tragó saliva. "Entendido". Incómoda, preguntó lo obvio: "¿Cómo responderán los terroristas?".

“Sea lo que sea que se inventen, será desacreditado. Son unos chiflados, que se hacen llamar extraterrestres. ¿Quién les va a dar credibilidad con semejante disparate?”

“Tal vez se retracten del acuerdo.”

Sedgewick se encogió de hombros. “Tal vez. Pero si lo hacen, retiraremos a todas nuestras negociadoras. Y estoy seguro de que lo saben”.

Kay sentía un nudo en el estómago por la ansiedad. Tenía que volver allí cuanto antes. Era su única esperanza para escapar de los planes de Sedgewick.

“Goodwin me preguntó hoy si estarías disponible para algunos de sus proyectos mediáticos”, dijo Sedgewick.

“¿Yo? Dudo que fuera tan eficaz como uno de sus hombres entrenados para ello.”

“Quizás, pero tú eres de verdad. Parecía creer que podría sacarte provecho.”

“No quiero que nada se interponga en mi negociación, Sedgewick.”

“Parece que tienes un interés patrimonial en nuestras negociaciones, Zeldin.”

Kay se mordió el labio. «Tal vez sí», dijo. «Soy tan susceptible a las consideraciones del ego como cualquiera. Pero, más importante aún, creo sinceramente que soy lo mejor que se puede conseguir».

“¡Qué modestia, Zeldin!”

“La falsa modestia es una pérdida de tiempo para todos. Y hay una diferencia entre la sinceridad y la jactancia.”

“Exactamente. Todavía me resulta… divertido. Al menos esa parte coincide con lo que recuerdo de ti.”

—Espero que me dejen subir mañana —dijo rápidamente.

Levantó una ceja, pero evadió la pregunta. —No estabas precisamente llena de energía hoy, Zeldin. ¿Para qué pensarlo? Habría creído que estarías encantada de pasar mucho tiempo tumbada con los ojos cerrados. Siempre te quejas de que no duermes lo suficiente. —Se puso de pie—. Es hora de volver al trabajo. Se podría decir que mi supervivencia depende de que aclare esta conspiración. Al menos, algo se ha logrado: mi gente verdaderamente leal me está brindando sus más fervientes esfuerzos, tanto para demostrar su valía como para erradicar una amenaza para ellos. Huelga decir que se dan cuenta de que no les habría ido bien bajo el mando del traidor. Tengo a mi propia gente, a casi todos los cuales creo que ahora tengo bajo llave.

Kay se estremeció. Tenía que salir de allí.

Al llegar a la puerta, se giró. —Esta noche te quedarás con una enfermera. Te veo mañana, Zeldin. —Abrió la puerta y salió.

Una enfermera nocturna para vigilarla, y Anderson al otro lado del pasillo.

Kay abrió los ojos cuando Felice entró con un crujido. «Es una virgen», pensó Kay, «una hermosa virgen». Felice movió el candelabro a una mesita al pie de la cama y se sentó en el sillón de Sedgewick. «Si me lo permites, te ayudaré a estar más cómoda para que duermas mejor y te recuperes más rápido, Kay».

Con la vela a los pies de la cama, la luz era tan tenue que Kay apenas podía distinguir los rasgos sombríos de Felice. —No deberías estar aquí, Felice. Sedgewick me dijo…

Felice no la dejó terminar. «Olvídate de Sedgewick. Él ordenó específicamente que yo supervisara tu convalecencia. ¿Eso te tranquiliza? ¿O te molesta mi presencia por otros motivos?»

Kay sonrió levemente. "Difícilmente sería eso".

“Bien. Ahora, esto es lo que haremos. Primero, cerrarás los ojos un rato. Voy a ayudarte a relajarte. Ese es el primer paso.” Kay cerró los ojos y sintió que Felice le tomaba la mano. “¿Te encantan las bellezas físicas de Seattle, Kay?” Su voz era fresca, clara y dulce.

—Sí —dijo Kay—. El agua, las montañas, son hermosas. Como tu voz.

“¿Qué prefieres, Luke Washington, el Monte Rainier, las montañas Olympic, las Cascadas del Norte o el estrecho de Puget?”

Kay soltó una risita. "Me gustan todos."

“Elige uno para visualizar.”

“Hay una playa que me gusta especialmente, en Carkeek Park”, dijo Kay.

“Conozco esa playa. Imaginemos que estamos en ella.”

“¿La conoces?”

“No te desvíes del tema, Kay. Pero sí, claro que la conozco, Sedgewick tiene una casa en la isla Vashon y tengo un amigo que vive justo al norte del parque Carkeek. Ahora imaginemos que acabamos de bajar las escaleras metálicas hasta esa playa. Primero, hay un chorro de aguas residuales tratadas que desemboca en el agua, ¿verdad?”

“Sí. Hace mucho frío al pisarlo. Hay tablones colocados para quienes no quieran pisarlo.”

—Sí —dijo Felice—. Así que caminamos sobre las tablas, con cuidado de mantener el equilibrio, tú primero, yo

después. Te veo caminando delante de mí, Kay. ¿Qué ves, hueles, sientes, oyes?

Veo algas por todas partes, pues la marea está muy baja, y hay charcos de agua humeante cubiertos de algas viscosas, como una sopa primigenia. Cuando me quito las sandalias y las guardo en la mochila, puedo meter los dedos de los pies en los charcos calientes, evitando los cangrejos y mejillones que ensucian la playa. Las algas tienen un olor a humedad...

“Caminamos hasta la orilla, Kay, ¿puedes sentir el agua helada recorriendo tus tobillos?”

“Las olas no son muy altas, pero se mecen al paso del ferry que, a lo lejos, se dirige a Victoria, apenas un punto en el horizonte...”

—Kay —Kay asintió, despertando—. No te duermas todavía, Kay. ¿Estás relajada?

“Sí.” Kay aún podía sentir, oír y ver el agua, las algas, los charcos humeantes de sopa verde.

“Solo por un minuto, abre los ojos y mira fijamente la vela sin parpadear. Mira fijamente, concéntrate en no dejar que tus ojos vacilen ni por un nanosegundo... sí, tus ojos se están cansando mucho de mirar fijamente, tus párpados se están poniendo muy pesados, mira fijamente un momento más... sí, tus párpados están demasiado pesados para mantenerlos abiertos, los cierras porque no se mantendrán abiertos más

tiempo, ahora están cerrados y son tan pesados que no podrás volver a abrirlos. Intenta abrirlos, Kay.

Kay lo intentó. Sus párpados no se movían.

“Todavía estamos en la playa, Kay, y vamos a ir hasta el final, no nos preocuparemos de que la marea nos alcance porque hay otra forma de salir de la playa que no conoces. Nuestros cuerpos son tan ligeros que casi volamos allí, ¿ves los acantilados al final? Están muy cerca ahora... ahora daremos diez pasos alrededor de los acantilados y entraremos en una cueva que solo tú y yo conocemos, y con cada paso irás más y más profundo en tu inconsciente... Uno, dos, tres vas más profundo, cuatro, cinco, seis aún más profundo, siete... ocho... cada paso te lleva más profundo, nueve... diez... ahora estamos juntas en la cueva, te estoy tomando de la mano... Dentro de la cueva hay una anciana, una anciana con dedos mágicos y hierbas curativas... Nos invita a sentarnos en las pieles que ha apilado en el suelo, nos sentamos y sentimos la lujosa sedosidad de las pieles en nuestros pies descalzos, en nuestras piernas, nos sentamos mirando hacia afuera de la cueva, podemos ver el agua y el sol y el cielo... Te estoy tomando de la mano, no tienes miedo... La anciana pone sus dedos sobre tu cabeza y suavemente, suavemente, te masajea el cuero cabelludo, siente sus dedos, Kay, sus dedos se sienten tan bien, son tan hábiles que comienzan a aliviar tu dolor de cabeza, sientes cómo el dolor se desvanece mientras te masajea, mientras acaricio tu mano, el dolor se desvanece poco a poco, un

poquito a la vez... se desvanece, se desvanece hasta que finalmente tu cabeza está libre de dolor, ya ni siquiera notas tu cabeza... La anciana te trae una taza de té, te incorporas y la sostienes en tus manos, puedes sentir la aspereza de la cerámica, es algo que ella misma hizo una vez, es una taza especial que contiene un té especial... Te dice que cuando tomes el té, cuando el té baje a tu estómago, aliviará, calmará y adormecerá los dolores de tu cuerpo, el té enviará a tu torrente sanguíneo hierbas que te quitarán el dolor... Toma un sorbo de té, Kay, tiene un sabor acre pero es efectivo, bebes Todo, Kay... y ahora, la anciana te dice que debes salir al agua, al agua fría y cristalina y sumergirte, que hacer esto en combinación con el té te quitará la rigidez y el dolor de los músculos... nos levantamos, Kay, salimos de la cueva, salimos al agua... las olas lamen nuestros pies, está tan fría que temblamos y chillamos... pero sabes que tus dolores desaparecerán cuando te sumerjas en el agua helada... te desvistes, yo te quito la ropa... caminas con valentía hacia las olas, sientes la frialdad del agua mientras sube por tus pantorrillas... ahora está en tus rodillas... ahora en tus muslos, y ahora reúnes valor, doblas las rodillas y te zambulles, estás casi sentada en el fondo rocoso, el agua corre sobre ti y vigorizada, refrescada, saltas, corres de vuelta hacia mí, te castañetean los dientes pero te sientes tan bien, Kay, te sientes fuerte, te sientes fresca, tus dolores y molestias y rigidez se han ido... eres una mujer nueva... Y ahora contaré hasta tres, Kay, y despertarás en tu cama en mi casa, te sentirás relajada, sin dolor, renovada, lista para

dormir profundamente esta noche... Uno, dos, tres. Abre los ojos, Kay.

Kay abrió los ojos y vio a Felice sentada en la silla, todavía sujetándole la mano.

“¿Cómo te sientes, Kay?”

Kay se incorporó. —Se me quitó el dolor de cabeza —susurró—. No puedo creerlo. ¿Que hicimos? ¿Imaginar eso me quitó el dolor de cabeza? Y los cortes y moretones... ya no los siento. ¡Me siento tan despejada, tan llena de energía, Felice!

“Bien. Así es como debes sentirte. Ahora puedes dormir tranquila esta noche. Te sentirás mucho mejor.”

—¿Así es como...? —empezó a preguntar Kay con entusiasmo.

—Shhh, nada de preguntas. Descansa ahora. La enfermera vendrá a revisarte y luego debes dormir. Tu cuerpo necesita descansar. —Felice le dio unas palmaditas en la mano, la bajó y se puso de pie—. No te preocupes por nada —dijo, y se inclinó para acariciar la frente de Kay con los dedos. Su mano desprendía un aroma sutil que hizo que Kay deseara que Felice se quedara allí un rato más.

Kay durmió bien esa noche.

Capítulo catorce

[i]

Cuando Kay se despertó por la mañana, encontró que la enfermera de turno nocturno seguía allí.

“¿Qué hora es?” Cuando se puso de pie, descubrió que sus piernas temblaban sorprendentemente.

—Las siete y media —dijo la enfermera.

Cuando Kay salió del baño, la enfermera tenía las cortinas abiertas y la esperaba para realizarle el examen habitual. "¿No crees que podemos saltarnos todo este trámite de ahora en adelante?", dijo Kay después de salir del baño. "Me siento perfectamente bien esta mañana".

—Puedes hablar con el médico cuando venga esta tarde —dijo la enfermera mientras anotaba algo en la ficha—. Viendo lo bien que te encuentras, debes tener muchísima hambre. Les avisaré abajo. Y luego me voy. Mi turno termina a las ocho.

Kay cerró los ojos. Un dolor sordo había comenzado a aparecer en su cabeza. Deseaba poder hacer sola lo que Felice la había ayudado a hacer la noche anterior: hacer que el dolor desapareciera.

En lugar de pensar en Carkeek Park, sus pensamientos divagaban sobre el pasado y su situación en el presente y el futuro cercano. ¿Cómo, se preguntaba, podía haber olvidado cosas tan importantes, tan trascendentales para el curso de su vida? Había oído que a veces la gente reprime los sucesos traumáticos, pero ¿de forma tan completa?

Lo más desconcertante era intentar conciliar la persona que había sido entonces con la persona que creía ser ahora. ¿Quién era Kay Zeldin? No aquella mujer de hace más de veinte años, pues aquella persona era completamente distinta, totalmente ajena. Era como descubrir que una tenía un yo secreto, que era una personalidad dividida con un lado oculto al otro. ¿De verdad había querido matar? Pero lo había hecho. Y ella...

Lo habría hecho, excepto que el precio por hacerlo había sido mayor que el valor del acto para ella. *Te prometo,*

Robert, que si vuelves a acercarte a mí, ¡uno de nosotros o ambos moriremos! Te juro que te mataré, o tendrás que matarme. Había habido tal historial de violencia entre ellos que esa escena final se sintió como una culminación inevitable. Él debió haberla creído, pues nunca la persiguió ni siquiera después de recuperarse de los cortes que ella le había hecho en la cara. Ella esperó, lista con una pistola siempre a mano, esperó y esperó y esperó... ¿cuánto tiempo antes de que la memoria se alterara?

Marie llamó a la puerta y entró con una bandeja de cama. *"Buenos días,* señora", dijo el técnico con la nariz tapada.

"Buenos días, Marie." Kay vio que había estado llorando.

Marie colocó la bandeja sobre la mesa, acomodó las almohadas de Kay y extendió la mesita de noche sobre sus muslos. «Hay café en tu bandeja; no sabíamos si lo querrías o no», dijo Marie. «Y zumo de naranja. Pero quizás prefieras leche o alguna otra bebida».

Kay pensó en preguntar si algo andaba mal. Pero guardó silencio y Marie se marchó. Kay ya tenía suficientes problemas como para cargar con los de otra persona.

[ii]

Oye, Martha, ¿me puedes contar otra vez cómo conseguiste todas esas baterías y el bidón de gasolina blanca que trajiste anoche? Walt apartó la segunda silla de la mesa y se sentó frente a Martha. «No es que me queje de tomar té caliente o desayunar avena. Pero la verdad es que no lo entiendo. En este tipo de situaciones, la gente no regala cosas tan valiosas. Normalmente piden un favor a cambio. O hacen un trueque. O están devolviendo un favor. Que en este caso debe ser un favor bastante *grande*».

Martha dejó la pluma y cubrió su trabajo con una hoja de papel protectora. Intentaba copiar el pase de toque de queda escrito a mano que Walt había robado de la casa del trabajador de alcantarillado que vivía enfrente, lo que requería no solo pulso firme sino concentración total. Era obvio que Walt no iba a ceder hasta que ella disipara las oscuras sospechas que albergaba. *¿Cuáles son exactamente? ¿Que tengo un amante con acceso a esas cosas? Nunca antes había dudado de mi fidelidad. Debe ser que este toque de queda realmente lo está afectando. Lo cual probablemente no sería así, si fuera él quien estuviera corriendo por las calles, esquivando a la Guardia en lugar de a mí. Sin internet, sin pasar el rato en cafeterías, sin trabajo, sin correr, sin reuniones. Debe estar aburrido a más no poder.*

Martha intentó no mostrar la irritación que empezaba a sentir. "Vamos, hombre. Ya te lo dije. No es para tanto."

“¿No? Entonces, ¿por qué no dices quién te dio las cosas y en qué circunstancias?”

Martha no recordaba la última vez que Walt la había regañado así. No era propio de él. Y lo extraño era que tanta sospecha y reproche lo hacían parecer mayor. O al menos mucho mayor que ella, como realmente era, cosa que no solía hacer. Fruncía el ceño y arrugaba la cara, con los labios apretados y remilgados. Y algo encorvado. «Mira. Ya te lo expliqué. No te voy a decir *quién* me dio las cosas porque son robadas. Y cuanto menos se sepa, más seguros estaremos todos. Ya sabes cómo es eso, Walt. Así que no entiendo por qué le das tanta importancia».

Walt apartó la silla, se levantó y reanudó su paseo. Parecía que últimamente solo hacía eso: pasear. Eso y salir a la calle, a las escaleras del edificio, y dar vueltas rápidas y fugaces para "echar un vistazo", como él decía. (Él y todos los demás vecinos). Se aburriría mucho menos, pensó ella, si le diera una oportunidad a los informes y las discusiones del vídeo.

—No sabía que tuvieras un amigo tan cercano que se preocupara tanto por tu bienestar, Martha. Aparte de mí, claro. ¿Quién es este dechado de virtudes? Aunque las cosas sean robadas, eso no explica por qué alguien te las daría sin esperar nada a cambio. —Se detuvo a unos pasos de la mesa y la miró fijamente como si intentara leerle la mente.

Su cinismo era tan jodido. ¿Siempre había sido así? Louise era tan diferente. Cuando Martha había mencionado lo difícil que era todo se había convertido una vez que se les habían agotado todas las baterías y el combustible para la estufa eléctrica. Louise no lo había pensado dos veces antes de compartir algunas de las cosas que su exnovia, Sonya, que estaba en la Guardia Nacional, había robado de los suministros de su unidad. Ese tipo de generosidad encajaba con la idea que tenía Louise de ser "hermana". Martha siempre se había sentido incómoda con la peculiar forma en que Louise hablaba de "las hermanas". Especialmente porque las Mujeres Radicales eran feministas y socialistas. Martha siempre había pensado que esos grupos eran autoritarios y dogmáticos, a diferencia de los anarquistas, que animaban a la gente a pensar por sí misma. Louise siempre tenía que consultar con "las hermanas" antes de realizar cualquier acción. Pero quizás la otra cara de la moneda era que Louise también podía contar con ellas cuando las necesitaba. En cierto modo, no se podía contar con las activistas del PCFW, excepto, por supuesto, con tu grupo de afinidad durante las acciones, donde la camaradería tenía que ser completa e incuestionable. Suspiró al darse cuenta. Tendría que mentirle a Walt para que la dejara en paz. —Está bien —dijo con resignación apenas fingida—. No quería preocuparte. Pero si de verdad quieres saberlo, saqué esas cosas de la parte trasera de una camioneta de la Guardia Nacional que estaba abierta.

Walt se quedó boquiabierto. «¡Por Dios, Martha! ¿Estás loca? Ya es bastante malo que andes por las calles así, desafiándolos a que te metan en la cárcel por saltarte el toque de queda. Pero si te pillaran robando, *no* creerás que se molestarían en arrestarte, ¿verdad? La Guardia dispara a los saqueadores sin pensarlo dos veces. ¿De verdad crees que harían una excepción con alguien a quien pillan robando de sus propios camiones?»

Como si fuera una señal del destino, la Guardia anunció en ese preciso instante su presencia en la cuadra a través del estruendo de su megáfono. Sin pensarlo dos veces, Martha y Walt agarraron sus bolsas de red y todas las botellas de plástico vacías que encontraron, golpearon las puertas de los demás inquilinos de su piso y salieron corriendo de la casa. Dos camiones, con los motores encendidos, estaban estacionados en medio de la calle. A lo largo de la cuadra, la gente salía de sus casas. En ambos extremos de la cuadra, sólidas filas de Guardias esperaban firmes. Otros Guardias estaban de espaldas a los camiones, con las armas cruzadas sobre el torso. Tres oficiales supervisaban, uno de ellos dando órdenes a gritos por el megáfono.

“Formen fila en la acera. Tengan su identificación oficial lista para la inspección. No crucen la calle a menos que se les indique. Mantengan la fila ordenada. ¡Usted, ahí, retroceda! ¡Sí, usted! ¡Teniente! Comience en el extremo sur de la cuadra, en el lado oeste de la calle.”

“¡Jay Boy! ¡Vuelve aquí *ahora mismo!”* El niño que vivía al final de la calle, en la hilera de casas adosadas al otro lado de la acera, pasó corriendo, con los brazos extendidos como si fueran alas y zumbando. Su chaqueta roja destacaba sobre el gris oliva de los camiones que rodeaba y los oficiales a los que esquivaba. Martha recordaba vagamente que acababa de cumplir ocho años; en enero le habían organizado una gran fiesta de cumpleaños; todos los vecinos de la cuadra habían sido invitados. Parecía totalmente imperturbable ante los guardias y sus armas. Aunque Martha notaba que la libertad de movimiento del niño molestaba al teniente, supuso que era improbable que le gritara por no hacer fila, ya que si lo hacía, enfadaría a la mayoría de sus subordinados y a todos los civiles. Solo un monstruo sería indiferente a los efectos que el toque de queda debía tener en los niños; la única preocupación de un hombre de cadena perpetua era que, si ocurría algún incidente desagradable, el niño pudiera resultar herido.

—¡Oye, Jay Boy! —le gritó Walt mientras pasaba a toda velocidad—. ¿Cómo estás?

Martha echó un vistazo a su alrededor. Si la otra niña que vivía en la cuadra estaba, no la vio.

El hombre que vivía en la mitad norte del dúplex contiguo a la hilera de casas adosadas llamó la atención del niño preguntándole si quería ir más tarde a jugar con Shadow, un perro problemático que tenía la costumbre de destrozar los

macizos de flores y enfurecer a los cuervos. Walt dijo para sí mismo: «Debe ser duro para Jay Boy, estar encerrado en casa todo el día y no poder reunirse con sus amigos, vivan donde vivan».

—Creo que juega con ese chico mayor, Jasper, que vive a dos cuadras cuesta abajo —dijo Martha, intentando hacer contacto visual con los hombres y mujeres que custodiaban los camiones—. Jenny, la vecina de enfrente, que a veces lo reemplaza, me contó una vez que los dos participan en un programa piloto especial para niños con talento para las matemáticas.

"Sí. Jay Boy, jajaja, es un señor, sobre eso", la voz de Walt era irritada. "Es un programa piloto financiado por TrueJeu Corporation)".

Como si eso fuera noticia, pensó Martha, irritada. Todo el vecindario lo sabía. Los padres de Jay Boy no paraban de hablar de cómo su participación en el programa significaba que se convertiría en un profesional. La madre —Martha no recordaba su nombre— ya era bastante insoportable antes de que Jay Boy fuera seleccionado para el programa, creyéndose superior a todos porque *le* habían aprobado la maternidad y, por lo tanto, debía tener genes superiores a los demás; ahora no paraba de hablar de cómo los responsables del programa les habían dicho que si Jay Boy perseveraba y le iba bien, obtendría una beca y la admisión anticipada a la Universidad de Washington, y no habría

ningún instituto comunitario sin futuro para Jay Boy, que era lo mejor a lo que la mayoría de la gente podía aspirar. Martha no estaba tan segura de eso, dados los años de financiación que se necesitarían para que sucediera, pero nunca se lo había dicho a nadie excepto a Walt.

De pie, esperando, Martha se aburrió. Jay Boy estaba ahora subido a los hombros de su padre, y el frío empezaba a calarle hondo. Después de unos minutos, giró la vista hacia la izquierda para observar al agente con el portapapeles que avanzaba lentamente por la calle. La espesa capa de nubes grises dejaba entrever una franja justo encima de la bahía de Elliott, revelando las cumbres nevadas de las montañas Olympic extendiéndose majestuosamente sobre el agua. Martha tembló con la bruma; deseó haber pensado en ponerse la chaqueta. Estaba demasiado preocupada por conseguir los recipientes de plástico como para acordarse.

El agente con el megáfono paseaba por la cuadra, observando a la gente que estaba en la acera. A Martha se le erizó la piel. ¿Estaría buscando una víctima? No estaban dispuestos a resistirse. No se habían celebrado reuniones vecinales; y la gente de su edificio no se había mostrado receptiva a sus teorías sobre las violaciones. Estaban dispuestos a hablar del problema del agua, pero no de violaciones. Y Walt tampoco era de mucha ayuda. Afirmaba a cualquiera que quisiera escucharlo que no había extraterrestres, solo una lucha de poder en la que cárteles internacionales no especificados habían arrastrado al

mundo entero. Cuando Martha señaló la incongruencia de esa teoría con el dominio de la transmisión de vídeo de Marq'ssan por parte de la política feminista, él argumentó que todo era una puesta en escena.

El tercer oficial, que seguía el ritmo del teniente, llevaba un portapapeles. Martha vio a la gente al final de la manzana sacando bolsas de plástico naranja y amarillo; el teniente escribía en el portapapeles y el oficial a su lado hojeaba lo que parecían tres hojas endebles. Iban a registrarlo todo. Sabrían quién estaba dónde. ¿Podrían gestionar semejante cantidad de datos sin procesadores? Con un ejército a su disposición, supuso que sí. Sería extremadamente laborioso, pero posible.

Lentamente, los oficiales avanzaron por la fila. Tras anotar sus números de plástico y revisar sus listas, enviaron a los vecinos de Martha a los camiones, donde un guardia que trabajaba en la parte trasera les proporcionó comida y agua en tubos. Así, los oficiales avanzaron por la otra acera, cruzaron y comenzaron a bajar por la calle de Martha. Pero cuando empezaron a procesar a la gente de la casa de al lado, el patrón se rompió. Martha conocía a los quince vecinos y a algunos de ellos. Por eso, cuando el oficial con las listas levantó la mano e hizo una señal al oficial a cargo, Martha se preocupó mucho. ¿Por qué, se preguntó, hacían esperar en la acera a todas las personas que ya habían sido procesadas en lugar de ordenarles que se dispersaran?

El oficial con el megáfono dio órdenes a los hombres que tenía más cerca, y todo el contingente pasó junto a Martha en dirección al teniente. —¿Hay algún problema aquí, caballeros? —gritó.

—Señor —dijo el oficial que estaba junto al teniente—. Puede que tengamos aquí a un par de feministas.

"¿Oh?"

El corazón de Martha latía con fuerza, como un galope temeroso. Estaba sucediendo. Estaba sucediendo allí mismo, en su cuadra, a sus vecinos.

“Estas mujeres viven juntas, señor. Sin hombres. Parece, señor, que no les gustan los hombres.”

Martha esforzó la vista hacia los lados. Solo podía ver a los oficiales y a los hombres que los rodeaban.

—No nos cae mal —dijo una de las mujeres con nerviosismo. ¡Dios mío!, pensó Martha. ¿Qué podría ser, Louise? Podría ser cualquiera de las muchas mujeres que conocía. Incluso podrían ser mujeres que no fueran lesbianas, sino que simplemente compartieran habitación o apartamento.

“'Prácticamente han admitido que son lesbianas, señor'.”

“¡Nuestra orientación sexual es irrelevante!”, dijo la mujer rápidamente.

—Decidiremos qué es relevante, muchacha —dijo el oficial a cargo, moviendo el brazo delante de él. La fila se desplazó hacia un lado, lo que provocó que Martha chocara con Walt, que estaba justo a su izquierda, porque la gente se estaba alejando de las mujeres, incluso las personas que vivían en la misma casa con ellas.

“¡Así que admitís que sois lesbianas!”

Martha escuchó una respuesta amortiguada, y luego el oficial gritó: "¡Admiten que son feministas!"

“No, no somos feministas”, dijeron las mujeres.

El oficial retrocedió. «Terroristas feministas están destruyendo este país», gritó a los residentes allí reunidos. «Debemos denunciar a cualquier presunta feminista por la seguridad de todos». Señaló a las mujeres. «Llévense a estas traidoras para interrogarlas».

La gente que hacía cola a lo largo de las aceras permanecía congelada, como pilares de sal, pensó Martha.

Walt agarró el brazo de Martha con tanta fuerza que casi gritó. Martha temblaba, tratando de pensar qué decir, qué hacer. Tenía que impedir que se llevaran a esas mujeres.

«¡No!», gritó. «¡No! ¡No las arresten! ¡Las conocemos! ¡Son gente decente, como cualquiera de nosotros!».

Los vecinos de Martha se alejaron rápidamente, dejándola sola. Incluso Walt bajó el brazo y se apartó unos centímetros mientras el agente se dirigía directamente hacia ella. —Tu tarjeta de plástico —le espetó. Temblorosa, Martha le entregó su tarjeta naranja e intentó mirarlo a los ojos. Los demás agentes se acercaron a paso ligero. —¿Está con usted? —le preguntó el agente a Walt.

"Sí, señor."

“Entonces será mejor que le ponga un bozal, señor. Antes de que se meta en problemas, y usted también. Media ración para ella, teniente.”

“¿Por qué se espera que las mujeres vivan con los hombres si no se les permite tener hijos?”, dijo Martha en voz alta.

Walt la agarró del brazo. —¡Cállate! —le siseó.

El agente miró a Walt. —Explíqueselo, señor. —El agente siguió avanzando en la fila.

A Martha se le llenaron los ojos de lágrimas. Se habían llevado a las mujeres mientras ella hablaba con el agente. Martha esperaba que otros se unieran a la protesta. Pero, por lo que sabía, nadie más, ni de un lado ni del otro, había

dicho nada. Ahora permanecía tan callada como todos los demás, esperando a que le entregaran sus raciones.

Cuando finalmente los oficiales los despidieron y Martha y Walt llevaron sus raciones a sus habitaciones, Walt se volvió hacia ella. "¿Qué te pasa? No podías haber hecho nada. Ahora has recortado nuestras raciones y has llamado la atención. ¿Cómo pudiste ser tan estúpida? Te tienen calada, Martha, y ahora te vigilarán especialmente."

Martha dejó caer la bolsa de tubos de comida sobre la mesa. —¿Por qué no dijiste nada? —le gritó—. ¿Qué derecho tienen a llevarse a esas mujeres?

Walt parecía disgustado. «Es la guerra de los ejecutivos, Martha. No te metas. No es asunto nuestro. Van a acosar a unas cuantas lesbianas. Claro que no me hace ninguna gracia. Pero tienen una potencia de fuego superior, ¿o no te has dado cuenta? Esto nos supera. En fin, no intentes hacerme sentir culpable: ya he pagado mi deuda. ¿Cuántas veces me han pillado, por cierto? No voy a arriesgarme cuando no hay nada que ganar. El activista elige sus momentos con sumo cuidado. De lo contrario, la acción no tiene sentido, solo es un capricho personal que no significa nada para nadie más».

Martha lo agarró del brazo. "¿Sabes *lo* que les van a hacer a esas mujeres?"

Walt se apartó bruscamente de ella, abrió la puerta del armario y empezó a empujar los bidones de agua al fondo del estante. —No quiero oír hablar de eso. No hay mucho que podamos hacer mientras esos bastardos se pelean, salvo esperar, sobrevivir e ir tras ellos con sed de venganza cuando hayan perdido su poder. —Walt la fulminó con la mirada—. ¡Tienes muchísima suerte de que no te hayan disparado, Martha! ¡Ni a mí!

"¿Crees que te estoy mintiendo, Walt? ¿Es eso? ¿Crees que me inventé todo eso sobre el Marq´ssan? ¿Qué demonios crees que te está mostrando el proyector holográfico?"

Walt se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz. «Los expertos en tecnología pueden fingir cualquier cosa. En cuanto a lo que me dices, ¿cómo demonios voy a saber qué pensar si siempre desapareces durante horas, a menudo de la noche a la mañana? A veces dices que tienes reuniones con feministas al otro lado de la ciudad, otras veces dices que estás dando la vuelta al mundo en una nave espacial. Sea lo que sea que estés tramando, no tiene nada que ver con la realidad».

Le dio la espalda y se dirigió a grandes zancadas hacia la alcoba, donde se desplomó en la cama. «Crees lo que quieres creer. Pero la realidad está ahí fuera, en esa calle, y se llama violencia, Martha. Esa es la realidad. Ni naves espaciales, ni causas feministas, ni extraterrestres. *Violencia.* Eso es lo que tenemos. Cuanto antes la afrontes, mejor. Si quieres

organizar una acción en la que nos maten a todos, de acuerdo. Incluso me ofrezco voluntario. Pero que nos disparen esperando en la fila no va a significar nada. Seríamos solo un par de estadísticas más. Organiza una acción si quieres que te disparen. Pero hablar así es políticamente ingenuo. Así que, a menos que tengas algo planeado con alguna relevancia política, mantén la calma».

Martha lo vio desabrocharse el cinturón y quitarse los vaqueros. «Estás haciendo justo lo que te dijo ese idiota, ¿te das cuenta?».

—Nada podría silenciarte, Martha. Siempre has estado enamorada del sonido de tu propia voz. Martha notó que tenía una erección. —¿Quieres follar? —preguntó con indiferencia.

Martha frunció el ceño. Caminó hasta la ventana al otro extremo de la habitación y miró a través de la rendija de las cortinas hacia la calle. Ahora reinaba el silencio. Todos habían llevado sus raciones a sus habitaciones. Los camiones se habían marchado. Pero un par de guardias descansaban en la esquina, apoyados en la farola. ¿Para asegurarse de que el vecindario no comentara lo que acababa de suceder?

Martha se tumbó en el suelo, mirando al techo, y escuchó a Walt masturbándose. Nunca se había sentido tan impotente como ahora. No solo no podía ayudar a esas mujeres, sino que tampoco podía contactar con nadie de su

barrio, ni siquiera con Walt. Y si no podía contactar con Walt, ¿cómo iba a poder contactar con alguien que no se hubiera aliado ya con el Marq´ssan?

[iii]

Tras la visita poco informativa del médico después del almuerzo, Kay, impulsada tanto por el aburrimiento como por la necesidad de tomar alguna medida para convencer a Sedgewick de que la enviara de vuelta a las negociaciones, se vistió con la túnica más suelta de las que Weatherall había elegido para ella y reflexionó que si las telas de la ropa de noche que había llevado durante el bombardeo hubieran sido más resistentes, o mejor confeccionadas, al menos podría haber escapado de los cristales. Habían conjeturado que, al caer, su túnica se había enganchado en la silla y se había rasgado. Kay no recordaba con claridad lo sucedido, pues todo había sido caótico. Recordaba los tortellini volando hacia el pelo de Weatherall, las astillas de espejo vibrando en el aire, la vela de la mesa de al lado cayendo sobre la puerta y apagándose, el estallido de llamas en la otra habitación. Recordaba estos detalles y poco más.

Kay bajó las escaleras con la esperanza de encontrar a Felice en su sala de estar. Al oír un ruido en las escaleras a

sus espaldas, se giró y vio a Anderson siguiéndola. «No es necesario que me sigas por toda la casa», dijo. «Está bien vigilada por todas partes».

—Solo sigo órdenes, señora —dijo Anderson sin comprobar si bajaba las escaleras.

Kay continuó su camino con timidez, ansiosa por no delatar su mareo ante la atenta mirada de Anderson.

Qué diferente se veía y se sentía la casa durante el día. Deslumbrante como los reflejos del agua en las paredes blancas que se elevaban dieciocho pies hasta el techo, la luz del sol entraba a raudales a través de los cristales brillantes y, ocasionalmente, de los vitrales emplomados, trazando prismas esquivos sobre el techo, las paredes y los muebles, calentando las molduras de madera tallada con exquisitez, brillando en las numerosas lámparas de cristal tallado, creando una sensación de libertad que Kay no había experimentado antes en esta casa. A la luz del día, se apreciaban las obras de arte que las sombras nocturnas, más allá de los límites de la luz de las velas, habían ocultado. Se sentía como si, por error, hubiera entrado en un museo.

Las altas puertas dobles de la habitación de Felice estaban abiertas, y Felice estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, rodeada de grandes y endebles hojas de cálculo, escribiendo en un grueso libro que descansaba sobre su rodilla derecha. La piedra del anillo en el dedo medio de la

mano que sostenía la pluma hacía juego a la perfección con el color del vino en la alfombra oriental sobre la que estaba sentada. Miró a Kay y sonrió, completando así el efecto.

Kay dudó en romper la escena entrando en ella.

—Dijeron que te sientes mejor, Kay —dijo Felice—. No, no te quedes ahí parada, entra y siéntate. Estás pálida.

Kay se sentó en la mecedora en lugar de en el suelo. Necesitaba apoyo físico, pues le daba vueltas la cabeza. Sentada en silencio, meciéndose suavemente, Kay observó la habitación. Grandes ventanales y puertas francesas abarcaban tres lados de la estancia. Era casi como estar al aire libre. Suspiró. «Es aún más bonito aquí dentro durante el día, Felice. ¡Cuántas ventanas!».

—Mi casa de cristal —dijo Felice, dejando el libro en el suelo a su lado—. En mi opinión, es la mejor habitación de la casa. De noche no lo habrías adivinado, pero esta habitación sobresale del extremo de esta ala. Quizás originalmente era un invernadero o un solárium. Felice recogió las hojas de cálculo y las apiló ordenadamente. —Y claro, cuando la tierra vuelva a la vida, estará el jardín. Me han dicho que esta casa solía estar pegada a otras similares. Pero todas las casas de alrededor fueron compradas y trasladadas para ampliar el espacio alrededor de esta. Esta casa necesita mucho espacio. Dejó el libro y el bolígrafo encima de las hojas apiladas y miró a Kay. —Listo. Ahora puedo escaparme un rato de mis

cuentas. Qué complicado se vuelve todo sin una terminal. Pero claro, ahora todo es tan difícil de conseguir y tan caro. Al menos, algunas personas se están forrando con esta crisis.

Kay se meció y observó cómo el sol bañaba el rostro de Felice, notando las ligeras pecas que salpicaban sus mejillas y nariz. Kay jamás había visto unos ojos tan verdes. ¿Cómo podía una mujer así convivir con Sedgewick, aunque fuera de forma limitada?

Felice se puso de pie de un salto. —Voy a decirles que nos traigan té. ¡Qué fastidio estar sin teléfono! —Felice se dirigió a la puerta y desapareció tras la esquina. Los niños... tiene hijos —pensó Kay—. Por eso, muchas mujeres lo soportarían incluso a él.

Felice regresó casi de inmediato y se acomodó contra el montón de cojines a los pies de Kay. «Aunque me da mucha pena pensar que Daniel se vaya a Wilton», dijo Felice, «al menos habrá algo bueno: podré llevarme a Alexandra a vivir a otro sitio. Me canso de Washington D.C. muy rápido, por mucho que me guste esta casa».

—¿A Sedgewick no le importará? —preguntó Kay con curiosidad—. Quiero decir, tú eres quien manda en esta casa...

Felice sonrió. —Ah, pero lo tengo todo tan bien organizado que puedo gestionarlo a distancia, apareciendo unas horas a

la semana y, por supuesto, cuando sea necesario, viniendo a organizar las cenas; aunque Elizabeth Weatherall es perfectamente capaz de hacerlo. Aun así, es mejor que lo haga yo. Elizabeth —el tono de Felice se volvió seco— tiene algo más de visibilidad. Suspiró—. Voy a tener que concentrarme en Alexandra. No consigo conectar con ella, y mientras esté cerca de Daniel y Sedgewick, las cosas parecen empeorar. Tengo muy claro cuál es el problema. Pero ha sido difícil lidiar con él viviendo aquí.

Kay buscó a tientas una respuesta. "¿A Sedgewick no le importará que te lleves a Alexandra...?"

“Para nada. ¿Sabes que lo hemos visto más esta última semana que nunca? Claro, es porque te quedas aquí. Pobre hombre, seguro que estará encantado de tener su casa para él solo. Me temo que le saco bastante de quicio.”

Esto dejó a Kay tan desconcertada que se sintió aliviada cuando Marie apareció con una bandeja de té.

—Mueve la mesa baja aquí, Marie, y pon la bandeja encima —dijo Felice con voz repentinamente gélida. Marie colocó la bandeja sobre la mesa cerca de Kay, trajo una mesa redonda baja de donde estaba a la izquierda de la chimenea y acomodó la mesa y la bandeja al alcance de Felice. Marie se dio la vuelta para marcharse. —Ah, y trae un maíz —añadió Felice.

—Sí, señora —dijo Marie, deteniéndose sin volverse para mirar a Felice.

—Tus dramatismos no me hacen la menor gracia, Marie —dijo Felice, con los ojos centelleando de color esmeralda.

Marie salió de la habitación deslizándose.

Felice suspiró mientras quitaba la tapa de la tetera y jugueteaba con el infusor. «¿Qué descubro esta mañana sino que Marie, en quien confiaba —¡implícitamente!— ha estado saboteando todo mi trabajo con Alexandra? Ya es bastante difícil. Las niñas siempre son más difíciles. Francamente, me alegré de que Sedgewick eligiera tener primero al niño; significaba que tendría la oportunidad de practicar. Pero resulta que criar a una niña es completamente diferente a criar a un niño, y los primeros seis años con Daniel no me prepararon para Alexandra». Sacó el infusor de la tetera y lo vació en una pequeña cesta de cerámica. Miró a Kay. «Aquí estoy, aburriéndote hasta la saciedad, sin duda». Sirvió té en las dos tazas de la bandeja. «Estoy desesperada por tener con quién hablar. Así que por fin tengo a alguien sentada aquí conmigo en esta habitación, ¡y qué hago sino hablar de asuntos domésticos!». Suspiró de nuevo. “Pero la verdad es que mi mundo es bastante limitado últimamente…” Felice inclinó la cuchara de mango largo y cuenco pequeño para que la miel goteara en las tazas de té que había servido. “Supongo que mi igual natural sería Elizabeth Weatherall, pero no le gusta mucho conversar

conmigo… y aparte de ella, solo hay técnicos de servicio, ya que hablar con la mayoría de las demás mujeres ejecutivas sería una tarea ardua debido a la política…” Felice se inclinó hacia adelante y le entregó a Kay la taza humeante. “Espero que te guste, a mí me encantan las mezclas de hierbas exóticas… pero claro, no me gusta el vino, como ya sabes.”

Kay se llevó la taza a los labios, pero el calor que desprendía la superficie la hizo dejarla sobre la mesa que tenía al lado.

“Debes decirme si te encuentras mal. Mucha palabrería puede cansar, ¿sabes?”

“No, no, hoy me siento bien.”

Los ojos de Felice se entrecerraron. «No te precipites, Kay. En cuanto digas que estás bien, Sedgewick te volverá a agotar. Con él, o estás en forma o no lo estás. Yo no tendría tanta prisa por volver a la rutina si fuera tú».

Kay sonrió levemente. "Pero es tan importante", dijo, e inmediatamente se preguntó si Felice lo consideraría una fanfarronería.

Sí, estoy segura. Con más razón debes asegurarte de que te has recuperado del todo. Supongo que estás un poco nerviosa por lo que sea que esté pasando con Sedgewick. En casa de Kay, Felice se encogió de hombros. —Oh, no soy de su confianza. Pero te aseguro que no tienes que preocuparte

de que Sedgewick gane la batalla que sea. Sedgewick *siempre* gana. Es una certeza.

Kay sintió náuseas. Tomó la taza, sopló sobre la superficie del té y dio un sorbo. Un sabor intensamente cítrico. Pero extraño. Claramente extraño.

Marie entró, sin responderle de nuevo, y la habitación quedó sumida en un silencio extraño y tenso. Marie se paró frente a Felice y le entregó un peine.

"Merci beaucoup", arrulló Felice. Kay, observándolas, tuvo la incómoda sensación de que Felice la estaba utilizando con algún propósito oscuro, aunque no tenía ni idea de cuál podría ser.

Marie salió de la habitación sigilosamente sin decir palabra. Kay miró a Felice, que miraba fijamente la puerta por donde Marie había salido. ¿Podría ella salir de la habitación con elegancia sin usar su cabeza como excusa? Kay tomó el té y dio otro sorbo.

Felice se levantó y se acercó a la silla de Kay. —Déjame arreglarte el pelo, Kay. ¡Charles nunca quiso que te quedara así! Antes de que Kay pudiera responder, el peine y los dedos de Felice ya estaban peinándole el cabello. —En cuanto te vi la otra mañana supe que te habías hecho uno de los cortes de Charles; son inconfundibles, ¿sabes? Es tan original... Sí, así está mejor...

Kay miró por la ventana los contornos invernales de los árboles del jardín. —¿Sabes? —dijo—, en Seattle todo el año está verde. Probablemente las camelias estén floreciendo ahora mismo.

“Nunca he visto Seattle en febrero”, dijo Felice. “Siempre supuse que sería terriblemente gris”.

“¿Qué podría ser más deprimente que febrero aquí?”

—Yo, personalmente, elegiría el sur de California en esta época del año. O el Caribe. Felice se movió hacia el otro lado de Kay, apenas logrando acomodarse entre la mecedora y la mesa.

—Me pregunto si harías algo por mí, Felice —dijo Kay.

"Dime."

“Quisiera enviarle una nota a mi cónyuge en Seattle. ¿Podrías enviarla por mí?” Felice, por supuesto, debe tener derecho a recibir correo postal.

Los dedos de Felice se agitaron, alisaron y revolvieron el cabello de Kay. —Creo que será mejor que le preguntes a Sedgewick, querida. Verás, yo jamás haría nada que lo contradijera.

“No tiene nada que ver con la operación”, dijo Kay. “Y él no se ha negado…”

—En realidad, Kay, no confío en él —dijo Felice. “Sé que puede parecerte extraño, pero aunque Sedgewick y yo literalmente no podemos soportarnos el uno al otro durante más de quince minutos seguidos —¡no puedo imaginar cómo Elizabeth lo soporta durante quince *horas* seguidas! ¡Me deja perpleja!— aun así, Sedgewick siempre tiene buenas y suficientes razones para sus decisiones, y no se me ocurriría alterar inadvertidamente nada de lo que tiene planeado. Realmente es espléndido en lo que hace. En realidad, no tengo ni idea, pero lo que intento decir es que, independientemente de lo que sintamos el uno por el otro *personalmente,* somos aliados, Sedgewick y yo. Con Sedgewick de su lado, Daniel literalmente no podría tener mejores perspectivas, y en cuanto a mí, cuando haya cumplido mi contrato, tengo mi fondo fiduciario y dos residencias —a mi elección, excepto esta casa— y todo lo demás que Sedgewick crea que me he ganado. Una cosa que se puede decir de él es que no es tacaño. Ahí está, así es como debería verse. Ahora solo un pequeño retoque en la parte de atrás, y serás un orgullo para Charles...”. Felice se colocó detrás de Kay.

Kay pensó: «Solo unos minutos más». Cuanto más tiempo se quedara, mejor sería la prueba de su recuperación. Pero ¿cómo pudo haberse hecho la impresión que tenía de Felice? Kay se estremeció. La casa de Sedgewick era verdaderamente horrible. Se merecían el uno al otro.

—¿Qué te parece Florida? —preguntó Felice—. Claro que tendría que quedarme con mamá, pero estaríamos al sol y ella sabría cómo tratar mejor con Alexandra. Supongo que tengo que tener en cuenta la seguridad hoy en día; una no puede ir a cualquier sitio ahora, y desde luego no querría estar en Los Ángeles, teniendo en cuenta todo lo que decían en la cena la otra noche. Por otro lado, Washington D. C....

—Donde está Anderson, allí estará Zeldin —interrumpió Sedgewick a Felice, apoyándose en el marco de la puerta.

Kay oyó a Felice contener la respiración. Así que, pensó Kay, está tan asustada como yo. ¿Cuánto tiempo llevaba él allí parado?

«¡Qué escena doméstica tan encantadora!», añadió con sarcasmo. «Dan ganas de tener una cámara. Si ya terminaste de arreglarte, ven, Zeldin».

Kay se puso de pie, le dedicó a Felice una media sonrisa y se encogió de hombros, y siguió a Sedgewick pasando junto a Anderson. Su estómago, que antes solo sentía náuseas, ahora se rebelaba con fuerza.

En cuanto se quedaron solos en su estudio, Sedgewick soltó una de sus raras y perturbadoras carcajadas. «¡La cara que pusiste, Zeldin, cuando creías que no te veían! *¡Eso* sí que me habría gustado fotografiar! Impagable. Esa mirada

de disgusto enfermizo. Así que te has pasado con Raines. Eso te pasa por ignorar mis consejos».

Así que no optó por enfadarse. Cuando finalmente dejó de reír, Kay dijo con bastante enfado: «Supongo que es otra de tus herramientas perfeccionadas».

"Vamos, Zeldin, ¿te imaginas que sea *la herramienta de alguien?* Y no, la compré ya hecha, no le he hecho ninguna mejora. Es lo mejor que se puede comprar. La verdad es que era mi segunda opción. Mi primera opción no estaba disponible."

Kay le dio la espalda rápidamente y miró por la ventana. Su juego era peligroso para ella ahora que lo recordaba. Y otra vez esa charla superficial sobre las personas como objetos. Los dos le daban asco.

«La pobre Raines está terriblemente aburrida estos días, con la Manta y teniendo que estar en Washington D.C. —aunque ahora eso está cambiando— y está harta de sus técnicos de servicio. Y Weatherall no le habla. Así que aparece un nuevo personaje para su deleite, alguien completamente diferente y, Zeldin, ¡alguien con quien puede hablar de cualquier cosa sin preocuparse de traicionarme sin querer! Juraría que estaba encantada de tenerte convaleciendo bajo su techo.»

Se alejó. Kay oyó el tintineo del cristal y el sonido del líquido al salir de una botella. Volvió y le puso una copa de brandy en la mano.

“¿Cómo te sientes hoy, Zeldin?”

Se giró, aliviada de tener la luz a sus espaldas. Sedgewick bebía lo que, a juzgar por la botella sobre el escritorio, parecía ser whisky escocés puro. «Estoy lista para volver al trabajo», dijo con voz firme y decidida.

Sonrió. —Cualquier cosa con tal de salir de esta casa. Lo entiendo. —Bebió un trago. —Te veo pálida, Zeldin.

“Me gustaría programar la señal para mañana por la noche”, dijo.

¿Cuál es la prisa? Las cosas están mejorando, ya sabes, ahora que volvemos a producir agua. Y el sector agrícola cree que podrá gestionar la mano de obra necesaria para reemplazar la maquinaria en los campos.

“No dejo de pensar en los hospitales, Sedgewick.”

“Esperaremos un día más, Zeldin. Para entonces, la sustituta de Grausch estará lista para acompañarte.”

“¿La sustituta de Grausch?”

Sedgewick volvió a sonreír, probablemente batiendo algún tipo de récord, pensó Kay. «Oh, sí. Las cosas están progresando bien».

¡Qué humor tenía! —Supongo que has aclarado la conspiración —dijo ella con frialdad.

Sedgewick bebió más whisky escocés. «Sí. Completamente. El Gabinete se está reduciendo. Gibson ha muerto. Y ahora Gates y Larson están en reposo. Eso nos deja con nueve».

"¡Gates y Larson! ¿Estaban involucrados?" Le vino a la mente la imagen de Larson derramando su vaso de agua en la cena de Sedgewick. Gates, recordó, era el Secretario del Tesoro.

"Organizó la muerte de Gibson. La reunión del Gabinete de hoy fue de lo más divertida. Tenía a los muchachos afuera, esperando mi señal por si surgía algún problema. Pero mi suposición de que solo Larson y Gates estaban involucrados resultó ser correcta. Y, como era de esperar, cuando presenté las pruebas, mis colegas comprendieron de inmediato lo que estaba sucediendo. Creo que los conspiradores planeaban utilizar a Wayne Stoddard de alguna manera. Antes de la reunión, la única duda que tenía era si Crannock o Turpin estaban involucrados. Ahora estoy bastante seguro de que no lo estaban". Sedgewick se frotó las manos y se sirvió más whisky en el vaso. La túnica negra

con ribetes blancos que llevaba le daba un aspecto siniestro. Ella intentó imaginar la dramática escena, intentó concebir a Sedgewick inseguro del resultado. ¿Cómo sería sospechar que tus colegas conspiraban contra ti? Pero solo podía imaginarlo en control de la situación. “Y ahora tendremos que reemplazar a Gates y Larson. Lo que implica cierta negociación con el Senado”. Sedgewick puso los ojos en blanco. "A esos viejos cabrones les gusta meter las narices en todo cuando tienen oportunidad".

Kay se dejó caer en el alféizar de la ventana. Sedgewick estaba muy nervioso. Un auténtico *triunfador,* pensó.

Sedgewick merodeaba por la habitación y bebía. «Hay una especie de anticlímax después de este tipo de encuentros», dijo. «La adrenalina empieza a fluir, y luego se acaba rápidamente, y uno se queda listo para la acción». Se detuvo a un metro de Kay. «Quizás deberíamos tomarnos el día libre mañana, Zeldin. Y salir de la ciudad». Observó su rostro. «Solo tú y yo, Zel–din», dijo, alargando su nombre.

El corazón de Kay latía con fuerza. Seguramente estaba pensando en cómo vengarse. Prácticamente había dejado claro que ella no era indispensable para las negociaciones. Quizás estaba tan ansioso por actuar que no podía esperar más.

—Pero no —dijo, y se alejó—, mañana hay demasiado que hacer. Demasiadas cosas han quedado en suspenso debido

a este vacío en el Gabinete. Saldremos la próxima vez que volvamos.

Kay exhaló. Entonces sí que se iría. Pero si era así, Sedgewick estaba equivocado, porque no habría una segunda oportunidad.

[iv]

Magyyt encontró a Beatrice Sweetwater en la habitación privada que Beatrice había especificado en su mensaje. Los ojos de Beatrice estaban rojos e hinchados, y sus canas se escapaban de su moño. «Gracias por venir, Magyyt», dijo cuando Magyyt entró en la habitación.

“¿Estás preocupada, Beatriz?”

Beatriz asintió. “Sí. ¿Sabías que fui con Sorben cuando recogió a algunos de los prisioneros esta mañana?”

“No, no lo sabía. Solo sabía que Sorben y Tyln estaban haciendo ese trabajo.”

“Quería estar ahí para Susan y Tina”. Los ojos de Beatrice se llenaron de lágrimas. “Susan es...” Beatrice tragó saliva y

respiró hondo. “Ya no es ella misma. Apenas habla, dice que quiere que la dejen sola. Me siento tan impotente. Ni siquiera sabemos todo lo que le hicieron, Magyyt”.

“¿Y Tina?”

“Tina está mucho mejor. Aunque está enfadada y asustada, habla, llora, nos *ve.* Susan, en cambio, no nos ve a ninguna de nosotras”. Beatrice contuvo un sollozo.

“Debemos trabajar para evitar que esto vuelva a suceder, Beatrice. Podemos lograr que paren.”

—¡No lo puedo creer! —exclamó Beatrice—. ¡Todo es un desastre! ¡Miren el caos que armamos las mujeres estadounidenses con el video! ¡Ni siquiera pudimos ver lo que teníamos delante de nuestros ojos!

“Tenías a Susan y a los demás en mente.”

Beatriz negó con la cabeza. —Eso no es excusa. Los demás tienen razón cuando dicen que fuimos arrogantes.

“¿Sabes que este tipo de respuesta no es productiva, Beatrice?”

“Sí. Pero es difícil detener los sentimientos de culpa una vez que se han despertado”. “Porque es más fácil ceder a los sentimientos de culpa que afrontar el problema real”, dijo Magyyt con sequedad.

“Peor que nuestros propios defectos y cegueras es toda esta charla sobre el Ejecutivo utilizando la violación selectiva para convertir a las mujeres en chivos expiatorios. Ese es el tipo de cosas contra las que no podemos luchar, especialmente ahora que les hemos dado el poder del vídeo. ¿Hay alguna manera de detenerlos, Magyyt?”

—Por supuesto que sí —dijo Magyyt con cansancio—. ¿Qué tan ingeniosa y decidida eres? ¿O ya estás derrotada? Me das a entender que ya no te queda resistencia, Beatriz.

—Son tan poderosos, incluso ahora —susurró Beatriz—. Tienen milenios de historias y tradiciones a sus espaldas que refuerzan su poder físico. La gente siempre está dispuesta a creer que las mujeres tienen la culpa de los problemas del mundo.

¿Por qué estás de luto, Beatriz? Susan no ha muerto. No nos hemos rendido ante ellos. Todavía se ven obligados a venir a negociar contigo. ¿Acaso pensabas que te lo iban a dar todo en bandeja de plata, para que lo aceptaras con una reverencia y un amable «¡Gracias, buena señora! »?

Beatrice caminaba de un lado a otro sin responder. Después de unos minutos, se sentó en la cama y miró a Magyyt. «Crees que estoy siendo infantil», dijo.

“Creo que estás sufriendo una depresión tras el fracaso de tu celebración de victoria prematura. Estas cosas no se resuelven en una semana. ¿Qué tan fuerte eres?”

"No sé."

«Eres tan fuerte como todos nosotros juntos», dijo Magyyt. «Todo ser humano está experimentando este primer impacto de reconocimiento: el reconocimiento de que pasará mucho, mucho tiempo, habrá muchos riesgos y mucho sufrimiento antes de que exista algo así como la victoria. E incluso entonces, puede que ni siquiera reconozcas la "victoria". Estamos hablando de un proceso gradual, no de un estado distinto y discreto. Un proceso ha comenzado, Beatrice. Y tú eres parte de él. Eso es todo lo que te dará fuerzas para seguir adelante». Magyyt guardó silencio. El Ser estaba predicando.

—Ya basta —dijo finalmente Beatriz.

“Tiene que ser así”, advirtió Magyyt.

Capítulo quince

[i]

Edgewick le entregó el transmisor a Kay, y ella introdujo el código correcto para avisar al Marq´ssan de que la recogiera del tejado. Un alivio salvaje y delirante la invadió; se sintió eufórica ante la perspectiva de escapar.

—Y ahora —dijo Sedgewick—, es hora de que conozcan al nuevo miembro más reciente de su equipo. Hizo sonar la campanilla de su escritorio. Medio minuto después, Weatherall hizo pasar a una ejecutiva muy maquillada, casi tan alta como ella. —Zeldin, esta es Baldwin —dijo Sedgewick—. Baldwin, te presento al Dr. Zeldin.

Baldwin avanzó con paso firme y extendió la mano. Al estrechársela, Kay sintió repulsión por su flacidez. «He

estado leyendo sus informes con gran interés», dijo Baldwin. Su voz tenía un timbre peculiar, a la vez áspero y ronco.

—Estoy segura de que usted tiene sus propias ideas sobre cómo negociar —dijo Kay con sequedad.

Los ojos de Baldwin se entrecerraron.

“No obstante”, dijo Sedgewick desde la banda, “si bien hay margen para variaciones en el estilo individual, Zeldin tendrá poder de veto en caso de conflicto”.

Sedgewick solo podía hacer hincapié en la cadena de mando.

Durante casi una hora, Sedgewick dirigió una discusión sobre cuestiones de negociación. Kay no dejaba de preguntarse si la misión de Baldwin era asesinar a Leleynl o espiarla.

Cuando Baldwin se hubo marchado, Sedgewick relajó su postura de forma bastante ostentosa. «Bueno, Zeldin, ¿qué te parece ella?»

Kay se sirvió otra taza de café. «Sin duda es diferente de Grausch o Fenton. Parece más acostumbrada a conseguir éxitos que a negociar».

“¿Es una broma, Zeldin?”

“Creía que estaba diciendo algo obvio. Quizás me estoy guiando por lo que percibo como la última tendencia en estrategia ejecutiva.”

“¿A qué te refieres?”

Kay tamborileó con la uña en el asa de su taza. «Piénsalo: estás sacando adelante un programa limitado de pan y circo. Tienes tu campaña de chivos expiatorios en marcha. Parece que se están organizando proyectos de trabajo y entretenimientos públicos para aquellos que se considera que se portan bien. Me parece que la estrategia del Ejecutivo se ha convertido en intentar normalizar la crisis lo máximo posible». Kay tomó un sorbo de café. «Con el intercambio de vídeos puedes potenciar la imagen de gente yendo a trabajar para que las cosas vuelvan a la normalidad, puedes presionar con una retórica de austeridad: Estados Unidos libre, aunque desprovisto de todos los lujos de la tecnología moderna. En resumen, has establecido tu estrategia de guerra. Tengo la sensación de que no te interesa negociar mucho más. Y, sin embargo, tienes que preocuparte de que se repita su truco de Downsanto si no sigues los pasos». Kay levantó la vista de su taza de café para mirarle a la cara. “Si matas a Leleynl, ¿no crees que se resarcirán con mucha sed de venganza?”

“¿Crees que por eso enviamos a Baldwin? ¿Para matar a su líder?”

“Esa es mi suposición.”

“Sin confirmar, Zeldin.”

“¿Y qué hay de la estrategia de normalización? ¿Esa suposición también quedará sin confirmar?”

Sedgewick se levantó de su silla al frente de la mesa. «Es un experimento, solo un experimento. El *costo* de esta situación es... astronómico, incalculable. Todos nos empobrecemos a cada minuto. Todo está paralizado; el toque de queda pronto se volverá incontrolable y la Guardia se agotará. Aunque la emoción... bueno, eso debería ayudar. Pero el Ejecutivo ciertamente no tiene intención de ser rehén de anarcofeministas indefinidamente».

Kay escuchó a Sedgewick moverse a sus espaldas. Estar de espaldas a él la incomodaba. Aunque no le gustaba mirarlo directamente, siempre se sentía más tranquila cuando podía verlo de reojo, percibir dónde estaba, qué comunicaba su lenguaje corporal y hacia dónde, si es que había alguna, se dirigía la huida. Se imaginaba a sí misma como alguien jugando a la gallinita ciega, cuya venda, tras una caída, se había rasgado ligeramente, permitiéndole vislumbrar lo suficiente como para darse cuenta de que el juego implicaba armas letales con consecuencias posiblemente fatales.

“Estás muy callada, Zeldin. ¿Cómo están tus heridas hoy?”

Ya se lo había preguntado una vez, antes de aceptar que se enviara la señal. —Me estoy recuperando, Sedgewick —dijo ella de nuevo.

Se acercó a la mesa y, colocándose a su derecha, cogió una botella de agua, rompió el precinto, desenroscó el tapón y vertió el agua en un vaso limpio. Aquello le recordó a Kay otra ocasión, con una sensación de *déjà vu* que tiñó el recuerdo. ¿Cuándo? No, no con Hoffman. Aunque el Ejecutivo que controlaba el interrogatorio *había* hecho eso con Hoffman... Su memoria era una caja de Pandora, de la que se habían desatado imágenes terribles y peligrosas... Apartó la mirada. ¿Cómo podía estar tan furiosa, tan llena de odio? ¿Por qué querría arrebatarle el vaso de las manos, por qué anhelaba volver a aquel terrible momento en que le había clavado el trozo de botella de vino en la carne, para tener la oportunidad de asegurar un resultado diferente?

Sedgewick apartó la silla a su derecha y se sentó en el borde de la mesa, dejando la tela de sus pantalones a escasos centímetros de su taza de café. «Lo que quiero saber, Zeldin, es hasta qué punto estás dispuesta a utilizar la información de los archivos que te abrí el otro día».

Kay apartó la silla de la mesa y lo miró fijamente. "¿Utilizarlos?"

“Para presionarlas. En mi opinión, sería beneficioso que les transmitieras hasta dónde estamos dispuestos a llegar. Si

bien obviamente no deberías decirles directamente que existe tal estrategia, harías bien en insinuarlo sutilmente. Sean feministas o no, todas con las que estás tratando son mujeres. Por lo tanto, si se tienen en cuenta las reacciones que suelen tener las mujeres ante cualquier tema relacionado con la violación, se debería poder sacar algún tipo de ventaja de ello.

—¿Crees *que* puedo chantajearlas? —preguntó Kay, con un tono escéptico. Él estaba peligrosamente deseoso de descubrir qué podría motivar a los terroristas.

"Es una posibilidad, dependiendo de tu habilidad. Lo que tenía en mente era algo más sutil que el chantaje directo de 'haz esto o continuaremos o intensificaremos aquello'. Podrías generar cierta empatía con ellas, insinuar tu angustia al darte cuenta de lo terribles que podrían llegar a ser las cosas, ya que sabes de lo que somos capaces". Sedgewick bebió el agua de su vaso.

Kay soltó una risita. "Se darían cuenta enseguida. No son tontas, Sedgewick."

"¿Oh no? Entonces, ¿por qué nos dieron el video para compartir?"

"Ya te lo dije, fue una casualidad que aproveché. No es representativo de sus capacidades generales."

“Son mujeres, Zeldin. Y eso es algo a lo que hasta ahora no le hemos prestado suficiente atención.”

Por supuesto, ahora que había recuperado la memoria, Kay podía comprender perfectamente la perspectiva de los ejecutivos sobre las mujeres y sus motivos. Todo se había revelado cuando él le contó por primera vez lo que se iba a hacer a sí mismo y cómo eso no podía hacerse a las mujeres con ningún efecto... Eso era, por supuesto, a lo que se refería. Solo que ella no debía saberlo, ya que sin memoria no tendría forma de entenderlo. Así que ahora, con cierta vacilación, preguntó: "¿Te refieres a su sensibilidad hacia la violación? ¿O a esa noción general de inestabilidad que atribuyes a las mujeres?".

Kay pensó que había apartado la silla lo suficiente como para estar fuera de su alcance. Pero Sedgewick se inclinó ligeramente hacia adelante, le apartó las manos del regazo, donde se retorcían entre los pliegues de la túnica, y le sujetó suavemente ambas muñecas con la derecha. «Lo dices como si dudaras de que haya alguna diferencia, Zeldin. Sin duda, tú mismo, excepcional como eres, ofreces un ejemplo suficiente de inestabilidad como para que sea algo más que una simple atribución».

Aunque estaba furiosa, le temblaban las rodillas y la voz se le atascó en la garganta. Dos imágenes luchaban en su mente por imponerse: el interrogatorio de Hoffman, que alimentaba su miedo, y el recuerdo furioso de su ataque a

Sedgewick, una imagen que la atormentaba casi constantemente. Sabía lo que estaba haciendo, pero eso no facilitaba las cosas. «Es una lástima que no podamos simplemente dejarte a cargo», susurró Kay con amargura.

Para su desconcierto, él le soltó las muñecas y se bajó de la mesa. «No deberías tomarte estas cosas tan a pecho», dijo desde algún lugar detrás de ella. «Es una especie de deshonestidad tomar como un insulto lo que es cierto».

Él estaba siendo deshonesto al no admitir que había hecho ese comentario por enfado ante su pregunta.

«...y, además de tus reacciones exageradas, no puedo sino lamentar tu incapacidad para controlar tus arrebatos de hostilidad hacia mí. Tales vacilaciones en nuestra relación laboral solo pueden perjudicar el funcionamiento de la empresa.»

Un silencio sepulcral reinaba en la habitación. Ella no se disculparía —si eso era lo que él esperaba—, pero tampoco intentaría discutir. «Veré qué puedo hacer con lo que tenemos», dijo finalmente, esperando que él lo dejara pasar. «Simplemente no esperes milagros».

“Oh, sí. Siempre estás llena de sorpresas, Zeldin.”

¿Le sorprendería su deserción? Era una pregunta cuya respuesta esperaba no tener que descubrir jamás.

[ii]

Un cañón de agua rodeado de bengalas y antorchas químicas ocupaba la intersección de Queen Anne Avenue North y Mercer Street. Martha retrocedió hasta un portal sombrío para calcular la mejor ruta alternativa. No quería pasar a menos de diez metros de aquella cosa brillantemente iluminada. Sin duda, la Guardia Nacional andaba cerca: no dejarían que ese monstruo se quedara allí sin vigilancia... ¿o sí? Decidió regresar por Mercer hasta First Avenue North y luego ir hacia el sur una cuadra. Probablemente First Avenue North estaría muy vigilada, pero prefería correr ese riesgo a dar un rodeo aún mayor para evitarla.

Odiaba tener que pasar tan cerca de la oficina del FBI, pero considerando que planeaba entrar directamente al cuartel general de la ODS, le parecía absurdo preocuparse. Lenta y cuidadosamente, Martha dio la vuelta.

Mientras corría por Queen Anne, casi se le para el corazón al ver a un grupo de guardias merodeando alrededor del cañón de agua. «Deben ser una docena», pensó mientras se apoyaba contra la pared del primer edificio que encontró. ¿La habrían visto? Pero vestía de negro y llevaba una

máscara negra. No había luces en la intersección, y la luna —lo que quedaba de ella— no se asomaba entre las nubes. Para verla, tendrían que haberla estado buscando.

Al llegar a Second West, Martha se detuvo y miró calle arriba, luego se acercó sigilosamente a la manzana del lado opuesto del edificio ODS y pasó junto al infame edificio. Un alto seto de laurel se extendía alrededor del perímetro del patio del complejo de apartamentos. Este, decidió, *tenía* que ser el lugar de la cita. Preparándose para un contacto repentino, Martha se deslizó hacia el patio y avanzó lentamente a lo largo del seto. Una mano la agarró del brazo; reprimiendo el gemido que le subió a la garganta, tocó la mano.

“¿Martha?”

“Sí. ¿Quién es?”

"Ginebra."

“¿Ya llegaron las demás?”

“No lo sé. No he llegado más allá de aquí. Pensé en agacharme aquí y esperar.”

Ginebra parecía aterrorizada. Martha también tenía miedo, pero la verdad es que esta tarea le resultaba mucho menos aterradora que denunciar cuando la Guardia se llevó a sus vecinos. La oscuridad le daba seguridad. No llamaban

la atención en este tipo de resistencia. —¿Por qué no esperas aquí? —susurró Martha—. Voy a ver si han llegado las demás.

Con la esperanza de que las hojas en el césped estuvieran lo suficientemente empapadas y embarradas como para no crujir, Martha se alejó sigilosamente antes de que Ginebra pudiera responder. Quince pies más adelante, junto al seto, Martha chocó con otro cuerpo. —Soy Martha —dijo rápidamente.

“Louise. Empezaba a preguntarme si iba a venir alguien más.”

“Ginebra está afuera. ¿Sabes si Sorben está aquí?”

“No he visto a nadie.”

—Vayamos a esperar con Ginebra, entonces. Sorben nos encontrará. La Marq´ssan siempre parecía aparecer y desaparecer sin previo aviso. Martha no sabía si se trataba de una casualidad o de algo más. Pero en las ocasiones en que la habían recogido en Royer Park, el Marq´ssan la había encontrado antes de verla.

Cuando se reunieron con Ginebra, Sorben apareció junto a ellas. O más bien, su voz lo hizo. Martha apenas pudo distinguir el cuerpo que debía ser el de Sorben. «Preferiría que dejaras tu arma aquí, Louise», dijo Sorben después de que Martha la presentara a Ginebra y a Louise.

Louise contuvo el aliento. "¿Por qué crees que llevo un arma?"

—Sé que la llevas —dijo Sorben.

“Nos estamos metiendo en la boca del lobo”, dijo Louise. “Esa gente es tan peligrosa como cualquiera que puedas encontrar. No pienso dejarme atrapar por ellos”.

Martha sentía un nudo en el estómago. ¿Por qué Louise tenía que hablar así? Ya era bastante difícil lidiar con esto sin pensar en las terribles consecuencias de ser descubierta.

“No la necesitas. Déjala aquí debajo de un arbusto y vuelve a buscarla después.”

—¿No oíste lo que dije? —preguntó Louise.

A Martha se le hizo un nudo en la garganta. Si los atrapaban... si la atrapaban a ella, Martha... Mierda. ¿Qué demonios hacía ella *allí?*

«...y les digo que no la necesitan», decía Sorben. «Me comprometo especialmente con su seguridad. Si algo sucediera y alguna de ustedes fuera secuestrada, me aseguraré de que sea liberada de inmediato».

“Las negociaciones podrían durar días”, dijo Louise.

“No me refiero a eso. Te prometo que te rescataría de ellos yo mismo. Aunque eso significara quitarles la vida.”

—¿Eso es lo que tanto te preocupa? ¿*Sus* vidas? —chilló Louise, dejando de lado su susurro.

—Shhh —siseó Martha.

“Esa es solo una consideración entre muchas, Louise. Valoro la vida humana y no estoy capacitada para hacer las distinciones que tanto te interesan. Pero te prometo que me comprometo a garantizar tu libertad si algo sale mal. Debes aceptar mi promesa, Louise.”

“¡Como si pudieras hacer algo! ¿Quién te crees que eres, Superwoman?”

“Puedo hacer muchas cosas”, dijo Sorben.

Hubo un largo silencio.

—De acuerdo —dijo finalmente Louise—. La dejo aquí. Pero… —Gracias —dijo Sorben—. Ahora, ¿quién conoce el plano?

—Sí —dijo Ginebra—. Solo tengo una idea aproximada. Pero es la siguiente: en los sótanos hay celdas, salas de interrogatorio y almacenes; no sabemos qué guardan allí, pero podemos intuirlo. Probablemente armas. O tal vez solo clips para papel. Los dos primeros pisos son administrativos:

archivos, personal de oficina y oficiales de menor rango. El tercer piso alberga a los investigadores que realizan análisis estadísticos, estudios psicológicos y cosas por el estilo. En los dos pisos superiores deben estar las oficinas de los peces gordos.

—¿No estás segura? —preguntó Sorben.

“No. Mi amiga no llegó hasta allí. Y se enteró de los otros pisos porque hay un directorio en el primer piso, donde tuvo que presentarse varias veces ante la persona encargada de su libertad condicional.”

Martha se estremeció. Lo miraras por donde lo miraras, irrumpir en una oficina de ODS era espeluznante.

—De acuerdo —dijo Sorben—. Entonces vamos a subir a los pisos superiores. ¿Sabes dónde están las escaleras?

“Conozco dos conjuntos. Uno está junto a los ascensores en el hueco central del edificio, el otro en el lado oeste, separado del edificio propiamente dicho por gruesas puertas cortafuegos. Probablemente estén cerrados con llave.”

“A Marq'ssan no le importan las cerraduras”, dijo Sorben. “La cuestión es qué escalera tiene más probabilidades de tener guardias”.

“Probablemente la escalera central”, dijo Ginebra. “Si las escaleras laterales permanecen cerradas con llave...”

“Vamos a necesitar luces. He traído una para cada una de nosotras.”

—Y traje una pequeña linterna con vela —dijo Louise—. Y cerillas.

“No lo necesitarás”, dijo Sorben. “Las luces que he fabricado... quiero decir, las luces que he traído son altamente controlables, tanto en intensidad como en alcance”.

Le presionaron un tubo de plástico en la palma de la mano a Martha.

—No la manejes aquí afuera —dijo Sorben—. No queremos arriesgarnos a que nos descubran. Sin embargo, cuando lleguemos a un lugar seguro en el edificio, puedes experimentar. Hay dos perillas, una para la intensidad y otra para el alcance. Y un botón de encendido/apagado entre ellas... ¿Dónde están las entradas al edificio, Ginebra?

“Hay una en el lado este, una en el centro y otra en el lado oeste. Probablemente haya otras que desconozco.”

—Sugiero que nos separemos —dijo Sorben—. Iré yo primero a revisar la puerta oeste, abrirla y explorar las escaleras. Si no encuentro a nadie en la escalera, imitaré el graznido de una gaviota tres veces, y luego cada una de ustedes me esperará en la puerta. Si, por el contrario, hay guardias en las escaleras, imitaré el graznido dos veces, haré

una pausa y lo repetiré dos veces más. En ese caso, regresaremos aquí y elaboraremos un nuevo plan. ¿Están todas de acuerdo?

—Parece que eres tú quien asume todos los riesgos, Sorben —susurró Ginebra.

—Puedo asumir riesgos —respondió Sorben—. ¿Alguien quiere sugerir un plan diferente o alguna modificación a este?

—Seguiré tu sugerencia —dijo Louise.

—Yo también —dijo Martha.

Cinco minutos después, Martha salió sigilosamente del patio y caminó por la calle. Encontró un montón de arbustos detrás del estacionamiento de ODS, se agachó y esperó, intentando oír el graznido de una gaviota, y esperando que ninguna gaviota real emitiera accidentalmente ninguna de las dos señales. Tras lo que pareció una eternidad, Martha oyó tres graznidos de gaviota. Su corazón se aceleró y una oleada de debilidad la invadió. «Ya está, Martha», se dijo. «Hazlo, no lo pienses, solo hazlo».

Rodeó el edificio por la parte trasera, con los ojos y los oídos atentos a cualquier señal de guardias haciendo rondas, y se acercó lentamente al lado oeste. Deslizó las manos por el hormigón rugoso de la fachada para tantear la puerta. Cuando la encontró, el pomo giró con facilidad, pero el

miedo la había debilitado tanto que apenas pudo abrir la pesada masa de acero. Sujetó la puerta con las manos al entrar y luego la cerró lentamente. Martha sospechaba que podría haberla dejado cerrar de golpe, tan aturdida y débil se sentía. Tenía las piernas temblorosas y los sentidos agudizados. La descarga de adrenalina era extraña, yuxtapuesta a la debilidad provocada por el miedo.

Una vez reunidos en la escalera, Sorben sugirió que se tomaran de las manos para no chocar mientras subían a tientas. Las manos que Martha apretó, aunque sudorosas, eran fuertes y reconfortantes. Martha sintió que recuperaba la fuerza en brazos y piernas; confió en que lo lograrían sin ser descubiertos.

Cuando casi habían llegado al rellano del tercer piso, una puerta sobre ellos se abrió y un guardia con una linterna a pilas salió a las escaleras. Martha se quedó paralizada y sintió unas manos que la presionaban contra la pared. La luz bajó las escaleras hacia ellos. Las cuatro se pegaron a la pared, cada una en su propio escalón, aún tomadas de la mano. Martha rompió a sudar frío. Seguramente el guardia les dispararía al verlos. Bajaba, ahora lo suficientemente cerca como para que ella viera que no era un guardia con un rifle, sino un marine con una Uzi[3] colgada de una correa al hombro. Se acercó al rellano del tercer piso, y Martha le rogó

3 El Uzi es un subfusil accionado mediante retroceso de masas, que dispara a cerrojo abierto. [N. T.]

en silencio que abriera la puerta y saliera de la escalera. Pero él siguió bajando. Cuando la luz de su linterna los iluminó, apenas pudo contener un grito. Se aferró con fuerza a las manos que le retorcían las suyas con una fuerza descomunal y, literalmente, dejó de respirar.

El marine siguió descendiendo. Parecía no verlas, aunque su linterna debió iluminarlos claramente al pasar a escasos centímetros de ellas. Martha contuvo la respiración. Permanecieron inmóviles, pegadas a la pared, hasta que la luz que la linterna proyectaba sobre las paredes de la escalera se desvaneció y una pesada puerta de acero se cerró de golpe cuatro pisos más abajo.

Martha lloró. «No lo entiendo», susurró. «Sorben nos está volviendo invisibles», pensó, y un escalofrío la recorrió.

Como las demás, al igual que ella, no dijeron nada, Martha no sabía qué creían que acababa de suceder.

Sorben les instó a seguir subiendo las escaleras. Martha quería soltar sus manos doloridas del agarre de Louise y Ginebra, pero por alguna razón que no comprendía, todas siguieron tomadas de la mano mientras subían el resto del camino hasta el quinto piso.

En el rellano del quinto piso se detuvieron. Martha creyó que Sorben se acercó sigilosamente a la puerta de acero y escuchó, aunque estaba tan oscuro que no pudo estar

segura de si eso era lo que oía. —De acuerdo —susurró Sorben—, está despejado. No hay nadie en el quinto piso.

A Martha se le erizó la piel. No cabía duda: Sorben poseía poderes especiales. Se preguntó si Louise y Ginebra también se habrían dado cuenta.

Salieron de la escalera y la Marq'ssan cerró la puerta suavemente sin hacer ruido. «Voy a encender mi linterna para que todos podamos ver», les dijo. «No enciendan las suyas todavía». Un haz de luz brillante y delgado apareció en el suelo; no iluminaba más allá de un círculo de cinco centímetros sobre la alfombra azul. «Sigan el haz de luz», dijo Sorben. Sorben debía de poder ver en la oscuridad, pensó Martha, pues la Marq'ssan los guiaba con seguridad, sin dudarlo, por el pasillo que Martha supuso que recorría todo el edificio.

Cuando llegaron a una bifurcación, giraron a la izquierda, que era el norte, pensó Martha. De repente, Sorben los detuvo. "Esta puerta está marcada con el letrero «Supervisor de Territorio». Esta debe ser la oficina que buscamos. El haz de luz desapareció y Martha oyó un ruido metálico indefinible, seguido del sonido de la puerta abriéndose. «Aquí dentro», dijo Sorben, y el haz reapareció en el suelo.

Siguieron el haz de luz hasta que otra puerta los detuvo. Martha volvió a oír la misma secuencia de sonidos, y entonces Sorben les susurró que entraran. Segundos

después, se encontraban juntas en el despacho del director de la ODS de Seattle. «Ahora viene lo difícil», dijo Sorben. «Tenemos que buscar memorandos y otros documentos que nos den la información que necesitamos. Esperen un momento». Martha escuchó el roce y el susurro de las cortinas al correrse. «De acuerdo», dijo Sorben. «Ya pueden encender las luces».

Louise se sentó detrás del escritorio. —Voy a revisar los cajones —dijo.

Sorben se dirigió a los armarios que estaban junto a la pared. "Voy a abrirlos y luego una de ustedes me puede ayudar a revisarlos".

Como Ginebra dijo que probaría los archivadores, Martha trabajó con Sorben.

Una hora después, admitieron la derrota. No solo no había documentos que acreditaran órdenes de violación, sino que tampoco parecía haber ningún papel importante en la oficina. El archivador estaba repleto de folletos y catálogos brillantes que anunciaban una gran variedad de cosas, desde diseño de interiores hasta organizaciones benéficas locales, pasando por compañías de teatro de Seattle y restaurantes. En los armarios había trofeos de golf y tenis, y cafeteras. Y en el escritorio no había ni un solo clip.

—¿Soy la única que tiene la sensación de que esta no es la sede local de ODS? —preguntó Louise.

—¿Pero dónde está si no es aquí? —se preguntó Martha.

—Esto debe ser una especie de fachada —dijo Sorben lentamente—. Pero ¿qué hay de los otros pisos? ¿Crees que son auténticos?

“Sé que lo son”, dijo Ginebra. “A mi amiga la retuvieron e interrogaron en el sótano. Y los montones de archivos, tanto en papel como en formato digital, en la primera planta también son reales; así es como nos controlan a todos”.

Sorben suspiró. —De acuerdo. Supongo que no hay nada que hacer aquí. Sugiero que nos separemos. Las acompañaré escaleras abajo y luego cada una seguirá su camino. ¿De acuerdo?

Apagaron las luces y lentamente desanduvieron el camino. Martha estaba tan decepcionada que le daban ganas de llorar. Todo ese riesgo, ¿y para qué?

[iii]

Sedgewick arrastró a Kay de la mesa al sofá. Desdichada, exhausta, con un dolor de cabeza insoportable, Kay anhelaba tumbarse tranquilamente en la oscuridad, a solas. Pero ahora debía soportar la transmisión nocturna de dos horas del Ejecutivo. «Es sumamente importante que la veas», había dicho Sedgewick antes. «Te ayudará a comprender cómo coordinar tu propia estrategia con la estrategia maestra del Ejecutivo y te dará algunas pistas sobre el tipo de influencia que necesitamos sobre ellas, como te comenté anteriormente».

Obedientemente, Kay se sentó en el sofá con Sedgewick y esperó a las nueve, prestando solo media atención a los últimos fragmentos del reportaje de las mujeres libres. Pero su atención se agudizó cuando Sedgewick se inclinó hacia adelante con repentina intensidad. "¿Quién sabe qué está pasando realmente en las Repúblicas Unidas del Islam?", decía una de las dos mujeres en la pantalla. "El Islam se ha negado desde el principio incluso a reconocer las demandas del Marq'ssan, con la consecuencia de que, desde que expiró su plazo, el Marq'ssan ha estado destruyendo sus instalaciones militares y fábricas de armas. Quizás sea esta continua destrucción de armas en el Islam la que está dando origen a la agitación política que actualmente tiene lugar en Teherán".

“Gracias por tus especulaciones y análisis, Danielle Dugas. Se nos ha acabado el tiempo...”

«Habrá que vigilar de cerca a Rusia en relación con los acontecimientos en Oriente Medio», dijo Sedgewick. «Al menos una cosa que dijo esa mujer es cierta: ahora es casi imposible saber qué ocurre en el Islam. Pero si sus defensas se están debilitando sistemáticamente...»

La transmisión pasó a ser bidimensional, y apareció Grant Wakely, la estrella del equipo de presentadores de noticias por cable más popular. «Buenas noches», dijo. «Esta noche repasaremos las principales noticias del día y luego analizaremos en profundidad uno de los problemas más graves que han surgido desde la imposición de la Manta: el aumento de los asesinatos de hombres a manos de mujeres. Ahora, primero, los titulares de hoy…»

El reportaje, sobre los asesinatos de la Guardia Nacional en Madison, se centró en varios casos aislados ocurridos la semana anterior de mujeres que habían matado a sus maridos, quienes, según intuía Kay, probablemente las maltrataban. Rápidamente comprendió el punto: el Ejecutivo había buscado estos casos rutinarios y había optado por darles publicidad para sus propios fines. Sintió un escalofrío y desvió la mirada para ver si Sedgewick la observaba; él sonrió.

—¿Y bien? —preguntó Sedgewick cuando finalmente dieron las once.

¿No crees que es arriesgado difundir este tipo de cosas? ¿No te preocupa incitar al asesinato, tanto por parte de hombres como de mujeres, contra sus parejas sexuales?

“¿Crees que eso provocará que las mujeres ataquen a los hombres, Zeldin?”

—¿Cómo voy a saberlo? Yo… —Kay se interrumpió, de repente confundida. *Había* atacado a Sedgewick una vez. Supuestamente no lo recordaba. ¿Qué debía o no debía decir? —No creo que la mayoría de las mujeres ataquen así con facilidad —dijo con más calma—. No creo que sean propensas a imitar a otras. Solo la desesperación más absoluta llevaría a la mujer promedio de nuestra sociedad a matar.

La mirada de Sedgewick era tan intensa que Kay se dejó llevar por el absurdo temor de que él pudiera leerle la mente. —Oh, pero yo tengo una teoría diferente —dijo con tono pausado—. Francamente, me fascina lo que motiva a las mujeres a matar. Según mi teoría, el acto de matar cometido por una mujer es invariablemente... pero permítanme exceptuar específicamente a las asesinas entrenadas, aunque las mujeres entrenadas como asesinas son muy raras. Pero el acto en sí implica una histeria extrema. De lo contrario, sin importar la provocación, la

mujer se contiene, siempre absteniéndose del acto final. Creo que es biológico. Pero la histeria... ese es el ingrediente incalculable. Cuando está suficientemente histérica, cualquier mujer puede matar. Es un fenómeno muy diferente al de los hombres que matan. Así que la única manera en que este programa podría provocar que las mujeres maten sería contribuyendo a una histeria preexistente en ellas. En ese caso, cualquier efecto provocador de este programa saldría a la luz esta noche, pero no mañana, ni pasado mañana, ni en ningún momento futuro. Sedgewick hizo una pausa, pues Weatherall estaba a su lado, esperando su atención. "¿Sí, Weatherall?"

“A menos que haya algo más que pueda hacer por usted esta noche, señor Sedgewick, me marcho.”

Sentada a solas con Sedgewick, hablando de algo muy personal y aterrador para ambos, Kay tuvo la extraña sensación de que le habían arrebatado una influencia estabilizadora. Estaba demasiado cansada, le dolía demasiado la cabeza, para seguir adelante. ¿Por qué no la dejaba ir ahora también? Pero él disfrutaba de la conversación. Obviamente le estaba contando algo sobre su punto de vista de lo que había sucedido en Calais hacía tantos años. Ella aún no lo comprendía del todo.

—Pero los hombres —dijo Kay con cansancio—. Los hombres que ya son abusivos se volverán más violentos de lo habitual, y podrían arrastrar esto consigo durante días,

incluso semanas, y alimentarse de esta histeria que estás fomentando contra las mujeres, una histeria de hombres contra mujeres.

Sedgewick se levantó, fue al armario oculto en la pared del fondo y trajo una botella y unas copas al sofá. Era coñac. Lo sirvió y le ofreció una copa. —No debería —dijo Kay—. Ya casi me duermo.

—Te dejarán entrar en un rato —dijo Sedgewick con indiferencia—. Es curioso que insinúes una histeria contra las mujeres. Normalmente no se le aplica la palabra «histérica» a los hombres.

«Sin embargo, los hombres entran en frenesí asesino con mucha más frecuencia que las mujeres», dijo Kay. «¿Cuándo has oído hablar de una mujer que vaya a un lugar público y mate a todo el que vea? Sin embargo, con los hombres sucede en este país al menos una vez al mes. Si eso no es histérico, fuera de control, no sé qué lo es». Mientras bebía coñac, se preguntó si empeoraría su dolor de cabeza. «Sospecho que las frustraciones de la Manta y el toque de queda —los hombres obligados a quedarse en casa todo el día y toda la noche, sin nada que hacer, tan indefensos como cualquier otro— ya pueden haber provocado una escalada de violencia contra las mujeres. Lo que ha hecho este programa...» Pero Kay no pudo continuar porque las lágrimas le ahogaban la garganta. Lo que el Ejecutivo estaba

haciendo —lo que Sedgewick había ayudado a planear— la horrorizaba. Cuanto más lo veía, más horrible le parecía.

«Qué excesivamente emocional te pones con esto, Zeldin. ¿Qué clase de representante del Ejecutivo crees que puedes ser si te dejas llevar tan fácilmente por estas emociones?» Su voz se volvió irritante. «¿Qué crees que te dirán tus oponentes? ¿Estás preparada para ello?»

No, no estaba preparada. Pero al menos tenía que llegar allí, alejarse de DC, fuera del alcance de Sedgewick. Necesitaba convencerlo de que podía manejar esto como él quería. Aún podía detenerla y lo haría si la consideraba poco confiable en este punto. —Mi opinión personal —dijo Kay, esforzándose por mantener la voz firme— es que esta operación psicológica es una abominación. Pero no dejaré que mi opinión personal interfiera, Sedgewick. No hablo por mí misma cuando negocio, sino por el Ejecutivo. ¿Dudas de mi lealtad? Debería, pensó Kay. Dado Calais, nunca debió haber confiado en mí. Por eso es un tonto.

“Tenemos una excelente excusa para que aún no regreses”, dijo Sedgewick. “Tu médico se opone a que vayas, ¿sabes? No le gusta la idea de que alguien con una conmoción cerebral ande por ahí sin supervisión médica. Baldwin podría manejar esto; incluso podría ser mejor si lo hiciera. A diferencia de ti, ella es indiscutiblemente fuerte. Y más adelante, tal vez se alegren de tenerte de vuelta, ya que te han asociado con la debilidad”.

A Kay se le encogió el corazón. Parecía que lo estaba considerando seriamente. Después de un minuto, ella dijo: "¿Hablas en serio sobre Baldwin?". "Baldwin es irrelevante. Solo me pregunto sobre *ti.* Tus etiquetas emocionales... 'cretina', dijiste el otro día, y ahora 'una abominación'... Este es precisamente el problema que esperábamos, al tener que lidiar con mujeres".

Podía decir eso a pesar de todo lo que había logrado para estos desgraciados. Nada de lo que hiciera sería suficiente para ellos. Kay dejó caer la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá. Si no fuera por la manta, pensó, este sofá se adaptaría a su cuerpo cada vez que se moviera, en lugar de estar rígido bajo ella.

Sedgewick suspiró. —Muy bien, Zeldin, ve a decirle a Anderson que te organice el transporte.

Kay se puso de pie con dificultad. Tan cerca de su escape, pero a la vez tan lejos. Él aún no le había dicho si seguiría adelante o no. Quizás intuía lo mucho que le importaba y solo estaba jugando con ella.

[iv]

¿Qué has hecho?, le preguntó Sbina a Sorben.

—Exactamente lo que dije —respondió Sorben—. Desmantelé todos los registros y varios almacenes de armas.

Sbina miró a Magyyt y a Tyln por turnos. “¡No puedo creer que esto esté pasando!”. Esta última se volvió hacia Sorben. “¿Cómo pudiste hacerlo? Sabes que este tipo de indisciplina...”.

“Sé lo que acordamos, pero en este caso simplemente no podía salir de allí sin hacer *nada.* ¡Si hubieras visto el tipo de cosas que vi en su supuesto departamento de 'investigación'!”

«Ese no es el punto, Sorben», dijo Magyyt. «Vamos a tener problemas por esto; lo van a alegar como un acto de guerra injustificado. Según ellos, están cooperando con nosotros. ¿Qué razón podemos dar para explicar por qué hicimos esto?»

—¡Magyyt, tú también te equivocas! —dijo Sbina, alejándose de las tres—. ¡Hablas como si nuestro acuerdo entre nosotros fuera meramente incidental!

Tyln se volvió hacia Sbina. «Estamos en guerra, Sbina. En *guerra.* Sé que no te gusta la palabra, pero es la adecuada. Nadie ha muerto por las acciones de Sorben. Si él creyó que

tenía que hacerlo, me basta. No creo que tengas derecho a juzgar...»

«¡Juzgar! ¿Así lo llamas? ¿No entiendes lo peligroso que es esto para nosotros? ¡Si no pensamos bien las cosas, de antemano, nos devorarán con su locura! ¡Sorben simplemente reaccionó con hostilidad! Y la hostilidad nunca puede ser la respuesta correcta…»

—Suenas tan pomposa y moralista, Sbina —dijo Magyyt. La preocupación más importante son las consecuencias prácticas. Sabrán de inmediato que es obra del Marq'ssan, ya que en este planeta no existe un proceso natural de desestructuración. Dejemos para *después* decidir cómo vamos a afrontar las repercusiones las sutilezas de las implicaciones para nuestra civilización.

«¡Repercusiones!» ¡Qué metáfora tan obscena! No puedo creer que sean tan pervertidas como para adaptarla a Boldeni. ¡Se han corrompido las tres! Enfurecida, sin un último gesto de despedida, Sbina salió furiosa de la sala de mediación.

Durante unos cinco minutos permanecieron en silencio. Finalmente, Magyyt preguntó a la sala: "¿Creen que estamos corrompidos, o es que Sbina está molesta porque todo lo que está sucediendo es tan inquietante, especialmente para alguien que se encuentra en la primera fase de una reacción xeno?".

—Sorben dijo: «Estoy en la segunda fase. Supongo que eso "explica" mi agresividad y hostilidad».

—Bueno, yo estoy en la primera fase —dijo Tyln con firmeza—, y entiendo por qué lo hizo Sorben. Y estoy de acuerdo con Magyyt en que tenemos que analizar las consecuencias antes de hacer cualquier otra cosa.

Magyyt apoyó las palmas de las manos contra el suelo. “Y eso será difícil. ¿Cuándo crees que se enterarán?”

Sorben se encogió de hombros. "Supongo que en cuanto ese guardia pase por cualquiera de los tres primeros pisos."

“¿Y luego qué?”

“Y luego, supongo que una protesta formal de una de las negociadoras”, dijo Magyyt. “Y probablemente le dedicarán un artículo propagandístico”.

“Eso no me preocupa en absoluto”, dijo Sorben. “¿Por qué le importaría a alguien, aparte de al gobierno, la desestructuración de los archivos de la policía secreta?”

Magyyt resopló. —Llevas suficiente tiempo en este planeta como para saber que cualquier absurdo es posible, Sorben. Bueno, yo me voy a dormir. Creo que deberíamos hablar de esto cuando estemos descansadas. Y tú, Sorben, debes estar agotada.

Sorben asintió. —Tienes razón. Estoy agotada. —Se dirigió a Tyln—. No discutas con Sbina, Tyln. Tiene razón a medias, ¿sabes? Y tiene toda la razón al hacernos pagar por ello.

Tyln frunció el ceño mirando al suelo y no respondió. Y eso preocupó a Magyyt más que cualquier otra cosa que hubiera sucedido esa noche.

Capítulo dieciséis

Kay se abrochó el cinturón, se sujetó el traductor al lóbulo de la oreja y se colocó la etiqueta con su nombre en el pecho de su túnica de lino. Permaneció en silencio, con los ojos cerrados, atenta a Baldwin, que había subido justo detrás de ella. Tras varios minutos, abrió los ojos y miró su reloj. ¿Sería posible que Sedgewick hubiera intentado de nuevo introducir armas sin que el Marq´ssam las viera?

La luz amarilla parpadeó, señalando el inminente despegue. Kay sintió un gran alivio al saber que, después de todas las incertidumbres del día, por fin se marchaba de Washington D.C. —y de Sedgewick— para siempre, pero también ansiedad ante la posibilidad de que algún contratiempo con Baldwin hubiera puesto en peligro sus posibilidades de llegar a un acuerdo con el Marq´ssan.

El despegue transformó el leve dolor de cabeza en un punzante latido. Intentó ignorar el dolor, intentó conciliar el sueño. En cambio, su mente se aceleró. Esa mañana, Sedgewick le había informado sobre la destrucción de propiedad de la ODS en Seattle por parte de los Marq'ssan. «Confundieron la sede regional con la Oficina», concluyó. Durante todo el día, el Gabinete había discutido sobre la posibilidad de romper las negociaciones. Sedgewick era partidario de la ruptura, pero estaba en minoría. Todo el día, Kay se había preocupado por las garantías individuales de Felice y Weatherall de que Sedgewick siempre ganaba esas batallas.

Kay sabía que había mucho más en juego que su evasión de la tan ansiada venganza de Sedgewick. Durante casi toda la noche anterior, había repasado mentalmente las palabras de Sedgewick, sus archivos, su plan. Al Ejecutivo —o al menos a Sedgewick— no parecía importarle mucho aliviar la inmensa miseria que había generado la Manta. Parecía poco preocupado, por ejemplo, por reequipar los hospitales. Lo que más le importaba era conservar su poder y poner las cosas en marcha lo suficiente como para preservar la buena vida de los ejecutivos. Su cauto optimismo sobre la reapertura de los mercados financieros mundiales sugería que pensaba que la Manta podría resultar una bendición disfrazada para ellos. Repasar tales observaciones y análisis había encendido en Kay un odio hacia el Ejecutivo casi tan intenso como su odio hacia Sedgewick. Sedgewick, decidió,

era solo la manifestación más extrema del Ejecutivo. ¿Podría alguno de ellos estar cuerdo si, absolutamente todos, se hubieran sometido a *algo así?* Fíjense en Sedgewick: es evidente que se había vuelto cada vez más retorcido (y el último año con él ya había sido bastante infernal). Lo que ella había visto nacer había madurado, se había endurecido, había echado raíces. Y Sedgewick y los demás ejecutivos varones *creían, de hecho,* que con ello se habían elevado por encima del resto, tanto de los ejecutivos varones de menor rango como de todas las mujeres.

¿Se lo contaría al Marq´ssan? Y si lo hiciera, ¿la creerían? La *idea* era tan extraña que incluso ahora se preguntaba si Sedgewick realmente se lo había hecho o si se trataba de un recuerdo fabricado. ¿Podría tener un daño cerebral grave y haber inventado todos esos recuerdos, Calais, esas ideas tan extrañas sobre los ejecutivos varones?

Esta posibilidad la asustaba más que los recuerdos mismos. No tenía ningún punto de referencia —aparte de Sedgewick— con el que pudiera confirmar sus recuerdos. Tal vez *era* histérica e inestable. Desde el bombardeo no había podido comer; su cuerpo, sometido a un estrés extremo por las emociones, la traicionaba constantemente... Tal vez Sedgewick estaba cuerdo y *ella* estaba trastornada.

Extenuada por el dolor, extenuada por la lucha contra la pérdida de su propio sentido de la realidad, la verdad y la certeza, Kay finalmente se durmió.

[ii]

Magyyt se reunió con el bípode con el propósito específico de contactar con Kay Zeldin. Casi desde el principio, Magyyt había sentido que debían hacer un esfuerzo especial con esta delegada. Se arrepintió de haber esperado tanto. Pocos de los cientos de delegados ejercieron tanta influencia en las negociaciones como Kay. Pocos hablaron con la autoridad de sus gobiernos como lo hizo Kay. Las mujeres libres de EE. UU. no sabían cómo tratar con ella y no habían intentado subvertirla. Magyyt ahora estaba decidida a hacerlo.

La Marq´ssan vio a Kay salir por la esclusa de la cápsula, unos pasos por delante de Vlohr. Magyyt se puso a su lado, la saludó y luego dijo: «Tienes un aspecto terrible. ¿Te ha sentado mal el vuelo?».

Kay negó con la cabeza. —Problemas psicosomáticos —dijo—. Demasiado estrés. Echó un vistazo rápido a la etiqueta con el nombre de Magyyt. —Magyyt, ¿me pregunto si podría hablar contigo en privado?

“¡Magyyt!”, gritó Vlohr, un par de pasos detrás de ellos. “¡Esperen!”

Magyyt se giró. "¿Qué ocurre? ¿Sucedió algo durante el viaje?"

Vlohr miró fijamente a Kay. “Sí, se podría decir que algo pasó. Estados Unidos intentó hacer algo de nuevo”.

"¿Específicamente?"

“Enviaron a un hombre disfrazado de mujer para que subiera al bípode con Kay Zeldin.”

“¡Dios mío!”, dijo Kay. “¿Intentaron *eso*?”

Magyyt se preguntó si la sorpresa de Kay era fingida. «Estaba esperando que algo así sucediera», dijo. «Pero no pensé que Estados Unidos fuera tan estúpido. Lo esperaba de un gobierno menos sofisticado».

“Tendremos que tomar represalias”, dijo Vlohr.

Kay se apoyó contra la pared como si no pudiera sostenerse, con las manos apretadas contra la cabeza. Magyyt la rodeó con un brazo por los hombros. «Estás enferma, ¿verdad?», dijo Magyyt. «Vamos a un lugar tranquilo donde puedas recostarte».

—Sí —murmuró Kay con los labios pálidos—. Pero necesito hablar contigo. Recuerda, necesito hablar contigo.

Magyyt y dos de las mujeres que salían esclusa de la cápsula ayudaron a Kay a llegar a la cama en una habitación privada cercana.

—Es mi cabeza —dijo Kay cuando ella y Magyyt estaban a solas—. Tengo un terrible dolor de cabeza.

Magyyt cerró sus propios ojos y permitió que los bordes exteriores de su propio campo se superpusieran al de Kay hasta que la división entre ellos existió solo como una función de la conciencia y el recuerdo de Magyyt de su separación y diferencia. Se centró en la cabeza de Kay, comenzando por el cráneo y moviéndose lentamente hacia adentro. Encontró el lugar dañado y retiró cuidadosamente su propio campo. "Tienes un trastorno fisiológico, Kay en tu cerebro. No conozco la terminología fisiológica ni médica de tu idioma, así que no puedo describírtelo. Los ojos de Kay se abrieron de par en par, con asombro, o tal vez con miedo. «Entre los Marq'ssan de aquí hay una que ha curado a humanos, que conoce la fisiología humana como yo no. Ella puede curarte, Kay». Magyyt esperaba que lo que decía fuera cierto. Una herida así debía ser difícil de curar sin la ayuda de la propia persona enferma, y los humanos solo podían participar en su curación de la forma más limitada.

—No lo entiendo —dijo Kay—. ¿Cómo sabes que tengo daño cerebral?

—Tienes una herida en la cabeza. Te escaneé y la encontré. —Kay parecía asustada—. No, no temas a nuestra capacidad de escaneo. Ya te lo hemos hecho antes y nunca has sufrido efectos adversos. Debes saber que cada vez que te han recogido nuestras cápsulas, te hemos escaneado en busca de armas.

“Pero, pero…”

“No te preocupes, Kay. De verdad, todo está bien.”

Magyyt no tenía ni idea de si era la hora de dormir de Leleynl. Ella le dejó un mensaje y luego se dispuso a calmar la agitación de Kay.

[iii]

Martha dio un portazo. ¿Qué les pasaba a estas personas? Parecían ovejas: los hombres le sermoneaban sobre la credulidad y la ingenuidad, las mujeres la miraban en silencio, o peor aún, indiferentes y desdeñosas. Y luego, cuando sacó la luz que le había dado Sorben, ¡algunos hombres la acusaron de ser una espía del SFS! Algunas

mujeres parecían creer lo que Martha decía, pero ninguna *dijo* nada.

Walt tenía el vídeo puesto en el rincón de la cama. De hecho, estaba escuchando la intervención de dos horas del Ejecutivo. Martha cerró de golpe las cortinas que separaban el rincón de la cama del resto del apartamento para bloquear el sonido de esas voces inquietantes. Walt estaba aburrido, sí. ¿Pero por qué contaminarse con ese veneno? ¿Qué le estaba pasando?

A las ocho, Walt abrió de golpe las cortinas. —No puedo creer que escuches esas tonterías —dijo Martha.

Wall se colocó frente a ella. Durante un largo minuto la miró fijamente. —Tienes que acudir a las autoridades, Martha —dijo—. He estado pensando en esa linterna que tienes. Y ahora creo que tal vez estemos *lidiando* con extraterrestres. Y la verdad es que, llegado el caso, prefiero mil veces al Ejecutivo antes que a una fuerza invasora no humana.

Martha se quedó boquiabierta. Tras unos instantes de silencio, dijo: «¿Acudir a las ´autoridades´? Eso suena a frase de una mala película».

Se sentó en el brazo de su silla. —Escúchame. No sabes lo que está pasando. No hay forma de que lo sepas. No te culpo, cariño, entiendo tu punto de vista. Pero no podemos

jugar con algo así. Es cierto, no tenemos forma de saber si el gobierno cree que son extraterrestres o terroristas. Walt encogió los hombros con un escalofrío visible. —No hay forma de que sepamos lo que piensan, ya que siempre nos darán la propaganda que creen que les conviene. Pero si de verdad siguen pensando que estos Marq'ssan son solo activistas humanos comunes y corrientes, tal vez si ven ese sofisticado aparato tecnológico cambien de opinión.

"Walt, no tienes sentido. Los Marq'ssan les han dado todo tipo de maravillas tecnológicas. ¿Cómo crees que consiguieron que volvieran a funcionar las plantas de purificación de agua y las estaciones de bombeo?"

"Esta luz es diferente. Ni siquiera en circunstancias normales hay nada igual. A menos que la tecnología láser logre algo así. No lo sé. Pero me da muchísimo miedo, Martha. Me da muchísimo miedo."

—Walt, escucha —dijo Martha, tomándolo del brazo—. Por fin tenemos la oportunidad de librarnos del sistema, ¿y me dices que deberíamos elegirlo por encima de la gente que nos está ayudando a derrocarlo? ¡Los Marq'ssan son los anarquistas más puros que jamás hayan existido!

Los ojos de Walt reflejaban urgencia, su frente fruncida por la ansiedad. «No estás *escuchando,* Martha. Te estás creyendo el encubrimiento del gobierno. El gobierno, por razones estúpidas que desconocemos, está optando por

presentar esto como una lucha entre hombres y mujeres. Pero *en realidad* se trata de una lucha entre especies. Tal vez piensen que el público no puede soportarlo. Tal vez tengan razón y *no podamos.* Es un tema muy delicado, muy delicado. *¡Piensa,* Martha! No te dejes engañar. ¡Anarquistas! Eso es lo que te gustaría. Pero las cosas no siempre salen como queremos». Walt suspiró y apartó suavemente un mechón de pelo de la frente de Martha. Eres tan joven. Quizás por eso te dejas engañar tan fácilmente. Pero no sabes lo que quieren. Creo que lo que pretenden es sumirnos en tal caos que no podamos resistirnos. Y eso es lo que va a pasar, Martha, a menos que el gobierno encuentre la manera de mantener la calma. Quizás nos quieran como alimento. Quizás quieran esclavizarnos. ¿Cómo podemos saberlo?

Martha soltó el brazo de Walt y se alejó. «Ves demasiadas películas estúpidas de ciencia ficción sobre invasiones. ¡Escúchate! ¡Especies contra especies! ¡Te digo que *sé* que los Marq'ssan están de nuestro lado! ¿Por qué te empeñas tanto en creer la propaganda del gobierno?»

Walt le agarró la mano. "¿Cómo conseguiste esta luz?"

“Anoche, cuando intenté contártelo, no quisiste escucharme”, dijo Martha. “¿Lo recuerdas?”

“Dímelo ahora.”

“Cuatro de nosotras entramos al edificio de la ODS en Second West, en Queen Anne Hill. La Marq´ssan que estaba con nosotros repartió unas luces. Estábamos intentando conseguir pruebas del plan de violación del gobierno.”

Walt saltó del brazo de la silla y comenzó a caminar de un lado a otro. “¡El edificio de la ODS! ¡Dios mío, te estaban *utilizando,* Martha! ¡Querían encontrar el lugar, entrar para poder destruir los registros de la ODS! ¡Esta noche quedó grabado en vídeo!”

“No entramos ahí para destruir documentos, Walt. Fuimos a buscar los planos…”

Walt interrumpió: “Eso es lo que te dijeron, pero la verdad es que están intentando derrocar al gobierno. Así que, inocentemente, los condujiste hasta allí, creyendo su historia sobre ese plan de violación, y…”.

¡Te equivocas, Walt!

Un puño golpeó la puerta. "¿Greenglass? ¡Abre!"

Martha miró fijamente a Walt. —¿Los llamaste? —susurró. —¿Qué clase de bicho raro crees que soy? —le susurró él. —¡Tienes cinco segundos para abrir, Greenglass!

—¿Quién es? —preguntó Walt con voz ronca.

“¡La Ley! ¡Abra la maldita puerta o entraremos disparando!”

Walt abrió torpemente todas las cerraduras. La puerta se estrelló contra la pared y cuatro hombres, con las armas desenfundadas, irrumpieron en la habitación. —¿Martha Greenglass? —preguntó el que se le acercó mucho—. Está arrestada.

Otro la agarró de los brazos, se los puso a la espalda y le colocó las esposas en las muñecas. Registraron la habitación con brusquedad, vaciando los cajones, tirando la ropa de cama al suelo y revolviendo el armario. Walt permanecía pegado a la pared, con las manos entrelazadas detrás del cuello, en silencio, observando. —¿Dónde está la luz de alta tecnología? —preguntó el hombre que la había esposado, empujándola de nuevo contra la pared.

Estaban literalmente destrozando la habitación. "En el bolsillo de mi abrigo", dijo Martha, sabiendo que lo encontrarían de todos modos, queriendo detener la invasión.

Uno de ellos le arrebató la chaqueta del respaldo de la silla y rebuscó en los bolsillos. Alzó la luz para que los demás vieran. "¿Es esto?"

Mientras la empujaban hacia la puerta, Martha notó que las gafas de Walt se habían roto. No podría reemplazarlas, al

menos no por un tiempo. Y Walt estaba ciego como un topo sin ellas.

[iv]

El rostro de Leleynl se cernía sobre ella, esos ojos de botón clavados en los suyos, ojos aterradores, austeros, aparentemente omniscientes. Kay miró más allá de Leleynl hacia Magyyt, que seguía sentada en la silla junto a la cama. Nunca había creído en ninguna de sus afirmaciones de ser extraterrestres. O eso creía. Tal vez había tenido una sospecha. Pero no había forma de refutarla, de justificar como "efectos especiales" lo que Magyyt había hecho. Ningún humano podía hacer tal cosa. ¿Podían leer sus pensamientos? Kay lanzó una mirada rápida al rostro de Leleynl y encontró los párpados marrones y arrugados cerrados. Se estremeció: cerraban los ojos cuando estaban "escaneando". ¿Qué significaba eso de "escanear"? Era algo antinatural, un medio por el cual podían ver *dentro* de ella como Magyyt había visto dentro de su cabeza y encontrado daño cerebral, como aquellos otros habían visto dentro de su vagina y encontrado las pastillas, visto dentro de su estómago y supieron del tranquilizante.

Los ojos de Leleynl se abrieron y miraron fijamente a los de Kay. «Magyyt tiene razón, tu cerebro está dañado. Hay exceso de líquido, sangrado, algo de presión y daño celular. Puedo reparar el daño, Kay. Puedo detener el sangrado, drenar el líquido y regenerar las células. Pero necesito no solo tu consentimiento, sino también tu ayuda».

—No entiendo —dijo Kay—. ¿Estás diciendo que me vas a operar?

—No es lo que ustedes llaman cirugía —dijo Leleynl con voz suave y seca—. Es menos invasivo. No se usarían instrumentos cortantes. Ni ningún instrumento físico como ustedes los conciben. Es difícil explicar cómo se hace. Nuestra tecnología en general sería casi imposible de explicar. Nuestras técnicas de curación son parte de nuestra tecnología. Si intentara explicarlo, ustedes buscarían una forma humana de entenderlo. Podrían decir que es un truco mental, o magia, según su nivel de sofisticación. Pero estas serían descripciones incorrectas. Solo puedo pedirle que confíe en mí. De hecho, es esencial que lo haga. Porque deben participar.

La confusión de Kay aumentó. "¿Cómo participar?"

Leleynl tomó la mano sudorosa, temblorosa y rosada de Kay entre las suyas, secas, callosas y morenas. «No es nada imposible ni difícil. Pero antes de empezar, debes confiar en mí. Debes creer que mi intención es curarte, no hacerte

daño. Si te resistes a la curación, podrías lastimarte. Por eso es fundamental que estemos de acuerdo. No haré nada que no desees».

Aunque le aterrorizaba Leleynl, Kay no temía que le hiciera daño físico. Su miedo era de otro tipo, un nivel que no comprendía, y se manifestaba como una ansiedad ante la posibilidad de que Leleynl pudiera leer sus pensamientos.

Kay dijo, preguntándose si podría creer alguna palabra de la Marq'ssan: "Necesito saber si, cuando hagas esto, podrás leer mis pensamientos".

Leleynl no pareció sorprendida por la pregunta. «Nunca leemos pensamientos. Leer los pensamientos humanos podría poner en peligro nuestra cordura. Podríamos, si quisiéramos, desarrollar esa capacidad, pero no la elegimos. Los problemas de límites por sí solos...»

¿“Problema de límites”?

“Lo siento. No es algo en lo que debas pensar. ¿Quieres tiempo a solas para decidir, Kay? ¿O tienes alguna otra pregunta?”

“¿Qué pasaría si no hiciéramos nada?”

La mirada terrible no se apartó del rostro de Kay. —¿Quién sabe? Supongo que entrarías en coma. Y luego... tal vez morirías. Tal vez permanecerías en coma indefinidamente.

No es algo que se pueda predecir con certeza. Tal vez tu cuerpo se recupere solo. A veces sucede.

Tal vez lo mejor sería que entrara en coma. Todo era tan terrible, su vida tal como la conocía había terminado, estaría huyendo, viviendo al borde de una existencia real... Estas personas accedían a ayudarla. Repasó por un momento lo que sabía y lo que podía hacer para detener al Ejecutivo. ¿Pero si eso significaba ayudar a *extraterrestres…?*

Kay miró a Magyyt. «Quería hablar contigo para contarte lo que sé sobre el Ejecutivo. Quiero desertar, Magyyt. Soy una mina de oro de información sobre el Ejecutivo y sus planes. Pero no me importa vivir si tengo que volver con ellos. ¿Lo entiendes?»

Magyyt sonrió y negó con la cabeza. «¿La oyes, Leleynl? ¡Está intentando negociar su propia curación! ¿Crees que es esto una perversidad humana o una señal de que está aprendiendo mal?».

—Defecto —dijo Leleynl—. ¿Qué puede significar semejante negociación para el Marq'ssan?

La decepción la destrozó. Kay rompió a llorar. «Vete, déjame en paz», dijo, tapándose los ojos con el brazo para no ver.

—De acuerdo... —dijo Magyyt en voz baja.

—¡Aléjate de mí! —gritó Kay—. ¡Quiero estar sola! No quiero que me curen. No necesito tu ayuda. ¡Déjame en paz!

Kay sintió cómo Leleynl se levantaba de la cama y oyó los ruidos de la Marq´ssan saliendo de la habitación. Se giró, moviendo con cuidado su cabeza dolorida, y hundió la cara en la almohada. Esperaba que Leleynl tuviera razón, que entrara en coma y muriera. Sería la solución perfecta a todos sus problemas.

[V]

—¿Qué fue todo eso, Leleynl? —preguntó Magyyt en boldení—. ¿Crees que podría ser la lesión cerebral?

—Todos tienen lesiones cerebrales —dijo Leleynl con sarcasmo.

Magyyt hizo un ruido de irritación al estilo Marq'ssan. "Sabes lo que te estoy pidiendo."

“Ella es autodestructiva. Todos ellos son más o menos autodestructivos.”

—De acuerdo —dijo Magyyt con impaciencia—. Pero en este caso, ¿crees que está especialmente afectada por su

lesión? ¿O podría ser el dolor? Debe haber algo que podamos hacer por ella.

—No podemos ayudarla si no quiere nuestra ayuda —dijo Leleynl con terquedad, pensó Magyyt—. Me da la impresión de que nuestro rechazo a su oferta de desertar la molestó. Leleynl se frotó el puente de la nariz. —Hay que hacerle entender que no compramos ni vendemos ese tipo de mercancías. Si nos hubiera pedido ayuda...

¿Qué sabrá alguien como ella de pedir ayuda, Leleynl? ¿Por qué iba a pensar que aquellos a quienes llama sus enemigos la ayudarían con solo pedirlo? Exiges demasiado. Ya viste lo desequilibrada que está.

Leleynl hizo un gesto de total indiferencia. «Me voy. Si cambia de opinión —y supongo, por tu actitud, que vas a intentar ayudarla a cambiar de opinión—, llámame».

Magyyt señaló la puerta de la habitación privada. «Voy *a* intentar ayudarla, quiera o no mi ayuda».

«No valoran la vida, Magyyt. Ni siquiera la suya propia. No te decepciones si fracasas.»

“¿No estar decepcionada? Leleynl. Tu desapego me deja sin aliento.”

—Hablando de desapego —dijo Leleynl, acercándose a Magyyt—, me preocupa Sorben I Sorben.

—Espero que no se lo hayas dicho a esa —dijo Magyyt—. Que le estés diciendo eso a esa, de forma *condescendiente,* ya que Sorben no lo desea, la vuelve loca.

Los ojos de Leleynl se abrieron de golpe. «Quizás esa necesita una *alanya.* Tú, Sorben y yo nos parecemos más que cualquier otro Marq'ssan del Grupo de Trabajo. Si yo no puedo hablar con ella, debes hacerlo tú. Es como si la locura estuviera apoderándose de Sorben, gradual pero inexorablemente».

"Es solo la segunda fase…"

"¡Magyyt! La hazaña de aquel tipo la otra noche no se parece en nada a lo que hemos hecho nosotros. Quizás *pensemos* en hacer esas cosas, pero en realidad no las *hacemos.*"

«Deja a Sorben en paz. Hablaré con ella, pero no puedo preocuparme tanto como tú. Lo que hizo fue imprudente, pero para nada una locura.»

Leleynl negó con la cabeza. —Tu estancia se ha alargado demasiado, Magyyt. Deberías haberte ido a casa a descansar antes de que empezáramos la Intervención. Temo por ti y por Sorben. Las tensiones…

—Basta ya, *Alanya —Magyyt* se alejó de Leleynl. La ansiedad, el miedo y el resentimiento la asaltaron. La edad, la comprensión y *el bahlahmm de Leleynl* siempre habían

inspirado la admiración y el afecto de Magyyt. Pero quizás esos mismos atributos, especialmente en esta situación donde todos los Marq'ssan inexpertos recurrían a ella en busca de guía en estas circunstancias extrañas, estaban convirtiendo a Leleynl en una fuerza a la que Magyyt debía resistirse. ¿O acaso Leleynl tenía razón? ¿Podría haberse quedado demasiado tiempo, podría haberse distanciado demasiado de todos ellos, o incluso haberse vuelto ajena a ellos?

[vi]

Kay se quejó: «¿Dices que no vas a llegar a un acuerdo conmigo, pero que me ayudarás? No lo entiendo. O quizás *tú* no lo entiendes. El Ejecutivo está haciendo cosas terribles, planeando cosas terribles. Lo sé. También sé cosas como la ubicación de varias sedes de ODS en todo el país, y sé que tú no, o no habrías atacado el sitio equivocado en Seattle. Puedo ayudarte a derrotar al Ejecutivo. Y creo que necesitas mi ayuda, ya que no pareces comprender a qué te enfrentas».

Magyyt se sentó en la silla junto a la cama. «Sabemos perfectamente a qué nos enfrentamos. Pero no hacemos tratos sobre esas cosas. El término "deserción" es una

obscenidad, ¿no lo ves? No tenemos conceptos como "lealtad" o "traición". Existe la mala fe, pero eso es algo completamente distinto».

“No puedo pensar”, dijo Kay. “Me duele muchísimo la cabeza”.

“Entonces deja que Leleynl te ayude”, dijo Magyyt.

Kay se concentró dolorosamente en el rostro de Magyyt. "Solo si prometes ayudarme a escapar de ellos".

“Sí, te ayudaremos. Ya te lo he dicho.”

“Prométemelo. ¡No puedo volver atrás, Magyyt!”

¿Qué expresión tenía Magyyt en el rostro? ¿Curiosidad? ¿Desconfianza? «Sé que son gente terrible, Kay. Pero has estado de su lado todo este tiempo —y no de mala gana, a menos que me equivoque mucho— y ahora, de repente, quieres alejarte de ellos. ¿Por qué?»

Kay sabía que no podía contarles nada de su pasado o no confiarían en ella, no la ayudarían. Y seguramente la despreciarían. «Están planeando una campaña masiva que utilizará y provocará violencia contra las mujeres. Van a culpar a las mujeres de todo lo que ha sucedido», dijo Kay. «Me da asco. Ya están usando el vídeo que negocié para ellos con ese fin. No soporto seguir formando parte de esto.

Quiero que paren». Eso era cierto, aunque no fuera toda la verdad.

“Te sientes culpable”, dijo Magyyt.

“Sí. Y llena de ira. Y si sigo cerca de ellos mucho más tiempo, lo sabrán. De hecho, cuando me opuse a su estrategia de convertir a las mujeres en chivos expiatorios, desperté algunas sospechas.”

¿Debo mandar llamar a Leleynl? Cuanto antes te recuperes, más fácil será hablar de esto.

Kay se estremeció. Aquella anciana demacrada daba mucho miedo. Pero si la ayudaban a escapar de Sedgewick, la vida podría volver a ser soportable. —Sí —dijo Kay—. Me gustaría que me curara si puede.

Magyt se marchó y Kay cayó en un sueño intranquilo.

Despertó cuando Magyyt regresó con Leleynl. La sanadora se sentó en la cama, tan cerca que su cuerpo casi tocaba el de Kay. “Primero, es recomendable que desactives los centros del dolor en tu cerebro, no solo por el dolor que ya sufres, sino porque lo que debo hacer sería insoportable para ti. Cuando termine de sanarte, los volverás a activar. Segundo, será necesario que mantengas cierta estabilidad durante toda la sanación. La mejor manera de mantener esa estabilidad es mediante la concentración profunda en algo que te atraiga.

En algo que no sea desagradable ni volátil. Si has practicado meditación con un mandala, eso funcionaría. O la autohipnosis también funcionaría.

—No puedo hacer ninguna de esas cosas —susurró Kay—. ¿No puedes darme drogas?

"Pero tú *puedes* hacer esas cosas. Cualquiera puede. Todavía no he conocido a ningún ser humano que, dispuesto a ser sanado por mí, no pudiera aprender inmediatamente a hacer estas cosas."

Kay recordó lo que había hecho con Felice y se preguntó de nuevo qué había sido y si se parecía a lo que Leleynl estaba comentando. «No tengo ningún talento para estas cosas», dijo Kay. «Y no soy creyente. ¿Acaso estas cosas no funcionan por fe?».

Leleynl le dio una palmadita en la mano. «Para nada. Puedes dudar de tu capacidad para desactivar los centros del dolor, si quieres. Pero haz un esfuerzo sincero por seguir mis instrucciones, y así será».

Leleynl la guió a través de un largo proceso de relajación, comenzando por los dedos de los pies y subiendo. Su cuello, debido al dolor de cabeza, se mostró especialmente resistente. Cuando Leleynl se sintió satisfecha con la relajación de Kay, oscureció la habitación y le pidió que se concentrara en un punto de luz discreto que ella producía

desde un pequeño tubo. Cuando Kay cerró los ojos, Leleynl la guió por muchos tramos de escaleras que Kay visualizó, descendiendo "cada vez más profundo" (cada vez que pronunciaba la palabra "más profundo" le producía extrañas ondas que la envolvían mentalmente, una especie de sensación de caída), hasta que llegaron a un sótano, lo que Leleynl llamaba la "sala de control" de todos los centros de dolor en el cuerpo de Kay.

La sala de control estaba repleta de interruptores, cada uno con su propia luz encima. Todas las luces de la sala de control brillaban en color ámbar. Leleynl marcó una fila entera de interruptores y luces, una docena en total, y uno por uno los fue señalando. Cada vez, Kay agarraba la pesada barra metálica que hacía las veces de interruptor y la presionaba hacia abajo, bloqueándola en la posición de apagado, y la luz se volvía de un azul intenso, como una llama de gas.

Entonces Leleynl le pidió que eligiera un lugar donde le gustaría ir a relajarse, donde pudiera recostarse y contemplar el cielo, las montañas o el agua... Kay eligió una playa rocosa, gris y envuelta en niebla en la península Olympic. Se instaló allí, observando la marea, que subía gradualmente hasta cubrir las rocas, y escuchando el oleaje y el silbido de las piedras al chocar cada vez que una ola rompía en la playa...

—Kay —dijo Leleynl—, es hora de volver a la sala de control para encender los interruptores. Kay regresó al sótano, donde, uno por uno, soltó cada barra de metal, devolviéndole su luz ámbar. —Y ahora, cuando cuente hasta tres, despertarás y seguirás sintiéndote renovada y relajada. Uno. Dos. Tres.

Kay abrió los ojos. Leleynl y Magyyt estaban sentadas a su lado en la penumbra de la habitación. Parpadeó y se dio cuenta de que el dolor de cabeza había desaparecido. «Me siento de maravilla», dijo sorprendida. «¿Significa esto que podrán curarme? ¿Que podré hacer lo que necesitan que haga?»

Leleynl sonrió. “Tu herida ya está curada”.

Kay la miró con incredulidad. "¿Cómo pudo haber sucedido tan rápido?"

“A Leleynl le llevó unas dos horas, Kay”, dijo Magyyt. “No diría que fue muy rápido”.

¿Dos horas? ¿Pero cómo es posible? Apenas... —Kay se interrumpió, confundida—. Casi no me lo creo —dijo—. Y luego: —Gracias, Leleynl. No entiendo cómo lo hiciste, pero gracias. Ahora que todo había terminado, Kay se preguntó si realmente había sufrido daño cerebral. Sin embargo, sabía que había estado enferma y que ahora se sentía perfectamente bien.

Cuando Leleynl se marchó, Magyyt le preguntó a Kay si quería empezar a organizar reuniones para las negociaciones.

Kay la miró fijamente. “¡Dijiste que me ayudarías!”

Magyyt se puso de pie. "Pensé que podrías haber cambiado de opinión una vez que volvieras a sentirte bien".

Kay también se puso de pie. —No. Estoy decidida a unirme a tu bando. Siéntame frente a una terminal de datos, Magyyt, y te reproduciré algunas de las órdenes que se están transmitiendo desde el Ejecutivo. Kay miró a los ojos castaños dorados de Magyyt. —Tengo memoria eidética a corto plazo. Y el Jefe de los Servicios de Seguridad me abrió sus archivos hace dos días. Sé exactamente cuáles son sus planes.

“¿Sabes que hay una campaña que incluye instrucciones a la Guardia para violar a mujeres?”, preguntó Magyyt.

“He visto las órdenes, SE les dijo que usaran esta demostración de su crueldad para intimidar a las mujeres libres en las negociaciones. No creo que entiendas hasta dónde están dispuestos a llegar, ni lo poderosos que son. Si has visto sus programas de vídeo…” Kay se detuvo, consternada. “No te imaginas lo mucho que lo siento por haber hecho eso”.

Magyyt la estaba observando. “Me alivia oírte decir eso. Por supuesto, estaríamos encantados de tener cualquier información que puedas proporcionarnos. Pero, tengo alguna propuesta que hacerte.”

Kay se sentó en la cama. "¿Propuesta?"

“Sé que lo que usted llama ‘doble función’ es muy peligroso. Pero la mejor manera de ayudarnos sería que continuara desempeñando su cargo, mientras trabaja con nosotras.”

Kay se quedó mirando a la Marq'ssan. La sola idea le provocó un fuerte dolor de estómago. —No puedo —susurró—. No puedo volver allí. No sabes lo que pides cuando sugieres eso.

Magyyt se alisó la manga con los dedos. «Es una propuesta. Solo una propuesta. Verás, así es como podrías sernos más útil».

Kay dijo: “Por favor, no me pidan esto. Puedo decirles cómo destruir al Ejecutivo. Y deben destruirlo. De lo contrario, las mujeres pagarán, y pagarán, y pagarán. No saben hasta dónde están dispuestos a llegar. Si destruyeran las sucursales de ODS en todo el país, incluso eso sería una devastación sustancial de su poder. Operan a través de ODS; casi todo lo que hacen se transmite a través de los ejecutivos de ODS, quienes también pertenecen a la Compañía, que la

mayoría de la gente cree que solo opera fuera de los EE. UU. Sé quiénes son los hombres clave. Incluso sé sus direcciones. Si capturan, o matan, a estos hombres, debilitarán su organización. No creo que la ley marcial pueda mantenerse sin que los hombres clave de la jerarquía tomen las decisiones".

Magyyt parecía muy seria. "El asesinato está fuera de toda discusión. No quitamos la vida deliberadamente. Jamás."

"Luego, destruyendo sus registros, sus instalaciones físicas... tal vez encarcelándolos..."

"Estos son actos de desesperación, Kay", dijo Magyyt. "Revela lo que están haciendo por video. Has sido su portavoz, su representante. Eres una de las pocas mujeres a las que su gobierno les ha otorgado cierta influencia. Tu voz tiene autoridad, Kay. Deja que el mundo vea cómo el Ejecutivo decide manejar esta crisis. Que conozcan la verdad. ¿Te das cuenta ahora de lo valioso que sería tu regreso para nosotros?"

Kay apoyó la cabeza contra la pared. "Lo pensaré."

Magyyt se dirigió a la puerta. «Agradeceríamos que nos facilitara el contenido de sus documentos, como se ofreció. Pero hasta que decida definitivamente que no puede volver a realizar este trabajo para nosotros, lo mejor sería que al menos aparentara estar negociando. Hay otra negociadora

estadounidense presente, si recuerda. Y las demás delegadas también podrían informar a sus gobiernos sobre usted. Debemos dejar esa opción abierta».

Kay se sentía mal. ¿Cómo podía negarse sin revelar sus razones? Magyyt y Leleynl la habían curado, la habían salvado de la muerte. Estaba en deuda con ellas. ¿Pero hasta qué punto? ¿Y cuánto deseaba detener a Sedgewick? Si era cierto que solo su regreso podía frustrar los planes de Sedgewick, tenía que hacerlo. Le había dado una ventaja a Sedgewick. Y conocía al Ejecutivo como nadie allí. Pero si Sedgewick la mataba, ¿de qué les serviría? Aunque, por supuesto, Magyyt no tenía motivos para creer que ella, Kay, corriera un peligro especial...

—Puede que esta sea la última vez que me envíen —dijo Kay—. Y entonces me quedaría varada allí. Han estado debatiendo la posibilidad de romper las relaciones. El hombre que impulsa la ruptura de las negociaciones acabará convenciendo a los demás. Cuando Magyyt solo asintió, Kay añadió: —Si descubren lo que estoy haciendo, me matarán.

Magyyt asintió. «Sí. Es probable. Pero puedo darte un dispositivo de comunicación y prometerte que acudiré en tu ayuda con poca antelación. Tengo habilidades que me permitirían, por ejemplo, entrar en su Edificio de Seguridad y sacarte. No estarías completamente desamparada, Kay. Haríamos todo lo posible por protegerte. Y debo señalar que es improbable que te descubran. Has hecho tanto por ellos

que no pueden dudar de tu lealtad. No es probable que te estén vigilando con recelo».

Kay se encogió de hombros. “No está tan claro. Me molestó visiblemente cuando me enteré de su plan para buscar un chivo expiatorio”.

“Sin embargo, te enviaron de vuelta aquí.”

“Tengo que pensar, Magyyt.”

“Sí. Si necesitas contactarme, marca mi código de localizador. Si estoy durmiendo, llama a Sorben I Sorben. Si no tienes inconveniente, quiero hablar de esto con ella.”

Aunque iba en contra de la corriente, Kay accedió a fingir durante un tiempo que seguía siendo delegada estadounidense. Lo haría solo hasta encontrar la manera de justificar ante Magyyt su decisión de no regresar a Washington D.C. En ese sentido, fue muy clara.

Capítulo diecisiete

[i]

Pendrine anunció que la cápsula había aterrizado en el tejado de Seguridad Central. Abrumada por la depresión, Kay se desabrochó el cinturón y desembarcó. Desde que dejó *S'sbeyl,* un miedo terrible se había apoderado de ella, minando su confianza en su decisión de trabajar como doble. Cuando les dijo a Magyyt y Sorben que no podía trabajar como doble para ellos, aceptaron su decisión y no intentaron presionarla. Pero después no pudo dormir. Dando vueltas en la cama, imaginó cómo sería estar escondida en algún lugar, temporalmente a salvo, sin saber cuánto tiempo podría vivir sin ser detectada en una situación tan militarizada, sin contactos, sin tarjetas de crédito —pues no se atrevería a tocar el dinero a su nombre— sabiendo todo el tiempo que podría haber estado ayudando a derrotar al Ejecutivo en

lugar de estar acobardada, impotente, indefensa, tal vez víctima de las mismas políticas que Sedgewick había puesto en marcha, ya que para estar a salvo de ser capturada se vería obligada a vivir e identificarse como técnica de servicio. Si no regresaba, Sedgewick ordenaría una búsqueda exhaustiva. Incluso renunciando a su profesión, ¿qué tan segura podría estar alguna vez? Entrelazadas con estas reflexiones estaba la conciencia de la deuda que tenía con Magyyt y Leleynl por haberla curado. ¿Cómo no iba a ayudarlas? ¿Cómo no iba a dedicarse a socavar al Ejecutivo cuando este estaba destruyendo el país y atacando a sus propios ciudadanos?

En el bolsillo de su pantalón, Kay llevaba un dispositivo de comunicación camuflado como un bolígrafo, que la conectaba en todo momento con Sorben o Magyyt. Si se encontraba en peligro inminente de muerte, probablemente la conexión no le serviría de nada, ya que el Marq´ssan no podía aparecer al instante al ser llamado. Pero si en una situación peligrosa Kay lograba ganar tiempo, podía estar segura de que la rescatarían: así se lo prometieron tanto Magyyt como Sorben.

Sin dirigir una palabra a nadie en la cápsula —pues para todos, salvo unos pocos Marq'ssan, seguía siendo la mujer del Ejecutivo—, Kay entró en el ascensor y descendió al frío aire nevado. El viento, fuerte y gélido, azotaba su túnica. Temblando, siguió a los hombres que la esperaban dentro del edificio. «¡Qué frío hace!», le dijo a uno de los hombres

específicamente encargados de vigilar la llegada de las cápsulas. «¡Qué tiempo tan horrible! Mucha gente debe estar sufriendo». Para quienes no tenían generadores, solo la calefacción a vapor, los pequeños calefactores de gas y las estufas de leña servían para calentarse. Kay pensó en la pequeña casa donde vivía con Scott, equipada únicamente con calefacción eléctrica, y deseó que el clima en Seattle se hubiera mantenido templado.

Al ver las altas puertas dobles, el corazón de Kay se aceleró y sintió que le faltaba el aire.

—¡Doctor Zeldin! —Mimi entró corriendo al despacho de Weatherall. Unos segundos después, Weatherall salió a la recepción. Saludó a Kay y luego miró por encima del hombro a Mimi, que ahora estaba de pie en la puerta detrás de ella. Que traigan a Anderson, Mimi. —Volvió a mirar a Kay—. El señor Sedgewick está reunido con Stevens en este momento, pero seguro que termina pronto. ¿Necesitas algo mientras esperas?

—Algo caliente —dijo Kay entre dientes castañeteando—. ¡Hace un frío que pela ahí fuera!

Weatherall echó un vistazo a la ropa de Kay. "Deberías llevar lana".

Hacía calor en la oficina, pero había calefactores eléctricos junto a los escritorios de Weatherall y Mimi. Weatherall le

trajo una taza humeante de una bebida caliente, especiada y con alcohol que le quemaba al tragarla. La taza le calentó rápidamente las manos, y bajó la cabeza para que el vapor le refrescara la nariz. Consciente de que se enfrentaría a Sedgewick en cualquier momento, se armó de valor asimilando todos los detalles de lo que consideraba la enfermedad que reinaba en la oficina de Sedgewick. Mimi parecía haber pasado la noche en vela; Weatherall estaba sentada en su escritorio garabateando resúmenes de informes de campo en hojas de notas amarillas; y en la oficina de Sedgewick, dos hombres discutían planes espeluznantes. Uno de ellos, Stevens, probablemente caminaba de puntillas intentando no molestar a Sedgewick, intentando aparentar que estaba a la altura de las expectativas de su jefe. ¿Acaso Stevens siempre había sido un adulador nervioso? ¿O acaso esa mentalidad de subordinado se había desarrollado en él lentamente con el tiempo, al permanecer siempre bajo el yugo de Sedgewick u otro similar, aunque nominalmente al frente de lo que equivalía a un poderoso sistema de policía secreta? Debía saber que jamás podría ser el sucesor de Sedgewick. ¿Tenía Sedgewick algún protegido especial al que estuviera preparando para su puesto? Kay decidió que probablemente no: difícilmente Sedgewick consideraría oportuno preparar a un sucesor.

Él mismo había sido protegido de un hombre inmensamente poderoso y sabía que esa debía ser la razón

por la que Sedgewick, hijo de profesionales, había llegado tan alto. Sabía que esa había sido la razón por la que le habían dado la oportunidad de convertirse en ejecutivo, a pesar de su edad. Y sin embargo, Kay recordaba ahora, mes tras mes había pospuesto el paso final. Dudaba que solo su afecto por ella lo hubiera hecho demorarse. Él había afirmado que esa era la razón, cierto, pero ella siempre había creído que solo había sido el foco contingente de una fuente mucho más amplia de reticencia. Desde el principio le había impresionado lo que había podido deducir sobre la amplitud e intensidad del historial sexual de Sedgewick, pero con la promesa de un poder tan vasto ante él, Sedgewick no podía haber dudado seriamente en dar ese último paso irrevocable. Solo había estado postergando. Cuando el ultimátum llegó de arriba, acató rápidamente.

Stevens pasó por el pasillo con tanta desenvoltura que Kay supuso que había logrado complacer a Sedgewick. Sedgewick, pensó, debía de estar de buen humor (o al menos no de uno de sus humores absolutamente pésimos).

Cuando Weatherall le dijo a Kay que debía ir inmediatamente a Sedgewick, Kay le pidió prestado un suéter o un chal. En silencio, Weatherall abrió un armario en la pared detrás de su escritorio y sacó una estola de lana.

Kay encontró a Sedgewick sentado en su escritorio, escribiendo. Levantó la vista brevemente. "¿No es encantador marzo en Washington D.C., Zeldin?"

“En Seattle solo se permite que nieve una vez al año”, dijo Kay. “En Washington D.C. es horrible”.

“Tiene sus compensaciones” dijo Sedgewick sin levantar la vista.

Kay dejó caer su bolso en el suelo, cerca de la silla que solía ocupar, y luego rodeó la mesa para colocarse junto a la gran ventana de triple cristal. Volver a estar en esta fealdad gris, bajo el control de este tiburón sádico... pero lograr la caída de Sedgewick valía la pena. ¿Qué horror provocarían las palabras que escribía en ese preciso instante? ¿Sentía satisfacción al pensar en «influir» en la vida de las personas a las que afectarían sus órdenes?

—Entonces, Zeldin —Sedgewick, poniéndose de pie, se quitó las gafas—. Me imagino que estás deseando ponerte delante del ordenador para escribirme uno de tus brillantes informes. —Se acercó y se quedó a su lado—. Te quedaste más tiempo que las otras veces.

“Esta vez todo fue más difícil.”

“Tu protesta en el vídeo contra la destrucción de las instalaciones de Seattle fue sutil y firme a la vez. Brillante, referirte a ellas simplemente como un importante centro de aplicación de la ley. Muy bien hecho, Zeldin.”

Kay completó la fórmula: "Gracias".

“¿Sabes que destruyeron hasta la última molécula de Boeing en represalia por haber enviado a Baldwin?”

—¡Boeing! —exclamó Kay, horrorizada. Se giró para mirar a Sedgewick—. Scott… —Kay se interrumpió. Con más calma, preguntó—: ¿Sabes si hubo víctimas?

“No te preocupes, Zeldin. Esta vez la advertencia se tomó al pie de la letra y lograron evacuar a todos a tiempo de todas las propiedades de Boeing.”

Kay suspiró. “Cuando una escucha... es muy difícil no preocuparse... Después de tanto tiempo sin contacto, una no sabe...”

“Si algo le sucediera a tu cónyuge, Zeldin, me avisarían. No hay necesidad de que te preocupes por esas cosas sin importancia.”

Ahora era el momento de preguntarle si podía enviarle una carta a Scott. Pero odiaba tanto darle la posibilidad de negarse que ni siquiera su creciente necesidad logró vencer su renuencia a exponerse ante Sedgewick.

“La pérdida de Boeing fue un golpe que enfurece especialmente al Pentágono. Y entre Dowsanto y Boeing, yo mismo he sufrido una pérdida personal del 3% de todas mis inversiones. Lo cual es mucho, Zeldin. Aun así, hemos tenido un respiro. Stevens acaba de venir a darme las buenas noticias. Es posible que en cuestión de días sepamos mucho

más sobre los terroristas y su tecnología. Torricelli ha capturado a alguien que, en el acto de intentar propagar la sedición, mostró una pieza de tecnología sofisticada que solo los terroristas podrían haberle proporcionado. Cuando la trajo y tomó sus huellas dactilares, resultó que coincidían con uno de los cuatro sujetos dejados por quienquiera que fuese el responsable de destruir los registros en el edificio ODS de Seattle. Le he dicho a Stevens que nos la envíe; no quiero darle a nadie la oportunidad de estropearlo. De hecho, aunque en circunstancias normales Wedgewood se encargaría de ella, tengo la intención de encargarme personalmente de este caso, con tu ayuda, Zeldin. Ya tengo una idea de cómo"

—Yo no —dijo Kay en voz alta—. No quiero tener nada que ver con interrogar prisioneros. No es para eso que me reclutaron. Y no tengo ninguna formación en...

—Cállate, Zeldin —la voz de Sedgewick se elevó lo suficiente como para ahogar la de ella. Sobresaltada, Kay retrocedió un paso—. No sé de dónde sacaste la idea de que conoces el alcance de mis intenciones al reclutarte —continuó con su habitual tono bajo—. Me desconcierta que creas que puedes decirme cuáles son.

Buscó a tientas las palabras que pudieran contener el peligro que el silencio dejaría escapar. —Entendí —dijo— que me reclutaste para negociar...

“No, no fue así. Desde el principio, la operación fue algo muy diferente. Tu papel iba a ser claramente distinto al de Fenton y Grausch. Como lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que te abriera algunos de mis archivos más confidenciales. Has logrado confundir las cosas, Zeldin. Lo cual sugiere que te dejas llevar por ilusiones.”

"No puedo…"

La mano de Sedgewick se extendió rápidamente y se posó en la nuca de ella. «Te dije que te haríamos más fuerte. Estas cosas requieren práctica. Pero más importante que tu progreso personal es la probabilidad de que comprendas la psicología de esta prisionera. Es una comprensión que pocas personas en cualquier organización de seguridad tendrían, una comprensión que necesitamos usar con la aplicación juiciosa de drogas y, posiblemente, la fuerza. Y hace tiempo que demostraste aptitud para los interrogatorios. Esta zorra será una mina de oro, si se la maneja con cuidado. Podría marcar la diferencia para nosotros. ¿Entendido?»

—Entendido —dijo Kay, apenas oyendo sus palabras al darse cuenta de que Magyyt o Sorben rescatarían a esa mujer si les proporcionaba suficiente información—. ¿Cuándo va a ocurrir eso?

“Ah, ahí está el problema. Puede que tarde un poco, primero está este tiempo horrible que hace que volar sea arriesgado; y luego está el retraso: mis órdenes tienen que

llegar, y luego tienen que hacer sus preparativos y notificarnos... y luego, quizás una vez que llegue, querremos emplear algunos acercamientos preliminares... Lo más pronto que puede llegar aquí será mañana, aunque no es seguro." Se encogió de hombros. "Quiero planificar una estrategia cuidadosa. Así que no nos apresuraremos." Volvió a su escritorio. "Weatherall ha instalado un portátil en una de las oficinas al otro lado del pasillo. Como estoy deseando leer tu informe, será mejor que vayas a escribirlo ahora." Tocó su campanilla.

Kay se echó el bolso al hombro y siguió a Weatherall hasta la oficina al otro lado del pasillo. Weatherall señaló secamente el portátil, el calefactor y el café, y luego se marchó.

Kay miró con curiosidad la puerta que Weatherall había cerrado tras ella. La puerta *parecía* gruesa. Si la atrapaban... Pero esta podría ser su mejor oportunidad, y cuanto antes lo supieran Magyyt y Sorben, antes podrían organizar el rescate de la prisionera. Kay encendió el portátil, abrió un archivo nuevo y tecleó las fórmulas iniciales. Notó que tenía los dedos entumecidos por el frío, así que se agachó y encendió el calefactor. Casi al instante se dio cuenta de que el ruido del ventilador era perfecto. Con valentía, sacó el comunicador del bolsillo del pantalón, marcó la señal y esperó respuesta. El intercambio de mensajes no era para cobardes. Tendría cuidado, sí, pero no sería cautelosa. Esa debía ser su regla.

[ii]

“Tyln I Khnor y yo iremos juntas”, anunció Sorben I Sorben.

“¿Por qué Tyln?”

—Una de nosotras, tú o yo, debe estar libre por si Kay vuelve a llamar —dijo Sorben. Magyyt tuvo que asentir—. Y puesto que fui yo quien olvidó recoger las luces, y puesto que ya estuve en ese edificio, y puesto que ella fue una de las que entró conmigo, por estas razones debo ser yo, y no tú.

—Sí —dijo Magyyt—. Pero, de nuevo, ¿por qué Tyln?

“Tyln me acompañó a Sídney. Nos compenetramos bien. Ella será un apoyo fundamental, un recurso para mí, una garantía. Esto es demasiado importante como para arriesgarnos a fracasar. No solo está en juego la seguridad de la que se han llevado, sino también la de muchas otras mujeres con las que ha estado en contacto. Y fue nuestra implicación en el espionaje lo que la puso en riesgo, a ella y a las demás.”

Magyyt reflexionó sobre esto. —No es tanto que haya dos de ustedes, Sorben —dijo finalmente—. Sino que involucres —por segunda vez— a Tyln. No está bien. ¿No sientes que

algo le está pasando a Tyln? Es tan inexperta en asuntos humanos. ¡No es así como debería adaptarse!

"¿Desde cuándo te dedicas a mostrar una preocupación condescendiente por los procesos internos de otra persona?", preguntó Sorben, mostrando su fastidio. "¡Suenas tan condescendiente como Leleynl I Absq! ¿Seguro que no estás proyectando tus miedos sobre ti misma en Tyln? Esa desaprobación, Magyyt, sale extraña de tus labios."

Magyyt contrajo aún más su campo de autoconciencia. «Quizás me *asusta* lo que me está sucediendo. Nos estamos involucrando tan profundamente con los humanos —mucho más que durante nuestros años con ellos, pues ahora asumimos roles que habrían sido impensables durante nuestros años como observadores— que quizás estamos tan profundamente involucradas que ya no podemos percibir. Quizás estamos cayendo en la locura de los humanos. Quizás lo próximo que descubramos evolucionando en nosotros no sea solo el autoengaño, sino la autodestrucción, pues ambas están estrechamente relacionadas. Te digo, Sorben, ya no sé qué estoy haciendo, ni qué debería estar haciendo. Estoy insegura de mi sentido moral, y mi sentido de identidad parece desvanecerse, como si estuviera cayendo en una confusión de límites... ¿No sientes tú también esto? ¿O estás desapegada, como Leleynl de alguna manera logra estar?»

Este torrente de palabras conmocionó a Magyyt incluso mientras brotaban de su boca. Se estremeció con un oscuro temor a ser absorbido por una vasta y obscena estructura que amenazaba con engullirlos a todos. ¿Cómo protegerse? ¿Cómo luchar contra esa estructura sin fundirse con ella? Se vio envuelta en contradicciones, y la mirada de Sorben no la tranquilizó. —No hables, Sorben —dijo Magyyt tras un minuto o dos de silencio—. Tú también tienes miedo. El peligro de lo que estamos haciendo... Nunca lo había comprendido tan claramente como ahora. Antes, solo hablábamos, discutíamos y analizábamos la posibilidad del riesgo. Pero ahora está sobre nosotros, es real, y la única manera de escapar es regresar a Marqeuei. Pero no podemos hacerlo, ¿verdad?

El borde del campo de Sorben se agitó en una turbulencia emocional. «No. No podemos hacer eso», dijo aquella. «Magyyt, debemos hacer un pacto, tú y yo».

"Dime."

«Que hablemos abiertamente de estas cosas entre nosotras, que no nos ocultemos nada. Me doy cuenta de que cada vez hablo menos con las demás. Como si algo me frenara, algún temor a contaminarlas, o quizás a que se entrometan en mí, a que me invadan; lo cual es absurdo, pero es la única manera en que puedo describir mi deseo de desapego. Tú y yo, sin embargo, compartimos esto. Si no somos honestas entre nosotras, estaremos perdidas. Tyln

también corre este peligro, aunque creo sinceramente que es diferente a nosotras, que no participa de nuestros miedos, de nuestra necesidad de desapego, de nuestro conocimiento de las estructuras humanas. Debemos comprometernos a cuidarnos mutuamente. No por desaprobación, Magyyt. No por condescendencia. Sino quizás como *alanya* juntas, no una para la otra.»

Magyyt, rebosante de emoción, le ofreció la mano a Sorben. Sorben la tomó y permanecieron un largo rato, palma con palma, campo con campo, *alanya* con *alanya.*

[iii]

Weatherall tomó el informe terminado y le entregó a Kay la ropa y la capa que había hecho traer de la casa de Sedgewick. Kay fue al baño a cambiarse. Una extraña euforia la invadió. Por odioso que fuera, al estar en el dominio de Sedgewick, ahora tenía la satisfacción de saber que había puesto en marcha el rescate de la mujer secuestrada por ODS. Estar allí esta vez, así, lo cambiaba todo: mientras actuaba como la herramienta de Sedgewick, su *marioneta,* una y otra vez desobedecería sus órdenes, mientras él siguiera haciéndola partícipe de ellas.

Esta disposición —incluso entusiasmo— de Sedgewick por incluirla en sus proyectos, por darle acceso a detalles que probablemente solo Weatherall (además del propio Sedgewick) conocía, la desconcertaba. Sugería una negligencia que no podía atribuirle de otra manera. No podía necesitar una confidente; Weatherall sin duda cumplía esa función. Debía tener algo que ver con sus intrincados planes que la involucraban, Kay... Parecía tan seguro de poder confiar en ella. ¿Cuántas veces le había dicho ya que la conocía a la perfección, como nadie más? ¿En qué basaba su certeza?

Kay casi se echó a reír al pensar en esa ceguera: le haría pagar por ella, pagar por su certeza sobre ella. Pero se puso seria al considerar que tal vez algún giro inesperado en el laberinto haría que todos sus propios giros, vueltas y maniobras la llevaran directamente a un callejón sin salida...

Kay se miró en el espejo: la túnica y los pantalones de lana, de tweed azul, gris y verde, le recordaban al Pacífico del Noroeste. Rocas grises, abetos verdes, ocasionales retazos azules en el cielo, raras salpicaduras azules en un mar mayormente gris... Si esto alguna vez terminara, si alguna vez volviera a ser libre para hacer tales cosas, iría a la Península unos días, dormiría en una tienda de campaña en una playa rocosa y brumosa y escucharía el ir y venir de las mareas durante toda la noche...

Kay enderezó los hombros, respiró hondo y salió por la puerta, dirigiéndose a la oficina de Weatherall, donde lo encontró hablándole a Mimi como a un bebé sobre la comida que les iba a preparar esa noche. Weatherall y Mimi, Felice y Marie, eran parejas perfectamente concebibles ahora que recordaba lo que Sedgewick le había contado sobre los ejecutivos. ¿Por qué les importaría a los hombres? No podían sentirse amenazados de ninguna manera por esas relaciones sexuales jerárquicas; probablemente los hombres las veían como una forma de absorber la desenfrenada energía sexual de las ejecutivas. La única amenaza que podría surgir sería la de ejecutivas que se enamoraran entre sí —siempre una posibilidad una vez que se admitieran otros tipos de relaciones— y Kay no había visto ningún ejemplo de eso. Dado que nadie podía concebir sin el permiso y la asistencia del Departamento de Salud, presumiblemente a los ejecutivos no les importaría que sus mujeres recurrieran a hombres del servicio técnico... ¿o sí? ¿Sería posible que fueran menos indiferentes si fueran hombres y no mujeres las parejas sexuales de las ejecutivas?

Pero, en cualquier caso, el hecho de que alguien como Weatherall tuviera relaciones sexuales con alguien como Mimi solo servía para reforzar las ideas preconcebidas sobre sexualidad y género que tenían los ejecutivos. Eran ideas ajenas a Kay, ideas ajenas a todos los profesionales. Kay sabía que no habría podido alcanzar el puesto que tenía si se hubiera regido por la ideología sexual que los ejecutivos

defendían entre ellos. ¿Era posible que el resto de la sociedad, aparte de la minoría profesional, compartiera la visión de la sexualidad de los ejecutivos? A Kay nunca se le había ocurrido plantearse esa pregunta, ni hacer observaciones que pudieran contribuir a una respuesta. De repente, le pareció que, después de todo, tenía una perspectiva muy limitada de las cosas.

Kay se sirvió una taza de café, se sentó a la mesa junto a la ventana y hojeó el último ejemplar del *New York Times,* que obviamente se imprimía en una imprenta mecánica manual. La estrechez de la cobertura de las noticias en el *Times* sorprendió a Kay. Para empezar, seguían la línea de los dos programas de vídeo que el Ejecutivo había emitido y que Kay había visto. La cobertura de una manifestación callejera en Trenton estaba escrita como si la hubiera dictado un funcionario del ODS. El único análisis en todo el periódico aparecía en el artículo sobre el derrocamiento del régimen de la República Popular China en Hong Kong, un tema que fascinaba a los editores y que era objeto de uno de los dos editoriales. El otro editorial instaba al público a ayudar a que el país se recuperara comportándose de forma ordenada, respetando el toque de queda y ofreciéndose como voluntarios para diversos proyectos de trabajo que beneficiarían a todos.

—Doctor Zeldin —dijo Weatherall.

Kay levantó la vista por encima del hombro hacia Weatherall, que estaba de pie justo detrás de ella. "¿Sí?"

“Te está esperando.”

—Qué maravilla —dijo Kay—. Entro, ¿de acuerdo?

—Sí, hazlo —dijo Weatherall con un tono algo mordaz.

Kay entró en el salón con aire despreocupado.

—¡Su credencial de seguridad! —le gritó Weatherall.

Kay se detuvo y revisó su túnica, luego miró a Weatherall. —Olvidé transferirla de la otra túnica —dijo—. Lo haré ahora.

Kay regresó al baño, sacó la túnica de su bolso y extrajo la insignia de la túnica desechada. Le sacó la lengua. «Se toman sus juguetes muy en serio», dijo en voz alta mientras se prendía la insignia sobre el pecho.

Cargando su maletín al hombro, cruzó el pasillo hacia su oficina y Kay casi se mareó. Pero recuperó la compostura al verlo sentado detrás de su escritorio, leyendo. (¿Su informe?) Se quedó de espaldas a él y contempló el Giacometti[4]. Debilitado, frágil, tenso, incluso retorcido, pero

4 Alberto Giacometti (Borgonovo, Suiza, 10 de octubre de 1901 - Coira, Suiza, 11 de enero de 1966) fue un escultor y pintor suizo muy conocido por sus figuras humanas. Aunque también trabajó con la pintura y el dibujo y diseñó objetos decorativos, Giacometti es más famoso por sus esculturas

de hierro: como yo, pensó. Sedgewick me ha subestimado al menos en un aspecto, así que es probable que se haya equivocado en otros. ¿Qué sabe él de las mujeres profesionales, de todos modos? Solo cuenta con sus recuerdos, que sin duda no coincidirían con los míos salvo en los puntos más irrelevantes. Como historiadora, Kay sabía muy bien que la perspectiva siempre determinaba tanto la memoria como la narrativa histórica. *No solo su conocimiento de mí en aquel entonces era incompleto y sus recuerdos de ese conocimiento estaban necesariamente distorsionados por los intereses, el tiempo, el borrado, la reescritura, la represión, la elisión... sino que esa persona que yo era entonces, esa Kay Zeldin, ya no existe, salvo como un fantasma. No soy ella, aunque partes de ella están en mí...*

Recordó: él la había estado vigilando. Pero, se preguntó, ¿qué podía saber alguien de otra persona mediante una vigilancia ignorante, tal vez predeterminada? Podría conocer sus gustos musicales, su postura, gestos y actitudes al dar clase; incluso podría saber el porcentaje de comida en tubo en su dieta, con qué frecuencia iba al baño y cuántas veces a la semana se acostaba con Scott. Pero nada de eso le diría qué era probable que hiciera en una situación determinada, qué sentía o cómo estaban estructuradas sus lealtades.

Y sin embargo, allí estaba él, siempre comparándola consigo mismo, buscando semejanzas y debilidades,

---

metálicas. [N. T.]

buscándola solo en función de lo que él mismo era, para medirla como más o menos a su altura, más o menos similar a él. En cuanto a la mayor diferencia, su sexualidad activa: ¿la descartaba? Su género, sin embargo, obviamente proporcionaba respuestas cuando preguntaba por qué ella no era idéntica a él: su género la debilitaba, en su opinión, asegurándole así que siempre sería superior a ella... Este había sido su razonamiento veinte años atrás, cuando sus habilidades analíticas, aunque superiores a las suyas, debían someterse a su despliegue de poder, a su despliegue de todos ellos, como si los puntos de superioridad individuales de sus subordinados no pudieran amenazar su control absoluto, aunque él no había sido completamente uno de *ellos* la mayor parte del tiempo que ella lo había conocido...

—Entonces, Zeldin —dijo Sedgewick—, tus negociaciones están destinadas a un fracaso inevitable.

Kay lo miró fijamente.

“En esta ronda casi no se propuso ni se aceptó nada; pero, por supuesto, nuestro verdadero objetivo era tu logro psicológico. Sospecho que no volverás... por un tiempo, si es que vuelves.” Sedgewick se quitó las gafas. “Lo que imagino, aunque quizás con demasiado optimismo, es que durante la reanudación de las negociaciones enviaremos a alguien del propio Ejecutivo. Pareces sorprendida, Zeldin.”

¿Un miembro del Ejecutivo reunido con mujeres libres? ¿O con Marq'ssan? ¿Se imaginaba algún tipo de rendición condicional? —¿Crees que tus estrategias los derribarán? —preguntó Kay con curiosidad.

Tenemos muchos frentes abiertos. Creo que podemos afirmar con seguridad que casi no nos quedan concesiones que estemos dispuestos a hacer, y es poco probable que nos den lo que más deseamos. Será una guerra de desgaste, una guerra lenta y ardua. Recuerda que tienen que enfrentarse al mundo entero, no solo a nosotros. Y muchos gobiernos están empezando a darse cuenta de que un poco de planificación conjunta con nosotros podría ser lo más eficaz.

Una guerra brutal, en la que las mujeres —y los más pobres— serían las víctimas. El Marq´ssan valoraba la vida. Al menos no se lo había revelado a Sedgewick. Pero él podría descubrirlo pronto. ¿Y entonces qué? ¿Se le ocurriría al Ejecutivo tomar como rehén a toda la población? Y por qué no, puesto que ya habían pensado en tomar como rehenes a las mujeres que trabajaban en el sector servicios. Seguramente Sedgewick podría concebirlo, y también llevarlo a cabo.

“¿Sin comentarios, Zeldin?”

Kay acarició con los dedos la veta satinada y pulida del escritorio. «Espero que te equivoques. Históricamente, las guerras de desgaste han sido un infierno, tanto durante

como después del conflicto. Generalmente, ambos bandos pierden, independientemente del resultado técnico, porque ninguno se rinde cuando el precio ha sido alto y sigue subiendo, pues se suele pensar que, por todo lo ya perdido, hay que seguir luchando sin importar lo que aún no se haya perdido».

“Eso suena como si viniera directamente de una conferencia que se imparte una vez al año, Zeldin.”

Kay se encogió de hombros. "No veo cómo ese comentario podría afectar su validez".

“Pero ¿qué opinas de la pregunta en este contexto particular de convención, en contraposición a un contexto general?”

«Pueden aniquilar todo nuestro complejo militar–industrial si así lo desean. Pueden privarnos de comida y agua. Pueden destruir ciudades enteras…» Consideró sugerirle que, si rompía las negociaciones, la primera víctima podría ser el intercambio de vídeos. ¿Eso le haría dudar? ¿O simplemente le proporcionaría más información para elaborar sus planes?

“No cabe duda de que son capaces de causar mucho daño”, dijo Sedgewick. “¿Pero lo harán? Hasta ahora, han sido relativamente inofensivos. Si yo estuviera en su lugar,

con su tecnología, sin duda tendría a todos los gobiernos suplicándome a estas alturas".

Kay no lo dudaba. La sola idea de semejante poder en unas manos como las de Sedgewick le helaba la sangre. «Hace frío aquí», dijo Kay, esperando que cambiara un poco de tema, alejándose de la brecha entre lo que los Marq'ssan eran capaces de hacer y lo que habían hecho, alejándose de las especulaciones sobre lo que podrían o no estar *dispuestos* a hacer.

"Es imposible predecir cuándo mejorará el tiempo", dijo Sedgewick. "Con los satélites fuera de servicio, la predicción meteorológica se ha vuelto un desastre. Pero si el tiempo mejora por la mañana, les tengo preparada una sorpresa".

Kay lo miró a la cara buscando alguna pista sobre sus intenciones, pues sus palabras no presagiaban nada bueno.

«Personalmente, lamentaré que las negociaciones terminen», dijo Kay. «Disfruté bastante de mi papel. La vida académica será tranquila después de esto». Tras lanzar esta carnada, inmediatamente temió lo que él pudiera ponerle en el anzuelo.

Sedgewick se recostó en su silla. «No te precipites a imaginarte de vuelta en tu cubículo, trabajando en notas a pie de página, Zeldin. Para empezar, ahora mismo no existe la vida académica. Pero, más importante aún, todavía no

hemos terminado contigo. En tiempos de guerra, los civiles deben estar preparados para dedicar sus habilidades al servicio de su país».

Las tonterías que decía Sedgewick eran tan repugnantes que Kay casi vomitó. Le echó una mirada de reojo y lo encontró con una expresión que indicaba que iba a estallar en uno de sus extraños ataques de risa.

Sedgewick continuó: «Algunas posibilidades podrían surgir a medida que avancemos. Esta noche, por ejemplo, cenaremos con el embajador británico y el máximo responsable de la inteligencia británica en Estados Unidos. Se avecinan muchas cosas interesantes, Zeldin. Y si pensabas que negociar te daba la oportunidad de demostrar tu talento, estoy seguro de que estarás de acuerdo en que hay cosas aún más interesantes y desafiantes que afrontar. Así que no te desanimes: esto es solo el principio para ti».

¿Qué le estaba diciendo? Que no le permitirían regresar a Seattle, sí, pero ella ya lo sabía. Pero había algo más. En cualquier caso, fuera cual fuera el propósito de la reunión de alto nivel de esa noche, probablemente aprendería algo que le sería útil al Marq´ssan. Y eso hacía que la velada resultara mucho más interesante de lo que hubiera sido de otro modo.

[iv]

Martha, con los brazos extendidos, rodó, otra vez, y otra vez. El frío y duro linóleo se clavaba en sus caderas, sus costillas, sus pechos. "Tengo frío, tengo frío, tengo frío, Martha tiene tanto frío, tanto frío", canturreó mientras sus dedos rozaban la áspera pared de hormigón. Sí, por eso se había movido, para tocar la pared, para recordar. Se incorporó, apoyó la cara contra la pared, sintió la aspereza fría, sí, allí estaba, en algún lugar con paredes ásperas y suelo de linóleo, en la oscuridad, era Martha, era Martha Greenglass, sabía que era Martha. Con la palma contra el frío, movió lentamente la mano hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás. Rectángulos. Podías pasar el dedo por las grietas. Eran bloques de hormigón, Martha lo sabía. Eso era real, lo que sentía ahora, recordaba que se había sentido así cuando la trajeron aquí. ¿Cuánto tiempo hacía ya? ¿Era de día, era de noche? Habían venido, dejando entrar la luz, para traerle agua... una vez, no, dos veces, pero no le dijeron qué día era ni qué noche podría ser, solo habían hecho rodar la botella de plástico por el suelo y se habían llevado la luz con ellos... Lo que ella sabía era que la habían traído allí, que la habían arrestado.

Pero no como las otras veces. Las otras veces fueron diferentes. La primera vez, papá había ido a buscarla, había pagado la fianza. Pero solo la primera vez. «Si te metes en problemas, Martha, no vengas llorando. Te criamos para que fueras una buena chica, una buena ciudadana. Y no has sido

más que problemas. Con todas las personas a las que rechazan, nos eligieron a nosotros, Martha, para ser padres. ¿Eso no significa nada para ti?». Él nunca la escuchaba cuando ella intentaba explicarse, y mamá simplemente decía: «Solo soy ayudante de fontanera, Martha. No sé nada de eso».

Después de eso, la sentaron en celdas con otras mujeres, a veces durante semanas, cumpliendo condenas por desobediencia civil. Desobediencia civil, así la llamaban cuando la gente le preguntaba por qué... Pero los policías y los abogados la llamaban de otra manera... Walt siempre decía que no importaba, que les costaba mucho dinero meter gente en la cárcel, dinero que los ejecutivos no recibirían. ¿De verdad pasaba todo eso?, se preguntó Martha, confusa, insegura, preocupada por el cadáver que yacía cerca del retrete... No se acercaría, nada la haría acercarse, preferiría orinarse encima antes que acercarse a un cadáver. Deben de no saber que esa persona murió, razonó Martha. Deben haberlo olvidado. Me han olvidado aquí, no me harán daño porque se han olvidado de mí, pero yo también moriré, seré como esa persona que yace allí muerta. El olor del cuerpo, el olor terrible, tal vez sabían que había un cadáver aquí, tal vez quieren hacerme olerlo...

Martha oyó un rasguño y se quedó muy quieta, casi sin respirar. ¿Una rata? ¿Había ratas en esa celda? Martha esperó, escuchando, pero su corazón latía tan fuerte que no podía oír dónde estaba la rata. Quizás la rata se coma el

cadáver, pensó Martha, esperando que así fuera. Si es que había una rata.

La puerta se abría, ella podía oírla aunque no había luz. Quizás habían venido por esa otra persona, para llevarse el cuerpo, quizás no se habían olvidado de ella, quizás venían a llevársela...

—Martha, soy Sorben —dijo una voz.

Martha no veía a nadie. —¡Sorben! —gritó.

“Shhh, Martha, en silencio. En silencio.”

—Sí —susurró Martha—. Debemos guardar silencio o el cadáver despertará.

—He venido a llevarte. Martha sintió unas manos bajo sus axilas que la levantaron. —¿Puedes ponerte de pie, Martha?

Martha estaba aturdida en la oscuridad; se tambaleó y se apoyó con fuerza contra Sorben. —No puedo verte, Sorben —susurró.

—Ven, Martha, ven conmigo. Quédate cerca. Agárrate a mi mano. Si te agarras a mi mano, no te verán cuando pasemos junto a los guardias. ¿Entiendes, Martha?

“Sí. Seremos invisibles, Sorben, como aquella otra vez. ¿Y qué hay de esa persona de allí, esa persona muerta? ¿Deberíamos hacer algo? La rata se lo comerá.”

“No hay ningún muerto, Martha. Somos los únicos en esta habitación.”

“¡Pero sé, sé que hay un cadáver allí!”

—Shhh, silencio, Martha. Ven conmigo. Iremos despacio, despacio, estarás bien si vamos despacio. Eso es, apóyate en mí, Martha. Empezaron a moverse, las piernas de Martha temblaban tanto que apenas podía caminar. —Ya estamos en el pasillo, Martha. Cuando lleguemos al final del pasillo y giremos, habrá una luz. Puedes cerrar los ojos entonces para que la luz no te moleste, ¿de acuerdo, Martha?

“Sí. De acuerdo.” Paso tras paso tras paso... Martha se cansó muchísimo, muchísimo. “No puedo más”, gritó. “No puedo seguir más.”

“Sí, Martha, puedes lograrlo. Piensa en lo agradable que será regresar a *S’sbeyl.* ¿Te gustaría regresar a *S’sbeyl?* ¿No te gustaría?”

S’sbeyl, sí, la nave espacial.

“Ya casi llegamos al final del pasillo, ¿ves? Ahora hay algo de luz. Cuando empiece a haber demasiada luz, cierra los ojos, Martha, y yo te guiaré.”

Martha cerró los ojos y sintió que Sorben la giraba, y caminaron por un pasillo lleno de luz. Martha oía a unos hombres hablar y tenía miedo. Apretó la mano de Sorben, recordándose a sí misma que eran invisibles, que los hombres no podían verla. Por un instante se quedaron apoyados contra una pared. Sorben le susurró al oído: «Voy a abrir esta puerta de acero, Martha, y luego entraremos en otro pasillo, y luego en otro, y luego subiremos por la escalera de incendios. ¿Te acuerdas de la escalera de incendios? Pronto, Martha».

Martha oyó las voces de los hombres alejándose y luego el rasguño de metal. Sorben dijo: «Ahora, Martha», y Martha oyó el crujido de una puerta y volvieron a caminar, caminar, caminar...

—Estoy cansada, Sorben —susurró Martha—. Estoy mareada. No creo que pueda lograrlo.

“Ya casi llegamos, Martha, ya casi llegamos. Solo un poquito más.”

“¿Y luego iremos a S’sbeyl*?”,* preguntó Martha.

“Y luego iremos a S’sbeyl*”,* prometió Sorben.

Martha se obligó a subir las escaleras. En S’sbeyl no había cadáveres ni ratas. Allí estaría a salvo.

Capítulo dieciocho

Un técnico despertó a Kay cuando aún estaba oscuro. Kay salió de su cama calentita, se abrigó lo mejor que pudo y se unió a Sedgewick en el coche. «Nos tomamos el día libre, Zeldin», le dijo Sedgewick.

¿Día libre? Para él, tal vez. Levantarse antes del amanecer para acompañar a Sedgewick a algún lugar no podía considerarse un día libre para *ella, ni por asomo.* El coche los llevó a una pista de aterrizaje salpicada de bengalas rosas, y abordaron una avioneta: ella, Sedgewick, Anderson y otras cinco personas (entre ellas Lamont, señaló Kay, ya que siempre notaba su presencia ahora).

Si el pequeño tamaño del avión la inquietaba, ver a Sedgewick en la cabina la ponía completamente nerviosa. La fragilidad de la aeronave y su vulnerabilidad ante cualquier

imprevisto la mantenían en tensión, temiendo un desastre incluso después del despegue. Apenas se percató de que el sol emergía del mar, y apenas prestó atención a su dirección, más allá de la vaga observación de que volaban hacia el noreste, principalmente a lo largo de la costa, a veces sobre el océano, fuera de la vista de la tierra. El frío le hacía castañetear los dientes; se ajustó más la capa y movió los dedos enguantados para mantener la circulación. Uno de los hombres le sirvió más café del termo. Kay lo bebió para entrar en calor.

El aterrizaje fue angustioso. No solo parecía que descendían hacia el mar —la tierra emergió del océano apenas unos segundos antes de tocar tierra—, sino que aterrizaron en medio de la niebla. Kay seguía temblando cuando el avión se detuvo.

Estaban en una isla, eso estaba claro, en algún lugar al noreste de Washington D.C. Lo que significaba que era allí. Sedgewick la había traído a ese lugar desolado y aislado, una isla, por una sola razón. Ella había terminado la operación y ya no servía para nada. Desde su punto de vista, era hora de la venganza.

En aquel gélido momento de revelación, Kay decidió que si tenía que morir, le haría un favor al mundo y se lo llevaría con ella.

Siguió a Sedgewick escaleras abajo. Al verlo, se quedó boquiabierta. Sedgewick, a su lado, se rió entre dientes. «Mi única locura. Este capricho es uno de mis secretos mejor guardados, Zeldin».

La visión de la monstruosidad gótica que emergía de la niebla de forma absurda pero inquietante provocó una risa nerviosa en Kay.

“Es de estilo victoriano. Hice que la trasladaran pieza por pieza desde Inglaterra. Casi todo ha sido restaurado a su estado original —incluso la iluminación a gas—, excepto la cocina y los baños, claro, y algunas otras habitaciones que he reservado.” Sedgewick la tomó del codo y caminaron sobre la hierba helada hasta la casa. “En realidad, es bastante agradable en verano.” Kay aún no encontraba las palabras adecuadas para pronunciar en voz alta. “Vengo solo para desconectar. Eres la primera persona —aparte de mi acompañante habitual y los arquitectos, contratistas y técnicos— que he traído aquí. Eres mi primera invitada, Zeldin.”

—Me siento honrada —dijo Kay secamente, esforzándose por mantener la respiración calmada mientras sus ojos evaluaban constantemente el paisaje y la estructura exterior de la casa, tratando de preparar una estrategia para la huida que haría si tuviera la oportunidad.

Entraron por una de las puertas principales, que un técnico de servicio vestido como un sirviente victoriano les abrió. Kay casi se echó a reír, pero le asaltó el horrible pensamiento de que tal vez el técnico hablaría *como* un sirviente victoriano inglés... y entonces se sintió inmensamente aliviada al descubrir que la vestimenta era simplemente un disfraz de un técnico de servicio estadounidense común y corriente del siglo XXI. «No sabíamos qué día venía, señor», dijo el técnico, «pero nos hemos preparado según sus instrucciones. El desayuno se puede servir en veinte minutos, si lo desea».

Kay miró a su alrededor con asombro, observando el mobiliario, las llamas de gas azul bajo las chimeneas de cristal, los techos ornamentados, las cortinas y los muebles enormes, la sofocante pesadez de todo aquello.

Antes del desayuno, Sedgewick le hizo un recorrido parcial por la casa. Una larga sala en la parte delantera, tal vez por su techo alto —blanco con molduras doradas— y sus numerosas ventanas abatibles sin adornos, o tal vez porque cuencos con narcisos de color mantequilla adornaban varias de sus mesas, parecía libre de la pesadez que impregnaba el resto de la casa. Las demás habitaciones, sin embargo, oprimían a Kay como si sus paredes, techos y muebles la presionaran, acercándose poco a poco pero inexorablemente, absorbiendo el oxígeno. Una habitación en particular en la parte trasera de la casa, aunque carecía de los adornos opresivos comunes en las demás, hizo que el

corazón de Kay latiera con fuerza. Había grabados colgados a la altura de los ojos. «Piranesi, mediados del siglo XVIII[5]», dijo Sedgewick. Explicó que se había aficionado a coleccionarlos. A Kay le pareció aterradora la colección, sobre todo porque pertenecía a Sedgewick. Cada grabado tenía que ver con prisiones, ruinas siniestras o escaleras vertiginosas. «Son tan producto de la pesadilla como lo fue el mundo de Kafka», dijo Sedgewick. «Debió de ser un hombre obsesionado, ¿no crees?»

"Es increíble", dijo Kay, "que la representación de unas escaleras pueda transmitir tanto horror".

Todos tenemos nuestras pesadillas, aunque pocos podemos compartirlas con los demás. Pero ven, Zeldin, el desayuno debe estar listo.

Mientras comían, el sol se abrió paso entre la niebla e inundó la habitación. —Oh —dijo Kay, parpadeando ante el repentino resplandor del papel tapiz amarillo estampado. El sol y el calor de la leña que ardía en la chimenea la reconfortaron, y se quitó la capa—. Dime, Sedgewick —se

5 Giovanni Battista Piranesi (Mogliano Veneto, cerca de Treviso, 4 de octubre de 1720–Roma, 9 de noviembre de 1778) fue un arqueólogo, investigador, arquitecto y grabador italiano, famoso principalmente por esta última faceta. Realizó más de 2000 grabados de edificios reales e imaginarios, de estatuas y relieves de la época romana así como diseños originales para chimeneas y muebles. [N. T.]

armó de valor para preguntar, pensando en el comunicador que llevaba en el bolsillo del pantalón—. ¿Dónde estamos?

Sedgewick levantó la vista de su plato; sus ojos brillaban. A Kay se le revolvió el estómago. «Estamos en una isla de mi propiedad frente a la costa de Maine, Zeldin».

“Maine. Ya veo.” Demasiado vago. Agarró su vaso de agua y bebió, deseando que volviera a prestar atención a su comida. ¿Qué en esta habitación podría ser un arma? Ni su cuchillo de mantequilla, ni su cuchara dentada para pomelo. ¿El tenedor? Solo podía herir, no matar, y probablemente aún era cinturón negro. Nada de cuchillos de trinchar en el desayuno. Si pudiera hacer que él la llevara a la cocina… Pero preguntar despertaría sus sospechas. ¿Tal vez encontraría algo en el baño? Recordó haber roto la botella de vino contra el borde del lavabo. *Aquello* había sido un arma. Pero ahora, allí, era impensable. Necesitaba algo que pudiera llevar bajo su capa... Sedgewick terminó de comer y vio que ella también. —Quiero enseñarte más de la casa —dijo con un tono de voz poco convincente. Dejó la servilleta a un lado del plato, apartó la silla y se puso de pie.

—Sé poco de arte, arquitectura o diseño de interiores —dijo Kay. Sedgewick esperó en la puerta. A regañadientes, Kay se puso de pie.

—Dame tu credencial de seguridad, Zeldin. —Se desabrochó la suya.

Kay sudó frío. En Calais, él le había quitado el pasaporte del bolso. Con dedos temblorosos, desabrochó la insignia y se la puso en la mano extendida. Sintió náuseas al saberlo. Todo estaba empezando, fuera lo que fuera que él había planeado, y ella estaba atrapada.

Su mano se posó sobre el hombro de ella y lo apretó suavemente; en silencio, la condujo fuera de la habitación.

Mientras subían las escaleras, Kay se dio cuenta de que Anderson no los había seguido dentro de la casa. Todos los hombres de Sedgewick debían estar allí arriba, esperando. Todo estaba planeado, hasta el detalle de que él le mostrara su colección Piranesi. Parecía *planeado,* incluso el desayuno.

En el rellano del segundo piso, Kay se detuvo. “Dejé mi capa abajo. Solo me llevará un minuto recuperarla”.

Ella se giró, dispuesta a huir, pero la mano de Sedgewick la agarró del brazo. «Déjalo. Ya la recogerás después», dijo.

Al llegar al cuarto piso, Sedgewick comentó: «Este piso se utilizaba principalmente como habitaciones para el servicio y trasteros. Ah, y en los extremos de las alas hay unas habitaciones en la torre bastante pintorescas, accesibles desde el piso inferior, de un encantador estilo gótico».

El cuarto piso contrastaba enormemente con el resto de la casa. La guió por un largo pasillo sin alfombra, sin ofrecerle mostrarle ninguna de las habitaciones por las que pasaban.

Kay escuchó sus pasos sobre el suelo de madera. Se le erizó el vello de la nuca. Sus razones para traerla allí no podían tener nada que ver con mostrarle la casa. No había aflojado el agarre de su brazo, lo que hizo que Kay pensara que creía que podría escaparse. Si lograba zafarse, ¿podría escapar de él? Ciertamente no por mucho tiempo. Él conocía este lugar, ella no. Y *ellos* andaban merodeando, en algún lugar cercano.

Sedgewick se detuvo frente a una de las sencillas puertas barnizadas y sacó un juego de llaves del bolsillo. Sin soltarla del brazo, abrió la moderna cerradura Yale. La adrenalina le recorrió las venas. Empujó la puerta de par en par y la condujo al interior de la habitación.

Kay se quedó paralizada, esforzándose por distinguir las formas en la habitación, plenamente consciente de que Sedgewick había cerrado la puerta tras ellos. Él pasó a su lado y abrió dos juegos de largas contraventanas de madera que desentonaban con el estilo arquitectónico de la casa. Al entrar la luz, Kay reconoció los muebles. Se abalanzó contra la puerta e intentó abrirla frenéticamente, girando y aflojando el pomo, apenas percatándose del agudo lamento que perforaba el aire. Frustrada, se lanzó contra la puerta. Desesperada, retrocedió aún más para intentarlo de nuevo. Pero los brazos de Sedgewick la sujetaron por detrás, impidiéndole el paso.

Kay estalló en un movimiento furioso: sus brazos y piernas se agitaban, su cuerpo se retorcía. Pero casi al instante sus rodillas se estrellaron contra el suelo, y Sedgewick le inmovilizó las muñecas con los pulgares colocados de tal manera que cualquier movimiento de sus manos le provocaría un dolor punzante en los brazos. Kay conocía ese agarre; ella misma había podido usarlo alguna vez. Aun así, tiró de su muñeca derecha, decidida a liberarse. Aulló al sentir el dolor esperado, pero no logró aflojar su agarre. Su respiración, corta y rápida, le desgarraba la garganta en sollozos jadeantes.

"No te pelees conmigo, Kay, no tienes ninguna posibilidad, estás en clara desventaja. ¡Cálmate, por el amor de Dios, cálmate!"

Kay miró fijamente, entre lágrimas, las anchas tablas de roble del suelo. ¿Cómo pudo haberlo hecho? La repugnancia que sentía, haber hecho que esta habitación se pareciera a la otra, querer revivir todo aquello, haber clavado incluso las lámparas, incluso ese detalle de la pantalla... esposada a las barras de latón de la cabecera de la cama, había contemplado fijamente aquella lámpara de la mesita de noche, y al mirarla ahora veía la misma mancha en la pantalla; incluso la había reproducido.

El hombre era un auténtico enfermo.

“No te haré daño”, decía, “no te haré daño, solo quiero hablar, por favor no pelees, no me obligues a esposarte, por favor Kay...”.

La ventana. Si tan solo pudiera llegar a la ventana. No dejaría que la hiciera pasar por eso otra vez, no lo permitiría. Tenía que dejar de sollozar, tenía que controlarse, tenía que hacerle creer que haría en silencio lo que él quisiera y entonces podría correr hacia la ventana cuando él bajara la guardia. Ya había fingido una vez y él le había creído lo suficiente como para quitarle las esposas, había salido a buscarles café y ella lo había engañado, y había tenido las esposas preparadas para él debajo de la almohada, había tenido el trozo de botella preparado para él mientras yacía boca abajo fingiendo dormir. Él le había creído entonces, se había dejado engañar.

Cuando Kay logró controlar sus temblores, levantó la cabeza y, a través del borrón de lágrimas, lo miró a la cara. —Sin esposas —dijo, interrumpiendo su constante torrente de palabras—. No voy a resistirme.

Sedgewick sonrió. —Ya verás que no tienes motivos para pelear conmigo. De acuerdo, te lo prometo. Esta vez será diferente.

El odio se expandió en su pecho, como aquella otra vez que se vio reflejada en el espejo después de la paliza, como cuando, agachada sobre el bidé, el agua tibia le quemó una

y otra vez. Sintió que su odio llenaba la habitación y se preguntó cómo él podía ignorarlo, pues latía a su alrededor.

La mano derecha de Sedgewick cambió de agarre y se deslizó por su brazo. Hizo lo mismo con la izquierda y la ayudó a ponerse de pie lentamente, luego la sujetó de nuevo por la muñeca derecha como si no confiara en ella. Se movieron torpemente hasta la cama y se sentaron en el borde. «¡Oh, Dios mío!», exclamó Kay, «¡hasta tienes un colchón horrible, es monstruoso, Sedgewick, monstruoso!».

“Es el mismo colchón. Casi todo es igual. Volví a ese lugar y compré todo lo que hay en la habitación. El baño es diferente, pero parecido. Pero esta cama, es la misma.”

Los temblores la invadieron de nuevo. "¿Cómo pudiste hacer algo tan horrible? ¡Dios mío, Sedgewick!"

“No es lo que piensas. Es cierto que al principio estaba enfadado contigo, quería hacerte daño. Planeé hacerte daño. Fue entonces cuando compré todos los muebles. Pero después, cuando me ascendieron a jefe y te encontré y empecé a observarte, comprendí lo que había pasado, y entonces decidí reorganizar esta habitación para recordármelo, para reforzar la necesidad de mantenerme bajo control. No te habrías puesto tan histérica si yo no hubiera estado fuera de control, Kay.” Aún sujetándole la muñeca, la empujó hacia atrás hasta que quedó tumbada boca arriba. Con la mano libre le acarició el pelo.

Kay tragó el vómito hirviendo que le subió a la garganta. Tenía que contenerse para no pelear o no tendría ninguna posibilidad... pero no creía poder soportarlo.

“Lo que te hice... me merecía perderte por eso. Ahora lo sé. Me enfurecí tanto cuando el viejo me contó que te ibas, y luego, cuando fui a enfrentarte y descubrí que ya te habías ido, no podía pensar con claridad, Kay, era como si hubieras estado tramando algo a mis espaldas... ¿Te sobornó el viejo? A menudo me he preguntado si esa fue la razón por la que te fuiste.”

—¿Qué quieres, Sedgewick? —preguntó Kay para que dejara de hablar de todo aquello—. ¿Por qué me has traído aquí?

«Llámame por mi nombre, Kay. Esto es solo entre tú y yo, no tiene nada que ver con nuestra relación laboral. En esta casa, cada uno es uno mismo.»

Kay notó un leve tic en su párpado inferior izquierdo. —Me ordenaste que viniera —dijo—. Vine contigo porque me lo ordenaste, como mi controlador.

“Pero ahora que somos libres de eso, nos hemos quitado las insignias, aquí solo somos nosotros mismos, Kay.”

—¡No me lo puedo creer! —gritó Kay—. Nos has encerrado en esta habitación, me estás sujetando la muñeca para que

no pueda moverme. ¡No tengo otra opción! Al final, tuvo que ceder. Nadie podía mantener el agarre indefinidamente.

“Porque tenemos que hablar, y tenemos que ser controlados, sin violencia esta vez... ¿Cuándo te acordaste?”

—Después del bombardeo —dijo Kay con amargura—, lo recordé.

“Esa primera noche en Seattle me di cuenta de que no recordabas ciertas cosas. Pero no me di cuenta de que habías olvidado casi todo. Te di muchas oportunidades esa noche, tanto para huir como para atacarme. Pero no hiciste ninguna de las dos cosas. Y me emborraché contigo a propósito, pensando que todo saldría a la luz y sabría cuál era tu postura. Pero no recordabas nada. Y trabajamos tan bien juntos, al principio. Pero cuando recuperaste la memoria, las cosas cambiaron. Tu hostilidad... ¿no te das cuenta? Si hablamos de ello, exorcizaremos todo eso.”

“No quiero hablar de eso, no quiero recordarlo”, dijo Kay. “Si me trajeron aquí para matarme, háganlo de una vez”.

“¡Matarte!”

Sus ojos se abrieron de par en par, y Kay se preguntó, como solía hacerlo, de qué color serían. No eran verdes, ni azules, ni grises, ni color avellana... «Solo hay una situación concebible en la que... pero no, ¿eso es lo que pensabas? ¿Por qué me cortaste?»

¿Recuerdas lo que te dije? No vamos a salir los dos con vida de esta, Sedgewick.

“Lo he pensado una y otra vez. No podrías matarme entonces, Kay, ni siquiera en esas circunstancias. Jamás serías capaz de matarme a menos que estuvieras histérica y no supieras lo que hacías. Hay algo en ti que te impide hacerlo. Somos gemelos, estamos demasiado unidos…”

—¡No! —chilló Kay. Apoyándose en el marco de la cama, intentó incorporarse usando los músculos de la espalda y los muslos.

Sedgewick se giró sobre ella. —Para —susurró—, ¡para! No podía respirar, su cuerpo la aplastaba. —Controlaté —le susurró al oído—. Debemos controlarnos. Parecía que se lo decía tanto a sí mismo como a ella.

No tenía ni idea de lo que él quería, de lo que estaba haciendo; esa incomprensibilidad la frustraba tanto —¿cómo se podía manipular a alguien si no se tenía ni idea de lo que pasaba por la mente del otro?— que rompió a llorar. Estaba irremediablemente atrapada en su locura. Él jamás la dejaría escapar.

Pero una vez que comenzó a llorar, los sollozos la sacudieron de nuevo, sollozos que no podía contener. Aun así, una parte de su mente notó fríamente cómo él se apartaba de su pecho, permitiéndole respirar, mientras el

sonido de sus sollozos en sus propios oídos ahogaba su voz, mientras su llanto borraba su imagen de sus ojos hinchados, y la obstrucción de su nariz con lágrimas calientes y saladas borraba su aroma. Solo su peso físico sobre su cuerpo presionaba contra su conciencia.

El paroxismo se agotó, deteniendo el flujo de lágrimas, cuyos rastros se secaron y estiraron la piel de su rostro mientras sus sollozos se convertían en hipos. Kay se percató del silencio en la habitación, un silencio que dejaba pasar el lejano sonido de las olas. Su visión, borrosa, se centró en los nudos de algodón blanco que formaban el dibujo de la colcha, y en el silencio escuchó la respiración de Sedgewick, y la suya propia, que se calmaba.

—No puedo obligarte a escucharme —dijo Sedgewick en voz muy baja—. Durante todos estos años te he estado hablando en mi cabeza, explicándote, analizándote. Y ahora que tengo la oportunidad de hablar contigo, no me escuchas. Tu venganza... ¿no fue suficiente, cortarme la cara en pedazos? Kay sintió un remordimiento momentáneo, y luego se enfureció ante esa punzada de culpa. Al ver que no decía nada, Sedgewick suspiró. —Está bien. Me rindo. Volveremos y olvidaremos todo esto. No puedo obligarte a nada de lo que quiero. Necesitas un paño húmedo para la cara. Te lo traeré y luego bajaremos.

Milagrosamente, se levantó y fue al baño. Kay se incorporó lentamente y lo vio sacar una toalla del armario, ponerla bajo

el grifo y abrir el agua. Ahora. Tenía que hacerlo ahora. Se puso de pie y se estremeció al oír el crujido de los muelles de la cama. Sedgewick la miró por encima del hombro. Ante esa mirada sombría y vigilante, ella rodeó la cama corriendo y se lanzó hacia la ventana. Pero antes de que pudiera subirse al alféizar, él la agarró, la volvió a tumbar en la cama y se lanzó tras ella. —¿Estás loca? —gritó.

Pero Kay apenas se percató de sus gritos, pues al caer sobre su costado izquierdo sintió el comunicador presionándole la cadera. Entonces recordó su plan para destruir a Sedgewick y al Ejecutivo.

¿Qué demonios te pasa, mujer? —gritó, agarrándola por los hombros y sacudiéndola—. Te dije que nos iríamos, ¿y todavía intentas tirarte por la ventana? ¿También es por venganza?

—Pensé —dijo Kay, tratando de recomponerse y encontrar una salida a aquel lío—, que me estabas mintiendo. Estoy confundida. No te imaginas lo confundida que estoy. ¡Traerme a esta habitación de locos... no puedo pensar aquí dentro!

—Nunca te he mentido —dijo Sedgewick, con voz baja—. Pero tal vez tengas razón, tal vez sea esta habitación. Vámonos de aquí. Puedes lavarte la cara abajo. Se levantó de la cama y sacó la llave del bolsillo, sin darse cuenta, ni siquiera con el gran espejo amarillento e inclinado a los pies

de la cama, de lo desaliñado que estaba su pelo y su ropa. No se dirigió a la puerta hasta que Kay empezó a abrirse paso hacia ella.

Bajaron las escaleras en silencio. En el rellano del segundo piso, Sedgewick la guió por el pasillo hasta llegar a un dormitorio enorme. «Usa el baño de ahí. Yo estaré abajo, en el salón principal, al frente de la casa». Kay lo vio salir al pasillo. Un momento después, se acercó de puntillas a la puerta y lo vio desaparecer al doblar la esquina.

Entró al baño y se salpicó la cara con agua fría. Tenía que pensar, tenía que decidir qué hacer. Eso significaba calmarse lo suficiente como para poder pensar.

Kay ideó cuatro alternativas. Primero, podía intentar matarlo. Eso implicaría que tendría que ser capaz de matar, algo que no sabía con certeza; incluso suponiendo que pudiera, sería difícil, quizás imposible, lograrlo con éxito. Además, sería una solución personal y probablemente no debilitaría sustancialmente al Ejecutivo. O bien, podía llamar al Marq'ssan de inmediato y organizar su escape, confiando en que Sedgewick la llevaría de vuelta a Washington D.C. como había prometido. La tercera posibilidad era huir. Pero si intentaba escapar, Sedgewick, junto con seis hombres de la Compañía, la perseguiría de inmediato.

Y esto era una isla.

Kay se secó la cara con la gruesa toalla de algodón y llegó a la cuarta posibilidad: engañarlo. ¿Podría desentrañar la maraña de sus violentas convulsiones emocionales y encontrar la manera de manipularlo, y soportar hacerlo? Apenas soportaba que la tocara, y a pesar de su falta de sensibilidad sexual, parecía tener una compulsión por manosearla. ¿Qué le pasaba? ¿Cuál era su obsesión con el pasado si no tenía que ver con la venganza?

Sabía que no podía seguir pensando en el baño mucho más tiempo antes de que él viniera a ver cómo estaba. Se miró el rostro enrojecido y los ojos inyectados en sangre en el espejo. "¿Puedes hacerlo, Zeldin?", le preguntó en voz alta a su reflejo. "¿Puedes con esto?". Hizo una mueca al verse reflejada y salió del baño.

Kay se detuvo en las escaleras. Él había admitido que la había estado espiando durante *años.*

Lo encontró de pie, de espaldas a la habitación, contemplando la vista del océano. Odiaba llamarlo por su nombre de pila, pues parecía un reconocimiento de que aún quedaba algo entre ellos del pasado. Pero de alguna manera le importaba, y la manipulación era manipulación (que era a lo que se reducía el hecho de ser agente doble). —Robert —dijo Kay.

Sedgewick se giró y la miró fijamente al otro lado de la habitación.

“Estoy totalmente dispuesta a escuchar todo lo que tengas que decir. Mira. Esa habitación, ¿ves?... me molestó.”

Él avanzó, y Kay consideró cómo tomar el control de la situación. Él quería algo de ella, y eso le daba ventaja. Pero en esencia estaba a ciegas, y eso era una desventaja. Antes de que él la alcanzara, se deslizó en uno de los dos sillones orejeros enfrentados frente a frente, al otro lado de un tablero de ajedrez. —¿Nos sentamos a hablar? —dijo, buscando la distancia física que ofrecían los sillones.

Sin decir palabra, Sedgewick se sentó en la silla de enfrente. Su aspecto había vuelto a ser impecable.

—¿Por qué me obligaste a entrar en esa habitación? —preguntó Kay en voz baja.

—Fue un error, ¿no? —dijo Sedgewick—. No estaba del todo seguro de que lo recordaras, aunque pensé que probablemente sí. En cualquier caso, quería obligarte a afrontar el pasado. Has sido tan evasiva. Jamás se me ocurrió que te pondrías tan... histérica.

Para mantener la iniciativa, Kay hizo otra pregunta: "¿Esa habitación de ahí arriba tuvo algo que ver con el motivo por el que me contactaste?"

“Durante mucho tiempo creí que algún día se presentaría una situación especial en la que serías la persona ideal. Cuando llegó esta crisis, supe que eras la única indicada.

¿Consentirás que no arriesgaría una crisis de tal magnitud con cualquiera?”

Tras una pausa, Kay dijo: «He estado pensando y pensando, y simplemente no puedo imaginar qué es lo que quieres de mí. No puede ser sexo. Y ya me tienes bajo tu control. Dices que no quieres matarme, y podrías haber sido tan abusivo como quisieras cuando estábamos en esa horrible habitación. Dices que quieres que te escuche. Pero eso no es todo. La operación para la que me reclutaste ya terminó, pero no me dejas ir a casa. ¿Qué es lo que quieres, de mí, Robert?».

La intensidad de sus ojos —que ya no brillaban— la inquietó. «Después de mi cirugía, todo cambió. ¿Estás de acuerdo, Kay?»

Ella asintió.

No es que antes no supiera lo mucho que... lo mucho que te quería. Pero después de la cirugía me di cuenta de lo difícil que sería para nosotros que funcionara, y el psiquiatra asignado a mi caso me presionaba constantemente para que rompiera contigo, diciéndome que era imposible, y el viejo también, aunque ya me había presionado antes, después seguía insistiendo en que nunca funcionaría. No eras un Ejecutivo, me decían, así que ni siquiera eso me ayudaba. Cómo nunca podrías estar satisfecha, ya que tu apego a mí había sido sexual, y la cirugía lo había trastocado todo. El

verdadero problema, sin embargo, que no veía entonces, era mi propia frustración, el miedo a no poder alcanzarte y, por lo tanto, esforzarme cada vez más por intentar moverte, aferrarme a ti, retenerte. Y tú, todo el tiempo, no parabas de hablar de mi desprecio por ti porque eras sexual. Eso no era cierto, Kay. Ambos nos malinterpretábamos.

Kay contempló las piezas de ajedrez talladas en marfil y ébano. Los alfiles estaban representados como llamas, las torres como elefantes. «Nunca fuimos compatibles», dijo Kay con voz fría y dura. «Aunque no te hubieras operado, habríamos roto cuando lo hicimos. No había ninguna posibilidad de que funcionara».

“¡En aquel entonces no lo creías! ¿Te imaginas a dos personas tan unidas como lo estábamos nosotros?”

“Lo olvidas, ¿verdad? ¿Y qué hay de todos tus otros amores platónicos? Siempre estábamos juntos, yendo y viniendo. Eso hacía que trabajar juntos fuera un infierno.”

“Solo intentaba resistirme a lo que sabía que era un apego profundo. Nunca había tenido con nadie lo que tuvimos nosotros. Eran relaciones de pánico, Kay. Y tú también lo sabías.”

Ella negó con la cabeza. «Recuerdo lo suficiente como para saber que eso no es cierto. Me estabas utilizando. Al principio me sentí halagada. Y admito que había una fuerte

atracción sexual. Pero luego, cuando la emoción inicial se desvaneció, ahí estábamos, y tú eras mi controlador. No supe cómo manejarlo, y la primera vez que intenté renunciar...» Tragó saliva. «Esa última vez, ¿por qué crees que envié mi renuncia directamente a Washington en lugar de a través de ti? Calais no fue la primera vez que hubo violencia entre nosotros.»

"Pero lo demás fue diferente. Mutuo. Consensual, experimental, exploratorio. Vivimos tantas cosas juntos, Kay, más de las que la mayoría de los amantes podrían soñar. No compares eso con lo que pasó en Calais."

Kay apretó los puños sobre su regazo. «No puedo creer que digas eso. ¿Crees que me gustó lo que pasó después de tu cirugía? ¿A eso le llamas consentimiento? ¡Y yo trabajaba para ti!».

—¿Por qué sigues mezclando nuestra relación laboral con nuestra vida personal? —Sedgewick negó con la cabeza, aparentemente desconcertado—. Eran asuntos separados. Siempre tuvimos cuidado de mantenerlos separados.

"Nunca estuvieron separadas. Y no podían estarlo. ¿Y qué si usamos apellidos en el trabajo y nombres de pila en la cama? ¿Crees que eso es todo? ¿Nuestra forma de dirigirnos a los demás?"

"¿Por qué estás tan enfadada por eso?"

“¡Porque lo hiciste a dos bandas, ¿verdad?! En el trabajo, para mantenerme a raya, presionaste botones que sabías que funcionarían gracias a nuestra relación personal. En nuestra relación personal, te aprovechaste de tu posición de superior para controlarme. Y lo estás haciendo de nuevo, Robert. Me has estado intimidando y controlando a la vez, ¡y me molesta!”

“Eso simplemente no es cierto”, dijo Sedgewick.

“Toma esta situación. Ayer me anunciaste que te tomarías el día libre si hacía buen tiempo. Que tenías una 'sorpresa' para mí. Esta mañana mandaste a alguien a despertarme y me llevaste a toda prisa a tu avión. Sin explicación, sin invitación. ¿Me dijiste: 'Vale, nos tomamos el día libre, ¿te gustaría venir a ver mi monstruosidad gótica en una isla que tengo en Maine?' No, no me dijiste nada.”

Eso es lo que me pasa. Lo que hiciste fue dejar claro que te seguiría la corriente. Ni siquiera me lo *preguntaste.* En cambio, fue: «Arriba, Zeldin, es hora de irnos». ¿Crees que porque nos quitamos las insignias de seguridad podemos ser algo más que superiores y subordinados? Estamos más o menos al mismo nivel que Felice, Marie, Weatherall y Mimi. Y así éramos también entonces.

Sedgewick negó con la cabeza. «No sé cómo puedes hacer semejante comparación. Nuestra relación no se parecía en nada a esas. Sabes cuánto respeto tu inteligencia... Es tu

problema con la autoridad que resurge, ¿no? No lo entiendo. Me ha perturbado, y hemos tenido problemas en nuestra relación laboral por ello, problemas que de otro modo se habrían evitado...» Se inclinó sobre el tablero de ajedrez. «Déjame preguntarte esto. ¿Cuándo es posible que dos personas no difieran jerárquicamente en cualquier relación? ¿Es eso lo único que te importa? Podría decir que en el pasado, mientras yo tenía más poder en nuestra relación laboral, tú controlabas nuestra relación personal, y que la mayoría de las veces estaba dispuesto a aceptarlo, excepto cuando se trataba de tu decisión unilateral de dejarme sin siquiera tener la decencia de decírmelo tú misma.»

Kay hizo un gesto. “¿Lo ves? Cuando hablamos del pasado, damos vueltas en círculos y no nos ponemos de acuerdo en nada. Entonces, ¿qué sentido tiene hablar de ello?”

“¿Cuando has acumulado tanto resentimiento?”, dijo Sedgewick. “¿Resentimiento que ocultaste?”

“He escuchado lo que tenías que decir sobre el pasado. ¿Qué más quieres? Seguro que hay algo más.”

Sedgewick sonrió levemente. "¿Te complace tratarme con condescendencia?"

Kay miró fijamente el tablero de ajedrez. Tenía que tantear el terreno para descifrar lo que venía a continuación. —Lo siento —dijo—. Pero ya te he hecho esa pregunta tantas

veces esta mañana... y nunca me contestas. Las posibilidades se vuelven inquietantes.

Sedgewick comenzó a levantarse de su silla, pero al cruzar la mirada con Kay, se hundió en los cojines y cruzó las piernas. La tensión en sus hombros y el puño apretado sugerían que estaba muy tenso. Kay lo observó con recelo. Finalmente, suspiró y comenzó a hablar con un tono de voz inusualmente emotivo.

“Has visto la esencia de mi vida. Excepto por el hecho de que actualmente estamos en estado de emergencia, así es prácticamente mi día a día, solo que con más tiempo libre: viajes y actividades al aire libre, para mi propio placer... Pero has visto mi casa y mi oficina, y debes tener una idea de mi vida social, siempre mezclada con asuntos ejecutivos. Mi trabajo me sienta bien, estoy magníficamente hecho para él, y no puedo decir que me arrepienta de haber elegido ese camino. Pero ha habido una ausencia, Kay. Y eso lo siento cada vez con más fuerza. Han pasado trece años desde que alcancé mi ambición. No hay ningún puesto al que aspirar que sea más alto que el que ocupo. Por supuesto, sigo acumulando poder, pero eso se ha convertido casi en un hábito después de tanto tiempo.

Me preocupa esta ausencia... Existe cierto aislamiento, o alienación si se prefiere, que afecta a los hombres ejecutivos. Estoy seguro de que se entiende por qué. Algunos intentan superarlo mediante relaciones de compañerismo, pero a mí

no me resultan satisfactorias. Otros buscan mujeres ejecutivas con quienes firman contratos... pero ninguno de los dos tipos de mujeres ejecutivas existentes —ejemplificados por Weatherall y Raines, respectivamente— me parece una posibilidad... y la idea de comprar a una mujer para tal fin es ridícula y contradictoria... Y luego, durante todos estos años, siempre he tenido presente el recuerdo de lo casi idénticos que éramos psíquicamente... Ahora lo niegas constantemente, pero obviamente tienes tus razones para tu hipocresía...

Sedgewick hizo una pausa, como dándole la oportunidad de protestar, pero Kay guardó silencio. “Ni siquiera yo tengo muy claro lo que quiero. Me gustaría tener la oportunidad de que volvamos a ser cercanos, Kay. Algo más que amigos, obviamente algo diferente a amantes, aunque si lo deseas, estaría dispuesto a intentarlo. Estoy convencido de que si trabajaras en Seguridad, volverías a ser tú misma de alguna manera, te enfrentarías a un desafío total, tus ambiciones se reavivarían, porque siempre has sido ambiciosa, como tú misma puedes ver incluso en tu carrera académica. No creo que hayas considerado todo lo que puedo hacer por ti. Puedo darte poder, mucho poder. Aunque las mujeres generalmente no ocupan puestos de alto nivel, podría lograrlo en Seguridad para ti. Nadie jamás cuestionaría mis decisiones dentro del Departamento de Seguridad... Y, aunque probablemente no tengas ni idea del atractivo de la riqueza, también puedo ofrecértela. No como soborno.

Serías una Ejecutiva espléndida. Ya lo he dicho antes. El Departamento de Seguridad se vería revitalizado contigo. En cuanto a tu problema con la autoridad, incluso eso dejaría de ser un problema, porque después de un tiempo inicial serías prácticamente tu propia jefa, Kay. Sujeta a mi aprobación, pero en general no interfiero mucho con mis hombres de confianza.

Hombres de primera. Kay casi se echó a reír. Pero la locura de la situación la asustaba. Llevaba tiempo pensando en esto, quizás al principio de forma tentativa, pero durante un tiempo como si pudiera lograrlo. ¿No comprar a su compañera, o lo que fuera que tuviera en mente para aliviar su soledad de mediana edad? Como un dictador loco que se hacía pasar por patético en su necesidad de afecto y sexo, agobiado por las cargas del poder... ¿Qué esperaba que sucediera arriba en esa habitación? ¿Qué le proponía sino soborno, a pesar de sus negaciones?

Pero, ¿qué implicaciones tenía esto para sus planes?

Todo, si ella pudiera soportar seguirle el juego.

Kay se removió en su silla, deseando tener su capa para abrigarse. El sol se había movido y ya no iluminaba esa parte de la habitación. —No sé qué decir, Robert —dijo lentamente—. No puedes esperar que el presente se fusione mágicamente con algo que recuerdas de hace veinte años. Ambos hemos cambiado.

Sedgewick se levantó, pero se quedó al otro lado de la mesa, como si quisiera evitar a toda costa acosarla. «Sí, hemos cambiado. Mi control ha mejorado muchísimo. Y quizás el tuyo también, aunque no mucho. Pero tus identificaciones han fallado. Trabajar en Seguridad lo solucionaría. Tú debes saberlo tan bien como yo».

Kay se estremeció. La gente que tenía ese tipo de trabajos o se adaptaba o se derrumbaba.

“No pido que retomemos lo que éramos, ni hablar. Sería imposible, y sospecho que ahora sería desagradable para ambos. Pero hay algo más que sexo... Y no hace falta que te imagines que yo sería propenso a los celos sexuales...”.

¿Y dónde encaja Scott en todo esto?, se preguntó Kay de repente. ¿Acaso Sedgewick creía que ella simplemente olvidaría la existencia de Scott?

Kay se puso de pie. No le gustaba estar sentada mientras él permanecía de pie. —¿Qué esperas? —preguntó.

“No lo sé. Pensé que eso se podría resolver sobre la marcha.”

—Me estoy congelando —dijo Kay—. Me gustaría ponerme la capa. ¿Y luego podríamos salir a caminar junto al agua? Necesitaba aire para despejar su mente. Los hombres con obsesiones eran impredecibles. Y los hombres tan poderosos como Sedgewick con obsesiones eran como la

nitroglicerina: inestables, explosivos, letales. Podía tomar su decisión en cualquier momento y pedirle al Marq´ssan que la recogiera si consideraba que era demasiado peligroso o personalmente intolerable. Por el momento, sin embargo, seguiría el juego. Era lo más lógico.

Capítulo diecinueve

[i]

Aterrizaron en DC mucho antes del anochecer. Un agente de seguridad que portaba una bolsa con sobres morados esperaba en la pista de aterrizaje con el coche.

Sedgewick examinaba los tonos púrpuras, Kay miraba por la ventana e intentaba evaluar —si no comprender— su situación. La monotonía de Washington D.C. la aturdía tras la extrañeza de la isla de Sedgewick.

Entraban en el garaje de Seguridad cuando Sedgewick siseó una serie de maldiciones entre dientes. Kay lo miró y vio que un músculo de su mandíbula se contraía. Contuvo la respiración y esperó. «La han perdido, Zeldin».

"¿Disculpe?"

Uno de los hombres de la furgoneta de escolta abrió la puerta de Sedgewick.

Sedgewick levantó la vista del memorándum. «La prisionera con el dispositivo de alta tecnología. Ha escapado de su celda. Torricelli afirma que era prácticamente imposible que hubiera traspasado el perímetro de seguridad que la rodeaba». Su mirada volvió al memorándum.

El ánimo de Kay se llenó de júbilo, pero, por supuesto, intentó mostrarse seria. "¿Eso significa que cree que fue un trabajo interno?"

Los ojos de Sedgewick se entrecerraron. —Un trabajo interno —dijo lentamente, escudriñando su rostro con una mirada casi cautelosa—. Nunca he oído hablar de *ningún* subversivo infiltrado en la ODS. Los dientes de Sedgewick brillaron. —Pero quizás deberíamos decirle a Torricelli que, según su razonamiento, la única conclusión lógica es que tiene un problema. Obviamente, algo en su sugerencia le divirtió en un momento en que era menos probable que algo le divirtiera. —Es demasiado tarde para volar hasta allí ahora. Pero está claro que no se puede confiar en que Torricelli se encargue de recuperar al prisionero e investigar el asunto de la fuga. Sedgewick, al darse cuenta por fin de que su puerta se había abierto, salió del coche. Kay se deslizó por el asiento. —Parece que tu próxima operación acaba de presentarse, Zeldin.

Kay salió del coche y Sedgewick la tomó del codo. Ella deseaba hacerle notar la ironía de que él tomara del codo a una subordinada que trabajaba bajo sus órdenes, mientras que al mismo tiempo afirmaba separar el trabajo de las relaciones personales.

—Quiero que supervises la búsqueda de la prisionera e investigues cómo escapó —dijo Sedgewick mientras caminaban entre la penumbra hacia la escalera.

"¿Yo? Pero nunca he hecho ese tipo de trabajo antes". Uno de los hombres abrió la puerta, y ella y Sedgewick entraron en la escalera.

Empezaron a subir las escaleras. «Entonces te resultará un reto en lugar de aburrirte. De hecho, creo que es una tarea ideal para ti. Además, aunque sea escandaloso que alguien de mi profesión lo admita, aprecio profundamente la justicia poética. Que Torricelli comparta mi aprecio es otra cuestión».

Sedgewick creía que disfrutaría de la incomodidad que su asignación le causaría a Torricelli. Sin duda, Torricelli estaría furioso y profundamente humillado al tener a una persona ajena a la Compañía para hacer su trabajo, especialmente cuando esa persona era mujer y no Ejecutiva. Y más aún cuando esa mujer no ejecutiva era Kay Zeldin.

—Entonces —murmuró Sedgewick mientras subían—, necesitarás un título. Déjame pensar. ¿Quizás «Asistente Especial del Jefe»? ¿Qué te parece, Zeldin? Te daría mucha libertad para cubrir diversas funciones en futuras operaciones. Y, por supuesto, un buen sueldo. Y necesitarás al menos a otro hombre para acompañar a Anderson. No podemos permitir que andes por Seattle con un solo hombre a tu lado; no quedaría bien para alguien en tu puesto. También necesitarás un conductor local, ya que querrás a alguien que conozca bien Seattle. ¿Y una secretaria? ¿Necesitas una secretaria, Zeldin? Para mecanografiar informes, quizás... ya que, dadas las circunstancias, no sería conveniente que los escribieras tú misma. Seguro que Weatherall puede encontrar a alguien que esté listo para acompañarnos mañana por la mañana.

Seattle. Iba a volver a casa. Iba a ver *a Scott.* Ocultó cuidadosamente su alegría a Sedgewick.

Entraron por las puertas dobles. —¡Señor Sedgewick! ¡Señora Zeldin! ¡Buenas tardes! —dijo Mimi al pasar al despacho de Weatherall.

Weatherall se levantó de su escritorio. —Veo que te llegó la bolsa —dijo—. Solo te envié las moradas. Todo lo demás lo abrí como de costumbre y resumí. Están en tu escritorio. Weatherall le dirigió a Kay una mirada gélida. —Espero que haya disfrutado de Maine, doctor Zeldin.

—Hay algo de niebla —dijo Kay—, pero el océano es hermoso con cualquier clima. —Weatherall —dijo Sedgewick, impaciente por esta charla—, necesito que encuentres una secretaria que pueda viajar a Seattle mañana, alguien con un alto nivel de autorización de seguridad.

Weatherall pareció sobresaltada. “Será mejor que me ocupe de eso de inmediato. Es un poco tarde para organizar algo así”.

“Nuestra prisionera estrella se ha escapado”, dijo Sedgewick. “Tendremos que salir de aquí lo antes posible mañana por la mañana”.

“¿Y la secretaria es para…?”

“Para redactar informes y demás, para Zeldin, que estará a cargo de la investigación allí.”

La mirada de Weatherall se posó de nuevo en el rostro de Kay. —Me ocuparé de ello inmediatamente, señor Sedgewick.

“Y café, Weatherall.”

Kay sintió la mirada de Weatherall seguirla hasta la oficina de Sedgewick. Probablemente, la ejecutiva desaprobaba el plan de Sedgewick. Eso preocupaba a Kay. No necesitaba la enemistad de Weatherall, pues Weatherall no estaba cegada

como Sedgewick. Si alguien la detectara, sería Weatherall. Weatherall bien podría ser la némesis de Kay Zeldin.

[ii]

«Tenemos que cambiar de táctica», dijo Sorben a modo de desafío. «Todo está cambiando, y muy rápido. Solo cinco gobiernos han mostrado un interés creíble en aprovechar los beneficios que ofrecemos mediante la negociación. Los gobiernos estables se preparan para un largo asedio, y los gobernantes de los gobiernos en colapso se preparan para huir, sin duda con la ayuda de sus aliados en los gobiernos estables».

Durante medio minuto, reinaba un silencio atónito.

Entonces: “No podemos hacer más de lo que ya hemos asumido, Sorben I Sorben”, dijo Fenst I Sellyyn. “La mayoría de nosotras estamos agotadas por nuestras incursiones diarias de represalia”.

“Hablé de un *cambio* de tácticas, Fenst”, dijo Sorben. “Propongo que abandonemos la política de represalias específicas y adoptemos un enfoque más selectivo, diseñado para debilitar las estructuras militares y policiales de los gobiernos”.

Los ojos de la Marq'ssan se cerraron mientras cada una escudriñaba los campos de las demás. Se avecinaba un conflicto y se tomaría partido; Magyyt lo presentía. Prefirió esperar a ver qué se materializaba en oposición a Sorben antes de hablar.

Leleynl I Absq habló de inmediato, cambiando de Boldeni a Immeni. «Qué impaciente te has vuelto, Sorben I Sorben». Magyyt se irritó ante la elección de Immeni. «Has vivido en este planeta durante años. Sabes cuán arraigadas están sus estructuras. Y sabes cuánto tiempo nos llevó en Marqeuei, aunque tú misma aún no habías nacido cuando comenzó esa lucha». Magyyt notó la reprimenda implícita. Ella había creído que Leleynl I Absq estaba por encima de esa retórica manipuladora. «Ha pasado menos de un mes terrestre desde que comenzamos. ¿Qué creías que iba a pasar? ¿Acaso imaginabas que los gobiernos simplemente se doblegarían ante nuestro poder superior y se retirarían discretamente? Me sorprende tu ingenuidad, Sorben I Sorben».

Los cuerpos en la habitación se movieron. El más cercano a Sorben y Magyyt era Tyln I Khnor, junto a Tyln estaba agachada Vlohr I Alya y junto a Vlohr, Flhan I Leleynl, lo cual a Magyyt le pareció de lo más interesante. Magyyt sabía poco sobre la relación de Leleynl I Absq con su descendencia. A ella le resultaba extraño pensar en Leleynl, tan poco presente en Marqeuei, como madre biológica de alguien. Magyyt sospechaba que Flhan podría tener problemas

fronterizos con Leleynl. Pero eso era especulación y no era asunto suyo.

—No se trata tanto de impaciencia, Leleynl I Absq —dijo Magyyt, volviendo a Boldeni, con claridad, mirando a Leleynl al otro lado de la sala, ahora rodeada por casi todos los presentes—. No recuerdo que las políticas deban considerarse estructuras permanentes. Necesitamos flexibilidad en nuestras relaciones. Debemos responder a lo que aprendemos y no adherirnos dogmáticamente a las estructuras por el mero hecho de serlo.

¿Estarás de acuerdo en que esa es la manera de actuar del Marq'ssan? Magyyt se dio cuenta de que ella también estaba divagando retóricamente. ¡Pero la situación lo exigía!

—Últimamente, Sorben siempre se muestra agresivo —dijo Sbina I Sellyyn, mirando fijamente a Magyyt antes de dirigirle la mirada a Sorben—. Lo que debes hacer, Sorben, es atacar sus estructuras militares y policiales. Y eso es prácticamente lo mismo que librar una guerra al estilo terrestre.

—Eso es una tontería, Sbina —dijo Sorben—. No pretendo matar a nadie, como bien sabes. Pero te digo que me repugna la violencia que los gobiernos ejercen sobre sus poblaciones. Me repugna su sistema penitenciario. Si tienes alguna duda sobre sus tácticas, visita a la persona que saqué de su celda anoche. Destruiría todos esos lugares. Si lo

hiciera, limitaría enormemente su capacidad para infligir violencia a la población. Iría a todos esos lugares del planeta.

—¡Locura! —dijo Sbina en Immeni—. Deben aprender a negociar…

«La mayoría de ellos están a punto de dar por terminadas todas las negociaciones, incluso los que se dignaron a enviar delegadas», dijo Sorben, de nuevo en Boldeni. «En cambio, muchos gobiernos están declarando la guerra a sus poblaciones, ya que no pueden declararnos la guerra a nosotros. Y el gobierno más poderoso, el de Estados Unidos, ha decidido sacar el mejor partido de la situación, según su parecer, e ignorarnos, desafiándonos, supongo, a hacer algo más dañino que simplemente desmantelar instalaciones que de todos modos deben permanecer inactivas mientras estén sin electricidad. ¿Están preparados para semejante punto muerto? ¿Qué pasa si descubren que somos susceptibles a ser manipulados con amenazas de quitar vidas?». Magyyt notó que varias Marq'ssan se acercaban sigilosamente a su grupo. Pero entonces el argumento de Sorben fue directo, obvio, lúcido.

“Es más importante que dediquemos nuestras energías a educar a las mujeres de *S’sbeyl”,* dijo Leleynl. “Si aprenden a negociar y a mediar, a hablar, a escuchar y a llegar a acuerdos entre ellas, lograrán un objetivo mucho más importante que si malgastamos nuestras limitadas energías intentando destruir directamente a los gobiernos”.

“Mientras tanto, los encarcelamientos, las torturas y los asesinatos se intensifican”, dijo Magyyt.

Leleynl miró fijamente a Magyyt al otro lado de la habitación. «Es hora de que reflexiones, Magyyt. Supongamos que destruimos las estructuras físicas que sustentan sus estados policiales. Incluso supongamos que hemos destruido todo su armamento más peligroso y sofisticado. ¿Qué crees que lograremos con eso?»

“Será el comienzo de algo nuevo”, dijo Magyyt.

El campo de Leleynl ondulaba con una suave burla. «No. Será la afirmación, en una forma más primitiva, de lo que ya existe. Aquellos que sean más brutales, más fuertes, menos interesados en la supervivencia de su especie, se reorganizarán. Algunos de los que ahora son impotentes se volverán poderosos, es cierto. Pero considera quiénes... se unirán en bandas y lucharán por la supremacía, a menor escala. ¿Es esta tu solución?»

“No sabemos si eso sucederá”, dijo Sorben. “Y si ya hay mujeres cooperando, no tiene por qué ser así”.

«¡Si es así!», exclamó Leleynl. «¡Si ya hay mujeres cooperando! ¿Y cómo están la gran mayoría de las mujeres en cualquiera de estas sociedades del mundo? En su mayoría están aisladas y programadas psicológicamente para apoyar cualquier opresión que se ejerza sobre ellas o sobre otras».

“¿Estás culpando a las mujeres, Leleynl?”

“No, Magyyt, no culpo a las mujeres. Te digo que sus estructuras están profundamente arraigadas en cada ser humano. No se puede solucionar nada destruyendo las estructuras físicas. Y alterar significativamente las estructuras arraigadas lleva mucho tiempo.”

La habitación quedó en silencio. La depresión se apoderó de Magyyt. Ella se preguntó si Leleynl tenía razón. La mayoría de las Marq'ssan que se habían acercado a Sorben y Magyyt estaban cambiando de rumbo.

Pero Sorben no había terminado. «Creo que deberíamos realizar algunos experimentos», dijo. «No es necesario que destinemos todos nuestros esfuerzos a ello. Sin duda, deberíamos seguir patrocinando negociaciones con los gobiernos de Sudáfrica, Uganda, Nueva Zelanda, Bolivia y Cuba mientras estos gobiernos sigan negociando con aparente buena fe. Pero ¿cómo podemos saber qué funcionará si nunca probamos enfoques diferentes? Lo que me gustaría ver serían Zonas Autónomas Temporales, zonas enteras libres de autoridades externas, donde se pudiera dar a las nuevas estructuras la oportunidad de gestarse y evolucionar».

Leleynl se rió con dureza: «Estás loca. Si simplemente eliminas a las antiguas autoridades, inmediatamente surgirán otras nuevas».

“No, si existen seres humanos comprometidos con los principios del autogobierno no autoritario, dispuestos a asumir la responsabilidad de las zonas”, dijo Sorben.

Dghatd I Merr san Fehln habló: “Eso lo han propuesto algunas mujeres libres de los Estados Unidos, pero no lograron que se considerara dicha propuesta”.

“Podemos forzar la mano del Ejecutivo”, dijo Sorben. “Como experimento. Destruimos a las autoridades externas mientras organizaciones activistas de base se hacen cargo de la distribución de agua y alimentos y otras necesidades básicas. Además, en un lugar así podríamos brindar mucha ayuda material a la zona, como parte del experimento, como nuestra respuesta al derrocamiento del gobierno por la fuerza”.

La mitad del grupo de Leleynl se dirigió al lado de Sorben en la sala. El ánimo de Magyyt mejoró.

—¿Cómo piensas obligarlos a actuar? —preguntó Leleynl con ironía—. ¿Acaso pretendes amenazarlos con graves consecuencias si no desocupan la zona?

“¿Por qué no?”, dijo Sorben. “No tenemos por qué poner vidas en peligro. Podríamos empezar por desmantelar cualquier equipo militar del que tengamos conocimiento”.

“¡Eso podría llevar una eternidad!”, dijo Sbina. “Supongo que te refieres a un enfoque paso a paso, ¿verdad?”.

«¿Quién carece ahora de paciencia?» Los bordes del campo de Tyln brillaron burlonamente. «Creo que experimentar es una excelente idea. Y si a Leleynl y a otros no les gusta el plan, sin duda tienen todo el derecho a continuar con lo que estamos haciendo actualmente. Pero lo que me preocupa son nuestras energías desestructurantes. Y creo, junto con Sorben I Sorben, que debemos empezar a utilizarlas selectivamente.»

Magyyt comenzó a relajarse. Estaba quedando claro que sería una cuestión de cómo lo harían y a qué escala, más que una negativa a aceptar cualquier cambio. Pero entonces, aquellas que se habían ofrecido como voluntarias para el "Grupo de Trabajo" ya tendían a estar inclinadas hacia la forma de pensar de Tyln y Sorben, no hacia la de Leleynl. Era un grupo joven e interesado en la dinámica del cambio. Como les había recordado Leleynl, muchos de los presentes no habían estado allí cuando comenzaron los grandes cambios en Marqueei. Podrían a menudo ceder ante el incomparable *bahlahmm* de Leleynl I Absq, pero no necesariamente estarían siempre de acuerdo con ella. Y como todo Marq'ssan sabía, el acuerdo lo era todo.

[iii]

Aterrizaron en la base bajo una llovizna gris. Una limusina de combustión interna los recibió y los llevó la corta distancia hasta el cuartel general. Torricelli no estaba en la pista con el grupo de subordinados que esperaban la llegada de Sedgewick. Kay se preguntó por qué. La mayoría de los hombres del rango de Sedgewick insistían en protocolos ceremoniales que subrayaran la cadena de mando. Le pareció improbable que Sedgewick eximiera a todos sus "hombres de alto rango" de tales muestras de respeto.

Torricelli recibió a Sedgewick en la puerta de su oficina. Cuando el odioso muchacho vio a Kay, se puso rígido; ella se dio cuenta de que él no tenía ni idea de que ella iba a venir. La esperanza de Kay (por su propio bien) de que Sedgewick tuviera la decencia de avisarle a Torricelli en privado se desvaneció.

—¿Nos sentamos? —preguntó Sedgewick tras estrechar la mano de Torricelli. Kay miró a su alrededor buscando un sitio adecuado. La disposición de los muebles indicaba que las conversaciones debían tener lugar alrededor del escritorio o de la mesa de centro. Para sorpresa de Kay, Torricelli volvió a su silla detrás del escritorio, como si esperara que Sedgewick ocupara la silla recta que había frente a él. Sedgewick le dirigió una mirada divertida y se apropió del gran sillón orejero de cuero frente al sofá, que daba la espalda al escritorio. Reprimiendo la sonrisa que parecía

empeñada en esbozar, Kay le indicó a Sandy que se colocara en un extremo del sofá y ocupó ella misma el otro. Torricelli quedó en una posición inapropiada, tal como Sedgewick sin duda había previsto.

Torricelli, al parecer, lo entendió, pues su semblante era bastante sombrío cuando se levantó de su escritorio y llevó la silla recta hasta la cuarta esquina de la disposición alrededor de la mesa de centro.

—Entonces —Sedgewick giró la cabeza brevemente para mirar a Torricelli—. Supongo, puesto que me encontré con ustedes, que mi mensajero llegó sano y salvo anoche.

"Sí, señor."

“¿Pudiste concertar la reunión con Vale?”

“Está prevista para las 10:30, en su sede, tal como usted sugirió.”

Sedgewick miró su reloj. «Excelente. Hoy ando con el tiempo justo; tengo asuntos importantes pendientes en Washington. Dame un informe rápido sobre la búsqueda de tu prisionera fugada».

Al parecer, a Torricelli no le gustó la forma en que Sedgewick lo expresó, pues frunció los labios como si se contuviera para replicar. —¿Están autorizados para esto? —preguntó, mirando hacia el sofá.

Sedgewick miró fijamente a Kay. "Date prisa, Torricelli", dijo.

Kay podía sentir la rabia contenida de Torricelli vibrando en la habitación. «Tenemos al novio bajo custodia», dijo Torricelli con tono cortante. «Y estamos buscando a otros miembros de su grupo. Anarquistas. No feministas, por cierto. Y hemos emitido un aviso de localización y arresto en un radio de doscientos kilómetros alrededor de Seattle».

“¿Qué sacaste de su novio?”

“Los nombres de otros miembros de su grupo anarquista.”

“¿Qué tenía que decir sobre el dispositivo de alta tecnología?”

Torricelli se removió inquieto en su silla. «Parece creer que un grupo de extraterrestres disfrazados de mujeres se lo entregaron a Greenglass».

Sedgewick parecía incrédulo. Al parecer, reacio a forzar el cuello para mirar a Torricelli, se quedó mirando al techo. —¿De verdad se cree eso? ¿O te lo dijo para que lo dejaras en paz?

Torricelli apretó la boca. —Lo dijo bajo los efectos del loquazeno.

Knight, la asistente personal de Torricelli, llegó con café.

—¿Y qué hay de la investigación sobre la fuga en sí? —preguntó Sedgewick al aceptar la primera copa de manos de Knight.

Torricelli frunció el ceño. «Encontramos un juego de huellas dactilares en la puerta de la celda que coincide con uno de los juegos que dejaron los intrusos que destruyeron los registros». Se percató de que Knight lo esperaba y tomó una taza de la bandeja.

Sedgewick negó con la cabeza como si algo le resultara desconcertante. "¿Sabes que he contratado a Zeldin como asistente especial?"

Torricelli arqueó las cejas. Por supuesto que no podía estar al tanto de tal cosa. Y Sedgewick lo sabía.

“He decidido que ella debería encargarse de ambas operaciones aquí: recuperar a la prisionera fugada e investigar la fuga.”

El rostro de Torricelli se enrojeció. Recordando de repente que ella lo había llamado *espina* y comprendiendo ahora el significado de aquello, Kay deseó tener el poder de la invisibilidad. Era un milagro que más subordinados de Sedgewick no hubieran intentado asesinarlo ya. —¿Crees que es una buena idea? —preguntó Torricelli con voz algo ahogada. Tosió—. Respeto profundamente las habilidades analíticas del Dr. Zeldin, pero supervisar una función policial

ordinaria es algo que imagino que está completamente fuera de su experiencia. Y los hombres... —La voz de Torricelli se apagó al ver la expresión en el rostro de Sedgewick, una expresión que dejaba claro que Sedgewick no iba a cambiar de opinión.

—Estoy seguro de que sus hombres harán todo lo posible por ayudar a Zeldin —dijo Sedgewick con suavidad. Su mirada se encontró con la de Kay—. Los hombres bien entrenados saben obedecer órdenes de cualquier superior al que estén asignados. Quiero que sepa que tengo plena confianza en la competencia de Zeldin, Torricelli. Quizás su ingenio e inteligencia sean útiles para dar con la fugitiva. Verá, la inteligencia innata a veces es tan valiosa como el dominio de los procedimientos. —Sedgewick hizo una pausa para tomar un sorbo de café—. Ahora, antes de llevar a Zeldin a reunirse con Vale, deberíamos hablar sobre los preparativos para facilitar sus operaciones.

Torricelli nunca miró directamente a Kay. Y ella no podía culparlo por eso. Miró de reojo a Sandy. ¿Acaso el técnico tenía idea de lo que estaba pasando? ¿O eran, para ella, simples payasadas de superiores incomprensibles? Kay tomó un sorbo de café. Todo era tan absurdo que le daban ganas de reír, aunque en este caso lo absurdo no era gracioso, ni siquiera divertido, excepto, quizás, para Sedgewick.

[iv]

Kay vio a Sedgewick abordar su avión y reconoció que tenía sentimientos encontrados sobre su partida. Por un lado, era un alivio librarse de su presencia y saber que, una vez que llegara a Washington D.C., un continente los separaría, a casi tres horas de distancia. Por otro lado, ahora tenía que lidiar con la hostilidad venenosa que él había exacerbado deliberadamente en Torricelli. ¿Qué propósito podía tener al crear semejante fricción innecesaria? ¿Acaso pretendía usarla como un tábano para incitar a sus hombres por motivos coyunturales? ¿O tal vez pensaba que ella disfrutaría del malestar de Torricelli? Sin duda, debía pensar que el trabajo contribuiría a corromperla.

El poder, pensó Kay, corrompe... El coche se detuvo mientras el avión de Sedgewick rodaba por la pista. «¿Por qué no te mudas aquí, Sandy?», le sugirió Kay a la secretaria, palmeando el asiento a su lado. La sonrisa entusiasta de Sandy hizo que Kay se detuviera. La extraña idea de que Sedgewick intentara imitar a Weatherall le cruzó por la cabeza, pero la descartó de inmediato.

El avión se elevó en el aire.

Gresham se giró en su asiento. —¿Adónde, profesora?

Aunque Torricelli no disponía de este coche cuando Sedgewick no estaba en la ciudad, sí lo haría: así lo había ordenado Sedgewick. «El edificio ODS en la parte baja de Queen Anne», dijo Kay. El edificio ODS sería un lugar más adecuado para que se instalara que la sede de la comisaría. Necesitaba llevar a cabo sus operaciones encubiertas en pleno centro de la acción.

Kay encontró a Queen Anne inquietantemente ocupada. Si ella lo ordenaba, el general Vale realizaría registros unidad por unidad. Si ella lo decía, él aislaría secciones enteras de la ciudad. Sedgewick le había otorgado tal poder. (¿Simplemente para inflarla, para tentarla?) Pero el poder más significativo *no* se lo había dado: el poder de poner fin a la ocupación de Seattle. Al leer el registro de notas moradas de Sedgewick, sabía que Vale era el controlador directo de la Operación Chivo Expiatorio en la zona. No podía ordenarle que detuviera la Operación Chivo Expiatorio: Sedgewick se lo había dejado bien claro. Lo máximo que podía hacer era mantener a la Guardia ocupada haciendo cosas por ella, suponiendo que pudiera inventar cosas que no causaran daño.

Kay seleccionó una oficina en el último piso, que estaba completamente vacío, y dejó a Sandy con su computadora portátil para que lo preparara todo. A continuación, Kay solicitó informes al hombre de ODS, un profesional directo (directo en el sentido de que nunca había realizado trabajos de inteligencia para la Compañía, siempre había trabajado

para ODS y nunca ascendería más allá de su puesto actual), llamado Dollop, quien era el principal adjunto de Torricelli en ODS.

Con Dollop, Anderson y Malden siguiéndola de cerca, Kay bajó al sótano. Tenía la sensación de que ojos curiosos, quizás hostiles, la observaban desde detrás de la lona y se preguntaban qué les habría contado Torricelli.

Kay se sentó en una mesa en una sala de interrogatorios vacía y revisó el expediente del novio de la presa fugada. Walter Jennings, un técnico de mantenimiento de procesadores de cuarenta y seis años, dijo que conocía a Martha Greenglass desde hacía diez años, desde que Martha, entonces adolescente, había empezado a frecuentar a algunos miembros de su grupo. Aunque los registros locales de la ODS ya no existían, el Departamento de Policía de Seattle había proporcionado un historial delictivo que detallaba docenas de arrestos por diversos disturbios y altercados civiles. Según la anotación de Dollop, la ODS nunca había considerado a Jennings ni a su grupo más que una molestia menor (aunque ruidosa) y, por lo tanto, nunca se había molestado en mantenerlos bajo estrecha vigilancia.

Jennings afirmó que, al ver el dispositivo de alta tecnología, supo que se trataba de extraterrestres. Dijo que quería cooperar porque había que detenerlos. Torricelli creía que Jennings creía en los extraterrestres; Dollop pensaba que

mentía. A pesar de la supuesta disposición de Jennings a cooperar, no obtuvieron información útil, y el examen con loquazene solo confirmó lo que había dicho estando consciente, además de proporcionarles los nombres de los demás miembros de su grupo.

Kay le dijo a Dollop que quería interrogar a Jennings a solas. Cuando Dollop se opuso, Kay señaló que tenía una memoria perfecta y, por lo tanto, no necesitaba una taquígrafa, y que Anderson y Malden estarían justo afuera de la puerta, lo cual debería ser suficiente seguridad, ya que presumiblemente Jennings no podía estar armado.

Las instalaciones de detención de ODS consistían en solo dos tanques de vidrio y media docena de celdas de aislamiento y, por lo tanto, eran de fácil acceso (oficial), así que llevaron a Jennings a la habitación sin demora. Kay se puso de pie y lo invitó a sentarse a la mesa. El hombre flaco y visiblemente envejecido parecía aturdido. Kay notó los moretones en su rostro y le ofreció una botella de agua, que él aceptó, luego observó cómo sus dedos, temblorosos y brillantes por la debilidad, luchaban con el sello. Se tragó un tercio del litro en su primer trago. —Señor Jennings —dijo Kay—, tengo algunas preguntas que me gustaría hacerle.

Murmuró "Sí, señora" e intentó concentrarse en su rostro.

“¿Cómo consiguió Martha esa luz?” Bajo los efectos del loquazene, su respuesta a esta pregunta había sido un balbuceo.

Frunció el ceño. —Alguien se lo dio. Una de las personas con las que se estaba reuniendo.

“¿Cuándo y dónde tuvieron lugar esas reuniones?”

Empezó a llevarse la botella a la boca, pero vaciló. «Martha iba y venía mucho esa última semana antes de que la atraparan. A veces decía que iba a la nave espacial. Otras veces decía que iba al otro lado de la ciudad a encontrarse con mujeres muy alteradas por la operación de violación. Como no me interesaba mucho nada de esto —pensé que estaba siendo bastante tonta, tal vez que se había involucrado en una fantasía compartida con esas mujeres, considerando lo insoportable que se había vuelto la realidad últimamente», —se encogió de hombros—, «no le presté mucha atención».

“¿Y con solo ver esa luz te convenciste de que los Marq'ssan son extraterrestres?”

“Sí. Es especial. Un tubo delgado, sin pilas, sin bombilla que yo sepa, solo un pequeño orificio por donde sale la luz, ajustable en intensidad y radio. No creo que nadie en el mundo pueda fabricar una luz así.”

“Pero no lo sabes con certeza. Por ejemplo, no has *conocido* a ninguno de esos extraterrestres, ¿verdad?”

Negó con la cabeza. “No. Pero Martha sí. Y la creo.”

“Pero antes no la creías.”

“¿Crees que estoy mintiendo?”

Kay se encogió de hombros. —¿Cómo voy a saber si mientes o no? —Lo observó terminar el agua—. Quiero algunos nombres —dijo.

—Ya les di los nombres de los demás —gruñó Jennings—. Hice mi truco de Judas Iscariote. Y tampoco me sirvió de nada.

“Quiero los nombres de las mujeres con las que Martha se reunía. Aquellas que tenían la violación en mente.”

Jennings pareció sobresaltado. “¡Oye, hombre, no *sé* sus nombres! O sea, conozco nombres como Ginebra y Louise. Pero no sus apellidos”.

“Ginebra y Louise. ¿Algún otro nombre de pila?”

Jennings frunció el ceño. "¿Crees que están relacionadas con los extraterrestres?"

“Solo dígame los nombres, señor Jennings.”

“Otro era Sorben, creo. Nombres bastante raros, si me preguntas. Y Vee. Y... Perette, creo. Sí.”

“¿Alguna de estas mujeres pertenece a alguna organización?”

“Tal vez. Supongo que todas son feministas. Y no sé nada de organizaciones feministas.”

“¿Sabías que ella entró a robar en este edificio?”

Jennings negó con la cabeza. —¿Crees que Martha me contaría algo así? Este tipo de proyectos la gente se los guarda para sí misma. Estaba mintiendo, pensó Kay. ¿Por qué Dollop o Torricelli no se habían dado cuenta de eso? ¿O sí? Pero si lo habían hecho, no figuraba en sus informes.

Se dirigió a la puerta y llamó; dos técnicos entraron y se llevaron a Jennings. Luego cruzó el pasillo hasta la oficina de Dollop y, sin más preámbulos, pasó junto a la secretaria de Dollop y entró directamente en su despacho. Dollop levantó la vista de su trabajo. «Jennings parece que necesita comer», dijo Kay. Ante la mirada arqueada de Dollop, añadió: «Ha colaborado bastante, dándonos los nombres de sus compañeros anarquistas. Podríamos dejarlo ir a casa y mantenerlo bajo vigilancia. ¿No se te ha ocurrido que, si está mintiendo, podría ser más útil para nosotros fuera que dentro?».

—*Crees* que está mintiendo —dijo Dollop. Kay pensó que él estaba complacido de que ella estuviera de acuerdo con su interpretación.

"Se aferra a esas cosas extraterrestres. Puede que incluso ya se las crea, lo que explicaría su insistencia en ellas bajo los efectos del loquazene. Al repetirse algo una y otra vez sin tener nada más que hacer que pasearse por el suelo de la celda, casi puede llegar a parecer cierto."

Dollop frunció el ceño. —Tal vez tenga razón, profesora. Pero hay maneras de conseguir que diga la verdad.

—Lo que queremos es a Greenglass —dijo Kay, apoyando la cabeza en el marco de la puerta—. Este tipo no significa nada para nosotros. Así que dile alguna tontería sobre lo blanda que soy, déjalo tranquilo —aunque sea a regañadientes— y ponle a un par de hombres a vigilarlo. A ver con quién contacta, adónde va y, lo que es más importante, si Greenglass —o alguna de sus amigas feministas— se pone en contacto con él.

—¿Las amigas feministas de Greenglass? —preguntó Dollop, sorprendido—. No nos ha dicho nada sobre ninguna amiga feminista. ¿Cómo sabes que tiene amigas feministas? ¿Cómo sabes que no tiene nada que ver con los anarquistas?

"¿Has detenido a alguno de los anarquistas que señaló?"

"Estamos trabajando en ello."

—¿Quieres decir que ni siquiera sabes todavía si te dio nombres de pareja legítimos? —preguntó Kay con incredulidad.

“Son legítimos, sin duda”, dijo Dollop a la defensiva. “La policía de Seattle los verifica. Pero estamos teniendo problemas para encontrarlos”.

Kay tamborileaba nerviosamente con las uñas en el marco de la puerta. —Bueno, tal vez cuando esté afuera también te ayude a encontrarlos. Con él aquí dentro, seguro que no vas a llegar muy lejos. Pero sí, mencionó algunas conexiones feministas que tenía Greenglass. No sabía ningún nombre. ¿Qué grupos feministas operan en esta zona, Dollop?

Dollop jugueteaba con la grapadora eléctrica de su escritorio. «Eh, mire, Sra.... quiero decir, Dr.... Zeldin. No sé cómo están las cosas en Washington D.C., pero aquí, incluso antes de que los terroristas destruyeran nuestros archivos y liberaran a la presa, la situación ya era bastante difícil por culpa de la Manta. Pero ahora estamos sin nuestros archivos. Conozco algunos nombres de grupos. Mujeres Radicales, por ejemplo. Pero aquí no tenemos nada sobre feministas, salvo los nombres de las que fueron liberadas recientemente en el intercambio con los terroristas».

“Comprendo lo difícil que ha sido”, dijo Kay. “Pero debe haber alguien que haya tenido tratos con estos grupos y recuerde algo sobre ellos”.

“Estos grupos feministas eran insignificantes, profesora, hasta la llegada de la Manta. Y en cuanto a los demás grupos disidentes, detuvimos a todos los más importantes el primer o segundo día de la Manta, lo que significa que no han estado en circulación en absoluto.

¿Cómo podían ser tan vagos? ¿Acaso la pérdida de sus archivos los había destrozado por completo? ¿O acaso él le estaba ocultando algo?

“Quiero hablar con cualquier agente que recuerde haber arrestado alguna vez a feministas, Dollop. Puede que algunos recuerden al menos *dónde* realizaron los arrestos, ¿no cree?

Dollop la miró con expresión indescifrable. —Sí, señora. Correré la voz. ¿Quiere que los envíe a su oficina si encuentro a alguien que haya arrestado a feministas?

Kay reflexionó que no podría haber deseado tratar con un grupo de personas más incompetentes. Esta historia de torpezas y meteduras de pata sería una lectura estupenda para sus informes a Sedgewick.

Tenía que tener *algo* que contarle.

Si Martha estaba en *S’sbeyl,* como suponía Kay, al menos estaría a salvo de ser descubierta cuando liberaran a Jennings. Lo maravilloso de ordenarles que vigilaran a Jennings, por supuesto, era que no solo le daría algo que

hacer a la ODS local, sino también más oportunidades para cometer errores.

Capítulo veinte

Para entonces, un viento del oeste había comenzado a empujar el frente hacia las Cascadas. Las cumbres nevadas de los Olympic, de un azul medianoche, emergían contra un suelo plateado que se extendía rápidamente para revelar el azul celeste que había debajo, transformando la bahía de Elliott de un gris plateado a un azul profundo y deslumbrante. Observando esta metamorfosis desde las ventanas occidentales de su oficina, Kay fantaseaba con salir del edificio, subir a la colina Queen Anne y entrar directamente en su propia casa.

Cuando Sandy terminó de escribir el informe para Sedgewick, Kay lo revisó, le pidió a Sandy que lo copiara a un PD y selló el PD en un sobre blanco ODS en el que escribió el nombre de Sedgewick. Sandy se frotó las manos y dijo algo sobre el frío.

Kay abrió la puerta de la oficina exterior y le dijo a Anderson que le avisara a Gresham que bajarían en breve. «Antes de ir a mi casa», le dijo a Sandy, «tendremos que volver al cuartel general de la estación». Kay le sonrió a Sandy, y Sandy, con cara de confusión, le devolvió la sonrisa instintivamente. «Mientras hablo con Torricelli, es muy poco probable que Dora Knight, la asistente personal de Torricelli, te hable». Kay decidió ser directa. «Mientras hablas con Knight, quiero que tengas mucho, mucho cuidado. Probablemente te estará presionando».

Los ojos de Sandy se abrieron de par en par. "¿Me estás entusiasmando? ¡Pero no sé por qué estar entusiasmada!"

Kay se rió. “Eso crees. Mi sugerencia es que evites hablar de cualquier cosa que no sea el tiempo, la ropa, los peinados, ese tipo de cosas. No hables de mí, ni siquiera para decir que te caigo bien o mal... ni siquiera para decir que casi no has escrito nada para mí hoy... y no hables de Sedgewick ni de Weatherall. ¿Lo entiendes, Sandy?”

“Supongo que sí.” Claramente le pareció extraño. “Pero ¿y si me hace preguntas directas...?”

Kay volvió a reír. “Lo dudo. Solo intentará que hables. Mi sugerencia es que intentes que *ella* hable, sobre cómo es vivir en Seattle, ese tipo de cosas”.

Sandy soltó una risita. "Tal vez *debería* sonsacarla*",* dijo con picardía.

Kay sonrió. “Dudo que puedas, pero no me importaría saber qué puedes averiguar de ella”.

Las conspiradoras bajaron las escaleras haciendo estrépito (Malden pisándoles los talones) y salieron a la ahora brillante luz del atardecer.

—Cuartel General de la Estación, Gresham —dijo Kay con el mejor acento de Sedgewick y le guiñó un ojo a Sandy. Su sensación de libertad era de repente enorme. Lo único que aún no había resuelto era dónde podría tener la privacidad suficiente para contactar con Magyyt. Si Scott no estaba en casa, probablemente podría hacerlo allí. Tenía algo importante que informar: la ubicación de los cuarteles generales de Vale y Torricelli. Si el aparato central de la Guardia era destruido, y si el Marq'ssan se hacía con los archivos de la Operación Chivo Expiatorio... Sandy exclamó maravillada al contemplar las montañas y el lago Union mientras lo cruzaban. —Nunca me di cuenta de que Seattle era tan hermosa —susurró.

“Es mi lugar”, dijo Kay. Pero un Seattle libre de ocupación militar, añadió en silencio.

Como en la carretera solo había vehículos militares, el viaje a Everett fue rapidísimo. Cuando Gresham entró en el

recinto de Seguridad y se detuvo frente al edificio principal, Kay le pidió a Malden que abriera el maletero para poder sacar una de las botellas que Sedgewick le había dado.

Tal como esperaba, Torricelli la hizo esperar. Sandy estaba sentada en la recepción, donde la secretaria Knight tecleaba. Kay, en cambio, paseaba nerviosa por el despacho de Knight, memorizando la ubicación de los archivadores y demás. Le complacía ver que su inquietud ponía nerviosa a Knight. Aunque prefería esta situación por motivos personales, en Washington D.C. tenía acceso a más información. Aquí, por ejemplo, no podía leer el flujo de órdenes e informes sobre la Operación Chivo Expiatorio.

Tras quince minutos, Torricelli finalmente accedió a verla. Kay blandió la botella de coñac y lo invitó a tomar una copa, bastante segura de que él no le ofrecería nada a ella, una mujer y enemiga. No sabía si él bebía, ni si la calidad de ese coñac lo convencería de aceptar una copa de su parte. «Por alguna razón», dijo Kay con vacilación, «Sedgewick al parecer pensaba que Seattle era un lugar tan lúgubre que necesitaría algo para fortalecerme. Pruébalo, Torricelli. Es una maravilla».

Se puso rígido al oír la mención de Sedgewick, pero se dirigió a uno de los armarios de la pared y sacó un par de vasos de cristal tallado de tres onzas con fondo cuadrado. Kay sacó su navaja de bolsillo de la funda de su túnica y, usando el sacacorchos incorporado, descorchó la botella.

Luego se sentó en la silla recta frente al escritorio de Torricelli, mientras él se hundía en su sillón reclinable acolchado detrás del escritorio. Sus primeros sorbos transcurrieron en silencio. Pero de repente Torricelli soltó una carcajada. «Mira lo mucho que has ascendido en la vida en cuestión de tres semanas, Zeldin. Ropa elegante, el mejor licor, una liquidación increíble... Supongo que esto demuestra lo útil que puede ser tener ex amantes en puestos importantes ».

Kay cruzó las piernas, apoyó el codo izquierdo en el respaldo de la silla y observó a Torricelli con descaro por encima de su vaso. No se esperaba una hostilidad tan manifiesta. ¿Acaso no se había dado cuenta de lo poco que Sedgewick respetaría los límites convencionales en su represalia?

—¿Qué sueles beber? —preguntó con una sonrisa burlona—. Una auténtica porquería, si mal no recuerdo. ¿Acaso puedes saborear lo que bebes ahora? —Dejó el vaso y rebuscó entre los papeles de su escritorio. Tras unos segundos, sacó un sobre gris—. Esto es para ti, de esta tarde —dijo, arrojándoselo.

Cayó en su regazo. Kay dejó su vaso sobre el escritorio y abrió el sobre. El general Vale le enviaba sus saludos y la invitaba a una pequeña cena que se celebraría la noche siguiente, si le resultaba conveniente. Kay tomó su vaso y bebió un sorbo. «Dime algo, Torricelli. En tu carta a

Sedgewick sobre la fuga, dijiste que era imposible que ella hubiera salido de esa celda». Se recostó y lo observó con los ojos entrecerrados. «¿Significa esto que crees que fue un trabajo interno?».

"¿Qué demonios quieres decir con eso, Zeldin? ¿Estás diciendo que hay traición entre mi personal?"

Probablemente, pensó Kay, le preocupaba que Sedgewick la hubiera puesto allí para espiarlo precisamente por esa sospecha. Ella dijo: «Me pregunto qué es lo que tenías en mente. ¿Es posible que pienses que estamos tratando con, ah, extraterrestres?».

"Jamás te dará mi puesto", dijo Torricelli.

"No tenía la impresión de que estuviera interesado en tu trabajo."

"Recuerda, Zeldin, que para deshacerse de mí se arriesga a quedar expuesto. Sería un gran escándalo si salieran a la luz todas las tonterías que se han dicho sobre *ti a lo largo de los años.* Recuérdalo."

Kay luchaba contra la ira que la invadía cada vez que pensaba en la vigilancia de aquel odioso muchacho. Se inclinó hacia adelante y se sirvió un poco más de coñac. —¿Quieres más? —preguntó. En silencio, él le tendió la copa. Ella se sirvió una generosa cantidad y pensó en lo apropiado que era que el licor de Sedgewick acompañara la

conversación. —¿Crees que algo podría avergonzar a Sedgewick? Después de todo, él *te hizo* partícipe de sus más oscuros secretos.

Torricelli sonrió con sorna. «Sedgewick es un ejemplo perfecto de lo que sucede cuando se espera demasiado antes de imponer el control sexual. Su tipo de reacción es la razón por la que ahora se hace a los dieciocho años». La observó, quizás esperando alguna reacción.

—Me dejas sin aliento, Torricelli, de verdad —dijo Kay con admiración—. ¿No crees que nada de lo que digas podría llegar a sus oídos? Al fin y al cabo, si me lo dices a *mí,* sin duda se lo has dicho a otros.

“Me importa un carajo lo que oiga.”

Debe estar borracho ya. Quizás había estado bebiendo antes de que ella llegara. "¿Crees que lo tienes contra la espada y la pared? ¿Qué crees que le importaría que se supiera?"

Su boca se torció. "¿Qué crees que dirían sus colegas del Gabinete si supieran que, a los pocos minutos del incidente de la Manta, uno de mis empleados tuvo que ser asignado a buscarte, Zeldin, para asegurarse de que estuvieras a salvo? Tenemos la mayor crisis del siglo entre manos, y tenemos que recorrer las calles buscándote. Sabía perfectamente que si te perdía de vista, rodarían cabezas. La mía, para empezar.

¿Crees que eso es Racionalidad Ejecutiva? Y encima apareciste de la nada porque decidió usarte para esta operación clave. ¡Madre mía, cómo me puse de nervioso esa tarde, y todo por una subdirectora!" La fulminó con la mirada. "Sí, me gustaría contarles eso a sus colegas del Gabinete. Y también cómo, debido a tu 'alergia a la autoridad', ha dedicado horas y horas de su valioso tiempo a ocuparse de ti personalmente, porque te niegas a recibir órdenes de nadie más."

¿Crees que a alguien del Gabinete le importaría? Creo que lo verían como una pequeña debilidad, Torricelli. Seguro que todos tienen sus diversiones. Son un club. Kay pensó en el club donde Sedgewick la había llevado a conocer a Goodwin. «Lo único que conlleva la expulsión de su club es la traición a los miembros... como la que orquestaron Larson y Gates. Supongo que te enteraste del hombre de la Compañía involucrado, ¿no?».

Parecía incómodo. —Sí, lo oí. Era un completo idiota.

—¿Qué? ¿Por intentar engañar a Sedgewick o por la forma en que lo hizo?

—Probablemente esté pagando las consecuencias por Gates y Larson —murmuró Torricelli.

Kay hizo rodar el coñac por los lados del vaso. «Les confiscarán gran parte de sus propiedades a Gates y Larson,

se asegurarán de que nunca ocupen un puesto en el Gabinete ni en el Senado, y los enviarán a algún lugar tranquilo pero no degradante. Eso creo. ¿Acaso no crees en el Honor Ejecutivo, Torricelli?». Dio otro trago. Dios, esta conversación era surrealista.

"Estás diciendo que Sedgewick puede hacer lo que quiera", dijo Torricelli.

Kay dijo: "Sí. Mientras tenga influencia, puede hacerlo. Y también puede decir la verdad. Mientras estés bajo su control, ¿qué le importa lo que sepas sobre su obsesión personal?".

"Entonces, ¿qué papel juegas tú en todo esto, Zeldin? Eres genial hablando de su 'obsesión'."

Kay les sirvió más coñac a ambos; bastante para él, casi nada para ella, pues el nivel en su copa apenas había bajado. «Me va a mandar de aquí para allá. Para armar lío. Le gusta eso. Tengo la impresión de que en ninguna de las ramas de Seguridad le prestan mucha atención a Sedgewick».

«Por lo que he oído, a la gente de la Compañía en el extranjero le cae bien», dijo Torricelli. «No tienen que verlo mucho y él les da lo que quieren. Esos tipos sí que viven bien. Mientras que esta mierda de asuntos internos es una porquería. No es más que trabajo policial con aires de grandeza».

“¿Alguna vez trabajaste en el extranjero sobre este tema?”

Frunció el ceño. "Eso no es asunto tuyo, maldita sea".

Pensó: «Deben haberlo metido en este trabajo casi recién salido de la universidad». Dijo: «Seguro que ya te resulta bastante desafiante, Torricelli. Ya no tienes que seguirme a todas partes. ¿Y acaso no te atrae la Operación Chivo Expiatorio?».

Torricelli la miró con recelo. "¿Qué demonios significa eso?"

“¿Crees que funcionará?”

¿Cómo lo voy a saber? Solo sigo órdenes. Dejó el vaso sobre el escritorio y se frotó la cara. ¿Quieres que te cuente en qué pasé tres horas de la tarde, Zeldin? Las pasé mirando cadáveres y hablando con la brigada de homicidios de la policía de Seattle. Parece que tenemos una imitación de Patrulla Nocturna operando en Seattle.

Kay contuvo el aliento. "¿Quieres decir que alguien está matando guardias en Seattle?"

“Y la única esperanza de descubrir quién fue, según su brillante investigadora de por allí, es seguir la cadena de rumores iniciada por los testigos que vieron a la Guardia raptando mujeres. Lo cual era justo lo que necesitábamos

además de nuestros problemas con Greenglass y sus cómplices". Tomó su vaso y bebió.

"Parece que estás bajo asedio, Torricelli."

Sonrió con amargura. "Y Sedgewick te envía aquí".

—¿Qué te hace pensar que no te voy a delatar a Sedgewick? —preguntó Kay.

"Como ya dije, me importa un bledo lo que le digas."

—Ya le demostrarás quién manda —dijo Kay—. Le harás saber a ese debilucho quién manda, ¡qué ejemplo de manual!

Torricelli se sonrojó. —Te crees muy lista, ¿verdad? —Pero puede que a Sedgewick le queden los días contados. ¿Y entonces dónde estarás tú?

"¿Ah, crees que alguien más logrará golpearlo?"

"Yo no dije nada de eso. Vaya bocaza que tienes, Zeldin. ¿Cómo sabes que no tengo órdenes de informarle sobre ti?"

Una gran sonrisa iluminó el rostro de Kay. —Aquí tenemos una partida de póker habitual —suspiró—. Aunque lo hemos pasado bien, se está haciendo tarde y quiero irme a casa. ¿Tienes algún sitio donde puedan dormir mis subordinados?

“Se supone que se quedarán contigo, Zeldin. Hay espacio de sobra en esa casa.”

Kay se puso de pie. —Me quedaré en mi casa, Torricelli. Y Anderson y Malden han estado de guardia todo el día. No voy a hacer que duerman en el coche ni nada por el estilo.

—¡Maldita sea, Zeldin! —Torricelli se puso de pie de un salto—. Tengo órdenes…

“Creía que no te importaba Sedgewick. Pero si te hace sentir mejor, le diremos a Sedgewick que pasé las noches en la isla Vashon.” [6]

Torricelli rodeó el escritorio. «Siempre tienes que complicarlo todo, ¿verdad? De acuerdo, conseguiré refuerzos para tus hombres y alojamiento para ellos aquí». Kay lo vio salir de la oficina, luego se dirigió rápidamente al escritorio y comenzó a revisar los papeles que lo cubrían. Vio de inmediato que, antes de su llegada, él había estado leyendo un informe de Vale sobre la Operación Chivo Expiatorio. La primera página descubierta describía una propuesta para la estrategia de la semana siguiente. Al oír los pasos de Torricelli acercarse, Kay se sentó en el borde del escritorio y tomó su copa. Torricelli frunció el ceño al verla,

---

6 La isla Vashon tiene una costa magnífica; además, cuenta con algunas playas muy pintorescas que merece la pena visitar. Está a sólo 20 minutos en ferry de Seattle. [N. T.]

pero guardó silencio. Kay tomó su botella y la invitación de Vale y se marchó.

Durante el trayecto en coche en la oscuridad hacia Queen Anne Hill, Kay consideró las fanfarronadas de Torricelli sobre su capacidad para chantajear a Sedgewick. O bien creía que ella no se lo contaría a Sedgewick, o le daba igual si lo hacía. Es cierto que él había bebido al menos tres veces más que ella, y entre los dos habían bebido algo más de la mitad de la botella. ¿Cómo podía alguien tan incompetente estar en su puesto? ¿Se daba cuenta Sedgewick de su incompetencia? Imaginó el tipo de informe que podría escribir si quisiera. Sedgewick descartaría parte del contenido como prejuicio contra Torricelli, pero parte sería irrefutable.

La pregunta era: ¿la incompetencia de Torricelli sería más perjudicial para la Dirección que un reemplazo? No había nadie en la organización de Seattle que pudiera sustituir a Torricelli, salvo alguno de los oficiales de campo que no conocía o alguien de la oficina de Portland, pero desde luego nadie en la ODS, que parecía estar llena de agentes de la ley locales en lugar de hombres de la Compañía. Si Sedgewick imponía a alguien de fuera, podría haber aún más caos que el que ya reinaba bajo el mandato de Torricelli.

Tras lo que Kay había visto aquella tarde entrevistando a los agentes que afirmaban haber arrestado a feministas en algún momento de los últimos cinco años, parecía poco probable que un forastero pudiera, por arte de magia,

reformar la ODS. Estos hombres estaban acostumbrados a trabajar con procesadores, bases de datos, informantes e infiltrados, a su propio ritmo. Dependían de la vigilancia electrónica y de los soplos de sus informantes habituales. Las feministas no figuraban entre sus objetivos habituales, aunque, al parecer, las habían acosado de vez en cuando. Kay había captado vagas alusiones que parecían ser políticas, pero estas nunca se articularon del todo. De hecho, la ODS parecía estar más interesada en los grupos contrarios a la limitación de la natalidad —unos pocos grupos afroamericanos que protestaban por la constante disminución de la población negra debido a las políticas racistas de desgaste del Departamento de Salud y, más grave aún, en los fundamentalistas cristianos, frecuentemente violentos, que periódicamente incendiaban las oficinas y residencias de los empleados locales del Departamento de Salud— y en los grupos proislámicos, que en nadie más. Sin sus registros, no podían identificar a feministas individuales. El Departamento de Policía de Seattle mantenía archivos únicamente por el nombre del arrestado, no por organización ni por tipo de delito, argumentando que era responsabilidad de la Oficina y de la Oficina de Servicios de Defensa (ODS) vigilar a las organizaciones.

El coche se detuvo. Su casa parecía extrañamente pequeña. Pero a Kay se le aceleró el pulso al ver una luz tras las cortinas corridas de la ventana del salón. Salió del coche

y vio a un policía haciendo guardia en la entrada. ¿Obra de Torricelli o de Sedgewick?

Kay saludó al guardia y se dispuso a introducir la llave en la cerradura. El guardia dijo: "¿Podría ver su identificación, señora?".

Kay señaló la insignia de seguridad prendida a su capa. "Ahí mismo", dijo.

Iluminó con su linterna la capa de Kay y examinó con atención la placa. —Gracias, doctor Zeldin —dijo—. Tengo instrucciones de revisar a todos, ¿sabe?

—Sandy está conmigo —dijo, abriendo la puerta—. ¿Scott? Tenía que estar en casa, las luces estaban encendidas. Revisó el dormitorio, el estudio y el baño. —¡Scott! —Salió a la cocina. Él tampoco estaba allí. Miró a su alrededor, consciente de que Sandy estaba de pie en el umbral detrás de ella. Tardíamente, se dio cuenta. Miró la luz del techo con incredulidad. *Las luces eléctricas estaban encendidas.* Escuchó pasos en los escalones del sótano y miró fijamente la puerta del sótano. La puerta se abrió y una explosión de ruido de máquina inundó la cocina. —¡Scott! —gritó, arrojándose sobre él.

Scott la abrazó. —He estado muy preocupado por ti, Kay —dijo—. Cuando supe que habían roto las negociaciones, no sabía qué...

—¿Rompieron las negociaciones? —preguntó ella, retrocediendo para observar su rostro.

Parecía desconcertado. «Sí. ¿No es por eso que estás en casa?». Y entonces la *vio:* vio su ropa, vio su cabello. Y la miró con expresión interrogante.

—¿Cómo es posible que haya luces encendidas en esta casa? —preguntó Kay en voz baja.

“He conseguido un generador y el combustible para hacerlo funcionar.”

Lo primero que pensó Kay fue que era ilegal quemar gasolina sin un permiso.

Su mirada se desvió más allá de ella. Kay recordó a Sandy. «Oh, Scott, esta es Sandy, mi secretaria. Sandy, este es mi esposo, Scott Moore. Sandy dormirá en nuestro sofá esta noche, Scott».

“¿Tu secretaria?”

Kay y Scott se miraron a los ojos durante un largo rato. Ella se volvió hacia Sandy. “Olvidé todas las cosas en el maletero. ¿Podrías pedirle a alguno de los hombres que te ayude a traerlas?” Kay la escuchó salir por la puerta principal. “Tengo una secretaria porque todavía trabajo para ellos,

Estoy haciendo algo diferente ahora. No puedo hablar de eso. Hizo una pausa. Lo siento —dijo en voz baja—. Ni siquiera sé cuánto tiempo estaré en Seattle.

—¿Dices que trabajas para "ellos"? —preguntó Scott, rascándose la barba—. Yo también trabajo para "ellos". Y me voy esta noche.

“¡Esta noche no!”

Sí. Me enteré esta tarde. Después del desastre de Boeing, nuestro grupo de trabajo se disolvió. He estado trasteando en casa. Pero parece que los de Washington nos están reuniendo a algunos en un lugar secreto donde dicen que no nos molestarán. Hizo una mueca. «Incomunicado, chica».

Los chicos de Washington. —No puedo creerlo —dijo con amargura—. Por fin voy a verte y te tienes que ir. No es que sepa cuánto tiempo estaré aquí... —Volvió a rodearlo con los brazos y lo abrazó con fuerza, deteniendo por un instante todos sus pensamientos.

—No entiendo qué está pasando, Kay —dijo Scott, acariciándole el pelo—. ¿Has estado... trabajando para *ellos* todo este tiempo, en secreto? Kay retrocedió para mirarlo a la cara. Parecía preocupado.

Con cuidado y firmeza, Kay dijo: «No. No es así en absoluto. No puedo decir mucho, pero sí puedo decirte que no he estado trabajando para ellos todo este tiempo». Kay oyó a

su gente entrar por la puerta principal. Se acercó al umbral. «Traigan las cajas de comida y bebida», dijo. Fairoaks, uno de los hombres que Torricelli le había asignado, dejó caer la caja que llevaba sobre la mesa y fue a buscar otra. «¿Cuándo tienes que irte?», le preguntó Kay a Scott.

Scott miró su reloj. "Se supone que me recogerán dentro de una hora".

Fue desgarrador. Y pensar que podría haberlo perdido por completo si hubiera llegado un poco más tarde. —Entremos a la habitación —dijo Kay—. ¿A menos que tengas algo que hacer?

Te enseñaré el generador, que está en el sótano, justo antes de irnos. Prefiero quedarme en la cama contigo ahora. Quién sabe cuándo nos volveremos a ver.

Después de que Kay le dijera a Sandy que se sintiera como en casa, ella y Scott se fueron a la cama. Tenía el terrible temor de que pudiera ser la última vez.

[ii]

Magyyt se dio cuenta de que el cansancio la invadía. Pero destruir almacenes enteros de armas era algo que había

querido hacer desde hacía mucho tiempo. Durante años había estado siguiendo el envío y almacenamiento de armas. Dichos almacenes no eran muy visibles para la población en general, no tan visibles como los tanques o los transportes de personal. Pero eventualmente, la pérdida de esos almacenes cambiaría las cosas en las calles. Ahora que había terminado de destruir aquellos que habían seleccionado como objetivos para esta noche, se deleitaría destruyendo un tanque por puro placer y luego regresaría a la cápsula. Completamente inmóvil, Magyyt absorbió energía en su campo y comenzó a correr, preguntándose si los guardias que pasaban verían la sustancia revoloteante parecida a una sombra en la que se les aparecería. La idea de que pudieran pensar que estaba viendo cosas la divertía.

El cansancio de Magyyt hizo que el regreso de Sand Point a Greenlake pareciera largo. Pero al cruzar la 12.ª Avenida Noreste, divisó el tanque en medio de una intersección, muy visible, listo para intimidar a cualquiera que entrara en el centro neurálgico que albergaba las cafeterías, restaurantes, tiendas y negocios de este pequeño barrio. Magyyt se recostó contra un edificio de la esquina, cerró los ojos y entró en respiración secundaria. Cuando Magyyt sintió que el mundo se solidificaba a su alrededor, extendió gradualmente su campo hacia afuera, hacia el tanque. Con cuidado, empujó su campo contra él y, molécula a molécula, lo comprimió. Por un breve y peligroso instante, Magyyt dejó que los bordes de su campo se fundieran con el tanque

mientras su ser sólido, mantenía firmes los límites. A medida que Magyyt manipulaba el borde de su campo, molécula tras molécula se desprendía, temblando hasta la muerte mientras cambiaba las energías en su campo hasta que la estructura desapareció y el tanque dejó de existir.

Posteriormente, Magyyt intensificó su campo de visión casi hasta el punto de perder el camuflaje.

Magyyt recorrió el resto de la distancia a un trote ligero y encontró a Sorben y Tyln esperándola. «Kay llamó», dijo Sorben mientras se acomodaban en sus asientos de vuelo.

Magyyt giró la cabeza para mirar a Sorben. "¿Tiene información nueva para nosotros?"

“Ella está en Seattle. No muy lejos de aquí.” Sorben expresó su satisfacción. “Podríamos hacer una fiesta, Magyyt.”

Magyyt gruñó.

“Le han asignado una misión aquí. Me dio mucha información sobre la Guardia Nacional y la ODS, y sus planes para la próxima semana. También mencionó que el Ejecutivo está reclutando científicos para trabajar en un programa ultrasecreto que, según ella, tiene que ver con sistemas de armas y comunicaciones.”

Magyyt se sentía irritable. “Más cosas de las que preocuparse. Y justo cuando empezaba a pensar que íbamos a llegar a alguna parte esta noche”.

—Sí, lo estamos haciendo —dijo Tyln—. Y con la nueva información que nos dio Kay, podríamos lograr algo importante esta semana. Dice que la gente de ODS de la zona no es muy lista.

Magyyt hizo un gesto de indiferencia, para diversión de Tyln. «Eso no significa nada, Tyln. Personas no muy brillantes han hecho maravillas en este planeta. Nunca subestimes el poder de los incompetentes».

“Te has vuelto cínica, Magyyt.”

—Solo esperen —advirtió Magyyt— y se preguntó si, al igual que ella, todas se volverían cada vez más cínicas a medida que la guerra se prolongara. —¿Quién va a pilotar?

—Lo haré yo —dijo Tyln—. Casi no estoy cansada.

—Eso está bien, Tyln —dijo Magyyt—. Yo no podría hacerlo. Casi podría pasarme la siesta aquí, así. Sorben miró a Magyyt con curiosidad. —No te preocupes, Sorben, no lo haré. Dije casi. Sorben asintió, tranquilizada. Y a eso hemos llegado —reflexionó Magyyt—. Sin saber cuándo tomarnos las cosas al pie de la letra. Todo era muy inquietante. Pero no iba a pensar en eso ahora.

Capítulo veintiuno

[i]

Aunque agotada tras una noche en la que no había podido pegar ojo, Kay se levantó temprano. Su conocimiento de primera mano sobre el funcionamiento del ODS y la Guardia en el estado de emergencia la había sumido en un estado de sobrecarga de información. Se dio cuenta de que con la adquisición de tantos datos básicos tenía muchas conexiones que resolver. Turpin tenía el control de las fuerzas armadas. Presumiblemente, de alguna manera también controlaba a la Guardia. ¿Eso convertía a los comandantes de la Guardia en hombres de Turpin? Sedgewick, dedujo Kay, al menos en teoría, tenía el control directo sobre la Guardia. Sabía que Turpin había estado disgustado porque Sedgewick se había apropiado de parte de las fuerzas armadas regulares para tareas domésticas para complementar a la Guardia. La tetera silbó. Kay vertió

un chorrito de agua hirviendo sobre el café molido que tenía listo en el filtro. No, la Guardia *debía* estar bajo el control de Sedgewick. Al igual que todos los establecimientos de aplicación domésticos de la ley.

Tras medio minuto, Kay vertió más agua caliente en el filtro. La cuestión se reducía a si el control de Sedgewick era teórico o absoluto con respecto al resto del Ejecutivo. Si una sección del Gabinete podía hacerse con el control de Seguridad, y ya controlaban Defensa, entonces su única carencia en cuanto a fuerzas armadas y entrenadas serían los agentes del Departamento de Salud, y Gibson había muerto. El Departamento de Salud estaba en juego; la disposición de ese puesto en el Gabinete figuraba en la agenda del mismo. Había sido una de las razones más apremiantes que obligaron a Sedgewick a regresar inmediatamente a Washington.

Sandy entró adormilada en la cocina. «¡Ese café huele de maravilla!», dijo. Y añadió cortésmente: «Buenos días, doctor Zeldin».

Kay sonrió, “Buena mañana. Un bonito día soleado, aunque me pregunto cuánto durará. La casa estaba casi en la cima de Queen Anne Hill, pero era tan baja y estaba rodeada de casas tan altas que no ofrecía vistas ni de Elliott Bay ni de ninguna montaña. Aun así, la luz del sol era luz del sol.

¡Qué bien se siente despertar con calor!

Kay puso dos tazas de café humeantes sobre la mesa. —Siéntate, Sandy. ¿Necesitas azúcar o algo para tu café?

Sandy se sentó. —No, yo lo tomo solo. Es más fácil así. —Dio un sorbo—. Mmm, está buenísimo.

Kay se sentó frente a Sandy. Tragó saliva con dificultad y miró a la joven. «No es factible que todos tengan generadores en sus casas», dijo. Sandy, frunciendo el ceño, asintió. Kay decidió ser directa. «Le agradecería que no le contara a nadie sobre la electricidad que ha visto en esta casa».

“¿Es secreto?”

“Técnicamente, es ilegal.”

Sus ojos se abrieron de par en par. “Oh. No me había dado cuenta... De acuerdo. Por supuesto que guardaré silencio.”

Kay sonrió. “Gracias. Claro que si alguien te lo *pidiera,* no esperaría que mintieras”.

Sandy bajó la mirada y rápidamente tomó otro sorbo de café.

Kay negó con la cabeza. —Lo siento mucho, Sandy. Que te hayan arrastrado a un lugar desconocido y no tengas nada

que hacer más que trabajar. Si no fuera por el toque de queda, podrías disfrutar de tu visita.

Sandy se encogió de hombros. “No me importa. Es emocionante. Totalmente diferente de la rutina habitual de Washington D.C.”

Kay se levantó de la mesa. —Voy a llevarme el café al baño. No hay prisa, pero cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

Kay abrió la ducha. Pero cuando vio el agua teñida de azul que salía del cabezal de la ducha, dudó. Desde que vivía constantemente con comodidades ejecutivas, se había dado cuenta de que aquellos que se bañaban con el agua solo para uso tópico que salía de los grifos no ejecutivos olían, sutilmente, al químico que se ponía en el agua para mantener a la gente alejada de beberla. La idea la dejó helada. Imaginó a Torricelli y Vale oliendo el químico en ella. Decidió no ducharse, después de todo.

Mientras Kay se vestía, reflexionaba sobre cómo intentaba disimular ante sí misma el hecho de que constantemente le daba órdenes a Sandy. Sabía muy bien que Sandy *se* apresuraría, que probablemente estaría vestida y lista antes que ella. Sedgewick sabía lo que hacía al tenderle una trampa así. Tendría que tener cuidado. Este tipo de cosas podían sorprender a cualquiera.

[ii]

Kay pasó la mañana entrevistando a los hombres que habían estado de turno durante el allanamiento y la fuga. Volvió a hablar con los agentes que supuestamente conocían a los grupos feministas. Examinó la celda donde habían mantenido a Martha Greenglass y se preguntó (para sí misma) si Martha podría haber estado cuerda para cuando el Mar´ssan la sacó. (No tenía luz, ni calefacción, ni sonido, lo que suponía una privación sensorial considerable). Y luego redactó informes.

A las tres de la tarde, partió hacia la comisaría para exigir acceso a los expedientes de todos los hombres que había entrevistado. Esta exigencia no solo le daría un pretexto para merodear por la comisaría, sino que también podría permitirle acceder inadvertidamente a otros archivos. Kay dejó a Sandy escribiendo informes y le prometió enviarle un coche más tarde.

Mientras salía por la puerta este, una vieja furgoneta de combustión interna, de color verde oliva y perteneciente al Ejército de los Estados Unidos, se detuvo y comenzó a descargar a una docena de hombres y mujeres. Kay apartó a un hombre que reconoció como uno de los hombres de Dollop. "¿Qué está pasando aquí?", preguntó.

El hombre evitó el contacto visual con ella. —Lo siento, señora. Tendrá que preguntarle al señor Dollop. Solo sigo órdenes. Con su permiso, señora, necesito su atención allí. —Se dirigió a la furgoneta, cerró de golpe la puerta delantera del lado del pasajero y dio una orden a uno de los técnicos que atendía la larga fila de personas esposadas. ¿Qué estarían haciendo con gente de aspecto tan común (aunque obviamente asustada)? ¿Acaso iban a ser ejecutadas, tal vez, en represalia por alguna acción contra el gobierno? Pero no, aquí no harían eso. Además, la Guardia Nacional, no la ODS, era la que hacía esas cosas, y en plena noche, con la cara y las insignias ocultas. Frustrada, Kay subió a su coche y ordenó al relevo de Gresham que la llevara al cuartel general.

Cuando Kay llegó a la base, se dirigió directamente al despacho de Torricelli. «Está en una reunión y no se le puede molestar», dijo Dora Knight antes de que Kay pudiera pronunciar palabra.

—Creo que puedes ayudarme con algunas de las cosas que quiero —dijo Kay con brusquedad.

Knight parecía escéptica, pero por supuesto se mostró amable.

Kay le entregó la lista que Sandy había mecanografiado. "Quiero echar un vistazo a los archivos de esta lista de personal de ODS".

Knight dijo: “Están todos abajo. Como hay tantos en la lista, lo mejor sería que los miraras allí”.

Tras entregarle los archivos, Knight prometió volver en una hora y encerró a Kay en una oficina cercana a la que Torricelli le había asignado. Al oír el ruido de las llaves girando en la cerradura, Kay sintió un vuelco en el estómago. Se sentía más vulnerable allí que en las oficinas de Sedgewick en Washington D.C.

Mientras revisaba los archivos, se preguntaba por qué se molestaba en hacerlo. Necesitaba diseñar una estrategia para hostigar a esos hombres sin afectar a los civiles. ¿Podría lograrlo? ¿Y de qué serviría si lo consiguiera? El resultado final podría ser explosivo.

Su plan empezó a tomar forma cuando descubrió que tres de los hombres presentes en el sótano la noche de la fuga habían tenido problemas juntos tres años antes. Un prisionero bajo su custodia había muerto. Se había llevado a cabo una investigación, pero como todos contaron la misma versión y se mantuvieron firmes en ella, el caso se había archivado. Aún no sabía hasta qué punto Sedgewick le daría rienda suelta ni hasta qué punto estaba preocupado por asuntos más importantes. Pero creía haber encontrado toda la información necesaria para destapar la oficina de la ODS en Seattle.

Kay no sintió ningún remordimiento al tenderles una trampa a esos hombres. Eran responsables de al menos una muerte, aunque no de la de Martha Greenglass. Y, obviamente, tampoco les habría importado si Greenglass hubiera muerto.

O sí, les *habría* importado: porque Sedgewick se habría enfurecido por la pérdida de la prisionera debido a su "incompetencia". Kay sonrió. Quizás *aún* se enfurecería, si ella jugaba bien sus cartas.

Kay paseaba de un lado a otro en la pequeña oficina. Pensaba que se volvería loca de claustrofobia si Knight no aparecía pronto y abría la puerta.

[iii]

Martha se llevó la mano a la boca horrorizada. "¿Quieres que vuelva *allí?*"

—Solo si quieres —dijo Sorben—. Pero la gente de Seattle debe empezar a organizarse para estar preparada para asumir la responsabilidad de la distribución de alimentos, agua y otros artículos de primera necesidad cuando sea preciso. Y tú, Martha, conoces a mujeres que ya participan en la organización. Necesitamos contactar con ellas. Si

puedes ayudarnos a establecer los primeros contactos, sería suficiente, si es cierto que no quieres involucrarte más activamente.

Martha miró a Beatrice y luego volvió a mirar a Sorben. —¿Estaremos a salvo? ¿Estarás conmigo todo el tiempo? La idea de regresar le produjo una especie de oscuridad, una oscuridad asfixiante.

—Te lo prometo —dijo Sorben—. Aterrizaríamos donde tú nos indiques y luego iríamos juntos a buscar a cada persona con la que creas que deberíamos contactar. Después volveríamos a *S'sbeyl.* No habría ningún peligro, Martha.

Si Sorben decía que sería seguro, sería seguro. —De acuerdo —dijo ella, sintiendo que su cuerpo temblaba—. Lo haré.

Sorben sonrió. "Sabía que lo harías, Martha. Eres una mujer fuerte, ¿sabes?"

Beatriz le tocó el brazo. «Ojalá hubiera más mujeres jóvenes como tú».

Martha, avergonzada, se encogió de hombros. "Hay muchas como yo. Muchísimas."

"Entonces todo estará bien", dijo Sorben. "Todo saldrá bien".

Martha asintió. El Marq´ssan se aseguraría de que todo saliera bien. Eran de fiar y poseían poderes superiores. Se encargarían de todo.

[iv]

Dora Knight miró los archivos esparcidos sobre el escritorio. Su rostro reflejaba paciencia. —Volveré más tarde a guardarlos —dijo, indicándole a Kay que saliera al pasillo.

Mientras Kay seguía a Knight a su oficina, la puerta de Torricelli se abrió y cuatro oficiales con uniformes navales pasaron rápidamente. —Te veo ahora, Zeldin —dijo Torricelli.

Kay echó un vistazo al rostro inexpresivo de Knight y entró.

Torricelli se sentó detrás de su escritorio. Parecía muy tenso, con la boca y los ojos crispados y el cuerpo rígido. Levantó una hoja morada y la agitó. «Por razones que no ha especificado, dice que tengo que ponerte al corriente de todo lo que está pasando aquí, Zeldin. Dice que ya sabrás por qué». Frunció los labios. «Está senil, ¿no?». Kay apartó la mirada. Esta vez se mantendría callada. «También me echa una bronca por haberte dejado dormir en tu propia casa anoche. Está preocupado por tu seguridad, Zeldin».

Preocupado por su seguridad: ¿preocupado por que se escapara o por su integridad física? Pero, ¿quién pondría en peligro su seguridad, aparte de un aguijón como Torricelli?

—Antes de que me informes —dijo Kay—, quiero hablar contigo sobre mi investigación de la fuga de Greenglass.

—¿Tienes alguna pista? —preguntó Torricelli con incredulidad.

“Quiero investigar algo que llamó mi atención como historiadora”, dijo Kay. “La noche de la fuga, de los cinco hombres de servicio, tres tenían un pasado inquietante. Estoy volviendo a Menlowe, Sasser y Birk”.

Los ojos de Torricelli se entrecerraron. “Ah. Ya veo cuál es tu juego. Estás en una caza de brujas.”

—No —dijo Kay en voz baja—. Pero creo que hay indicios que justifican que aísle a estos hombres para poder interrogarlos por separado. Es posible que, dado que esta prisionera resultó ser tan importante para Washington, estos tres hombres pensaran que serían considerados menos culpables si la prisionera pareciera haberse fugado en lugar de ser encontrada muerta en su celda.

“¿Los estás acusando de haber matado a Greenglass?”

Kay estudió el mapa increíblemente detallado del Estado de Washington que cubría la pared detrás de su escritorio.

“No sé qué pasó. Todavía. Pero el hecho de que no pueda explicar lógica o racionalmente la fuga de Greenglass, sumado al hecho de que estos tres, con su particular historial colectivo, estaban de servicio esa noche, me obliga a investigar más a fondo en esa dirección.

—¡Maldita perra astuta y manipuladora! —dijo Torricelli. Entraste en esto preparada, lista para abalanzarte sobre cualquier cosa que...

—*Señor* Torricelli —dijo Kay con frialdad—. Le advierto que no toleraré su falta de cortesía por mucho más tiempo. Se enderezó en su silla—. Tampoco toleraré que interfiera en mi investigación. Si hace algo para alertar a estos hombres antes de que los haya aislado, puede considerarse implicado.

La miró fijamente. «Haz lo que quieras. Pero no creas que puedes culparlos indirectamente. No lo voy a tolerar».

¿No se le ha ocurrido lo extraño que es que no haya señales de que las cerraduras de ninguna de las puertas del edificio, ni siquiera la de la celda de la prisionera, hayan sido forzadas? Y segundo, ¿en qué estado cree que se encontraba su prisionera después de más de cuarenta y ocho horas de ayuno y privación sensorial? Francamente, dudo que pudiera caminar, y mucho menos encontrar la manera de abrir la puerta de su celda y las seis puertas que la conectan con cualquier salida del edificio sin dejar rastro. Tercero, ¿dónde está? Usted tiene su foto. Y el general Vale ha distribuido

fotografías suyas a sus hombres. Tiene que comer y beber. Tiene que estar en algún lugar de esta zona, a menos que tenga un amigo con un vehículo en funcionamiento. ¿Por qué no la ha encontrado, Torricelli?

Torricelli golpeó el escritorio con el puño. «Se la llevaron y la escondieron. Está clarísimo lo que pasó. Los amigos que destruyeron los registros de esa manera tan misteriosa vinieron a buscarla. Y, obviamente, han logrado esconderla».

"Eso suena bastante fantasioso. ¿A menos que esperes que nos creamos la historia de los extraterrestres?", preguntó Kay, usando el pronombre "nosotros" para referirse específicamente a Sedgewick.

"No me importa cómo expliques quiénes son esos amigos. La cuestión es que vinieron y se la llevaron. Y deben ser las mismas personas que dirigieron las negociaciones en las que tú participaste. Porque fueron ellos quienes se atribuyeron el mérito de la destrucción de Dowsanto y Boeing."

Kay sonrió. —Tal vez tengas razón. Pero suena sospechoso, Torricelli. Y complicado. ¿Has oído hablar de la navaja de Ockham? Siempre hay que elegir la solución más sencilla que se ajuste a los hechos conocidos. Y ambos sabemos cuál es. Pero no estoy diciendo a priori que sean culpables. Lo único que quiero es interrogarlos. Y luego, si estoy segura de que son culpables, los enviaré a todos a la Central y dejaré que

ellos decidan. ¿Admites que es poco probable que la Central de Seguridad quiera atacar a tus hombres sin motivo?

—Haz lo que quieras, Zeldin —dijo Torricelli con disgusto. ¿Y ahora, continuamos con la sesión informativa? Kay fingió relajarse. —Primero, anoche hubo más de esta misteriosa destrucción. Esta vez destruyeron almacenes llenos de M–19, pistolas paralizantes, todas inutilizadas por el Manto, además de botes de gas lacrimógeno, granadas de mano y rifles. Y cuatro cañones de agua en distintos lugares. Nadie vio ni oyó nada.

“¡Eso es increíble!”, dijo Kay, intentando parecer sorprendida. “¿Qué, vas a hacer al respecto?”

¿Qué opinas? Reforzar la vigilancia en los almacenes que quedan en la zona, cuestionar al turno de anoche, revisar los escombros. Te digo que, en el caso de cada almacén que destruyeron, el guardia *lo vio todo,* y aun así no vio a nadie que no debiera haber estado allí. No es que tengan muy buena iluminación por allí desde la Manta, pero los hombres de guardia juran que investigaron el lugar.

—¿Qué vieron? —preguntó Kay con curiosidad.

Un espasmo desfiguró el rostro de Torricelli. «Al parecer, algo extraño sucedió. El edificio pareció desintegrarse, como si implosionara», dijo un hombre; otro comentó que pareció hundirse lentamente en ese polvo extraño, justo delante de

sus ojos. En silencio, salvo por el estruendo del edificio al derrumbarse, pero ni siquiera eso fue muy fuerte. Lo importante es que no oyeron ninguna explosión».

“Parece que a los Marq'ssan no le agrada que se hayan interrumpido las negociaciones”, dijo Kay.

—Ah, ¿crees que esa era la idea? ¿Que éramos un objetivo marcado? ¿Pero por qué precisamente estos almacenes? —Sacudió la cabeza—. Es extraño, Zeldin. Puedes imaginarte el estado en que se encuentra Vale. Ah, eso me recuerda... —Cogió un sobre gris del escritorio y se lo arrojó a Kay.

Otra nota de Vale: el general se disculpa, pero tuvo que cancelar la cena de esta noche; ¿quizás podrían organizar algo más tarde? Kay miró a Torricelli. «Me gustaría visitar los lugares por mi cuenta. ¿Tal vez mañana?»

"¿Por qué?"

“Sin ningún motivo en particular. ¿Hay algún problema?”

“No hay problema. Haz lo que quieras. De todas formas lo harás.”

Quizás tenía más margen de maniobra del que había pensado inicialmente. Sedgewick debió de tener en mente esta destrucción cuando le ordenó a Torricelli que la informara. —¿Algo más? —preguntó Kay. Le vino a la mente

la imagen de Sandy sentada sola en el quinto piso de aquel edificio frío y vacío.

"Sí. Hemos detectado cierta actividad de espionaje, centrada principalmente en Bangor."

"¿Tiene algo que ver con los Trident?"

—Sí. Estamos colaborando con la inteligencia naval en ello. Obviamente, no quería contarle nada de *eso.* Ella no entendía por qué debería hacerlo. Aunque eso explicaba por qué los altos mandos de la Marina se habían reunido con él.

"¿Y qué hay de la Operación Chivo Expiatorio?", dijo Kay.

"Los asesinatos de la otra noche están complicando las cosas. Hemos citado a todos los testigos presenciales del arresto de las mujeres implicadas y vamos a interrogarlos detalladamente sobre a quién le contaron y qué contaron. Como ve, a la Guardia Nacional le preocupa que ocurran este tipo de cosas. Se está hablando de permitir que los hombres oculten sus números de identificación cuando realizan este tipo de arrestos. Todo esto perjudica mucho la moral."

Kay asintió. "Sí, lo entiendo. Pero la violencia engendra violencia. La gente se alimenta de la venganza".

"Sí. Recuerda eso, Zeldin. Apuesto a que hay mucha gente que busca vengarse de una zorra tan desagradable como tú."

Kay se sobresaltó: claramente lo decía en serio. Torricelli la odiaba, la odiaba profundamente. «Has tenido un mal día, Torricelli», le dijo con dulzura. «Intenta que no te afecte. Vete a casa, date una ducha caliente y relájate con una botella. Todo se verá diferente entonces».

Torricelli agarró varios archivos, rodeó el escritorio y se los arrojó a Kay. «Míralos y léelos tú misma. Tengo trabajo que hacer».

Kay sonrió. —Gracias. Yo también lo prefiero así. Uno de los archivos estaba marcado como «Operación Chivo Expiatorio». Al menos algunas cosas le estaban cayendo del cielo, exclamó. Lo importante era sacarle el máximo partido.

Capítulo veintidós

[i]

«Deja de pensar en lo que podrías hacer “si tan solo…”, dijo Kay con tono seco y despectivo, «y empieza a evaluar la situación y a plantearte cómo afrontarla de la forma más eficaz». Podrías empezar por admitir que tu persistente estrechez de miras es parte del problema”. Vale y Torricelli intercambiaron una mirada que la hizo hervir la sangre. “¿Acaso tengo que recordarte que vas a tener que hacerlo mejor que este pensamiento ilusorio y *quejumbroso?* ¿Qué es exactamente lo que quieres que le informe a Sedgewick? Tu control del territorio se está desvaneciendo y en Seattle en particular es casi nulo. ¿Tienes algún plan que proponer? ¿O esperas que Sedgewick llegue y lo arregle todo por ti?” Kay golpeó los archivos apilados en la mesa frente a ella y continuó antes de que pudieran protestar. “En los últimos

cinco días, el general Vale ha registrado cientos de muertes, principalmente a manos de su Guardia: esta atroz cifra de muertos no logra mantener a raya a la población. De hecho, tanta gente está incumpliendo el toque de queda que se ha vuelto imposible de aplicar. ¿No se te ocurre que es hora de cambiar de táctica?"

El enrojecimiento del rostro del general ocultaba su impecable vestimenta, observó Kay mientras luchaba visiblemente por controlar su ira. En menos de media hora, ella se había convertido, para él, en su enemiga. Ella, una simple mujer y profesional, convocada de vuelta a Washington D.C. por Sedgewick con órdenes de «informar exhaustivamente sobre el deterioro de la situación en el noroeste del Pacífico», representaba para estos ejecutivos la causa de su caída. Antes de la llegada de esta mensajera de Sedgewick, Vale y Torricelli habían estado luchando contra fuerzas oscuras (además de matar a ciudadanos que se negaban a obedecer el toque de queda y se dedicaban a destruir propiedades, principalmente de ejecutivos). Ahora, sin embargo, podían concentrarse en ella, la mujer que Sedgewick había enviado para espiarlos.

Poco importaba que el general Vale le hubiera prodigado toda la atención social que pudo reunir (siendo él un Ejecutivo provincial agobiado); Vale había asumido que ella sería la némesis de Torricelli, no la suya propia. Pero las cosas habían empezado a torcerse. Él negó gran parte de ello, por supuesto, insistiendo en que el linchamiento de dos mujeres

en Yakima no era señal de una población fuera de control. En cuanto al creciente desorden en Seattle, eso era otra cosa. Había decidido acabar con ese desorden con la simple medida de ordenar a la Guardia que disparara a la vista a cualquier persona que viera en las calles. Pero la oposición armada se había materializado, lo que provocó varios tiroteos al día e incluso más al anochecer. Los francotiradores aislados, que habían permanecido inactivos durante casi dos semanas, se habían convertido inesperadamente en una oposición aparentemente coordinada que disparaba contra las patrullas sin previo aviso. Dado que la mayoría de los sospechosos políticos habituales nunca antes habían tomado las armas y, además, habían estado detenidos en su mayoría, Torricelli no podía tomar ninguna medida preventiva que no se hubiera intentado ya. ODS no tenía ni idea de quién era su oposición, solo que se había vuelto audaz y violenta.

—Si tienes tan buen control de la situación, Zeldin, ¿quizás te gustaría sugerir algo mejor que mi táctica de aislar secciones de la ciudad? —preguntó Vale con sarcasmo.

«Aislar los barrios facilitará el trabajo de tus hombres. Pero, ¿cuánto tiempo crees que podrás mantenerlo?». Desde la Masacre de Capitol Hill (como Kay la bautizó), Vale había dividido Capitol Hill en sectores, retirado sus patrullas de los sectores más rebeldes y concentrado sus fuerzas a lo largo de los límites artificialmente establecidos de dichos sectores, impidiendo el acceso y disparando a cualquiera

que se acercara a las fuerzas fronterizas, incluidos los equipos médicos y otros trabajadores de emergencia con pases. Esto era tan absurdo, tan derrotista, tan provocador que Kay apenas lo creyó cuando Torricelli se lo contó.

“Si tienen que convivir con esta situación el tiempo suficiente, aprenderán la lección”, dijo Vale.

Kay resopló con disgusto. "¿Crees que estás lidiando con un niño descarriado? ¿Que lo mandas a su habitación sin cenar y así aprenderá la lección? ¿Qué te crees que estás haciendo?"

—Si eres tan maldita perra lista, ¿tú qué harías? —gritó Vale.

Kay se recostó en su silla y apoyó las palmas de las manos planas sobre la mesa, a ambos lados de los archivos. “Considere, General —y usted también, Torricelli, porque este también es su problema— considere la situación de un hogar promedio en Seattle. En Capitol Hill, si lo prefiere. Para empezar, llevamos más de tres semanas con toque de queda de veinticuatro horas al día. Nadie sale a trabajar, nadie sale a divertirse, todos están encerrados en casa. Excepto por las actividades recreativas al aire libre y los eventos organizados, la mayoría de la gente en nuestra sociedad —me refiero a la mayoría de los técnicos de servicio— no tiene ni idea de qué hacer con su tiempo libre. Nos encontramos en una situación de crisis y les ordenamos a estas personas

que se queden en casa. No hay vídeo —excepto propaganda anti–ejecutiva— y el vídeo es lo que solemos usar para mantenerlos apáticos. Se supone que todos reciben suficiente comida en tubo para que nadie se muera de hambre. Se supone que les llega agua, si es que no hay fallos en los filtros. Debido al éxito de su racionamiento, usted cree que deberían estar agradecidos, ¿no es así, General?" Kay sonrió. "Pero en realidad, todos están desesperados. La violencia doméstica está en su punto más alto. Ha habido un aumento en la incidencia de asesinatos y agresiones en complejos de apartamentos. Todos saben que estamos en una gran crisis. Y excepto aquellos que tienen la suerte de estar en la Guardia Nacional, o la suerte de ser llamados para misiones especiales, se supone que todos deben quedarse en casa en silencio y esperar... y esperar... y esperar... ¿Por qué, General, envía los camiones de racionamiento a los barrios? Eso me desconcierta. Lo obvio sería hacer que la gente trabajara un poco para obtener sus raciones, dándoles así algo que hacer. Digamos que dos veces por semana la gente saldría a un lugar central, haría fila, etc. No es agradable. Pero estarían *ocupados.* Y verían algo más que sus propias cuatro paredes. Pero a usted no le gusta eso, ¿verdad? Es demasiado desordenado. Parece demasiado susceptible a la pérdida de control. Prefiere mantener la tapa puesta en la olla a presión que liberar el vapor de forma segura. Pero la tapa está a punto de salir volando ahora que de repente está... estamos perdiendo municiones y armas, y la situación se está complicando. Mi solución, General, es

levantar parcialmente el toque de queda. Deje que la gente salga durante unas horas al día.

—Te crees muy lista, ¿verdad, Zeldin? —dijo Torricelli con desdén—. Pues ya se ha pensado en ello. Y no ha funcionado. Lo han intentado en otros sitios. Solo funciona en lugares con menos de cien mil habitantes, como Bellingham.

«Está funcionando en París y Berlín, ciudades con poblaciones considerablemente mayores que Seattle y Tacoma juntas. Si pretenden mantener el toque de queda constante por mucho más tiempo, será mejor que empiecen a mezclar tranquilizantes en la comida», comentó Kay. «De otra manera, no será posible enjaular a toda una población. Su aburrimiento y frustración serán su perdición, señores. Y si continúan matando gente a esta escala, la Guardia será percibida como el enemigo. Jamás lograrán que el público crea lo contrario. No sin pruebas en vídeo. Y un número creciente de miembros de la Guardia podría empezar a negarse a obedecer la orden de disparar a matar».

Reflexionaron en silencio sobre las palabras de Kay durante casi un minuto. —¿Nos vas a ofrecer algo de beber, Torricelli? —preguntó Vale con irritación, rompiendo el silencio.

Torricelli salió de la habitación.

—Dígame, general —le dijo Kay en voz baja a Vale, quien, apartando la mirada de Kay, hojeaba un archivo—. ¿No le preocupa en lo más mínimo el incidente de Yakima? ¿Entiende que si permite que las turbas maten a feministas, probablemente también empezarán a matar a otros que consideren símbolos de lo que odian? ¿A los funcionarios encargados de controlar la natalidad, por ejemplo? La verdad es que me sorprende un poco que un Ejecutivo pueda autorizar la violencia de las turbas por cualquier motivo. Parece contrario a, ah, los principios ejecutivos.

La sonrisa de Vale brilló con intensidad. “Solo hay un Principio Ejecutivo, Zeldin. Y es que uno hace lo que es más efectivo.”

Kay le devolvió la sonrisa. “Eso es lo que quería decir. La violencia de las turbas nunca es efectiva”.

—Depende de lo que entiendas por eficaz —dijo Vale con tono pausado.

Sí. Estoy segura de que las mujeres asesinadas, si hubieran sido conscientes de lo sucedido, habrían considerado que el linchamiento fue efectivo. Pero, aparte de su punto de vista, no veo ninguna efectividad. Lo único que tenemos es un precedente para otros incidentes. El comienzo de un patrón. Casi se podría comparar ese linchamiento con los asesinatos cometidos por la Patrulla Nocturna de Seattle.

Frunció el ceño al leer el informe que estaba hojeando. Torricelli y Vale estaban perdiendo la cabeza. El pánico empezaba a influir en todas sus decisiones: pánico y rabia. Kay sospechaba que Vale se imaginaba que, una vez que llegaran nuevos cargamentos de armas y municiones de otro territorio, aparecería un nuevo orden, como por arte de magia. ¡Como si la simple visión de más tanques fuera suficiente para mantener a la gente alejada de las calles! ¿Quién lo hubiera imaginado?, pensó Kay, como ya lo había hecho docenas de veces, que la destrucción de tanques a plena luz del día debilitaría tanto las ataduras de la ley marcial.

¡Y cómo les molestaba a Vale y a Torricelli que les recordaran los asesinatos de la "Patrulla Nocturna"! Intentaron mantenerlos en secreto, intentaron silenciar cada incidente. Pero de alguna manera, la noticia siempre se filtraba, e incluso en esas circunstancias tan precarias, los rumores parecían propagarse como la pólvora entre la ciudadanía y la Guardia Nacional. Kay se preguntaba dónde más habían surgido grupos imitadores. Aquí en Seattle, estaba prácticamente aislada del resto del país, sin enterarse casi nada de lo que sucedía en otros lugares.

Torricelli entró con una mochila cargada de botellas. No permitiría la entrada a ningún técnico de servicio a la reunión, ni siquiera a la Ejecutiva Dora Knight: Torricelli no quería que nadie de su personal sospechara siquiera la naturaleza de la citación de Kay a Washington. Y, se preguntó

Kay, ¿cuál *era* la naturaleza exacta de la citación? Para Torricelli y Vale parecía una cosa, para ella otra. Fairoaks había sido citado hacía días. No había regresado. La orden de Sedgewick especificaba que Sandy debía regresar con ella.

Kay pidió Jack Daniels, Vale pidió Glen Livet. Y Torricelli se sirvió Grand Marnier.

—Para tu información, Zeldin —dijo Torricelli—, ya tenemos un plan para levantar gradualmente el toque de queda. Pero no es el momento adecuado. Personas más sensatas que *tú* han estado considerando este problema desde el principio.

Vale le sonrió radiante a Kay. —Sí, no lo olvides, Zeldin —dijo—. Todo esto ya está planeado. Esta presentación tan halagadora no le habría resultado creíble a nadie. Aquí, probablemente significaba que estaba —al menos temporalmente— recuperando la confianza. ¿Por qué? Kay buscó una razón. Lo único que encontró fue la posibilidad de que la referencia de Torricelli a las «mentes más sabias» le recordara que había «planes» y «proyecciones», algo reconfortante, tranquilizador e inspirador de confianza.

Kay se rió y vio que su risa los ofendía. «Ya veo», dijo. «¿Queréis decir que estas "mentes más sabias" en Washington habrán anticipado lo que ha sucedido aquí y tendrán un plan de acción para aconsejarles... para salvarles el pellejo?». Antes de que Vale pudiera replicar, Kay le dijo a

Torricelli: «Supongo que esa anticipación incluye la destrucción de tanto equipo, ¿verdad? Quería aclarar contigo antes de irme, Torricelli, si tu interpretación debe mantenerse en secreto para Sedgewick, o si debo explicársela».

Los hombres intercambiaron miradas incómodas. ¿Estoy loca, se preguntó Kay, por provocarlos así? Podrían matarme y culpar a algún ciudadano descontrolado.

«La destrucción del cañón no pudo haber sido obra de nadie con tecnología convencional», afirmó Vale. «Tuvo que haberse realizado a distancia. A gran distancia. Mediante algún tipo de rayo o láser imperceptible a simple vista... Mediante alguna fuente de luz o energía fuera del espectro que los humanos pueden percibir. Dado que había edificios a nivel del suelo, solo cabe concluir que el rayo destructivo provino de arriba. Y no se detectó nada en la superficie a simple vista. Lo que significa que debió haber sido a nivel satelital».

“Espero que haya incluido eso en su informe, General.”

“Desde luego que sí.”

Kay miró a Torricelli. “Y usted, por supuesto, ya le ha contado a Sedgewick sus ideas sobre cómo el enemigo se llevó a la prisionera.”

Torricelli no respondió. Le irritaba el hecho de que tres de sus hombres fueran enviados a Washington para ser interrogados. De repente, levantó la vista de su licor. «Esta no es una sesión constructiva, Zeldin. Ni siquiera te molestas en disimular tus intenciones. Me atrevería a decir que te alegras de la desesperación de la situación. ¿Acaso no te importa que Seattle pueda caer?».

—Te equivocas, sí tengo cosas constructivas que decir —dijo Kay—. He redactado una serie de recomendaciones en un informe que le entregaré a Sedgewick. Mi secretaria les enviará copias a ambos. Kay tomó un sorbo de su bebida. —Me pregunto por qué no has pensado en pedir ayuda a los funcionarios electos locales.

“¿Quién, el alcalde?”

“Sí, el alcalde, por ejemplo.”

“¡Ese hombre es solo una figura decorativa!”

¿De verdad tenía que explicárselo? —Wayne Stoddard también —dijo Kay—. Pero verás que ha sido de cierta utilidad. ¿Qué tal si invitamos a otras figuras destacadas de la comunidad? ¿Quizás pastores, sacerdotes, presidentes de asociaciones de vecinos? Siéntalos, dales una charla sobre lo grave que es esta situación descontrolada para todos...

—Es demasiado peligroso —dijo Torricelli—. Si le decimos al alcalde que haga esto y aquello, tal vez no haya problema,

ya que es un Ejecutivo, aunque podría darle ideas. Pero si convocamos a otros y empezamos a charlar con ellos, antes de darnos cuenta estarán haciéndonos "sugerencias" —es decir, exigiendo— que hagamos esto si hacemos aquello. Y eso, Zeldin, sería muy peligroso.

"¿Incluso si eso restableciera el orden en la ciudad?"

Torricelli negó con la cabeza. "Eso no nos devolvería el control total a nosotros".

«No puedo creer que les tengas tanto miedo a estos don nadie. ¿Qué pueden hacer?». Pero claro, ella había pensado en todo esto al idear sus «recomendaciones». La interacción de las figuras comunitarias con los ciudadanos les conferiría cierto poder a estos y a sus líderes, un poder que emanaría directamente del desorden en las calles. Lo que sorprendió a Kay fue que Torricelli, de alguna manera, lo entendiera. Debía de estar incluido en su formación, pues nunca antes había percibido en él ninguna perspicacia o astucia especial.

Torricelli y Vale intercambiaron miradas de nuevo. Vale dijo: «Eres mujer. Y no eres Ejecutiva. Por supuesto que no puedes entender estas cosas».

“¿Prefieres ver Seattle devastada? Vale, tienes edad suficiente para saber cómo lucen las ciudades destrozadas por la guerra urbana armada. ¿Recuerdas Lisboa?”

Vale frunció el ceño. “No vamos a permitir que eso suceda *aquí.* Se trata de ser lo suficientemente estrictos. Obviamente, hemos sido demasiado permisivos”.

«Ustedes dos no tienen remedio». Kay se llevó el vaso a los labios y dio un trago; lentamente dejó que el licor le bajara por la garganta. «Sangre, sangre y más sangre. ¿Qué quieren, revolución? Aceptarán muchas cosas pasivamente, pero cuando empiecen a metérselas a la fuerza en trozos enormes e indigestos, sin ningún tipo de edulcorante, despertarán. ¿Acaso no hacen que todos los ejecutivos estudien historia en la universidad?».

Eso los desató en una diatriba contra los académicos que, sin comprender el mundo real, se atrevían a inmiscuirse en él como si lo hicieran. ¿Qué se suponía que debía hacer durante esta conferencia?, se preguntó Kay mientras Vale despotricaba contra su ingenuidad y su pesimismo. Al principio, los había manipulado para que trabajaran unos contra otros. Pero la convocatoria de Sedgewick los había convertido en aliados.

Ella hervía de frustración, de furia, de una sensación de impotencia ante la falta de preocupación de Vale por las bajas civiles. Provocarlo, incitarlo, asustarlo no lo haría cambiar de táctica. Kay comprendió que solo una cosa lo lograría: la palabra de Sedgewick. No tenía ninguna razón particular para creer que Sedgewick implementaría sus "recomendaciones". Por muy lógicamente correctas que

fueran, estaba segura de que, de hecho, perderían Seattle al negarse a cambiar de táctica. Por otro lado, lo que había sucedido en Yakima le parecía más aterrador que los baños de sangre perpetrados por la Guardia en Seattle. Si Yakima era el modelo en su reacción a la Operación Chivo Expiatorio, entonces ni siquiera la destrucción del Ejecutivo podría ayudar. La histeria contra las mujeres podría extenderse rápidamente. Tal vez en las ciudades más grandes, y ciertamente en las más grandes, sería menos probable que se propagara, o al menos se propagaría más lentamente. En las grandes ciudades, la Guardia ya debía ser percibida como el enemigo por muchos; Mientras que en lugares como Yakima, la Guardia aún gozaba de cierta simpatía.

Kay miró su reloj. «Si no me voy pronto, mi avión llegará a Washington D.C. al anochecer». Deseaba ser tan arrogantemente segura de sí misma como sabía que parecía ante ellos. ¿Volvería alguna vez a Seattle? Había estado considerando la idea de contactar a Magyyt, de que la recogiera en Washington D.C. después de hablar una vez con Sedgewick, en cuyo caso podría ser posible que regresara a Seattle en otro puesto. Pero Kay nunca pasó de esa idea, pues no se imaginaba trabajando con anarquistas y feministas, dentro de sus organizaciones, bajo sus condiciones (fueran cuales fueran), como una conversa a regañadientes, alejada del sistema.

Kay recogió la pila de archivos que se llevaba a Washington D.C. «Seattle solía ser un lugar muy agradable para vivir»,

dijo. «Intenten no perder la ciudad mientras estoy fuera, caballeros». Tras esa despedida mordaz, Kay se marchó. Su último comentario fue irónicamente hiriente, pero ya no pudo contenerse. Aunque ella y el Marq'ssan habían debilitado la posición del Ejecutivo en Seattle, esos dos bastardos (junto con Sedgewick) eran directamente responsables de la odiosa y excesiva pérdida de vidas. Y por eso deseaba poder hacerles pagar.

[ii]

—Tal vez tengas razón —dijo Beatrice. La vieja Beatrice, canosa y con todas sus arrugas: ojalá *hubiera* sido mi madre, pensó Martha. —Después de todo —dijo Beatrice—, para las mujeres libres de Estados Unidos, ya no parece que pase gran cosa aquí arriba. Quiero decir, el ajetreo de los primeros días... ahora todo parece estar ocurriendo allá abajo. Y muchas de las mujeres libres estadounidenses han vuelto a casa para luchar de forma más directa. —Suspiró—. Yo misma volvería a Sweetwater, pero Sweetwater está aislada, y todo parece estar ocurriendo en las ciudades. Y, lo que es más importante, está en el punto de mira de la ODS. Si volvemos, lo sabrán. Y entonces... —Beatrice se encogió de hombros.

Martha optó por no pensar de esa manera sobre ODS. «Hay un entusiasmo genuino en Seattle», dijo. Visualizó a Louise en movimiento, hablando, escribiendo, dibujando, moviéndose por su cocina, aparentemente sin miedo a que la Guardia o sus vecinos la molestaran por vivir sin un hombre, sin miedo a que su larga trayectoria de feminismo abierto inevitablemente atrajera la atención de ODS. Louise había comenzado a contactar a activistas que trabajaban en diversos grupos, desde quienes defendían la libertad reproductiva hasta quienes luchaban por la restauración de la Constitución y la reforma electoral, desde organizaciones de derechos de vivienda y ancianos de las Primeras Naciones hasta los Verdes y grupos de derechos humanos. Louise había estado eufórica la última vez que Martha la vio, entusiasmada por los efectos de la destrucción de los archivos de ODS por parte del Marq´ssan. «¡Sus registros han desaparecido, Martha! Ni siquiera me conocen. Nunca se fijaron *en* ninguna de nosotras. ¡Somos anónimas, sin rostro para ellos!». Mujeres Radicales nunca habían publicado su lista de miembros en línea. Todo se había hecho a mano, todos sus registros guardados en «algún lugar seguro».

Beatrice dijo: «Hay una violencia espantosa en Seattle ahora mismo». Frunció el ceño. «Ese tipo de violencia me asusta. Estoy entrenada para defenderme, pero no veo qué tipo de defensa puede haber contra una lluvia de balas. Dicen que ya no se molestan en usar gas lacrimógeno... Una vez que comenzaron las negociaciones, creí que en el futuro

todo se decidiría así. Jamás imaginé que llegaría a una guerra abierta».

Beatrice parecía tan desolada, tan triste. —¿Por qué no vienes conmigo, Beatrice? —dijo Martha con emoción—. Louise también puede encontrarte a alguien con quien quedarte. Puedes colaborar con activistas de Seattle.

Los ojos de Beatrice se nublaron. «No lo sé. Algunos de Sweetwater se han ido con otros. Ariadne y Lee se fueron con Jo Josepha a Boston. Tab y Judy se fueron a Los Ángeles, Mariel a Washington D.C. y Finney a Portland... Sweetwater se está disolviendo». Sonrió con tristeza. «¡Y yo que pensaba que iba a tener una vejez encantadora y tranquila!».

—Al menos piénsalo —dijo Martha—. Alguien como tú... sabes tanto, Beatrice. Tienes tanta experiencia, tanta sabiduría...

Beatriz hizo una mueca. —No sé nada de *esto* —*dijo* encogiéndose de hombros—. ¿Cuándo te vas, Martha?

«Sorben y Magyyt me llevarán esta noche. Dicen que van a destruir el cuartel general de la Guardia y de la ODS; me refiero al *verdadero* cuartel general de la ODS». Martha suspiró con nostalgia. «Aunque no me importaría que destruyeran el edificio de la ODS, donde me llevaron. Me gustaría que lo hicieran».

“Lo pensaré, Martha. ¿Estás segura de que quieres ir?”

Martha sonrió, invadida por una nueva oleada de euforia. Trabajaría con Louise y otras mujeres. Sería completamente diferente a trabajar con Walt y los demás anarquistas del PCFW.

¿Qué te pasa, Martha?

Martha negó con la cabeza y se secó las lágrimas. —Nada. No pasa nada —susurró, manteniendo la sonrisa a pesar del llanto—. Solo pienso en lo diferente que será todo. ¿Verdad?

Beatriz tomó la mano de Martha. —No lo sé, Martha. No sé cómo será. Tiene que ser diferente, ¿no?

—Sí —dijo Martha—. Tiene que ser diferente. Ahí está el Marq'ssan. Con solo pronunciar la palabra «Marq'ssan», Martha se sintió más fuerte.

—Sí —dijo Beatriz—, ahora está el Marq´ssan.

Martha se dio cuenta de que Beatrice tenía dudas. La amable, sabia y anciana Beatrice tenía dudas. «Hay una obra de teatro en inglés dentro de media hora», dijo Martha. «Una de esas del siglo XX. ¿Quieres ir?».

Beatrice asintió. —Sí. Pensaba ir, ya sea ahora o esta noche. Quizás eso es lo que necesito. Para eso sirvieron muchas de las cosas que produjeron las feministas estadounidenses del siglo XX: para darse ánimos. Quizás tengamos que hacer lo mismo por nosotras mismas.

Martha se levantó del suelo. —¿Conoces a alguien que escriba obras de teatro, Beatrice?

Beatrice también se puso de pie. “No eran obras de teatro. Pero algunas de los que estaban en Sweetwater escribían poesía, una pintaba, muchas tocaban instrumentos musicales... pero todo quedaba en familia, ¿sabes?”.

—No te veas tan triste —dijo Martha, abrazando a Beatrice impulsivamente. Beatrice la había ayudado tanto, la había cuidado tanto, que era terrible verla así—. Sweetwater volverá a unirse, estoy segura —dijo, apoyando la cabeza en el hombro de Beatrice.

—Tal vez —Beatrice apretó con fuerza a Martha. Se apartó—. Pero si sucede, será diferente.

Diferente: ¿acaso no era eso lo que querían? Martha y Beatrice salieron al pasillo. Beatrice conocía un mundo que Martha jamás había conocido. Por primera vez, Martha se dio cuenta de que no todas se alegrarían tanto como ella de que el mundo estuviera cambiando. Qué extraño pensar que no todas creían que el mundo había sido terrible y difícil de habitar.

[iii]

El avión aterrizó al anochecer. Por un instante, Kay tuvo la extraña convicción de que aterrizar en Washington D.C. —cada vez con confusión y temor— se había convertido en una rutina de su vida, tan básica como levantarse de la cama por la mañana. Algunos de los aterrizajes había pensado que serían los últimos de la serie... Quizás esta vez... *esta vez...* Pero había resultado no ser la última vez tantas veces que, en esta ocasión, tenía poca fe en su propia predicción. Con ese mismo razonamiento, se decía a sí misma, debería empezar a creer que era invencible, que nunca descubrirían su traición, que nunca la castigarían por ella, o que si la descubrían, Magyyt y Sorben la salvarían en el último momento, como si fuera un personaje de una vieja película de espías.

Un helicóptero con el logotipo de los Servicios de Seguridad esperaba cerca del avión. Desconcertada por la extravagancia, Kay se encogió de hombros cuando Sandy la miró con curiosidad.

El crepúsculo se había convertido en noche cuando el helicóptero aterrizó en el tejado marcado con bengalas del Centro de Seguridad. Kay temblaba con el frío de la noche y deseó tener la capa que llevaba en su equipaje. Al entrar en el edificio, bajar las escaleras y recorrer el pasillo, la presencia militar le pareció opresiva. ¿*Había* más marines

desplegados que antes? ¿O era su ausencia de Washington D.C. lo que hacía que su presencia le pareciera excesiva?

Al entrar por las altas puertas dobles, Kay se sintió más segura. Dos marines estaban en la sala de recepción, inmóviles, en silencio, a pocos pasos del escritorio de Mimi. Una mezcla de temor y excitación le recorrió la ingle, extendiéndose por sus muslos, pantorrillas y brazos. El ambiente de la oficina había cambiado radicalmente. Mimi alzó la vista; esbozó una sonrisa. «Doctor Zeldin», dijo, y sus ojos se desviaron hacia un lado, como para comprobar si los marines estaban bien.

Weatherall parecía la misma. Quizás un poco más contenida, un poco más seca, un poco más inexpresiva en su tono de voz: «Ah, por fin has llegado. Entra directamente... Hola, Sandy...» La voz de Weatherall se convirtió en un ronroneo... «¿Por qué no te sientas conmigo unos minutos...?» Kay se movió lo más despacio que pudo, deseando poder quedarse para escuchar lo que Weatherall tenía que decirle a Sandy, queriendo tener una idea de la actitud de Sedgewick antes de enfrentarse a él en persona. Pero la voz de Weatherall no se oía muy lejos. Y Kay sintió la mirada de Weatherall en su espalda.

Kay abrió la puerta del despacho de Sedgewick y vio de un vistazo que no estaba. Cerró la puerta en silencio tras de sí. Claro que estaba cerca, o Weatherall habría dicho algo, ¿no? Su inquietud aumentó. Se acercó a la mesa y se sirvió una

botella de agua. El silencio de la habitación, la penumbra —solo tres lámparas estaban encendidas—, la sensación de estar suspendida en el tiempo y el espacio inquietaban a Kay. ¿Por qué tantos marines? ¿Por qué el helicóptero?

Una puerta se cerró con un clic. Kay se giró y vio que Sedgewick había estado en el baño. —Empezaba a preguntarme si ibas a venir hoy —dijo Sedgewick, cruzando la habitación. Al acercarse, Kay notó lo mucho más definidos que se veían los huesos de su rostro, lo tensa que parecía la piel sobre ellos, y que sus ojos brillaban. Sedgewick se acercó directamente a ella sin mirarla y la abrazó. Kay retrocedió un paso hacia la silla, que a su vez chocó contra la mesa. Su cuerpo se sacudió repentinamente mientras luchaba torpemente con las manos en la silla detrás de ella para no caerse hacia atrás contra la mesa. —Por favor, Kay —le susurró al oído—, por favor, abrázame.

—Sedgewick, recuerda... —sintió sus piernas presionando contra las suyas— dijiste que no lo harías...

“No me rechaces, Kay... Te he echado de menos. Lo único que pido es un simple gesto de cariño, de consuelo mutuo.”

Una voz en la cabeza de Kay le decía que lo siguiera, mientras que otra lo odiaba y despreciaba su presunción. *No lo hagas enojar ahora. Ahora no. No es el momento adecuado...* Kay levantó débilmente los brazos y lo rodeó con cuidado. En esa postura se sentía incómoda, grotesca,

resentida. Nada la haría decir que lo había extrañado. ¿Acaso no podía percibir su renuencia? A través del leve aroma de su jabón, Kay reconoció el olor personal de Sedgewick y lo recordó físicamente. Sus manos comenzaron a moverse sobre su espalda y cuello, bajando hasta su cintura. Kay se contuvo con fuerza para no sentir el escalofrío que la recorrió. Llevando sus propias manos, las insertó entre sus cuerpos y lo apartó, no violentamente. Se obligó a mirarlo a la cara. «Algo anda mal, ¿no?», dijo. «¿Por qué el helicóptero?»

"Es más seguro que un coche."

"No lo entiendo. ¿Por qué no debería estar segura en un coche?"

Apartó su silla habitual de la mesa. —Siéntate. Sedgewick la empujó hacia la silla. —Zeldin —añadió en voz baja. Kay apoyó las manos en su regazo y esperó. Él seguía sujetándole los hombros con las palmas.

—Llevo tiempo queriendo hablar contigo… —Retiró las manos de sus hombros y se sentó al final de la mesa, a su izquierda—. Tus informes me han sacado de quicio por lo que no han dicho abiertamente, pero sí han insinuado, Zeldin. —A Kay se le cortó la respiración—. Me enviaste a esos técnicos de servicio de la ODS, sugiriendo dos posibles explicaciones para la fuga de Greenglass, e insinuando entre

líneas una tercera posibilidad. Es hora de que hables con franqueza, Zeldin.

El pulso de Kay se aceleró. No se había atrevido a ser explícita. Solo quería sembrar una posibilidad en su mente. Decirlo explícitamente sería exponer su evidente absurdidad... exponer sus propias maquinaciones... Dijo: «No entiendo». Inclinándose sobre el lado derecho de su silla, abrió el cierre de velcro de su maletín y sacó varias carpetas.

—Déjalo —dijo Sedgewick—. ¿Por qué me enviaste a esos hombres, Zeldin?

Kay lo miró de reojo y luego desvió la mirada. «No estaba segura de ellos. Me parecía inconcebible que no pudieran haber estado involucrados. La alternativa era creer que el enemigo es capaz de volverse invisible».

—¿Y qué hay de Torricelli? —La mirada de Kay se dirigió con sorpresa hacia la suya—. ¿Puedo confiar en él, Zeldin?

Cogió la botella de agua que había abierto justo antes de que Sedgewick entrara en la habitación. —¿Me preguntas *por* Torricelli? Creía que era demasiado parcial como para poder darte mi opinión al respecto…

¿Puedo confiar en él, Zeldin? Seguramente tu prejuicio no te impedirá juzgar su fiabilidad. ¿Acaso no sospechas que esos hombres se llevaron a Greenglass a escondidas y la

pusieron bajo la custodia de otra persona? Hay muchas más formas de traición que trabajar para el enemigo conocido.

Kay tomó un largo trago de agua. ¿Estaba dispuesto a creer no solo que los tres técnicos de servicio podrían estar trabajando para algún rival dentro de la directiva, sino que Torricelli también? Era increíble. ¿Cómo podía albergar tales sospechas, ni siquiera de pasada y tácitamente? ¡Y sin embargo, ahí estaba, hablando de ello en voz alta! Kay pasó el dedo por un pliegue de la botella de plástico. —¿A quién tienes en mente? —preguntó, sin creer que fuera a decírselo.

—¿Recuerdas la conspiración que provocó el atentado en La Cucina Freschetta? —Kay asintió—. Me he dado cuenta de que no he llegado al fondo de la conspiración. Es extremadamente compleja. Hay un plan de Turpin y Devito que implica el uso de Stoddard y también hacerle creer al país que los terroristas son extraterrestres. Ya ves cómo Greenglass podría serles útil... Están desestabilizando centros urbanos... Tengo motivos para creer que una fuerza de oposición —principalmente francotiradores, organizados como guerrillas— que ha surgido repentinamente aquí en Washington D.C., está compuesta en gran parte por personas bajo el control del Pentágono. El plan, por lo que entiendo, es causar suficiente desorden como para que Turpin pueda exigir la intervención militar para restablecer el orden. Este patrón se está repitiendo en varias ciudades del país... Sin embargo, Seattle es la peor, debido a la

destrucción masiva de las armas y municiones de la Guardia Nacional...

Kay miró atónita a Sedgewick, a su aparente coherencia, a sus ojos brillantes. ¿Estaba atrapado en una fantasía paranoica o podría ser cierto? No creía que lo que sucedía en Seattle formara parte de esta conspiración; de hecho, sabía *que* gran parte de lo que ocurría allí no tenía nada que ver con las luchas internas del Ejecutivo. Claro que *podría* ser cierto para Washington D. C. —¿Los marines en este edificio? —preguntó Kay, confundida.

«Ah, los marines de este edificio son sin duda míos. Su comandante, sin que el Pentágono lo sepa, es un hombre de la Compañía. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Me será leal. De él no tengo ninguna duda. Y, en cualquier caso, por el momento cualquier intento de vulnerar nuestra seguridad se hará bajo el pretexto de ataques terroristas, no abiertamente. Todavía no están preparados para ser transparentes. Y, en cualquier caso, no saben que sospecho de ellos. Como no los capturé cuando capturé a Larson y Gates, creen que siguen sin ser detectados. Lo que sin duda pretenden es derrocar al contingente de Booth: yo mismo, Crannock, Goodwin, Hunt, Ogden y Danforth. Con todo en manos de Devito y Turpin —sobre todo Turpin, ¿entiendes?— con Wayne Stoddard como su figura decorativa. Quizás planeen acusarnos de un complot de asesinato contra el Presidente; eso siempre agita las

emociones de las masas... Aunque, por supuesto, esa sería solo la tapadera que darían tras su golpe de Estado.»

—Esto es increíble —murmuró Kay—. ¿Qué piensas hacer? —Sedgewick sonrió, mostrando los dientes—. Actuaré antes que ellos. Ya estoy preparando mi estrategia. No creo que a estas alturas puedan tocarme personalmente, que es lo que tendrían que hacer para tener éxito en su golpe de Estado. Primero tendrían que manipularme para que cediera el control a las fuerzas armadas. De lo que sí estoy seguro es de mis comandantes de la Guardia. Y de la mayoría de mis hombres del territorio. Lo que nos lleva de nuevo a la pregunta con la que empecé, Zeldin: ¿puedo confiar en Torricelli?

Él creería cualquier cosa que ella le dijera. Era increíble. ¿Por qué pensó que podía confiar *en ella?* ¿Acaso no se había reído de él después de esposarla y ridiculizar su disposición a confiar en él? Sin embargo, allí estaba sentado, años después, esperando que ella le dijera algo que él debería saber que bien podría ser una mentira. —Yo no confiaría en él —dijo Kay—. No tengo ninguna pista. Pero te guarda rencor, Sedgewick. Él piensa que... ¿De verdad iba a traicionar el sueño de chantaje de Torricelli?

“¿Qué es lo que piensa, Zeldin?”

Kay tragó saliva. «Piensa que eres vulnerable a él por mi culpa. Creo que sueña con desafiarte. No es tu hombre. Pero no sé si eso significa que sea el de Turpin».

Lo había hecho, acababa de delatar a Torricelli. Kay se recordó a sí misma que Torricelli era responsable de cientos de muertes. Torricelli era tan monstruoso como Sedgewick. La única diferencia era que Torricelli era más joven y no tenía el mismo poder que Sedgewick. Aun así, Torricelli era humano... (Sí, pero también lo era Sedgewick si iba a empezar a usar ese criterio para juzgar sus acciones).

Sedgewick asintió lentamente, repetidamente. «Era demasiado joven. Me advirtieron que no le diera tanto poder a alguien tan joven. En aquel momento me preocupaban más los usos que podría darle que su inexperiencia y juventud. Supongo que di por sentado que la lealtad vendría después. Empiezo a pensar que las únicas personas con las que puedo contar son las que se han abierto camino en la Compañía, las que han hecho trabajo de campo durante años». Suspiró. «Casi me tienta eliminar a Torricelli. Pero Vale debería poder con él. No quiero revelar mis cartas demasiado pronto». Sus ojos se posaron en el rostro de Kay con peculiar intensidad. «Me tienta enviarte de vuelta para reemplazarlo. Pero ahora mismo ese territorio es un desastre espantoso...»

Kay se encogió de hombros. "Vale jamás recibiría órdenes de una mujer", dijo.

Sedgewick sonrió. "Si se lo pidiera, lo haría".

—No —dijo Kay—. No lo creo. Sobre todo de mí. Me odia con toda su alma, Sedgewick.

—A ti o a cualquier mujer —dijo Sedgewick—. Pero eso no importa. Tengo pruebas contra Vale. Cometió el error de involucrarse en un caso de espionaje industrial que, por cierto, Crannock —entre otros, claro— se tomaría muy mal. Hay cosas que uno no debe hacer, y Vale las hizo. Se volvió demasiado ambicioso demasiado pronto. Por lo tanto, es alguien cuya lealtad no tengo que dudar ni un segundo.

Kay se alegró de no haber intentado insinuar la deslealtad de Vale. Habría perdido el juego si lo hubiera hecho. "¿No pretendes que vuelva a Seattle?"

“Todavía no. Creo que quiero que estés aquí hasta que haya resuelto las cosas con Devito y Turpin... lo cual sucederá pronto. Y luego veremos. Francamente, no he podido dedicarle mucha atención a Seattle ni a ninguno de los otros focos de conflicto. Quizás puedas ayudarme con eso. Hay tanta información llegando, y tantas cosas sucediendo aquí en Washington, y tantas cosas ocurriendo en las reuniones del Gabinete que, sin un sistema informático, Weatherall apenas puede registrar los informes que llegan, y mucho menos resumirlos para mí”. Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

Kay miró los archivos que había sacado de su bolso. —Entonces ya no quieres mi informe, ¿verdad?

—¿Tu informe? —Sacudió la cabeza y se dirigió al escritorio—. Ahora no. —Tocó el timbre del escritorio. Sonó fuerte, casi estridente en la larga y oscura habitación—. Primero tomaremos algo y cenaremos aquí. Prácticamente me quedaré aquí encerrado, salvo para las reuniones del Gabinete, hasta que esta conspiración sea desmantelada. Creo que es prudente tomar precauciones.

La puerta se abrió y Kay oyó la voz de Weatherall detrás de ella. ¿"Atrincherados" en el Edificio de Seguridad? Kay suspiró. Probablemente eso significaba que ella también, a juzgar por el helicóptero. Antes de poder decidir qué hacer a continuación, tendría que averiguar —de alguna manera— si realmente existía un plan para un golpe de Estado. Y mientras tanto, seguiría el juego a Sedgewick. Sin duda, lo mejor sería que las distintas facciones del Ejecutivo se atacaran entre sí. Eso significaría que todas caerían.

Y no solo en materia de seguridad. Pero si Sedgewick tenía razón y Turpin usaba las fuerzas armadas, la situación cambiaría. En ese caso, Kay ni siquiera sería una de las participantes. Así que se aferraría a Sedgewick un poco más de tiempo. Como medida de precaución, por así decirlo.

Capítulo veintitrés

[i]

“Nuestro momento es fantástico”, dijo Louise cuando Martha, Magyyt y Sorben aparecieron en el apartamento del sótano de Louise en Belltown. Martha y Louise se abrazaron. El olor a queroseno encendido competía con el aroma de las velas de sándalo y hacía que las dos pequeñas habitaciones se sintieran acogedoras. «Esta noche tenemos nuestra primera gran reunión organizativa. Se esperan sesenta y cinco organizadores de dieciséis grupos diferentes. Ah, bien, has traído agua», añadió mientras las tres sacaban botellas de agua potable y tubos de comida de sus mochilas. El Marq´ssan se los había proporcionado a Martha, ya que podría serle difícil conseguir raciones sin su tarjeta de plástico.

—¿Sesenta y cinco personas? —preguntó Martha—. ¿Pero dónde?

—El sótano de la YWCA Denny Regrade. —Louise pareció complacida al ver que Martha apreciaba su hazaña organizativa—. Ginebra tiene una amiga que trabaja como técnica de mantenimiento en la YWCA y tiene llaves. Vive a un par de puertas y dice que el lugar es tranquilo; solo hay quince residentes, todos en el quinto y sexto piso, y el sótano no tiene ventanas, está completamente aislado de la calle. Con el toque de queda, no hay que preocuparse por ningún guardia de seguridad, solo por el guardia que patrulla las calles. Es un lugar perfecto para reunirnos. Pero, ¿por qué estamos todas de pie? —Louise se dejó caer en el sofá destartalado que Martha supuso que se convertía en cama.

Martha ocupó el otro extremo del sofá; Sorben y Magyyt se sentaron en el suelo. "¿No serán mucho más probables las posibilidades de que la Guardia atrape a alguien con sesenta y cinco personas moviéndose sigilosamente por la Primera Avenida?"

Louise se puso bastante animada. «No has estado por aquí últimamente, Martha. El toque de queda se está incumpliendo ampliamente. Ha habido *muchos* saqueos. La Guardia está desbordada. Una especie de resistencia guerrillera armada se está haciendo notar. Y la Guardia ha reducido el número de patrullas de dos personas. Supongo que lo hacen porque muchas patrullas han sido atacadas y

les han robado las armas. Y también, por lo que dicen todos, han empezado a concentrar a un gran número de la Guardia en varios lugares. Capitol Hill, por ejemplo. Georgetown, por otro. ¿Conoces el complejo de apartamentos a unas pocas cuadras de aquí, cerca del Pike Place Market?» Martha asintió. Anoche arrestaron a todos —y digo *a todos*— los que estaban en el edificio y se los llevaron en autobuses. Durante la última semana ha habido disparos de francotiradores desde ese edificio, y la Guardia nunca pudo averiguar de dónde venían... bueno, imagínate la cantidad de ventanas que tiene... es un edificio enorme... Así que al final, simplemente arrestaron a todos los que estaban dentro. Nadie sabe adónde se llevaron a los arrestados, y estamos hablando de cientos. Louise se encogió de hombros. "Las cosas se ponen más raras cada día".

“Parece que se está produciendo un aumento de la resistencia armada en todo el país”, dijo Sorben. “Hemos oído hablar de cosas similares en otros lugares; la diferencia aquí es que hemos estado desmantelando el armamento y el equipo militar”.

—Pero no está ocurriendo en todas partes del mundo —dijo Magyyt—. Claro que en algunos lugares las cosas están más tranquilas que aquí. En general, los países con gobiernos ejecutivos son los que sufren las mayores convulsiones. Miró a Louise con curiosidad. —¿Sabías que los gobiernos de Colombia e Indonesia han caído y que los ejecutivos de esos países han estado huyendo? Louise negó con la cabeza. —

Sin el alto nivel de tecnologías de vigilancia —más alto, entiéndelo, que el que es común en este país— con el que solían gobernar esos países, no pudieron mantener su control absoluto. Las repercusiones se sentirán en todo el mundo con gobiernos ejecutivos.

Louise resplandecía. «La escritura está en la pared. El sistema ejecutivo se está derrumbando». Siempre que Louise hablaba, gesticulaba mucho con las manos, barriendo el aire frente a ella para enfatizar o puntuar, con gracia, rapidez y elocuencia. Al observarla, Martha creyó que podría transformarlas en algo maravilloso, algo emocionante, algo jamás imaginado. Delgada, tensa y competente, Louise ardía con la emoción que Magyyt y Sorben no poseían. Aunque el Marq´ssan tenía poderes maravillosos, carecía de la chispa de Louise. Unidos, pensó Martha, podrían hacer algo...

—Esta noche nos enfrentamos a un problema práctico —dijo Sorben con sequedad—. No estamos seguros de cómo destruir el cuartel general de la ODS y la Guardia sin poner en riesgo la vida de las personas que se encuentran dentro. Si les avisamos, tendrán tiempo de evacuar sus documentos más valiosos. Si no les avisamos, podemos desmantelar las instalaciones poco a poco —retirando primero los documentos que nos interesan— y luego crear una excusa —quizás un incendio— para que evacuen al personal, y después desmantelar las instalaciones; o podemos intentar atraerlos —de nuevo mediante una distracción— y hacerlo todo a la vez. Desmantelar poco a poco nos consume mucha

más energía que hacerlo todo de golpe. Por ejemplo, si un hombre porta un arma, desmantelarla sin dañarlo es complicado y conlleva el riesgo de desmantelar accidentalmente alguna parte de su cuerpo. Sus manos, por ejemplo.

Louise golpeó el brazo del sofá con la palma de la mano. «Tu preocupación por estos asesinos es más de lo que merecen. ¡Son responsables de la masacre de cientos de personas!».

Martha volvió a cruzar las piernas. Era ahí donde ella y Louise divergían. Louise se negaba a considerar la no violencia como una postura política eficaz. Si bien Louise no era como quienes se unían a organizaciones que bombardeaban edificios y buscaban asesinar a agentes de la ODS, insistía en que había ocasiones en que la violencia estaba justificada. Martha sabía que Louise no solo tenía un arma, sino que, antes de que el Marq'ssan paralizara la vida cotidiana, practicaba tiro a diario. En esto, Walt comprendía lo que Louise parecía incapaz de entender.

«Elegir deliberadamente quitar la vida a otros nos perjudica a nosotros mismos», dijo Magyyt. «Y no nos haremos ese daño, ni siquiera Sorben, Tyln y yo, que ya nos desviamos considerablemente del Marq'ssan. Si no encontramos la manera de cumplir nuestra misión sin quitar vidas, no la llevaremos a cabo. Aunque les prometo que, al menos, encontraremos esos documentos».

—¿Podrías darles un buen uso a esos papeles a nivel local? —le preguntó Sorben a Louise—. ¿Documentos que detallan su uso de la violación?

“Dado que nos han proporcionado una fuente de alimentación y una fotocopiadora que funciona, podremos reproducir algunos de los documentos y distribuirlos. Y una vez que comencemos ese proceso, los ejecutivos no podrán impedir que las pruebas se difundan.”

Martha estaba eufórica. Estaban *llegando* a la gente. El gobierno había mostrado su verdadera cara tan desvergonzadamente que personas que no eran radicales, personas a las que no les importaba la "política" (como ellos la llamaban), formarían parte de lo que estaba sucediendo, parte de la resistencia. De hecho, *leerían* lo que se escribía y distribuía, en lugar de quedarse en casa pegados a sus videos, ajenos al mundo. ¡Finalmente había surgido un movimiento de resistencia masivo!

—¿Crees que alguna de vosotras, Marq'ssan, podría asistir a la reunión? —preguntó Louise—. Significará mucho para las mujeres que estarán allí. Es dentro de una hora y media y probablemente durará dos o tres horas.

Sorben miró a Magyyt. Dijo: «No veo por qué no».

Louise sonrió. “¡Maravilloso! ¡Es tan emocionante! Nuestro primer encuentro, nuestro nuevo comienzo... de la mano de las mujeres que van a transformar Seattle”.

¿Cómo no iba a regresar para formar parte de esto?, se preguntó Martha. Estaban creando un mundo nuevo, aquí y ahora. Y después de esta noche, ODS apenas existiría en Seattle. Y entonces la resistencia se afianzaría. No habría forma de detener *esta* revolución.

[ii]

Nada en la experiencia de Kay se comparaba con aquella noche que pasó en compañía de Sedgewick. Varias veces se preguntó si estaba soñando, tan extraña e improbable se había vuelto la realidad. Sedgewick ni siquiera había echado un vistazo a los informes que ella había traído y apenas la interrogó sobre la situación en Seattle. ¿De dónde, se preguntaba, provenía la orden de informarle "completamente" que le había enviado esa mañana? En lo que respecta a los asuntos de seguridad, solo dos cosas parecían interesarle: el "registro" local que Stevens estaba llevando a cabo en ciertas zonas de Washington D.C. —programado para comenzar a las 2 de la madrugada— y las posibilidades que ofrecían los informes que llegaban (como

siempre, pero ahora con creciente urgencia) de desenmascarar a la oposición. Sedgewick quería pruebas de que sus enemigos del Gabinete estaban detrás de la creciente resistencia a la ley marcial.

Entre su negativa a creer que los Marq'ssan fueran extraterrestres y su aparente incapacidad para comprender el estado de crisis y desorden reinante, Kay empezó a pensar que la teoría conspirativa paranoica de Sedgewick era simplemente una forma de negar que ni él ni ningún grupo de ejecutivos pudieran controlar la situación. Con estas preocupaciones y las continuas interrupciones de Weatherall con nuevos informes de fondo, pasaron la mayor parte de la noche sentados al otro lado de la sala, cenando suntuosamente una comida preparada desde la residencia de Sedgewick y bebiendo varias botellas de vino. Kay tuvo un mal momento cuando Sedgewick sacó una botella de Médoc (pues había sido una botella de Médoc la que le había proporcionado un arma años atrás en Calais), pero se le pasó cuando se hizo evidente que Sedgewick no iba a hacer ningún comentario al respecto.

“¿Crees que encontrarás a las personas que han estado disparando contra la Guardia Nacional y contra los vehículos de los ejecutivos?”, le preguntó Kay cuando él le describió la operación.

“Encontraremos, como mínimo, hasta la última arma en esos sectores. Se realizará una búsqueda exhaustiva. Y, por

supuesto, donde encontremos armas, encontraremos opositores.”

¿Opositores?

“Pero este arresto de los hombres”, dijo Kay, “¿no convertirá en un desastre su Operación Chivo Expiatorio?”

«No te preocupes. Contaremos con algunas mujeres que, sin duda, son feministas», dijo Sedgewick. «La gente es lo suficientemente inteligente como para comprender que (a) habrá hombres que harán parte del trabajo sucio por las mujeres, y (b) ciertos grupos disidentes se aprovecharán de cualquier situación propicia. Créeme, Kay, lo hemos previsto todo».

Y eso era otra cosa. Había vuelto a llamarla por su nombre de pila y varias veces se había enfrascado en largos discursos sobre sí mismo, sobre sus años de "esperarla". Después de empezar con la segunda botella de vino, le describió algo que la había horrorizado: su asistencia, disfrazado, a un curso intensivo de Civilización Occidental que ella impartía durante un verano. Dijo que solía pasar parte de los veranos en la isla Vashon, y que cuando supo que ella daría clases durante ese verano, aprovechó la oportunidad de verla en persona. A Kay le pareció que ahora que el pasado había salido a la luz entre ellos, Sedgewick había perdido cierto control, había permitido que se derrumbara una barrera que antes le impedía caer en el abismo de su obsesión, y que ahora que

esa barrera había caído, la irresistible gravedad de esa obsesión lo arrastraba hacia ella. Debido a que su obsesión era tan descontrolada, amenazaba con arrastrar también a otros a ella. Kay temía haber sido descubierta, pues todo lo que había hecho en la última semana parecía confirmar su propia caída constante en el abismo.

Y lo que aún haría, pensó, solo podía surgir de una especie de locura. Pero su recuerdo por sí solo había bastado para corromperla. Se sentía alejada de la persona que había sido antes de que Sedgewick ordenara su liberación de Kane Hall. En su interior, sabía que jamás podría recrear ninguna relación que le hubiera importado, ni con Scott ni con ninguno de sus colegas. Había cruzado la línea. Lo sabía, y ese conocimiento le permitió hacer lo que tenía que hacer. ¿Cómo pudo aquella otra Kay Zeldin haberse propuesto destruir al Ejecutivo? Era inconcebible. Pero la persona que era ahora sí podía, y lo haría.

Era pasada la medianoche cuando Sedgewick le mostró dónde dormiría. La condujo al baño iluminado con velas, abrió la puerta del otro extremo y la invitó a pasar a una habitación espaciosa de techos altos. Había una cama en la pared opuesta a la puerta. Armarios cubrían casi todas las paredes, junto a las ventanas, que apenas llegaban a la altura de la cintura con una superficie similar a un escritorio, alcanzando al menos dos metros y medio de altura en la pared opuesta a las ventanas. Sedgewick encendió la lámpara halógena de la mesita baja junto a la cama.

Recordando el comentario de Felice sobre el poco tiempo que Sedgewick solía pasar en casa, Kay se preguntó si a menudo dormía en esa habitación. Dejó caer su bolso en una silla y su maleta le llamó la atención. ¿Cómo había llegado allí? No había visto a nadie llevarla a través del despacho de Sedgewick hasta el baño.

—Encontrarás todo lo que puedas necesitar en el baño —decía Sedgewick—. Ah, eso me recuerda... Déjame mostrarte. Kay lo siguió al baño y, a la luz de las velas reflejada en los espejos, lo vio abrir un cajón. —Sedantes para dormir a la izquierda,

“Estimulantes en el centro y tranquilizantes a la derecha”. Sedgewick señaló las pastillas envueltas individualmente en papel de aluminio que llenaban los tres compartimentos del cajón. Sus ojos recorrieron brevemente el rostro de ella. “Mañana puede ser un día largo y posiblemente angustioso, así que no dudes en tomar un sedante esta noche si no puedes dormir bien”.

Kay retrocedió un poco. Una nueva tensión en su rostro o en su voz la hizo contener la respiración, la hizo desear explícitamente que volviera a su oficina. —Estoy segura de que con el vino no tendré ningún problema para dormir —dijo rápidamente.

Sedgewick cerró el cajón. —¿Quieres un camisón limpio? Seguro que no tenías a nadie que te lavara la ropa en Seattle.

Aquí hay un cajón lleno, son de algodón suave y cómodo... —Se inclinó y abrió otro cajón.

—No, en serio, no es necesario —dijo Kay, retrocediendo hasta el marco de la puerta. Había bebido demasiado. Le daba vueltas la cabeza—. Buenas noches —dijo, esperando que por fin se marchara.

Sedgewick se acercó hasta casi tocarla. Puso las manos sobre sus hombros.

—Por favor, no lo hagas, por favor, déjame en paz — susurró Kay.

“Quiero… deseo… quiero que lo entiendas, Kay…” Su mano subió por su cuello. Suspiró y le acarició el cabello.

“Hemos bebido demasiado”, dijo Kay. “¿No podemos simplemente decir buenas noches ya?”

“Podríamos decir buenas noches con un beso.”

¿Cómo podía estar pasando esto? Se suponía que no debía tener sensaciones sexuales, ni deseos sexuales. Era como estar atrapada en una pesadilla irracional sin ninguna pista sobre el porqué de las cosas. —Me dijiste —dijo ella— que tu interés no era sexual. Por favor, por favor, déjame en paz. No me hagas esto. ¿Por qué me haces esto? —Tragó saliva convulsivamente—. Me haces esto porque me odias, por Calais. Eso es todo, ¿no?

—¿Sigues sin entender, sigues sin confiar en mí? —preguntó con un tono que insinuaba que ella estaba siendo injusta con él. Suspiró—. ¿Por qué das por sentado que el contacto físico debe ser de naturaleza sexual?

Sus dedos rozaron su mejilla. Se apartó. —Buenas noches, Kay.

Lo vio salir por la otra puerta y cerrarla silenciosamente tras él. Al cabo de unos segundos, empezó a temblar. La vista se le nubló por las lágrimas, lágrimas que reconoció por experiencias pasadas como una respuesta a la humillación, a la vergüenza y la rabia de no haberle gritado, de tenerle pánico a hacerlo enfadar. Distraídamente, abrió el cajón y cogió un somnífero. Deseaba con todas sus fuerzas poder cerrar la puerta del dormitorio con llave. Pero la llave no estaba puesta.

Kay sacó un camisón de su maleta y se vistió para dormir. Para cuando se metió entre las sábanas frescas y crujientes, el sedante ya empezaba a hacer efecto. Su mente divagó brevemente pensando en lo que pronto sucedería a unos kilómetros de distancia, y luego cayó en un sueño pesado y profundo.

[iii]

Sorben y Magyyt extrajeron una gran cantidad de documentos ODS de la oficina de Torricelli en la base, luego activaron la alarma contra incendios y el sistema de rociadores. Como esperaban, todos evacuaron el edificio sin resistencia. Magyyt y Sorben esperaron a veinte yardas del edificio, lejos de los reflectores que iluminaban el perímetro. Dado que una espesa capa de nubes bloqueaba las estrellas y la media luna, Magyyt ni siquiera pensó en su camuflaje. Escaneó el edificio, eligió una veintena de puntos en los cimientos y las estructuras de soporte, y los desintegró. El edificio se derrumbó con un gran estruendo y un repiqueteo de vidrio y metal. Sorben continuó desintegrándo entre los escombros. Cuando no quedó rastro del edificio, Magyyt retrajo su campo y lo extendió tentativamente hacia el de Sorben. Se fusionaron con un estremecimiento y casi simultáneamente se retiraron en un solo movimiento explosivo. "Vayamos a encontrarnos con Tyln ahora, *alanya",* susurró Sorben en Omauo.

Corrieron a toda velocidad hacia el sur, durante kilómetros y kilómetros. Pasaron a toda prisa junto a coches y camiones que anunciaban crisis, emergencias y prioridades. El espíritu de Magyyt se llenó de una euforia inusual, una euforia que le asombraba pero que no podía reprimir. Lenta e inexorablemente, estaban debilitando a las fuerzas gubernamentales en ese lugar. Mientras corrían, una nueva palabra le vino a la mente: así se sentía *la victoria.* «Victoria»

era una palabra que describía algo ajeno a Marq'ssan. Pero la sensación que Magyyt experimentaba era embriagadora. ¿Sorben también lo sentía? ¿O acaso se había alejado aún más de todos los demás Marq'ssan, incluso de Sorben, para comprender este concepto tan peculiarmente humano?

Corrieron por una calle que seguía el contorno del lago Unión. Tyln ya estaría en el Cuartel General de la Guardia, listo para informar lo que debían hacer. Magyyt se sentía poderosa, fuerte, con una energía infinita, como si pudiera desmantelar cualquier cantidad de armas, cualquier cantidad de edificios. "¿Sorben?"

"¿Sí?"

“¿Crees que estamos aumentando nuestra fuerza y capacidad de desestructuración al hacer esto todas las noches?”

“¿Tú también lo sientes, Magyyt?”

—No estoy nada cansada. Y ya hemos tenido una noche bastante movida. —Sorben ladeó la cabeza—. Da un poco de miedo, ¿verdad? —Es peligroso, Sorben —dijo Magyyt, intentando en vano animarlo—. Lo que estamos haciendo es realmente peligroso. ¿Podremos volver atrás alguna vez?

—No lo sé —dijo Sorben. Y fue entonces cuando Magyyt se dio cuenta de que no estaba segura de lo que significaba «volver». Y eso la asustó muchísimo.

[iv]

Kay se despertó con una resaca terrible y encontró a Weatherall dejando una taza y un termo en la mesita de noche. —Buenos días —dijo Weatherall—. Dijo que querrías uno de estos. Le entregó a Kay un remedio para la resaca.

Kay lo bebió rápidamente, pensando en el agua con la que lo acompañaría. Su boca reseca estaba llena de grumos y una sustancia pegajosa; su cuerpo clamaba por agua. Entre el vino y la droga, su sistema digestivo debió haber tenido una noche difícil.

“Hay café en el termo por si quieres. No hay prisa, solo son las siete. Pero tiene algo de trabajo para ti. Así que cuanto antes empieces, mejor.”

Kay cerró los ojos para protegerse del resplandor del día. Escuchó a Weatherall moverse al otro lado de la habitación, luego oyó la puerta abrirse y cerrarse. Tomó una botella de agua e intentó orientarse a pesar del fuerte dolor de cabeza. Primero se ducharía y se vestiría. Después examinaría la habitación. Sabía que *su* maleta no había entrado por la oficina.

Al abrir la puerta del baño, vio a Sedgewick sentado en una silla en medio de la habitación, mientras un técnico de servicio, al que no conocía, lo afeitaba. Avergonzada, retrocedió. No se le había ocurrido que él estaría usando el baño. Tendría que acordarse de llamar antes de entrar.

Kay se recostó contra el cabecero y tomó un sorbo de café. Necesitaba planificar: primero, porque trabajaría codo a codo con el Marq´ssan, y segundo, porque podría perder los nervios si dejaba los pasos finales a la improvisación. Sabía que definitivamente quería llevarse algunos de los documentos más perjudiciales para el Ejecutivo. Y dado que, tras la exposición de los documentos, el Ejecutivo podría intentar desvincularse de Sedgewick, esperaba encontrar pruebas de que el resto del Gabinete sabía todo lo que él había estado haciendo. Kay no dudaba de que lo supieran, pero su convicción no era prueba suficiente. Varias preguntas la atormentaban. ¿Sería suficiente para incapacitar a Sedgewick, o debería planear hacer algo también con Weatherall y Anderson? ¿Y qué sería exactamente suficiente para "incapacitar" a Sedgewick?

Kay sirvió más café en su taza. Al enderezar el termo, se le ocurrió que podía sedarlo. Weatherall le traía café recién hecho con frecuencia. Kay podía guardar una reserva de sedantes en su bolso. (No en el bolsillo. Si los encontraba en su bolsillo, podría empezar a sospechar. Si los encontraba en su bolso, pensaría que los había guardado previendo futuros episodios de insomnio).

A las siete y media, Kay se acercó a la puerta, pegó la oreja y llamó. Esperó unos segundos, abrió la puerta un poco, vio que no había nadie y entró al baño. Se resignó a arriesgarse a un encuentro embarazoso. No iba a renunciar a una ducha de agua caliente.

Cuando finalmente entró en la oficina de Sedgewick, este interrumpió la serie de órdenes que le estaba dando a Weatherall para decirle a Kay que revisara la pila de papeles apilados en su lugar en la mesa. Luego reanudó la serie de órdenes antes de que Kay pudiera responder. Kay fue a la mesa y dejó caer su maletín en el suelo junto a su silla. Escuchó a medias los detalles que Sedgewick le estaba dando a Weatherall sobre la segunda etapa de la operación de rastreo de Stevens hasta que vio las palabras escritas con la letra de Torricelli en la página superior de la pila: una página morada cruzada por una gruesa franja roja: *Instalación de seguridad de Everett destruida. Informe completo después de la evaluación diurna de las pérdidas. Se reubicará el cuartel general temporalmente en una casa segura en Bellevue. B. Torricelli.* El pulso de Kay se aceleró. Debía haber sido el Marq'ssan. ¿Habían obtenido los documentos de la Operación Chivo Expiatorio?

Debajo del mensaje de Torricelli encontró otra estadística morada. *Cuartel General de la Guardia reducido a polvo a las 03:50 PST. Nada recuperable. Esperando órdenes e instrucciones sobre cómo proceder. El informe de estado se enviará a continuación. Vale.* Kay apartó la silla y se sentó a

la mesa. Dejando las estadísticas moradas a un lado, echó un vistazo al resto de la pila de papeles, la mayoría con la fecha del día anterior. La mayoría de los documentos informaban de incidentes de disturbios y solicitaban nuevas órdenes para responder al deterioro de la situación. Los informes la irritaban. ¿Cómo podían estos ejecutivos ser tan poco imaginativos, tan ciegos al daño que estaban causando sus políticas? ¿De verdad podían creer que la fuerza y la coerción intimidarían a la gente hasta el punto de que seguirían obedeciendo el toque de queda cada vez más oneroso?

Cuando Kay se levantó para servirse otra taza de café, se dio cuenta de que Sedgewick y Weatherall habían dejado de hablar. Miró de reojo a Sedgewick, luego se sirvió café, volvió a sentarse y continuó revisando la pila de papeles. Los hombres arrestados durante la noche estaban detenidos en los estadios deportivos de Washington D.C. ¿Y qué hacían las mujeres, las que se habían quedado en esos sectores? ¿Se estaban organizando? ¿Estaban enfadadas y hablando entre ellas? ¿O se estaban aislando, cada una por su cuenta?

Kay salió de su ensimismamiento cuando la mano de Sedgewick se posó brevemente sobre su hombro. Se sentó a la cabecera de la mesa. —Leí tu informe y recomendaciones muy temprano esta mañana, Zeldin. En su interior, un nudo se disolvió: mantendría al menos cierta distancia entre ellos si volvía a llamarla «Zeldin». —Tengo el mayor respeto por tus habilidades teóricas, pero me temo que eres demasiado optimista. Si estuviéramos en la situación de hace apenas

dos semanas, tal vez estaría dispuesto a darte una oportunidad. Pero tal como están las cosas ahora, se necesita mano dura —un puño, Zeldin— con urgencia. He llamado a uno de nuestros mejores hombres para esta situación; ha asesorado mucho en Latinoamérica, y el gobierno de Paraguay no lo necesita ahora tanto como *nosotros.* Golpeó la mesa con los nudillos. "Es el colapso de nuestra capacidad para controlar la opinión pública, Zeldin. La gente vuelve a sus viejas costumbres, inevitablemente, en cuanto se rompen los controles mínimos. Sabemos que las coerciones económicas no son suficientes. Tampoco el control del suministro de alimentos y agua. En momentos como estos, todo se reduce a la fuerza bruta y su uso para intimidar. Es muy probable que la mayoría de la gente en este país apenas comprenda lo que se puede hacer con sus vidas. Por lo tanto, cuanto antes lo experimenten, más rápido entenderán dónde residen sus intereses personales. Es como tratar con niños. Una vez que comprenden la realidad, la aceptan... pero primero hay que mostrárselo. Y, por supuesto, para cuando utilicemos la fuerza necesaria, la mayoría habrá estado anhelando su presencia, ya que solo los malos y los alborotadores prefieren el caos y la violencia a la fuerza autoritaria."

—No funciona así, Sedgewick —dijo Kay—. ¿Por qué crees que los países que adoptan tales medidas son tan pobres? ¿Y por qué están gobernados por instituciones militares? Simplemente no funciona. Y en un país de este tamaño, ¿de

verdad crees que se puede paralizar una estampida de personas durante más de unas pocas semanas y en más de unos pocos lugares, si acaso?

—Conozco perfectamente tu opinión sobre este asunto, Zeldin. Ya te dije que leí tu informe. No discutas conmigo. En esta orden, algo tensa, Kay percibió una advertencia.

Weatherall entró con una bandeja. Rápidamente apartó todos los papeles apilados al final de la mesa y sacó una cesta cubierta con una servilleta, un bloque de mantequilla pálida, platos, cuchillos, tarros de mermelada y servilletas. Sedgewick descorrió la servilleta que cubría la cesta, dejando al descubierto media docena de cruasanes. Kay se quedó asombrada. Que en medio de este caótico Estado de asedio Sedgewick siguiera disfrutando de gran parte de su nivel de vida habitual la impresionó casi más que su capacidad para dirigir a la multitud de miles de personas que había reunido esa misma mañana.

Weatherall dijo: “Hemos recibido un informe de Stevens. ¿Quieren verlo ahora o prefieren que les haga un resumen?”

“Quiero verlo inmediatamente. Quiero cualquier cosa que llegue de Stevens esta mañana.”

Weatherall se retiró.

“¿Cómo está tu cabeza, Zeldin?”

Kay puso un cruasán en su plato. «Cometí el grave error de tomar una pastilla antes de acostarme. Tenía miedo de no poder dormir. No estoy acostumbrada a beber tanto vino».

Weatherall regresó, le entregó a Sedgewick varias hojas mecanografiadas y se marchó. Se puso las gafas y leyó mientras comía. —Sí —dijo después de unos minutos—. Es como pensaba, hemos logrado confiscar una cantidad considerable de armas. Y esta redada también contribuirá muy bien a nuestro proyecto general de identificación. —Levantó la vista con el ceño fruncido—. De los cuales, sin duda, el de Seattle ha sido desmantelado. El único tipo de registros de los que guardamos copias aquí en Washington D.C. son los relacionados con asuntos en los que la Central ha estado directamente involucrada. No podríamos ni empezar a guardar registros locales detallados en papel en una sola ubicación central. —Volvió a concentrarse en el informe.

Así que prácticamente todos los registros de ese territorio habían sido borrados. Kay lo sospechaba, pero no tenía forma de saberlo con certeza. La idea de una enorme bóveda que contuviera copias impresas de cada byte de documento jamás producido en Seguridad le parecía fantástica, pero como para el Ejecutivo muchas cosas fantásticas eran ciertas, la había considerado posible.

Sedgewick dejó el informe a un lado y se quitó las gafas. «Lo que me gustaría que hicieras por mí, Zeldin, es revisar

todos los informes detallados de la ODS de la semana pasada y elaborar un análisis». Le dio un mordisco al cruasán untado con mermelada de mora. «La gente de Stevens no ha logrado comprender la situación; parecen incapaces de hacer algo más que derivar correlaciones estadísticas o hacer generalizaciones vagas; su favorita es "la situación en el control de tales y cuales barrios en tal y cual ciudad se está deteriorando rápidamente", lo cual, por supuesto, no es más que una obviedad. Lo que necesito es algún tipo de análisis global. Del tipo que tú hiciste tan brillantemente después de cada una de tus sesiones de negociación».

“En otras palabras, quieren que aplique mis habilidades de historiadora a estos informes.”

Sedgewick se llevó la servilleta a los labios. — Precisamente.

Kay pasó la mayor parte de la mañana leyendo informes y tomando notas en un bloc amarillo. Le complacía hacerlo, pues el Marq´ssan podría aprovechar esa información. Lo que leyó le produjo un gran optimismo: el control de la Seguridad sobre el país se había vuelto precario. La rebelión brotaba por doquier, surgiendo como maleza en una profusión salvaje pero discreta, desafiando la azada y los herbicidas de Sedgewick, desenfrenada, indisciplinada, aparentemente individualista. Pero, ensombreciendo este panorama, entre las rebeliones había otro tipo de desórdenes menos agradables, quizás incluso más

incontrolables: brotes de violencia contra individuos. A juzgar únicamente por el número de muertes reportadas (pues en las grandes ciudades los agentes del orden no se preocupaban por nada más que las víctimas mortales), la violencia doméstica en todo el país se había intensificado drásticamente. Además, por primera vez en tres décadas, se reportaron ataques supuestamente motivados por el racismo y la etnia. Y estaban los ataques esporádicos, pero cada vez más frecuentes, contra mujeres por parte de grupos en sus comunidades. Los hombres de Sedgewick toleraron estos ataques contra civiles, indicando en sus informes que los ataques contra individuos identificados por sexo, raza u origen étnico representaban un desplazamiento de la hostilidad que, por el momento, solo podía ser bien recibido por Seguridad. Esta actitud dejaba clara la preocupación del Ejecutivo por el orden: lo que más les importaba era mantener el control en manos del poder ejecutivo. Kay se había dado cuenta de esto cuando supo por primera vez de la Operación Chivo Expiatorio. Pero ahora, a medida que proliferaban otras violaciones del orden civil, los motivos del ejecutivo se revelaban cada vez con mayor flagrante claridad.

Alrededor de las once, Weatherall trajo los informes de daños prometidos, recién llegados de Torricelli y Vale. Regresó cinco minutos después para anunciar la llegada de Devito y Turpin. Sedgewick se levantó de un salto de su silla.

—¿Turpin y Devito? —preguntó con voz alzada—. ¿Por qué no me dijiste que les habías dado una cita, Weatherall?

Weatherall negó con la cabeza. "No tienen cita".

Sacando un llavero del bolsillo, Sedgewick se acercó a un armario junto a la puerta. —Tendrás que entretenerlos diez minutos, Weatherall. Necesito tiempo para prepararme. Luego, una vez que los traigas aquí, tendrás que llevar rápidamente las estadísticas moradas a MacIntyre y Wedgewood. Vamos a capturarlos ahora. —Sedgewick sacó cuatro pistolas del armario—. Esta será nuestra mejor oportunidad, pero ojalá tuviéramos una forma discreta de averiguar si están armados. ¿Llevan capas, Weatherall?

¿Sedgewick planeaba arrestar a Turpin y Devito? ¿Podría estar pensando seriamente en tomar el control del Pentágono?

—Nada de capas —dijo Weatherall—. Si llevan armas, dudo que sean pistolas. A menos que sean pistolas muy pequeñas.

“Lo cual no les serviría de mucho salvo a muy corta distancia.” Sedgewick añadió una bolsa de cuero con cordón a las armas apiladas en el suelo y cerró y bloqueó el armario. “Escucha con atención, Zeldin”, dijo Sedgewick mientras recogía la pila de armas. Las llevó a la mesa. “Weatherall, sal y asegúrate de que no intenten entrar a la fuerza. Cuando

llame y los traigas, tendré los morados listos para que vayas corriendo a ver a MacIntyre y Wedgewood. No trajeron a ninguno de sus hombres a la oficina, ¿verdad?"

"No, señor. No sé si siquiera trajeron alguno al edificio."

"Bien. Sal ahí fuera ahora. Ofréceles café. Ese tipo de cosas. Discúlpate. Pero no te muevas. Ya sabes lo que tienes que hacer." Sedgewick comprobó metódicamente que cada arma estuviera cargada. "Ahora tú, Zeldin, tendrás que estar lista para ayudarme. Probablemente podría hacerlo yo solo, pero no quiero correr riesgos innecesarios. ¿Recuerdas cómo manejar armas de fuego?" Kay se encogió de hombros. "Te mostraré dónde sentarte. Tendrás el arma oculta en la silla contigo. Una vez que los tenga cubiertos, tendrás que esposarlos. Abre la bolsa de cuero." Kay estiró el cordón, abriendo la bolsa todo lo que pudo. "Hay tres pares de esposas ahí dentro. La llave que está en el interior de la bolsa sirve para los tres pares. Ábrelas ahora."

Kay dejó caer las esposas sobre la mesa y desenganchó la llave. Le temblaban tanto los dedos que apenas podía meter la llave en la cerradura. —Cálmate, Zeldin —dijo Sedgewick—. Esto será fácil. Nada puede salir mal. Estamos armados, y ellos no, y este es nuestro territorio. Son unos tontos por haber entrado aquí. ¿Crees que entraría tranquilamente al Pentágono para hacerle una visita matutina a Turpin? Kay vio a Sedgewick esconder dos pistolas en los cojines de uno de los sofás y otra en el cajón

superior derecho de su escritorio. Cruzó la habitación de nuevo. —Siéntate aquí, Zeldin —dijo, señalando una de las sillas colgantes.

Kay volvió a meter las esposas en la bolsa de cuero. "¿Qué hago con esto?"

“Voy a guardarlos en el cajón de arriba a la derecha. Cuando te lo diga, los sacarás del cajón. Mientras tanto, siéntate aquí.”

Kay se sentó en la silla que él le indicó. —Ahora, esconde esto. —Sostuvo la pistola por el cañón, y Kay se la quitó. La reconoció como una Colt.45. Hacía casi veinte años que no manejaba un arma. Ni ella ni Scott querrían una en casa. —El seguro está quitado, Zeldin. Así que, por el amor de Dios, ten cuidado. —Presionó el cañón entre el cojín y el lateral de la silla y se acomodó la túnica de manera que quedara sobre el borde del cojín—. No te levantes cuando entren en la habitación. Siéntate en silencio, sé invisible. Probablemente no te prestarán atención. Les sugeriré que se sienten allí. —Señaló un sofá a cierta distancia, justo enfrente del que había escondido dos de las pistolas.

Sedgewick se sentó detrás de su escritorio y garabateó las estadísticas moradas. Luego selló los sobres morados con las estadísticas y agitó su campanilla. A Kay se le secó la boca; su corazón latía fuerte, dolorosa y rápidamente. Se dijo a sí misma que se relajara. Lo que tuviera que pasar, pasaría.

Weatherall acompañó a Devito y Turpin a la oficina y luego se marchó con las estadísticas moradas que Sedgewick tenía preparadas. Ellos se sentaron obedientemente donde Sedgewick les indicó, y este se acomodó en el sofá. Kay no pudo saber si la habían notado, pues ninguno de los dos le dirigió la palabra (ni siquiera la mencionó). —¿A qué debo el honor de esta inesperada visita, caballeros? —preguntó Sedgewick con cortesía.

Turpin se aclaró la garganta. «Es hora de un cambio radical en las políticas, Robert. Lo que ocurrió anoche en Seattle es una clara muestra de que nuestras políticas actuales son insuficientes».

“Usted está extraordinariamente bien informado”, dijo Sedgewick.

“¿Acaso aún se puede negar la naturaleza de la fuerza a la que nos enfrentamos?”, preguntó Devito con vehemencia. “¿Tienen que destruir todo el armamento del país para dejar su mensaje más claro de lo que lo están haciendo en Seattle?”.

Una pistola apareció en la mano de Sedgewick. —No hagan ninguna tontería, Zeldin —dijo, y Kay sacó su pistola. La empuñadura y la posición del gatillo no se ajustaban a la mano de Kay; supuso que la habían ajustado a la medida de Sedgewick. Pero a pesar de la incomodidad, la sensación de

su dedo contra el gatillo le provocó un escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

—No seas idiota, Robert —dijo Turpin—. ¿Qué crees que puedes ganar con esto?

—Nada de hablar, Don —dijo Sedgewick, poniéndose de pie y colocándose detrás del sofá donde estaba sentado—. Ahora mismo estoy un poco distraído, ¿no crees? Zeldin, ve al escritorio. Kay se preguntó si estaba dispuesto a correr ese riesgo. Si alguno se movía, su atención podría dividirse. Pero claro, estaban sentados en el mismo sofá, y Sedgewick estaba al menos a dos metros de ellos, con su sofá a su disposición para cubrirse.

Kay sacó la bolsa de cuero del cajón del escritorio, cruzó la habitación y se detuvo a pocos metros del sofá donde estaban sentados Devito y Turpin. Sostenía la pistola en la mano derecha y la bolsa de cuero en la izquierda; sabía que tendría que soltar la bolsa si tenía que disparar, ya que jamás podría hacerlo sin ambas manos.

Sedgewick dijo: «Espero que entendáis que os dispararé si es necesario. Será un inconveniente para mis planes si tengo que mataros, pero lo haré si hace falta. Os aconsejo que sigáis mis instrucciones al pie de la letra. Primero tú, Paul: levántate, muy, muy despacio. Sí, así está bien. Levanta las manos por encima de la cabeza. Ahora da la vuelta al sofá y colócate a un metro directamente detrás de Don. Está bien.

Zeldin, colócate detrás de él». Kay rodeó a Devito, con cuidado de mantener a los hombres entre ella y Sedgewick, y se acercó a Devito por detrás. «Ahora pon las manos detrás de la espalda, Paul. Zeldin, espósalo». Devito no se resistió cuando le esposó las muñecas. «Regístralo, Zeldin».

Kay giró a Devito y le palpó el torso, los brazos y las piernas. "Por lo que puedo ver, está limpio", dijo Kay.

—Ahora vuelve al sofá, Paul. Kay observó a Devito regresar a su sitio y supo que le resultaría incómodo levantarse del sofá, que lo envolvía por completo, sin poder usar las manos con libertad. —Acércate por detrás de Turpin, Zeldin, y apúntale con el cañón de la pistola a la sien.

Kay, obedeciendo, notó lo aterrador que se sentía apuntar con una pistola cargada a la cabeza de alguien, sabiendo que un simple movimiento de su dedo índice derecho acabaría con una vida humana. Le cruzó por la mente que, como alguien que había sido DefSec durante casi una década, Turpin era moralmente responsable de multitud de atrocidades en todo el mundo que habían perjudicado a muchas personas inocentes. Y rompió a sudar. "Ahora levántate despacio, Don". Sedgewick se acercó mientras Turpin se ponía de pie con dificultad. Kay se movió con él, y su brazo derecho comenzó a temblar por el esfuerzo. Sedgewick rodeó el sofá, fuera de la vista de Kay, presumiblemente para recoger la bolsa de cuero que Kay había dejado caer. Luego rodeó a Kay y se colocó al otro lado

de Turpin. "Pon las manos detrás de la espalda, Don", dijo. Turpin obedeció, y Sedgewick le puso las esposas, luego lo registró con más minuciosidad que Kay a Devito. Dijo: "Zeldin, ya puedes tocar el timbre para Weatherall", y empujó a Turpin hacia atrás, dejándolo caer en el sofá.

Kay se dirigió al escritorio y agitó el timbre. Weatherall entró de inmediato. "Todo listo, Weatherall", dijo Sedgewick.

Weatherall volvió al pasillo. «Todo listo», la oyó repetir Kay. Media docena de hombres de la Compañía irrumpieron en la sala. Ahora, observando desde la distancia, a Kay le pareció increíble, irreal, como una pesadilla en la que uno descubre que ha perdido un diente frontal de forma inexplicable pero inevitable. Ella, Kay Zeldin, estaba implicada. Estaba ayudando a perpetrar el secuestro de dos miembros del Gabinete. Le había apuntado con una pistola a la cabeza al Secretario de Defensa. Por esto, podría ser ejecutada por traición.

—¿Está listo el helicóptero, Wedgewood? —preguntó Sedgewick a un hombre de la compañía a quien Kay reconoció como el ejecutivo que había controlado el interrogatorio de Susan Hoffman.

"Sí, señor."

Sedgewick se dirigió a su escritorio, abrió el cajón central y sacó un archivo. Regresó para pararse frente a Turpin y Devito. «Aquí tengo un documento, Paul, que preferiría que firmaras ahora antes de irte. En resumen, es una orden del Gabinete que pone en vigor el Plan de Emergencia 3B. Como sabes, necesito un mínimo de cuatro firmas, siempre que dos de ellas sean de Seguridad, Defensa o Estado. Sería preferible que todos firmaran, es decir, todos los que aún forman parte de nuestras filas, aunque, por desgracia, me preocupa profundamente que nuestras filas sigan disminuyendo, Paul. ¿Firmarás?».

El miedo y la indignación se reflejaban en el rostro de Devito. —¿Crees que voy a ayudarte con tu plan descabellado, Robert? —preguntó con voz ronca—. ¿Qué crees que vas a ganar? Seguirás enfrentándote a los alienígenas, ¿sabes?, incluso si te deshaces de mí. ¿Quieres saber qué hacen cuando reducen los objetos físicos a ese polvo tan peculiar? Nuestros físicos ya lo han descubierto.

El rostro de Sedgewick se tensó. «No me interesan tus fantasías, Paul. Es evidente que ya no estás mentalmente capacitado para desempeñar tu cargo. Es patético, casi humillante, ver cómo un compañero se desmorona como tú».

—Robert —dijo Turpin—, si tan solo escucharas a la razón, si pudiéramos sentarnos y hablar de esto como hombres racionales...

—Cállate, Don, o haré que Wedgewood te obligue —dijo Sedgewick. Kay sintió como si se estuviera asfixiando, como si la habitación se despresurizara y todo el oxígeno se escapara. —En este preciso instante, Paul, mis hombres están entrando en tu oficina, realizando arrestos y confiscando documentos. Al igual que los Ministerios de Salud, Comercio y Hacienda, tu oficina quedará a cargo de un Secretario Interino. Nuestros colegas no estarán muy contentos con tu arresto, pero tampoco se mostrarán incrédulos, no después de la traición de Larson y Gates. Y, después de todo, este es el trabajo que me han encomendado: vigilar todo lo relacionado con el petróleo. Tu situación personal será infinitamente más cómoda si cooperas conmigo. Incluso podría ser posible, bajo ciertas circunstancias, renunciar por completo al cargo de traición y conformarte con una renuncia honorable, dejando todos tus bienes intactos. Pero eso es algo que se decidirá más adelante, cuando haya pasado la emergencia inicial. ¿Te interesa cooperar?

—¡No seas tonto, hombre! —gritó Turpin.

—Haz algo con él, Wedgewood —dijo Sedgewick sin apartar la vista de Devito.

Wedgewood, que estaba detrás del sofá, se colocó frente a Turpin y, sin dudarlo un instante, echó el puño hacia atrás y se lo clavó en el ojo. Kay se estremeció y bajó la mirada hacia la alfombra. Al oír otro golpe y el gruñido de Turpin, le

entró un sudor frío. ¿Cómo podía estar ocurriendo esto entre hombres supuestamente tan civilizados? La crudeza, la tensión, la torpeza de la situación hacían que la violencia resultara aún más repugnante.

—Creo que te tocaba hablar a ti, Paul —dijo Sedgewick.

—¡Qué brutalidad, Robert! —protestó Devito con la voz quebrada.

“Vivimos tiempos brutales. Una última vez. ¿Firmarás?” Devito no miró a Turpin. “Sí”, susurró. “Firmaré”. Uno de los hombres de Wedgewood sacó la llave de la bolsa de cuero y le quitó las esposas a Devito. Devito apoyó el archivo en el reposabrazos del sofá y firmó el documento y sus copias justo donde Sedgewick le indicó con el dedo. “Te llevarán a una casa segura. No creo que sea por mucho tiempo. Mi gente te hará sentir lo más cómodo posible, siempre y cuando no les causes problemas”. Sedgewick volvió a guardar el documento y sus copias en la carpeta y le hizo una seña al hombre que sostenía las esposas. “Lo siento, Paul, pero tendrán que volver a esposarte”. Devito se puso de pie y le pusieron las esposas.

Otra oleada de hombres irrumpió en la oficina. «Se han ocupado de sus coches, chóferes y personal de seguridad, señor», informó uno de ellos.

Sedgewick asintió. —Bien. Eso significa que ya puedes irte, Paul. —Le dio una palmada en el hombro a Devito—. Me pondré en contacto contigo. Coopera y te irá bien. No te guardo rencor. —Cuatro de los hombres acompañaron a Devito al baño de Sedgewick.

La puerta del baño se cerró con un clic. Sedgewick se sentó en el sofá frente a Turpin. —Y ahora, Don —dijo—, tú y yo podemos ponernos manos a la obra. Kay se estremeció. Con todos los hombres de la Compañía en la habitación, era imposible que se marchara discretamente. La violencia manifiesta de la situación era, en cierto modo, tan repugnante como presenciar un interrogatorio «asistido». Y con Wedgewood presente, temía que pudiera convertirse en un interrogatorio «asistido» allí mismo, en el despacho de Sedgewick. Incapaz de soportar la mirada directa hacia Turpin (a quien aún no había visto desde que Wedgewood lo había golpeado, a pesar de su repugnancia por ver las heridas visibles), Kay fijó su mirada en Sedgewick.

—No soy el tonto que Devito parece ser —dijo Turpin con enojo—. No te imaginas que puedes entrar al Pentágono y arrestar a mi gente, ¿verdad?

La sonrisa de Sedgewick dejó ver sus dientes. «Es cierto que el Pentágono no será tan fácil como Energía y Tecnología. Pero, al fin y al cabo, no es un caso tan diferente. Tus hombres no pueden actuar en tu ausencia sin la aprobación del Gabinete». Sedgewick se frotó la barbilla. «Y

por supuesto que sabes por qué. Si no piensas cooperar conmigo, Don, entonces haremos las cosas por las malas. En última instancia, el resultado será el mismo, al menos para mí. Y una vez que la orden de emergencia entre en vigor, ni siquiera necesitaré la aprobación del Gabinete. Todo está previsto para este tipo de situación. ¿De verdad creíste que te dejaría salirte con la tuya con tu Golpe de Estado?».

"¿De qué carajo estás hablando, Robert? *¿Qué* Golpe de Estado?"

Sedgewick suspiró. —Ya veo que es inútil que hablemos ahora. Muy bien, Wedgewood. Llévalo abajo.

Kay miraba fijamente sus manos, que se retorcían con fuerza, mientras Wedgewood y su grupo sacaban a Turpin de la habitación. Siguió mirando sus manos incluso después de oír que se cerraba la puerta. Tampoco levantó la vista cuando Sedgewick se acercó y se paró frente a ella. Sedgewick le tocó la cara y ella se estremeció. «Estás blanca como un papel, Zeldin». Se apartó. Kay oyó el tintineo de los vasos y el gorgoteo del líquido que salía de una botella. Regresó y le puso una copa en la mano.

Kay dio un sorbo al coñac. Apenas le humedeció la garganta al tragar. Alzó la mirada hacia el rostro de Sedgewick. Tenía el mismo aspecto que la tarde anterior y la mañana siguiente. Era el mismo hombre que antes de esta escena, y entonces había podido lidiar con él. Debería poder

superar las próximas horas. Simplemente tenía que recomponerse y seguir adelante con su plan.

Sedgewick dijo: “Lo hiciste bien, Zeldin. Pero ¿por qué estás tan molesta? Espero que no te preocupe la oposición del Pentágono”.

“Se me pasó por la cabeza que el Pentágono no sería fácil de controlar”. Se alegró de haberlo desviado de su tema.

“No te preocupes. Si todo va según lo previsto, una estadística morada de Stevens habrá convocado al subjefe de Turpin a uno de los centros de detención improvisados, presumiblemente por un asunto de interés para Defensa. Nadie más en Defensa será un problema. ¿Qué hiciste con el Colt, Zeldin?”

Kay tomó la pistola de la silla y, sujetándola por el cañón, se la pasó a Sedgewick, esperando que no notara lo inestable que era su agarre. "¿Y ahora qué?", preguntó.

“En su debido momento, visitaré a algunos miembros selectos del Gabinete, quienes firmarán la orden. Luego, enviaré la orden para poner en marcha el plan de emergencia. El centro de organización se trasladará entonces a varios puestos de mando, la mayoría de ellos subterráneos.”

El corazón de Kay se encogió de miedo. Si lograba hacerlo, su ataque contra el Ejecutivo se vería parcialmente

frustrado, incluso si le impedía personalmente retirarse a uno de sus puestos de mando de emergencia. —¿De verdad crees que es necesario hacerlo? —preguntó.

Activo la seguridad. «Cuando tenga el Pentágono bajo control, probablemente no. La amenaza venía de dentro, no del enemigo. Pero aun así, mantendré la orden en vigor al menos durante un tiempo, hasta que pueda estar seguro de que el Ejecutivo se ha estabilizado».

Kay interpretó esto como que quería esperar hasta estar seguro de tener el control absoluto del Gabinete. En resumen, Sedgewick era quien estaba llevando a cabo el golpe, no Turpin y Devito, aunque el propio Sedgewick parecía creer sinceramente que Turpin y Devito habían estado tramando uno. De alguna manera, ella tenía que derrocar a Seguridad antes de que Sedgewick diera la orden. ¿Cuánto tiempo le daba eso? "¿Entonces necesitas la firma de Turpin antes de poder poner la orden en vigor?", preguntó Kay.

Sedgewick se metió las manos en los bolsillos. —Por desgracia, sí. No veo a Crannock dispuesto a firmarlo. Así que debe ser Turpin. En cuanto Wedgewood lo convenza para que firme, llevaré el documento a Hunt y Goodwin. Cuando vean las firmas de Turpin y la mía, lo firmarán sin hacer ni una sola pregunta. Has recuperado tu color, Zeldin. De verdad, vas a tener que aprender a lidiar con estas situaciones. Creo que… —Se interrumpió cuando Weatherall

entró con una estadística morada. La tomó y abrió el sobre de golpe—. Ah. Excelente. Stevens tiene al mano derecha de Turpin. Estamos a salvo, amigas.

Kay miró con curiosidad a Weatherall y captó una extraña sonrisa en su rostro. Kay pensó que debía estar tan loca como él. Pero si se decía eso de Weatherall, habría que decirlo también de Wedgewood, Stevens y, de hecho, de toda la directiva. En resumen, *todos los ejecutivos eran unos lunáticos, pero el Marq´ssan* lo había estado diciendo todo el tiempo.

"Y ahora, Zeldin, si ya te has recuperado, vuelve al trabajo. Todavía necesito tu análisis. Nuestros otros problemas no desaparecerán solo porque nos hayamos ocupado de Devito y Turpin."

Kay dejó su vaso vacío sobre la mesa junto a su silla. Fue entonces cuando notó que Sedgewick llevaba la túnica y los pantalones que había usado el día que arrestó a Larson y Gates durante una sesión del Gabinete. La lana negra ribeteada con deslumbrante seda blanca en el cuello y las muñecas le pareció aún más siniestra que en aquella ocasión. La coincidencia, o la elección deliberada de Sedgewick, dotó al atuendo de un significado que le provocó escalofríos de horror. Observó fijamente su delgada figura vestida de negro que se dirigía a su escritorio, y de repente lo supo.

Ella tendría que matarlo.

Kay se dirigió en silencio a la mesa, se sirvió una botella de agua y se concentró en los informes. Aún no estaba lista para planificar con detalle. Necesitaba tiempo para pensar, tiempo para conspirar, tiempo para alertar al Marq´ssan. Y el tiempo era un bien preciado que solo la resistencia de Turpin podía brindarle.

Capítulo veinticuatro

Flhan I Leleynl quisiera unirse a nosotros", dijo Tyln a Magyyt y Sorben cuando las tres se reunieron para discutir la estrategia.

Magyyt y Sorben intercambiaron una larga mirada. «Ya es bastante malo que tres de nosotras estemos haciendo estas cosas», dijo Magyyt. «No debemos permitir que un cuarto se contagie de nuestra locura. Lo que estamos haciendo nos está transformando, a maneras contrarias al Marq'ssan».

Tyln parecía preocupado. «Los Marq'ssan no se imponen unos a otros. Flhan no es un adolescente. Es una persona madura, con plenos sentidos. ¿Cómo podemos pretender juzgar si Flhan debe unirse a nosotros o no, basándonos únicamente en lo que nosotros creemos que es mejor?»

—Tyln tiene razón —dijo Sorben—. No es nuestra decisión. Lo único que podemos hacer es advertirle a Flahn del peligro que entrañan nuestras acciones. No debemos conspirar contra su propio criterio.

Magyyt se desanimó. —Tienes razón. Pero me hace sentir mal. Si no hubiéramos hecho esto, Tyln no lo estaría haciendo, ni Flhan lo estaría considerando.

Sorben miró fijamente a los ojos de Magyyt. "¿Crees que hemos hecho algo mal?"

“No me arrepiento por mí misma. Pero sí me arrepiento por todos aquellos a quienes contagie. No puedo parar ahora.”

Sorben dijo: «Yo tampoco». Esta miró a Tyln. «Entonces, quizás Flhan debería unirse a nuestra reunión. ¿O deberíamos esperar? No conozco sus horarios de sueño».

“Flahn ha sincronizado sus periodos de sueño con los nuestros, como preparación”, dijo Tyln. “Y ahora está cerca, esperando mi señal”.

Flhan llegó enseguida y se sentó con ellas. —¿Tyln les dijo que quiero unirme a ustedes? —preguntó aquella a Magyyt y Sorben.

“Es algo serio, Flhan I Leleynl”, dijo Magyyt. “Sorben y yo quizás nunca volvamos a ser las mismas, quizás siempre

estemos distanciadas del Marq'ssan de alguna manera. Lo que estamos haciendo nos está cambiando de forma que aún no podemos comprender ni prever sus consecuencias".

Flhan asintió con seriedad. "Lo sé. He estado pensando en ello, y también he hablado con otras personas que me han dado advertencias muy serias. Pero mi camino está definido".

Sorben dijo: "Kay no se ha puesto en contacto conmigo. ¿Te ha contactado a ti, Magyyt?"

"No. Esto me preocupa. Es especialmente peligroso para ella cuando está en Washington D.C. Si no tenemos noticias suyas pronto…"

"Pero tiene menos privacidad cuando está en Washington", dijo Sorben. "Esperemos otras veinticuatro horas. Si después de ese tiempo todavía no hemos tenido noticias suyas, entonces investigaremos".

El campo de Magyyt se contrajo. No podían saber con certeza si la estructura del edificio de paredes extremadamente gruesas, con sus numerosos sótanos a poca profundidad, no representaba un lugar peligroso para el Marq'ssan.

"Ahora que hemos neutralizado los objetivos originales que marcamos en Seattle, es hora de planificar nuestra estrategia", dijo Sorben. "¿Continuamos en Seattle atacando

objetivos menores, o nos expandimos hacia otros objetivos importantes? ¿Buscamos nuevos envíos de armas para reemplazar los que hemos destruido, o centramos nuestra atención por completo en otro lugar, como Washington D.C.? Hay un argumento que respalda especialmente esta última opción: es el centro del gobierno, el lugar desde donde se emiten todas las órdenes. Pero lo que estamos haciendo en Seattle tiene cierta ventaja psicológica: quizás sea mejor intentar derrotar por completo a las fuerzas gubernamentales allí y dejar que las cosas sigan su curso tras la caída del gobierno. Esto inspiraría ideas en otros lugares y allanaría el camino para establecer las zonas libres de la que hemos estado hablando".

Magyyt dijo: "Sí. Si logramos dejar claro que el gobierno central no puede controlar Seattle, dañaremos seriamente su control psicológico sobre toda la población de Estados Unidos".

Tras un largo debate, las cuatro acordaron que seguirían centrando sus esfuerzos en Seattle y en una zona cada vez más amplia alrededor de la ciudad, dedicando tiempo únicamente a prestar la ayuda que Kay pudiera necesitar.

[ii]

Ansiosa por mantener la mente despejada, Kay redujo su consumo de vino esa noche.

Turpin no se había derrumbado cuando ella se fue a la cama. Aunque el éxito de los planes de Sedgewick dependía de que Turpin firmara la orden del Gabinete, Sedgewick parecía despreocupado. Le explicó a Kay que, una vez firmada la orden, la Cancillería del Ejecutivo enviaría un decreto a todos los oficiales al mando de las fuerzas armadas, informándoles que, por ley, debían recibir órdenes directamente del Jefe de Seguridad. Según este decreto, Turpin tendría la potestad legal de anular cualquier orden de Sedgewick, pero este, por supuesto, se aseguraría de que no pudiera hacerlo.

Si bien era cierto que, en teoría, todo oficial civil y militar al servicio del gobierno estaría bajo el mando de Sedgewick, Kay no estaba tan segura como él de que esto se cumpliría necesariamente en la práctica. La orden de emergencia también otorgaría a Sedgewick y Turpin poder conjunto para comandar al resto del Ejecutivo. Sus colegas del Gabinete ni siquiera tendrían derecho de veto. Kay se preguntaba si era cierto que los colegas restantes de Sedgewick firmarían la orden sin objeciones. Cuando le mencionó a Sedgewick la posibilidad de que Turpin nunca la firmara, él se burló. «Está resistiendo todo lo que puede, ganando tiempo con la esperanza de que sus hombres asalten el edificio y lo

rescaten. Cuando se dé cuenta de que eso no va a suceder —y cuanto más tiempo pase, más improbable le parecerá— cederá sin más dilación. No es terquedad lo que lo frena, sino una esperanza desesperada. La firmará antes del mediodía de mañana, te lo aseguro».

Kay sabía que no debía arriesgarse a que Sedgewick estuviera equivocado sobre Turpin. No tenía fuerzas para actuar de noche, aunque, evidentemente, hacerlo entonces sería menos peligroso. Le preocupaba avisar con antelación al Marq´ssan, así como la eficacia de su ayuda: recordaba que Sorben dormía parte del día y Magyyt el resto.

Una vez más, Kay tomó un sedante antes de acostarse para asegurarse de despertar fresca y preparada para cualquier eventualidad. No quería pasar la noche en vela preocupándose por la posibilidad de que los hombres del Pentágono irrumpieran en el edificio, imaginando lo que Wedgewood podría estar haciéndole a Turpin o dándole vueltas a la dificultad de derrotar a Sedgewick.

En un momento que más tarde determinó que fue mucho antes del amanecer, soñó con Felice. En el sueño, ella y Felice nadaban desnudas en el océano, en casa de Leland. Se salpicaban, reían y jugaban al escondite bajo y entre las olas. Mientras jugaban, Kay temía que Mott bajara a la playa y le contara a Felice sobre la traición de Kay. Cuando se cansaron del agua, se tambalearon hasta la arena y se dejaron caer, empapadas, sobre su manta. Durante un rato tomaron el sol.

Kay se sintió extraordinariamente sensual y se olvidó de Mott. Felice dijo que debían ponerse protector solar; sacó un frasco de su bolso, se echó un poco en la mano y lo extendió por la espalda de Kay, mientras tarareaba algo en voz baja. Kay se dio la vuelta y Felice le frotó la crema en los pechos, sobre el estómago; Kay cerró los ojos y suspiró. Felice bajó cada vez más hasta que sus dedos rozaron entre y sobre sus labios vaginales con tanto placer que Kay le susurró a Felice que no parara. —¡Felice! —oyó Kay gritar a Mott—. ¿Sabes lo que es, Felice? Kay abrió los ojos. Mott se acercaba. —No lo entiendes —intentó decir Kay. Pero Mott apartó a Felice unos metros y le susurró al oído: —¡Traidora, traidora! — Entonces Felice le gritó a Kay.

Kay despertó jadeando, con el corazón latiéndole con fuerza. Desorientada, tardó unos segundos en reconocer el olor de Sedgewick y darse cuenta de que yacía desnudo a su lado, con las manos sobre su cuerpo bajo su camisón subido. La conmoción la paralizó, sumiéndola en un pánico que le heló la sangre. Gritó de rabia y miedo: "¿Qué estás haciendo? ¡Lárgate *de* aquí!".

"Ssssh... Kay, sssh, cállate, Kay..."

Kay luchó por incorporarse, pero él la presionó los hombros hacia abajo. "¡Lárgate de aquí!", gritó. "No te quiero, ¿qué te pasa? No puedes quererme, ni siquiera es fisiológicamente posible, ¡así que lárgate de *aquí!*". Se preparó para golpearlo con la rodilla en la ingle, pero

recordó que él no sentiría dolor aunque lo hiciera. No sentía nada en la pelvis, ni placer, ni dolor. Se dio cuenta de su erección presionada contra su muslo, y el horror y la rabia la invadieron al comprender que se había excitado deliberadamente, ya que con él tales cosas no podían ser imprevistas. "¡Planeaste violarme, ¿verdad?", gritó, golpeándolo con el puño en el costado de la cabeza. Atrapados en un espacio tan reducido, era difícil conseguir el impulso suficiente para golpearlo o empujarlo.

Se colocó encima de ella y le agarró las muñecas. —Por Dios, Kay, no te violaría. ¡Estás histérica! Cálmate. Vine aquí solo para acostarme a tu lado. Pero... Maldita sea, Kay, sí me *deseas.* Estabas desesperada por mí. Agárrate a... —Dijo un grito ahogado cuando ella le clavó los dientes en el hombro. Le agarró el pelo con la mano derecha y tiró con fuerza hasta que dejó de morderle.

—Hasta morderte para defenderme me da asco —dijo Kay—. ¿Tengo que explicártelo? El contacto físico contigo, de cualquier tipo, me da náuseas, Sedgewick, ¡literalmente me da náuseas! Entraste aquí mientras tenía un sueño erótico maravilloso con Felice, arruinaste el sueño y... ¡No puedo respirar, maldito seas!

“¿Raines? ¿Estabas soñando con Raines?” Apartándose de ella, soltó una carcajada estruendosa. Ella se quedó jadeando unos segundos, intentando recuperar el aliento.

La risa de Sedgewick cesó abruptamente. —Como dices, no encuentro placer físico en el sexo —dijo en voz baja—. Mi único placer reside en la respuesta emocional que me produzca la tuya. Lo hablamos hace mucho tiempo. Era cierto entonces, Kay, aunque lo negaras, que eso me bastaba. Hizo una pausa antes de continuar. El sonido de su voz, baja y silenciosa en la oscuridad, ahora parecía inquietante, extraño, bizarro, sobre todo después de su forcejeo. «Pero lo que no imaginaba que iba a pasar —dijo— era que seguía queriendo, deseando, aunque sabía que no tenía sentido físico. Si pudieras imaginar la desesperación de ese deseo, sabiendo que jamás habrá satisfacción... Qué farsa, las siete veces que he follado desde Calais. Seis veces en total para concebir a Daniel y Alexandra; cumplimos con nuestro deber, Raines y yo insistimos en que se hiciera sin la intrusión de la tecnología. La séptima vez... para castigar a Raines. Fue en los primeros años, antes de que entendiera dónde estaban sus intereses. Una farsa repugnante, pero efectiva».

—Sal de esta cama o déjame salir —dijo Kay entre dientes.

Recuerdo cómo eras. Tu supuesta repulsión hacia mí no tiene sentido. Me pregunto si no te lo estás inventando todo para protegerte de una posible decepción.

¿Por qué me obligas a decirlo, Sedgewick? ¿Tengo que explicarte el odio que siento cuando estoy cerca de ti? Cuando hablamos antes, en tu isla, me prometiste, mientras

caminábamos por la playa, que no harías algo así. Me lo prometiste. Kay tragó saliva. No voy a tolerar esto. Siempre estaré luchando contra ti. Si me haces esto, tendrás que encerrarme, Sedgewick. Te lo digo...

—Estás histérica otra vez —dijo Sedgewick, pero se levantó de la cama. Estaba tan oscuro que ella no podía verlo, aunque sabía que debía estar de pie junto a la cama—. Lo siento, Kay. ¿Aceptas mis disculpas?

Eso la sobresaltó. Jamás lo había oído disculparse con nadie. —Sí, Robert —dijo con cansancio—. Acepto tus disculpas. Haría cualquier cosa por sacarlo de allí. Gracias a Dios, esa era la última noche que tenía que seguir con la farsa. —Buenas noches —dijo para que se marchara.

—Buenas noches, Kay. —Escuchó sus pasos al cruzar la habitación, y luego la puerta abriéndose y cerrándose.

Tenía que ducharse, aunque eso la expusiera al riesgo de encontrárselo en el baño. Se sentía como si la hubieran arrojado a un mar viscoso de saliva.

[iii]

Cuando Kay terminó de vestirse, miró su reloj y vio que eran las seis. No podía volver a dormirse. Tampoco tenía ganas de ir a la oficina. No le cabía duda de que él estaba ahí fuera, y la idea de otro enfrentamiento le revolvía el estómago. En lugar de eso, pensando que era poco probable que Sedgewick entrara en la habitación a esas horas, llamó al Marq´ssan y organizó que aterrizaran en el tejado. Le advirtieron de que habría problemas especiales durante el día; por ejemplo, el camuflaje sería mucho más difícil de manejar. Pero cuando les dijo que no podría esperar hasta la noche, accedieron a venir al mediodía.

Kay recorrió la habitación, intentando abrir los cajones, pero todos estaban cerrados con llave (mecánicamente). ¿Qué guardaba allí? Desde luego, no ropa. Buscó de nuevo una puerta o un panel que diera al exterior —presumiblemente a la azotea o a un pasadizo que condujera a ella—, pero no encontró nada. El Marq´ssan le había asegurado que no tendrían problema en encontrarla. Gracias a su anterior aterrizaje en la azotea y a las descripciones del edificio que le había dado Kay, sabían dónde buscar.

¿Y si no tenía oportunidad de drogarlo? ¿Tendría que recurrir a acercarse sigilosamente por detrás con un objeto contundente? ¿De qué otra forma podría neutralizarlo?

Todas las armas estaban guardadas bajo llave, y la llave del armario en su bolsillo.

Tendría *que* drogarlo. No había otra manera de solucionarlo.

A las siete, Weatherall le trajo el café como si nada hubiera pasado. Kay se acercó a la puerta, pegó la oreja y oyó ruidos en el baño. Regresó a la cama y se tomó el café.

A las siete y media, Kay estaba tan nerviosa como nunca antes desde que el Marq´ssan había infligido la Manta. Sabiendo que cuanto más esperara, más reacia estaría a enfrentarse a Sedgewick, miró su reloj, cogió su bolso (que había llenado de sedantes) y abrió la puerta del baño. Había una vela encendida. Kay se miró en el espejo y se miró a los ojos; enderezando los hombros, se susurró a sí misma que hoy acabaría con Seguridad, hoy destruiría a Sedgewick. Podía hacerlo, y lo haría. La importancia de cualquier asunto "personal" entre ella y Sedgewick palidecía ante semejante destino.

Mientras se dirigía a la puerta del despacho de Sedgewick, un destello metálico en el espejo le llamó la atención. En el cuenco de mármol rojo sobre la mesa de cedro junto al jacuzzi había cuatro juegos de llaves. ¿Se atrevería a cogerlas? Sedgewick debía de haber olvidado guardarlas en el bolsillo después de bañarse. ¿Cuánto tardaría en darse cuenta de que no las llevaba?

Kay revisó el espejo para asegurarse de que la puerta de la oficina de Sedgewick seguía cerrada. Con mucho cuidado, tomó uno de los cuatro juegos de llaves. Al examinarlas detenidamente, descubrió que todas tenían números grabados. Regresó al dormitorio y revisó los cajones; en la placa de cada cerradura había un número grabado en minúsculas cifras. Rápidamente, introdujo una llave en la cerradura con el número correspondiente y la giró, y la cerradura se abrió. Curiosa, abrió el cajón y lo encontró lleno de archivos. Sacó un archivo al azar y vio que era un expediente sobre un ejecutivo que trabajaba para el Secretario de Estado. Kay lo volvió a colocar en su sitio y examinó el que estaba detrás, descubriendo que era otro expediente sobre otro ejecutivo, que trabajaba para el Secretario del Interior y del Medio Ambiente. Recordando lo arriesgado que era este fisgoneo, Kay cerró el cajón, lo cerró con llave y regresó al baño. Revisó los demás juegos de llaves, tomó uno que tenía llaves grandes y pequeñas, y lo guardó en su bolso. Luego tiró de la cadena de uno de los inodoros, levantó la tapa del tanque y dejó caer dentro los juegos de llaves restantes. Si Sedgewick descubría que le faltaban las llaves, probablemente pensaría que él o su mayordomo las habían extraviado. El único peligro real radicaba en que las encontrara por casualidad en su bolso.

Kay abrió la puerta de la oficina. Vio que Sedgewick estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a la habitación. Kay se acercó a la mesa y dejó su maletín en el suelo, apoyándolo

contra las patas de la silla contigua a la suya. «Buenos días», le dijo a la espalda de Sedgewick mientras cogía el termo de café.

Se giró. Bajo el resplandor de la ventana, Kay apenas pudo distinguir su rostro. Cuando se metió las manos en los bolsillos de la túnica, ella se preguntó por un instante, alarmada, si olvidaría las llaves, pero luego recordó que las guardaba en los bolsillos del pantalón. —Buenos días —dijo.

Se produjo un silencio incómodo. —¿Alguna noticia sobre Turpin? —pensó preguntar Kay.

Él negó con la cabeza. —Todavía no. Wedgewood cree que está a punto de ceder. Iré a visitarlo después del desayuno para ofrecerle condiciones. Kay se llevó la taza a los labios. Estaba tan nerviosa que no le apetecía la cafeína, pero necesitaba hacer algo con las manos. —Tenemos que hablar, Kay —dijo Sedgewick.

—Ahora no —dijo Kay rápidamente—. Esta noche.

“No es buena idea. Ambos estamos más tranquilos a esta hora del día, y he estado pensando mucho. Lo que pasó esta mañana... Debemos hablar de ello ahora, porque está afectando mi capacidad para funcionar con normalidad.”

Kay luchó contra el pánico que la invadía. "No creo que *pueda* hablar de eso ahora".

—Sentémonos al otro lado de la sala —dijo, y rodeó la mesa para acercarse a ella.

Temiendo que Sedgewick intentara tocarla, Kay se adelantó y se dirigió a la otra parte de la habitación. Él se sentó en el sofá que había ocupado el día anterior, mientras que ella se sentó donde Devito había estado. Ahora podía ver su rostro con claridad: tenso, huesudo, sombrío, completamente taciturno; nada de la emoción del día anterior brillaba en sus ojos.

—Quiero que sepas que no tenía intención de forzarte contra tu voluntad, Kay —dijo Sedgewick—. Necesito que lo creas. No me di cuenta de que tenías sentimientos tan negativos hacia mí físicamente. Verás, desde que te llevé a mi isla, he estado inmerso en recuerdos... Supongo que se me ocurrió que el contacto físico —sobre todo el sexual— sería una forma de romper tu distanciamiento. No dejaba de recordar tu receptividad sexual. Sus ojos brillaron. —Dios mío, Kay, seguro que recuerdas las horas que pasamos complacidos con *tu* placer sexual, cómo te hacía llegar al orgasmo...

—¡No! —gritó Kay, necesitando que se detuviera—. No tienes derecho a hablar de nada de eso ahora. ¡Eso es cosa del pasado, pasado hace mucho! ¡Te lo he dicho una y otra vez!

—Sí —dijo Sedgewick, con la mirada apagada—. Lo entiendo... ahora. Solo intentaba explicarte lo que pensaba cuando me metí en la cama contigo esta mañana. Me siento fatal por haber roto mi promesa... Veo que no confías en mí, estás tan a la defensiva con esto... —

Se interrumpió cuando Weatherall se acercó con una bandeja. A Kay se le subieron los colores. No había oído a Weatherall entrar en la oficina. —¿Sirvo aquí o en la mesa? —le preguntó Weatherall a Sedgewick.

—Aquí —dijo Sedgewick—. Acerca una de las mesitas bajas. Señaló el espacio frente al sofá de Kay. Weatherall hizo lo que le indicó y luego colocó cuencos de fruta y yogur, una cesta cubierta con servilletas, una pieza redonda de lo que parecía ser camembert, mantequilla, tarros de mermelada, platos, servilletas y cubiertos. Cuando Weatherall se marchó, Sedgewick se movió al otro extremo del sofá de Kay. Una vez más, Kay apreció la astucia con la que manipulaba el espacio a su alrededor.

Sedgewick arrancó un trozo de la baguette y le untó mantequilla y queso. —No creo que sea necesario que hablemos de esto —dijo Kay—. Si tu memoria es tan buena, quizás también recuerdes que estabas enfadado conmigo entonces por una indiferencia que, según tú, provenía de mi placer sexual. *Recuerdo* cómo afirmabas que ese era mi único interés en ti, cómo decías que me había alejado de ti mientras «satisfacías mi placer». Esa o alguna frase parecida

fue la que usaste. Eso es lo que recuerdo, Robert. Y como ya dije, todo eso es cosa del pasado, donde debería permanecer bien enterrado y sin mención alguna.

Sedgewick dejó el cuchillo de mantequilla y extendió la servilleta sobre sus rodillas. “Da la casualidad de que tuve ese recuerdo esta mañana, después de... No sé por qué me convencí tanto la semana pasada de que... Y ambos sabemos que las otras cosas que hice para llegar a ti no pueden ser...”

Kay se estremeció.

—No te preocupes —dijo Sedgewick, como si notara su escalofrío. Se giró para mirarla—. En resumen, lo que importa son las condiciones que me ofrecerás, si es que aún me las ofreces, Kay.

Que lo expresara con esas palabras la enfureció. Intentaba darle la vuelta a la situación, como si ella estuviera, por analogía, en su misma posición con respecto a Turpin, cuando en realidad era al revés. Bueno, después de hoy, de una forma u otra, ya no tendría que lidiar con esto: tendría éxito o fracasaría, y en cualquier caso él sabría que ella era su enemiga en todo el sentido de la palabra. Lo que había que hacer era terminar con esta discusión. Apenas importaba lo que ella le prometiera. —¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

“En una palabra, intimidad”, dijo Sedgewick. “Lo frustrante es que a veces, cuando trabajamos juntos, siento que bajas la guardia, pero cuando interactuamos personalmente te vuelves distante, fría, reservada... y no te culpo del todo. Pero, ¿no te das cuenta, Kay?, no tiene por qué ser así”.

Kay forzó una sonrisa. "Ya lo has dicho antes".

“Si tan solo pudiéramos entendernos.”

Kay casi se echó a reír: ya comprendía a Sedgewick hasta donde podía soportarlo. «Lo que entiendo es que no te interesa respetar mis sentimientos. Estás intentando —como siempre hacías— controlarlos y coaccionarlos. Es lo único que sabes hacer, Robert. Lo haces con tu gente todo el tiempo. Y dada tu visión solipsista de la psicología, es poco probable que encuentres otra forma de comportarte con los demás. Has estado aquí sentado contándome cómo *te* sientes esta mañana. Mientras que lo único que te importa de lo que *siento* es hasta qué punto puede interponerse en el camino de lo que sea que quieras de mí».

—Dios mío, qué deprimente es esto —dijo Sedgewick, cogiendo su taza de café. Ninguno de los dos había comido nada todavía.

Weatherall regresó. “Peter Taggart está aquí, señor Sedgewick.”

—Que entre —dijo Sedgewick—. Y que le traigan un plato y una taza, etc. Puede unirse a nosotros. Sedgewick se volvió hacia Kay—. Taggart es el hombre que he llamado de Paraguay para poner orden en Seattle.

Quizás ella descubriría algo interesante. Lástima que Taggart no hubiera llegado ni siquiera doce horas después, cuando Sedgewick (con suerte) ya no habría estado en posición de enviarlo a ningún sitio. Aun así, su llegada supuso una interrupción bienvenida.

Weatherall hizo pasar a un ejecutivo alto, delgado y rubio rojizo, con los ojos del azul más pálido que Kay jamás había visto. Era evidente que Sedgewick no lo había elegido por su discreción en un lugar como Paraguay. —Buenos días, señor —dijo el hombre con un tono de voz profundamente respetuoso.

Sedgewick asintió; no se levantó. —Siéntate ahí, Taggart —dijo Sedgewick, señalando el sofá que él mismo había dejado libre hacía unos minutos—. —Tráele otra mesa, Weatherall. Taggart se sentó en el sofá indicado, y Weatherall dejó su bandeja, acercó una mesa a Taggart y le puso el plato, la taza, los cubiertos y la servilleta delante. —Vamos a desayunar —dijo Sedgewick—. Sírvete.

Taggart estiró sus largas piernas, llevó su taza a la mesa de Sedgewick y se sirvió café. —Ya he desayunado, señor —dijo,

mirando la fruta, el pan y el queso con lo que Kay consideró una mirada de desdén. Volvió a sentarse y esperó.

“Pensé en darte algo de trabajo de verdad para variar”, dijo Sedgewick.

Taggart sonrió. —¿Estaba de vacaciones allí abajo, señor? Ojalá alguien me lo hubiera dicho.

La sonrisa de Sedgewick fue tan leve y breve que Kay casi no la vio. «Tu salario habitual, más una bonificación equivalente a un año completo de sueldo si logras un progreso sustancial en diez días».

Taggart asintió.

Sedgewick tomó su taza y bebió. A Kay le pareció impresionante el control de Taggart. Sedgewick dejó su taza. "Tenemos un problema grave en Seattle, Taggart".

Taggart arqueó las cejas. "¿Esto es trabajo doméstico, señor?"

“Aunque parezca mentira, estamos teniendo más problemas allí que en Nueva York o Los Ángeles. Todos los tanques y vehículos blindados de transporte de personal en Seattle, todos los depósitos de armas de la zona, y tanto los cuarteles generales de la Guardia Nacional como los de las compañías han quedado reducidos a polvo en la última semana. Las bajas civiles superan las mil, y aun así, tenemos

una creciente oposición armada allí. No creo que sea una exageración decir que estamos a punto de perder Seattle por completo. Quiero que esa zona esté bajo control, Taggart."

"¿Y tu gente ya está allí?"

—Por ahora te doy plena autoridad. Voy a sacar a Torricelli, el jefe de allí. Zeldin —Sedgewick asintió hacia Kay, a quien Taggart había estado ignorando— ha estado allí un tiempo y supone que podríamos tener problemas internos. Suelo considerar a Zeldin muy perspicaz, así que si yo fuera tú, iría con cuidado con los hombres que ya están allí. Un prisionero con el que tenía muchas ganas de hablar se ha perdido. Torricelli y Vale, el jefe de la Guardia, me están diciendo que unos extraterrestres son los responsables no solo de la fuga del prisionero, sino también de la destrucción de la propiedad de la Compañía, la Guardia y la ODS. Así que, como ves, no solo tendrás que lidiar con el desorden general entre la población, sino también con problemas de personal.

Taggart frunció el ceño. "¿Puedo llevarme a mi propia gente conmigo?"

"Díselo a Weatherall. Ella se encargará de lo que tengas en mente. Necesitaré informes detallados sobre el progreso. Revisaremos la situación después de diez días. Básicamente tendrás que reconstruir la inteligencia, ya que todos los registros han sido destruidos y, dados los problemas internos, la red actual podría estar comprometida. Zeldin me

dice que la mayoría del personal de la ODS es incompetente, aunque la Oficina sigue intacta. ¿Crees que puedes con esto?”

Taggart sonrió. "He estado en situaciones peores, señor".

Sí, pero esta es quizás la situación más crítica en la que te hayas encontrado o te encontrarás jamás. ¿Comprendes la importancia de perder el control de esa región? Y, por cierto, Portland también está incluida en esta zona, y Portland tampoco se ha mostrado precisamente dócil. Podemos esperar repercusiones sustanciales en ese sentido, considerando todo lo que ha ocurrido la última semana.

“Lo entiendo, señor. ¿Habrá alguna sesión informativa antes de que entre?”

Sedgewick se frotó la barbilla con los dedos. «Llevarás informes contigo en el avión. Cuando terminemos aquí y le hayas informado a Weatherall de tus necesidades, partirás hacia Seattle de inmediato. Ah, y lo primero que debes hacer es asegurarte de que Torricelli esté en el avión en el que llegues dentro de la hora siguiente a tu llegada. Ya he dado órdenes al respecto, pero quiero que te encargues personalmente de que se cumplan». Sedgewick se sirvió más café. «Estoy seguro de que Vale será muy servicial y cooperativo. Por supuesto, tendrás que convencerlo de que abandone sus interpretaciones de ciencia ficción de los

acontecimientos. Le he indicado que acceda a todas tus peticiones y órdenes».

Weatherall entró en la habitación y le entregó a Sedgewick una estadística morada. Sedgewick la abrió, la leyó y levantó la vista. «Seattle. Los saboteadores han vuelto a atacar. Han demolido por completo el edificio ODS, tras liberar a veinticinco prisioneros que estaban allí retenidos. Lo mismo ocurrió con más de cien vehículos militares y con todos los edificios —y su contenido—, excepto las viviendas, de la base naval de la isla Whidbey». Sedgewick apretó los labios. «Lo que significa que un número significativo de aeronaves navales han sido destruidas. Están expandiendo su área de operaciones, Taggart. Naturalmente, la inteligencia naval estará sumamente interesada en rastrear a estos saboteadores. Deberías establecer un estrecho contacto con ellos».

Kay mantuvo la boca cerrada con fuerza y fijó la mirada en el plato de queso. Taggart jamás encontraría al Marq'ssan, jamás podría detenerlos. Tampoco la inteligencia naval. Seattle se estaba desmoronando, y el Ejecutivo, si no caía, al menos tendría que reabrir las negociaciones y ofrecer condiciones que jamás habían acordado siquiera considerar.

Cuando Sedgewick le preguntó a Taggart si tenía alguna otra pregunta, Taggart le preguntó a Sedgewick qué restricciones debía obedecer al tratar con la población civil.

—Sin restricciones —dijo Sedgewick. Taggart abrió mucho los ojos—. Esta situación es demasiado seria como para andarse con rodeos.

Tras una larga discusión sobre los detalles, Sedgewick despidió a Taggart. Ni Sedgewick ni Kay habían probado bocado, pero por la forma en que Sedgewick dobló la servilleta y la dejó sobre la mesa, Kay supo que había terminado. «No insistiré en que bajes conmigo, Zeldin, pero solo porque quiero que continúes con tu análisis. Encontrarás informes nuevos y actualizados sobre la mesa. Cuando termines de comer, retoma tu análisis». Se dirigió a su escritorio, recogió una estadística morada y salió de la oficina con ella en la mano.

Kay estaba eufórica por su buena suerte. Se dirigió a la puerta, la entreabrió y miró hacia afuera. ¡No estaba Anderson! Dejó la puerta entreabierta para poder oír mejor si alguien se acercaba. Luego sacó las llaves de su bolso y se agachó frente al armario donde sabía que guardaban las armas. Comprobó el número grabado en la cerradura, encontró la llave con el mismo número y abrió el armario. Rápidamente sacó tres bolsas de cuero y dos armas, extrajo los cargadores y revisó la munición antes de guardar las bolsas y una de las armas en su bolso. Se quedó un momento pensativa, luego cerró el armario con llave y se colocó detrás de la puerta para que Weatherall o Sedgewick no la abrieran y entraran.

Al oír pasos que se acercaban, Kay, tensa, mantuvo la pistola lista. La puerta se abrió. Cuando Weatherall la cerró, vio a Kay y la pistola que Kay le apuntaba desde unos sesenta centímetros de distancia. Kay dijo: «Quédate completamente callada y haz todo lo que te diga, y no te mataré. Pero si haces un solo movimiento que me haga sospechar, o intentas pedir ayuda, te dispararé sin dudarlo».

El rostro de Weatherall —alerta, tenso, vigilante— adquirió una concentración y una vitalidad que la hacían parecer otra persona. —No seas tonta —dijo—. Con lo que siente por ti, Zeldin, no hay nada que no puedas conseguir. Incluso ahora, si lo supiera, encontraría la manera de excusarte.

—Levanta las manos, Weatherall —dijo Kay, esforzándose por mantener la voz firme. Algo en la postura de Weatherall la hacía sentir vulnerable a un ataque repentino. Weatherall era tan grande... La ejecutiva levantó las manos a la altura de los hombros. —Ahora date la vuelta, despacio. Weatherall no se movió. La mirada en sus ojos hizo temblar las piernas de Kay. —Te dispararé si no lo haces —dijo Kay.

“Si me disparas, tendrás que lidiar con media docena de hombres aquí dentro”, dijo Weatherall.

“Me encargaré de ellos si es necesario. Pero mientras tanto, Weatherall, estarás muerta. Haz lo que te digo. No

estoy jugando. Puedes considerarme tan desesperada como armada.”

Tras unos segundos de gran tensión, Weatherall se dio la vuelta. Kay se acercó y le apuntó con la pistola a la espalda. —Muy despacio, acércate a la mesa —ordenó Kay.

Pareció una eternidad llevar a Weatherall a la mesa, y Kay se aterrorizaba cada vez más con cada segundo que pasaba, temiendo que Sedgewick regresara antes de tiempo o que Mimi entrara. Al llegar a la mesa, Kay hizo que Weatherall se sentara en la silla que ella solía ocupar. Sin soltar la pistola apuntándole en la espalda con la mano derecha, sacó una de las bolsas de cuero de su bolso con la izquierda y la arrojó sobre la mesa. Bajo la dirección de Kay, Weatherall abrió la bolsa de cuero, desenganchó dos pares de esposas y se esposó la muñeca izquierda al brazo de la silla. Entonces Kay...

Dejó la pistola para poder esposar la muñeca derecha de Weatherall al otro brazo de la silla. Pero cuando intentó agarrar la muñeca de Weatherall, esta *la sujetó* con fuerza y, agachando la cabeza, le mordió el antebrazo atravesándole la manga. Apenas pudiendo reprimir un grito de dolor, Kay, maldiciendo entre dientes, arrebató la pistola y le puso el cañón contra la sien derecha. Solo después de otra ronda de amenazas, Kay finalmente logró esposarle la muñeca. El intenso dolor en el brazo la enfurecía tanto que le costaba controlarse. Furiosa, arrancó dos de las bufandas cosidas a

la túnica de Weatherall, le metió una en la boca y le envolvió los labios con la otra, atándola en la nuca.

Conmocionada, Kay bebió media botella de agua. Consciente del paso del tiempo, dejó su maletín sobre la mesa y preparó dos pares más de esposas. La mirada de Weatherall se cruzó con la de Kay. La Ejecutiva parecía imperturbable, como convencido de que, hiciera lo que hiciera Kay, estaba destinada al fracaso. Kay se dirigió a la puerta y miró hacia el pasillo. No oyó ni vio a nadie. ¿Vendría Mimi a investigar cuando Weatherall no apareciera? Kay podía, por supuesto, ir a la recepción y pedirle a Mimi que se quedara allí. Pero entonces la recepción se quedaría vacía durante un tiempo sospechosamente largo, y Kay no sabía si Sedgewick todavía tenía marines de servicio allí.

Resultó ser una larga espera, una espera que se volvía más angustiosa con cada minuto que pasaba. Cuando finalmente oyó pasos que se acercaban, Kay vio que Weatherall sería visible desde el umbral. Pero entonces se dio cuenta de que tal vez no sería evidente de inmediato que Weatherall estaba inmovilizada en esa silla,. En cualquier caso, Sedgewick no miró en esa dirección cuando entró por la puerta, pues, a diferencia de Weatherall, no se giró al cerrarla, y en consecuencia Kay pudo presionarle la pistola contra la espalda cuando se detuvo momentáneamente para empujar la puerta con el codo. "Suelta el archivo y pon lentamente las manos sobre la cabeza", dijo Kay con voz temblorosa pero clara. "No te engañes, te dispararé si me

das la más mínima excusa. Y puede que incluso disfrute haciéndolo". Sedgewick obedeció, y el archivo que sostenía cayó al suelo. "Ahora muévete lentamente hacia la mesa". Kay repitió el proceso que había seguido con Weatherall, esta vez sin resistencia, excepto que no lo amordazó de inmediato.

Se dirigió a la puerta y probó las llaves más grandes del llavero hasta que encontró una que abriera la cerradura. Aseguró el cerrojo, luego fue al baño, sacó los otros juegos de llaves de la cisterna del inodoro, tomó un puñado de tranquilizantes y regresó a la oficina.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Sedgewick.

Kay aplastó tres pastillas en el fondo de una taza de café, vertió el café y lo removió. Miró a Sedgewick a los ojos. —Viste lo que puse en la taza, Sedgewick. Te lo beberás. Te dispararé en el codo si no lo haces. —Apoyó el cañón de la pistola en el hueco de su codo derecho—. Incluso si alguien viniera aquí y te rescatara, jamás podrían reconstruirte el codo. No con el estado lamentable de la tecnología médica. Y si alguien viniera, serías mi rehén. Me pregunto si estarías dispuesto a morir a tiros para detenerme. —Con la mano izquierda le apretó la taza contra los labios—. Bebe o te disparo. —Sus labios se entreabrieron y ella inclinó la taza hacia atrás, obligándolo a seguir tragando hasta vaciarla.

“No sé qué crees que vas a ganar con eso”, dijo Sedgewick.

—Claro —dijo Kay—. ¿Los ejecutivos son inmunes a las drogas? —Arrancó dos tiras más de la bufanda de la túnica de Weatherall y le amordazó la boca—. Luego, preocupada por lo que sus prisioneros podrían hacer mientras ella no estaba en la habitación, tomó otro par de esposas, acercó las sillas y esposó a Sedgewick y Weatherall tobillo con tobillo.

Kay abrió la puerta. Con la pistola escondida entre los pliegues de su túnica, avanzó con cautela por el pasillo hacia la oficina de Weatherall. Estaba vacía. Se quedó en el umbral y se asomó por el marco de la puerta, ocultando la pistola. Vio que los marines seguían montando guardia cerca de las puertas dobles. «Mimi, el señor Sedgewick me pidió que te dijera que ni él, ni la señora Weatherall, ni yo debemos ser molestados por ningún motivo, salvo en caso de una catástrofe grave. Estamos en una reunión de máxima prioridad. ¿Han llegado últimamente algunos soldados rasos o con estadísticas?».

Mimi, con los ojos muy abiertos, dijo: «Solo uno». Kay extendió su mano libre. «Yo se lo llevaré». Mimi, confiada, puso el informe morado en la mano de Kay. «Pero recuerda, no nos molestes hasta que el señor Sedgewick toque el timbre. Le molestaría mucho que lo interrumpieran. ¿Entendido?».

"Comprendido."

Kay miró su reloj: las diez y media. Tenía que mantener la situación bajo control durante una hora y media. Lo único que realmente la preocupaba era la entrada desconocida al dormitorio. Eso podría ser su perdición si alguien sospechaba que Sedgewick estaba sitiado.

Kay se acercó a sus prisioneros. —Voy a quitarte la mordaza, Sedgewick —dijo, complacida por la firmeza de su voz y sus manos—. Si gritas, te dispararé en el codo en el acto. Dada nuestra historia, no puedes dudar de mi capacidad para hacerte daño, aunque aún albergues ingenuas dudas sobre mi capacidad para matarte. Le quitó la mordaza a Sedgewick y, como antes, le presionó el cañón del arma contra el hueco del codo.

—¿Qué sentido tiene esto, Kay? —dijo tras escupir la mordaza que llevaba dentro y frotarse la boca y la lengua contra el hombro de la túnica. Giró la cabeza para mirarla. Sabes que no puedes lograrlo. Entiendo que estés enfadada por lo que pasó esta mañana, pero…

—Esto no tiene nada que ver con eso, Sedgewick. De hecho, este asunto es puramente de negocios, lo que significa que, según tu sistema, debes dirigirte a mí como «Zeldin». Lo que pasó esta mañana simplemente facilita dispararte. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿De verdad era posible que no creyera que ella le haría daño?

“¿Qué quieres? ¿Qué intentas hacer?”

“Una pregunta razonable. No necesito entrar en detalles sobre mis objetivos finales. Lo que nos preocupa ahora es qué tipo de trato estás dispuesto a hacer conmigo a cambio de perdonarte la vida. Veo dos alternativas. En un caso, te mato. En el otro, te dejo en tu isla. Llámalo un exilio temporal, si quieres. Creo que me serviría tanto como matarte, por mucho que odie la idea de que respires el mismo aire que yo. Por otro lado, sé que si te mato, tendría que vivir con mi conciencia cargando con una muerte. A diferencia de ti, no valoro la vida tan poco, ni en abstracto, ni, al parecer, siquiera en la cruda realidad que representa tu vida. Pero si me das una excusa para matarte, podré justificarlo después. Recuérdalo.”

Él le parecía impasible ante su conversación sobre su posible muerte. «Ríndete ahora, Kay, antes de que alguien más se vea involucrado. Una vez que los demás entren en escena, no podré protegerte de…»

—Déjate de tonterías, Sedgewick. No voy a seguir con ese juego. Vamos a hablar como los duros enemigos que somos y a negociar. Con tu vida. —Hizo una pausa—. Sé que probablemente piensas que si me haces ganar tiempo la situación cambiará a tu favor. Pero vienen refuerzos. Si para cuando lleguen no hemos llegado a un acuerdo, tendré que matarte. Me voy con ellos. Si te vienes con nosotros o no, es tu decisión.

—Refuerzos. —Parecía sorprendido—. ¿Eso significa que te has rebelado, Zeldin?

“Eso es exactamente lo que significa.”

Negó con la cabeza. «Debes estar loca. Por última vez, Zeldin. Te juro que si te echas atrás ahora y me ayudas a tender una trampa a tus cómplices, no solo no serás castigada, sino que haré los arreglos que quieras. Incluso tu regreso a Seattle».

Kay se rió. “Llegas con unas dos semanas de retraso, Sedgewick. Y ¿qué quedará de Seattle cuando Taggart termine con el? Estás perdiendo un tiempo valioso.

—Si quieres, puedo devolverle la llamada a Taggart y enviarte a ti en su lugar —ofreció Sedgewick.

—No me vas a mandar a ninguna parte —replicó Kay—. Sin embargo, eso es una baza para ti: me *gustaría* que volvieras a llamar a Taggart. ¿Te importaría escribirle una carta morada, Sedgewick?

Él sonrió. “Con mucho gusto.”

Kay se dio cuenta de que él pensaba que si ella le dejaba la mano libre para escribir, tendría una oportunidad contra ella. «Creo que estamos progresando», dijo. «Otra cosa que quiero: que se envíe un aviso a todas las oficinas de ODS informando que se deben suspender la sectorización y las

barridas de sectores. Puedes escribirle una carta morada a Stevens ordenándole que envíe la orden».

—¿De verdad crees que puedes hacer que Seguridad abandone sus tácticas de control civil, Zeldin? —preguntó Sedgewick con incredulidad.

Ella se encogió de hombros.

“Si desaparezco, Zeldin, el Gabinete nombrará a alguien en mi lugar.”

¿Quién? ¿Stevens? No es que hayas estado formando a nadie para que te suceda, ¿verdad?

“Hay otros que no están aquí en Washington D.C.”, dijo Sedgewick. “Está Scanlon, por ejemplo, el principal controlador europeo. O Leland. O Phillips.”

—No sé qué pensar de Phillips o Scanlon, pero ¿Leland, Sedgewick? ¿Le confiarías la dirección de Seguridad? —Sacudió la cabeza—. En realidad, se lo estarías entregando a Lisa Mott, ¿sabes? Leland apenas puede limpiarse el trasero sin su ayuda.

“Estás subestimando al Gabinete.”

—Me pregunto qué pasará —dijo Kay—. El Pentágono está ahora mismo sin líder, y según usted, nadie allí puede dar una orden sustancial sin la aprobación de Turpin o del

Gabinete. ¿En qué estado se encuentra Turpin ahora mismo? Además, ¿cree que sus hombres perdonarán la vida a Turpin si usted desaparece o muere? ¿Quién los protegerá de las consecuencias de haber torturado a un miembro del Gabinete?

Kay vio en su rostro que había anotado un punto, y su confianza creció. El Ejecutivo estaría sumido en el caos: con Devito desaparecido quién sabe dónde, con Larson y Gates en prisión y Gibson muerto, quedaban ocho miembros del Gabinete. Tras la destitución de Sedgewick y posiblemente de Turpin, quedaban seis: la mitad de su fuerza original, y, a excepción de Crannock, los miembros del Gabinete menos orientados a lo militar (es decir, los Departamentos de Comunicaciones y Transporte, Interior y Medio Ambiente, Justicia, Agricultura y Empleo). Cualquier cosa que lograra que Sedgewick hiciera sería la guinda del pastel de su victoria.

Capítulo veinticinco

[i]

Veinte minutos antes del mediodía, Kay preparó otra dosis de café con sedante y le administró la mitad a Weatherall y la otra mitad a Sedgewick, quien tenía problemas para mantenerse despierto. Luego, sujetó el tobillo libre de Sedgewick a la pata de la mesa, buscó material de escritura en su escritorio y se dispuso a liberar su mano derecha. De pie detrás de él, le puso su pluma Montblanc en la mano y dispuso una hoja morada frente a él. Él la miró por encima del hombro. «Siempre pensé que eras demasiado inteligente para cometer este tipo de error, Zeldin».

Durante unos segundos se preguntó si se refería a que ella le permitiera usar su mano, o a que le permitiera escribir mensajes con sus propias palabras. Pero entonces se dio

cuenta de que se refería a que ella se rebelara. «Escribe la orden a Taggart para que regrese a Washington, Sedgewick», dijo Kay como si él no hubiera hablado. Desde su conversación inicial tras su captura, Kay se había negado a reconocer cualquiera de sus desafíos u ofertas. Sedgewick se encogió de hombros, luego escribió la orden y dirigió el sobre. Ella examinó ambos en busca de pistas que él pudiera haber ocultado, pero no encontró nada que le pareciera sospechoso. «Ahora la nota para Stevens», dijo, empujándole otra página morada con rayas rojas. Sin dudarlo ni comentar nada, Sedgewick escribió la orden que pondría fin a la Operación Chivo Expiatorio, así como a las redadas y otras medidas represivas que él mismo había ordenado específicamente. Kay no había creído que sería tan fácil.

A las doce menos cinco, Kay le puso la mordaza a Sedgewick, sacó el transmisor del bolsillo y activó la señal. Magyyt respondió de inmediato. «Estoy lista cuando tú lo estés», dijo Kay. «Aun así, no sé cómo subir hacia el techo. ¿Crees que podrás encontrarme?».

—Aterrizaremos de inmediato —dijo Magyyt—. Hemos estado sobrevolando la zona durante los últimos quince minutos. Mantén el transmisor encendido y lo usaremos como baliza.

Kay decidió esperar en el dormitorio, ya que allí debía estar la puerta. Al mirar a Sedgewick y Weatherall, vio que sus ojos

estaban fijos en el transmisor y se dio cuenta de que no habían adivinado que sus refuerzos eran Marq'ssan. Kay guardó la pistola en su bolso, se lo echó al hombro y cruzó el baño hasta el dormitorio, confiando en que la puerta del pasillo, cerrada con llave, impediría el paso a cualquiera que pudiera considerar necesario preguntar. Dejó ambas puertas del baño abiertas.

Tras unos dos minutos, la voz de Magyyt se escuchó por el comunicador. «Hemos aterrizado en el tejado justo encima de tu ubicación. Seremos cuatro, Kay».

¡Cuatro! ¿Cuatro Marq'ssan? ¿O Sorben y Magyyt con otros dos humanos? Con cuatro Marq'ssan...

En la cabeza de Kay rondaban visiones de destruir todo el Ejecutivo de DC.

—¿De acuerdo? —dijo la voz de Magyyt—. Vamos a bajar al edificio ahora mismo.

Kay miró fijamente al techo, esperando que se abriera una trampilla. En cambio, oyó ruidos en el baño. Se giró rápidamente, agarró la pistola y se acercó al umbral, donde vio a cuatro mujeres entrar por una puerta cuyo panel de espejo se había abierto. «¡Qué alegría verlas!», exclamó Kay. «Un momento». Salió corriendo a la oficina para asegurarse de que Sedgewick y Weatherall no se hubieran liberado mediante alguna fabulosa maniobra digna de Houdin.

Magyyt la siguió hasta la oficina. —¿Qué crees que deberíamos hacer, Kay, antes de irnos?

“Como mínimo, se deberían destruir todos los documentos de este conjunto de habitaciones”, dijo Kay. “Pero en cuanto al resto, depende de lo que estéis dispuestas a hacer y del riesgo que esto represente para ustedes. No sé cómo evaluar esos riesgos. Pero lo primero que quiero hacer es enviar algunos pedidos que le encargué a Sedgewick”.

La mirada de Magyyt se dirigió a los prisioneros esposados. Volvió a mirar a Kay, visiblemente preocupada. "¿Qué pasa con ellos?"

Kay respiró hondo. —Eso es algo que quería aclarar con vosotras. Prefiero que lo hablemos en privado. —Señaló el baño y se unieron a las otras tres—. Quiero llevarlos a algún sitio. Dejarlos en una isla que le pertenece.

“No podemos ir por ahí secuestrando gente”, dijo Magyyt. “No es algo que estemos dispuestos a hacer”.

—Si no me ayudas, tendré que matarlos —dijo Kay con sequedad.

La miraron en un silencio atónito. Tras medio minuto, Sorben habló: «Kay Zeldin, te presento a Tyln I Khnor y Flhan I Leleynl. No podemos permitir que los mates», dijo. «Sabes que nos oponemos rotundamente al asesinato».

—¿Incluso de gente tan despreciable? —preguntó Kay con amargura—. Sí, lo sé. Pero este secuestro los apartaría del camino por un breve pero crucial periodo de tiempo. Y no sería como si los tuviéramos prisioneros. Solo los transportaríamos a uno de sus lugares de origen. Créeme, si los dejamos aquí causarán mucho daño. En cambio, si los llevamos a otro sitio, toda la organización de Seguridad —si no el gobierno— se desmoronará. Por favor, ayúdame a hacer esto. Sería lo mejor para todos. Y no sufrirían ningún daño físico.

—Tendremos que discutirlo entre nosotras, Kay —dijo Magyyt.

Kay suspiró. "Haré mi recado mientras hacéis eso".

Mimi aceptó los sobres morados con el ceño fruncido y preocupado. «La señora Weatherall suele dármelas personalmente», dijo, como si no quisiera decir explícitamente que le parecía mal recibir esos pedidos de alguien que no fuera Weatherall o Sedgewick.

“Lo sé, Mimi, pero el señor Sedgewick tiene a la señora Weatherall muy ocupada ahí dentro sacando archivos; no soy de mucha ayuda porque no sé dónde está nada, ¿sabes?”.

Los ojos de Mimi se abrieron de par en par. —Ah, sí, ya veo. ¿Esta conferencia durará mucho más? El señor Stevens está esperando para ver al señor Sedgewick.

—Oh, diría que una hora más —dijo Kay con naturalidad. ¿Ha llegado algo morado o de Estado para el señor Sedgewick?

Ella asintió, tomó una pila de sobres y se los entregó a Kay. —¿Una hora más, entonces? —preguntó Mimi—. Le diré al señor Stevens que puede ver al señor Sedgewick después del almuerzo, ¿de acuerdo? Ojalá pudiera preguntarle a Lizzie.

—Adelante, prográmalo para después del almuerzo —dijo Kay—. Se lo comentaré al Sr. Sedgewick y, si se opone, te lo haré saber. Pero estoy segura de que querrá ver a Stevens después de la conferencia, así que no te preocupes.

“Entonces los sacaré de inmediato.”

El Marq´ssan le dijo a Kay que, a regañadientes, se llevarían a Weatherall y a Sedgewick.

“He reunido los documentos que quiero llevarme”, dijo Kay. “Están sobre la mesa en la otra habitación, junto con mi maleta y mi maletín. Todo lo demás se puede destruir”.

El Marq´ssan acordó que Magyyt y Sorben destruirían los archivos mientras Flhan y Tyln ayudaban a Kay a meter a Sedgewick y Weatherall en la cápsula y proporcionaban el

camuflaje necesario en el tejado. Kay, con cautela, le quitó las esposas a Weatherall y la liberó de la silla. Weatherall, apenas pudiendo mantener los ojos abiertos, se rindió sin oponer resistencia mientras Kay le esposaba las manos a la espalda y la conducía al baño. Tyln la guió a través del panel de espejo abierto. Unas escaleras se extendían hacia abajo y hacia arriba, sugiriéndole a Kay que se podía bajar por ellas hasta las oficinas de la ODS. ¿Lo sabría Stevens?, se preguntó.

Al salir de la escalera, Kay sintió un escalofrío al ver en la azotea solo un helicóptero, guardias y la evidente entrada al edificio al otro extremo. Tyln tomó el otro brazo de Weatherall y la dirigió hacia la izquierda. —Aquí —dijo Tyln en voz muy baja—. La cápsula está aquí. Si pones el pie justo al lado del mío, subirás al ascensor. Weatherall emitió un sonido ahogado a través de la mordaza, lo que preocupó a Kay por los guardias del otro extremo. Miró por encima del hombro, pero los guardias ni siquiera la miraban.

Con torpeza, abordaron la cápsula. Una vez dentro, fue más fácil, pues ella podía *ver* el interior. Kay le quitó las esposas. «Acuéstate aquí, Weatherall», dijo, ayudándola a sentarse en un sofá de vuelo, y luego ajustó todas las correas y esposó su muñeca izquierda al brazo del sofá.

—¿Es seguro quitarle la mordaza? —preguntó Kay—. ¿O la oirán los guardias si grita?

Tyln se encogió de hombros. “No lo sé. Probablemente no deberíamos arriesgarnos.”

Las tres volvieron a buscar a Sedgewick. Kay sacó una de las pistolas de su bolso y le apuntó. «Si te portas mal», le dijo, «te disparo. Te llevo conmigo precisamente para no tener que hacerlo».

Sus ojos, soñolientos y con los párpados pesados, la acusaban. A Kay le enfurecía que la mirara así, como si fuera una traidora, como si estuviera equivocada; y entonces se dio cuenta de que hasta ese momento ella no había creído nada de lo que ella había dicho, que no había sido capaz de creer que había perdido el control sobre ella para siempre.

Estaba incluso más aturdido que Weatherall, y Kay se lo agradeció, aunque eso dificultó su ascenso por las escaleras.

Luego, Flhan y Tyln ayudaron a Kay a cargar su bolso, maleta y los maletines donde guardaba los archivos que quería llevarse. Para cuando lograron meter todo en la cápsula, Magyyt y Sorben ya habían desmantelado la mayor parte de la suite. «Ojalá nos hubiéramos atrevido a bajar», dijo Kay cuando los cinco estaban juntos en las escaleras. «Hay tantas cosas en los pisos inferiores que deberían ser destruidas».

—Si fuera de noche, podríamos considerarlo —susurró Sorben—. Aunque algunas partes de este edificio podrían ser

peligrosas. Pero a plena luz del día, con tanta gente presente, sería peligroso intentarlo.

Subieron a bordo y Magyyt le preguntó a Kay dónde se encontraba la isla de Sedgewick.

—Oh, no —dijo Kay, desanimada—. No sé dónde está. Tendremos que preguntarles.

“Primero hay que preguntarle a la mujer”, dijo Magyyt.

Kay le quitó la mordaza a Weatherall. "¿Sabes dónde está la isla de Sedgewick?", preguntó.

Weatherall habló con dificultad. "Está frente a la costa de Maine".

—Sí, lo sé —dijo Kay—. ¿Pero dónde exactamente?

Weatherall giró la cabeza para mirar a Sedgewick, quien no apartaba la vista de Kay. "¿Se lo digo?"

“Lo oíste hablar conmigo hace un rato, Weatherall. Sabes que quiere que lo lleven allí.”

—¿Señor Sedgewick? —preguntó Weatherall.

Sedgewick miró de Kay a Weatherall y asintió.

—De acuerdo —dijo Weatherall—. Lo haré. Pero tendré que mostrártelo en un mapa.

Kay desabrochó todas las correas del asiento de vuelo de Weatherall y, apuntándole con la pistola a la espalda, la condujo hasta la consola de vuelo (que parecía consistir únicamente en un monitor y un teclado). Sorben desplegó un mapa en el monitor y Weatherall indicó la ubicación. Tras unos segundos mirando la pantalla, Sorben dijo que probablemente podría encontrarla.

En el despegue, Kay se sintió mareada. Con la seguridad hecha un desastre, el Ejecutivo estaba prácticamente aniquilado. Había escapado y nunca más tendría que temer a Sedgewick. Incapaz de contenerse, rió y rió y rió…

Sola.

[ii]

Tras aterrizar, Kay guió primero a Weatherall y luego a Sedgewick fuera de la cápsula. Habían aterrizado a cierta distancia de la casa, en la playa. Mientras Magyyt y Sorben desmantelaban los barcos amarrados al muelle de la isla, Kay, sin soltar el arma, les arrancó las insignias de seguridad de sus túnicas y les quitó las mordazas. «Para cuando salgan de esta isla, todo se habrá desmoronado en Washington», le dijo Kay a Sedgewick. «El Gabinete pronto se enterará de su traición, y la propia Seguridad estará sumida en el caos. Si yo

fuera ustedes, ni siquiera pensaría en intentar rescatar algo de entre los restos».

—Que puedas atribuir la traición a alguien que no seas tú misma es el colmo de la desfachatez, Zeldin —dijo Sedgewick arrastrando las palabras—. Te prometo que al menos esta vez te arrepentirás.

Kay dijo: «Si pensara que me arrepentiría, te mataría en el acto, Sedgewick. Te he quitado el poder de hacerme daño. Y las cosas están cambiando. Al fin admites, ¿verdad?, que no te enfrentas a los terroristas que te has imaginado todo este tiempo».

No dijo nada, solo la miró fijamente. Kay retrocedió lentamente, con cuidado de mantener el arma apuntándoles, vigilando por si intentaban abalanzarse sobre ella. —Espera, Zeldin —gritó Sedgewick cuando estaba casi en el ascensor. Kay se detuvo—. ¿No vas a quitarme las esposas?

Kay negó con la cabeza. —No. Estoy segura de que ustedes dos pueden encontrar una solución. De todos modos, la mayoría de las llaves de las esposas son intercambiables. Sabiendo cómo eres, seguramente tienes docenas de ellas por toda la casa.

—Déjame la llave, Zeldin —dijo él. Y ella recordó: le había dejado la llave cuando lo dejó sangrando en Calais.

Kay subió al ascensor. Mientras este ascendía bruscamente, les dio la espalda, decidida a borrar de su mente el recuerdo de sus ojos mirándola fijamente. Dentro de la cápsula, se dirigió en silencio a su asiento y se abrochó el cinturón. Mientras la cápsula se elevaba y aceleraba, arrastrándola hacia el asiento, lloró. Ojalá pudiera volver a casa. Ojalá todo pudiera volver a ser como antes de la Manta. Ojalá pudiera volver a perder la memoria.

Pero nada volvería a ser igual, y menos aún ahora que había logrado lo que se había propuesto.

[iii]

Había sido un día agotador para Martha. Ella y Louise se habían colado en el sótano de la YMCA y se habían reunido con otros activistas involucrados en la organización y el reclutamiento, habían redactado y pegado maquetaciones, las habían fotocopiado y las habían ordenado y grapado. Habían dedicado casi diez horas a preparar la actualización informativa que querían difundir al día siguiente. Y ahora, Martha y Louise estaban cosiendo —una ocupación inusual para ella— parches para que las activistas los cosieran en su ropa. A Martha le encantaba la idea de estos pequeños parches que habían ideado, tomando prestado y adaptando

el emblema del movimiento de la Coalición Arcoíris de finales del siglo XX. Sería un recordatorio, le había dicho Martha a Louise, de muchas cosas, incluyendo la larga tradición de lucha y la necesidad de incluir todas las voces, además de ser el símbolo de esperanza para el futuro que los arcoíris siempre habían representado.

Cuando llamaron a la puerta, Martha se escondió tras el sofá mientras Louise abría. Al reconocer las voces, Martha salió y se encontró con Sorben, Magyyt, Tyln y otras dos mujeres, una de ellas desconocida. Identificó a la mujer rubia, vestida con ropa de ejecutiva, como la profesora que había representado al gobierno durante las negociaciones. Su sola presencia le produjo un escalofrío a Martha.

—Martha y Louise, les presento a Flhan Leleynl san Phrglu —dijo Sorben, señalando a la mujer corpulenta de aspecto eslavo que estaba junto a Magyyt. Martha y Louise le estrecharon la mano. Sorben sonrió ampliamente—. Y aquí, Martha, está alguien a quien he estado deseando presentarte. La sonrisa de Sorben se amplió—. Les presento a Kay Zeldin, la persona más responsable de sacarlas de las garras de ODS.

Martha miró fijamente a Sorben, y luego a Kay Zeldin (que parecía avergonzada).

—Me alegra por fin conocerte —dijo Kay Zeldin—. Espero que estés bien. ¿Te has recuperado?

Martha tragó saliva. “Sí. No entiendo...” Martha miró a Sorben.

“Kay trabajaba con nosotros mientras aparentaba trabajar para Seguridad”, dijo Sorben. “Nos transmitió información. Gracias a ella, ahora tenemos muchos documentos que prueban algunas de las cosas que sospechamos que su gobierno perpetró y orquestó. Nos ayudará a exponer al gobierno en video”.

Es increíble. "¿Estabas haciendo espionaje doble contra el gobierno?"

Kay dijo: “Sí. Pero eso ya pasó. Ayer por la tarde, con la ayuda del Marq´ssan, neutralicé la organización central de Seguridad. Y a menos que me equivoque, creo que podemos estar bastante seguras de que la Operación Chivo Expiatorio ha terminado”.

—¿Operación Chivo Expiatorio? —preguntó Louise—. ¿Qué es eso?

“El plan era culpar a las mujeres por la Manta”, dijo Kay. “Y que la Guardia violara a las mujeres. ¿Magyyt dijo que tú sabías esto?”

—Sí —dijo Martha—, pero no sabíamos cómo lo llamaba el gobierno.

Se produjo un silencio incómodo. Louise sugirió que todos se sentaran. Martha reanudó el trabajo en el parche casi terminado. Por un instante, el único sonido en la habitación fue el chasquido del hilo cuando Martha lo rompió antes de anudarlo.

Kay se aclaró la garganta. —Me doy cuenta de que en sus mentes estoy asociada de todas las maneras posibles con el Ejecutivo —dijo—. Y que tengo poca experiencia trabajando con grupos anti–Ejecutivo. Aun así, me gustaría trabajar con ustedes si me aceptan. Hay ciertas cosas que puedo hacer además de espiar. Dado que a estas alturas probablemente estoy en la lista negra del Ejecutivo, no me preocupa demasiado mi visibilidad en este momento. Aparte de mis habilidades como historiadora y el reportaje que estoy preparando para el vídeo, creo que puedo ayudarlos con los contactos que necesariamente tendrán que hacer con los ejecutivos. Magyyt y Sorben me dicen que es probable que dentro de una semana los representantes locales del Ejecutivo estén listos para negociar una retirada de la zona. Me gustaría ofrecer mis servicios para tratar con ellos. Por supuesto, si hay algo más para lo que puedan contar conmigo... —Miró de Louise a Martha y luego a la Marq´ssan.

¿Y si fuera una espía del gobierno, una doble agente (si es que existía tal cosa)? Martha miró a Louise para ver si se preguntaba lo mismo. Pero Sorben no la habría traído si fuera una espía, pensó Martha. Seguro que Sorben lo sabría.

—No podemos rechazar semejante oferta —dijo Louise pensativa—. Toda ayuda es bienvenida, sobre todo la que nos ofrecen. La verdad es que me preocupaba un poco cómo íbamos a gestionar los contactos y las negociaciones.

El ceño fruncido que surcaba el rostro de Kay se transformó en una sonrisa. «Me alegro», dijo. «No creo que nada de lo que nos espera sea fácil. Será una lucha, ¿entiendes? Y simplemente desacreditar a los ejecutivos no resolverá la mayoría de nuestros problemas».

—Creo que quedará precioso —dijo Martha, molesta por la actitud negativa de la mujer.

“Será un alivio que se levante el toque de queda, eso es seguro”, dijo Kay. “Pero los problemas organizativos... una sociedad que no funciona, que estará sin gobierno... sin tecnología... sin economía...”.

“Pero cuando el gobierno se haya marchado de esta zona”, dijo Magyyt, “podremos ayudarles a poner en marcha pequeñas centrales eléctricas y cosas por el estilo. Serán Zonas Autónomas Temporales.”

Martha le dirigió a Kay una mirada triunfal. «Ya verás. La gente nunca ha tenido una oportunidad así. Todo cambiará, la gente cambiará, el mundo será diferente». Martha agitó con orgullo el parche que acababa de armar. «Como Noé y compañía desembarcando del arca».

Todas rieron. Magyyt intentó explicar la alusión a Tyln y Flhan, tras lo cual Louise expuso el significado político e histórico del arcoíris a finales del siglo XX.

“Como historiadora, aplaudo su elección”, dijo Kay.

Martha se inclinó hacia adelante y le entregó el parche a Kay. —Esto es para ti —dijo—. Todas lo coseremos en nuestra ropa. Será nuestro emblema.

Kay miró fijamente el parche que tenía en las manos. Cuando alzó la vista hacia Martha, sus intensos ojos azules se llenaron de lágrimas. —Gracias —dijo—. Pero deberíais saber más sobre mí antes de dejarme unirme a vosotras. He hecho cosas terribles, Martha.

“Nadie en este planeta es inocente”, dijo Sorben. “Mirar hacia atrás es útil, pero no hay que usarlo como excusa para frenar el progreso”.

—Te lo prometo, Martha Greenglass —dijo Kay mirando fijamente a los ojos de Martha—, haré todo lo posible por lo que representa tu emblema.

—¿Os importa si Kay se queda aquí un rato hasta que hayamos terminado nuestras tareas de esta noche? —preguntó Magyyt a Louise y Martha.

—¿Nos importa? —repitió Louise—. Personalmente, me encantaría. ¡Quiero saber cómo es espiar al gobierno!

—Yo también —dijo Martha, dejando que la curiosidad superara sus recelos.

“Si te cuento mi historia, me odiarás”, dijo Kay. “Nunca se la he contado a nadie”.

—Me muero de ganas de oírlo —dijo Louise—. Y no puede ser tan odioso. Al fin y al cabo, acabaste en el lado correcto.

“La historia comienza hace veinticinco años, cuando estaba lista para ir a Europa a realizar mi proyecto de investigación postdoctoral”, dijo Kay. “Estaba sin un centavo y solo tenía una beca que me alcanzaba para cuatro meses de vida precaria, viviendo al día...”.

 **[iv]**

Extracto de la sinopsis del Informe Final Integral a la Gran Asamblea de Marq'ssan sobre el Proyecto Tierra: (junio de 2076, Tierra exultante):

... Para mediados de marzo de 2076, el Grupo de Trabajo manifestó su constatación de que, de todos los gobiernos de la Tierra, como máximo cinco (Sudáfrica, Uganda, Cuba, Bolivia y Nueva Zelanda) mostraban cierta disposición a adaptarse a los procesos de negociación; todos los demás ofrecían claros indicios de su intención de mantener a sus poblaciones como rehenes para preservar la riqueza, los privilegios y el monopolio de sus élites en la toma de decisiones políticas y sociales. Incluso los Marq'ssan, que llevaban tiempo estudiando la política humana, no habían contemplado tal desenlace entre sus proyecciones sobre las posibles respuestas de los gobiernos al Manto. Para entonces, además, se había hecho evidente un problema aún más grave. Las activistas que acudieron a *S'sbeyl* para negociar demostraron no estar preparadas aún para cooperar entre sí. Los Marq'ssan se vieron obligados a reconocer que los humanos aún no estaban preparados para crear estructuras de negociación colectiva y respetuosa.

Una facción minoritaria del Grupo de Trabajo propuso un cambio de plan. El Marq'ssan despejaría seis áreas en diferentes regiones del mundo de toda estructura militar y gubernamental, y proporcionaría abundante asistencia material y apoyo a los activistas que vivieran en ellas. Estas zonas servirían como laboratorios políticos donde los humanos que las habitaban buscarían y desarrollarían nuevas formas

de vida e interacción, como bases de apoyo para los activistas fuera de las zonas, y también como ejemplos de cómo podría ser posible vivir y prosperar sin el dominio de las élites. El Marq'ssan eligió el extremo noroeste de Estados Unidos como la primera "Zona Libre" que se establecería, simplemente porque, en represalia por el comportamiento inicialmente poco cooperativo y luego abiertamente agresivo del Ejecutivo estadounidense, ya había comenzado a desmantelar instalaciones militares en esa área. Poco después, el Marq'ssan eligió otras cinco zonas para despejarlas como laboratorios políticos. Eligieron estas zonas por la fortaleza y la trayectoria de sus activistas, así como por su idoneidad para servir como puestos de avanzada regionales para los activistas que luchaban en otros lugares. Estas zonas incluían las zonas del sur de México, Australia Occidental, todo el país de Corea y partes de Brasil y Kenia.

El fracaso del sistema centralizado de mando y control de Estados Unidos, que acompañó al colapso de su Ejecutivo en la tercera semana de marzo, precisó la decisión del Marq'ssan de modificar radicalmente la estrategia de intervención del Grupo de Trabajo. De este colapso surgieron dos facciones: la facción de Seguridad, liderada por Robert Sedgewick, y la facción Militar, liderada por M. Sheldon Short, uno de los oficiales militares de más alto rango del régimen anterior. La primera se reubicó en una vasta instalación construida dentro de una montaña hueca en las Montañas Rocosas, mientras que la segunda se desplegó en varias instalaciones más pequeñas dispersas por las Montañas Humeantes. Ambas facciones comenzaron de inmediato a intentar asegurar territorio y asesinar a los líderes de la otra. A principios de abril, las Mujeres Libres de Estados Unidos produjeron un

reportaje que transmitieron en vídeo a nivel mundial, detallando la respuesta criminal del régimen caído a la Operación Manta. A petición de ellas, el Marq'ssan retiró la transmisión en vídeo de dos horas que se había entregado al Ejecutivo estadounidense a cambio de la liberación de un prisionero. Si bien cabría esperar que la caída y la exposición del Ejecutivo estadounidense impulsaran a otros gobiernos a reanudar las negociaciones, estos acontecimientos tuvieron el efecto contrario. Todos los gobiernos del mundo (con la excepción de los países que conforman las Repúblicas Unidas del Islam, la República Popular China, Cuba y muy pocos más) se vieron implicados en la lucha interna del Ejecutivo y obligados, sin previo aviso ni preparación, a tomar partido. Durante la primera semana de mayo, los gobiernos de varios de los aliados más cercanos de Estados Unidos no solo colapsaron bajo la presión, sino que también formaron facciones aliadas con los estadounidenses.

En estas circunstancias, el Grupo de Trabajo determinó que debía retirarse de la Tierra tan pronto como fuera posible. Los Marq'ssan no solo encontraron imposible ejecutar su tarea principal, sino que también sintieron una profunda preocupación por los efectos que la agitación de los humanos y sus propias respuestas a ella estaban teniendo sobre ellos mismos. Además de limpiar las zonas libres designadas de todas las estructuras militares y gubernamentales y brindar asistencia material inmediata y extensa a los activistas que formaban coaliciones para organizar estructuras de cooperación, los Marq'ssan destruyeron todas las armas nucleares y armas químicas desplegadas y almacenadas en la Tierra, así como todos los reactores nucleares reproductores y satélites artificiales en órbita alrededor de la

Tierra y su luna. A mediados de junio, la flota Marq'ssan se retiró y regresó a Marqeuei. Seis marq'ssan permanecieron atrás a pesar de los evidentes peligros que implicaba una mayor exposición a las estructuras humanas, declarando su intención de continuar su lucha. De los seis, Leleynl I Absq san Phrglu fue la única que declaró su intención de retomar la labor de enseñar a las mujeres humanas nuevas estructuras, labor que una de ellas había comenzado antes de la llegada de la flota Marq'ssan. Las otras cinco, Magyyt I Fenst san Bol, Sorben I Sorben san Priusq, Tyln I Khnor san Engst, Flhan I Leleynl san Phrglu y Morghuas I Sber san Imu, declarando abiertamente su contaminación con estructuras humanas y su consiguiente incapacidad para regresar a Marqeuei, decidieron permanecer en la Tierra para continuar trabajando con los humanos en oposición a sus gobiernos y brindar asistencia y apoyo a las Zonas Libres. Todos los Marq'ssan del Grupo de Trabajo acordaron que se dejarían suministros y cápsulas para estos seis Marq'ssan, y además, que si el Primer Consejo lo aprobaba, una nave estelar regresaría para recoger su informe y reevaluar las condiciones para un segundo intento de intervención en diez años terrestres. Tras examinar este asunto, el Primer Consejo accedió, con la condición de que, de las seis marq'ssan que quedaban en la Tierra, solo aquellas que el cuerpo de la flota de la nave estelar que regresaba considerara aptos para la sociedad marq'ssan podrían volver a Marqeuei.

Nueva Orleáns

Octubre—noviembre de 1984
revisado: Isla Galeano, mayo de 1996

Post Scritpum

Bueno, ya está. Acabo de hacer la corrección final al texto de *De Alanya a Alanya–,* después de esto mi único contacto con él será la corrección de pruebas. Recuerdo aquel día frío y húmedo de noviembre en Nueva Orleans —hace ya veinte años— cuando terminé de escribirlo. Durante siete semanas viví en el mundo de Kay Zeldin, casi sin poder dormir, levantándome a menudo en mitad de la noche para escribir, incapaz de cocinar sin cortarme y quemarme. Así que el final fue un alivio, aunque efímero. Excepto que inmediatamente comencé a recorrer la ciudad en busca de mapas topográficos en blanco que pudiera usar para empezar a trazar la división del territorio en la guerra civil del Ejecutivo. Y aunque les había prometido a mis seres queridos esperar hasta después de Año Nuevo, enseguida comencé a planear el siguiente libro, *Renegado.* El Ciclo de Marq'ssan me absorbió por completo.

Hoy, mis sentimientos hacia *Alanya to Alanya* carecen de la exuberancia del momento original en que la escribí. Claro, ningún escritor podría volver a sentir lo mismo por una obra que ha tenido veinte años para madurar. Pero lo cierto es que me siento estremecido y serio al reflexionar que, así como a Kay Zeldin nunca se le ocurre argumentar ante Sedgewick, Torricelli y Vale que sus tácticas son simplemente moralmente *incorrectas* —pues sus argumentos con ellos son siempre pragmáticos, no éticos—, hoy en día, en Estados Unidos, las cuestiones de moralidad rara vez entran en los debates sobre políticas sociales y económicas (aunque la ultraderecha, para racionalizar sus ataques contra los derechos reproductivos y la libertad sexual, afirma tener razones morales sin entablar jamás un discurso moral). ¿Es la tortura un acto incorrecto? La respuesta parece obvia. Y sin embargo, leí hoy en el periódico que Alberto Gonzales, actualmente en proceso de confirmación como Fiscal General de los Estados Unidos, argumenta no solo que el trato "cruel, inhumano y degradante" a los prisioneros que no son ciudadanos estadounidenses no viola el tratado de la Convención contra la Tortura del cual Estados Unidos es signatario, sino también que cualquier discusión pública sobre el tema "ayudaría a los terroristas de Al Qaeda al darles una 'hoja de ruta' de lo que pueden esperar cuando sean capturados".[7] Los pocos funcionarios electos que se oponen al uso de la tortura por parte de Estados Unidos lo

7 Frank Davies, "Gonzales afirma que el tratado contra la tortura no prohíbe las tácticas 'crueles e inhumanas'" (Knight–Ridder, 26 de enero de 2005).

hacen con el argumento de que daña la imagen de Estados Unidos en el mundo y que expone a las fuerzas estadounidenses a al riesgo de ser torturados en represalia. Al parecer, el discurso político dominante ya no tolerará (y mucho menos aceptará) ninguna afirmación de que la tortura sea moralmente indefendible.

Podría decirse que mi imaginación política a principios de la década de 1980 fue influenciada en gran medida por la ciencia ficción feminista de los años setenta. Pero si bien las representaciones de la revolución y la utopía feministas me entusiasmaban, con el tiempo también empezaron a frustrarme. Me preguntaba cómo podríamos llegar a "allí" —es decir, a una situación deseable para vivir, con una sociedad viable y vibrante y un mínimo de dificultades y sufrimiento para la mayoría en lugar de para unos pocos— desde "aquí", es decir, nuestra realidad política actual de plutocracia y un capitalismo salvajemente explotador que garantiza la miseria generalizada, la privación y la restricción de la vida de las personas. La pregunta me atormentaba. La ciencia ficción anarcofeminista me ofreció algunas historias sobre revolución, muchas historias sobre lugares relativamente buenos y muchas historias sobre lugares realmente malos. Pero, al igual que los lugares malos, esos lugares buenos existían principalmente para ofrecernos una lección sobre lo que estaba mal en nuestro mundo, combinada, tal vez, con un poco de indulgencia en la realización de deseos. Las imágenes de revolución solían

obviar el largo y arduo proceso de cambio colectivo que, en realidad, implica la creación sostenida de un mundo diferente. Al fin y al cabo, la historia ha demostrado repetidamente que ni un cambio de régimen ni siquiera un cambio de forma de gobierno por sí solos transformarán el mundo.

Quería una visión más directa y explícita de cómo podría ser posible cambiar el pensamiento humano, así como las interacciones sociales y políticas; necesitaba creer que un mundo en el que el florecimiento de la vida humana en todos los casos supere el afán de lucro es teóricamente no solo posible sino también alcanzable, sin tener que empezar primero desde una página en blanco después del holocausto, borrada de la historia reciente de la humanidad. Decidí que comenzaría desde una base distópica para evitar que mi experimento se convirtiera en una fantasía fácil de realización de deseos (y también porque tres años y medio de la administración Reagan me habían vuelto pesimista sobre la vida futura en los Estados Unidos). Y así, en octubre de 1984, me senté y comencé a escribir el Ciclo de Marq'ssan, una serie de cinco novelas que suman aproximadamente un millón de palabras: primero *Alanya to Alanya* (octubre–noviembre de 1984); luego *Renegade* (diciembre de 1984–abril de 1985); *Tsunami* (junio–septiembre de 1985); *Blood in the Fruit* (octubre de 1985–febrero de 1986); y finalmente *Stretto* (marzo–julio de 1986).

Durante la composición del tercer y cuarto libro *(Tsunami* y *Sangre en la Fruta),* me preocupaba que las dificultades de imaginar la creación de un cambio duradero y deseable fueran insuperables. Sin embargo, desde el principio noté que cada libro sucesivo había alterado radicalmente mi comprensión de los anteriores. Al escribir el último libro, *Stretto,* obligado a detenerme y reflexionar extensamente sobre este patrón de revisión continua, comprendí que simplemente no me había dado cuenta de que el cambio deseado era un proceso que ya estaba en marcha en la serie, uno que solo podía hacerse visible a través de este otro proceso de revisión constante. Cuando finalmente terminé de escribir el quinto libro, descubrí que mi primera lectora, Kathryn Wilham, también lo había comprendido de forma independiente. Me dijo que podía ver hacia dónde se habría dirigido la historia si hubiera decidido escribir un sexto libro. La serie, dijo, está terminada. Puedes confiar en que cualquier lector que haya podido leer hasta el final la habrá comprendido. En otras palabras, el experimento no solo requería que yo, el autor, visualizara y representara el proceso de cambio, sino que también requería que la propia actividad de los lectores de la serie, de revisar constantemente su comprensión de lo sucedido anteriormente, fuera el vehículo para que pudieran imaginar y comprender el proceso por sí mismos.

Una vez finalizado mi experimento mental en ciencias políticas, lo dejé de lado. La caída de la Unión Soviética, la

declaración de los medios de comunicación de que el feminismo había llegado a su fin y la continua e imperceptible erosión de las instituciones democráticas estadounidenses me convencieron de que probablemente resultaría ininteligible para la mayoría de los lectores. Una década después, retomé el manuscrito para actualizar su geopolítica y reflejar la realidad de la hegemonía global estadounidense posterior a la Guerra Fría. Me sorprendió descubrir que, si bien el espacio disponible para las ideas y actitudes feministas se había reducido drásticamente, debido a que las condiciones políticas en Estados Unidos se habían acercado notablemente a las que había imaginado en estas novelas, estas podrían ser más fáciles de comprender que en la década de 1980, cuando las escribí. Poco después de actualizar el manuscrito, la anulación de las elecciones presidenciales del año 2000 por parte del Tribunal Supremo, el endurecimiento del control de los medios de comunicación corporativos sobre la esfera pública y la insistencia de la clase política estadounidense en que la "democracia" es más una cuestión de control de masas que un proceso activo y participativo en el que deba participar cada ciudadano, acercaron peligrosamente el "lugar oscuro" que había imaginado. Sin duda, la cínica explotación por parte de la administración Bush de los atentados terroristas contra el World Trade Center y el Pentágono como pretexto para desmantelar la Declaración de Derechos, eliminar los pocos servicios públicos que aún quedaban para los contribuyentes y abrazar abiertamente una agenda de

dominación mundial "total" ha hecho innegable el parecido entre mi mundo de ficción y el que vivimos actualmente.

Seres extraterrestres poderosos como los Marq'ssan no vendrán a nuestro rescate. Sin embargo, creo que la intensidad, la ferocidad y la audacia de la lucha de los activistas que se describe a lo largo del Ciclo Marq'ssan, así como los intentos inquebrantables, incluso implacables, de los libros por comprender cómo los humanos imperfectos y con defectos pudieron librar con éxito tal lucha, pueden ser inspiradores y quizás incluso útiles para quienes hoy, como yo, anhelan con todo su corazón y alma transformar un mundo que se ha convertido en un «mal lugar» en una sociedad próspera y vibrante. Y ahora mismo, me temo, necesitamos toda la inspiración y la ayuda que podamos obtener de la poesía, la ficción, la música y todas las demás formas de arte maravillosas que nuestra poderosa y creativa especie ha inventado.

L. Timmel Duchamp

26 de enero de 2005

Expresiones de gratitud

Aunque todo lo relacionado con los Servicios de Seguridad, una agencia gubernamental ficticia del Ejecutivo, también ficticio, es producto de mi imaginación, encontré tres libros de gran ayuda para estructurar la creación de esta institución ficticia: *Inside the Company: CIA Diary de Philip Agee, The CIA and the Cult of Intelligence* de Victor Marchetti y *In Search of Enemies: A CIA Story* de John Stockwell.

Me complace enormemente agradecer a las numerosas personas que, a lo largo de los dieciocho años transcurridos desde que escribí el primer borrador de *Alanya to Alanya,* leyeron la novela en manuscrito y me ofrecieron - comentarios sinceros y útiles. Entre ellas, quisiera agradecer especialmente a Tom Duchamp, la profesora Ann Hibner Koblitz, Shira Broschat (actualmente profesora), Elizabeth Walter, Ken Hankinson, la profesora Ellen E. Kittell, Therese Spaude, la Dra. Joan Haran y el Dr. Joshua B. Lukin. Sus críticas fueron fruto de un gran esfuerzo y siempre les estaré agradecido por su dedicación a mi obra.

'a* La persona a quien más le debo es Kathryn Wilham. Ella desempeñó un papel especial en la escritura de *Alanya a Alanya* en particular y del Ciclo de Marq'ssan en general. Le enviaba paquetes de capítulos dos (o más) veces por semana durante las siete semanas de 1984 en las que escribí la novela. A medida que el texto tomaba forma, discutíamos los personajes, el mundo y los eventos de la novela por teléfono (generalmente en medio de la noche) varias veces por semana. A menudo me hacía preguntas que me invitaban a relatar las diversas historias de fondo de la novela y otros detalles de la escena que, si bien nunca aparecen en el texto de la novela, servían para enriquecer la realización de mi mundo inventado. Escribí los libros del Ciclo de Marq'ssan en un estado de obsesión impulsada, casi frenética. Y gracias a la disposición de Kath para leer una historia tensa y llena de suspense por entregas, disfruté, en todo momento, del consuelo de saber que mi obsesión tenía un propósito y no era simplemente la elaborada fantasía de una habitante de Seattle exiliada que se estaba volviendo lenta e inexorablemente loca.



ACERCA DE LA AUTORA

L. TIMMEL DUCHAMP (nacida en 1950) es una autora estadounidense de ciencia ficción. También es editora de Aqueduct Press.

Biografía

A menudo se agrupa a Duchamp con Kelly Link y otras autoras contemporáneas que utilizan géneros como la fantasía, el terror y la ciencia ficción para explorar temas de feminismo y política de género. Hasta hace poco, la obra de

Duchamp se centraba principalmente en relatos cortos y ensayos críticos, con publicaciones en antologías como *The Thackery T. Lambshead Pocket Guide to Eccentric & Discredited Diseases* y revistas como *Asimov's Science Fiction.*

Su primera novela, *Alanya to Alanya*, se publicó en junio de 2005. Primera de una serie de cinco libros titulada El Ciclo Marq'ssan, *Alanya to Alanya* se desarrolla en una Tierra de un futuro cercano, controlada por una clase dirigente dominada por hombres, inspirada libremente en el mundo empresarial actual. Los Marq'ssan, una raza alienígena avanzada, paralizan la actividad económica mundial desactivando la tecnología y apoyando a grupos dispuestos a luchar por la independencia del poder. La protagonista es Kay Zeldin, una profesora de historia con experiencia trabajando para el gobierno. Sin embargo, a medida que trabaja para el gobierno, se convence cada vez más de seguir a los Marq'ssan.